MEMORIAS DE LA ACADEMIA MEXICANA CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA

(Discursos Académicos)

TOMO XV

MEMORIAS

DE LA

ACADEMIA MEXICANA

CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA

(Discursos Académicos)

TOMO XV

EDITORIAL JUS
MEXICO, 1956

DIAZ MIRON
GRAN POETA Y SUMO ARTIFICE *

Por don Alfonso Méndez Plancarte.

LA distinción de que me hicisteis objeto —socio Correspondiente hace tres años, y ahora de Número—, me llena, al mismo tiempo, si de honor, de perplejidad. Por un lado, señores, no me puede ser lícito dudar de vuestra lucidez y cordura. Pero, por otro, mírome antepuesto a magnos escritores aún ausentes de vuestro claustro aunque no podrán menos de venir a exornarlo en breve, y cuyo sitio siento, a la verdad, estar usurpando. Sólo acierto a explicarme mi elección porque hayáis puesto en ella un valor simbólico, para cuya honra justa yo os depare eventual pretexto.

Quizá me estáis haciendo usufructuar la añoranza por el tránsito intempestivo de Gabriel Méndez Plancarte, vuestro colega durante cuatro años; y en mí —su triple hermano por la sangre, por el sacerdocio y por la pasión literaria—, imagináis una supervivencia sensible del investigador y crítico de *Horacio en Méjico* y el *Indice* de nuestro *Humanismo,* del poeta de *Salmos y Odas,* y del creador de Abside, la "revista de cultura mejicana" que él dirigió y sostuvo por trece años, y que él sigue animando hoy mismo, primaveral y viva, ya en sus florecidos dieciocho.

O por ventura habéis querido honrar, todavía otra vez, la simultaneidad de la Hostia y de las Letras Humanas en las manos ungidas del Sacerdote, como evocando —allá en la España de Oro— las de San Juan de la Cruz y don Luis de Góngora, o las de Lope y Calderón y Tirso, o las de Fray Luis de León y el P. Baltasar Gracián, y —entre nosotros— tantas, innumerables, desde las de González de Eslava, Bernardo de Balbuena, Sigüenza y Góngora o el P. Francisco de Castro, pasando por las de Navarrete y Sartorio, hasta las de Segura, Montes de Oca, Pagaza y Escobedo.

---

* Discurso de recepción como Individuo de Número, leído en la noche del 26 de enero de 1954.

Yo os protesto, Señores Académicos, que cualquiera de entrambas representaciones simbólicas de que hayáis gustado investirme, me emociona y conturba; y sólo en tal carácter me he atrevido a venir, sin demasiado rubor, a ocupar un sitial en esta Casa de García Icazbalceta y Arango y Escandón, de Rafael Angel de la Peña y don Justo Sierra. Aquí tenéis la cándida expresión de mi respeto a la Academia y de mi gratitud a vuestro llamado.

Pero no callaré otra circunstancia —grave y dichosa al par— que sella mi ascensión a Numerario, igual que varias de nuestros colegas últimamente incorporados con este título: nuestra carencia de predecesores en las flamantes sillas imaginarias que nos ha tocado estrenar. Fortuna, ciertamente, la que así nos exime de entrar aquí pisando sobre un féretro venerable y querido. Mas envidia, también, de esos vetustos sillones vuestros —aunque por igual fabulosos—, que os dan un noble orgullo en sus genealogías de varones ínclitos. Y humillación (lo digo sólo por mí), al presentir el justo desconsuelo de mi sucesor infaltable, a quien desde hoy saludo conmovido, aun sin imaginar su nombre y su rostro.

Yo, al menos —y eso ya él no lo tendrá—, siempre recordaré, con el condigno estupor y halago, que en el trienio en que he sido Correspondiente, poseí aquella mítica *Silla F* cuyos primeros titulares fueron nada menos que Manuel José Othón, Enrique González Martínez y Amado Nervo, y en la cual —sucediendo a otros dos nombres menos deslumbradores— me precedió inmediatamente otro de nuestros poetas y prosadores más míos y grandes: este mi viejo —y siempre juvenil— amigo Alfonso Junco, que no se ha desdeñado de ser "mi lengua" en esta noche solemne, cuando, ante la Academia de la Lengua, no puedo usar la mía.

Gracias a él —y a mis tristes cuerdas vocales—, me cabe esta otra suerte muy singular. En los diuturnos fastos de las "Doctas Corporaciones", muy rara vez ha habido algún Recipiendario tan cómodo, que, mero oyente, se diera el lujo de tan sólo hablar por boca de ganso (digo, de cisne).

Lo que traigo en ofrenda a la Academia no es un discurso, sino —con precedentes memorables, como *La Lengua Castellana en México,* de don Alberto María Carreño, y *Las Aves en la Poesía Castellana,* de Salvador Novo—, un íntegro libro que he tenido el placer de consagrar al estudio crítico de Salvador Díaz Mirón. La actualidad de su Centenario Natalicio, que Veracruz y Méjico acaban de festejar el último 14 de diciembre, y el hecho de que el grande Lírico y sumo Artista fue también uno de los nuestros, me hicieron pre-

ferir este trabajo, del que os presentaré —no hay que temblar— sólo algunas páginas. Breve "délfico lauro" al "Manco" prócer de nuestras letras, tan "digno de pisar bicorne luna" en "crestón celeste. . ."

Su obra rítmica se suele dividir lúcidamente en tres etapas: la inicial (1874-1892); la de *Lascas* y su elaboración (1892-1901); y la tercera y última jornada, desde *Lascas* hasta su muerte (1901-1928).

Díaz Mirón no fue nada prematuro o madrugador. Sus más antiguos versos que hoy sepamos, son de 1874, cuando él andaba en los 21.

Esta fase inicial, "de ardiente exaltación y de fervorosa embriaguez", como la describió Rafael López, se encumbra ya sobre todo el Romanticismo hispánico por lo brioso y límpido de su verso, lo rápido y rotundo de su estrofa, y la preñez imaginativa y sentenciosa que pone a su magnilocuencia muy lejos de cualquier logorrea fragorosa y vacua.

"Poesía de arrestos —dice bien don Genaro Fernández Mac Grégor—, de imágenes grandiosas, de rayos y truenos, de terremotos y erupciones, de cometas y bólidos, de gigantes y vestiglos, de inundaciones y cataratas, de águilas y cóndores. . . : Titanismo. . . ; y conquistó la América entera con el mismo tropel con que la conquistara el gesto ardido del Conquistador español. . ."

Desde 1888 Manuel Puga y Acal proclama a Díaz Mirón "el príncipe de nuestros poetas". Ni sólo arrebató su imitación al "rebaño esclavo" de los mediocres, pues también es palpable —y confesada— en Rubén Darío, ya entonces autor de *Azul. . .* ("Lo que suena en tu lira, lejos resuena/ como cuando habla el Bóreas o cuando truena. . ."), y en toda una hora larga del peruano Santos Chocano, el argentino Leopoldo Díaz, el uruguayo Herrera y Reissig, el colombiano Arciniegas, el peninsular Villaespesa. . .

Nuestro Poeta, en el prólogo de *Lascas,* declara a éste su "único libro auténtico" y rechaza toda su obra anterior. Pero muchos de sus cantos de iniciación, en nada merecían tamaño repudio. "Los hay como la oda a *Víctor Hugo,* los serventesios *A Byron* y el romance *Voces Interiores,* que cuentan entre las composiciones más bellas que ha producido la Musa Castellana en todos los tiempos", juzga Blanco-Fombona; y allí Díaz Mirón "supo cantar a Víctor Hugo y a Byron sin resultar inferior ni a Byron ni a Víctor Hugo. . ."

Esto mismo se diga de las décimas *Ojos Verdes,* que para Amado Nervo "valen tanto como el celebérrimo madrigal de Gutierre de Cetina".

Ni olvidemos *A Gloria,* cuyos numismáticos serventesios brincan de su troquel personalísimo como rútilas y sonantes medallas de oro: en el anverso, la sentencia gnómica —exergo lapidario—; y en el reverso, la imagen ratificadora, para lírico ejemplo de lo asentado:

Fiado en el instinto que me empuja
desprecio los peligros que señalas.
"El ave canta aunque la rama cruja:
¡como que sabe lo que son sus alas!"

Estrofas "mironianas" por excelencia, y que logran ubicua irradiación.

Tal fue la edad romántica de nuestro poeta, bajo el ardiente signo de Víctor Hugo: "el semidiós de la raza latina", con cuya muerte en 1885 "el mundo civilizado" sufría "una verdadera decapitación", según clamaba el propio veracruzano en nuestra Cámara de Diputados.

Esto pasó en el reinado de Hugo,
emperador de la barba florida. . . ;

y realmente "pasó" para nuestro Vate. Estación de tránsito.

Lascas apareció en Jalapa, 1901, con 40 poesías inéditas.

El título de *Lascas,* en su rareza misma y eufonía, y en su connotación de esquirlas marmóreas, cuadra por excelencia a este libro, todo él "raro", selecto, plástico, y cuyo Artista muéstrase desdeñoso de lo que entrega, como simples relieves mínimos, frente a la alta escultura que va labrando. . . o con la que sueña.

Ya aquí —substituyendo al "Poeta-Faro" de los grandes temas ardientes, o al "radioso Arcángel" de las magnas luchas sociales—, prevalece el "Poeta-Artífice", el creador de belleza en la palabra y apasionado de "el Arte por el Arte", para quien "Forma es Fondo", y que la quiere bella a todo trance, burilada amorosa y morosamente, perfecta, eterna.

Para el grueso del público rutinario, siempre ciego y alérgico a toda belleza nueva, fue un éxito de escándalo e incomprensión. En los *"Juegos Florales de Puebla,* organizados por los Alumnos del Colegio del Estado, en 1902", el tema 5º era una disertación acerca de "El Valor Estético de las Obras de la Escuela Decadentista"; y en aquel maratón de denuestos críticos, el triunfante don Atenedoro Monroy otorgaba citas de honor a tres flamantes piezas de *Lascas,* entre las pruebas de "lo inarmónico" y "lo ininteligible" de tal Escuela; y para evidenciar que "el Decadentismo en Méjico ha venido a agostar nuestros más ricos talentos en flor", apunta que aun Othón "parece inclinarse al abismo" en sus recientes *Poemas Rústicos,* mas sobre todo insiste en que "el Modernismo. . . ha estado a punto de perder a Luis Urbina, y acaba de hundir, desde su cima de inmarcesible gloria, en un abismo de impopularidad y desprestigio, al genio poderoso de Salvador Díaz Mirón". . .

Al contrario, la flor de los Modernistas lo sintió más que nunca suyo, tal como lo atestiguan sus colaboraciones en *Revista Moderna* y los varios elogios de Amado Nervo, Tablada, Rafael López... Y en cuanto a nuestros días, baste la sola voz de Gabriel Méndez Plancarte en su *Horacio en Méjico: "Lascas* es uno de los libros más perfectos que han brotado de pluma mejicana... Si obra de mortal merece tal adjetivo, merécelo sin duda la de Díaz Mirón. ¡Lástima que ese río de oro arrastre a veces fango; lástima que el poeta haya sido tan superior al hombre! ... Ninguno, como él, sintió la quemadura del anhelo imposible: perfección. Ninguno luchó tanto por alcanzarla. Ninguno tan frecuentemente logró aprisionarla entre sus brazos hercúleos"...

Por allí, es cierto, como apunta González Peña, "estímase que Díaz Mirón había perdido en espontaneidad, en emoción comunicativa y directa, lo que, por artes de sabiduría, ganó en prodigiosa riqueza plástica y rítmica"... Mas bien sabemos, con Rufino Blaco-Fombona, que esas "estrofas perfectas, casi impasibles", son "engañosas de serenidad, como los volcanes, que portan la muerte y el fuego en las entrañas"...; y sentimos también —con Rafael López— la pasión que "se enreda locamente en el torso magnífico de esta poesía perfecta, como las clásicas serpientes en el mármol desnudo de Laocoonte"... Todavía "la espelunca se disimula entre flores; y la melena, aunque alisada, sigue siendo melena; y el rugido atenuado conmueve el aire del jardín, y uno que otro zarpazo dobla la cintura de las violetas. *Quia nominor leo*". (Porque me llamo león).

No en vano están allí poemas tan emocionados —y emocionantes— como *Duelo, Paquito, Música Fúnebre, Ejemplo, A Tirsa, Excélsior, A Ti, El Muerto, La Oración del Preso, A una Araucaria,* o *Nox,* junto a esa maravilla —en lo inefable— que es *El Fantasma,* la más celeste pintura lírica de Jesús que haya nunca alboreado en la lengua humana:

Blancas y finas, y en el manto apenas
visibles, y con aire de azucenas,
las manos, que no rompen mis cadenas.

Azules y con oro enarenados,
como las noches limpias de nublados,
los ojos, que contemplan mis pecados.

Como albo pecho de paloma el cuello;
y como crin de sol barba y cabello;
y como plata el pie descalzo y bello.

Dulce y triste la faz; la veste zarca...
Así, del mal sobre la inmensa charca,
Jesús vino a mi unción, como a la barca.

Y abrillantó a mi espíritu la cumbre
con fugaz cuanto rica certidumbre,
como con tintas de refleja lumbre.

Y suele retornar: y me reintegra
la fe que salva y la ilusión que alegra;
y un relámpago enciende mi alma negra.

Lascas, entre sus dotes singulares de aristocracia formal, señala una indecible afinación de rima y de verso, prohibiéndose la consonancia de un adjetivo con otro adjetivo, y aumentando (en frecuencia nunca antes vista) la proporción de versos que varían sus vocales tónicas. Este doble primor se intensifica, de allí en adelante, vedándose también la rima entre verbos, y proscribiendo ya absolutamente cualquier repetición de una vocal acentuada en el mismo verso. Y dicho nuevo imperio, sistemático y exclusivo, del "Verso *Heterotónico",* o sea de vocales tónicas diferentes (cuyo nombre esperamos no resulte más obscuro y pedante de lo preciso), será el que delimite exactamente la tercera fase de Díaz Mirón.

El Poeta, allá en *Lascas,* "creía definitivo su criterio artístico"; mas con ello tan sólo demostró que no era profeta. Y contra la "frecuente idea de que este volumen representa la expresión final del arte de Díaz Mirón", ya Castro Leal subraya, excelentemente, que "en las composiciones más representativas de la última época. . ., es fácil reconocer un ideal poético más grande y generoso que el de *Lascas*". . . Ha vuelto lo más puro de sus prístinas inquietudes sociales; se abandona el ideal pseudofotográfico del Naturalismo; y surge una presencia más asidua de Cielo y alma. Algunos, sin embargo, aún exigían un límite más palpable para la división estética de ambas fases —la de *Lascas* y la posterior—; y hoy hallamos que el *Verso Heterotónico* viene a trazar y ahondar esa frontera, dando a "la última etapa" una eminencia técnica imponderable, de específica distinción y superioridad.

La obra cimera de sus últimos cinco lustros (1902-1928), Díaz Mirón pensó recogerla en uno o varios libros, siempre frustrados, y aun fue ideando múltiples títulos. Hoy, de aquella labor sólo poseemos 24 poemas. Tamaña sobriedad final, con largos silencios, sólo denotaría su reverencia al verso y a la poesía. Recordemos que Alessandro Manzoni, en su último medio siglo, no hizo ni un verso, desde cuando (explicaba alegremente) "en vez de perseguirme la Poesía, ya tenía que ser yo quien la persiguiera". . .; y eso no amengua la inmortalidad de "Il Cinque Maggio" o "La Pentecoste". . . Así, aunque Díaz Mirón acaso no haya labrado, en sus últimos 25 años, sino esos 24 poemas, lo esencial es que entre ellos fulgen *Al Buen Cura, Venit Hes-*

peru, A un Profeta Dentro de una esmeralda, La Mujer de Nieve, A un Pescador, El Ingenioso Hidalgo y *Los Peregrinos.* Destelle, aquí, siquiera esta última joya:

Ambos juntos recorren la campiña serena,
y van por el camino conducente a Emaús.
Encórvanse agobiados por una misma pena:
el desastre del Gólgota, la muerte de Jesús.

El soplo de la tarde perfuma y acaricia;
y aquellos transeúntes hablan de la Pasión.
Y en cada tosco pecho, desnudo de malicia,
se ve saltar la túnica, latir el corazón.

A los cautos discípulos la fe insegura enoja;
y los míseros dudan, como Pedro en el mar.
Ocurre que aun los buenos olvidan de congoja
que la virtud estriba en creer y esperar.

Cadena de montículos, cuadros de sembradura,
y sangrando en la hierba la lis y el ababol;
y entre filas de sauces de pródiga verdura,
la vía que serpea, encharcada de sol.

La pareja trasuda, compungida y huraña,
en la impúdica gloria de tan pérfido abril;
y el susurro que suena en las hojas, amaña
siseos cual de turba profanadora y vil.

Los pobres compañeros se rinden al quebranto;
y de súbito miran a su lado al Señor...
¡Pero los ojos, turbios al arbitrio del Santo,
se confunden, no aciertan, a pesar del amor!

El Maestro, venido en sazón oportuna,
acrimina y exhorta, más dulce que crüel;
y enseñando cautiva, pues en la voz aduna
armonía y fragancia y resplandor y miel.

Y pregunta y responde a la gente sencilla...
Marcha rizos al viento y razona la Cruz.
El pie bulle y se torna; y la planta le brilla
como al remo la pala, que surgida es de luz.

Los andantes arriban al villorrio indolente,
que salubre y bucólico huele a mística paz;
y las mozas, que acuden al pretil de la fuente,
los acogen con risas de indiscreto solaz.

Y los tres se introducen en humilde casona...
Y en la rústica mesa, la Sagrada Persona
parte, bendice y gusta la caliente borona...
y disípase luego, como el humo fugaz.

Un canto de esta altísima perfección, excede —en pingües creces— a mil páginas ordinarias. Y este breve conjunto de maravillas, bien merece aquel título soberbio de *Triunfos* con el que más soñaba nuestro Poeta. El, noblemente, renunció a tamaña jactancia, abandonando el fallo a los pósteros. Mas ya, a nosotros, nada nos impide llamarlo *Triunfos.*

Si confrontamos la severidad de *Lascas* y *Triunfos* con el clima volcánico y titánico de los años antecedentes, creyéranse (y lo son) del todo antagónicos. Pero las dos etapas posteriores presuponen la inicial, y sin ésta jamás habrían florecido. Su nueva disciplina pavorosa —en un "crescendo" inflexible—, habría dejado enteca y exangüe a cualquier poesía que no hubiese poseído vitalidad tan exuberante, con tan pródiga exaltación verbal, emocional e imaginativa. Porque toda selección implica disminución, y tales dotes no las salvaría hermosamente grandes, a no haberlas tenido desmesuradas. La estatua será siempre menor que el bloque. Y hénos llegados al lugar común, pero irremediable.

"Olímpico escultor" llama Isaac Goldberg a Díaz Mirón; de "esculturales" gradúa sus versos Blanco-Fombona; "esculpe como Miguel Angel", dictaba Urueta; y a Fernández Mac Grégor lo hace pensar en "mármoles pentélicos" y "bronces" renacentistas... Rotundez broncínea o marmórea, efectivamente. Precisión, relieve y firmeza. Aristas centelleantes y curvas potentes. Duro esplendor gemático, en magnificencia serena... Tal, su Parnasianismo; al que nada obsta —igual que en Gautier, y hasta en Heredia o Leconte, aunque les pesara—, su esencial romántico eterno, levemente amordazado y agazapado en el corazón.

Pero tiene también, el Veracruzano, más "Simbolismo" de lo que ha solido advertírsele, sin faltarle rarezas "decadentes" y "correspondencias" bodelerianas. Desde sus mocedades, "la rubia de ojos negros que lleva el traje azul" —en el precioso cuarteto que cita Urbina—, se quintaesencia ya en este verso aéreo:

Mujer hecha de aroma, de música y de luz...

Luego, en *Lascas,* añora un *Gris de Perla* ("¡Oh canción gris, amable entre todas!"..., de Verlaine), pero con una magia simultánea de los cinco sentidos, que unimisme impresiones gustativas, olfativas, táctiles, acústicas y ópticas:

¡Quién hiciera una trova tan dulce que al espíritu fuera un aroma,
un ungüento de suaves caricias, con suspiros de luz musical!...

Para tal obsesión de "sinestesias", aquel "gran lirio de nieve y oro" que es la niña de *Vigilia y Sueño*

yerra en el mate jardín cual una
visión completa de aroma y luna...;

y la *Araucaria* tórnase "un himno verde"...; y el Poeta le dice *A Blanca*:

En éxtasis escucho tu voz clara
que llega de un jardín cual un aroma,
pero cual un aroma que cantara...

Así —aunque ello sería increíble en Francia—, este gran Parnasiano fue, al par, alado, tenue, aeriforme... Levedad de canción y aroma. Vago hechizo melódico, sugestivo de lo inefable. Cariciosa y alucinada penumbra. Lo simbolista... Nada de esto le falta a Díaz Mirón, al menos del todo. Y es que en el Modernismo —armonía de síntesis—, la Plástica y la Música se han besado...

Las más veces, con todo, *"la musique avan toute chose"* no es propiamente la suya. Sus versos más frecuentes (como ya anotó Fernández Mac Grégor) "tienen una sonoridad mágica, y sin embargo no pueden llamarse propiamente musicales". Es verdad: no convidan al ensueño ni van moviendo en emociones vagas las interiores linfas dormidas... Impera en Díaz Mirón lo nítido y vigoroso, con triunfal esplendor que algunos llamarán brutal e implacable. Por este lado, es Clásico, y de los grandes: "el más horaciano de nuestros poetas", según la autoridad del *Horacio en México.* Y el que ha gozado el *Polifemo* de Góngora, sabe de tales músicas y fulgencias, sin halos de crepúsculo o de sordina que ganan sugestión a costa de plenitud.

Pero cuanto va dicho resulta vago. No tratemos con sólo vaguedad al que es todo concreción. Dediquemos siquiera unas palabras concretas a su léxico y a su estilo.

El propio Díaz Mirón, al fin de *Lascas,* protestó "la reverencia que debo y guardo al lenguaje, así como a la docta corporación que lo expurga y abrillanta"; y no se desdeñó de explicar su uso de vocablos como *entumir, emperlar* o *lampo.* Y de que frecuentaba el Diccionario de la Real Academia Española, nos sobran pruebas.

Por ejemplo. Creíamos —temerarios— que, en el poema *Dea,* aquel cubano "crapuloso y *pigre*" sería un humano ripio del *tigre,* pues que lo rectamente derivado del latín no es sino *pigro;* mas resulta que *pigre* es variante castiza y vieja, que la Academia da como sinónimo de *pigro,* o sea "tardo, negligente, desidioso".

Parejamente, en *El Ingenioso Hidalgo*:

> *Y el tránsito del tiempo me consume*
> *entre mirra floral y tiorba* insume,

este final nos tuvo algo intrigados hasta que no leímos en Quevedo *(Política de Dios,* segunda parte, cap. 8) que al rey don Juan I "le inviaron a pedir que se alegrase y oyese músicas, viese entretenimientos y vistiese ropas *insumes* (tal es la palabra antigua que le dijeron)...; y sin embargo, el solo *Diccionario* ya nos lo habría ilustrado: *"Insume,* adjetivo: costoso" o precioso...

Y otros casos análogos los hallamos en las "telarañas como grandes *gropos"* y en la *"musca* jerga", que el repertorio académico define, respectivamente, *gropos*: "cendales o algodones del tintero", y *musco*: "de color pardo obscuro"...

Su lengua, pues —de alcurnia siempre intachable, pero de muy moderna y propia suntuosidad—, Díaz Mirón se la pide al asiduo empleo de vocablos raros, muchas veces arcaicos o aparentemente neológicos, y —en prevalencia enorme— de un acentuado gusto latinizante. Verbos como *infernar, undular, coruscar, ludir, propulsar, tremer...* Participios latinos adjetivados que se devuelven a su fuerza participial: "un funámbulo *erecto* pontífice"...; un libro *"inocente a* las mozas"...; un abeto *"cinto* de hielo"...; un mar *"pinto* de reflejos" de sangre...; "el cabello *inculto",* o sea descuidado... Sustantivos como *lascas, fiemo, píxide, régulo, múrice, sensorio, tibia* (por flauta), *crin* (por la cabellera también humana), *testa* (en igual amplitud), *prestigio* (en su acepción latina de fascinación mágica), *elación, vórtice...* Y adjetivos, en fin, como *inebriativo, rubro, glauco, victorial, combusto, indemne, aurino, implume, áurico, urente, poluto, occiduo, vítreo, túrbido, flavo, carmíneo, rútilo, cromático fúsil, pravo, túmido, parnáside, umbrático...*

Ante esa granizada luminosa de pedrerías que "emperla y adiamanta sus coronas", era obvio suponer que Díaz Mirón se había singularizado por su

ímpetu y audacia en el neologismo, puesto que, al apropiarle a nuestro romance, a plenos puñados, tantas resplandecientes (y muchísimas de ellas desusadas) voces latinas, apenas si tendría rival —desde aquellas kalendas renacentistas y barrocas de un Juan de Mena, un Góngora o un Jáuregui de *La Farsalia*—, sino en el virgiliano y horaciano Pastor de la Arcadia y de Veracruz, su Obispo y su colega de Academia, don Joaquín Arcadio Pagaza...

Mas, con creciente pasmo, hemos descubierto que todo ese radioso caudal de latinismos, aun los que parecen más raros, era ya castellano centurias antes, salvando contadísimas excepciones. Ya todo él —aunque sea tan inverosímil—, lo atesoraba el *Diccionario* de la Academia, desde cuando aún los grandes Culteranos eran "Autoridades"; y allí, a través de todas sus reediciones, yació mudo y nocturno ese tesoro, hasta que Díaz Mirón —él más que nadie entre el Modernismo— lo volvió a la luz viva y al aire azul, destellando y cantando en su belleza cromática y melodiosa.

En rigor, ignoramos si el Artista acudiría directamente al latín por esa noble riqueza o si la descubrió —ya hispanizada, aunque absolutamente olvidada—, tremeluciendo en el viejo cofre de nuestra lengua. Pero cualquier hipótesis abona su feliz instinto lingüístico en la amorosa búsqueda del color y la savia nueva para el idioma, y su pasión —gongórica y victorhuguesca— por "las palabras rotundas, metálicas y sonoras", que dijo Menéndez Pelayo.

Y aun en esto, también, fue Modernista el Veracruzano, ya que a tal movimiento se debió una nueva y robusta afluencia de latinismos, que venturosamente compensó, en la fisonomía latina del español, la inevitable pérdida de los últimos restos de hipérbaton.

Por lo demás, no sólo en este fausto de su aristocracia y romanidad se funda el esplendor idiomático de nuestro Poeta. De igual modo le acrecen lucimiento las "astutas alianzas" de epítetos estrenadores (los "brazos epilépticos", o el "bote hidrópico", o la doncella "lírica y turbadora como un canto y odorífera y prócer como un lirio"...); la no infrecuente substantivación de adjetivos ("la rústica", "una prócer", "el manumiso"...); la ágil exactitud de sus alardes reiterativos o acumulativos, que en un verso comprimen una pintura, tal como en *Lance*:

Recio, locuaz, inmundo, descalzo y fiero...;
la testa perdió greña, razón y toca...;

la rapidez fulmínea y fulgurante de sus maravillosas enumeraciones, como ésa —sin rival— en que dice *A Byron*:

No envidiabas al piélago sus dones:
¡tú tenías también ímpetus, brumas,
trombas, brillos, honduras, explosiones,
monstruos, perlas, vorágines y espumas!...;

y finalmente, aquello que de Góngora observa Alfonso Reyes: "la obsesión por ir caminando sobre las cualidades de color y de sonoridad que tienen las cosas"...

Mas no es que Díaz Mirón tuviera miedo a la palabra familiar o vulgar, y aun, si se quiere, plebeya. El es un *preciosista,* pero también un realista, y hasta a veces *naturalista* —igual que Flaubert—; y cuando hay que elegir, prefiere lo "preciso" a lo "precioso", por más que de ordinario hermana ambas excelencias, o da a esas voces crudas —en su mismo fino contexto— un relieve insólito.

Podremos no encontrarle especial encanto en ciertos prosaísmos intencionales y desmandados:

Resulto cebo a chinche y pulga y piojo...

Pero más a menudo, salta de ellos nueva belleza. Así en *Paquito,* ese vivaz lenguaje casi folklórico se sublima a un efecto portentoso de presencia y ternura, cuando "el pobre chiquillo" le habla a su madre muerta:

¡Qué bien que me acuerdo!
La tarde de lluvia;
las velas grandotas
que olían a curas;
¡y tú en aquel catre
tan tiesa, tan muda,
tan fría, tan seria
y así tan rechula!...

La hermosura cantada con angélica idealidad, y lo feo retratado con encarnizamiento "verista", se profundizan mutuamente, en clarobscuro soberbio, tal como en *Dea* contrástase su vulgarísimo informador con la botticelliana protagonista:

Costumbre de inquirir, sabia y notoria,
a la que rindo y pagaré tributo
movióme a interrogar. Y oí una historia.

¿A quién? A un servidor del instituto,
a un cubano feraz en viles tretas,
a un practicante crapuloso y pigre,
a un mancebo de sórdidas chancletas,
facha de orangután, gesto de tigre...

...Y una moza, con rostro de delirio,
pasó, blanca y derecha como un cirio,
lírica y turbadora como un canto,
odorífera y prócer como un lirio.

Parecía ilusión de la mirada.
Iba con paso cadencioso y lento,
y alba ropa de lino almidonada,
y un susurro de brisa en enramada,
y cual fuego la crin volando al viento...
...Ancha y tersa la frente sin pecado,
helénica nariz, boca de fresa,
zarco el ojo de antílope asustado,
elación y decoro de princesa
y un secreto de angustia en un nublado...

Lo "preciso" y lo "precioso" —en su más venturosa identidad, o en sus sapientes contrastes—, son dos de los mayores sueños y logros del estilo diazmironiano. El propio legislaba, al frente de *Lascas*:

Que la veste resulte ceñida
al rigor de la estrecha medida,
aunque muestre por gala o decoro
opulencias de raso y de oro...;

y en el *Preliminar de "Melancolías y Cóleras"* formuló su incoercible espontaneidad de enjoyarlo todo, aun en los temas que a otro habrían impuesto una voz austera:

Al chorro del estanque abrí la llave,
pero a la pena y al furor no pude
ceñir palabra consecuente y grave.
Pretendo que la forma ceda y mude,
y ella en mi propio gusto se precave
y en el encanto y en el brillo acude.

Afeites usa y enjoyada viene...
¡Sólo a esplender y a seducir aspira,
como en la noche y en el mar Selene!
Es coqueta en el duelo y en la ira
del supremo rubor... ¡No en vano tiene
curvas y nervios de mujer la lira!

¿Qué mucho, pues? A encono y a quebranto
dejo el primor que les prendí por fuera,
y en la congoja y en la saña el canto
resulte gracia irónica y artera:
el iris en el glóbulo del llanto
y la seda en la piel de la pantera.

Salvador Díaz Mirón conserva siempre el sitio eminente que Francisco A. de Icaza le asignó en su célebre nómina de los *Dii Maiores* de la Poesía Mexicana Moderna, junto a Gutiérrez Nájera, Amado Nervo, Luis G. Urbina, Manuel José Othón y Enríque González Martínez, a los que ahora —integrando el pleno heptacordio— se ha incorporado, indiscutiblemente, López Velarde.

Y no menos seguro, para siempre, tiene su sitio altísimo en la pléyade capital de los Modernistas de toda Hispania, junto al magno Rubén y sus Doce Pares, con Leopoldo Lugones, Amado Nervo, Guillermo Valencia, Herrera y Reissig, José Santos Chocano, Valle-Inclán, Ricardo Jaimes Freyre, Eduardo Marquina, Julián del Casal, Leopoldo Díaz y Juan Ramón Jiménez.

Mas si queremos aún puntualizar el nivel de Díaz Mirón, nos urge distinguir un doble enfoque de la Poesía, según que el mayor énfasis recaiga sobre su alma impalpable —"la inspiración"—, o bien sobre su cuerpo palpable, que es la propia "creación de una belleza sensible en el material artístico de la palabra"... Así, en la España de Oro, comparten el primado poético San Juan de la Cruz —en cuanto "Inspirado"—, y don Luis de Góngora —en cuanto "Artífice".

Ahora bien: atendiendo al riguroso valor de *Inspirado,* claro que Díaz Mirón es un gran poeta. Pero, aun dentro de sólo las Letras Patrias, no le podríamos dar primacía ninguna por sobre Amado Nervo, o López Velarde, o González Martínez... Y en el orbe total del Modernismo, sería temeridad anteponerlo a casi todos aquellos Grandes. En cambio, nadie hiere la justicia —sino la acata— reconociéndole al Veracruzano otra única jerarquía en el universo de nuestra Lengua (y quizá de todas). Porque, en la estricta delimitación de *Artífice* genial del Verso y del Verbo, suya es —por sobre todos— la suma cúspide.

CONTESTACION AL ANTERIOR DISCURSO

Por don NEMESIO GARCÍA NARANJO.

HACE cerca de 18 años, tras una sesión solemne de la Academia Mexicana de Jurisprudencia y Legislación, en la cual yo había pregonado los méritos universitarios de don Manuel Gómez Morin, vi con agrado que el licenciado Perfecto Méndez Padilla se levantaba de su asiento y se dirigía a mí con el objeto de saludarme. Había sido mi compañero en la XXVI Legislatura en donde siempre nos habíamos tratado con recíproca consideración y cordialidad. Teníamos muchos años de no vernos, a causa de mi prolongadísimo destierro, y con un abrazo apretado y el "decíamos ayer" de Fray Luis de León, se reanudó en un instante nuestra vieja amistad. Don Perfecto me presentó a sus dos hijos mayores que eran sacerdotes y me dijo que ambos eran cultivadores de las Bellas Letras. Y de esta guisa fue como entraron en mi vida Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte, conducidos por un padre amoroso que los contemplaba con orgullo.

Muy pronto se encargaron los dos de convertir en realidad las esperanzas que en ellos había depositado su virtuoso progenitor. Unas cuantas semanas después de aquel encuentro, Gabriel comenzó a publicar la revista ÁBSIDE, un órgano de cultura auténtica, al que consagró las mejores energías de su vida. Aquel esfuerzo que habría sido meritorio en cualquiera época, lo fue mucho más en aquel momento alborotado, en que los sectarios que estaban en el candelero pretendían incrustarnos a martillazos lo que ellos consideraban "el concepto racional y exacto del universo". Todos los sembradores son respetables, pero tienen que serlo mucho más aquellos que dejan caer la semilla en surcos inundados y hasta producen la impresión de estar "arando en el mar", como dijo patéticamente el Libertador Bolívar.

Gabriel se forjó una reputación sólida, y cuando alguno de nuestros compañeros lo propuso para académico, fue aceptado inmediatamente por toda la corporación. Supo ser sereno en la tempestad y armonioso en medio de la

estridencia, y por eso no vacilo en hacer mío el homenaje conmovedor que le acaba de rendir su hermano.

Pero en lo que no estoy de acuerdo con don Alfonso Méndez Plancarte, y tengo la seguridad de que tampoco lo estáis vosotros, señores académicos, es en la hipótesis que él formula de que lo recibimos como una supervivencia del espíritu privilegiado de Gabriel. Parece que el recipiendario cree ser el embajador de una tumba; y aunque la embajada sería muy honrosa para quien la lleve y también para quienes la reciban, la tradición de esta Academia es la de no abrir sus puertas a los representantes de valores ajenos. Conste pues que don Alfonso Méndez Plancarte entra por su propia personalidad.

Tampoco estoy de acuerdo con la otra hipótesis, esto es, que hayamos visto en la sotana sacerdotal de Alfonso una representación simbólica de las que llevaron San Juan de la Cruz y Fray Luis de León, Lope de Vega y Calderón de la Barca, Tirso de Molina y algunas otras cumbres de la literatura hispánica. Nada de eso. Respetamos las investiduras de los clérigos, pero no les reconocemos ningún timbre de carácter académico. Parece un sacrilegio colocar arriba de la misma santidad a los pecadores que le dieron esplendor a nuestro idioma, pero en esta Academia tenemos que asignarles los sitios supremos a los Homeros y a los Esquilos, a los Virgilios y a los Horacios, a los Alighieris y a los Cervantes; y eso no me impide, fuera de la jurisdicción de Apolo, doblar mis rodillas y besarles los pies a los Apóstoles de Jesucristo.

Desvanecidas estas dos hipótesis, quiero decir unas cuantas palabras sobre el temor que invade al nuevo académico de estar usurpando un sillón que podría corresponderles a algunos otros magnos escritores que todavía se encuentran ausentes de nuestro claustro. Desde luego, conviene aclarar que nuestra corporación se limita a elegir a quien considera digno, pero nunca se atreve a decir quién es el mejor. No constituímos un areópago de superhombres, ni tenemos la pretensión ridícula de ser infalibles. ¿Cómo podríamos tenerla cuando la historia de las Academias está llena de errores y de injusticias que, con el transcurso del tiempo, nos parecen inverosímiles? La más vieja y también la de mayor prestigio universal, es la Academia Francesa que presenta vacíos muy difíciles de creerse. No se sentaron entre los llamados inmortales René Descartes, Blas Pascal, Juan Bautista Poquelin o sea el gran Molière, el Duque de la Rochefoucauld, el Duque de Saint Simón, Dionisio Diderot, Juan Jacobo Rousseau, Caron de Beaumarchais, Honorato de Balzac, Alejandro Dumas padre, Enrique Beyle, o sea el formidable Stendahl, Teófilo Gautier, Carlos Baudelaire, Gustavo Flaubert, Emilio Zolá, Alfonso Daudet, Pablo Verlaine, Guido de Maupassant, Esteban Mallarmé, Marcelo Proust, ni muchos otros que les dieron prestigio y gloria eterna a las Letras de Francia.

Nuestra Academia no se fundó sino hasta 1874, y consiguientemente, no

pudieron formar parte de ella los escritores mexicanos que murieron antes de ese año; pero es interesante advertir que no fueron académicos don Guillermo Prieto, ni don Ignacio Ramírez, ni don Vicente Riva Palacio, ni don Ignacio Manuel Altamirano, ni los poetas Manuel M. Flores y Manuel Gutiérrez Nájera, ni don Francisco Bulnes, ni don Angel de Campo, ni don Ramón López Velarde, ni don Mariano Azuela. Tengo entendido que los dos últimos no quisieron ser propuestos para académicos; también entiendo que don Luis Cabrera no ha consentido en que se le postule. Tal vez coincidieron con Maupassant que soltó la puntada estupenda de que había tres cosas que deshonraban a un buen escritor: pertenecer a la Legión de Honor, formar parte de la Academia, y escribir en la "Revista de Ambos Mundos".

Ya ve pues don Alfonso Méndez Plancarte que si nuestra corporación ha cometido algunos pecados, no son tan graves como los de la Academia de los 40 inmortales. En cuanto a su nombramiento, no debe preocuparle, porque no significa postergación para nadie: lejos de ser un pecado, entraña la estimación y el acatamiento con que la Academia Mexicana ve su obra literaria, que no por copiosa, deja de ser pulcra y superior.

No voy a hacer un retrato detallado del doctor Méndez Plancarte, aunque presente un modelo que resistiría las exigencias de la miniatura. Me limitaré a un boceto a grandes rasgos, a unas cuantas pinceladas que den una idea aproximada de su personalidad. Hijo de don Perfecto Méndez Padilla, un caballero a quien adornaban las virtudes esenciales; sobrino del Arzobispo don Francisco Plancarte Navarrete que fue un doctísimo explorador en las civilizaciones precortesianas; sobrino nieto de don Antonio Plancarte y Labastida, el célebre Abad de la Basílica de Guadalupe que trabajó como nadie en levantar el nivel de cultura de los altos dignatarios de nuestra jerarquía eclesiástica; y sobrino bisnieto de don Pelagio Antonio de Labastida —el Arzobispo batallador que se enfrentó con el bronce inconmovible de Juárez, para enfrentarse luego con la porcelana quebradiza del Archiduque Maximiliano—, el recipiendario pertenece a una prosapia ilustre que por más de un siglo ha sabido destacarse en el terreno del espíritu. Y conste que si hago referencia a la alcurnia, no es para reclamar preeminencias ni honores, sino para que sirva de marco al retrato del nuevo académico. Personalmente, no creo en la superioridad de los linajes, aunque sí coincido con el Vizconde de Chateaubriand que dijo una vez que sólo se mofaban de los pergaminos heráldicos quienes no los tenían, y sólo también fincaban en ellos su orgullo, los que no tenían otra cosa en que fincarlo.

Haciendo a un lado los esplendores de su estirpe y concretándonos a su obra personal, voy a seguir al doctor Méndez Plancarte en su trayectoria por este

mundo a trazos generales, y compendiando lo más que me sea posible. Después de haber hecho sus estudios primarios con los Hermanos Maristas, y sus cursos preparatorios en el Seminario Conciliar de esta Ciudad y en el Tridentino de Zamora, pasó a cincelar su espíritu en el Pontificio Colegio Pío Latino de Roma. Mucho debe haberse afanado sobre los libros, puesto que obtuvo el doctorado de Filosofía en la Pontificia Universidad Gregoriana, a los 17 años de edad. Siempre me han asombrado el genio prematuro de Rafael, de Mozart, de Mendhelsson y de John Keats; pero me explico estas precocidades maravillosas en el Arte, por la intervención de la fantasía y la sensibilidad. La Filosofía es otra cosa, vive del intelecto puro, requiere cerebros bien organizados y macizos, y por eso una borla a los 17 años, casi raya en lo inverosímil.

Después del doctorado filosófico vinieron el teológico y el ordenamiento sacerdotal, también a tempranísima edad. La consecuencia fue que tanto el Seminario Conciliar de México como el Seminario Tridentino de Zamora utilizaron sus luces excepcionales en las cátedras de literatura, de filosofía y de teología.

Como veis, los antecedentes estudiantiles y pedagógicos de don Alfonso Méndez Plancarte no pueden ser mejores. En cuanto a su obra de humanista y escritor, lamento no entrar en múltiples detalles, porque todos ellos son interesantes. No hablaré de sus trabajos de clérigo, porque no son de la incumbencia de esta Academia; pero sí debo mencionar su precioso opúsculo sobre la Virgen de *Fátima,* lleno de ingenuidad y de dulzura, y *El Corazón de Cristo en la Nueva España,* porque es una investigación histórica y literaria de primera clase. Y paso a recorrer brevemente su peregrinación por los senderos exclusivos de la Belleza inmortal. Ya en el campo especializado de la literatura, me permito clasificar la obra del recipiendario en dos categorías: aquella en que presenta a los autores ilustres y ya consagrados, con nuevas facetas que facilitan su mejor comprensión, y aquella otra en la que piadosamente da a conocer a obreros del pensamiento que se habían esfumado en las nieblas de la ingratitud y del olvido.

Naturalmente, la primera categoría es la más importante, y en ella figuran sus *Cuarenta Odas de Horacio,* vertidas al castellano en el ritmo y con el mismo número de versos con que las escribió el Príncipe de los poetas líricos: él dice modestamente que se preocupó por la literalidad y yo prefiero emplear la palabra fidelidad. También tienen el carácter de difundir la labor de poetas indiscutibles, sus ediciones de *Amado Nervo,* de *Rubén Darío* y de *Sor Juana Inés de la Cruz.* En la segunda categoría figuran los volúmenes de *Poetas Novohispanos,* que reivindican a la época del virreinato, pues se ve en ella un florecimiento lírico que no se sospechaba; "*León Marchante,* jilguerillo del Niño Dios", un poeta español del siglo XVII, del cual se había perdido toda huella; y "*Fray José Antonio Plancarte,* un poeta mexicano de fines del siglo

XVIII", que por obra del recipiendario, resucita para ocupar el lugar que le corresponde en el parnaso de la Patria.

Toda esta obra de recolección y de crítica, se ha hecho en forma sistemática, concienzuda, con derroche espléndido de referencias y verificaciones, y cubriendo los vacíos que abundaban en las ediciones anteriores. Las *Obras Completas de Sor Juana Inés de la Cruz* comprenderán cinco volúmenes, de los cuales han aparecido hasta hoy únicamente los dos iniciales. Hojeando el primer tomo, advertí asombrado que el prólogo de Méndez Plancarte trae cien notas explicativas, lo que provocó mi curiosidad sobre las glosas que le merecían las composiciones de la ilustre jerónima; y aumentó mi asombro al ver que más de 200 páginas, en tipo de seis puntos, estaban consagradas a notas que eran como engastes de joyero, para que luciera mejor el diamante del pensamiento. Ahora bien, como cada página se llena con un promedio de ocho a diez notas, y caben en ella alderredor de 700 palabras, se llega a la conclusión de que los comentarios del recopilador abarcan como 2,000 notas, escritas en 70,000 palabras. No entra en mi carácter ni en mi vocación contar tanto detalle y por eso me limito a exponer cifras globales para dar una idea general de esta arquitectura bibliográfica tan detallada y tan laboriosa.

Para que se aprecie una tarea tan intensa, creo pertinente manifestar que en mi mesa de trabajo tengo siempre ante mis ojos los diez volúmenes del *Quijote* que fueron enriquecidos con las 2,500 notas de don Francisco Rodríguez Marín. Esta inmensidad de glosas que completa la obra máxima de nuestro idioma, constituyó la actividad principal de la vida de Rodríguez Marín. Pues bien, en el primer tomo de las poesías de Sor Juana, Alfonso Méndez Plancarte amontona casi el mismo número de glosas, ¡y eso que faltan todavía 4 volúmenes más! Subrayo este hecho para admiración y pasmo de todos los bibliógrafos. Yo quedé atónito y suspenso, frente a una devoción tan grande; y han venido a mi memoria aquellas nobles palabras que Eça de Queiroz le dijo a don Teófilo Braga: "Vale la pena de escribir un libro cuando se tiene un lector como usted". Estoy seguro de que Sor Juana le repetiría la frase al doctor Méndez Plancarte.

No hay necesidad de recurrir a las obras editadas por don Alfonso Méndez Plancarte para aquilatar sus excelencias académicas, pues el discurso que nos acaba de leer don Alfonso Junco, muestra elocuentemente sus facultades críticas excepcionales. Maravilla, en primer lugar, la ponderación de espíritu que se necesita para que un sacerdote católico ejemplar no comience asustándose con las blasfemias en que estallaba con frecuencia el poeta Díaz Mirón. Citando muy oportunamente a su cultísimo hermano, se lamenta el recipiendario de que "el río de oro arrastrase a veces fango"; pero el fango es lo de

menos, porque aquel río arrastraba también impiedades y sacrilegios. En esas circunstancias difíciles, el nuevo académico conservó la serenidad de juicio que se requería para valorizar estrofas eternas.

Un espíritu menos amplio habría retrocedido frente a aquella estética pura, baudeleriana, que prescindía de la moral y en algunas ocasiones, se erguía colérico frente a ella. Y conste que no me estoy refiriendo a las balandronadas de mal gusto de los primeros años de Salvador, sino a su obra madura. En *La Oración del Preso* viene esta imprecación terrible:

¿Qué mal obré para tamaño enojo?
¡el honor del poeta es nimbo santo
y la sangre de un vil es fango rojo!

¡Vaya una manera de entonar una plegaria! Casi está reclamando el derecho de matar con la agravante de insultar la sangre de su víctima. Desde un punto de vista moral, la cosa es terrible; pero el crítico de Arte debe atenerse a la belleza y únicamente a la belleza. En la cita que hace Alfonso de su hermano Gabriel, se dice con razón que el poeta es muy superior al hombre. Esta apreciación es el más alto de los elogios y es también el más severo de los reproches. Mucho se ha repetido el aforismo de Buffón de que "el estilo es el hombre". El gran poeta veracruzano se encargó de refutar este apotegma con su existencia llena de sombras y su estro lleno de resplandores. Por lo mismo, la tarea del crítico consiste en sacar el oro del fango. En la composición *Duelo,* Díaz Mirón oye decir que alguien, hablando de su destino, exclama:

Perla oculta en las babas de un molusco
encerrado en su concha y escondido
en el fondo de un mar lóbrego y brusco.

El recipiendario, con espíritu ruskiniano auténtico, sabe sacar la perla de las babas, lo que es igual a separar la espiga de la cizaña como Aquel que sin apellidarse Díaz Mirón, fue y sigue siendo el verdadero Salvador. Y en esa separación de la espiga y de la cizaña, Alfonso Méndez Plancarte demuestra una superioridad incontestable, porque el crítico de Arte es un valorizador de belleza. ¡Nada más!

No me detendré a analizar hasta qué punto la técnica de Díaz Mirón conducía a un arte excelso, ni en dónde comenzaba a ser un artificio ingenioso. Lo que importa subrayar en una Academia, es que el poeta se imponía a sí mismo restricciones rigurosas que lo obligaban a multiplicar su esfuerzo; tenía la convicción de que el artista debe trabajar constantemente para encontrar las formas depuradas definitivas; se afanó como ningún

otro en la búsqueda nunca infructuosa de la Belleza pura. Y desde ese punto de vista, Díaz Mirón dio una cátedra que deberían aprovechar los trovadores de los últimos tiempos que creen cabalgar en Pegasos alados y por lo mismo, suponen que se puede llegar de un solo vuelo a la cumbre excelsa del Parnaso. ¡Cómo se invoca la libertad en el Arte! ¡Cómo se olvida que dicha libertad debe conjugarse con la devoción estética!

Nunca pudo imaginarse Rubén Darío el libertinaje que iba a provocar cuando dijo que sentía "horror por la literatura" y que estaba "loco de crepúsculo y aurora...". La expresión fue muy bella, pero insincera, porque el aeda de Nicaragua era un literato, uno de los literatos máximos del idioma castellano; pero los que no lo eran, se consideraban autorizados para escribir como les daba la gana, y vino el coro de manicomio, del cual todavía no acabamos de salir.

Díaz Mirón fue todo lo contrario: nada de vuelos simbólicos condensados en mitos fascinantes, sino trabajo obscuro y pertinaz, pasos lentos por veredas escondidas; y como si no bastaran las pragmáticas que han establecido varios siglos de experiencia, el poeta se sometía voluntariamente a cánones de su propia inventiva, conforme a los cuales y según la expresión plástica de Amado Nervo, el borrador se ennegrecía con manchas y tachaduras, pero el pensamiento, libre de toda adulteración, quedaba de una blancura luminosa. Así y sólo así es como se realiza el milagro del Arte perfecto.

Con estas palabras y una bienvenida cordialísima al nuevo académico de número, debería terminar este discurso; pero tengo que hacer una observación al doctor Méndez Plancarte. Cuando él se refería al léxico del poeta, habla de un vaivén de lo preciso a lo precioso para definir a Díaz Mirón como un preciosista que fue también un naturalista. Y aquí no voy de acuerdo y voy a decir por qué. Hace muchos años, me vi envuelto en una polémica sobre este punto, con el agresivo escritor don Jesús Guisa y Azevedo. Él sostenía que Díaz Mirón era un preciosista, pero no con el afán de exaltarlo, sino todo lo contrario, con el propósito de empequeñecerlo. Yo negaba esta apreciación; la polémica se enardeció y nos dijimos muchas brusquedades, cosa que no debe asombrar a quienes conocen a Guisa, ni menos a quienes me conocen a mí. Claro está que no voy a resucitar las asperezas de entonces, pero sí creo que debo repetir mi concepto sobre el preciosismo y los preciosistas que se publicó en un diario de esta Capital en julio de 1938:

"Es muy común confundir el noble esfuerzo de un artista por alcanzar la forma perfecta, con la epidemia preciosista que con diversos nombres, ha atacado la literatura de todos los pueblos. En Italia se llamó 'marinismo';

en España, 'culteranismo'; y en Francia, donde tomó el nombre de 'preciosismo', se instaló en el Hotel de Rambouillet durante el reinado de Luis XIII, y llegó a contaminar, aunque ligeramente, hasta a sacerdotes venerables de la talla de San Francisco de Sales.

"En aquel ambiente de artificio y amaneramiento, en el que estuvieron de moda, hasta en los trajes masculinos, las plumas, los encajes y los listones, les pareció natural a los poetas introducir en sus versos el exceso de adornos de lenguaje. Y nació una literatura postiza, llena de pliegues y holanes, recargada de palabrería hueca, en una palabra, una literatura con crinolinas. Se puso en boga una mitología de azúcar con Apolos y Venus de caramelo. Todo mundo se puso a navegar *dans le fleuve du tendre,* y se llegó a creer que la famosa 'Guirnalda de Julia' era la manifestación suprema del Arte. Esta literatura almibarada produjo una reacción vigorosa hacia la austeridad, que se condensó en Corneille, Pascal y demás cumbres del siglo XVII. Molière se encargó de colocar una lápida definitiva sobre aquella época, con 'Las Preciosas Ridículas', su comedia inmortal.

"Y bien, ¿qué tiene que ver Salvador Díaz Mirón con la corte de la 'incomparable Arthenice'? Aunque el bardo veracruzano escribiera una media docena de sonetos con estribillo, ¿qué punto de contacto se le puede encontrar con Voiture, 'el alma del rondel'? Nuestro lírico excelso fue todo lo contrario de los preciosistas; se caracterizó por una economía de palabras, que a veces tocaba los linderos de la avaricia. Fanático de la concisión, muchas veces prefirió la obscuridad a despeñarse en el abismo de la palabrería inútil. ¿Preciosista Díaz Mirón? ¡Pero si no sabía serlo, ni para escribir madrigales! A una señorita de Jalapa le dedicó estos dos cuartetos que prueban que ni al penetrar en un álbum era mimoso ni dulzarrón:

Traigo de la cadena un bello tigre hircano
que a tu neurosis, harta de júbilos de miel,
inspira un acre gusto: el de pasar la mano
por la incitante felpa de su vistosa piel.

Felino que figura el estro a que sonríes,
el numen que me alienta, gallardo y fiero al par,
y que gruñendo lame tus breves borceguíes,
cual por el flujo a veces en la ribera el mar.

"Estos versos tienen una forma perfecta, pero ni una partícula de preciosidad. Y lo mismo son todas las demás obras del poeta: tienen una elegancia austera que hace ostentación de su falta absoluta de adorno. Aplicarle, pues, el adjetivo que caracteriza a los poetas almibarados del siglo

XVII, equivale a barajar a Fray Luis de León con los simbolistas, o a confundir las madonas de Rafael con los santos relamidos y bonitos que se fabrican en Barcelona".

Como veis, no trato de plantear una polémica: me limito a sostener los puntos de vista que presenté hace 16 años, en un debate antiguo. Por otra parte, mi reparo a la apreciación del doctor Méndez Plancarte es meramente nominalista, pues por el texto de su elocuente discurso se deja ver que él entiende por preciosismo, el afán de cantar la hermosura con angélica idealidad. Sin embargo, como esta palabra es de origen francés, me parece lógico ligarla con el movimiento literario de Francia, que antepuso la lindura a la belleza y la galantería a la sinceridad.

Es posible que haya alguien que considere de mal gusto, recibir a un nuevo miembro con una objeción como la apuntada; pero en esta Academia tenemos otro concepto de la cortesía y la cordialidad. Nos enorgullecemos de que en nuestro claustro fraternicen idearios que en cualquiera otra parte chocarían; y por lo mismo, las diferencias de pareceres no sólo se toleran sino que se buscan y se estimulan, para que el espíritu se manifieste con toda clase de antítesis, ya que la desgracia mayor que podría caer sobre nosotros, sería la de que todos pensáramos de la misma manera. Amamos la unidad, pero detestamos la uniformidad. No queremos para nuestro espíritu una, sino muchas facetas, porque solamente así se pueden multiplicar sus fulguraciones.

Alfonso Méndez Plancarte viene a remover nuestras ideas —ya está removiendo las mías—, a intensificar nuestros trabajos, a extender nuestros horizontes y a refinar nuestros ideales; y por eso es para mí una alegría y un honor, recibirlo con la más acogedora de las bienvenidas.

NOVISIMO ICAZBALCETA O DICCIONARIO COMPLETO DE MEJICANISMOS *

RAZONADO, COMPROBADO CON CITAS DE AUTORIDADES EN EL USO I COMPARADO CON EL DE AMERICANISMOS

Por don FRANCISCO J. SANTAMARÍA

POR imperativo orgánico legal de esta Academia, que bien pudiera suprimirse como se han suprimido ya otras formalidades —que no quiero llamar formulismos— toca a cada individuo de número, recibido de nuevo ingreso, referirse de manera apolojética, o por lo menos recordatoria, a aquel personaje a quien sucede en la silla numérica de esta Corporación.

Venimos así ahora i tócanos en suerte suceder aquí a un clarísimo injenio, que fue bien conocido en el mundo de las letras mejicanas, sobre todo en el periodismo nacional: a don Celedonio Junco de la Vega, padre de nuestro esclarecido compañero don Alfonso Junco, actual académico también.

Pero hace poco más de tres años apenas que nuestro don Alfonso, en su discurso de recepción como individuo de número, hizo ante esta Corporación el mejor i más sobrio i más cabal panejírico de su señor padre. Todo lo dijo él al presentar con caracteres justos la figura señera del poeta, del humorista sin par, del versificador fácil que tuvo a gala manejar a su capricho las exijencias de la rima i del ritmo; del periodista fecundo e incansable trabajador, que dejó montañas de producción; por último, del padre ejemplar, del jefe de la dulce severidad en el hogar. Don Alfonso, pues, nos ha relevado de la faena grave i dificultosa para nosotros de hacer una semblanza del académico don Celedonio. ¿Qué podríamos decir de él después de la jocunda i brillantísima

---

* Introducción leída por el autor como Discurso en su ingreso como académico de número en la Academia Mejicana de la Lengua, correspondiente de la Real Española, el 2 de abril de 1954.

Se ha conservado la ortografía del autor, que para muchos es novedad, aunque la usaron Mateo Alemán y Juan Ruiz de Alarcón en el siglo XVII. A. M. C.

apolojética disertación de su hijo, hecha con la galanura severa de su estilo, perfumada con el bálsamo purísimo del cariño filial?

Empero, i aunque todo lo dijo de su padre don Alfonso; como la modestia es valladar en donde ha de tenerse el ponderado juicio del juzgador honesto, i como de honestidad i de modesta pulcritud es claro espejo, como de caballeros el caballero que juzgaba; una cosa no dijo don Alfonso i es la única que vendremos en decir: que la mejor obra de su padre es él mismo, el propio don Alfonso Junco, i que ni un mayor ni más insuperable elojio puede hacerse del eximio varón a quien nos cabe la honra de suceder en este honroso sitial de la Academia.

Para venir a ocupar una curul i sentarnos al lado de vosotros o entre vosotros, con el menor rubor posible, hemos querido traer un libro bajo el brazo; pero un libro hecho por nosotros i que a la materia académica de la lengua se refiera. I hemos querido, al par, hacer con él ofrenda votiva a un nombre excelso e inmortal.

El modesto libro es este: *Novísimo Icazbalceta,* o *Diccionario de mejicanismos,* razonado, ilustrado con citas i comparado con los vocabularios provinciales de los demás países de habla española en la América. Ya está dicho así el nombre del autor a cuya mejor gloria hemos querido contribuir modestamente: Joaquín García Icazbalceta. El libro está destinado a continuar hasta la Z el vocabulario que él dejó inconcluso en el suyo, hasta la G; pero acrecentando desde luego, poniendo al día toda la parte misma publicada, cuya impresión él personalmente acometió antes del 94, en que murió, i que fue concluída en el 99 por su hijo don Luis García Pimentel.

El propio autor insigne cuya obra tratamos de ampliar i completar, ya que la vida no le alcanzó a él para hacerlo; ese propio autor, a pesar de que hablaba antes del 94, es decir, hace más de media centuria, de todos modos, expresa la mejor razón del libro que ahora, aunque no sin temores, hemos acometido, cuando dice: "no existe obra en que expresamente se trate de los provincialismos de Méjico, mientras que otras naciones o provincias hispanoamericanas han recojido ya los suyos. . . etc.". Sean estas palabras suyas el mejor amparo i el más propio resguardo de nuestra audacia, al intentar seguir sus pasos concluyendo su obra.

Penoso sin duda confesarlo; pero al día de hoi, lo mismo que cuando habló Icazbalceta, sus palabras son de operante e irrebatible actualidad, puesto que no tenemos todavía un verdadero diccionario de mejicanismos en que se haya recojido nuestros provincialismos, jenerales, o rejionales, ni aun lo-

cales, con criterio de selección, de comentario i estudio, ni con el de simple catalogación o rejistro. El nos lo hubiese dado. La muerte no le concedió sino dárnoslo a medias.

Ni más clara ni más natural explicación que justifique nuestro afán, cuando intentamos dar cuerpo i vida a esta obra "en que expresamente se trate de los provincialismos de Méjico". Pero nada podría hacerse acerca del particular ni en relación con esta materia, sin reconocer como paradigma i guía de orientación, la obra inconclusa, insuperable, del polígrafo autodidacto más insigne que como investigador i comentarista de nuestra historiografía, de nuestra bibliografía nacional i de los provincialismos mejicanos hemos tenido.

En consecuencia, nos ha parecido de elemental e ineludible acatamiento i reverencia a su autoridad, no emprender una obra como trabajo desligado del suyo, sino llevar a término la continuación de su obra misma, reproduciendo desde luego todo aquello que él pudo realizar, para así aprovechar sus luces a la vez que revivir lo que parece que se va olvidando o que se va perdiendo, ora por lo raro de su libro, cada vez más agotado, ora por la despreocupación o por el poco interés que existe por estas cosas del decir en el común de las jentes, aun cuando consoladoramente veamos que no ha muerto del todo la afición al cultivo del lenguaje ni de sus buenas formas por parte de las jeneraciones nuevas de intelectuales, que son las encargadas del codicilo de su conservación i su mejoramiento en los tiempos de incertidumbre o de azar que nos sucedan a los pobres aficionados que hoi rompemos nuestras lanzas enmohecidas i tomadas de orín, por esta causa noble i alta, que con estar avalada con la firma augusta del augusto padre de don Quijote de la Mancha, ya estará dicho que es también augusta i noble.

Modificamos a veces la redacción de alguna cédula del autor, redactando una nueva definición; pero no porque tratemos de enmendar la plana al conspicuo polígrafo, aunque nadie es infalible, sino por adaptar i adecuar la descripción de la cosa a su realidad, tal cual es actualmente. Porque el lenguaje evoluciona o debe evolucionar, conforme cambia, se reduce o se amplía el sentido de una voz, que naciendo como nazca ésta de la boca del pueblo, del pueblo que es soberano en este atributo de crear el idioma, él mismo podrá dar, i de hecho lo vemos i lo oímos dar diariamente, nueva acepción o más preciso o más vago sentido a una expresión; i así, quien desee estar al tanto del verdadero alcance de un jiro del lenguaje popular, deberá seguir esa marcha en el desarrollo del vocablo vulgar o familiar, sobre todo en el vocablo vulgar, más aún en el plebeyo, el cual por razón de su rebeldía a todo sometimiento jerárquico i por virtud de esa audacia propia de la ignorancia, adquiere i sufre caprichosas modificaciones, transformaciones inauditas, que nadie puede explicar i que es mui difícil, cuando no inútil, investigar.

Volveremos también a decir aquí lo que dijimos en las palabras proemiales de nuestro *Diccionario de americanismos*. No han de ser de uso exclusivamente mejicano los vocablos que colejimos, sino de uso común en Méjico, tan común como pueda serlo en otro país cualquiera. Con esto será bastante para haber podido incluirlos en el número de los mejicanismos. Lo único que no podría caber en el marco estrecho de un vocabulario provincial, o quiérase nacional, de toda suerte confinado a uno de tantos de los países de habla española en la América, es el vocablo de estructura y significado estrictamente castizo, es decir, incluído como tal en el Diccionario vulgar de la Academia Española, por más que críticos acerbos estén diciendo que no todo lo que está en el Diccionario es castizo.

Ahora bien: si el vocablo, bajo la misma forma ortográfica se usa tanto en Méjico como en otros países, sólo podremos aceptarlo como mejicanismo, si tenemos datos más o menos fidedignos de ser oriundo de Méjico, o más peculiar de Méjico que de otro de los demás países donde también se use. Digamos, por ejemplo, los aztequismos. Como el azteca es lengua orijinaria de Méjico, todo aztequismo debe ser catalogado como mejicanismo, siempre i cuando sea usual (no solamente conocido) en Méjico, tanto más si se usa o se conoce igualmente fuera de Méjico. No quiere decir esto que todo aztequismo ha de ser un mejicanismo. Como el azteca se extendió a otros países además de Méjico, hai vocablos derivados del azteca que son de uso común en otros países, Guatemala, El Salvador, etc., pero desconocidos en Méjico. Estos, por tanto, no pueden ser mejicanismos, aunque sean lejítimos aztequismos.

Introdujimos aquí, como en nuestro *Diccionario de americanismos*, la innovación de las variantes lexicográficas e históricas de una palabra. Hemos creído necesario esto en una obra que tiene el carácter de diccionario i creemos que todo diccionario debería consignarlas, porque a menudo sucede que una misma palabra cambia i presenta, por lei de semántica, numerosas formas al escribirse i en ocasiones también al pronunciarse, de tal modo que hasta puede creerse que es una palabra distinta. De suerte que por este camino se puede llegar, i se llega con frecuencia, a conclusiones absurdas, sobre todo en la investigación etimolójica, a conclusiones absurdas o sin buen sentido, i a veces hasta extravagante por su falta de seriedad i ponderación.

La Academia, en estos casos, opta por el expediente de conducir al lector del Diccionario a la forma castiza o más usual, solamente por medio de una simple referencia, como si se tratase, por ejemplo, de un sinónimo. No es de ningún modo i por ningún concepto vituperable ni reprochable el procedimiento. Pero si se trata de una misma palabra, de una sola voz, que ha tomado formas diversas a través del tiempo i del uso, lo debido parece expresarlo así, poniéndole el signo o dándole el nombre que en buena lójica lingüística debe corresponderle: el de "variante" del vocablo fundamental, del vocablo que

por su traza de formación o composición debe considerarse como autorizado por correcto, como si dijéramos por castizo, aunque se trate, como en el caso de esta obra, de mejicanismos, o de cualesquiera otros americanismos en que intervengan, no solamente las grafías i los fonemas de la lengua española, sino también i a menudo con más fuerza expresiva, los propios elementos constitucionales de las lenguas indíjenas de América.

I ya que hemos citado a la Academia i que tratamos de variantes, dos observaciones vamos a hacer, referidas, con el acatamiento debido, al Diccionario de la H. Corporación. Veníamos diciendo que la Academia remite simplemente a la forma castiza, que debe suponerse como autorizada, en tratándose de las variantes; i es el caso que a continuación de la propia voz VARIANTE —VARIAS de por medio solamente— consigna la voz "VÁRICE, f. *Med.* VARICE". Con lo cual quiere decir que la forma correcta de la voz es *varice,* aunque por licencia o por cualquiera otra razón pueda decirse VÁRICE, como decimos común i universalmente. De aquí precisamente nuestra observación. Si el uso vulgar ha preferido la forma *várice,* si el Diccionario de la Lengua es vulgar, esta forma ha adquirido carta de naturalización en el léxico, mui lejítimamente; i como la variedad de forma es propiamente fonética, o prosódica, por cambio del acento, esta otra forma tiene, es claro, relación directa con las normas corrientes de la lexicografía, de la lexicolojía o de la etimolojía, i es, por tanto, una modificación de carácter orgánico, modificación que, a nuestro entender modesto, constituye lingüísticamente lo que en términos usuales llamamos o debemos tener por variante del lenguaje.

I he aquí, por concomitancia, nuestra otra observación. Está dirijida derechamente a la definición misma de la palabra VARIANTE en el Diccionario de la Academia. Nos referimos, por supuesto, a la 2a. acepción: "Variedad o diferencia de lección que hai en los ejemplares o copias de un códice, manuscrito o libro, cuando se cotejan los de una misma época o edición con los de otra". Esto, como se ve, nada tiene que ver con la variante lingüística de que estamos tratando aquí, sentido en el cual, como puede verse, es manifiesta la deficiencia de la definición, al omitir como omite una acepción que aunque parezca de caracteres técnicos o cultos i, por lo mismo, ajena a la condición vulgar del diccionario de las voces comunes, no lo será desde luego que la acepción que acabamos de trascribir, por "variedad de lección" en códices i manuscritos o libros, puede también operarse en los elementos formativos o componentes del códice, el manuscrito o el libro, es decir, en el fonema, en el vocablo, en la palabra, en suma; por donde se ve claramente que la definición pudiera o debiera tener mayor amplitud de comprensión, diciendo, pongamos por caso, en otra de sus acepciones, "una de las diversas formas en que pueda leerse o escribirse una palabra".

La especificación, o la forma especificativa, de referir una voz a otra, como variante de ésta, tiene la cualidad de sujerir i señalar la vinculación lexicolójica de la voz de que se trata con aquella cuya definición, como punto de referencia, es la forma lexicográfica más correcta o adecuada.

Tepezcuintle, o *tepezcuincle,* o *tepeizcuintle* i muchas otras, son formas lexicográficas distintas que debemos referir i en cuya lectura o definición debemos remitir a *tepescuinte,* como lo hacemos en este libro i lo hemos hecho en nuestro *Diccionario de americanismos;* porque *tepescuinte* es la forma castellanizada que debe considerarse más correcta, más propia i más ajustada a las normas jenerales i gramaticales o lexicojenésicas en la formación por derivación de las palabras en español.

En la derivación azteca, para la formación de aztequismos, esto es, de términos adaptados al castellano, se ha tomado una terminación de las que en este idioma son características i lejítimas para la derivación i formación de nuevas palabras. Lo mismo se ha procedido en la derivación copiosísima de americanismos de las múltiples i tan diversas lenguas indíjenas del continente americano. I así, en el caso restricto del aztequismo a que debemos i queremos referirnos, se ha elejido la terminación formativa *te,* jenérica, para los radicales del mejicano o azteca cuya terminación en esa lengua sea *tli,* más propiamente hablando *tl,* que es el fonema característico de la terminación azteca, aunque, por excepción, puedan emplearse las terminaciones *cle (cacle);* raramente *tle (chahuistle);* insólitamente *co (tapesco).* De suerte que de *apastli,* por ejemplo, debemos formar el derivado *apaste,* aun cuando también pueda decirse *apascle, apastle* i aun alguna otra forma menos apropiada. I así debemos preferir la forma *tepescuinte,* de que hablábamos antes, a cualquiera de las otras formas, menos aceptables por menos comunes, i algunas por excluidas o repugnadas resueltamente en buen decir castellano.

La lei que rije en español, debe rejir i rije preferentemente en la derivación de cualquiera otra lengua, cuando esta otra lengua, dominada, o vencida o absorbida por aquélla, entra en la formación o derivación gramatical o lingüística del caudal de la lengua dominante. De modo que si de aztequismos se trata, quiere decir, de términos adoptados por la lengua española, derivados del azteca, su formación debe rejirse por las leyes de la derivación i formación en la lengua española.

Por todo esto, i sin que hayamos tratado de enmendar la plana a nuestro admirado Icazbalceta, ni él lo aceptaría; por todo esto, donde él define, v.gr., la palabra bajo la forma *apastle,* nos hemos permitido modificar el texto, dando esta grafía como variante de *apaste,* que es la forma segura e indiscutiblemente más correcta de castellanización del aztequismo; la forma usual más común i la que han recojido, sin duda por estas razones, los más distinguidos aztequistas: Robelo, Peñafiel, Mendoza, etc.

De insuperable hemos calificado el vocabulario inconcluso de Icazbalceta, i lo ratificamos sin temores, a pesar de que mucho se ha especulado en este medio siglo bien corrido que sigue al día de su muerte i sin que dejemos de reconocer las excelencias de tanto i tanto trabajo disperso de investigación, de difusión cultural i de exéjesis, erudita o popular, que se ha llevado a cabo por eminentes escritores: lexicógrafos propiamente, o literatos i publicistas esclarecidos, que de los unos i de los otros la producción de todas veras ha sido copiosa i ha propiciado una cosecha opima en frutos de saludable aprovechamiento en el cultivo del lenguaje.

De varios de los señores académicos, individualmente, en primer término, ha provenido el esfuerzo en la labor lexicográfica acerca de nuestra habla provincial. Hemos por esto mismo de hablar de ellos en término primo. González Peña i Junco, principalmente como colaboradores de la prensa diaria, van atentos a la evolución de nuestros provincialismos i con frecuencia comentan, aprobando o censurando en tono de buena crítica, el creciente auje de los nuevos términos o neolojismos de nuestra habla i las causas fundamentales de su evolución i desarrollo.

El grave maestro González Peña, fuera de su labor periodística, ha producido en lo atañedero al cultivo i mejoramiento de la lengua, novela i literatura costumbristas magníficas: *La Chiquilla, Gente mía, El nicho iluminado,* además de su *Historia de la literatura mejicana i su Gramática.*

El fecundo Alfonso Junco, con su apacible inquietud siempre en rijo, cuando no riñe batalla iturbidista o cortesiana en la bejuquera de la historia patria, refleja con la clara luz de su brillante prosa sobria las excelencias del claro decir, jugando con los vocablos advenedizos o exóticos i rompiendo lanzas por la fijeza i la limpieza de la lengua, en su estricto i categórico papel de académico. Ahora mismo, acabamos de regalarnos con la lectura de su grácil folleto, *¡Novedad en la Academia!*

Nuestro querido compañero muerto hará dos años todavía, Darío Rubio, hizo de su vida académica un laboratorio constante, productivo i fecundo, de obra lexicográfica i folklórica: desde *Nahuatlismos i barbarismos, Mejicanismos de la Academia, La anarquía del lenguaje en la América española* (su obra fundamental), *Refranes, dichos i dicharachos mejicanos,* hasta *El jaripeo,* de sabroso picor campirano.

La gracia pueblerina del humorista sin par, nuestro nunca bien llorado autor de *Pito Pérez,* más académico por la fuerza de su tono desenvuelto, como para dejar patidifusos a los de la Argamasilla, que por su acatamiento al ritual de la Gramática o de los dogmas retóricos, dejónos un documento inmortal de auténtica pervivencia del alma picaresca i folklórica del pueblo en *Pito Pérez,* i buen aporte de costumbrismo en *Mi caballo, mi perro i mi rifle,* amén de que toda su producción literaria rezuma buen humor i buen espíritu de

amena charla provinciana, desde el corrillo callejero del pueblo chico (infierno grande), hasta el diálogo naturalote i abierto de los trabajadores de la gleba.

Imajinemos un novohispano escapado de la época colonial, que llegara hoi a Méjico Tenochtitlan con unos trecientos años de retraso. Este personaje sería nada menos que el actual cronista de la dicha modernísima Ciudad de los Palacios, Artemio de Valle-Arizpe. Personaje, por otra parte, que con sólo que usase la perilla de la barba, dijérase quevedino o quevedesco en lo físico, pues que tampoco deja de tener sus puntas i ribetes de parentesco literario con Quevedo por el estilo de su prosa sabrosa, antañona i a pesar de esto buena moza, picante, salada i coqueta. Desde *El Canillitas* hasta *La güera Rodríguez,* a través de docenas de libros, don Artemio ha recorrido el coser i cantar de los tonos sociales i mundanos en la vida que va del populacho del Parián a las antesalas o al salón verde, o de cualquier color, del Palacio Nacional. I por este camino, ha hecho la literatura de más rancio sabor nacionalista i ha dado vida nueva al más puro i auténtico lenguaje popular. Confírmalo la *Historia de la ciudad de Méjico,* obra suya en que tiene alojamiento la mejor doctrina, en las notas explicativas, de términos provinciales i aun a veces puramente locales, relativos al lenguaje popular o a cosas inherentes al patrimonio histórico de la urbe.

Como no tratamos de hacer historia ni biografía bibliográfica de académicos, que será obra de otra ocasión, pero que ya tenemos intentada, no habrá por qué ni para qué hacer relato minucioso de autores i libros de eminentes i respetados escritores como Alfonso Reyes i José Vasconcelos, de obra vastamente juzgada mundialmente, i no digamos del ilustre cantor de *El gavilán,* nuevo *Paulino Lucero* o *Santos Vega* de Ascasubi, o acaso creador de un nuevo *Martín Fierro* de las llanadas norteñas i los valles de "El Bajío". He dicho, claro está, Francisco Castillo Nájera, el nostáljico poeta de la lejana i pálida alegría, del cigarrillo sempiterno i la melena gris perla, interpretando la capitosa poesía sedante del alma belga, o recojiendo mieses del folklore más puramente mejicano, en su propio Corrido grande que hemos mencionado o en su opúsculo *El español que se habla en Méjico.*

El viejo e incansable trabajador, decano tal vez de esta Academia, polígrafo, historiador, el Maestro Alberto M. Carreño, después de mil i mil producciones de su injenio, en relación con la lengua, no cansado todavía de ojear i hojear viejos infolios, persevera hoi en dar lustre a las letras i a la historia con las memorias del patricio, del héroe epónimo, del primer hijo de la patria en los dos tercios últimos del siglo pasado: queremos decir Porfirio Díaz.

La pluma galana i mejor cortada de los próceres de la literatura nacional de esta hora; la pluma que se moja en mieles del Himeto para brindar flores de encantamiento i frutos de maravilla i de milagro; la pluma que escribió el capítulo inmortal i cálido de fervor patrio i de inspiración incomparable, *La*

entrega del uniforme de Morelos i luego el embrujo sentimental i romántico *En los nidos de antaño,* la pluma nunca ajena al temblor espiritual; la del alto poeta i prosador, académico por añadidura, Nemesio García Naranjo, si bien no milita en la andariega caravana de nosotros los pobres diccionaristas cazadores de ejemplares de la fauna lexicográfica de los ricos i cada vez más caprichosos decires populares, ha escrito en cambio pájinas tan bellas, ha discriminado en tal forma clarividente en capítulos de sociolojía mejicana —pongo por caso en sus recientes artículos de exéjesis acerca del Padre de la Patria—, ha dado tanto oro de lei a las más bellas letras i a la historia, que su obra entera es paradigma i espejo de la más acendrada expresión de la belleza, a través del cultivo i el ennoblecimiento del lenguaje.

Hemos reservado nuestra mejor ofrenda fervorosa de admirativa veneración para el eximio Director de esta Academia; queremos cerrar el desfile de los académicos con la figura cervantina del hidalgo caballero, del gran señor de la hidalguía misma personificada, cuyo nombre no en vano va emparentado con los Quijada o los Quesada, de donde Cide Hameti Benenjeli, al decir del vidente de la inmortalidad i de la gloria, su propio protagonista. Alejandro Quijano ha dado forma, entre diversos i múltiples escritos suyos, a un bien meditado opúsculo acerca de términos i expresiones de carácter provincial de nuestro país, i que bien puede estimarse como valiosa aportación para el definitivo diccionario de mejicanismos.

Evocaremos también las tumbas gloriosas de algunos de los académicos que han dejado documentos históricos definitivos en la lexicografía i el lenguaje popular. Sea heraldo i galardón de esto que acabamos de asentar, *Méjico peregrino,* por el historiógrafo i estilista, prosador castizo, Victoriano Salado Alvarez, para no citar ni traer a la comparecencia de esta recordación parva i devota, sino al autor de *Santa,* por ser esta celebradísima novela la fuente más pura i caudalosa de nuestra esencia nacional auténtica. I al mencionar a *Santa* viene a las puntas de la pluma, como por una evocación forzosa, una humilde novela provinciana que se llama *Las perras,* escrita por un modesto maestro de escuela, provinciano también, Justino Sarmiento, de Veracruz. No estamos haciendo crítica literaria aquí; pero como en la novela de Sarmiento el tema es popular, estrictamente folklórico, i además tiene la obra toda la envergadura de una gran novela, escrita a mayor abundamiento en un estilo impecable de gracia i corrección, no solamente puede citarse como modelo de estilo costumbrista i descriptivo, en el orden puramente lingüístico, sino acaso acaso como la mejor novela vernácula, auténticamente mejicana, de los últimos 25 años. Porque así lo hemos creído desde que fue publicada en 1933, nos permitimos rectificar al insigne novelista venezolano Rómulo Gallegos, célebre autor de *Doña Bárbara,* cuando en unas declaraciones a la prensa de Méjico, a punto de salir para su patria en días vecinos a su campaña presi-

dencial, dijo que la mejor novela mejicana era *Los de abajo,* por Azuela. Con todo el respeto i toda la veneración que este autor nos ha merecido, disentimos de la aseveración de Gallegos, i así se lo hicimos saber, a través de Andrés Iduarte, enviándole un ejemplar de *Las perras,* para que juzgase con conocimiento, porque de seguro no conocía el libro. Ignoramos qué piense ahora; pero seguimos creyendo que *Los de abajo,* admirable cuadro de la vida de Méjico, de la vida del pueblo de Méjico en la Revolución, no es la novela mejicana por excelencia, sino un capítulo de la vida mejicana, que narra uno de los aspectos vernáculos de un momento dado, esporádico, excepcional sobre todo, como que no es el modo perenne i constante de vivir del pueblo de este país ni de ninguno, el vivir en guerra. En cambio, oigamos este juicio sereno i certero de Rafael Domínguez acerca de la novela de Sarmiento, en su libro *Pájinas sueltas:* "En *Las perras* encontré el modelo clásico de esa difícil facilidad de escribir con sencillez amena, con inalterable verdad, con encantadora nitidez de aguas tranquilas, esas cosas vulgares del vivir pueblerino... Sin querer, como manso corriente, va pasando ante mi vista la obra entera; el velorio de Lupita; los tres besos soñados por el doncel de Celia; la desconcertante borrachera que iguala i hace compañeras a *las perras;* la desoladora amargura de ambas, sin engaño, engañadas; las privaciones de la maestra de escuela, cuya triste suerte la hace lanzar contra los próceres y los fantoches de la política nacional el tremendo reproche que brama en la inoculta cólera de estas palabras lapidarias: 'Data desde entonces el infinito desprecio que me inspiran los politicastros que con frecuencia caen sobre los municipios graznando, como sobre la carne indefensa de un caballo muerto'. Silvino M. González se acordó de Sarmiento i escribió una hermosa i justiciera pájina biográfica suya en *Biografías mejicanas* que vino por largo tiempo publicando, con gran aplauso del mundo literario, en uno de los diarios capitalinos. Citado por el autor de la Biografía, Pedro Caffarel Peralta, con el desenfado jarocho que lo caracteriza, dijo: 'Es el caso de Sarmiento el mismo de Güiraldes... se marchó a hora temprana... Para mí la edad de oro de nuestra novelística está representada por Delgado, Rodríguez Beltrán, De Campo, López Portillo, Rabasa, Salado Alvarez. Cuando enmudecieron, como consecuencia de la ensordecedora 'sinfonía' revolucionaria, únicamente se dejaron oír las estridencias de las guacamayas tropicales; pero una voz auténtica nuestra, un acento modulado con el donaire i la frescura de la vida de Méjico, unas notas finamente moduladas en las pautas del idioma de Cervantes, quizás sólo se encuentren en la obra de Justino Sarmiento, veracruzano para gloria nuestra". Por todo esto hemos creído que la mejor novela mejicana de estos últimos tiempos es *Las perras,* por Justino Sarmiento, lamentablemente muerto en el otoño de su vida; muerto, también dolorosamente, hai que decirlo, hundido en la incomprensión del ambiente literario de su patria, que lo ig-

noró o que no pudo valorizar su obra por hallarse el autor perdido dentro del anonimato del majisterio, a pesar de que éste es heroico, i dentro de la maleza de la provincia, a pesar de que ésta es el nervio i la medula de la patria.

Tenemos, pues, obra de especulación lingüística i lexicográfica de efectivo i auténtico sabor mejicano. Sin duda. Pero no se ha dado forma ni cuerpo al léxico, al vocabulario ordenado en que se recoja la pluralidad o más o menos la totalidad de los términos, de los vocablos, de los jiros ni de las expresiones que componen el caudal tormentoso del folklore popular jenuino, del habla familiar i vulgar de nuestras jentes de aquí i de allá, del altiplano i de la planicie costeña; de nuestras jentes propiamente creadoras del diccionario de provincialismos nacionales, digamos del *Diccionario de mejicanismos,* a que aspiramos en la redacción de esta modesta cooperación que en forma de libro queremos hoi ofrecer a la Docta Corporación, en gracia i tributo de reconocimiento por el honor que nos ha dispensado al elejirnos.

Como ni la capacidad ni la competencia han de ser dones privilejiados que se reserven a los que estemos dentro del seno de esta Docta Corporación, i decímoslo antes que por nadie por nosotros mismos que escribimos estas líneas; fuera de la Academia, como fornidos árboles fecundos en frutos dilectos, muchos escritores conspicuos cultivan el predio de su jardín interior en flores de lexicografía de la mejor, de la más pura i de la más envidiable calidad i utilidad, por su austera seriedad erudita, por su carácter didáctico e instructivo, por su riqueza de enseñanzas, en suma. Veníamos pensando al decir esto en el distinguido aztequista, autoridad mayor de toda excepción por este capítulo, José Ignacio Dávila Garibi, cuya obra es ya como para llenar una biblioteca, autor que debiera estar antes que nosotros mismos en esta Institución respetable, i claro que no a otro que al mismo que aquí habla queremos i debemos referirnos en este caso.

Otro eminente aztequista, el P. Angel M. Garibai, ha publicado *Llave del náhuatl* (1940) e *Historia de la literatura náhuatl* (1953), frutos sazonados de su labor de misionero seiscentista en la rejión otompaneca.

Varios otros entendidos en el mejicano han publicado numerosos e interesantes estudios jenerales; pero específicamente se han distinguido como aztequistas Cecilio A. Robelo, Antonio Peñafiel, Eufemio Mendoza, aunque pudiera citarse a muchos otros más, sobre todo en la investigación de nombres jeográficos indíjenas: Rovirosa i Marcos E. Becerra, en Tabasco; Buelna, en Sinaloa; Martínez Gracida, en Oajaca; Amador, en Zacatecas; Romero Flores, en Michoacán, i varios más.

Al par que las obras de exéjesis específica en materia de mejicanismos, se ha cultivado la novela de colorido costumbrista, que es como la fuente de donde mana el caudal de los vocablos más estrictamente populares, fuente de donde el escritor castizo, el erudito o el académico recojen el vocablo para

fijarlo en el léxico, en la colección depurada por la crítica i ordenada con tendencia i con espíritu de especulación culta. Sea el mejor ejemplo de esto que decimos la novela *Las perras,* de que hablamos antes i que trae al final, a mayor abundamiento, un discreto vocabulario provincial; como *Pajarito,* de Rodríguez Beltrán o como *El gavilán,* del ilustre Castillo Nájera.

Tenemos, pues, una producción constante i creciente en el cultivo de la lengua, no solamente en su condición castiza por fijación i limpieza, sino también cuanto a su aspecto provincial, bajo la influencia inevitable de las condiciones somáticas o etiolójicas del pueblo de cada país, por la intervención esporádica, pero constante, de toda la serie de vocablos de orijen i procedencia indíjena; i esto mismo hace necesaria la catalogación i la comparación de los vocabularios provinciales de nuestros respectivos países indoespañoles o indoiberos, para poder llegar a la estructuración de un verdadero diccionario de americanismos, obra en la cual nos hemos aventurado con el que publicamos desde 1943, siguiendo los pasos del pionero en estas lucubraciones i estas lides, el sabio Malaret, nuestro dilecto, mui cordial amigo que, aunque más sintéticamente que nosotros, ha recojido un vocabulario estimable en las sucesivas i cada vez mejores ediciones de su diccionario.

La aportación de los Estados de la Federación ha sido también mui estimable i, por tanto, no debe dejar de mencionarse. Edmundo Bolio O. imprimió en Mérida, en 1931, *Mayismos, barbarismos i provincialismos yucatecos,* con 640 vocablos, de los cuales gran número son violaciones fonéticas, prosódicas u ortográficas, comunes en el habla española, i esto mismo sucede con frecuencia en varios otros tratados, como anotaremos adelante. Hai cierto desorden alfabético en el texto; pero el libro es de todos modos mui valioso, literaria i lexicográficamente. Otro autor, Prudencio Patrón Peniche, presentó a nuestra antigua Sociedad "Antonio Alzate", ahora "Academia de Ciencias", un interesante trabajo más copioso, estudio más detenido que el anterior, intitulado *Léxico yucateco* (barbarismos, provincialismos i mayismos), publicado en el t. 52, pp. 73 a 178 de las Memorias de la Sociedad, en 1932. Justicieramente hace grata recordación del inolvidable gran maestro yucateco Rodolfo Menéndez, cuya acción, como la de los tabasqueños Alberto Correa i Marcos E. Becerra, como la de Rébsamen, tanto se dejó sentir en la nación mejicana; hace grata recordación de Menéndez trayendo a cuenta de la razón de su libro las palabras en que aquél un día dijo a sus discípulos: "Ojalá escriba alguno de Uds., con el tiempo, un diccionario de barbarismos i provincialismos yucatecos". De allí su obra, como deseo del Maestro convertido en hecho. Patrón, como Bolio, se desvía del buen orden alfabético, impuesto por el Diccionario de la Academia como modelo cuanto a la ordenación de frases, jiros

i expresiones, principalmente de carácter adverbial: i como Bolio también, arrebaña términos i terminachos andariegos, aventureros, que son lo mismo de aquí que de allá, de dondequiera, como los canes callejeros o las malas noticias. Víctor M. Suárez publica en 1945 *El español que se habla en Yucatán.* Esta ya es una obra de verdadera dialectolojía, un estudio serio i juicioso de las características morfolójicas, semánticas, fonolójicas, etc., de la elocución yucateca, del habla peculiar de Yucatán, de las causantes e influencias que han determinado esas características i de la influencia que esta habla yucateca tiene sobre el español o sobre quienes hablan español i arriban a vivir en Yucatán. Alfredo Barrera Vázquez, un auténtico investigador, mejor armado como técnico i hombre de ciencia en la lingüística, publica en 1937, en la inolvidable i hasta hoi insustituible revista "Investigaciones lingüísticas", órgano del Instituto Mejicano de la misma materia, en el t. IV, pp. 9-35, un concienzudo estudio, *Mayismos i voces mayas en el español de Yucatán,* trabajo filolójico de mérito inestimable, obra de un ensayista, que analiza a Yucatán principalmente bajo el aspecto de "una comunidad bilingüe, que ofrece campo fértil al investigador". Por último, Antonio Mediz Bolio, poeta, novelista, escritor teatral, historiógrafo, polígrafo en suma, hizo su presentación en esta Academia, dos años hace, con su orijinal estudio *Influencia del maya en el español de Yucatán,* estudio luminoso que viene a colmar de gloria la buena estrella de Yucatán, cuando ha tenido una plana mayor de escritores notables i destacados en asuntos de lexicografía i lingüística yucatecas, privilejiados del talento i del saber, como los ha tenido en literatura jeneral, en historia, hasta en periodismo con la actual pirámide teotihuacana de Carlos R. Menéndez, sobrino nada menos de aquel maestro de escuela —¡gran Maestro!— de que hablamos al principio de este capítulo. A los estudios especiales anteriores debemos añadir otras obras de investigación enciclopédica, ligadas directamente con el estudio del español en Méjico; obras de escritores yucatecos, o que tratan de cosas yucatecas, o de la maya yucateca que, como observa Mediz, tan fuerte acción ha tenido i tiene en el español de la Península, i que, como ninguna otra lengua indíjena de América, no ha muerto del todo todavía. Entre esas obras que indirectamente se relacionan con el español de Yucatán debe contarse el *Diccionario de la lengua maya* por Juan Pío Pérez, rarísimo i ya casi objeto de museo; el *Diccionario de Motul* por Coronel, en la edición de Juan Martínez Hernández, de 1929; el *Diccionario español maya,* por Ernesto Solís Alcalá, de 1949; i muchos libros científicos, principalmente de historia natural, que proporcionan la mejor fuente de consulta para obtener sobre todo nombres vulgares. En este orden bibliográfico han prestado una contribución valiosa a la lexicografía yucateca libros como las viejas *Lecciones de botánica,* del 76, por los hermanos Dondé; *Mamíferos de Yucatán,* por Gaumer; *Flora of Yucatán,* por Standlei; *Plantas medicinales de Yucatán,* por B. Cuevas;

los diversos estudios botánicos por Narciso Souza Novelo, recientemente muerto; los escritos de Santiago Pacheco Cruz, etnográficos, folklóricos i costumbristas; *Formas dialectales de Yucatán,* estudio por Carmen Heredia H., inserto en el t. II de la célebre revista "Investigaciones Lingüísticas", 1934, además de mil escritos i publicaciones de variados jéneros, como la novela costumbrista *Al salir el sol,* por Pedro Solís Cámara, i otras muchas obras. En fin, que la bibliografía yucateca es rica en material lingüístico i filolójico.

En "Investigaciones Lingüísticas", que hemos citado, se publicaron numerosos estudios dialectolójicos relativos a diversos Estados del país. Rosario María Gutiérrez Eskildsen inicia la obra desde el primer número de la revista, agosto de 1933, con su estudio *Algunos rejionalismos de Tabasco,* que en el número tres amplía con mui eruditos comentarios, bajo el título *Cómo hablamos en Tabasco.* Clotilde Evelia Quirarte, en el 2º i 3er. números del t. I, publica *Español usado en Nochistlán,* Zac., estudio analítico mui estimable. Manuel Muñoz Ledo i Mena, publicó en el t. II un vocabulario acerca de *Formas usadas en el Estado de Querétaro.* Carmen Heredia, en el t. III, *Vocabulario de términos rejionales de Ometepec, Gro.,* i allí mismo se publicó el importantísimo *Vocabulario agrícola nacional,* formado por la Dirección Jeneral de Estadística. En el tomo IV de la Revista se publican *Mayismos,* por Barrera Vásquez; *Vocablos i modismos del Estado de Hidalgo,* por Horacio Rubio; *Lenguaje corriente de los músicos mejicanos,* por R. Guerrero de la Rosa; *Dos estudios del español de Méjico,* por la misma Gutiérrez Eskildsen, con un *Vocabulario usado por choferes; Rejionalismos de* La Parcela, *de López Portillo,* por Alfonso M. Castañeda; *Rejionalismos de Guanajuato,* por Arnulfo Ochoa; *Refranes i provincialismos de Durango,* por E. Gámiz, i *Voces antiguas de fiestas rejionales,* por Nicanor Carvallo. Marcos E. Becerra, fecundísimo i preclaro lingüista, publicó *Observaciones al vocabulario agrícola nacional, Observaciones a "Cómo hablamos en Tabasco",* por Gutiérrez Eskildsen; el notable *Vocabulario chiapaneca-español,* más numerosos estudios particulares; Isaac Ochoterena también escribió allí *Observaciones al vocabulario agrícola,* i al mismo hizo *Adiciones* Héctor F. López. Pedro Henríquez Ureña, en el t. II publicó *Observaciones sobre el español de Méjico.* Mil trabajos más llenaron las pájinas gloriosas de esa revista lingüística que tanto bien hizo a las letras mejicanas, especialísimamente a los estudios del lenguaje, i que, muerto su inolvidable director, Mariano Silva i Aceves, murió ella también en el t. V, del año (¿de gracia?) de 1938.

La Sociedad Folklórica de Méjico, por último, lleva publicados hasta el volumen VII de su "Anuario", de 1938 a 1951. ¡Qué maravilla i qué tesoro de joyas de investigación folklórica, "de estudios interesantes sobre las manifestaciones populares de Méjico!" —como dijo con mui loable sen-

tido de justicia el Rector De la Cueva, de la Universidad Nacional, al otorgar a dicha Sociedad su patrocinio moral i material para la publicación del referido "Anuario". La Sociedad Folklórica ha trabajado en pro del cultivo i el enriquecimiento del lenguaje vulgar como ninguna academia, i permítasenos que aquí mismo lo proclamemos, con un sentimiento de estricta equidad, porque se trabaja en ella en forma rigurosa i fecunda, como lo demuestra ese acervo copiosísimo de ocho tomos de estudios, monografías, ensayos, opúsculos, en fin, toda una catarata de productos intelectuales de una comunidad de personas con alto sentido moral, de amor al trabajo, de desinterés i de entusiasmo, en verdad envidiable. Ella podría ser el paradigma elocuente i apolojético del pensamiento latino: ¡labor omnia vincit!

Entre la producción dispersa del país, enumeraremos algunas de las principales, como el *Diccionario jeneral de jentilicios* por Rafael Domínguez (1948), primer libro en que se recojen i ordenan los vocablos de esa familia lingüística. La *Enciclopedia yucatanense,* obra única en su jénero, por cuanto a un Estado se refiere i aun con relación a algunos países, editada en 1945 con el patrocinio del gobierno de Ernesto Novelo Torre i bajo la dirección de Carlos A. Echánove Trujillo, es un monumento como para glorificar a los escritores que participaron en su redacción. Comprende todos los aspectos en que una Entidad jeográfica social puede estudiarse, inclusive el de su idioma; en ella se reproduce el estudio de Barrera Vásquez, *Mayismos de Yucatán; Flora de Yucatán* por Standlei i *Fauna de Yucatán,* por Pearse. *Así hablan en mi tierra,* por Oscar G. Carrera; libro que trata del habla popular de Tabasco; *Diccionario hípico,* por Jacobo Villalobos Reyes. En materia de charrería, nuestro inolvidable amigo el Marqués de Guadalupe, Carlos Rincón Gallardo, enriqueció la bibliografía folklórica i lexicográfica. Sus principales obras son *El charro mexicano* (1939), *Diccionario ecuestre* (1945), *El libro del charro mejicano* (1946) i *La equitación mejicana* (1923). *Vocabulario campesino* (1945), por Leovijildo Islas Escárcega. *Diccionario de minería* (1886), por Félix Nieto. *¿Qué cosa es gachupín?* (1953), por M. de Cárcer i Disdier. *La décima en Méjico* i *El romance español* i *el corrido mejicano,* por Vicente T. Mendoza, Presidente de la Sociedad Folklórica mejicana. Dos vocabularios acerca de tipografía, por López Dóñez. *Diccionario jeográfico i lingüístico del Estado de Guerrero,* por Héctor F. López, que incluye todo un vocabulario provincial.

Hasta aquí lo más importante de lo que conocemos acerca de la materia que nos ocupa; en el concepto de que sólo hemos querido mencionar aquello que no conoció i por lo mismo no citó Icazbalceta, por ser posterior a él.

Cuanto al comentario hispanoamericano, la corriente no ha sido menos caudalosa. Han seguido las huellas de Cuervo, adoptando más o menos igual forma de exposición, en orden gramatical o doctrinal de la materia, i no alfabético, Calcaño el primero, en Venezuela, que Icazbalceta no alcanzó a conocer, porque *El castellano en Venezuela* publicóse en 1897, en Caracas. El libro es bueno sin duda; pero no tiene ni con mucho la elevación, la galanura ni los arrestos eruditos de las Apuntaciones del gran colombiano, maestro de maestros i sabio de los que no se producen en macolla. El mismo método, recientemente, siguió la escritora Luisita Aguilar Patiño, en *El panameño visto a través de su lenguaje,* impreso en la Arjentina, aunque sin haber entrado en citas ni investigaciones de erudición, sino exponiendo llanamente las formas populares, con mui buen sentido de observación, desde luego.

De Guatemala, la rica fuente de citación i referencia que es la *Recordación florida,* por Fuentes i Guzmán, con su vocabulario final de aztequismos, aunque mui defectuoso, sigue siendo útil. Nos referimos aquí, se entiende, a la magnífica edición de don Justo Zaragoza (Madrid, 1882), en dos tomos, que comprendió no más de 16 capítulos del MS. de Fuentes i Guzmán, los que se conocían hasta entonces. Exhumado i reintegrado el MS., el notable publicista J. Antonio Villacorta incluye la obra en la Biblioteca "Goathemala", en tres hermosos volúmenes, 1932. La edición comprende el orijinal completo del MS. de Fuentes i Guzmán; pero no tiene la presentación fastuosa de la edición de don Justo Zaragoza ni contiene los índices útilísimos de ésta, ni el valioso vocabulario. Sin embargo, Villacorta ha hecho un gran bien a la literatura, a la historia, a la bibliografía, a la ciencia en jeneral con tales publicaciones guatemaltecas, fuente preciosa, como la de todos los cronistas de Indias, para el estudio del lenguaje i del proceso de su evolución en este continente. Aparte de esta valiosa colección de publicaciones, de cosas ya hoi de lejanos días, tenemos en Guatemala un libro voluminoso, en dos grandes tomos sin necesidad, el *Diccionario de guatemaltequismos,* por Lisandro Sandoval. Este escritor se convirtió en un verdadero recojedor que llevó a su libro cuanto desperdicio halló en la lengua hablada: metátesis, términos obsoletos, síncopas, epéntesis, vulgarismos, barbarismos i demás detritus que existen, por corrupción fonética, ortográfica, sintáctica, etc., en el lenguaje popular. Con todo esto, lo mucho bueno del libro forma un cuerpo de mui estimable material lexicográfico i folklórico.

De Honduras conocemos, gracias a nuestro académico amigo, diplomático, Rafael Heliodoro Valle, un *Caló hondureño,* vocabulario valioso, escrito por Florencio Alvarado.

De Nicaragua, *Diccionario de nicaraguanismos* (1939) por H. A. Castellón. Este diccionario tuvo su Alfonso Valle, como el de chilenismos de

Zorobabel Rodríguez tuvo su Fidelis P. del Solar i el *Diccionario Consultor de Rivodó* tuvo a Santiago Michelena (1889) con su *Pedantismo literario*. Con efecto, Alfonso Valle le salió al paso a Castellón con un libro, *Filolojía nicaragüense,* puntos i puntas cojidos en el *Diccionario de nicaraguanismos* (1934), refutándole casi todo, por cierto en tono airado i violento que resta valor a la obra crítica. Antes ya el mismo Valle había criticado unas papeletas que Castellón, en el prólogo del *Diccionario,* dice haber publicado en una revista de Managua, hacía diez años. De todo lo escrito hasta entonces por Valle, puede decirse lo mismo que Icazbalceta dice, en el proemio del *Vocabulario de mejicanismos,* de los *Reparos* por Del Solar: "que escribió en tono un tanto agresivo, i en no mui castizo castellano. Contiene, sin embargo, observaciones fundadas". Años después, en 1948, Valle publica también un *Diccionario del habla nicaragüense,* que así intitula huyendo sin duda de repetir el título de la obra anterior de Castellón. Redactado explicablemente con más cuidado, con el natural temor de la represalia en la crítica. Este diccionario de Valle, además de ser más extenso (318 pp.) que el de Castellón (148 pp.), contiene un vocabulario mayor, aunque los dos incurren en omisiones que mutuamente se suplen; de modo que se completan también mutuamente.

Colombia, siempre proficua en el cultivo de la lengua, ha producido en lo que va de este siglo más obras de literatura lingüística que cualquiera de nuestros países hispanoamericanos, salvo Méjico, que ha dado nuestro *Diccionario jeneral de americanismos,* el cual, con todas sus deficiencias, como obra nuestra, es la recopilación más copiosa que se ha hecho del habla continental. Colombia ha producido *Provincialismos de Ríohacha* por Manuel E. Lanao (1920); dos obras de Leonardo Tascón, *Quechuísmos usados en Colombia* i *Diccionario de provincialismos i barbarismos del Valle del Cauca* (1933-34), obra póstuma ésta, en cuyo prólogo los editores dicen: "Don Luciano Rivera i Garrido i don Marco Fidel Suárez llegaron a conocer al autor entre los más ilustres filólogos nacionales, en un pueblo que, si ha descollado entre todos los de su raza, ha sido precisamente en esta clase de estudios, llevados a tan altas cumbres por Cuervo i Caro, Conto e Izaza, Marroquín i Suárez i cuya continuación ha sido ahora interrumpida, para desgracia de las letras castellanas". A pesar de la interrupción de que aquí se habla, debemos advertir que la obra de Adolfo Sundheim, *Vocabulario costeño,* o lexicografía de la rejión setentrional de la República de Colombia, es de 1922. Este maestro de Barranquilla insiste en lo de la corrupción del lenguaje en Colombia, cuando dice: "Por desgracia la barbarie idiomática va en continuo aumento de día en día, estimulada por cuantos copian servilmente todo lo que se publica en Bogotá, cuya prensa no cuenta en estos tiempos con un solo periódico redactado en lenguaje castizo, sino en

un dialecto aplebeyado, repleto de *eleccionario,* APARTAMENTO, *policial, dejar constancia, impartir orden, presentar atento saludo,* i de otras voces o frases que parecen recojidas entre las basuras de algún muladar". Cuando vemos ¡ay! este APARTAMENTO, de Colombia, nos acordamos de la muerte civil que aplicando una "cláusula de exclusión" mui de su uso particular, unos señores llamados "catedráticos", dieron en este nuestro Méjico de las innovaciones desatentadas i a las veces desaprensivas, a la castiza i castellana y bien nacida palabra DEPARTAMENTO. Dióse muerte civil a la voz DEPARTAMENTO que, ruborizada, fue a esconderse en el regazo lleno de mejor ciencia dijerida de la provincia, i no ha vuelto a verse, sobre todo en las columnas (verdaderas columnas del sostén financiero) del "Anuncio oportuno" de los grandes rotativos, dirijentes del pensamiento colectivo de las multitudes i del sentir de las capillas de elejidos gregarios que actúan conforme al común denominador de una frase consagrada: "lo dice la prensa". Desde entonces, hará ya cosa cercana a un cuarto de centuria, surjió i señorea victoriosa la voz APARTAMIENTO, que nunca, en ninguna forma, i válgame Dios que ni dándole mil vueltas, podrá tener la connotación clarísima i castiza por abolengo i por derecho propio de la voz DEPARTAMENTO, en cuanto a parte de un todo habitable, no en el restricto sentido de habitación o vivienda, único en el que pueden alegarse los dos pasajes de Cervantes, tan llevados i traídos: el de *El Quijote,* en el capítulo IX de la 2a. parte, i el de *Persiles,* en el capítulo XII de la 1a. parte. Pero volvamos a Colombia. Del 34 mismo, fecha de las obras de Tascón, es *Un millar de papeletas lexicográficas,* relativas a los Departamentos de Antioquia i Caldas, por el sabio naturalista Emilio Robledo, a quien también puso en solfa, con mui buena bilis de Valbuena, el Reverendo Padre Roberto Jaramillo, a mayor abundamiento maestro respetado del docto autor de las *Papeletas;* sin acordarse el venerable togado de que donde las dan las toman, de que con la vara que midas... i que él mismo, en una de sus numerosas monografías de historia natural, confundió nuestro árbol famoso de la Noche Triste (*Taxodium mucronatum,* vulgo ahuehuete), con la pomposa i robusta ceiba de nuestras tierras tropicales de Campeche o de Tabasco, que ni pica ni sube tan alto en la jeografía botánica, según su área de dispersión, como se lo advertimos mui a tiempo, saliéndole al paso con nuestra rectificación epistolar. Lo cual quiere decir, en buen romance, que no debemos ver la paja en el ojo ajeno sin mirar el propio i que nadie lo sabe todo ni puede ser infalible o invulnerable, si tiene espaldas. Completando el vocabulario del tudesco Sundheim, publicó Pedro María Revollo, en 1942, en Barranquilla, *Costeñismos colombianos,* libro en el cual aboga con buena suma de razones i doctrina, por que se incluyan las correcciones del lenguaje costeño de Colombia en las del lenguaje bogotano, contenidas en *Apuntaciones críticas*

de Cuervo, toda vez que este insigne Maestro "no dedicó su atención" a dichas correcciones costeñas. Por último, debemos señalar las *Apuntaciones lexicográficas,* por Roberto Restrepo (1943). I hai que decir también, en honor de Colombia, que a pesar de la acusación formulada por los lexicógrafos contra su prensa diaria, que por la premura del comentario, como la prensa de aquí mismo, no podrá nunca cribar ni cerner mui por lo fino el texto de la información rápida i oportuna; en cambio, tiene ese país revistas periódicas, semanarias o mensuales, que valen un potosí por cuanto publican a menudo i con exquisita predilección artículos científicos i estudios específicamente filolójicos o riquísimos veneros de nombres vulgares en clasificaciones tecnolójicas u organográficas i descriptivas de flora i fauna.

Dos libros de grande importancia en la lexicografía americana hallamos en Venezuela, aparte el mencionado de Calcaño i la obra jeneral de Rivodó, única que conoció Icazbalceta. Esos dos libros son: *Glosario de voces indígenas de Venezuela,* por Lisandro Alvarado (1921) i *Libro raro,* por Gonzalo Picón Febrés (1912), que no es más que un glosario curioso i, hasta cierto punto, realmente raro, del habla popular venezolana.

En el Ecuador hai que recordar la obra fecunda del eminente lexicógrafo Gustavo Lemos R., en primer lugar. Lemos publicó *Semántica o ensayos de lexicografía ecuatoriana,* 1920; *Barbarismos fonéticos del Ecuador,* 1922; *Glotolojía ecuatoriana,* 1933, todo impreso en Guayaquil, su lugar nativo. Honorato Vásquez publica *El idioma castellano en el Ecuador,* 1925, i *También en España,* 1926. En 1938 aparece *Fuera del diccionario,* por Justino Cornejo. "Su obra viene a colocarse —citamos al prologuista— junto a las justamente afamadas de Carlos R. Tobar i Alejandro Mateus, las dos más completas i extensas de cuantas se han escrito sobre esta materia, ya que las de Pedro Fermín Cevallos i Alejandro Cárdenas son mui reducidas, i otros trabajos, como los de Honorato Vásquez, Juan José Ramos, etc., no han sido recojidos en volumen". Esto decía el prologuista de Cornejo. En *Fuera del diccionario* se explican, mejor que decir se definen, 859 vocablos rigurosamente numerados. Incluye una bibliografía final breve, en que se cita otra obra de Vásquez, *Rehabilitación de voces anticuadas del Diccionario i Reparos sobre nuestro lenguaje usual.*

Perú, que dio a Palma, el que "se alzó con la monarquía" del folklore en las *Tradiciones peruanas,* i a Arona, autor del *Diccionario de peruanismos,* tiene hoi en Pedro M. Benvenuto Murrieta un auténtico lexicógrafo, que ha publicado *El lenguaje peruano* (t. I), tesis para optar el grado de doctor en Historia i Letras, i tiene escrito también un *Diccionario de peruanismos,* según nos comunicó en correspondencia con nosotros, sin que sepamos si lo ha publicado. La "Revista del Museo de Lima" ha dado a conocer extensos vocabularios de nombres vulgares de animales i plantas del

Perú, en numerosos trabajos científicos i folklóricos de especialistas distinguidos. En el *Boletín de la Academia Chilena de la Lengua* en que se han publicado numerosos trabajos lingüísticos, apareció la monografía del ilustre académico Enrique D. Tovar i R., *Identidades i diferencias en el habla de peruanos i portorriqueños,* publicada en los cuadernos 29-30, en 1943.

Chile tuvo la gloria de Bello, los Amunátegui i Lenz, el conspicuo filólogo alemán autor del *Diccionario etimolójico de voces chilenas derivadas de lenguas indíjenas americanas* (1905-10), obra exhaustiva en su jénero, como buen trabajo de metódico investigador teutón; aparte su otra obra estupenda, *La oración i sus partes* (varias ediciones), i numerosos opúsculos menores. Zorobabel Rodríguez, con el *Diccionario de chilenismos,* de 1875, siguió a Cuba, la primera nación en publicar su *Diccionario provincial,* el de Pichardo, en 1836; i, como Colombia, Chile ha tenido numerosos diccionaristas provinciales: Echeverría i Reyes, autor de *Voces usadas en Chile* (1900) i varias otras publicaciones; Camilo Ortúzar, autor del *Diccionario manual;* Manuel Antonio Román, autor del gran *Diccionario de chilenismos* (1901-8), de cinco voluminosos tomos. Román se extendió, casi hasta extraviarse, en el campo de las correcciones de lenguaje i de los errores e infracciones del habla, que no son patrimonio de ningún país en particular, sino que son comunes a todo el mundo de habla española. Su obra casi es una larga e interminable apostilla al Diccionario de la Academia, más que un estudio de índole provincial restrinjida. José Miguel Irarrázabal Larrain, autor de *Chilenismos* (1945) i Guillermo Rojas Carrasco, de *Chilenismos i americanismos* (1943). La Universidad de Buenos Aires publicó (1940) *El español en Chile,* con trabajos de Lenz, Bello i Oroz, i luminosas notas de Amado Alonso i Raimundo Lida. Miguel Luis Amunátegui i Miguel Luis Amunátegui Reyes llenan medio siglo de actividades lingüísticas chilenas, desde las *Apuntaciones* (1885-86-907), del primero, hasta la serie de obras del segundo de ellos, que fue eximio director de la Academia Chilena de la Lengua i fecundísimo autor de numerosos estudios de lenguaje, como el titulado *Observaciones a un diccionario* (el de Ortúzar), cuyo último de los tres tomos es de 1927. El ilustre pedagogo chileno Carlos F. MacHale, residente en Nueva York, en plena actividad de producción, lleva publicadas tres obras de lenguaje: *Diccionario razonado de modos de buen decir* (1930); *El libro mayor del idioma* (1934) i *Spanish don'ts* (1939).

Razones de orden sociolójico i demográfico explican que la República Arjentina sea el país más rico en provincialismos. Donde la inmigración europea ha sido tan intensa i caudalosa, la diversidad de influencias ha dado lugar a una variedad cromática de corruptelas populares, de tan recia i abundante producción, que casi ha llegado a invadir las altas capas sociales de la población, más que en ningún otro de nuestros países; i de aquí el

extenso i curioso vocabulario provincial arjentino, si se tiene en cuenta además la influencia de ese personaje que encarnó toda una época histórica, el gaucho —como la china poblana en Méjico— i que hoi va desapareciendo, a pesar de *Martín Fierro* i de *Don Segundo Sombra.* Por último, ha de contarse la influencia de una de las lenguas indíjenas más importantes lingüísticamente, el guaraní, como el azteca i el maya en Méjico, el quichua en Perú i el araucano en Chile. Al viejo *Vocabulario ríoplatense* por Granada (1890) han seguido el *Diccionario arjentino* por Tobías Garzón (1910) i el *Diccionario de arjentinismos* por Lisandro Segovia (1911). A tal influencia invasora en la corrupción del lenguaje ha sabido responder la República Arjentina con su augusta Universidad en la cual el espíritu creador i fecundo de Amado Alonso, fundó el Instituto de Filolojía, cuyas publicaciones en la "Biblioteca de Dialectolojía Hispanoamericana", ha llenado de luz diáfana de investigación i de ciencia el lenguaje provincial i culto de todos nuestros países, sin preferencias ni exclusivismos. Con decir solamente los nombres de algunos de los claros talentos i hombres de ciencia con que ha contado la Universidad Arjentina, se comprenderá la influencia definitiva que ha tenido en los estudios de esta índole i en el jenio mismo de la lengua en el continente. Amado Alonso, Pedro Henríquez Ureña, Eleuterio F. Tiscornia, Aurelio M. Espinosa, Rodolfo Oroz, Raimundo Lida, Ánjel Rosenblat, que han remozado a los mismísimos inmortales Cuervo, Bello, Caro, i han dado a conocer a Hills, Semeleder, Wagner, Marden, Lentzner i tantos más apóstoles de esta clásica i heroica jornada. Aun fuera de la Universidad, brillan igualmente en aquel gran país, por sus trabajos en pro del idioma, el incansable maestro, nuestro admirado amigo don Juan B. Selva, con su *Guía del buen decir* (1916), en su tercera edición del 44, que es un verdadero código de las formas correctas i las leyes acerca de lexicografía americana. Otras obras suyas, con relación al lenguaje, *El castellano en América, Familias de palabras, Porvenir del habla castellana en América, Importancia i porvenir del castellano, Crecimiento del habla,* uno de los mejores i más estrictos estudios de semántica; *Evolución del habla,* estudio rigurosamente filolójico, i, por último, *Trascendencia de la gramática de Bello* (1950). Otro gran maestro y lexicógrafo, don Avelino Herrero Mayor, ha escrito *Artesanía i prevaricación del castellano* (1931), *Lengua, diccionario i estilo* (1a. edición, 1938; 2a., 1944), *El idioma de los arjentinos* (1942), *Presente i futuro de la lengua española en América* (1943), *Problemas del idioma* (1943), etc. Estos dos últimos autores citados han sido los continuadores inmediatos de los insignes lexicógrafos Eusebio Castex i Ricardo Monner Sans. Éste publicó *Notas al castellano en Arjentina* (1917), *De lenguaje i de gramática* (1915), *Pasatiempos lingüísticos* (1926), *Disparates usuales en la conversación* (1924), *Barbaridades que se nos escapan*

al hablar (1925). Castex es autor de *Cantos populares* (1913), *Tópicos lexicográficos* (1927), *Enmiendas al* Diccionario de americanismos *de Malaret* (1925) *i Pasatiempos lexicográficos* (1937). Cuenta además Arjentina con el *Tesoro de catamarqueñismos* por Samuel A. Lafone Quevedo, libro juntamente con el cual fue publicado, en su 3a. edición (1927), el magnífico *Vocabulario de palabras i modismos usuales en Catamarca,* por Félix F. Avellaneda. El recio volumen forma un cuerpo de los más importantes en materia de términos rejionales i de etimolojías indíjenas. Ciro Bayo, el andariego maestro de escuela, observador i explorador español, ha contribuído a enriquecer la bibliografía lingüística ríoplatense con su *Vocabulario criollo español,* publicado en 1910 i luego en su 2a. edición con el título de *Manual del lenguaje criollo de Centro i Sudamérica,* en 1931. Bayo parece que escribe con prevención i con descuido, porque principia diciendo que "en cada república hispanoamericana se ha formado una jeringonza (sic), parecida al romance bárbaro en que se fraccionó el latín del Lacio" o que "se habla un castellano que necesita traducirse al español"; aunque no ha de ser hiperbólica del todo la afirmación, cuando Bello había dicho antes "con el tiempo se hablará en América una jerga desconocida", i Groussac, el francés arjentino, llegó a decir "lo que más urje a los lexicógrafos es aprender castellano". Después de todo, esto ha servido para acrecentar el propósito de mantener la limpieza de nuestra lengua i por ello tal vez han menudeado más nutridos cada día los estudios de depuración i espulgo, además de aquellos de simple i pura recolección i archivo. Ciro Bayo ha dejado en sus obras narrativas i lexicográficas un documento fehaciente de aglutinación indoespañola, con muchos errores i graves deficiencias de definición, si se quiere, pero de cualquier modo un auxiliar que sirve como dato i como guía para la investigación semántica.

De Bolivia, Uruguai i Paraguai no existen vocabularios propiamente dichos del lenguaje provincial, si no es el de Bayo, que recoje términos igualmente usuales en Arjentina i en aquellos países; de suerte que tenemos que recurrir a la literatura rejional, costumbrista, mui atendible, sobre todo a últimas fechas, en Bolivia, donde está floreciendo una pléyade de novelistas i periodistas de mucha i mui buena enjundia literaria: Mercedes Anaya de Urquidi, autora de *Indianismo;* Tristán Marof, de *La ilustre ciudad;* Jesús Lara, de *Surumi;* Víctor Hugo Villegas, de *Chuño Palma;* Nazario Pardo Valle, de *Trópico del Norte;* Luis Llanas Aparicio, de *Huellas del pasado heroico,* obra del teatro boliviano, para no citar muchos otros.

En los países antillanos, Cuba a la cabeza, los estudios lexicográficos se han multiplicado, después de Pichardo, único autor orijinal a quien consultó Icazbalceta, pues Macías no hizo más que seguir a aquél al redactar su *Diccionario cubano.* En Cuba hallamos *Lexicografía antillana* por Alfredo Za-

yas (dos ediciones, 1914-1921) i la importante serie de libros profundos i macizos de ese coloso investigador a quien hoi rinde homenaje la intelectualidad cubana, Fernando Ortiz, autor laureado de *Afronegrismos* i de *Un catauro de cubanismos* (1923), libro este importantísimo por la forma concienzuda en que se trata la materia, pero de difícil manejo por el desorden con que está escrito, sin índices ni arreglo alfabético, cosa mui molesta tratándose de vocabularios de cualquier especie. *Léxico cubano,* por Juan M. Dihigo. El libro será de una extensión enorme, pues el primer tomo, único publicado hasta hoi, que sepamos [1], tiene 422 p. en tamaño folio i apenas comprende la A. Es un verdadero archivo de comentaristas, que reproduce a cuantos autores han tratado acerca del habla cubana, agregando su opinión, mui respetable, el propio Dihigo e ilustrándola en numerosas ocasiones con autoridades. "Archivos del folklore cubano", revista mensual habanera, presta también un gran auxilio a los estudios lexicolójicos, lo mismo que los Boletines de todas las Academias de la lengua, en los diversos países. Recientemente (1953) se ha publicado *Pichardo novísimo,* por Esteban Rodríguez Herrera. Nuestro ilustre amigo se ha anticipado, por el mismo camino, a la obra que nosotros hemos venido escribiendo hace diez años i que ahora brindamos a la Academia Mejicana de la Lengua. Ha hecho él un gran bien a la lexicografía cubana, porque Esteban Pichardo sigue siendo el pionero de la investigación en materia de vocabularios del habla provincial de la América indohispana, pero es ya raro o casi desconocido.

La República Dominicana, que con ser la patria de los Henríquez Ureña ya puede llamarse la nodriza de los estudios de lingüística, tiene, aparte la obra fecunda i conocidísima de Pedro, uno de los próceres de las letras, de aquel apellido, un vocabulario provincial, titulado *Dominicanismos,* por Manuel A. Patín Maceo, que va en su 2a. edición (1947); *Diccionario de criollismos,* por Rafael Brito P., i numerosas publicaciones oficiales del folklore, catálogos de flora i fauna, etc., mui importantes i mui bien presentadas en el mercado literario.

Puerto Rico cuenta con su *Vocabulario de provincialismos,* obra de Augusto Malaret (1937), que lleva además, en la 3a. edición, su *Diccionario de americanismos,* aumentado cada día.

Volveremos, ya para concluir, a las palabras reveladoras i proféticas, de relevante actualidad además, pronunciadas por el autor del *Vocabulario de mejicanismos,* quien hablando de la necesidad que existe de integrar el voca-

[1] Se me comunica, la noche misma de la lectura de este Discurso, que se ha publicado ya un segundo tomo de la obra de Dihigo. Acabo de obtenerlo; comprende la B. Mayo 28, 1954.

bulario total del diccionario de americanismos, concluía: "a cada nación toca presentar lo suyo; algunas así lo han hecho ya; nosotros permanecemos mudos". No permaneceremos mudos desde ahora. Por nuestra boca queremos que hable, aunque pobremente pero con el mejor i más noble de los propósitos, esta Docta Corporación, por medio de este homenaje de mínima significación que le brindamos en nuestro *Novísimo Icazbalceta* o *Diccionario completo de mejicanismos* (o acaso *Diccionario nacional mejicano).*

Habíamos acabado i publicado el primer tomo de nuestro *Provincialismo tabasqueño,* cuando hubimos de concebir el propósito de ensanchar i enriquecer nuestra recolección de espigas hasta dar cima al *Diccionario de mejicanismos;* completado el caudal lexicolójico de éste, nos hicimos a la mar en "frájil barquilla", que dijera el poeta, i acometimos la empresa agobiadora del *Diccionario de americanismos* que los manes sagrados de Cuervo i Bello, de Icazbalceta mismo, nos permitieron ver concluído i publicado al cabo de más de 30 años de trabajo, con la amplitud que creíamos necesaria desde que conocimos el más breve i más parco centón del libro importantísimo del mismo título que, en ediciones repetidas, ha venido publicando nuestro admirado amigo i compañero de lides lexicográficas, el portorriqueño Malaret, a quien hemos tenido la oportunidad i el placer de brindar modestísima pero espontánea colaboración en su labor investigativa i aquistadora. Al concluir nuestro *Diccionario jeneral de americanismos* es de comprender que quedaban concluídos también e incluídos en él, tanto el de provincialismos tabasqueños como el de mejicanismos. Así fue, ciertamente. Empero, dentro de la jeneralidad del libro, tenía que ser necesariamente sintética i abreviada la exposición del provincialismo mejicano, i mucho más la del rejionalismo tabasqueño. A mayor abundamiento, circunstancias atañederas a la historia de la formación i la impresión del *Diccionario de americanismos,* que no viene al caso referir hoi, hicieron que la obra se editara sin comprender el caudal numeroso de citas de autoridades que teníamos acopiadas i que significan la mejor certificación de validez i de carácter para obras de esta naturaleza, como hubo de comprenderlo el propio Icazbalceta cuando trajo en preferentísimo lugar la cita de primera mano de los autores que acreditan el uso, vulgar o docto, pero uso de todos modos, i siempre que pudo, de los vocablos de su léxico.

Ahora, respetables colegas académicos, réstanos solamente deciros: venimos a la Academia tardíamente sin duda; pero no cansados del todo. Hai todavía algún sol en las bardas. Traemos para ofrecer a vosotros, a la Benemérita Corporación, este libro *Novísimo Icazbalceta,* producto de nuestro pobre injenio, tal vez el trijésimo de nuestros libros; tenemos escritas las

Monografías de Tabasco i hecho el *Atlas jeográfico del Estado,* obras que esperamos todavía ver publicadas; escritas también *1500 papeletas de bibliografía lingüística;* en prensa un viejo libraco de nuestros mejores días de maestro de escuela; trabajamos actualmente en la 2a. edición del *Diccionario de americanismos...* en fin, pendolearemos hasta volver al ciclo de la evolución de la materia. Mientras tanto, también aquí en la Academia, estaremos como el último peón, pero un peón caminero que no ofrece sino su buena voluntad para demostrar con su esfuerzo que la Academia Mejicana de la Lengua hace honor al lema que le sirve de divisa, i que es verdad que "limpia, fija i da esplendor", en la esfera de su acción i de sus nobles i excelsos atributos.

CONTESTACION AL ANTERIOR DISCURSO

Por don FRANCISCO CASTILLO NÁJERA.

DON Francisco J. Santamaría, regulariza, en esta solemne ceremonia, su situación como académico de número, conforme a las recientes modificaciones reglamentarias. Desde hace siete años, se le nombró miembro correspondiente.

Don Francisco presenta, como discurso inaugural, la introducción de su obra *Novísimo Icazbalceta* o *Diccionario completo de mejicanismos;* pero, en realidad, su primicia académica la constituyen las dos mil páginas, en pequeño tipo, de los tres tomos que, como "votiva ofrenda" está dedicada "a un nombre excelso e inmortal", el de don Joaquín García Icazbalceta, cuyo vocabulario —inconcluso por la muerte del preclaro varón— don Francisco ha completado y puesto al día.

Si la obra, lograda después de treinta años de labor constante, nos admira por su extensión, mayormente nos asombra por ser modelo de filología nacional y de lexicografía comparada; Santamaría logró su propósito y no es jactancia su aseveración en el subtítulo:

Diccionario completo *de mejicanismos.*

Efectivamente, el *Novísimo Icazbalceta* compila cuanto sobre la materia sa ha publicado y añade un caudal de voces recogidas de todas partes.

Treinta y tantas obras —algunas en más de un volumen—, centenares de folletos y centenares de artículos diseminados en periódicos y revistas, forman la hemero-bibliografía del ilustre polígrafo que, con igual soltura, excursiona por los más diversos dominios del saber humano. Son notables, por el valor pedagógico, sus epítomes de matemáticas, de geografía, de historia y de instrucción cívica; muchos han servido como textos escolares.

En otras de sus producciones, los temas históricos y literarios se tratan más profunda y ampliamente. Puede afirmarse que su inquietud intelectual no conoce límites ni secretos: arqueólogo, escribió un opúsculo sobre las ruinas occidentales del Viejo Imperio Maya. Abogado, los temas jurídicos

han sido material de varios libros. Ensayista, publicó *Semblanzas tabasqueñas,* en un estilo ameno y elegante, características que campean, asimismo, en sus *Crónicas del destierro*: escenas de viajes y exactas observaciones de tipos, costumbres y lugares de los Estados Unidos. Asoma el novelista en sus narraciones y cuentos *De mi cosecha* y, para estimar su pasión por la cultura y sus múltiples aptitudes, apuntaremos que reunió, en voluminoso libro, una interesante *Antología folklórica y musical de Tabasco;* el arreglo estuvo a cargo del competente maestro Gerónimo Baqueiro Foster.

En *Norte,* reputada revista que dirige el original y fecundo poeta don Alfonso Camín, aparece, en el número de noviembre-diciembre de 1953, *Tabasco en la Literatura Mexicana,* artículo del ensayista, oriundo de dicho Estado, Manuel Antonio Romero. Reconoce, en Santamaría, "gran actividad intelectual" y añade: "...es polifásico: ha sido maestro de escuela primaria; catedrático; funcionario; político de oposición. *Juez Lince* de famosos jurados populares y Gobernador de Tabasco. En su juventud y en la tierra nativa, fue conceptuado matemático y geógrafo derivando a la lexicografía. Su obra monumental, consistente en tres tomos, *Diccionario de americanismos,* permitió a Santamaría, que escribe con i latina en vez de y, y que tiene otros gestos gramaticales revolucionarios, ocupar un asiento en la Academia..."

En su período gubernamental (1947-1953) editáronse más de ochenta obras, con un costo de más de un millón de pesos: don Francisco, según carta que tengo a la vista, considera que fue esa suma "el dinero mejor gastado" durante su administración.

A sus obras citadas debemos agregar: *Ensayos críticos de lenguaje,* en colaboración con el Lic. Rafael Domínguez; *Americanismos i barbarismos, Glosa lexicográfica* y *El provincialismo tabasqueño.* Se patentiza su conocimiento de los clásicos, en *Un valioso hallazgo cervantino* y en *Indice a las notas de* El Quijote *de Rodríguez Marín.*

Santamaría tiene, aún, doce tomos de *obras sueltas,* próximos a imprimirse.

Alternar con el autor de tales portentos, pudiera calificarse de osadía o inmodestia; tal escrúpulo me movió a rehusar el encargo, al serme propuesto, por algunos de mis eminentes colegas; alegué las obvias razones que fundaban mi actitud; pero me rendí al saber que sería grata, para don Francisco, mi participación en este acto; mi espíritu se conmovió al soplo de las brisas frescas y fragantes de los recuerdos juveniles y, como argumento decisivo, pesaron en mi ánimo siete lustros de amistad, traducida en creciente afecto mutuo, inmune a la ausencia y a la distancia, inalterable a pesar de transitoria diferencia política.

En 1919, mis funciones como jefe del Servicio Médico Legal, me relacionaron con "El Juez Lince", así llamado por sus inteligentes y sutiles interrogatorios con los que lograba las confesiones de los reos, aun de los más astutos y escurridizos.

De las relaciones oficiales nacieron las amistosas; don Francisco formó parte de un grupo que se reunía, una o dos veces por semana, en mi consultorio: Jesús Carranza 8, entonces, antes Relox y, ahora, República Argentina. Terminada la consulta, poco después de las siete de la noche, nos instalábamos en el despacho-biblioteca y departíamos durante unas dos horas. A veces, los reunidos no pasábamos de tres, pero, en otras, llegábamos a la docena. Concurrían los generales Francisco R. Serrano y Jesús M. Garza; el Ing. Luis L. León, el Lic. Tomás Garrido Canabal y los doctores Angel Brioso Vasconcelos y Eliseo Ramírez. En los últimos meses, el grupo se reforzó con los abogados Carlos Roel y Justo A. Santa Anna, heredero del nombre y de la inspiración del bardo al que se considera como el más notable lírico entre los tabasqueños del siglo anterior.

Inútil hablar de cada uno de los citados; se les conoce de sobra; todos han sobresalido; unos desempeñaron secretarías en gabinetes presidenciales; otros fueron gobernadores de sus terruños o diputados al Congreso Federal. Brioso y Ramírez, hombres de ciencia, escritores, médicos e ilustres facultativos, Roel, poeta y literato.

Los nombres de algunos recuerdan dolorosas tragedias y acontecimientos de nacional resonancia. Si no siempre seguimos la misma ruta, en épocas posteriores, en la que refiero, nos unía la desinteresada y noble amistad que florece en las almas juveniles como rosa estelar y que, para Santamaría, para León y para mí, los supervivientes del grupo, es consuelo y es gloria porque alumbra y embalsama nuestras vidas cuando ya el crepúsculo nos amenaza con la noche.

En "El Ateneo del Relox", título inventado por Ramírez, no se hablaba de política; tópicos literarios y científicos constituían el espontáneo programa. Cintilaban las chispas de ingenio, en anécdotas y en improvisaciones de sano humorismo. Las exposiciones y diálogos eran intercambio de conocimientos.

Cuando en ausencia de Santamaría, se le recordaba, los tabasqueños Garrido y Santa Anna, satisfechos y orgullosos, nos referían los méritos del ausente.

Los datos recogidos entonces, y los después recopilados, nos permiten trazar la trayectoria del personaje multiforme:

Vio la luz el 10 de septiembre de 1889, en Cacaos, pueblecito de la municipalidad de Jalapa (Tab.); su familia se trasladó a Macuspana, en cuya escuela el niño cursó cuatro años de primaria; tuvo por preceptor a

don Vicente F. Hernández, pedagogo de lustre. Por nuevo traslado familiar, el párvulo vivió en el rancho de San Joaquín, carente de escuela; continuó estudiando solo, y a los 12 años, presentó en la Dirección General de Educación Pública de San Juan Bautista, capital de su Estado, exámenes extraordinarios, a título de suficiencia, de todas las materias correspondientes a los años quinto y sexto. En un mismo día pasó las rigurosas pruebas; el gobierno lo premió concediéndole una beca por haber obtenido mención honorífica.

En el Instituto Juárez siguió la carrera de profesor de enseñanza primaria superior; tenía 19 años, al titularse. Ya en su tesis inaugural *Historia del majisterio en Tabasco,* se reconoce al historiógrafo y al purista.

Es catedrático de la Escuela Superior y, durante tres años, la dirige; su capacidad de trabajo y su inteligencia lo facultan para emprender, sin mengua de sus labores docentes, los estudios de jurisprudencia; además, continúa sus actividades periodísticas, iniciadas desde antes de cumplir dieciséis años; colabora en los periódicos literarios locales y, en *El Progreso Latino* y *La Patria,* de la capital de la República, escribe artículos de carácter político.

Estos trabajos abrumadores, para cualquier otro, auméntanse, todavía, con la preparación de textos escolares, mencionados anteriormente.

Su tesis, *Los Majistrados deben ser abogados,* se distingue por la exposición lógica y los abundantes argumentos que sustentan la enunciada opinión. Obtiene el título en octubre de 1912.

Santamaría pasó, en la hoy Villahermosa, los tiempos de agitación política, tan bien reseñados por Andrés Iduarte, en *Un niño en la Revolución Mejicana,* precisa descripción del medio físico y del ambiente psicológico. El caos no era esperanza de progreso para el profesionista ni de tranquilidad para el estudioso. Decidió venirse a México, y lo hizo a fines de 1916.

Ejerció su profesión hasta ingresar a la judicatura, en 1919; fue Magistrado del Tribunal Superior del Distrito Federal, de 1922 a 1923. Por aversión a la burocracia y con el deseo de adquirir independencia económica, se consagró al ejercicio profesional; litigó en todos los ramos; pero, se hizo famoso, principalmente, por sus defensas ante jurados populares.

"El Ateneo del Relox" tuvo corta vida: en octubre de 1920, por motivos que no interesan, dejamos de reunirnos. Mi trato con Santamaría fue menos frecuente, pero de mayor cordialidad.

En el extranjero, me informé de sus andanzas políticas y de que, aprehendido, con el Gral. Serrano y demás compañeros, Santamaría, gracias a su serenidad, logró fugarse, salvándose de la hecatombe que conmovió a la República. El sangriento episodio inspiró las páginas de *La tragedia de Cuernavaca en 1927;* pasajes trémulos de patetismo.

Abandona el país y, por más de tres años, sufre las amarguras de la expatriación. Ya me referí a su obra relativa *Crónicas del destierro.*

Regresa del exilio, colabora en *El Universal* y en la revista *Hoy;* continúa en sus pacientes investigaciones para preparar los tres tomos del *Diccionario de americanismos* y el "novísimo" que ahora nos presenta. Aquél apareció en 1942; la crítica nacional y la extranjera lo sitúan entre los clásicos de su género; lo alaban lexicógrafos de nota: el portorriqueño Augusto Malaret y mi apreciado amigo, el académico de la Panameña, Ricardo J. Alfaro. La Mexicana reconoció la singular valía del *Diccionario de americanismos,* concediendo a su autor un diploma honorífico. A esa distinción se añaden condecoraciones e insignias varias. Pertenece a la Academia de Ciencias "Antonio Alzate", a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, y a otras asociaciones científicas y culturales de nuestro país. Es académico de la lengua, en Honduras, y miembro de la Sociedad Geográfica de la República de Chile.

Pronto celebrará su cincuentenario de periodista, ya que hizo sus primeras armas en 1905. Fray Nox y Dr. Nihil son los seudónimos que más usó en esas lides.

Hallábase absorbido por los arduos estudios de su devoción y por los quehaceres profesionales, a los que debe un modesto capital, cuando se le instó para que aceptase la candidatura a gobernador de su Estado.

Ya mencionamos su fructífera labor cultural; gracias a ella volvimos a leer las novelas de Sánchez Mármol y a conocer, con detalle, las poesías de Carlos Ramos y las de Salomé Tarracena (El Negro Melenudo) merecedoras, las de Ramos, especialmente, de figurar en nuestras antologías.

En las primeras líneas del presente discurso, mal urdido, hice comentarios muy someros al *Novísimo Icazbalceta;* imposible profundizar; cuando escribo, la obra está imprimiéndose y sólo recorrí unas dos mil papeletas correspondientes a la "A". Por ese anticipo puede presumirse la magnitud de la obra concluída. La rápida lectura del material de que dispuse; la Introducción que acaba de leernos don Francisco, pero, sobre todo, sus antecedentes lexicográficos, nos autorizan para decir, sin temor de equivocarnos, que ya tenemos "un verdadero Diccionario de Mejicanismos".

Santamaría cosechó en los mismos campos que don Joaquín, pero su recolección es más abundante. Improba labor la de revisar las fuentes de Icazbalceta, desde la colonial de Torquemada, para seguir con las de "El Pensador": *El Periquillo* y *La Quijotita;* la serie completa de la *Linterna Mágica* de "Facundo" (J. T. Cuéllar); *Memorias de mis tiempos, La musa callejera* y centenares de poemas y artículos de Guillermo Prieto, dispersos en periódicos y revistas; la colección de *El Gallo Pitagórico* de Juan B. Morales, las novelas de Payno; *La Calandria* de Rafael Delgado; para no alar-

gar las citas, omitiremos las menos importantes; en cambio, haremos especial mención de Luis G. Inclán; sus *Recuerdos de Chamberín,* son antecesores, por los términos de charrería de la contribución del Marqués de Guadalupe, citada por don Francisco.

En su discurso académico inaugural, nuestro tan estimado como sapiente don Carlos González Peña dice: "García Icazbalceta, para componer su *Vocabulario de mexicanismos,* espigó largamente en *Astucia.* Y tenía razón aquel maestro insigne. No pueden darse mayor lozanía, más extraordinaria variedad y riqueza en cuanto a reflejar, en el verbo mismo, la naturaleza y el alma de un pueblo" [1].

Astucia es "el libro más mexicano que se haya escrito", afirma Rubén M. Campos (*El folklore literario de México,* 1929).

Prohijo las alabanzas con las que Santamaría distingue a nuestros ilustres colegas y agradezco las inmerecidas con las que me favorece. Comparto su buena opinión sobre *Las perras,* aunque sin atreverme a decir, como lo hace don Francisco, que puede citarse "acaso acaso como la mejor novela vernácula, auténticamente mexicana, de los últimos 25 años"; en 1937, en el prólogo de los magníficos cuentos de Manuel Gamio, *De vidas dolientes,* mencioné la de Sarmiento, entre las más notables producciones de la novelística pos-revolucionaria.

Acierta, don Francisco, al modificar, poniéndolas al día, muchas definiciones, ya que, por el dinamismo idiomático, las palabras, sobre todo las populares, mudan su significación; otras desaparecen y, algunas, resucitan.

En *El folklore* de Campos, hay un capítulo: "Del Lechuguino al Fifí", cuyas son estas líneas: ". . .los representantes del sexo feo desde el *incroyable* parisiense hasta el fifí mexicano han pasado por todos los apodos de lyon, lechuguino, petimetre, currutaco, pollo, lagartijo, coyote. . ." designación, la última, exclusiva del Distrito Federal y, hoy, desusada; en otros lugares, *coyote* tuvo y tiene significados distintos: es "vendedor de minas" para Ramos i Duarte; Rubio ejemplifica más que define: "amigote del personaje X"; intermediario en negocios diversos, gubernamentales, principalmente; acepción la más generalizada, siéndolo menos, la de "tinterillo que trafica en negocios curialescos", apuntada por Santamaría [2].

Muchas palabras comunes en los autores del siglo XIX, han caído en

---

[1] *Luis G. Inclán en la novela mexicana,* México, 1931.

[2] Feliz Ramos i Duarte, *Diccionario de mejicanismos,* Méjico, 1895. Darío Rubio, *La anarquía del lenguaje en la América Española,* México, 1925. F. J. Santamaría, *Diccionario de americanismos,* Méjico, 1942.

desuso, unas por substituciones, otras, inexplicablemente; algunas, por la desaparición de tipos humanos o de objetos. La china poblana y el lépero ya no existen; Campos tiene otro capítulo: "Del Lépero al Pelado", en el que relata la transformación del mote. Respecto a "la china", se conserva el traje, distinto del original, como prenda de fantasía o de lujo.

Bibliografía de la China Poblana de Rafael Carrasco Puente (1950), reproduce "el colorido lienzo de un admirable y antiguo costumbrista, José María Rivera", quien lo escribió en 1855. Copio: "¡Ay! ¡triste es decirlo! mas sabedlo de una vez: hoy encontraréis la *clanizata* en Oaxaca; la *lépera* en Querétaro, la *tagarnina* en Durango y Monterrey, la *tapatía* en Guadalajara, etc.; pero la *china* ya no la veréis como en otros tiempos en el paseo de la *Retama,* o en la *Plazuela de Pacheco,* ni en las canoas de *Santa Anita,* compitiendo en hermosura con las escarlatas amapolas que coronaban la cabeza de nuestra protagonista".

Después de hacer la descripción del auténtico traje, el autor concluye: "...¡ay! la china, en fin, esa linda hija del pueblo, de bondadosa índole y de corazón excelente, dentro de pocos años será un tipo que pertenece a la historia..." Según mis noticias, la *clanizata* desapareció, hace tiempo; Icazbalceta y Ramos i Duarte no registran el término, tampoco Rubio; el *Diccionario de americanismos* nos presenta un posible pariente: *clanizal,* "la clase baja del pueblo", regionalismo de Oaxaca.

De la *tagarnina* no encuentro rastros en la literatura ni en la tradición duranguenses; al parecer, tampoco los dejó en las regiomontanas. La acepción de Rubio, la de Ramos i Duarte y las tres de Santamaría, derivaciones de *tagarno,* nombre dado a los fronterizos de Nuevo León y Tamaulipas, no corresponden a la persona que fue, hace un siglo, en Durango y en Monterrey, la equivalente a la *china* metropolitana.

Igual que la de términos desusados, es desconocida o dudosa la procedencia de algunos usuales: ciertos españoles a los que se concede significación diversa de la castiza, y los de estructura castellana que son inventos populares.

Larga es la relación de autores consultados por el nuestro, para aumentar, en su *Novísimo,* el sorprendente número de voces regionales consignadas en el léxico de americanismos. De los manantiales indigenistas, don Francisco exploró algunos poco frecuentados, y obtuvo bastante provecho de los más conocidos.

Santamaría nos dice que introdujo modificaciones ortográficas en los aztequismos, no con el intento "de enmendar la plana a nuestro admirado Icazbalceta", sino por ajustarse a leyes que rigen "la derivación y formación de la lengua castellana". Razones que difieren de las apuntadas por Al-

cocer [3], quien hace algunas observaciones referentes a la creación de hibridismos y a las variantes en las grafías, explicándolas así: "en cada lugar hablan el náhuatl de distinta manera... ; y lo mismo debe haber pasado en tiempos remotos, pues un mismo vocablo se suele encontrar escrito de distinto modo por cada autor, revelando que cada quien lo oía de diferente manera".

Respecto a los problemas etimológicos, Santamaría procede con la mayor cautela: admite, como seguras, las raíces comprobadas, califica las probables y cuando se desconocen, limítase a definir las palabras y a fijar la ubicación idiomática.

Allá por 1932, en Ginebra, trabé amistad con el Dr. Antonio José Restrepo (el apellido pregona la nacionalidad y el abolengo literario); le señalé unas cien canciones mexicanas —o tenidas por tales— que se presentan en su *Cancionero de Antioquia,* colección de más de mil, como genuinamente antioqueñas. Respondió que, en una nota de su libro, alude a coplas de otros "lugares colombianos", y explica que se incluyen "porque se cantan en Antioquia y han sido naturalizadas allí". Esto, también, afirmaba el simpático viejo, es aplicable a canciones y palabras extranjeras.

Explicación admisible: los vocablos, como los individuos, pueden ser nacionales, nacionalizados, extranjeros residentes —muchos de éstos merecedores de la expulsión— y aun turistas, cuya presencia transitoria no causa perjuicios a la lengua. Santamaría, en su Introducción, alude a ciertos emigrantes: aztequismos no usados en México y frecuentes en otras naciones.

Como es natural, todos los académicos han hecho labor mexicanista: los consagrados Romero de Terreros y Jiménez Rueda, en sus notables publicaciones sobre temas coloniales, principalmente; tratando de los mismos y en otros de su preciada y abundante cosecha, el solterón padre de *El Canillitas,* Artemio de Valle Arizpe. El ático don Francisco Monterde, como crítico, ensayista y autor teatral. Alfonso Cravioto, en algunos de sus bellos poemas y, cuando estudiante antiporfirista, en sátiras rimadas que le valieron más de un encarcelamiento. Martín Luis Guzmán, en sus mexicanísimas novelas, modelos de prosa tersa y limpia, como pulido Paros, pero sin la rigidez y la frialdad marmóreas, antes bien, flúida y cálida: estilo y excelencia comparables a las de otros prosadores: Alfonso Junco, alto poeta que ha proclamado su credo: "el mejor indigenista es un buen hispanista", y el caballero de las maneras suaves y el abacial pseudónimo: José María González de Mendoza.

---

[3] Dr. Ignacio Alcocer, *El español que se habla en México. Influencia que en él tuvo el idioma mexicano o náhuatl,* Tacubaya, D. F., 1936.

Jaime Torres Bodet, paladín de la lucha contra el analfabetismo, conquistador de laureles délficos, ostenta su mexicanidad, en variadas manifestaciones culturales. Salvador Novo, en el diarismo y en revistas, suele disertar sobre cuestiones muy nuestras; es animador del teatro nacional y, a veces, rinde homenaje a la musa popular vernácula. En la poligrafía del vate Núñez y Domínguez, abundan valiosas producciones mexicanas de distintos géneros. Isidro Fabela, internacionalista y orador famoso, tuvo feliz comienzo novelístico: *La tristeza del amo,* cuentos en los que Francisco Villaespesa señala: "vigor descriptivo, verdad psicológica y amor al paisaje y al terruño nativos" y un "ambiente tan mexicano", como es "tan mexicana su alma". Mexicanismo rebosan los ensayos, los prólogos y las críticas del concienzudo Agustín Yáñez. Por de contado, en la obra múltiple de los grandes maestros, José Vasconcelos y Alfonso Reyes, encuéntranse tesoros de glotología nacional.

Escogieron temas lingüísticos mexicanos, para discursos de presentación académica, el infatigable joven octogenario, don Alberto María Carreño, quien cuenta más libros que años y más méritos que libros; y otro joven longevo, don Agustín Aragón, filósofo de clara ejecutoria [4]; *La lengua castellana en México,* se titula el escrito del Profesor Carreño; *El habla popular en mi comarca,* el del Ing. Aragón. Mencioné, antes, el trabajo inaugural del prestigioso González Peña. *Influencia del maya en el español de Yucatán,* presentación de Antonio Mediz Bolio, el finísimo trovador yucateco, ya fue juzgada por Santamaría: es "un estudio luminoso que viene a colmar de gloria la buena estrella de Yucatán".

Sobresalientes todas las piezas inaugurales, antecesoras de la más extensa y especializada que nos ofrece don Francisco, representante, desde hoy, de la lexicografía, en el seno de la Academia Mexicana.

El Ing. Félix F. Palavicini, tabasqueño, que fue un escritor apreciable, maestro de periodistas y renovador del periodismo nacional, en *Grandes de México* incluye al historiador y novelista, Lic. Manuel Sánchez Mármol y al jurisconsulto, economista, poligloto y poeta, don Joaquín D. Casasús, quienes representaron la tradición literaria de Tabasco, en la Academia, durante las postrimerías del siglo décimonono y los albores del vigésimo; si los tabasqueños de tales épocas, enorgullecíanse por tan brillante representación, de orgullo idéntico pueden blasonar los de ahora, viéndose representados por Francisco J. Santamaría, uno de los primeros lexicógrafos mexicanos y por Carlos Pellicer, uno de nuestros mayores poetas.

---

[4] Falleció hace tres días (el 30 de marzo). Con admiración respetuosa, menciono al omniscio académico y virtuoso ciudadano.

Durante los dos últimos años y en lo que del presente ha transcurrido, los anales académicos registran un período sin precedente, de actividad inusitada; las reformas al reglamento motivaron promociones de los correspondientes a socios de número y el ingreso de algunos, directamente, a la última denominación. Celebráronse, a menudo, las recepciones, para deleite de los amantes del buen decir; aún se comentan, en escritos y en reuniones literarias, los discursos y respuestas más recientes:

El torneo en el que alternaron, en derroche de cultura, de facultades para la crítica y de un estilo puro, Antonio Castro Leal y Genaro Fernández Mac Grégor.

Con emoción incontenible recuerdo la pieza con la que nuestro director, por boca de Torres Bodet, hizo el comentario a la pulcra y bien acabada de Julio Torri, el "maestro excelente y hombre de letras singular". Y unas semanas después, don Alejandro, ahora lo representa el mago de la dicción, Alfonso Junco, responde a los conceptos, interesantes por su valor histórico y literario, del Ilmo. señor don Luis María Martínez.

Si nos admira la fácil y acendrada prosa de nuestro director, la costumbre de recrearnos con ella, hace que la tengamos como producción natural, lograda sin fatiga; pero, considerando los males que aquejan al noble amigo, apreciaremos la energía moral y el temple de carácter con los que, imponiéndose a su quebrantada salud, desempeña numerosas labores intelectuales. Su condición física le ha vedado, algunas veces, concurrir a las ceremonias; pero la fuerza mental permítele producir las bellas páginas. Rindámosle un tributo de simpatía y de admiración; la vitalidad de su recio espíritu nos promete que, transmitiéndose a la materia, logrará una recuperación íntegra, por la que hacemos fervientes votos.

Todavía nos asombra el verbo, hecho luz, prodigado en frases deslumbradoras, por el preeminente humanista, doctor Alfonso Méndez Plancarte, a quien respondió, con sus geniales donosura y talento, el tribuno, escritor y poeta Nemesio García Naranjo.

Otra fiesta de mágico deslumbramiento, fue la que antecedió a la presente; las de Martín Luis Guzmán y Carlos González Peña, son disertaciones cimeras en la literatura mexicana.

La serie magistral —cadena de oro puro— realza su precio y aumenta su brillantez con el macizo eslabón agregado por Santamaría; desgraciadamente, se deprecia y desluce con mi añadidura que, sin posible disimulo, "enseña el cobre".

Bienvenido a la Academia, el autor del *Diccionario completo de mejicanismos; completo,* según el significado y el alcance inherentes a las obras de

tal índole: acércanse a la exactitud, cuando se concluyen; pero se alejan a medida que pasa el tiempo; los diccionarios copian corrientes, no aguas inmóviles; son fotografías reproductoras, en un momento preciso, del estado que guarda el lenguaje; muestran las circunstancias lingüísticas: vitalidad o decadencia, como los censos, las demográficas. De los fenómenos evolutivos derívase la necesidad ineludible de revisiones periódicas. Deseamos que sea el propio don Francisco quien publique más de una de su léxico, precediéndola de la nota: corregida y aumentada.

Jubilosos, prefiguramos la reverencia, imitación de la presente, cuando un filólogo futuro, para honrar la memoria del maestro, brinde a nuestros descendientes, el *Novísimo Santamaría.*

Señoras y Señores:

Procuré sintetizar la obra y bosquejar la etopeya del autor; intento desproporcionado, incompatible con mi penuria literaria. La solicitud de indulgencia debería seguir a la confesión del fracaso; pero, repito, acepté participar en esta ceremonia, sólo a instancias de amigos cuya generosidad me supone aptitudes que jamás he tenido; ellos son los responsables de mi falta y el recipiendario, por su anuencia explícita, es cómplice; yo, ante "El Juez Lince", sostengo la "excluyente" y, con permiso del insigne lexicógrafo mexicano, la fundo en una expresión de auténtica mexicanidad:

No tiene la culpa el indio, sino el que lo hace compadre.

VERDAD DE LA FICCION —ACOTACIONES A UN TRIALOGO— *

por don ANGEL MA. GARIBAY K.

FAUSTOS y nefastos son los días del hombre. Como si las hilanderas fatales de la fábula, exactas personificaciones del vivir humano, dejaran caer en su trama un hilo de oro, que en la trigueña urdimbre de la vida hiciera resaltar los resplandores. Días que la sombra hace más lóbregos, quedan cortados por un haz de luces que aclaran nuestros pasos.

Hoy es para mí uno de estos áureos días. Llego, Señores, a la puerta de esta Institución insigne, una y multiforme en sus ramas abiertas sobre nuestra estirpe. Llego, no llamando con alardes de suficiencia, sino traído por vuestra bondad. Nunca había comprendido cómo la benevolencia y la nobleza de alma hace miopes a los entendidos: esta ocasión me hace comprenderlo. Próceres manos, en número mayor del que piden vuestros estatutos, firmaron una petición para mi ingreso: todos vosotros me habéis acogido, indulgentes y esperanzados. Indulgentes, para un pasado que no trae sino espigas vanas; esperanzados para el porvenir, pues esta distinción vuestra me urge a trabajar más, y más ahincadamente, en el campo de nuestra lengua y de nuestras letras castellanas. Cuando nacemos a la vida, no venimos nosotros, sino que somos traídos. Pero cuando nos damos plena cuenta de lo que es para nosotros la vida, la amamos a ella, y agradecemos a los que fueron instrumentos del iniciarse de nuestra existencia. De igual modo yo: cuando, sin pensarlo, sin pretenderlo, y, no hay por qué hacer reticencias, aun sin quererlo, fui designado por esta alta elección, he percibido el don que se me hace, y me inclino agradecido ante los que así me han honrado, no para premiar lo que no existe, sino para alentar lo que debe existir.

---

* Discurso de recepción como Individuo de Número de la Academia Mexicana de la Lengua, leído en la sala "Manuel M. Ponce" del Palacio de Bellas Artes de México, la noche del 23 de abril de 1954.

Verdad es que personas de ligero juicio, aunque de muy benévola intención, me han atribuido conocimientos casi legendarios. Y no puedo negar que mi curiosidad insaciable me ha hecho asomarme a muchos abismos. Pero de ahí he sacado menos que el perfume que se lleva una mariposa, cuando en una flor fragante se detiene. Y para calificar estos conocimientos de "recónditas y peregrinas sapiencias", que dijo uno de vuestros más ponderados miembros, ya hace mucho tiempo que he escogido uno de los pocos versos que quedaron del poema satírico que se atribuye a Homero, del perdido *Margites*. Verso que pudiera servirme de epitafio:

Poll'epístato érga, kakós d'espítato pánta:
"Aunque supo muchas cosas, todas las supo muy mal".

Verdad es que, según un dicho de saber muy hondo, "el amor cubre la muchedumbre de los defectos". Y el amor a nuestra lengua y a nuestras letras brotó en mí con la infancia. Pocos libros había en mi casa, pero fue mi fortuna haber casi comenzado a leer en los escritos de Sta. Teresa y de Fr. Luis de León, libros que no me han dejado jamás en el curso de mi ya no corta vida. De ahí mis fuegos para la lengua de veintidós pueblos. Y, si, como uno de vuestros más conspicuos miembros dijo: "me fue concedido el don de lenguas y el don de lengua", —¡y él encerró en la frase última toda la malicia que puede contener!—, esa lengua mía ha sido siempre la castellana. Allá en remotos tiempos mis ancestros hablaron otras lenguas. Unos, el vasco indómito; otros, el náhuatl maravilloso, o acaso el matlatzinca, tan indómito como el vasco. Cuatro siglos hace que hablamos ya solamente la lengua de Castilla, y ha tenido tiempo de fermentar en nuestras venas la sangre, para curarnos de exageraciones y de extremos. Cuatro siglos de mexicanidad hacen que ni haya adoración del hispanismo, ni idolatría de lo indígena. Una unidad vital hay en mi sangre, y una unidad vital hay en mi desmedrada cultura. Pero ésta, sea la que fuere, pobre y mezquina, "invoca a Jesucristo y se expresa en español", para remembrar el pensamiento de uno de los poetas máximos de nuestra lengua.

Es lo único que traigo, Señores Académicos: un amor sin medida a nuestra lengua; una entrega sin límites a nuestras letras. Como los israelitas al salir de Egipto, yo pretendo despojar las culturas extrañas, antiguas y modernas, para enriquecer la grandeza de mi solar nativo. Recibidme como soy, anheloso de labor, parvo en los esfuerzos, pero enorme en los sentimientos.

Cumplido este primer deber que la gratitud me impone, habría de llenar otro: elogiar a mi antecesor en esta silla. Pero también a mí, como a

otros de los dignísimos miembros que me han antecedido, me toca ser el primero en esta ampliación del número de cátedras y de tribunales. Cátedras en que la verdad lingüística "limpia, fija y da esplendor" a la lengua. Tribunales de autoridad, que reprimen y se empeñan en desfacer los entuertos con los que los fementidos malandrines deturpan la belleza de la Dulcinea del idioma, por amores sajonizantes o bárbaros. No tengo ancestro en esta silla. Las palabras de alabanza para el inexistente miembro habrán de dar sobre la Institución en su conjunto y en su amplitud histórica. Muy breve seré en loarla, antes de pasar al tema central de mis palabras.

No sin divino instinto, el Marqués de Villena, émulo de las glorias de su nombre, inició en 1713 la Academia de la Lengua Española. Puso su sello real Felipe V, el 3 de octubre del año siguiente. Imitación acaso de la Francesa, la Española ha sido más feliz que ella. Fructificó en todas las naciones de habla hispana. Los pueblos que habían roto su vínculo político no podían romper el vínculo de la lengua, ni de la cultura. Fue la razón de que se pensara en instituir en la América de nuestra raza centros que, manteniendo su elevada autonomía, tuvieran las naturales ligas que una misma lengua impone. En noviembre de 1870 se instituyeron nueve Academias en el Continente Americano. A México cupo la honra de reunir su grupo en 1875.

Los nombres iniciales, aunque no todos lograran recibir la honrosa distinción, porque a ella se anticipó la muerte, fueron blasones de nuestras letras. El Presidente de la República, Lerdo de Tejada, un Obispo, un Deán, como presagio de las sotanas en la Academia. Y además de ellos, un Arango y Escandón, que abrió, antes que nadie, los secretos del proceso de Fr. Luis de León; un García Icazbalceta, venerable por su sabiduría y por su caridad; un José Fernando Ramírez, benemérito de nuestra cultura en el campo en que menos se estima, que es el de preparar y conservar los documentos para nuestra historia. Con ellos, Segura, Collado, Cardoso. Antes de entrar a la Academia, cruzaron los umbrales de la muerte el Deán Moreno y Jove, y D. José Fernando Ramírez. Para llenar su hueco y para ampliar la majestad de esta Institución fueron elegidos los Sres. Pimentel, Roa Bárcena, Angel de la Peña, Peredo y Orozco y Berra.

El límite del tiempo me impide decir una palabra de alabanza en honor de aquellos fundadores. Me bastará recordar dos circunstancias. Tienen un lugar eximio los investigadores de nuestro pasado mexicano. No solamente García Icazbalceta, "padre de toda erudición", sino Pimentel y Orozco y Berra. Son los que más admiro, acaso por haber sido tocado por los mismos fuegos que a ellos enardecieron. Pimentel, el que hace catálogo erudito y discreto de nuestras lenguas indígenas, y da principio a las inves-

tigaciones sistemáticas y orgánicas acerca de nuestra herencia literaria. Orozco y Berra, que en síntesis magnífica hace la exposición de la grandeza mexicana, antes de la llegada de Cortés. En ellos veo mi marca y a ellos sigo en este derrotero. Pero también al P. Segura, discreto estudiante de las lenguas de Oriente, y al gran poeta Roa Bárcena, que tan a fondo entró, con sus preciosas Leyendas Aztecas, por caminos por donde yo he andado. A todos ellos los saludo con veneración y dejo sobre sus tumbas una corona de laureles y de asfódelos.

La otra circunstancia es que las púrpuras episcopales y las negras sotanas vienen a matizar la Asamblea. Tradición que ha perdurado. Si junto a Lerdo de Tejada vimos a Ormaechea, Obispo de Tulancingo, hoy día vemos al Primado de México en efusivo abrazo con nuestro dilecto colega D. Martín Luis Guzmán. Cumbres junto a cumbres jamás pueden tocarse. ¿Chocarán un día, acaso, por apocalíptico que ese día sea, el Popocatépetl y el Iztaccíhuatl? Regios y nevados ambos, son independientes en su altura. Esta conducta consuela en un mundo de incomprensiones y de diferencias, en que los hombres, por el solo color de su piel son discriminados, ¡cuánto más por el color de sus pensamientos!

Una lengua y una mente sólo pueden tener un germen único: un amor. El amor humano, cuando no cabe en los corazones el amor divino.

Cumplido este doble deber, voy, Señores, a perfilar ante vosotros el esbozo de un libro. Porque exigiera un libro el tema que me he propuesto tratar ante vosotros. Hay un poema, que es para quien habla nuestra lengua, el que sigue en valor a la Biblia. Poema de la raza, sagrario del idioma, tiene todos los simbolismos ingénitos, con tal que sepamos desentrañarlos. Es un poema en prosa; un poema que hace reír y que hace pensar. Toda la galanura de la lengua y todo el saber de la raza se hallan florecientes en él. Lo escribió un mutilado, y su pluma ha mansamente dominado a todos los pueblos.

Hoy, que las filosofías se combaten y entrechocan y, al dar una contra otra, se deshacen cual pompas de jabón, quisiera buscar en el *Quijote* la adumbración de un problema filosófico, que puede ser bifásico, como la estatua de Jano, o la de nuestro Tezcatlipoca en su adoratorio de la vieja Tenochtitlan, en el sitio en que se llamaba *Necoc Ixe:* con cara para un lado y otro.

¿Cuál es el valor de la fantástica creación del artista?

¿Qué ideal propone al mismo vivir humano?

Fácil es de ver que no es posible hacer más que insinuar pensamientos. Haberlos sacado de la mina de Cervantes puede ser mi único acierto de esta noche.

1

Hay en los capítulos 49 y 50 del *Quijote,* en su I Parte, una de las más regocijadas escenas. Pero también una de las más llenas de sentido filosófico. Hago el resumen de los hechos, para entrar al análisis de los pensamientos.

Sacaron a D. Quijote de la jaula. Fue y se alejó un poco, y vino más aliviado. Allí lo aborda el Canónigo de Toledo, que lo había venido acompañando, y con discretas palabras, muy de leer en su conjunto, pero que yo daré aquí solamente en resumen, defiende la tesis de la inanidad y vacío, fuera de la perniciosa y mendaz influencia en las mentes, de los libros de ficción literaria. Dijo en sus más sólidas razones el Canónigo, con la ampulosa y campanuda forma que ellos suelen:

"¿Cómo es posible que haya entendimiento humano que se dé a entender que ha habido en el mundo aquella infinidad de Amadises, y aquella turbamulta de tanto famoso caballero, tanto emperador de Trapisonda, tanto Felixmarte de Hircania, tanto palafrén, tanta doncella andante, tantas sierpes, tantos endriagos, tantos gigantes, tantas inauditas aventuras, tanto género de encantamientos, tantas batallas, tantos desaforados encuentros, tanta bizarría de trajes, tantas princesas enamoradas, tantos escuderos condes, tantos enanos graciosos, tanto billete, tanto requiebro, tantas mujeres valientes y, finalmente, tantos y tan disparatados casos como los libros de caballerías contienen? De mí sé decir que cuando los leo, en tanto que no pongo la imaginación en pensar que son todos mentira y liviandad, me dan algún contento; pero cuando caigo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor dellos en la pared, y aun diera con él en el fuego, si cerca o presente lo tuviera, bien como merecedores de tal pena, por ser falsos y embusteros y fuera del trato que pide la común naturaleza, y como a inventores de nuevas sectas y nuevo modo de vida, y como a quien da ocasión que el vulgo ignorante venga a creer y a tener por verdaderas tantas necedades como contienen" (Cap. 49).

Calla atento D. Quijote cuando habla el Canónigo; calla y reposa, cuando de hablar dejó. Por buen espacio lo está mirando y luego, con breve diálogo, le repite la suma de los argumentos y le pide que le diga si es tal el tenor con que los propuso. El Canónigo asiente, y, ya seguro el Caballero de que da en lo que el otro propuso, arremete en su contra, con esta sañosa invectiva:

"Pues yo hallo por mi cuenta que el sin juicio y el encantado es vuestra merced, pues se ha puesto a decir tantas blasfemias contra una cosa tan recebida en el mundo, y tenida por verdadera, que el que la negase, como vuestra merced la niega, merecía la mesma pena que vuestra merced dice que da a los libros cuando los lee y le enfadan. Porque querer dar a entender a nadie que Amadís no fue en el mundo, ni todos los otros caballeros aventu-

reros de que están colmadas las historias, será querer persuadir que el sol no alumbra, ni el hielo enfría, ni la tierra sustenta" (ib).

Y sigue una galanísima exposición, en que baraja y revuelve, en bella y asombrosa mezcla, la verdad con el ensueño, la historia con la fábula. Y da fin con estas palabras sentenciosas:

"Hazañas tan auténticas y tan verdaderas, que torno a decir, que el que las negase carecería de toda razón y buen discurso".

Admirado el Canónigo cede terreno. Da por hecho la historia de los Pares de Francia, aunque allí él mismo flaquea de su solidez histórica. Pone dudas a la existencia de la clavija del Conde Pierres, junto a la silla de Babieca en la armería de los reyes. El Caballero se afirma; de mal grado el Canónigo le concede, y renueva su ataque contra las locuras de la fantasía:

"Mas puesto que conceda que está allí, no por eso me obligo a creer la historia de tantos Amadises, ni las de tanta turbamulta de caballeros como por ahí se cuentan, ni es razón que un hombre como vuestra merced, tan honrado y de tan buenas partes, y dotado de tan buen entendimiento, se dé a entender que son verdaderas tantas y tan extrañas locuras como las que están escritas en los disparatados libros de caballerías" (ib).

Defiende D. Quijote la validez de la ficción, por la aprobación de los reyes que dejan correr impresos tales libros y por ser aceptada de grandes y pequeños:

"¿Habían de ser mentira, y más llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las hazañas, punto por punto y día por día, que el tal caballero hizo, o caballeros hicieron? ¡Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia! Y créame que le aconsejo en esto lo que debe hacer como discreto; si no, léalos y verá el gusto que recibe de su leyenda" (Cap. 50).

Ahora, volando en las esferas de su ficción, hace el brillante cuadro de la historia del Caballero del Lago, con colores y hechos que ningún pintor o poeta sobrerrealistas han podido imitar. Ya se perdió en las nubes, y cuando a tierra baja, deduce la enseñanza:

"No quiero alargarme más en esto, pues de ello se puede colegir que cualquier parte que se lea de cualquier historia de caballero andante ha de causar gusto y maravilla a cualquiera que la leyere. Y vuestra merced créame. . .; lea esos libros y verá cómo le destierran la melancolía, si la tuviere, y le mejoran la condición, si acaso la tiene mala" (ib).

Llevado de su fantasía, cae en la cuenta de sus promesas y afirma que todas aquellas hazañas lleva a cabo para hacer bien a sus amigos, *"especialmente a este pobre de Sancho Panza, mi escudero, que es el mejor hombre del mundo".*

¡A buena puerta llama! El socarrón de Sancho acude a la alusión, y promete todo cuanto él es para lograr lo que ambiciona. Le pone su reparo el Canónigo y cierra el bonachón este maravilloso diálogo con esta tirada, en que se pinta la mente de la inmensa muchedumbre de los hombres:

"No sé esas filosofías; mas sólo sé que tan presto tuviese yo el condado como sabría regirlo; que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que más, y tan rey sería yo de mi estado como cada uno del suyo, y siéndolo, haría lo que quisiese; y haciendo lo que quisiese, haría mi gusto, estaría contento; y en estando uno contento, no tiene más que desear, y no teniendo más que desear, acabóse; y el estado venga y, a Dios, y veámonos, como dijo un ciego a otro" (ib).

Tal es, señores, el cuadro y tales los discreteos resumidos, que yo quisiera ahondar ahora con vosotros. ¿Qué tenemos ahí de trascendente? ¿Qué puede sacar de ahí el filósofo, si no anda al nivel de Sancho; de todas esas palabras, sin duda bien dichas, pero quizá no tan verdaderas?

2

Hasta donde yo alcanzo, no ha habido aún quien, guiado por los principios y métodos de Freud y Jung, de Stekel o Frazer, haya hecho el psicoanálisis de los dos famosos personajes de esta epopeya, ahondando en su contenido humano. Ni el sitio, ni la ocasión es para hacerlo, pero debemos vislumbrar, al menos, las realidades que bajo el manto dorado de la ficción se encubren.

Tres disposiciones mentales se descubren en estos capítulos. La del Canónigo, que apela a la razón para defenderse del absurdo; la del Caballero, que no tiene más norma que su propia fantasía; la del Escudero, que, guiado por su instinto, atiende sólo a su interés.

Razón, fantasía, instinto, ¿cuál de las tres fuerzas debe normar la vida? ¿De cuál de estos mundos debe ser habitante y tributario el hombre?

Toda la historia de la cultura humana gira en torno de este problema. Epocas hay en que prima el instinto. Dicen que son las primitivas. No debemos creerlo; en todo tiempo Sancho levanta la cabeza sobre el mundo y busca su contento y felicidad en los bienes materiales, olvidando u omitiendo otros. Y Sancho duerme en el corazón de cada individuo, como duerme en el seno de cada pueblo y en las entrañas de cada época.

Pero tenemos el otro extremo. El Canónigo de Toledo, con sus negras hopalandas, con la dignidad acartonada de su carácter, con la mesura de sus estudios, es la voz de la razón. De esa razón marmolizada en su frialdad, austera y rígida, seca y escuálida. Según él, todo lo que no entra en los moldes algebraicos de la mente forjada en Aristóteles, encarcelada en la Escolástica,

es *fuera del trato que pide la común naturaleza.* Finge el Toledano que el hombre es sólo entendimiento. Que no hay en él sino luz de principios y cimiento de verdades. No importa que le gusten las ficciones. Si las ficciones son extrarracionales, si se alejan un ápice de los moldes que él mismo ha forjado para el pensamiento, las condena irremisiblemente.

Mi colega el Canónigo de Toledo hace tiempo se entronizó en el mundo. Es él quien preside la frialdad del siglo de la razón. Es él quien, si se trata de la historia, dice con suficiencia: *Quod non est in monumentis, non est in historia,* aunque la vida grite lo contrario. Es él quien, de una línea, saca una construcción, o de un fragmento de cerámica reconstruye un mundo. Es el espíritu de la cultura moderna, que llega, siguiendo sus cálculos, hasta la relatividad, bien relativa, de Einstein. Espíritu matemático, que solamente mide, pesa, calcula y rígidamente aplana las mentes con la mole de la realidad material. Lo que no ve, lo que no palpa, lo que se niega a entrar en sus dominios, para él no existe. El dato, el documento, la base... ¡he ahí lo único a que aspira! Es el mundo moderno, que ya no adora al Becerro de oro de las faldas del Sinaí, que al menos era un símbolo y el símbolo es una creación humana; pero está de rodillas ante el átomo. Allá lo ha conducido la primacía exclusiva de su inteligencia.

Pero el hombre no es inteligencia, como tampoco es instinto. Ni el Escudero, que sueña con el placer de su condado; ni el Canónigo, que aunque medrosamente lee las obras fantásticas y en ellas se complace, las desdeña y condena al fuego, porque no entran en los moldes de su razón. El hombre es Don Quijote: la fantasía lo rige, la fantasía lo crea.

Cuando vemos al Caballero partir de un supuesto y crear un mundo, es cuando vislumbramos lo que es la obra de los universos. Una proyección de la mente, una transfusión del amor, una iluminada lluvia hacia afuera de la belleza acumulada dentro. Si el hombre es una imagen viva de la divinidad, tiene que imitar su modo de acción. Y la teología cristiana, que es una de las cumbres del pensamiento buscando el misterio, ha definido la creación de los mundos como una reverberación hacia afuera de lo que yace en la simplicidad de una vida dentro.

El Caballero toma el dato, pero sobre él elabora un universo. D. Quijote deja las normas de la razón, pero crea otras normas. El mundo de D. Quijote no es como el del Canónigo, ni como el de Sancho. El del Canónigo pide sensatez, el de Sancho pide cosas tangibles. Uno busca líneas, el otro busca volúmenes. D. Quijote sabe volar en su locura, porque va en pos de lo que es nuevo y renueva.

¿Seré, entonces, uno de los negadores de la razón, o uno de los desdeñadores del instinto? No, señores; lo que proclamamos, siguiendo la lección que aquí nos deja Cervantes, es que en la vida humana tiene la primacía la

imaginación, elevada por la mente y sobrepuesta al instinto. Y toda la empresa está en unir en una sola persona esta trinaria división de valores. Si pudiéramos hacer de D. Quijote y de Sancho y del Canónigo de Toledo una sola mente, un solo corazón, una sola persona, tendríamos resuelto el problema de la verdadera cultura humana y de la verdadera perfección personal.

Pero es acaso el sino de los hombres andar siempre en división de fuerzas. A unos agobia el instinto, y solamente imitan a Sancho. A otros, encarcela la razón y son una reproducción del Canónigo de Toledo. Muchos hay que sienten los ímpetus de la elevación por la fantasía, pero se doman a la razón, o al instinto. Más que en su jaula hubiera quedado preso D. Quijote, si se hubiera dejado dominar por el sentido práctico de Sancho, o el racional moderamiento del Canónigo. D. Quijote es inmortal porque supo vencer al Canónigo y al Escudero. La primacía no es del entendimiento, ni del instinto: es de la fantasía. La cultura no ha sido creada por los sabios, no ha sido creada por los convenencieros ni los interesados. La han creado los poetas y los filósofos. Y los poetas y los filósofos son la prole de D. Quijote.

Pero debemos sacar aún algunas consecuencias.

3

La creación literaria y la construcción filosófica parten de la razón y a la razón regresan, pero el círculo que recorren va por los caminos de la imaginación. La creación del arte es un reflejo. Y todo reflejo supone una fuente, en que las dispersas líneas se vuelven una sola. Para captar la idea madre, como Platón pudiera llamarla, es necesaria la medida intelectual. Pero si la mente sólo repite lo que halla, apenas logrará hacer un inventario. La mente humana, al captar la realidad, tiene que ser como los policromos cristales de un vitral gótico: una luz, un reflejo solar, se viste de mil colores. Y la luz única, incolora, inasible, se hace roja como la sangre, o verde como el prado, o se reviste del color de oro de las frutas del jardín de las Hespérides. Y esa variedad de colores es la que hace a la obra humana personal, nueva y original. Hay un inmenso abismo, sin embargo: los colores pueden reproducirse en los vitrales; jamás se reproducen en las mentes creadoras. Cada una es un singular irrepetible, cada una es un universo. Podrá volverse a tratar el mundo de Homero: nadie lo tratará otra vez con las mismas luces de Homero. Volverá alguno, si emula a los gigantes, a escribir una *Divina Comedia:* nadie podrá encerrar en el vaso de su mente y de su corazón la nébula irisada de candores, o asomada a los fuegos del abismo, que hace único a Dante.

Así lo ve el Caballero de las verdes fantasías. Sobre un dato escuálido que allega en sus lecturas, alza la construcción maravillosa de sus imagina-

ciones. Es poeta el buen Alonso Quijano en el momento en que su fantasía traslada a los oídos, con un lenguaje cálido, *aquel bullente lago* en cuyas entrañas acumula todas las riquezas que hurtó a sus libros de caballerías. Y en su locura sin igual, entusiasmado con sus propias creaciones, percibe aún la música, saborea el manjar, siente las solicitaciones de la hermosura durante el imaginario reposo de la siesta.

Sólo es feliz el hombre cuando emula a D. Quijote. ¿No lo fuimos de niños, cuando las arenas se nos hacían perlas, o las nubes, ángeles? ¿Qué es la creación del eterno poeta que es cada joven, sino la luz de la fantasía, que convierte en esmeraldas vivientes unos ojos verdes, en granates tibios la púrpura dulcísima de unos labios? La razón dirá que ojos y labios son apenas unas cuantas moléculas de carbono, con sus mezclas de fósforo, de azufre, de hierro... ¡no sé cuántos más químicos ingredientes! Es que la fantasía capta la belleza, y la belleza enciende el amor, y la belleza y el amor crean un mundo nuevo. Aun en la edad madura, somos felices, si guardamos la mentalidad de D. Quijote. Por mucho que Sancho se cuele en nuestro corazón, soñamos siempre con la corona de laurel, que es un puro símbolo; en el aplauso, que es puro viento agitado por las manos; en una palabra que dora el alma, cuando el alma se sentía negra. El dinero mismo, semejante al lago de D. Quijote, encubre bajo la prosaica superficie la suma de bellezas que promete la posibilidad que nos brinda su símbolo.

El hombre es un esclavo de la fantasía y ha elevado esta civilización hodierna sobre ficciones. Ficciones de tratados, ficciones de leyes, ficciones de divisas económicas, ficciones de ensueños, ficciones de esperanzas. Si la razón puede acaso ser esclava, la fantasía creadora es la única reina.

No suenen iconoclastas mis reflexiones. La negación de la primacía de una facultad que en un momento de evasión puso Aristóteles como constitutivo de la esencial humanidad, no es sino el reconocimiento, amargo, si se quiere, de la realidad de la vida. No es el hombre un *zoón logikón,* animal racional: es un *zoón fantastikón,* animal imaginativo. La golondrina, arquitecto natural, jamás dejó de fabricar de igual modo su nido, porque la guía una razón, aunque no sea la suya. El hombre puede superar a la golondrina con la floración de todas las culturas, porque sobre la razón misma lleva una antorcha de intuiciones, y esa antorcha la enciende y la pone en sus manos la fantasía.

Aún tenemos que recoger otras espigas.

4

Yo no sé, señores, si ha habido alguien que llore ante sus cálculos matemáticos. No sé si la profunda indagación de los secretos del mundo físico, o

del mundo astronómico, haya dado alguna vez consuelos al doliente, o haya mejorado, de modo directo, el torcimiento de un criminal. Creo que, al menos, puedo dudarlo. Pero cuando oigo a D. Quijote decir que leer estos libros, engendro de la imaginación, *"destierra la melancolía que tuviere* uno, *y le mejora la condición si acaso la tiene mala"*, comprendo el valor íntimamente transformador de la obra de creación artística.

De sí mismo dice el Caballero: *"De mí sé decir que después que soy caballero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos"*.

Tiene razón. La exaltación de la fantasía en pos de un ideal acaso falso —¿cuántos ideales de los hombres son verdaderos?—, es la que construye los mundos; lo mismo los interiores, en que el corazón se refugia, que los exteriores que se empeña en crear. El sueño, el sueño que se manifiesta en los hechos que inspira, ha constituído la médula de la historia humana. No sólo en la tragedia hay aguas de purificación, como pensaba Aristóteles. Hay *katharsis* en el canto que el niño entreoye en su cuna; la hay en la balada que el viajero entona bajo el árbol, al reposar en su camino; en el poema leve que apenas roza el alma, como pétalo de violeta, o en la crispante carrera del drama cinemático. Mejoran el alma, la endulzan, la aquietan. O acaso la sublevan, la abisman y la corrompen. Nodriza del enfermo, puede, a veces, la fantasía, ser seductor que arroja al delito.

Esa es la creación del arte, que con una sola voz llamó el griego *poesía*. Y esa poesía escapa a veces de la mente y sale de los labios, para trazarse en el lienzo con la palabra de los colores. O se hace palabra retorcida en el mármol y en el bronce. O se cristaliza en las moles arquitectónicas. La más sublime aventura de la poesía está en librarse de la traba de la palabra y sumergirse en las esferas de la armonía. Es la música, que eleva y sacia; que aduerme y acaricia; que exalta y sublima. Y todos sentimos el mito de Orfeo en nuestras almas: amansa nuestras fieras, arrastra nuestras selvas interiores.

¿Quién de nuestros tres interlocutores tiene, entonces, la razón? ¿Es el Escudero, que se siente marxista, antes de la palabra y de la doctrina? Medir todo por el provecho material, es lo más común, pero es también lo menos humano.

¿Seguir, quizá, las normas del Canónigo? Razón, pura razón, razón estéril, aunque razón sensata. Puede ser una meta a que aspirar: nunca será camino que recorrer. El menos racional de los seres es el hombre.

Yo no meto la mano en este debate, ni discuto los motivos, ni los regímenes de la conducta humana. Vosotros tomad el partido que os sonría. Yo por mí sé deciros, al dejar de importunar vuestra atención esta noche:

No estoy con Sancho, y abomino sus mezquindades.

No estoy con mi colega, el Canónigo de Toledo, y desdeño sus rígidas limitaciones.

Yo, que siempre he soñado, que alguna vez he combatido, que jamás ceso de estar anhelante de la inasible belleza, de la remota verdad, apenas entrevista; yo, señores académicos, anhelo estar siempre al lado de D. Quijote.

Pero hay algo más. Hoy que tenemos bien comprobado, por el precioso libro de Irving A. Leonard, que la primera edición del *Quijote* casi fue exclusivamente agotada en nuestro Continente Americano, tenemos el presagio de que para el futuro nebuloso de nuestra América, la América de nuestra raza y de nuestra lengua, debe mantenerse en ristre la lanza y embrazarse el escudo de D. Quijote, para la superación del bien sobre el mal; para la defensa de la hermosura y para la dicha de todos los hombres.

Es él como el genio de la raza; es él como el espíritu de nuestra lengua; que es canto y es plegaria, pero es también, y muy principalmente, pregón de nobleza y voz de libertad.

El 23 de abril de 1616 se apagó la vida mortal del autor de *D. Quijote*. Inopinadamente me toca entrar en los ejércitos de la lengua que él ennobleció, hoy a los trescientos treinta y ocho años de su feliz término. La gloria a que me acojo es la de don Miguel de Cervantes Saavedra. Es una gloria que no sabe de ocasos.

CONTESTACION AL ANTERIOR DISCURSO

Por don ALBERTO MARÍA CARREÑO.

FINALIZABA el año de 1912. Un escritor, que poco tiempo más tarde sería miembro de la Academia Mexicana, había encontrado la huella del autor de un celebérrimo soneto y ávidamente se dio a buscar en las bibliotecas antiguas nuevos datos para su estudio; y qué mejor biblioteca que la del Seminario Conciliar de México, que contenía tesoros bibliográficos inigualables.

Obtuvo la autorización necesaria para revisarla, y lo primero que encontró de valía fue el bibliotecario. Era éste un mozo que contaría cuando mucho 20 años, vestido con negra sotana, tocado con un peculiar gorrillo, y que dejó asombrado al visitante por su sencillez, por su modestia, pero más que por éstas, por su afán devorador de libros. A pesar de sus pocos años, aquel joven poseía una cultura sorprendente y se mostraba familiarizado con los clásicos griegos y latinos cuyas obras se conservaban en aquella riquísima biblioteca, más adelante despojada de sus valiosos tesoros.

La búsqueda debía ser minuciosa, requería tiempo y constancia; y a medida que aquél transcurría, se aumentaba la admiración del investigador, respecto de quien daba señales tan palpables de su valer como humanista; y en 1915, al publicar su libro, producto de más de dos años de investigaciones, pudo darse el placer de citar al bibliotecario de la Universidad Pontificia por quien había conocido la traducción parafrástica al latín del hermoso, bellísimo soneto *No me mueve, mi Dios, para quererte,* realizada por el ilustre jesuíta mexicano Diego José Abad en el siglo XVIII. Era quizá la primera cita de quien luego sería mencionado una y otra vez como poeta original, como fiel traductor y comentarista de los clásicos, como nahuatlato prominentísimo.

Concluídos sus estudios, que bien pudieran llamarse preliminares porque todavía hoy sigue estudiando, fue ordenado sacerdote y su campo de magiste-

rio desde luego se amplió, porque éste no lo ejercería sólo en la Universidad Pontificia donde el humanista mostró a sus discípulos las bellezas de las literaturas griega y latina; sino que sus enseñanzas irían a los campesinos, a los indígenas cuya lengua aprendió para poder, como los antiguos misioneros, comunicarse con ellos a fin de llevar paz a los espíritus y alimento espiritual a sus almas.

Pero aquel sacerdote es un poeta, y la naturaleza, fuente perenne de inspiración, lo impulsó a escribir, "bajo la paz sublimadora de las selvas de Huizquilucan", su primer poema conocido y que intituló *Poema de los Arboles.*

Los encantos que el bosque produce en un soñador, en un sentimental, son tan variados como impresionantes. Si penetra en él, advierte que el sol, que va introduciéndose entre el ramaje, como lo hace a través de ricamente decorados ventanales, tiene fulgores nuevos, y, artista prodigioso, dibuja sobre la verde grama fantásticas figuras; las ramas, por su lado, se retuercen de modo caprichoso apenas se alejan de los troncos donde nacen, o muestran incontenible anhelo de ascender hacia el firmamento; las hojas, verdes en el estío, se coloran con rojo, violado y amarillo en el otoño, dando al bosque el aspecto de paleta prodigiosa; y las que caen sin vida ya, al ser pisadas lanzan verdaderos lamentos, como si quisieran hacer escuchar la sinfonía dolorosa de todos los vencidos, que son incapaces de levantarse más.

Pero también el bosque se convierte en imagen del mundo social: las lianas son los estorbos que con frecuencia encuentra el hombre para avanzar en su camino: envidias, odios, ingratitudes; y las plantas parásitas, aunque en el bosque suelen ser muy bellas, resultan la imagen perfecta de los incapaces para valerse a sí mismos, de los que viven sólo a costa de quienes producen y son útiles para sí y para los demás.

Nuestro poeta, que llega al bosque cuando el sol se va alejando para alumbrar y vivificar otros lugares, lo ve con un diverso aspecto, que así da a conocer:

En la vega las sombras se agigantan
el sol al tramontar; el hueco río
va murmurando en el boscaje umbrío;
los glaucos sauces en sus frondas cantan.

De Vésper rubescente se adelantan
los resplandores; gime el viento frío;
de cada hogar, lejano ya y sombrío,
nébulas de humo azules se levantan.

Vamos al bosque: la penumbra verde
la paz infunde y el amor destila
y su contacto al dolorido sana.

Allí el recuerdo del dolor se pierde
y una fuente de luz, casta y tranquila,
del alma dentro, deleitosa mana.

Y luego canta las peculiaridades de los árboles bellos o que más lo impresionaron; y cada soneto que respectivamente les consagra, es un estuche de bellos pensamientos, de símiles acertados, de elevados conceptos.

Hecho peculiar en la vida del poeta. "Perdido —nos dice— en un rincón del Monte de las Cruces, en circunstancias aciagas no sólo para la Iglesia, sino también para mí, personal e íntimamente, sin tener más compañeros que el silencio y bravía majestad de los riscos y la amable y acogedora calma inmutable de los bosques de veras seculares, exhumé, o dicho mejor, desperté, ya que nunca habían muerto, antiguas aficiones que persistían en el fondo de mi alma, nacidas en mis viejos días de estudios y de enseñanzas de Humanidades. Escogí a Esquilo por ser el más adaptable a mi particular gusto y pensamiento, así como al escenario en que lo leía y estudiaba y a las circunstancias sociales y aun personales que me rodeaban.

"Ni el lugar, ni el tiempo, ni el estado de ánimo, ni los instrumentos de trabajo cooperaron a que hiciera una obra digna. El verdadero auxiliar que tuve fue el silencio y soledad de mi yermo". (*Trilogía de Orestes,* p. 64).

Quizá las perturbaciones espirituales del humanista, y el tremendo drama que envolvía a los católicos mexicanos, rudamente perseguidos en aquellos días, lo impulsaron a buscar en el más notable de los dramaturgos griegos la explicación de los actos perversos de los hombres.

Padre del drama se ha llamado a Esquilo; y por su fecundidad poética bien puede comparársele con Lope de Vega; mas si éste presenta aspectos amables de la vida, aquél se consagra a mostrar los más repugnantes en que por igual intervienen hombres y dioses.

Acaso, hay que decirlo, la Trilogía que consagró a Orestes, entre las noventa piezas teatrales que se afirma escribió, aunque muchas han llegado sólo fragmentarias a nosotros, es la más amarga, la más cruel, la más horrible; aunque en nuestros días y en la existencia real no falten hechos de completo acuerdo con aquellos que sirvieron de base a la obra poética Esquiliana: la esposa infiel que en abominable consorcio con su amante, a traición mata al esposo; el hijo que por vengar a su padre se convierte en matricida.

El humanista mexicano pretende que no hizo labor de crítico, y sin embargo, realiza crítica muy importante en el prólogo con que precedió su traducción del gran trágico en versos de rima perfecta o imperfecta. El traductor asienta que "en muy rara vez la rima influyó en la versión", que él juzga ser una de las más literales, aunque agrega con modestia: "Sin embargo, afirmo plenamente, que mi ensayo se ha quedado a mil leguas del original".

El mismo humanista explica que realizó este trabajo porque "jamás será demasiado el intento que se haga por asimilar lo mucho que nos dejaron los eternamente juveniles griegos; porque —añade— no es inútil cualquier medio que ayude a levantar los estudios helenísticos en nuestro México; que si mis primarias aficiones me hacen ver como más importante lo que contribuya a conocer lo nuestro, no me impiden amar lo que es patrimonio universal de la cultura moderna; porque siendo, como soy, sacerdote católico, contribuyo en un ápice a que sin razón se diga que hemos olvidado los estudios que siempre fueron amor de nuestra clase, y, aunque hostigados por amigos y enemigos, oprimidos de trabajo y de amargura, seguimos siendo los mismos, que tanto amamos el pasado como el porvenir". (*Op. cit.*, p. 65).

Se refería entonces a un estudio geográfico, etnográfico e histórico acerca de Huizquilucan y a "varias monografías acerca de la lingüística y la historia nacional, ya preparadas para la imprenta" (*Loc. cit.*). Pero esas "primarias aficiones" por lo nuestro, iban a revelarse de manera patente, inequívoca, notable, con sus estudios de las lenguas y de la literatura de nuestros aborígenes.

La obra más trascendental publicada hasta hoy por el Dr. Garibay es su *Historia de la Literatura Náhuatl,* que si resulta un monumento a su saber, constituye también prueba fehaciente de serenidad de criterio en una lucha incomprensible, emprendida por dos grupos de mexicanos. Para unos, solamente la raza indígena constituye la esencia del México actual; para otros, la cultura hispánica es la única que debe ser tomada en consideración.

Y el tema a que el recipiendario consagró largas horas de estudio y de meditación, pudo haberlo llevado al primer grupo; y, sin embargo, su análisis resulta sereno, ecuánime, consiguiendo así que quien se asoma a lo que fue la literatura de nuestros aborígenes, mediante ese análisis, puede encontrar bellezas que no son producto de una tendencia apasionada, sino realidades expuestas sabia y artísticamente.

No ha sido por cierto el doctor Garibay quien primero haya estudiado la Literatura Náhuatl; y él hace justicia plena a Fr. Andrés de Olmos, el religioso franciscano que, apartado "del mundal ruido" de la capital de Nueva España donde tantas y tan enconadas pasiones se desarrollaban a raíz de la Conquista,

allá, en la lejana región del Pánuco, se consagró por igual a ganar almas para la religión de Cristo y a estudiar y conservar las manifestaciones literarias de nuestros indios.

Fr. Bernardino de Sahagún, el inigualable fraile que acopió los más valiosos elementos literarios indígenas que han llegado hasta nosotros, también estudió esa Literatura, pero con miras fundamentalmente históricas, sin que en los días del virreinato hubieran faltado otros investigadores que impresionados por las manifestaciones literarias de nuestros aborígenes, hubieran llamado la atención acerca de ellas.

El jesuíta Juan de Tovar, a quien se dio el nombre de Cicerón Mexicano, mereció ese nombre, nos dice el Canónigo de la Basílica Guadalupana, por la perfección con que predicaba en la lengua Náhuatl, que había dominado de un modo extraordinario.

En el siglo XIX y en el que corre, hombres de inteligencia y de saber como Fernando Ramírez y Francisco del Paso y Troncoso, como Alfredo Chavero, Cecilio A. Robelo y Mariano Jacobo Rojas entre los mexicanos; Guillermo Eduardo Seller, Guillermo H. Prescott, Daniel G. Brinton y J. A. Corryn entre los extranjeros, abrieron o ampliaron el camino de esos estudios; y ya en nuestros días Ignacio Dávila Garibi consagra obra muy amplia a las lenguas habladas en esta región del País; como respecto de lo esencialmente literario lo hicieron otros hombres atraídos por la literatura indígena y que rindieron ya la final jornada: Rubén M. Campos, Luis Castillo Ledón, Mariano Silva, Pablo González Casanova, Miguel O. de Mendizábal y el joven norteamericano Roberto H. Barlow, que tan bien hallado sentíase entre nosotros.

Pero ninguno de todos ellos se adentró en los campos de la Literatura Náhuatl en la forma en que lo ha realizado el P. Garibay, quien con notable juicio crítico ha hecho el análisis de lo que fue la producción poética, y los diversos aspectos que presenta la producción en prosa, antes de que los poetas y los prosistas indígenas sufrieran la influencia de la conquista española.

Y al emprender el estudio de la primera, reproduce estos pensamientos que había formulado en otro estudio sobre *La Epica Azteca*: "La poesía, la más completa y perfecta de todas las artes, es la expresión musical del pensamiento. Nace del sentimiento del ritmo y de la armonía a cuyas leyes se acomoda la palabra. La música, que es un arte menos completo y que presta a la poesía uno de sus dos elementos esenciales, tiene por sí misma un carácter más definido. Otro tanto puede decirse de la danza, que acomoda los movimientos del cuerpo a las leyes del ritmo. Estas tres artes inseparables formaban en la antigüedad un arte único, que constituía la base de la educación humana. El ritmo, a su vez, es engendrado por la sucesión y retorno prosódico de

la diversa duración de los sonidos". (*Historia de la Literatura Náhuatl,* vol. I, pp. 60-1).

Ahora bien: como su propósito consiste en hacer patente que los poetas indígenas dieron a sus composiciones un indudable ritmo, agrega todavía:

"Danza y canto son fenómenos sociales de todo grupo humano. El andar mismo es ya un germen de danza, y la voz lleva las ondulaciones del canto Por ello el ritmo es tan espontáneo como el paso y como la palabra.

"Los que han estudiado la métrica árabe dicen que su verso nació del acompasado y grave paso de los camellos. Al caer y alzarse sobre las arenas interminables se producía un doble ruido que clavó en el alma del primer poeta del desierto la medida de sus versos. No es sólo bella la imagen, sino verdadera. Para los nuestros no tenemos camellos: el paso de las interminables migraciones y el son de la marcha sobre el erial sugiere la medida. Ya en el reposo, se ensaya el baile; al baile se le une el son bronco del tambor nativo, endulzado con el fluir del llanto de la flauta y, cuando el hombre va a cantar, la palabra sale medida por sí misma. En cada primitivo hay un dejo de la tendencia natural de Ovidio". (*Op. cit.,* p. 61).

El Dr. Garibay prueba de manera indudable la existencia de ese ritmo con los varios ejemplos que aduce, tomados de los cantares precortesianos y en que nuestros oídos pueden percibir la cesura:

Oncan tonaz / oncan tlathuiz
Oncan yezque / ayamo nican,

que constituye la orden imperiosa de Huitzilopochtli de emprender la marcha hacia lo desconocido. (*Op. cit.,* p. 62).

O en este otro ejemplo que con razón asemeja a nuestros versos de diez sílabas en dos hemistiquios con cesura:

Nichoca yehua / nicnotlamatti
niquilnamiqui / ticcauhtehuazque
yectli yan xochitl / yectli yan cuicatl...

Lloro, me aflijo al recordar
que dejaremos los bellos
cantos, las bellas flores.

(*Op. cit.,* p. 64).

Y el notable nahuatlato que de correspondiente hoy se convierte en miembro numerario de nuestra Academia, por medio de un cuidadoso estudio, tras de un análisis concienzudo y minucioso, nos hace conocer la poesía religiosa y

la poesía lírica; la poesía épica y la poesía dramática, llevándonos, casi de la mano, a presenciar cómo surge y cómo se desarrolla entre nuestros aborígenes cada uno de los aspectos de aquéllas, cada uno de sus diversos caracteres.

El recipiendario, al tratar de la poesía dramática escribe: "Difícil es hallar en la historia de los cultos religiosos uno de ritual más complicado y aparatoso que el de los antiguos mexicanos. La abundantísima documentación en que fundó Sahagún su Libro II, así como los informes recogidos de Durán, que alcanzó a recibir desde su niñez noticias y descripciones verbales de quienes habían visto en paz completa aquellos ritos, nos han enriquecido del conocimiento tan preciso que podemos reconstruir todo el ceremonial. Y éste era un verdadero teatro perpetuo, a la luz del día, o a la iluminada claridad de la noche, y pasaba interminablemente ante los ojos de la multitud. No es la hora ni el lugar de intentar esta reconstrucción; pero, al espigar alguno de los datos que tenemos que proponer, habrá necesidad de recoger estos testimonios. Si el término *teatro* dice referencias a la contemplación de los ojos, había aquí una vistosa serie de espectáculos, que eran solamente soporte de la música instrumental y del canto. Aquí y allá percibimos los vestigios de la farsa. En este punto, como en tantos otros, fue la emoción religiosa la que creó el espectáculo y la literatura que en este espectáculo se encarnaba". (*Op. cit.*, p. 333).

Los ejemplos documentales que presenta y que con minuciosidad analiza, son indudable confirmación de su tesis.

Como es natural, consagra una mayor extensión de su notable libro a la Poesía aborigen, por ser tema poco identificado con nuestros conocimientos generales; pero examina igualmente la Prosa, y su examen le permite comprobar que puede clasificarla, fuera de la *general,* en *discursos didácticos* y en composiciones *históricas,* sin que falten los adagios y los "zazamiles" o adivinanzas.

Hace ver con justa razón que "la historia de nuestra Anáhuac... no cede en valor documental a ninguna de las conocidas en la cultura universal", como lo demuestran "las estelas mayas y de otras razas más antiguas, que en piedra, como algunas viejas culturas del otro hemisferio, dejaron esculpida para siempre su memoria". (*Op. cit.*, p. 449).

Pero si esto aguarda una nueva piedra de la Roseta que revele sabe Dios qué portentos, como ésta nos dio a conocer los de Egipto, hay también valiosos documentos que el Canónigo Garibay analiza con gran cuidado, según hizo con los poéticos, desde el punto de vista meramente literario.

Vengamos ahora al discurso de recepción, que independientemente de sus bellezas literarias, presenta un aspecto diverso del escritor: es un filósofo, además de poeta.

Desde luego ha de alabarse su modestia cuando insiste en que los elogios

que ha recibido sobrepasan a sus merecimientos. No lo creyeron así quienes presentaron su nombre a la Academia; y no lo creyó ésta cuando afectuosamente lo acogió como miembro suyo.

Pero no es de extrañar que aun sin pensarlo, ni pretenderlo y aun sin quererlo el Dr. Garibay, nuestro Instituto haya decidido incorporarlo en él. A diferencia de la Academia Francesa que exige la solicitud del candidato, la Mexicana, salvo muy raras excepciones, por sí misma pesa y mide lo que el candidato ha significado y significa; y si alguna vez ha fracasado en sus propósitos de allegarse inteligencias claras, literatos de renombre, filólogos insignes, basta recorrer la nómina académica en 79 años para cerciorarse de que constituímos escasa, muy escasa minoría, los que no hemos respondido a los nobles propósitos de quienes nos abrieron las puertas áureas de la Institución.

Esta sabe que los méritos del recipiendario son reales, como lo supo nuestra Universidad Nacional cuando le concedió el grado de Doctor *honoris causa,* sin que tampoco él lo solicitara.

Canónigo Lectoral de la Basílica de Ntra. Sra. de Guadalupe, quiso "poner en solfa", según la vieja expresión, a un supuesto colega suyo de Toledo; y para esto escogió uno de los pasajes en que Miguel de Cervantes dejó volar su fantasía, aunque también su razón para recortar las alas de aquélla cuando resultaba necesario.

Suma torpeza resultaría no confesar que la fantasía suele a veces elevar los espíritus del inmundo limo de las pasiones, haciendo a los humanos generosos, benévolos, altruístas; pero la fantasía puede también llevarlos a opuesta situación, convirtiéndolos en frívolos, egoístas, perversos, si la razón no viene en su auxilio.

En diversa oportunidad y ante nuestra Academia, tuve ocasión de comprobar que Cervantes fue un verdadero siquiatra, que supo manejar a su grandioso personaje Don Quijote de tal manera, que se confirma que la locura no es "la pérdida", sino simplemente "la ataxia de la razón"; es decir: el ilustre manco utiliza por igual modo la fantasía y la razón.

El Dr. Garibay, después de resumir el "triálogo" entre don Quijote, el Canónigo toledano, y el ambicioso Sancho, haciendo ver que en el primero se mueve la fantasía; en el segundo, la razón; y en el tercero el interés egoísta, declara y en ello estamos totalmente de acuerdo: "Si pudiéramos hacer de Don Quijote y de Sancho y del Canónigo de Toledo una sola mente, un solo corazón, una sola persona, tendríamos resuelto el problema de la verdadera cultura humana y de la verdadera perfección personal".

En cambio resulta forzoso estar en desacuerdo con esta otra conclusión de nuestro colega: "La cultura no ha sido creada por los sabios, no ha sido

creada por los convenencieros ni los interesados. La han creado los poetas y los filósofos. Y los poetas y los filósofos son la prole de Don Quijote".

No; la cultura humana no es resultante sólo de la Poesía y de la Filosofía, si entendemos por ésta sólo un conjunto de opiniones metafísicas; ni siquiera del triángulo: fantasía, egoísmo, razón; sino que a él es indispensable agregar otro factor, otro ángulo: la curiosidad. El *inventor,* nombre que como bien se sabe, ha salido del verbo latino *invenire,* encontrar, movido por su fantasía tal vez, por su egoísmo quizá, pero impulsado siempre por su curiosidad y por su razón, inquiere, investiga, busca, hasta que encuentra un elemento nuevo, que incrementa la cultura general.

¿Cómo conoceríamos hoy las culturas egipcia y judía, persa y asiria, griega y romana, sin ese cuádruple impulso, que en circunstancias diferentes lo mismo busca y encuentra los artísticos tesoros que todos admiramos; que descubre y utiliza el papiro, que halla la utilidad de los tipos movibles para aprovecharlos en la imprenta, que ha venido a ser antorcha que ilumina al mundo?

La fantasía de Julio Verne ideó el dominio del aire; la razón del Conde Zeppelin y de Von Eckener, de Santos Dumont y de los hermanos Wright, lo hizo efectivo.

La fantasía del mismo Verne soñó en vencer las entrañas de los mares; la razón del Teniente de Navío Isaac Peral y de sus seguidores tornó el sueño en realidad.

Pero, ¿qué más? Nuestro colega, poeta y filósofo, en momentos se abraza a don Quijote para tratar de llegar en Clavileño a la hermosa región que está sobre todas las pasiones humanas; pero cuando investiga y encuentra bellezas lo mismo en los torturantes dramas de Esquilo, que en los *Cantares Mexicanos,* razona; y razona con tanta habilidad, aunque con absoluto desinterés egoísta, que él, Canónigo de verdad, camina muy asido del brazo del imaginario y razonador Canónigo de Toledo a quien pretende impugnar.

Y ahora se preguntarán con justicia muchos que me escuchan: ¿por qué aceptó contestar el discurso del recipiendario quien no es poeta, ni helenista, ni nahuatlato, ni ha tenido ni tiene contactos directos con la Filosofía? Y responde gustoso: por sola una razón sentimental; porque desde 1912 aprendió a estimar y admirar al mozuelo bibliotecario del Seminario Conciliar, de la Universidad Pontificia, que paso a paso ha ido por un camino ascensional donde ha encontrado aplausos y honores como los que de manera espontánea le tributa la Academia Mexicana al declararlo con gran satisfacción Académico de Número.

Doctor Garibay, ¡sed bienvenido!

VICTORIANO AGÜEROS*

Por don ALBERTO MARÍA CARREÑO.

HA transcurrido un siglo, que se cumplió el 4 de este septiembre, desde que en un humilde pueblecillo del Estado de Guerrero, nació un hijo de don Agustín Agüeros, y de Dña. Feliciana Delgado; comerciante español aquél, mexicana ésta.

El niño, a quien dieron el nombre de Victoriano, fue enviado cuando tenía 12 años, a estudiar en la Capital de la República, y fue tal su dedicación al estudio y tal su precocidad, que sólo tenía 16 años cuando el Ayuntamiento de México le otorgó el título de Profesor de Instrucción Primaria.

En 1877 ingresó en la Escuela Nacional de Jurisprudencia donde siguió la carrera de abogado hasta obtener el título respectivo; pero no eran los intrincados, torcidos caminos del Derecho los que lo atraían, sino los sonrientes, luminosos y llenos de encanto de las Letras, que acabarían por llevarlo, sin embargo, a otros más espinosos, más erizados de tropiezos: los del periodismo.

Desde 1871 principió a enviar a la prensa colaboraciones literarias, amparadas con el seudónimo *José;* y las que llegaron a *La Iberia,* de que era dueño y dirigía el famoso escritor y miembro de la Academia Mexicana correspondiente de la Española, don Anselmo de la Portilla, lo impresionaron tanto, que comenzó a darles cabida en aquella famosa publicación, sin saber al menos quién era el autor.

Y el autor estudiaba Derecho y escribía no sobre cosas frívolas, sino sobre temas severos, aunque amables, que le permitieron ser considerado colaborador habitual en algunos de los periódicos más importantes de España y de la capital de la Nación.

Portilla, al conocer personalmente a quien con tanta discreción como belleza escribía, lo invitó para que en forma asidua trabajara con él, y a ello se

---

* Leído en la Sesión especial de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española celebrada el 10 de septiembre de 1954.

debió que en el folletín de *La Iberia* apareciera su primer libro, al que modestamente dio el título de *Ensayos de José.*

Esto ocurría en 1874; y muy poco más tarde aparecían sus *Cartas Literarias,* a las que puso prólogo don Anselmo de la Portilla; a ese libro, de 520 páginas, siguieron *Dos Leyendas* y *Páginas Intimas, Confidencias* y *Recuerdos* que publicó en *El Siglo XIX.*

Pero el joven estudiante y escritor concibió una idea patriótica; comprendió la trascendencia que podía tener el dar a conocer de una manera metódica nuestras mejores plumas; y en la *Ilustración Española* y *Americana* publicó una serie de biografías de escritores nuestros y de juicios críticos sobre sus obras.

Un biógrafo de Agüeros a quien hemos seguido para formular esta recordación, Luis Villard, no pudo consignar el éxito final alcanzado por el joven guerrerense, porque escribió cuando éste llevaba aún la doble vida del alumno de la Escuela de Jurisprudencia y de biógrafo, filósofo y literato; pero si no vio a su biografiado en la cumbre de sus éxitos, sí supo del aplauso caluroso que le tributaron los más notables hombres de letras de esos días: los españoles Juan Valera, José Núñez de Arce, Marcelino Menéndez y Pelayo, quien de modo especial le cita en su *Horacio en España* y en la introducción de su *Antología de Poetas Hispano Americanos;* el famoso hispanista y miembro honorario de la Academia Mexicana, Juan Fastenrath, de Colonia; y entre los de este Continente, eminencias tan grandes como Miguel Antonio Caro, Juan León Mora, Ricardo Palma y Rafael Obligado, considerados como verdaderas glorias en sus respectivos países: Colombia, Ecuador, Perú, Argentina.

Agüeros reúne más tarde aquella obra fragmentaria aparecida en *La Ilustración Española* y *Americana* en un volumen que intitula *Escritores Mexicanos Contemporáneos* y su obra lo lleva a formar una muy interesante trinidad con otros dos célebres biógrafos miembros de nuestra Academia Mexicana: Francisco Sosa, el biógrafo por excelencia de nuestros hombres y de los más renombrados escritores hispanoamericanos, y el Gral. Vicente Riva-palacio que se oculta tras del seudónimo *Cero,* para darnos a conocer otros *ceros* mexicanos, tan prominentes en el mundo de las letras, como él mismo. Sin que el decir esto signifique olvido de otro altísimo biógrafo y expositor por excelencia de nuestra vida, cuando México era uno de los reinos de España: Joaquín García Icazbalceta.

Gaspar Núñez de Arce no vaciló en decirle que sus escritos le habían servido "para apreciar el estado de la literatura mexicana, y conocer a algunos de sus hombres más importantes"; lo estimulaba para perseverar en "la senda que ha emprendido con tanto acierto porque todo cuanto contribuya a estrechar los lazos intelectuales entre dos pueblos parece digno de encomio";

y exclama: "¡Cuánto ganaríamos unos y otros en conocernos mejor de lo que nos conocemos!"

Y cuando los artículos sueltos aparecen ya en forma de libro, le escribe en 29 de septiembre de 1880; y entre diversos elogios, le dice: "Debe y puede Ud. estar satisfecho de su obra, que es además un verdadero servicio prestado por Ud. a la Literatura Mexicana".

El celebrado autor de *Pepita Jiménez,* don Juan Valera, se regocija de que haya surgido alguien que "diese noticia de una parte de nuestra literatura tan rica, como, por lo común, ignorada en la Península"; con sencillez afirma que en el libro de Agüeros ha "aprendido muchas cosas que ignoraba" y lo exhorta para que "siga activo y escribiendo nuevas cosas para honra de las letras españolas".

Ya antes otro ilustre escritor español, José Selgas, al conocer las *Cartas Literarias* de Agüeros le había dicho en 8 de enero de 1878: "...Las he leído con viva complacencia y las juzgo excelentes. Sana crítica, recta intención, estilo rico, entusiasmo por las verdaderas bellezas literarias y muy buen gusto: he aquí lo que en ellas encuentro. Mi juicio, brevemente expuesto, se funda en esta sorpresa: en el prólogo —escrito como ya se dijo, por don Anselmo de la Portilla— me encuentro con que es usted casi un niño, y en el libro descubro que es usted todo un hombre".

Y si el Secretario Perpetuo de la Real Academia Española don Manuel Tamayo y Baus, el aplaudido autor de *Un Drama Nuevo* no vacila en enviarle sus parabienes, porque demuestra ser "muy estudioso y entendido"; don Pedro Antonio de Alarcón, el creador de *El Escándalo* y *El Sombrero de Tres Picos,* declara enfáticamente que ha leído "Las preciosas páginas —escritas por Agüeros— y en ellas la erudición y el buen juicio compiten con la pureza y la elegancia del lenguaje".

El escritor —estudiante pone el coronamiento de esta última actividad— al sustentar su examen profesional de Abogado en 19 de diciembre de 1881 y recibir el título de Licenciado en Derecho —el Doctorado se había extinguido al ser clausurada la Universidad— pero él pudo exclamar con el famosísimo guerrero historiador Julio César, cuando lanzóse a los peligros de una lucha armada, venciendo uno de los mayores obstáculos que la Naturaleza le oponía: *"Alea jacta est"* —"la suerte está echada".

Acaso ya en sus días, Agüeros supo que la Justicia no daba —y sigue dando— traspiés sólo por llevar los ojos vendados, sino por la debilidad misma que dio renombre a la inconstante Lesbia: la facilidad con que se prostituía; y resolvió no servirla en sus tribunales que es donde suele deshonrarse, sino dentro de su propia conciencia, donde sería forzosamente recta.

Decidió pues combatir contra los que conculcaran el Derecho; y combatir sin más armas que su pluma, ni más escudo que su moral, ni más baluarte que

sus sentimientos religiosos, que no lo abandonaron a lo largo de su existencia. Para ello había que escoger el campo de batalla, y ninguno mejor que el periodismo.

Esto explica que casi apenas recibido el título antes dicho, de Licenciado en Derecho, siete meses más tarde se hubiera hecho cargo de *El Imparcial,* un periódico diverso del que fundó Rafael Reyes Spíndola, mientras lograba organizar el propio suyo, lo que sucedió precisamente un año después: en julio 1o. de 1883 en que apareció por vez primera *El Tiempo;* y *El Tiempo* iba a ser, resueltamente, un periódico de combate.

Agüeros nació poco antes de que estallara una de nuestras numerosas guerras civiles, la de Reforma; poco antes de que una potencia extranjera nos invadiera y otra potencia extranjera ayudara a combatir a los invasores. Las pasiones de ambos bandos eran incontenibles, rudas, sanguinarias; y los que sostenían a quienes combatieron en defensa de la *religión* y de los *fueros,* que resultaron vencidos, no era fácil que pudieran ver con buenos ojos a sus vencedores.

Naturalmente, Agüeros, por ser entonces solamente un niño, no había podido participar en la lucha armada; pero hay que suponer, dada su religiosidad, que compartía la mala voluntad contra quienes habían obtenido el triunfo; y uno de quienes más colaboraron para alcanzarlo, el Gral. Porfirio Díaz, había llegado a la presidencia de la República, mientras el joven estudiante se ocupaba en dar a conocer el adelanto de nuestras Letras y a los más conspicuos de nuestros escritores.

Al lanzarse Agüeros al combate, Díaz había terminado su primer período presidencial y lo había sucedido su compadre y amigo el Gral. Manuel González cuyo manejo de la cosa pública —res pública— dejaba mucho que desear y habíase enajenado las buenas voluntades de los mexicanos.

¿Qué mejor ocasión para el mancebo, que iniciar su campaña contra los actos del Gobierno que producían el descontento y la animadversión general?

Y Agüeros la aprovechó con decisión y valentía; y cuando concluído el plazo en que González debió abandonar el poder, el Gral. Díaz lo recogió, el joven escritor siguió esgrimiendo la pluma, como si fuera flamígera espada, lo cual hizo que en un momento fuera llevado a "donde toda incomodidad tiene su asiento", —que dijera el padre del mayor loco-cuerdo que vieron los siglos, y a quien Agüeros anhelaba imitar, enderezando tuertos y alanceando a malandrines.

Una vieja canción mexicana, de cuyo nombre "no (puedo) acordarme", puso en su letra esta amenaza:

"La cárcel no come / y algún día saldré / y entonces, señora, / yo me vengaré".

Agüeros debe haberla repetido en su celda de prisionero, amenazando a la Injusticia que le había proporcionado verse privado de libertad; y la venganza consistía en persistir en condenar cuanto le parecía que iba contra el Derecho, que él había jurado defender.

Pero *El Tiempo* no era sólo un elemento de combate, sino un acogedor amigo de cuanto y de cuantos fueron devotos de las Letras Mexicanas, ya en forma meramente literaria, ya en forma filosófica y científica, a grado tal, que hubo un momento en que aquel periódico diario no pudo contener cuanto de literatura se le enviaba; y Agüeros, amante siempre de exaltar los valores literarios del país, vióse obligado a lanzar a la circulación uno de los mejores periódicos semanales que hemos tenido: *El Tiempo Ilustrado* en el cual, —recordando quizá lo que con él hizo don Anselmo de la Portilla: publicarle sus primeros ensayos, casi anónimos, pues el seudónimo *José* era completamente desconocido—, el Director de tan notable revista bellamente ilustrada, acogía los trabajos que se le enviaban y no dejaba de publicarlos, con tal que fueran bellos por el fondo y por la forma, y sujetos a la moral.

El Tiempo Ilustrado lo leían así con delectación, por igual, el más exigente crítico literario, y el más exigente moralista.

Era imposible, pues, que la Academia Mexicana correspondiente de la Española no pusiera sus ojos en aquel benemérito propulsor de las Bellas Letras y de la cultura literaria de nuestro medio, y en 11 de febrero de 1902 lo llamó a su seno en calidad de correspondiente.

El destino reservaba al escritor *católico* suceder como académico de número, siete años más tarde, en 1909, al escritor *"liberal"* don Joaquín Baranda, nada menos que Ministro de Justicia e Instrucción Pública en el Gobierno del Gral. Porfirio Díaz, cuyos actos combatió Agüeros cuando juzgó que no iban de acuerdo con los dictados de la conciencia del periodista. ¡Singular actitud de nuestra Academia que siempre ha llamado a colaborar con ella, sin ver otra cosa sino la capacidad literaria y moral de quienes han de ser sus miembros!

Pero nuestras Letras le deben un servicio extraordinario: la publicación de la *Biblioteca de Autores Mexicanos,* que comenzó a editar en 18...y que la forman 72 volúmenes.

Agüeros, al publicarla, hizo lo que nuestra Academia: no considerar las ideas políticas de los elegidos, sino la belleza literaria de sus obras y así reprodujo muchos trabajos que por su rareza eran casi desconocidos y otros que habían esperado la piadosa mano que los llevara a la luz pública.

Tres juicios citaré de prominentísimos escritores españoles, que muchos años atrás habían felicitado al joven, al casi "niño" literato por sus *Cartas Literarias* y por sus *Escritores Mexicanos Contemporáneos:* Núñez de Arce, Valera y Menéndez Pelayo.

El primero, cuando iban publicados cinco volúmenes le dirigió una larga carta de felicitación en que le decía: "... Formar una colección de obras selectas de los más notables escritores antiguos y modernos de México es suplir una deficiencia que hoy se advierte, altamente perjudicial para la literatura de ese hermoso país. Su *Biblioteca* está llamada a prestar un gran servicio no sólo a México, sino a las letras en general, facilitando el conocimiento y el estudio de una serie de obras que merecen fijar la atención y que, hasta ahora por falta de la necesaria publicidad, se encontraban en el más injusto olvido, o agotadas las cortas ediciones que de ellas se han hecho, o perdidas en el cúmulo de trabajos que sirven de pasto a la insaciable voracidad de periódicos y revistas".

Pero bien previó los tropiezos que el noble editor había de encontrar en su camino, porque agregaba: "¡Animo, pues, y adelante! Penosa y difícil labor es la que ha emprendido, pero una voluntad firme como la de Ud., vale mucho cuando se consagra a pensamientos cuya bondad se impone".

Y Valera le escribía: "¿Qué he de decir a Ud. que no sea en alabanza de una empresa tan patriótica y tan útil a la cultura de esa Nación y a la de todos los pueblos hispano parlantes?... Lo que me pesará será que el negocio sea malo económicamente".

Agüeros, sin embargo, al emprender aquella publicación no había tenido en mira un *negocio,* sino una ambición patriótica: desarrollar la tarea que había comenzado a realizar cuando era un jovencito estudiante de Derecho: dar a conocer al mundo entero la obra literaria de nuestros hombres más conspicuos en las Letras; y ello explica su resolución de ir adelante, cualesquiera que fueran los sacrificios que se necesitaran; y que, realmente, fueron inmensos.

Menéndez y Pelayo, a su vez, le aseguró en 15 de mayo de 1897: "...La empresa literaria de Ud. es digna del mayor elogio, no sólo por lo acertado de la selección, sino por la manera de presentarla".

Agüeros había iniciado la *Biblioteca,* consagrando los tres primeros tomos a Joaquín García Icazbalceta, y los dos siguientes al poeta dramaturgo José Peón Contreras; y si García Icazbalceta era un benemérito de la Historia, de la Biografía y de la Bibliografía, Peón Contreras se había ganado aplauso y gloria en el teatro y fuera del teatro.

"Conocía y admiraba mucho —añadía Menéndez y Pelayo— los magistrales estudios del Sr. García Icazbalceta, que me honró con su correspondencia en los últimos dos años de su vida. Y encuentro muy feliz la idea de haber formado con ellos serie aparte, porque dispersos, como antes estaban, en voluminosas publicaciones bibliográficas no accesibles a todos, era patrimonio de muy pocos estudiosos el rico caudal de erudición y doctrina que en ellos se contiene y que tanto importa, para la recta estimación de la historia colonial".

Y respecto de nuestro romántico poeta asentaba: "A Ud. debo el conocimiento de una parte del repertorio dramático del Sr. Peón y Contreras, en el cual encuentro mucho de lo bueno de nuestros poetas románticos, y también felices reminiscencias de nuestros ingenios del siglo XVI..."

Si Agüeros no hubiera hecho más que publicar la *Biblioteca de Autores Mexicanos,* habría ganado justamente para sí el dictado de *benemérito* de nuestra Literatura Nacional; pero si a esto se añade su labor de periodista recto, justiciero, al condenar los vicios y al ensalzar las virtudes de nuestra sociedad, resulta explicable por qué se ganó el respeto de quienes seguían su camino y quienes eran sus opositores.

En un magistral estudio sobre *El Periodismo* como él concebía que debía ser y como él lo ejercía, escribió: "...La prensa, mejor que ninguna otra cosa, refleja fielmente los sentimientos y aspiraciones de una sociedad, sus vicios y sus flaquezas, sus virtudes y sus costumbres. En ella encuentran eco todas las nobles y generosas ideas, todos los benéficos y grandes propósitos. Presta su apoyo a la pobreza y la indigencia, anima a los que luchan sin esperanza, investiga las necesidades de los pueblos y se interesa en su progreso y en su bienestar. Busca y señala los medios para que la industria se perfeccione, se ensanche el progreso y prospere la agricultura; contribuye con su estímulo halagador al adelanto y lucimiento de las bellas artes y de las letras; se regocija con las fiestas y triunfos del trabajo, y de igual manera participa de las alegrías y de los pesares del pueblo. En una palabra, la prensa es sin duda el centinela más avanzado de la civilización moderna, la que puede anunciar a la sociedad los peligros que la amenazan y señalar el origen y la raíz de que provienen. ¡Cuánto bien puede hacer si está dirigida por un criterio sano y juicioso, por una conciencia recta y honrada! ¡Cuántos males puede evitar con sus consejos, con su previsión; y qué impulso tan eficaz puede imprimir a las obras de la Verdad y de la Justicia!"

Y de igual tenor son todas sus advertencias a los periodistas cuyas críticas "deberán inspirarse constantemente en los preceptos de la imparcialidad y la justicia, procurando en todos los casos corregir y enseñar, estimular y prever". (*Biblioteca de Autores Mexicanos,* Vol. VIII, pp. 146-7).

Así obró siempre él mismo como insigne periodista; y por ello alcanzó el respeto y la consideración, ya no se diga de la parte de la sociedad que tenía sus mismas creencias, sino de la que seguía senderos opuestos, porque sabía que Agüeros en sus periódicos *El Tiempo* y *El Tiempo Ilustrado* sólo daba cabida a pensamientos sanos, rectos, encaminados siempre al mejoramiento social y a buscar honra y gloria para su patria.

La estimación tan honda y tan elevada que supo ganarse de los periodistas fue tal, que cuando hubo que señalar al más conspicuo, al más respetable para que representara a la Prensa Mexicana en Londres durante la corona-

ción del Rey Eduardo VII de Inglaterra, se escogió a Agüeros, quien con tal representación partió hacia Europa, y después de cumplido su alto encargo, después de recorrer Inglaterra e Italia, España y Francia, la Muerte lo recogió en París, el 8 de octubre de 1911.

Los periódicos todos de México, sin distinción de credo o de tendencias políticas rindieron un postrer, cálido homenaje de respeto a sus virtudes cívicas.

El combate a que se entregó el joven estudiante del Derecho, nada menos que para defender ese Derecho, lo había llevado a clamorosa victoria.

Y la amistad con que me honró permitióme conocer su desencanto en relación con su obra más amada: la *Biblioteca de Autores Mexicanos,* con la que se repitió lo ocurrido a García Icazbalceta con sus grandiosas publicaciones. El éxito logrado en el extranjero no se obtenía en nuestro país, a grado tal, que Icazbalceta en cartas a sus amigos íntimos se dolía de haberlas realizado.

Así Agüeros: alguna vez, mostrándome las colecciones embodegadas, me dijo con desaliento: "Jamás pude pensar que aquí se recibiera con tanto desdén el trabajo intelectual de nuestros prohombres. Cuando contemplo perdido así mi esfuerzo, me invade una tristeza que no puedo reprimir".

Pero no fue perdido, como no se perdió el de García Icazbalceta. Es que tanto Agüeros como éste eran muy altas inteligencias, pero no hábiles mercaderes de libros; sabían escribir grandiosamente, mas no vender sus escritos. Las publicaciones del ilustre biógrafo de Fr. Juan de Zumárraga son hoy joyas bibliográficas, que se adquieren a precios muy elevados, cual si fueran diamantes; joya semejante es la *Biblioteca de Autores Mexicanos,* y el servicio que presta a los estudiosos resulta enorme.

También es cierto, que por un fenómeno social en extremo curioso, se ha despertado en nuestros días tan gran interés por el libro, que los editores se enriquecen reproduciendo lo que dos o tres generaciones atrás vieron, no con desprecio, pero sí con inexplicable desdén.

Loado sea, pues, el escritor precoz, el biógrafo justiciero, el periodista honrado, el divulgador entusiasta de la brillante labor de nuestros hombres de letras más preclaros.

DON JACINTO BENAVENTE*

Por don JULIO JIMÉNEZ RUEDA.

LA Academia Mexicana Correspondiente de la Española me ha otorgado la honra de decir en su nombre unas palabras de acatamiento a la figura insigne del dramaturgo español don Jacinto Benavente, en esta temporada de homenaje que en este teatro de los Insurgentes se le dedica.

Benavente ha dejado este mundo después de una larga y fecunda vida de trabajo. Por la extensión y la calidad de su obra, solamente puede encontrársele en la historia de la literatura española un ejemplo semejante: el del otro gran dramaturgo que mereció hace tres siglos el dictado de Monstruo de la Naturaleza, Lope Félix de Vega y Carpio. Benavente como él conoció todos los rincones del corazón humano, supo tocar como él también todas las cuerdas de la sensibilidad de los hombres y las mujeres, y no hubo secreto para ninguno de los dos en el complicado mecanismo que sirve para mover a los personajes en la escena.

En las postrimerías del siglo XIX, el Mundo Europeo produjo eminentes hombres de teatro, autores y actores. Don Jacinto Benavente quiso ser lo uno y lo otro; pero se conformó por ser en definitiva uno de los grandes dramaturgos de su tiempo. Tal vez el más completo de todos ellos, porque ninguno de los de su generación abarcó tal extensión de temas, ni tal abundancia de ideas, ni abordó tal complejidad de problemas. Algunos tal vez lo aventajen en la hondura de la visión del corazón humano como Ibsen, otros en la belleza deslumbrante del verbo en que sus personajes se expresan, como D'Annunzio, algunos en el ingenio de las réplicas como Oscar Wilde, aunque el humor del autor hispano, no le va en zaga al inglés; pero ninguno de ellos realizó una obra tan extensa, tan variada y que presente al mismo tiempo una tan clara unidad como la que en Benavente se admira. Hemos citado solamente a las

* Palabras dichas por su autor a nombre de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española en el homenaje a don Jacinto Benavente realizado en el Teatro Insurgentes el día 11 de septiembre de 1954.

cumbres de la dramaturgia contemporánea. Desaparecidos los autores enumerados y otros tan dignos de ser tomados en cuenta como pares en esta mesa redonda de creadores de almas a saber: Bracco y Gracosa y Pirandello en Italia y François de Curel, Becque y Porto Riche en Francia, y Haupmann y Suderman en Alemania y Stinberg en Suecia, y Bjoernson en Noruega, y Chejov en Rusia, Benavente era el único superviviente de esa gran generación de escritores dramáticos que da al teatro de los últimos años del siglo XIX y al primer tercio del siglo actual la categoría de época de oro de la escena occidental.

Era, en realidad, torre señera en un horizonte sin colinas.

Benavente comenzó a destacarse en el momento en que se realizaba la gran transformación del Modernismo y contribuyó eficazmente al triunfo de la escuela. Pero tampoco es ajeno a las inquietudes que movieron a los escritores agrupados con el nombre genérico de Generación del noventa y ocho. Tuvo en común con los primeros, la devoción por la elegancia, por lo refinado, por la gracia, el sentido del humor, su interés por lo exótico, recuérdese su *Dragón de Fuego*. Gustó de las aventuras en el circo, de los paisajes lunares, como Banville, como Laforgue, como Baudelaire. Pero se preocupó con los del noventa y ocho por incorporar a España en la corriente del pensamiento universal, sin que el país perdiera sus más puras esencias. Hizo la crítica de las modas y los modos de la España de fin de siglo, estudió sus problemas y expresó, como se dice ahora, su mensaje. A veces la risa le servía de expresión a su pensamiento. Otras veces se ponía serio y en no pocas la máscara de la tragedia cubría sus personajes. Así fue creando la serie de obras que componen su amplísimo repertorio y así fueron surgiendo la galería de personajes extraordinarios que se mueven en su obra como seres inolvidables de carne y hueso: Imperia, Débora, Dominica, Marciana, la Señora Ama y el Crispín, el Polichinela, Esteban, el Desterrado. Y al citar al Polichinela y a Crispín, no quiero prolongar esta introducción, que viene a hacer las veces del introito o de la loa de la comedia antigua. En la conciencia de todos los espectadores, señoras y señores, está el valer del insigne autor al que va a rememorarse en toda esta temporada. El mejor homenaje a su memoria será el escuchar sus obras con interés, penetrar en el pensamiento del autor, conmoverse cuando sea menester, reír cuando sea necesario y pensar como el otro gran ironista de su época, Anatole France, que la ironía, para que sea humana, debe estar envuelta en un mucho de piedad, como acontece en la obra Benaventina. En el tinglado de la antigua farsa, Crispín, dentro de pocos instantes, dirá a ustedes lo que significa esta comedia de títeres, que hablan como los hombres y se mueven como ellos por cordelillos groseros que son los intereses, las pasioncillas, los engaños y todas las miserias de su condición... pero entre todos ellos, desciende a veces del cielo al corazón un hilo sutil, como tejido con luz

de sol y con luz de luna, el hilo del amor que a los humanos, como a estos muñecos que semejan humanos, les hace parecer divinos, y trae a nuestra frente resplandores de aurora y pone alas en nuestro corazón y nos dice que no es todo farsa en la farsa, que hay algo divino en nuestra vida y es eterno y no puede acabar cuando la farsa acaba.

ALGUNAS ANALOGIAS FONETICAS ENTRE EL ROMANCEAMIENTO CASTELLANO DE VOCES LATINAS Y LA CASTELLANIZACION DE VOCABLOS NAHUAS*

Por don José Ignacio Dávila Garibi.

HABIA en el Colegio Marista de Guadalajara en los albores del siglo en que vivimos un excelente maestro de nacionalidad francesa muy respetado y querido de los alumnos. Llamábasele en la Congregación: *Hermano Amadeo.* Su nombre de pila era *Luis,* su apellido: *Louche* y el pseudónimo con que firmaba sus artículos literarios: *Tristán.*

Fue el fundador de la Liga Académica del propio plantel y su primer director: tuvo a su cargo la dirección del órgano oficial de dicha Liga, que se publicó durante varios años bajo el título de "Memorias del Colegio de la Inmaculada Concepción", de muy gratos recuerdos para mí, por haber sido esta revista estudiantil la que recogió las primicias de mi labor cincuentenaria en el campo de las letras.

Siempre que algún alumno se excusaba de hacer algo porque no se creía capaz de realizarlo, solía reprenderlo, procurando que sus palabras —persuasivas y bondadosas— dejaran en el ánimo del discípulo una impresión viva y duradera.

En repetidas ocasiones se dirigió al grupo estudiantil que tenía a su cargo, hablándole en estos o parecidos términos:

> El hombre que dice: *no puedo,* es un hombre que no vale nada. Si tenéis algún motivo grave que os obligue a excusaros, decid con franqueza: *no debo;* si no os conviene o no os place hacer lo que se pide, responded: *no quiero;* pero nunca por mero temor de quedar mal, digáis: *no puedo.* Aceptad de buen grado cualquier cosa que se os enco-

---

* Discurso de recepción como Individuo de Número de la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la Real Española, leído por su autor en la Sala "Manuel M. Ponce" del Palacio de Bellas Artes, la noche del 27 de noviembre de 1954.

miende. Poned manos a la obra y con la ayuda de Dios y vuestro personal esfuerzo lograréis hacer lo que a primera vista os parezca muy difícil.

Cuando supe que varios miembros de esta ilustre Academia, de manera enteramente espontánea y bondadosa habían pensado proponerme o me habían propuesto ya como miembro de la misma, me sentí abrumado por el peso de un honor que estaba yo muy lejos de merecer y me apresuré a cambiar impresiones con algunos de ellos, para hacerles ver que siendo tan escasos mis conocimientos en la hermosa lengua de Cervantes, temía no poder llegar a ser un elemento útil en el seno de tan docta corporación.

Con mayor amplitud habíale expresado pocos años antes mis temores sobre este particular a mi inolvidable dilecto amigo, el gran maestro, sabio filólogo, corazón de oro, D. Raimundo Sánchez, quien varias veces me manifestó su deseo de verme honrado por esta Academia con un nombramiento como el que recientemente se me ha otorgado y que soy el primero en reconocer que no lo merezco.

¿Cómo podría yo —clavado en la cruz de mi impotencia— formar parte de una corporación que tanto brillo ha dado a las letras españolas? ¿Cómo sentarme al lado de doctísimos varones, de preclaro talento, grande inspiración y fácil palabra, cuyos discursos académicos llenos de profunda doctrina y adornados con las mejores galas del idioma son acabados modelos de pulcritud y elegancia?

Estas y otras consideraciones que por brevedad omito, hicieron que al enterarme de mi elección como académico de número en mayo del presente año, tuviera yo algunos momentos de duda y aun llegara a creer que lo más indicado era declinar tan gran honor. Mas en los momentos de mayor indecisión me pareció oír en el fondo de mí mismo las sentenciosas palabras de *Tristán,* palabras que, escuchadas con respetuosa atención en mi niñez, con relativa frecuencia recordadas en el curso de mi vida y estimadas hoy, lo mismo que ayer, en todo su valor, ejercieron en mí tan poderosa influencia que me sentí con valor para aceptar y acepté un cargo muy superior a mis fuerzas.

Si obré con acierto o no, yo no lo sé, lo que si sé es que —aunque carente de merecimientos— estoy ya con vosotros, agradecido y contento, dispuesto a cumplir las obligaciones que me impone el reglamento de la institución y, en una palabra, deseoso de no defraudar las esperanzas de los señores académicos que tan gentilmente me propusieron.

Humilde peón —el último de todos— en la obra constructiva que realizáis, tengo la firme convicción de que podré aprender mucho al lado de vosotros, eximios maestros, que con tanto acierto estudiáis los diversos proble-

mas que se relacionan con la conservación, pureza y difusión de la lengua que hablamos, considerada por propios y extraños como una de las más bellas del mundo.

Vuestras valiosas producciones literarias con que enriquecéis en gran escala el tesoro artístico de la propia lengua y dais mayor brillo a las patrias letras, serán para mí: luz y guía en el nuevo camino que habré de seguir.

La circunstancia de ser yo el primero que ocupo el sitial marcado con el número 33, de creación reciente, no me permite incluir en mi discurso el acostumbrado elogio que a su antecesor inmediato en el propio sitial, debe rendir cada nuevo académico de número en el acto solemne de su recepción.

Mas esto no me impide cumplir con el deber para mí muy grato de expresar en estos momentos mi profunda gratitud al cultísimo Director de esta Academia, Sr. Lic. D. Alejandro Quijano, honra y prez de las letras mexicanas; a los por mil títulos insignes académicos numerarios, Dr. D. Julio Jiménez Rueda, Dr. D. Alberto María Carreño y Lic. D. Alfonso Cravioto que me propusieron en la propia Academia; a los miembros de la misma que secundaron tal proposición y a los que me favorecieron con su voto.

Quiero mencionar con singular afecto el nombre del señor académico de número Dr. D. Francisco Monterde, con quien cultivo vieja y cordial amistad. El lo mismo que el Dr. Carreño, hace un momento mencionado, han sido desde antes de que yo me radicara en esta capital, leales y sinceros amigos. Pláceme manifestar públicamente que les soy deudor de muy señalados servicios.

Hónrome en hacer particular mención del infatigable polígrafo, de reputación científica universal, Sr. Lic. D. Francisco Javier Santamaría, con quien desde hace varios lustros me ligan amistosas relaciones culturales. El inmerecido elogio que de mí hizo en su discurso de ingreso como académico de número en esta docta corporación y su deseo en él expresado de verme formar parte de la misma (deseo que ya se ha cumplido) me unen a él con vínculos de eterna gratitud.

Quiero, diré por último, ya que dentro del reducido marco de un discurso académico sería casi imposible hablar de todos y de cada uno de nuestros asociados, quiero, repito, aprovechar la presente ocasión para expresarle mi sincero agradecimiento al M. I. Sr. Canónigo Lectoral y Académico, Dr. D. Angel María Garibay K., quien desde que era párroco de Otumba me enaltece con su amistad y me auxilia con sus luces y letras.

He elegido como tema de este discurso, lo que en la imposibilidad de reducir a un menor número de palabras sin dejarlo un tanto vago o impreciso, vime obligado a redactar en estos términos:

Algunas analogías fonéticas entre el romanceamiento castellano de voces latinas y la castellanización de vocablos nahuas.

Mas para desarrollar este tema, conforme al plan que me he propuesto, tengo que hablar previamente de otras cosas que por la relación estrecha que guardan con el asunto principal, servirán, cuando menos, de antecedente.

Procuraré ser breve, hasta donde sea posible, para no abusar ni de la paciencia, ni de la bondad de este selecto auditorio.

Aficionado desde mi temprana edad al estudio de las lenguas indígenas —aunque reconozco que es bien poco lo que acerca de ellas he podido aprender— atrévome, sin embargo, a declarar que en ninguna de las que me son conocidas, he encontrado tanta riqueza de vocabulario, armonía y belleza como en la Lengua Náhuatl, hablada todavía por varios centenares de indígenas, en algunas regiones del país.

La valiosa aportación de esta lengua vernácula al habla popular de México fue tan abundante, tan copiosa, tan importante, que la suma de todos los vocablos de uso corriente procedentes de otros idiomas nativos resulta muy inferior a la de los nahuatlismos.

Yo no sé a qué atribuir tan notoria prodigalidad. Tal vez se deba a la excelencia de la lengua, o a la extensa área geográfica que tuvo ésta en los tiempos prehispánicos; o a su vinculación con las ciencias, las artes, la agricultura, la industria y el comercio indígenas, o a la circunstancia de haber sido la más usada por los conquistadores en sus relaciones con los naturales, o, en fin, a otros diversos factores que sería prolijo enumerar.

Tal vez no sea muy aventurado suponer que uno de esos factores, no especificados en la enumeración que antecede, haya sido la contemplación de la naturaleza como fuente de inspiración de tantos y tan variados nombres que sugiere la misma con sus paisajes llenos de colorido y de belleza, las múltiples y variadas especies de animales y plantas desconocidas en Europa antes del descubrimiento de América y las diversas aplicaciones de los productos del suelo realizados por medio de la industria humana. Ella, pues, la pródiga naturaleza, la espléndida naturaleza, maravillosamente fecunda en nuestro bello país fue, a mi modo de ver, la principal fuente de inspiración de las voces que dieron origen a nuestros nahuatlismos.

Antójaseme imaginar las grandes sorpresas que a cada paso darían a los conquistadores europeos la flora y la fauna mexicanas y la necesidad de encontrar nombres castellanos apropiados para cada cosa nueva que les llamaba particularmente la atención en su largo y penoso recorrido a través de las tierras que iban descubriendo y agregando a la corona de Castilla.

La adaptación de nombres indígenas a la fonética de la lengua europea se imponía. Era, quizá, la única solución que podía darse al problema lingüístico del momento, aunque la nomenclatura nahua sobre el particular era enorme.

No es por demás recordar a este respecto que los indios, según refiere el P. Clavijero en su *Historia antigua de México,* dieron a conocer al célebre naturalista español, doctor D. Francisco Hernández, médico de Felipe II, más de dos mil doscientas plantas *con sus propios nombres mexicanos* y sus diversos usos en la medicina (*obra citada,* Ed. de 1945, tomo I, pág. 345), copioso material que admirablemente supo aprovechar dicho naturalista en su famosa obra: *De Historia Plantarum Novae Hispaniae,* de la cual el Instituto de Biología de la Universidad Nacional Autónoma comenzó a publicar en 1942 bajo la dirección del sabio maestro Dr. D. Isaac Ochoterena, una cuidadosa versión castellana, debida a la docta pluma del Sr. Prof. D. José Rojo, habiendo tenido yo el inmerecido honor de encargarme de los análisis etimológicos de los vocablos nahuas contenidos en los tres primeros volúmenes de esa nueva edición.

Son, por otra parte, innumerables los nombres, noticias e ilustraciones policromas de plantas medicinales mexicanas contenidas en el interesantísimo manuscrito Badiano del que más adelante hablaré.

Las obras de Fray Bernardino de Sahagún y de Fray Francisco Ximénez a quienes tanto debe la cultura de México proporcionan al historiador, al lingüista y al naturalista, la más rica y variada información acerca de voces nahuas referidas a las ciencias biológicas.

El jesuita Clavijero, gran conocedor y admirador de la flora indígena de la Nueva España, clasificó las plantas mexicanas en cuatro grupos: las recomendables por sus flores; las útiles por su fruto; las que lo son por su raíz, por sus hojas, por su tallo o por su madera y las provechosas por sus resinas, gomas, aceites y jugos (*loc. cit.*).

La *oceloxóchitl* compuesta de tres grandes hojas, dobles y puntiagudas, de color rojo y manchadas de negro y amarillo como la piel del tigre, figura entre las más bellas; el *ahuácatl,* que todavía ocupa un lugar preferente en la cocina mexicana y las variadas especies de frutas bautizadas con el nombre genérico de *tzápotl* (cada una de ellas con nombre náhuatl) se cuentan entre las pulposas, dulces y sabrosas; el *camohtli* [1], entre las raíces comestibles de sabor agradable; el *tepecopalli,* entre los árboles más estimados por la buena calidad de sus resinas.

---

[1] De acuerdo con las normas de la Academia de la Lengua Náhuatl (ahora en receso) he puesto las vocales aspiradas seguidas de h, v. g.: *Ayohtli,* en vez de ayotli; *tecuhtli,* en vez de tecutli, etc., etc.

Importante es, entre otras, la clasificación que de las plantas utilizadas por los indios con fines curativos hizo el Dr. Fernando Ocaranza en su *Historia de la Medicina en México,* publicada en 1934.

Según esa clasificación tenían los aztecas algunas plantas que empleaban como purgantes catárticos así como otras que les servían de purgantes drásticos.

Conocían, además, muchas plantas diuréticas con la particularidad de que los nombres de algunas de ellas eran reveladores de sus propiedades curativas, entre otras, el *axixpahtli* (árbol medicinal diurético) y la *axixpahtlacotl* (vara medicinal diurética).

Como sudoríficas entre otras muchas plantas, la llamada *xiuhtotonqui* (yerba que produce calor).

La lista de los medicamentos vegetales eméticos, antieméticos, emenagogos, ocitócicos, abortivos, antiabortivos, antidiarreicos, antiespasmódicos, anestésicos, espectorantes, tónicos, amargos, emolientes, narcóticos, revulsivos, paraciticidas, etc., etc., es interminable.

Entre tantas plantas muy estimadas de los indios recordaré la *apitzalpahtli,* de la cual se servían para curar la diarrea; la *atonahuizpahtli,* para las fiebres palúdicas; la *xochicótzal,* para la parálisis; la *copalxócotl,* para la lepra y la *yoloxóchitl,* para la insuficiencia cardíaca.

Mas nada tiene que envidiar a la flora, la fauna indígena mexicana. A tan gran variedad de plantas, corresponde otra gran variedad de animales de todas clases: cuadrúpedos, aves, peces, reptiles, insectos.

Cuadrúpedos tan curiosos como el *tlacuatzin,* tan feos como el *mapachtli,* tan astutos como el *cóyotl,* tan glotones como el *cuitlamiztli,* tan ligeros como el *ocotochtli* y de carne tan exquisita como el *techichi* que, según se dice, gustó tanto a los españoles que imprudentemente se comieron todos los que había.

¡Cuántos pájaros cantores, bulliciosos y alegres, recrearían los oídos de los conquistadores con *sabrosos cantos no aprendidos* cual dijera el místico enamorado del campo Fray Luis de León!

El melifluo *centzontli,* mejor dicho, *centzontlahtohua,* cuya maravillosa gama de sonidos dio origen a su nombre: "pájaro de infinitas voces". Y, al igual que éste, un sinnúmero de canoras avecillas como la que llaman *coyoltótotl,* especie de tordo de rojo plumaje cuyo canto parece ruido de cascabeles, según se desprende de la etimología del vocablo; el *cuicacochi* que según el significado de su nombre, ha de ser un pajarillo muy alegre que se duerme cantando; el *cuixin,* de nombre onomatopéyico, inspirado a lo que parece, en su propio canto, el *cuachíchitl,* gorrioncito de cabeza colorada,

llamado también *nochtótotl* por ser las tunas su alimento preferido y tantos otros pajarillos que son la alegría de las selvas y las enramadas.

Entre las aves de *rica pluma* como las llama el insigne historiador y lingüista Fr. Bernardino de Sahagún en su *Historia general de las cosas de la Nueva España*: el *quetzaltótotl,* ave preciosa cuyas finísimas plumas verdes y brillantes sobresalían como preciado adorno en los penachos que usaban los caciques en las ceremonias oficiales; el *xiuhtótotl,* cuyo cuerpo cubren y adornan, entre otras relucientes plumas, las del color azul turquesa; el *xiompaquéchol* cuya pluma —dice Sahagún— "es verde como la yerba"; el *chalchiuhtótotl,* pajarillo de pico agudo y color de esmeralda; el *elotótotl,* cuyas plumas tienen un tono especial de azul, que tira a violado; el *ayocuan,* que mora en las cumbres de las montañas y tiene el cuerpo cubierto de plumas tan negras como la obsidiana; el *zacuan,* el *toztli* y el *tlauhquechol,* de plumas finísimas, resplandecientes y hermosas entre las que sobresalen por su brillantez las amarillas que dieron nombre a tres diferentes tonos de ese color: amarillo oro, amarillo brillante y amarillo fuego; el *cuapachtótotl* de color leonado; el *xochitenácatl* en cuyo plumaje domina el color verde y, como éstos, tantos otros pájaros de diversos tamaños y colores cuyas plumas eran de valor inestimable para los *amantecah* o artífices del arte plumario.

Varias clases de papagayos: el *alo,* el *chocho,* el *quiliton* y el *toznene,* entre los más conocidos; los pajaritos de diminuta estatura que a decir de algunos ornitólogos se alimentan con el rocío de las flores. Los indios, los llamaban: *huitzitzilin;* la *huílotl,* de color ceniciento muy parecida a la paloma europea; el *tzánatl,* especie de tordo negro, de pico encorvado, que cruza en bandadas el espacio en busca de las sementeras sembradas de maíz, como asienta el ameritado maestro de la Facultad de Ciencias, doctor Rafael Martín del Campo, en el interesante estudio que modestamente ha intitulado: *Interpretación del Libro Undécimo de la "Historia General de las Cosas de Nueva España" de Fray Bernardino de Sahagún,* publicado en los Anales del Instituto de Biología de la Universidad Nacional Autónoma de México. (Tomo XI, pp. 385 a 408).

Entre los peces, varios pardillos comestibles de sabor agradable, como el *topohtli,* recomendado como bueno por Sahagún; el *amílotl,* de exquisita carne blanca; el inquieto *michzacuan* que se mueve incansable de un sitio a otro; el barbado y escamoso *tentzonmichin* y tantos otros que convierten en las aguas de nuestros lagos y lagunas, con diversas clases de animales acuáticos como el curioso *axólotl,* de mítico origen; el *ahuítzotl,* que dio nombre a uno de los más sanguinarios monarcas aztecas y tantos otros animales del agua, cuyos nombres sumados a los de los que moran en los mares de México, y a los de los innumerables insectos que viven en los jardines y enramadas y vuelan entre mariposas de variadísimos tamaños y colores y de los

que se crían entre las piedras, o en los arenales, habitan el subsuelo, se arrastran por los pavimentos, trepan por los árboles o se pasean por los muros de los edificios, harían una lista interminable.

Mas no sólo entre los mamíferos, las aves, los peces y los insectos, descubrirían los españoles especies de animales poco o nada conocidas en Europa. En su gigantesca aventura de conquista se internaban en las selvas vírgenes, recorrían las serranías más abruptas, y, por caminos sinuosos, veredas, meandros y vericuetos sembrados de peligros, subían a las cumbres de los montes o bajaban a las profundidades de los barrancos teniendo que luchar en repetidas ocasiones con las fieras y estar constantemente a la defensiva, cuando tenían que permanecer largos ratos en sitios poblados de animales ponzoñosos cuya picadura ocasiona graves daños, inclusive en algunos casos, la muerte.

Innumerables especies de culebras, serpientes y víboras, dañinas unas, inofensivas otras, moradoras de esos parajes llenos de exuberante vegetación estorbarían el paso de los españoles. La mayoría de ellas con nombres nahuas: *cincóatl, coapetlatl, izitlalcóatl, chiáhuitl, chimalcóatl, iztaccóatl, mazacóatl, mecacóatl, petlacóatl, tetzauhcóatl, tlehua, tlilcóatl, ulcóatl, xicalcóatl, zolcóatl* y otras muchas mencionadas por los antiguos cronistas e historiadores y estudiadas científicamente por varios naturalistas, particularmente por el maestro Martín del Campo, antes nombrado.

No pocas dificultades ofrecería a los europeos radicados en la Nueva España, repito, el aprendizaje de tantos nombres que jamás habían oído en la Madre Patria, muchos de ellos de difícil pronunciación ya por fonemas extraños al idioma español, ya por el polisilabismo propio de las lenguas aglutinantes, particularmente de las polisintéticas como la náhuatl.

Era menester acomodar esos nombres, por lo menos los más usuales, a la evolutiva fonética del idioma castellano para poder familiarizarse con ellos sin grandes esfuerzos de memorización; era menester poner en juego las leyes que, como acertadamente dice el filólogo español Salvador Padilla, presiden a la formación, desenvolvimiento y modificaciones de las palabras, leyes que, según el mismo autor, se fundan en "un certero instinto popular que las va elaborando inconscientemente, sin formularlas (*Gramática Histórico-Crítica de la Lengua Española,* Edición de 1929, pág. 14).

Fue así como millares de voces nahuas se convirtieron en nahuatlismos y cómo también algunas de éstas, sufrieron nuevas modificaciones a través del tiempo y del espacio, dando origen a otras formas, que sin perder su valor semántico, difieren unas de otras en cuanto a su estructura y pronunciación. De tales variantes hay numerosos ejemplos en el magnífico *Diccionario de Americanismos* de nuestro sabio colega Santamaría.

En virtud de la ley del menor esfuerzo varias palabras polisilábicas, redujeron el número de sus sílabas, como más adelante explicaré; la palatalización de la *tz* en *ch* suavizó muchas palabras; el cambio de la aspiración labializada *uh* por alguna fricativa bilabial, facilitó la pronunciación de palabras tan duras como *iztauhiatl* que mediante el cambio indicado quedó convertida en estafiate.

Por la ley del menor esfuerzo también, varias voces nahuas de complicada estructura y difícil pronunciación, mejor que acomodarse a la evolutiva fonética del idioma español, fueron sustituidas por otras indígenas de procedencia extranjera, traídas en su mayoría de la región del Caribe y de las Antillas, v. g.: *huachtli, xalxócotl, cuauhtzápotl, tetzontzápotl, cuauhcuetzpalin, huitzitzilin,* etc., etc., sustituidas por coa, guayaba, anona, mamey, iguana y colibrí, respectivamente.

Por la ley del énfasis la pérdida de la vocal final débil de algunas voces nahuas dio mayor vigor a los nahuatlismos correspondientes, v. g.: *cuiloni, pachoni, tecuani,* etc., que dieron cuilón, pachón y tecuán respectivamente; otras realizaron este fenómeno lingüístico mediante el apócope del sufijo formativo: v. g.: *copalli,* copal; *huacalli,* huacal; *tlecuilli,* tlecuil, etc., etc.

Los nombres propios de personas —más largos y menos usados que los comunes— no pudieron acomodarse fácilmente a la fonética española. Probablemente por error auditivo cada europeo los pronunciaba y escribía según le parecía haberlos escuchado; de ahí que cada nombre hubiera tenido varias formas, más o menos caprichosas, que pronto quedaron en desuso al ser sustituidas por la forma culta.

El nombre de *Huitzilihuitl,* por ejemplo, los escritores del siglo XVI lo escribieron: *Vicilivici, Huitzilohuizi, Vitzilihuite,* etc.

A Cuauhtémoc lo llamaron *Guatemús, Guatimuci, Guatemusa,* etc., a Motecuhzoma Xocoyotzin: *Moteçuma, Moteczuma, Moteucsoma, Montezuma* y *Moctezuma.*

Excepcionalmente estas dos últimas formas se han conservado hasta nuestros días, como un caso de isonimia poco común.

Su supervivencia se debe en gran parte a que Montezuma pasó de la onomástica a la toponimia al ser aplicado a una población de importancia que en la actualidad pertenece a los Estados Unidos y Moctezuma, adquirió la categoría de título nobiliario y se ha venido usando, además, como nombre de pila, como apellido y como dicción comercial. En el lenguaje erudito se usa la forma náhuatl correcta: *Motecuhzoma.*

Los pocos nombres de personas que se usan en nuestros días en recuerdo de algunos próceres de nuestra historia antigua se conservan sin mo-

dificación alguna. Los más usados son: *Cuauhtémoc,* entre los varones, *Xóchitl,* entre las mujeres.

A medida que los españoles, peninsulares o nacidos en la colonia, iban conociendo más a fondo el *modus vivendi* de los naturales y estando más en contacto con ellos mediante los trabajos agrícolas, la minería, la industria, el comercio, etc., iban incorporando al vocabulario criollo los verbos que más usaban para lo cual tuvieron que adaptarlos al español para poder conjugarlos de acuerdo con los cánones de este idioma. Parece que los más antiguos fueron *pixca* y *pepena,* convertidos por epítesis de "r" en piscar y pepenar.

Otros verbos tuvieron una evolución más complicada para venir a quedar definitivamente incorporados en el español de México. Esto ocurre, principalmente en los que proceden de un tema nominal, v. g.: achahuizclarse, derivado del sustantivo náhuatl *chahuiztli.*

Mas como los idiomas son organismos vivos que constantemente se están renovando por diversos procedimientos lexicogenésicos, entre otros el de la derivación, muchos verbos que todavía hoy son de uso corriente en la conversación familiar, vienen de algún nahuatlismo que a su vez tuvo su origen en un sustantivo náhuatl. Tales son, entre otros muchos, coyotear, jacalear, nagualear, derivados respectivamente de los aztequismos coyote (<*cóyotl*) jacal (<*xacalli*) y nagual (<*nahualli*).

El mestizaje indudablemente influyó en la formación de voces híbridas, en las que indistintamente aparece el elemento español antes o después del náhuatl. Tenemos, v. g.: entre las castellano-nahuas: santoscal (oratorio) de santos y *calli;* tinacal (bodega de pulque) de tina y *calli;* y acaso también paliacate (paño grande muy usado por los frailes) si viene de palia y *yacatl* (nariz), etc., etc. Entre los nahua-castellanos: talacha (instrumento de labranza), de *tlalli,* tierra y hacha; tecorral (cercado de piedra) de *tetl,* piedra y corral, etc., etc.

El hibridismo alcanzó hasta los topónimos, v. g.: Coronácan, Cruztitlán, Pericotepec, Palmatepec, Hidalgotitlán, y otros muchos.

Por influencia del náhuatl se formaron gentilicios como *Santaneca* y voces híbridas en las que el elemento nahua "atl" pospuesto al sustantivo castellano, da la impresión de una palabra morfema, v. g.: *naranjate,* refresco de naranja; *limonate,* refresco de limón, etc., etc.

Por etimología popular se formaron algunos nombres como chilepiquín <*chiltecpin,* papelote <*papálotl,* tornachile <*tonalchilli,* etc., etc., entre los sustantivos comunes y Maltrata por *Matlatla* y Cuernavaca por Cuauhnahuaca (<*Cuauhnahuac*), entre los topónimos.

Mucho es lo que se ha escrito sobre nahuatlismos; muchas son las obras antiguas y modernas en que abundan los nahuatlismos; muchos también los

que están contenidos en periódicos, revistas y boletines mexicanos de antaño y hogaño. Una enumeración bibliográfica sobre este particular podría alcanzar las dimensiones de un libro, por lo cual, de acuerdo con la índole de mi trabajo, me limitaré a mencionar nada más unos cuantos nombres de obras y autores.

En el siglo llamado "de las Luces": D. Eufemio Mendoza, D. Jesús Sánchez, D. Félix Ramos y Duarte y D. Joaquín García Icazbalceta.

El primero de los nombrados publicó en 1872 sus *Apuntes para un Catálogo Razonado de las palabras mexicanas introducidas al castellano;* Sánchez en 1883, su *Glosario de Voces Castellanas derivadas del Idioma Náhuatl o Mexicano* y Ramos y Duarte su *Diccionario de Mejicanismos.*

El ilustre polígrafo D. Joaquín García Icazbalceta dejó inconclusa una interesantísima obra que modestamente intituló: *Vocabulario de Mexicanismos* cuya impresión terminó en 1899 su hijo D. Luis García Pimentel.

De obra tan excelente saldrá en breve —si no es que ha salido ya— una segunda edición notablemente mejorada y completa: el *Novísimo Icazbalceta, ó Diccionario Completo de Mejicanismos, razonado, comprobado con citas de autoridades en el uso y comparadas con el de Americanismos,* por el Sr. Lic. Santamaría, varias veces nombrado, autor —como es bien sabido— del magnífico *Diccionario de Americanismos,* en tres volúmenes, que vio la luz pública en 1942 y ha venido siendo obligada fuente de consulta en las bibliotecas de nuestros eruditos.

Entre las obras sobre nahuatlismos publicadas en lo que va de este siglo, hay varias de notorio interés, además de la del Sr. Santamaría que por su relación con la de Icazbalceta tuve que registrar a continuación de la de este último.

Séame permitido —en mérito de la brevedad— señalar únicamente, por lo que toca a este siglo, las tres obras siguientes:

a) *Jardín de las Raíces Aztecas o sea: Catálogo de las palabras del idioma Náhuatl, Azteca o Mexicano, introducidas en el Idioma Castellano bajo diversas formas,* obra del acucioso nahuatlato D. Cecilio A. Robelo, la cual vio lo luz pública en la Ciudad de Cuernavaca, el año de 1904.

b) *Ensayo etimológico de los mexicanismos de origen azteca,* concienzudo trabajo lexicográfico y dialectológico del Dr. D. Pablo González Casanova, Profesor de Lenguas Indígenas en la Facultad de Altos Estudios, publicada en 1922 en el Boletín de la Universidad Nacional de México (Tomo I, núm. 2 pp. 385 a 439).

c) *El Español que se habla en México. Influencia que en él tuvo el Idioma Mexicano Náhuatl,* obra del doctor D. Ignacio Alcocer, que el Instituto Panamericano de Geografía e Historia le publicó en 1936.

En cuanto a obras, sobre este particular publicadas por extranjeros, me es

grato mencionar el *Diccionario de Americanismos* del erudito Dr. Augusto Malaret, editado en 1925, así como otros muchos libros lingüísticos salidos de su fecunda pluma y con los cuales ha prestado valiosos servicios a los estudios de lingüística americana.

Y, por último, eruditos artículos de un gran amigo de México, poseedor del don de lenguas, colaborador de varios periódicos, boletines y revistas y autor de algunos libros muy amenos sobre temas de filología y lingüística. Creo que cuantos me escuchan habrán adivinado ya que me estoy refiriendo al doctor Gutierre Tibón.

Un deber de gratitud, de simpatía y de afecto, me obliga a hacer particular mención de una interesante obra, que, sobre nahuatlismos, dejó inédita, casi concluida el Sr. Lic. D. Luis Cabrera, más conocido como político, diplomático, jurista, economista, polemista, literato y poeta, que como lingüista y traductor, no obstante haber publicado en correcto verso castellano varias versiones directas del latín, del inglés, del francés, del italiano y del catalán en su *Musa Peregrina* y el *Cantar de los Cantares* cuya segunda edición pulcramente editada salió de las prensas en 1947, habiendo publicado además este docto abogado algunos ingeniosos poemas en los cuales los vocablos españoles de uso corriente en México alternan con los nahuatlismos más usados en la Sierra de Puebla.

Varios lingüistas nos han dado a conocer la etimología de las voces de origen náhuatl y aun los elementos constitutivos de las mismas.

Unos cuantos, también, los diversos cambios morfológicos, fonéticos y semánticos, que han sufrido dichas voces a través del tiempo y del espacio. El finado señor académico de número D. Darío Rubio, publicó importantes obras de crítica lexicográfica, una de éstas, la que intituló *Nahuatlismos y Barbarismos,* impresa en 1918.

Mendoza —ya lo dije antes— fue entre los autores que he tenido oportunidad de consultar, el primero que en la introducción de la obra suya que he citado, dio algunas nociones de fonética náhuatl y señaló los cambios más importantes que en su acomodamiento al fonetismo español experimentaron, en general, las voces nahuas. Su obra, aunque no exenta de errores, fue un gran esfuerzo, y —como vulgarmente se dice— dejó la puerta abierta para nuevos trabajos de esta índole.

En 1922, el Dr. D. Pablo González Casanova, con mayor amplitud, erudición y método rigurosamente científico, secundó la obra de Mendoza, dejando a la posteridad el interesante estudio lexicográfico cuyo título transcribí en el lugar que me pareció oportuno.

Al explicar el Sr. Casanova la formación de los aztequismos, incluyó en

su amplio y razonado estudio varios mexicanismos que tuvieron origen en la lengua cazcana hablada durante varios siglos en lo que durante la dominación española se llamó Nueva Galicia y mal nombrada por algunos, *dialecto mexicano de Jalisco,* habiéndole servido de guía, en lo relativo a cazcanismos el filólogo neogallego, Br. D. Tomás de Aquino Cortés y Cedeño cuyo *Arte Vocabulario y Confessionario en el Idioma Mexicano como se usa en el Obispado de Guadalaxara* cita repetidas veces.

El estudio del docto maestro universitario gira en torno del acento que generalmente se conserva en la misma sílaba aun en vocablos muy evolucionados; reconoce, aunque sin darle mucha importancia, el valor cuantitativo de las vocales del náhuatl clásico; estudia en particular la evolución de las tónicas y la de las átonas, así como el de las consonantes, sin hacer especial distinción entre las que están comprendidas en el núcleo del vocablo y las que pertenecen al sufijo formativo.

Aunque por caminos diferentes llegamos a los mismos resultados, en cuanto a formas lexicográficas; pero mis puntos de vista no son, sin embargo, los mismos que los del ilustre maestro González Casanova. Para poder encontrar yo las afinidades fonéticas que pretendo en relación con el romanceamiento castellano de dicciones latinas, tengo que tomar en consideración el valor cuantitativo de las vocales tónicas, distinguir respecto de las átonas, cómo evolucionan las iniciales y mediales y cómo también, aunque de diverso modo, las finales y, por último, estudiar cuándo son necesarios los fenómenos lingüísticos particulares que suelen ocurrir en el desenvolvimiento y acomodo definitivo de algunas palabras en su tránsito de una lengua a otra.

El doctor González Casanova se limitó a estudiar la influencia del acento en la evolución de los vocablos de uso corriente; yo en mi trabajo incluyo nombres propios de personas y toponímicos, porque para las coincidencias fonéticas que son el tema central de mi discurso, tan interesantes son los sustantivos comunes como los propios.

Voy a permitirme, pues, expresar a continuación mis puntos de vista sobre el particular.

En un ambiente saturado de latín se desarrollaba la vida en la Nueva España a raíz de la Conquista. Todos o por lo menos, casi todos los conquistadores espirituales, conocían el latín teórica y prácticamente y procuraban enseñarlo a los demás. En los colegios había clases obligatorias de latín para todos los estudiantes, inclusive los naturales y en los conventos de varias poblaciones del interior donde no había escuelas, se enseñaba también el latín.

Tanto en la Madre Patria como en la Colonia muchos de los libros de consulta que formaban parte del acervo bibliográfico de los seminarios, las universidades y los monasterios habían sido escritos en latín.

No parece sino que en esa época la religión y la ciencia se habían refugiado en la lengua del Lacio, cuya supervivencia académica procuraban los hombres de letras que se conservara en la Nueva España al igual que en Europa.

Por otra parte, los nativos habían mostrado tal capacidad para el aprendizaje de las lenguas que aun en las provincias había indios trilingües y acaso también poliglotos.

El R. P. Fray Antonio Tello, de la Orden de San Francisco, en el Libro Segundo de su famosa *Crónica Miscelánea de la Provincia Franciscana de Jalisco,* refiere que uno de los religiosos vizcaínos de dicha Provincia, Fray Francisco de Zúñiga, que confesaba y predicada en diversas lenguas nativas y enseñaba a los indios el español y el latín, consiguió que en el curato de Cocula algunos de ellos, cantaran hasta en vascuense, ese antiquísimo idioma de origen ignoto que con dificultad pueden aprender quienes no lo han hablado como propio desde la niñez.

En Michoacán brilló por su esclarecido talento y amplia formación humanística, D. Antonio de Huitziméngari Mendoza y Caltzóntzin, hijo del desdichado rey Tangoaxán II, cruelmente sacrificado por el inhumano Conquistador Nuño de Guzmán.

Varios son los nombres de escritores indígenas que D. Federico Gómez de Orozco logró reunir en su interesante obra, todavía inédita, intitulada: *Indígenas escritores de los Siglos XVI, XVII y XVIII.* Sin tiempo para más mencionaré únicamente tres de los que por diversos conceptos me parecen dignos de especial recuerdo:

a) El cacique de Xaltócan, D. Pablo Nazareno, sobrino de Moctezuma, autor de cuatro cartas en latín dirigidas a Felipe II para pedirle la devolución de las tierras que dicho peticionario heredó de sus antepasados y de las cuales fue despojado con motivo de la Conquista.

b) D. Antonio Valeriano, oriundo de Azcapotzalco, del linaje de los monarcas aztecas, considerado como una de las glorias del primitivo Colegio de Santa Cruz de Tlaltelolco, maestro de los beneméritos franciscanos Fray Juan Bautista y Fray Juan de Torquemada, escritor guadalupano, autor de varias cartas latinas y traductor —según dicho Sr. Gómez de Orozco— de Ovidio, de Marcial y de otros célebres autores latinos, y

c) D. Agustín de la Fuente, indio tlatelolca, intérprete y traductor, de quien el P. Fray Juan Bautista, destacado latinista, decía haber sido su mejor ayudante en la enseñanza de los naturales.

En otras fuentes de consulta he encontrado datos muy importantes sobre este particular.

Voy a referirme en primer término a un destacado lingüista que pasó por las aulas de los primitivos planteles educativos de la Nueva España. Me

refiero a D. Diego de Adriano, de ilustre prosapia, emparentado a lo que parece con la imperial familia tenochca, alumno meritísimo del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, quien según el Dr. D. José María Beristáin y Souza, fue excelente en la lengua latina que "poseyó con la castellana", ambas como su idioma patrio.

"Se dedicó —dice el mismo autor— al arte tipográfico y salió diestrísimo maestro. Tradujo del latín al mexicano muchos tratados que los Padres Misioneros propagaron entre los neófitos y que algunos se apropiaron de buena fe. Hacen mención honorífica de este erudito indio el P. Fray Juan Bautista en el prólogo de sus sermones impresos en México el año de 1606 y el P. Vetancourt, en sus *Varones Ilustres*". (*Biblioteca Hispano-Americana Septentrional,* tomo I, pág. 13).

No menos buen latinista que Adriano fue el noble tetzcocano D. Fernando Rivas, uno de los primeros indígenas matriculados en el insigne Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco.

Según el mismo Beristáin y Souza, fue un gran perito, no sólo en el idioma de sus padres, sino también en el latín y el castellano y fue uno de los más poderosos auxiliares de los PP. Franciscanos.

El P. Bautista en el prólogo de su Sermonario ya citado, dice, según Beristáin, que Rivas "le ayudó a la formación del *Vocabulario Eclesiástico* para los predicadores y que hizo la mayor parte de la versión al mexicano del libro de la *Vanidad del Mundo,* del P. Estella, la del *Flos Sanctorum* y de la *Exposición de los preceptos del Decálogo* y de otros tratados que se escribieron en la dicha lengua de los indios". Y agrega: "No solamente a éste, también ayudó al P. Fr. Alonso de Molina en la formación del Vocabulario Mexicano-español y al P. Gaona en la composición de sus *Diálogos de la paz y tranquilidad del ánimo,* como lo asegura el mismo Bautista y lo repitió el Ilmo. Granados en sus *Tardes Americanas.* Fue nuestro D. Fernando de costumbres dulces, de virtud sólida y de mucho celo por la propagación del Evangelio y de la ilustración de sus paisanos. Puede asegurarse —agrega Beristáin— que los escritos y versiones de Rivas compondrán más de 300 páginas cada uno" (Obra citada, tomo 3o., pág. 27).

Juan Badiano, indio de Xochimilco, maestro de latín en el repetidas veces mencionado Colegio de Santa Cruz, tradujo a la lengua de Virgilio el interesantísimo libro sobre plantas medicinales de México, escrito por Martín de la Cruz —otro indio docto, del mismo origen y vecindad— quien personalmente lo ilustró con más de cuatrocientos dibujos a colores.

Tan valioso manuscrito coleccionado como *Codex Barberini,* en la Biblioteca del Vaticano, fue descubierto en 1929 por el profesor estadounidense, doctor Charles V. Clark, traducido al inglés y adicionado con numerosas notas ilustrativas por la Dra. Emily Walcott Emmart y publicado con el título de

The Badianus Manuscript por The John Hopking Press en la ciudad norteamericana de Baltimore el año de 1940 con un erudito prólogo del Dr. Henry Sigenst, en buen papel, tipo claro y preciosos dibujos florales policromados, fiel reproducción —a lo que parece— de los que con mano maestra había dibujado Martín de la Cruz en el propio manuscrito.

Según el Dr. D. Alfonso Pruneda, se trata del libro médico más antiguo de América y de un producto genuinamente mexicano "sin las influencias europeas que se advierten en las clásicas obras de Sahagún y de Hernández" (El Manuscrito Badiano - Su Cuarto Centenario - Sobretiro del Boletín Indigenista, Vol. XIII, Núm. 2, Junio de 1953, México, D. F.).

Gloria y muy grande debió haber sido para los beneméritos maestros franciscanos que derramaron a manos llenas el bálsamo de su saber en los colegios de la Nueva España, ver cuántos indios al abandonar las aulas, salían de ellas hablando y escribiendo con facilidad el español y acaso, con mayor corrección y elegancia el latín, que como antes he dicho, era lengua de uso corriente entre los escritores doctos de esa época.

En ese ambiente saturado de latín en que la cultura occidental europea, paulatinamente iba mezclándose con la indígena era pues natural que el proceso evolutivo de las voces nahuas que habrían de quedar incorporadas en la lengua de los conquistadores se rigiera —si no en todo, cuando menos en parte— por las leyes fonéticas que en otrora habían convertido en Europa el idioma del Lacio en romance castellano.

Bien sabido es que en virtud de la ley del menor esfuerzo casi todas las voces latinas al romancearse se acortaron, ya por elisión de la vocal inmediata a la tónica, ya por apócope de la "e" de la última sílaba, cuando la consonante antecedente podía ser final en la dicción romanceada, ya excepcionalmente por desnasalización o por algunos otros fenómenos lingüísticos particulares: *delicatum*> delgado; *juventutem*> *juventud; operam*> obra; *digitum*> dedo; *cumulum*> colmo, etc., etc.

Esto mismo ocurrió en México con innumerables palabras de origen náhuatl: *chachalacani,* de cinco sílabas, dio por apócope consonántico: chachalaca, de cuatro; el pentasílabo ***ahuacamolli,*** se convirtió por aféresis de "a" en guacamole; *mecapalli; petlacalli, totopochtli* y otras muchas palabras tetrasilábicas, se volvieron trisilábicas, por pérdida del sufijo formativo en los aztequismos correspondientes: mecapal, petaca y totopo; *tianquiztli, quimilli, huacalli,* etc., por idéntica razón dieron origen a los bisílabos: tianguis, quimil y huacal.

En algunos vocablos latinos la reducción silábica fue mayor, v. g.: *cosuetudine, majoraticu y radicamine* (pentasílabos) se romancearon en cos-

tumbre, mayorazgo y raigambre (trísilabos), *capitale, veritate* y *cumulare* de cuatro sílabas se convirtieron en caudal, verdad y colmar (de dos), y *fidele* de tres, resultó monosilábico en nuestro romance: fiel.

Entre nosotros sucedió lo mismo: *echcahuipilli,* de cinco sílabas quedó reducido en escaupil, que tiene únicamente tres y *xohuilin,* de tres a una en juil.

En latín los grupos consonánticos iniciales *cl, fl* y *pl* produjeron en varios vocablos el sonido palatal *ll,* v. g.: *clave,* llave; *flama,* llama; *pluvia* lluvia, etc.

En náhuatl se palatalizaron varios vocablos iniciados con *tz,* v. g.: *tzictli*> chicle; *tzilacayohtli*> chilacayote; *tzincueitl*> chincuete; *tzotzocolli*> chochocol, etc., etc.

Varios vocablos latinos adquirieron al romancearse mayor sonoridad, por el cambio de alguna consonante sorda intervocálica por la sonora correspondiente, v. g.: *capellu*> cabello; *caput*> cabo; *riparia*> ribera; *opera*> obra; *populu*> pueblo, etc., etc.

Por lo que toca a semejantes cambios consonánticos en voces nahuas hispanizadas, hablaré en primer lugar, del de la bilabial sorda "p" por la sonora correspondiente "b", por ser este el cambio acerca del cual tengo testimonios más antiguos.

Es menester buscarlo en los albores de la conquista, en aquellos lejanos días en que el apocado emperador tenochca, Motecuhzoma Xocoyótzin, que en otrora se había creído un semidiós, no era ya sino uno de tantos prisioneros de los españoles. Y —según documentos y datos recogidos en diversas fuentes por el docto caballero inglés C. R. C. Conway y publicados en 1943 en su interesante obra: *La Noche Triste*— dicho monarca doliente y pensativo hacía un viaje de recreo alrededor de la bella ciudad de Tenochtitlan, surcando las tranquilas aguas del lago, en uno de los primeros bergantines que por orden de Cortés fueron construidos en la Nueva España (Prólogo, pág. X.).

En los principales documentos referentes a la penosa jornada de la Noche Triste, que según afirma el autor citado, formaron parte del valioso archivo del Marquesado del Valle de Oaxaca, se nota ya la tendencia a sonorizar algunas palabras de origen náhuatl mediante el cambio fonético indicado. Así, por ejemplo, el topónimo *Tepeaca,* aparece repetidas veces escrito *Tebeaca,* en la información testimonial levantada el 31 de agosto de 1520 en la cual declararon como testigos diecinueve de los conquistadores que estuvieron a punto de perder la vida al abandonar la pintoresca ciudad levantada sobre las aguas del lago, cubiertas en parte por las floridas chinampas o sementeras flotantes en las cuales, según expresión de Clavijero *percibían los sentidos el más dulce placer del mundo.* (*Historia Antigua de México.* Edición de 1945, vol. II, pág. 267).

Durante muchos años se llamó *Huichilobos* a Huitzilopochtli el dios de la guerra de los aztecas.

Por otra parte, los nombres geográficos *Otompan, Otzompan, Huitzilopochco, Ahuilizapan, Tlacopan* y *Atlacuipayan,* se convirtieron en Otumba, Ozumba, Churubusco, Orizaba, Tacuba y Tacubaya respectivamente, pronunciación que se ha venido conservando hasta el presente.

No podía ser más clara la analogía entre el procedimiento de adaptación fonética de los vocablos que acabo de citar con el que al romancearse sufrieron siglos atrás muchas voces latinas.

No tan antiguo como el anterior y poco frecuente fue el cambio de la líquida gutural "l" por su correspondiente dental "r".

Por lo que toca al náhuatl, todavía en la documentación cortesiana a que he venido refiriéndome Orizaba se escribía: *Oliçaba,* topónimo que años más tarde terminó su evolución.

Se ve, pues, que el cambio de "p" en "b" fue anterior al de "l" en "r".

Dicho cambio, de "l" por su correspondiente "r" se observa aún en voces como *xicalli* que para acomodarse a la evolutiva fonética del castellano tuvieron que pasar por dos o tres cambios fonéticos hasta adquirir la forma que se ha venido conservando hasta nuestros días: *xicalli*> jícara.

Otros ejemplos tenemos en el nombre geográfico "Atlixco" cuya segunda sílaba en el siglo XVI solía pronunciarse y escribirse "Atrisco" así con "r" en vez de "l".

Todavía en 1604, Dorantes de Carranza lo escribía con "r" en su *Sumaria Relación de las Cosas de Nueva España* que siglos más tarde paleografió el sabio D. José María Agreda y Sánchez y publicó el Museo Nacional. La forma culta, sin embargo, es la que ha prevalecido hasta hoy.

Parecidos cambios fonéticos (y, como en náhuatl, no muy frecuentes) los hubo en algunas de las voces latinas que se romancearon hace varios siglos, como por ejemplo: *liliu*> lirio; *locali*> lugar; etc., etc.

Volviendo a los cambios consonánticos que tienen por objeto dar mayor sonoridad a las palabras hay también algo que decir acerca de la gutural sorda "c" que en innumerables palabras que evolucionaron se cambió por su correspondiente sonora "g".

En latín, esto es lo más común cuando la "c" es intervocálica. Recordemos, entre otros, los acusativos *amicum, acutum, draconem, ficum, jocum, lacum,* etc., que dieron al español: amigo, agudo, dragón, higo, juego y lago respectivamente.

En el español de México, tenemos cogote <*cocohtli;* quigua <*quilhuacalli* y otras.

Excepcionalmente en algunos vocablos latinos el grupo sordo *cr* se cam-

bia por el sonoro correspondiente *gr,* v. g.: *creta*> greda y *necromantia*> nigromancia.

En náhuatl, como no hay *r,* es el grupo *nc* el que generalmente se sonoriza, sobre todo en los nombres geográficos, v. g.: *Apanco* y *Tzompanco; Atenco, Caltenco* y *Acatenco; Chapinco, Acultzinco, Chilpantzinco, Tenanzinco* y *Teteltzinco; Etlatonco, Nocheztonco* y *Tultepetonco,* etc., etc., hoy, respectivamente: Apango, Zumpango, Atengo, Caltengo, Acatengo, Chapango, Aculcingo, Chilpancingo, Tetelcingo, Etlatongo, Nochistongo y Tultepetongo.

Excepcionalmente *tlapanco,* entre los sustantivos comunes> tapanco y *Tepeaca,* entre los topónimos, después de pasar por "Tebeaca", de efímera duración, recobró su primitiva forma *Tepeaca,* que se ha conservado hasta nuestros días.

Sonorizáronse además ciertas voces análogas, en las que por mera necesidad ortográfica el sonido gutural de la *c* se representa en la escritura por medio de la q, v. g.: *tianquiztli,* tianguis y las palabras compuestas con esta voz, como *Macuiltianquizco, Tianquiztenanco, Tianquiztepec y Xaltianquizco,* hoy Macuiltianguis, Tianguistenango, Tianguistepec y Jaltianguis, respectivamente.

En cuanto a nombres propios de personas, Bernal Díaz del Castillo escribió "Xicotenga" en vez de *Xiconténcatl,* más que por error auditivo por seguir la regla general.

Como la *m* final del acusativo latino no pasó de la lengua literaria a la vulgar, no aparece tampoco en las voces castellanas.

En náhuatl no hay palabras terminadas en *m* pero sí hay muchas que terminan en *n.*

Algo parecido ocurre con la *n* en el náhuatl vulgar, pues en muchos vocablos se pronunciaba tan débilmente que acabó por perderse.

Aun en voces españolas solían los indios hacer apócope de *n.* El Padre Rincón en su Arte Gramatical ya citado, pone como ejemplo la palabra *oración,* que los indios —dice— pronunciaban "oracio".

Como ejemplo de voces de esta clase mencionaré, entre otras muchas, *ca nican* (de *ca* y *nican*), *cuixin, chían, huaxin, milpan, tolin, tozan,* etc., a las cuales corresponden los aztequismos: canica, cuije, chía, guaje, milpa, tule y tuza, respectivamente.

La cantidad vocálica es muy importante en la evolución de las vocales nahuas como lo fue en las latinas que se romancearon, independientemente de que en algunas palabras homógrafas, su significación depende del valor cuantitativo de la tónica.

El P. Rincón a quien ya antes me he referido nos da varios ejemplos sobre el particular, entre otros: *xihuitl* cuya tónica pronunciada brevemente significa yerba y también año y empleando dos mórulas o tiempos en su

pronunciación significa cometa; *metztli,* con "i" breve quiere decir, muslo y *metztli* con "i" larga, luna, mes; *ayohtli* dice tanto como caño de agua, acueducto y *ayohtli,* significa, calabaza; *textli, toca, totoca, tlatia,* etc., etc., significan: cuñado, sembrar, ir en pos de algo, y esconder, respectivamente en tanto que las mismas palabras con la tónica breve en el mismo orden significan: harina, seguir a alguno, ir de prisa y quemar. (Cap. IV, pág. 69).

Sabemos que la i larga (i) del latín clásico, cuyo valor cuantitativo perdió a su paso por el latín vulgar se conservó en el romance castellano, en tanto que la i breve (i) se cambio en *e.* De esto hay numerosos ejemplos:

a) Con *i* larga *amicu,* amigo; *ficu,* higo; *filiu,* hijo; *fixu,* fijo; *vite,* vid; etc., etc.

b) Con i breve *capitia* cabeza; *cibu* cebo; *fide* fe; *fibra* hebra; *justitia* justeza; *siti* sed; *tristitia* tristeza, etc., etc.

Comparemos estos ejemplos con los de los dos grupos siguientes:

a) *Chilli,* chile; *ichtli,* iscle; *milpan,* milpa; *quimili,* quimil; *tizatl,* tizate; *tzictli,* chicle; *xilotl,* jilote; etc., etc.

b) *Izquitl,* esquite; *mizquitl,* mezquite; *quilitl,* quelite; *tequixquitl,* tequesquite; *xihuitl,* jegüite; etc., etc.

La *i* final no es muy propia del castellano, menos cuando la voz es llana. En nuestro romance, por regla general, se cambió en *e* v. g.: *dixi,* dije; *feci,* hice, *veni,* vine, etc.

En náhuatl sucede lo mismo, las voces terminadas en *i,* mejor dicho en *li* siendo la tónica o, cambian como las latinas su final en *e* v. g.: *atolli, chilli, molli, pinolli, pozolli,* etc., respectivamente: atole, chile, mole, pinole, pozole.

Si la tónica es *a* por regla general se pierde la final débil y la palabra adquiere mayor vigor al convertirse de llana en aguda, v. g.: *comalli,* comal; *copalli,* copal; *huacalli,* huacal; *mexcalli,* mescal (que no debe escribirse con z como lo usa la mayoría); *nopalli,* nopal; *nahualli,* nagual; *quetzalli,* quetzal y *tamalli,* tamal; etc., etc.

Lo mismo ocurre cuando la tónica es "i", v. g.: *acocilli,* acocil; *huipilli* huipil; *metlapilli,* metlapil; *quimilli,* quimil; etc., etc.

Igualmente las voces terminadas en *-ni,* sufren apócope de *i* v. g.: *cuiloni,* cuilón; *pachoni,* pachón; *tequani,* tecuán.

Los terminados en *-tli,* previa elisión de la "l" cambian la vocal débil "i" por la fuerte correspondiente "e" porque ni la *t,* ni la *tl* pueden ser finales en castellano. Ejemplos: *acocohtli*> acocote; *apaztli*> apazte; *camohtli*> camote; *tlalayohtli*> talayote, *tzicayohtli*> chilacayote y *tzicohtzapotl* (no *tzictzapotl,* como escribe y pronuncia la mayoría) > chicozapote.

Algunas de éstas y otras de igual terminación tuvieron mayor evolución, por cambio de la *t* del sufijo formativo en *c,* v. g.: *cactli, chiahuiztli, chil-*

pohtli, itzcuintli, momoztli, tezontli, tzictli, etc., que dieron: cacle, chahuiscle, chipocle, escuincle, momozcle, tezoncle y chicle respectivamente.

Los topónimos en *-ch* en virtud de que esta consonante no puede ser en castellano final del vocablo, se modificaron por epítesis de *e*. Ejemplos: *Teocaltech*> *Teocaltiche* y *Totahtech*> Totatiche.

Y por la razón antes dicha de que ni la *t* ni la *tl* pueden ser finales, las, innumerables voces nahuas terminadas en *tl,* en la mayoría de los casos, cambiaron por "e" la "l" del sufijo formativo: *cháyotl,* chayote; *chicalotl,* chicalote; *élotl,* elote; *éxotl,* ejote; *ócotl,* ocote; *péyotl,* peyote; etc., etc.

Más fácil fue la evolución de las voces cazcanas por no existir en esta arcaica lengua náhuatl la evolución *tl.* Así fue como *caxit, xicot, tizat, tompiat,* entre las mencionadas como tales, por González Casanova dieron cajete, jicote, tizate y tompiate respectivamente y *ayocti, otacti,* y *tenati,* ayote, otate y tenate.

Entre los topónimos de Jalisco tenemos, v. g.: *Tala* en vez de *Tlallan* y *Tatepozco* en vez de *Tlaltepotzco;* un *Ocotán* y un *Zapotán* (en la zona cazcana) al lado de un *Ocotlán* y un *Zapotlán* (en la zona coca) y otros muchos toponímicos terminados en *-tan,* en su mayoría correspondientes a pueblos situados en las tierras de los cazcanes: Huentitán, Jocotán, Matatán, Mezquitán, Tesistán, Tetán y otros.

González Casanova consigna en la obra que he venido citando, algunas voces de uso corriente en el Estado de Veracruz que por su semejanza con las cazcanas de Jalisco, parece se formaron en tiempos muy antiguos o sea anteriores a la evolución de la *t.* en *tl.* Probablemente se trata de algunas oleadas de nahuas que en tiempos muy lejanos —a su paso por Veracruz— camino a Centroamérica, dejaron su huella en algunos de los vocablos consignados por Bernal Díaz del Castillo, en su Historia Verdadera de la Nueva España, tales como: amál, tacál, tatacúl y otros. En náhuatl clásico: *ámatl, tlácatl* y *tlatlacolli,* que son sustantivos comunes; *Tacotalpa* y *Tascala,* nombres geográficos.

La formación de los nahuatlismos no fue uniforme en todo el país. En unas regiones evolucionaron más que en otras y aun adquirieron matices fonéticos diferentes.

El vocablo *apaztli,* por ejemplo, se quedó en algunos pueblos en el período inicial de su evolución: *apaztle;* en otros evolucionó conforme a la regla general; *apazte;* en otros, en fin, tuvo mayor evolución mediante el cambio del grupo náhuatl *tl* por el castellano *cl*: *apazcle.*

Algunos aztequismos, desde un principio y sin influencias extrañas, evo-

lucionaron todo lo que podían haber evolucionado v. g.: chicle (<*tzictli*) y así se ha conservado en todas partes.

Los que proceden directamente del náhuatl que se hablaba en la época de la Conquista en el Valle de México y zonas limítrofes, generalmente conservaron el grupo inicial *tl* o lo cambiaron por *cl*: *tlacuache* o *clacuache;* los que tuvieron su origen en el náhuatl arcaico, como por ejemplo el conocido en Jalisco por cazcano, se inician con la dental sorda *t tacuache* y, en los pueblos en que la influencia del idioma coca fue más notoria: *tacuachi,* así con "i" por analogía con "tonchi", "colonchi", "tambachi", "mariachi", etc., etc.

Actualmente, debido al creciente aumento de elementos provincianos en la metrópoli, todas las variantes de los nahuatlismos son de uso corriente en la ciudad, pues las personas que del interior vienen a radicarse en ella, los pronuncian como los aprendieron en sus respectivos pueblos.

En la Escuela Nacional Preparatoria y en algunos otros planteles educativos en donde la población escolar es muy numerosa, se advierte más claramente esta convivencia de formas lexicográficas diferentes.

Muy a pesar mío me he extendido demasiado en este discurso abusando de la bondad de mis oyentes y sin poder agotar el tema.

Espero, sin embargo, que lo que hoy me he visto obligado a omitir —que no es muy poco— me será dable poner a la consideración de los señores académicos y del público en general en alguna otra ocasión.

Muchas gracias.

BIBLIOGRAFIA.—Para comodidad del lector, las citas bibliográficas, títulos completos de obras, etc., etc., han quedado incluidos en el texto de este discurso.

RESPUESTA AL ANTERIOR DISCURSO

Por don JULIO JIMÉNEZ RUEDA.

TUVE oportunidad de apreciar en don José Ignacio Dávila Garibi, nuevo socio que recibe con beneplácito la Academia Mexicana correspondiente de la Española, desde hace varios años, en tareas docentes que realizamos de consuno en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Universidad Nacional. En el tiempo que llevo de tratarle he apreciado las dotes que lo adornan, saber en las disciplinas que enseña, estricto apego al cumplimiento del deber, bondad innata, hombría de bien, caballerosidad en toda la extensión de la palabra y una modestia que lo hace rehuir, cuando puede, honores y distinciones. Si no fuera por esta última condición, hace muchos años que habría ingresado a la Academia ya que su saber en materia filológica lo hace dignísimo de formar parte de este ilustre concilio. De todas suertes ahora se incorpora a él, no sin antes haber desempeñado comisiones que la Academia le ha encomendado, y puesto en ellas los resultados de su saber y el empeño que siempre pone en el ejercicio de todos sus negocios.

Abogado de profesión, abandonó, desde hace años los alegatos en los tribunales, para dedicarse de lleno, a cumplir con su vocación que es la de investigar en el pasado de nuestra nación, perfeccionarse en el conocimiento de las lenguas indígenas y participar en la enseñanza de las materias que iba dominando, en las escuelas de adolescentes de nuestro país. Coincide el cambio de orientación en su vida con su llegada a México para establecerse con su familia, en la capital de la República. Antes había sido honra del foro jalisciense. En Guadalajara comenzó a iniciarse en las disciplinas que ahora ocupan todo su tiempo. En México, el Ilustre y Nacional Colegio de Abogados y la Academia Mexicana de Jurisprudencia y Legislación le siguen, no embargante, considerando entre sus miembros.

En las tres actividades a que se ha dedicado el nuevo académico ha merecido el reconocimiento del mundo intelectual mexicano y extranjero.

La Universidad de México lo ha hecho Maestro *Ex officio* en Historia. La Universidad Andronosófica de San Marino, le ha otorgado el título de doctor *honoris causa* en sociología, el mismo honor le ha concedido la Academia Studiorum Minerva de Bari, Italia.

Dentro de su actividad histórica se ha dedicado principalmente a los estudios de genealogía y heráldica. Sus trabajos en este campo lo han llevado a ocupar la presidencia de la Academia Mexicana de Genealogía y Heráldica, y ha sido vicepresidente de la Confederación de Institutos Genealógicos latinos que tiene su sede en la ciudad de São Paulo en el Brasil y es presidente honorario vitalicio de la Academia de Genealogía y Heráldica "Mota Padilla" y asesor de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Forma parte, naturalmente, de la Academia Mexicana de la Historia correspondiente de la de Madrid. Ha sido presidente de la Academia de lengua Náhuatl. Sería largo y prolijo enumerar todas las sociedades científicas y literarias a que ha pertenecido el nuevo académico. En todas ellas ha sido un miembro activo o un correspondiente eficaz. Ha contribuido con disertaciones eruditas, en las tareas que estas agrupaciones han realizado; ha resuelto las consultas que las propias sociedades o los miembros de ellas le han hecho, con atingencia y sabiduría. Porque una de las cualidades de Dávila Garibi es la de acudir siempre con prontitud al sitio donde se le necesita. Lo que sabe está siempre a la disposición del que acude a él en consejo. Generosamente pone al servicio de amigos y discípulos su experiencia y su erudición peregrina en las materias que domina. Por ello, desde joven se ha dedicado a la difícil e ingrata, para los que no tienen vocación, tarea de enseñar, instituciones oficiales o particulares lo han incorporado a sus claustros. Actualmente enseña el idioma Náhuatl en la Facultad de Filosofía y Letras; imparte el curso de raíces de lenguas indígenas referentes a las ciencias biológicas en la Facultad de Ciencias; los de lengua y literatura, literatura universal y etimologías en la Escuela Nacional Preparatoria; el de español superior en la Universidad Ibero Americana y el de influencias recíprocas entre el español y las lenguas indígenas en la Escuela Nacional de Antropología. Además de las cátedras en los planteles que van citados y en otros que sería largo citar, ha desempeñado puestos de honor y responsabilidad. Si su labor docente es meritísima, la bibliografía de Dávila Garibi es tan copiosa que sería imposible reseñarla en los breves momentos que debe concedérsele a un discurso de respuesta como el que, por bondad del nuevo académico, y en acatamiento de la comisión que me ha conferido el señor Director de la Academia, están escuchando ustedes, damas y caballeros. Su obra queda comprendida, fundamentalmente en los tres campos acotados por la vocación del escritor: la historia, la heráldica y la filología indígena. Buena parte de las obras que se ocupan de las dos primeras ramas del saber

antes delimitado se refieren a cosas y gentes de su provincia, a la que ha amado el recipiendario, entrañablemente. Tomemos algunos títulos al azar: *La obra civilizadora de los misioneros en Nueva Galicia. El pequeño cacicazgo de Cocollan, Breves Apuntes sobre el Episcopado Mexicano, Vida y hechos de Fray Antonio Margil de Jesús, Datos biográficos del capitán don Juan de Villaseñor Orozco, conquistador de Nueva España, Estudio genealógico referente al licenciado don Diego Pérez de la Torre, juez de Residencia de Nuño de Beltrán de Guzmán y tercer Gobernador y Capitán General del Reino de Nueva Galicia, Arbol Genealógico de los emperadores Aztecas, El Venado entre los antiguos pobladores de Jalisco, El alférez mayor Hernán Flores, conquistador de la Nueva Galicia, La sociedad de Zacatecas en los albores del régimen colonial, Cazcanos y tochos. Algunas observaciones sobre estas tribus indígenas, Zumárraga propulsor de la cultura en Nueva España.*

Por lo que concierne a su saber filológico, buena copia de obras escritas por el nuevo académico lo pregonan. Destaquemos entre las consignadas en su abundante bibliografía las que llevan por título *Del náhuatl al español, Toponimias nahuas* y el *Epítome de raíces nahuas*. Todas ellas bastan para acreditarlo como insigne nahuatlato. La primera fue escrita para ser considerada en el Congreso de Americanistas que se reunió en la ciudad de Lima hace algunos años. Está dividida en tres partes: "en la primera —dice el autor— procuro dividir, con cierta amenidad dada la aridez propia de esta clase de estudios, varios centenares de nahuatlismos de uso frecuente en nuestro vocabulario; en la segunda, hago algunas consideraciones de carácter general acerca de la incorporación de los vocablos nahuas en el español de México, en la tercera, me he esforzado en dar algunas reglas precisas acerca de la evolutiva fonética de los vocablos aztecas que se han castellanizado, habiendo seguido en el curso de este libro un método diferente al que han empleado otros autores que tratan esta materia".

El libro *Toponimias nahuas* viene a ser un complemento del anterior. Si en el primero se explica la evolución de los toponímicos nahuas, en este último se precisan sus etimologías. Para ello el autor declara haber consultado "varios códices, libros de historia y geografía y sobre todo, obras lingüísticas; he estudiado cuidadosamente —dice— las interpretaciones de sabios mexicanistas, así como las observaciones y rectificaciones que algunos de ellos han hecho sobre ese particular; pero lo que ante todo he tenido como norma, ha sido la lengua misma". La utilidad de estas dos obras es indudable para el geógrafo, el historiador y el hombre de letras de México y del extranjero.

El *Epítome de raíces nahuas* tiene un carácter didáctico. Fue concebido por don Mariano Silva y Aceves, director del que fuera Instituto Mexicano de Investigaciones Lingüísticas y por el autor, para que los niños de las es-

las tuvieran "algunas nociones del idioma mexicano que les permitiera interpretar fácilmente algunos de los nombres de origen náhuatl de uso más frecuente en el español de México y de manera muy especial los toponímicos del Distrito Federal y Estados limítrofes". La cartilla que se proyectaba adquirió proporciones mayores hasta convertirse en los dos pequeños tomos que se han publicado. En ellos se ha propuesto Dávila Garibi, no seguir ciegamente a ningún autor. Advierte que en algunos puntos emitiría ideas nuevas de acuerdo con las observaciones que ha podido hacer en sus trabajos de investigación personal en el terreno de la lingüística, emprendido hace varios años. En esta obra me ha impresionado un dato curioso. En la página 90 del tomo primero, dice el autor: "No se sabe a ciencia cierta cuál fue el sonido que los misioneros españoles —que escribieron sus artes y vocabularios para aprender el idioma náhuatl— representaron con c, con ç o con z y que acaso por influencia del castellano se identifica con el de la sibilante s. Parece que el sonido "c" castellana en el siglo XVI no era tan acusado como en la actualidad". Algunos filólogos lo declaran casi inexistente en esa época, Amado Alonso por ejemplo que ha escrito brillantes artículos sobre el particular en la nueva *Revista de Filología Hispánica*. Por ello podría explicarse la pérdida de él en América; más que por la intervención de conquistadores y pobladores andaluces. El tema es sugestivo y bien merece que lo profundicen los lingüistas de nuestra Academia, entre los que viene a incorporarse, por derecho propio el recipiendario.

Vengamos ahora a expresar algunas breves consideraciones sobre el discurso que ha presentado nuestro colega para cumplir con el requisito de ingreso a la Academia. Rinde justo tributo en él a los que se han distinguido en el campo de la filología indígena, dentro de la propia corporación, don Francisco Javier Santamaría y el Dr. don Angel María Garibay K.

El tema del discurso es sugerente. En él expresa el autor cómo las formas de romanceamiento del náhuatl, siguen caminos semejantes a las de las voces latinas que pasaron del español. Lo que prueba que la forma de oír y pronunciar lenguas extrañas, de los españoles, seguía manteniéndose del siglo XI al siglo XVI. El conquistador español comenzó por eludir el uso de las voces nahuas. Hernán Cortés en sus *Cartas de Relación* huye cuantas veces puede, de consignar palabras de la lengua que escuchaba con asombro. En él se explica, porque sus *Cartas* son informes de carácter político y mal podría entender el Emperador Carlos V, lo que su capitán quería decirle si empleaba en sus escritos términos extraños. Así los capulines de la tierra se convierten en cerezas, semejantes a las de España. Paralelamente, el poblador que venía de lejanas tierras, trasplantó a México voces aprendidas ya en Santo Domingo y Cuba. Así entraron al torrente caudaloso del idioma vocablos que provenían de los dialectos hablados en Santo Domingo y Cuba:

maguey, tabaco, ceiba, canoa. Después, las voces nahuas sufrieron la transformación que Dávila Garibi nos señala. El salto fue, primero extraordinario, Churubusco por Huitzilopochco; Cuernavaca por Cuauhnahuac.

El conocimiento más profundo de las lenguas indígenas que poseyeron los misioneros, hace posible una transformación menos radical de las palabras indígenas que van pasando al español de acuerdo con la fonética peculiar de esta lengua. Era indispensable la realización de un hecho semejante. Muchedumbre de objetos propios de América no tenían nombre en español. La fauna y la flora mexicanas enriquecieron al español con la cantidad de voces que el nuevo académico señala. El famoso libro del médico de Felipe II y la obra de Badiano, recordadas por Dávila Garibi son buena muestra de ello. En su discurso ha consignado solamente unos cuantos términos de los que se han incorporado a nuestra manera común de hablar. Las leyes fonéticas vigentes en el romanceamiento de las voces latinas, influyeron en el paso de las náhuatl al español. La del menor esfuerzo produjo la pérdida de algunas sílabas, la palatalización de tz en la ch, suavizó muchas palabras. La ley del énfasis originó la pérdida de la vocal final de algunas voces y vigorizó determinados nahuatlismos. Lo que no nos ha dicho nuestro colega es si en el paso de las voces nahuas de español hay algún ejemplo de "yod" tan frecuente en el paso del latín al castellano a través del latín vulgar. Sería interesante comprobarlo. En la última parte del discurso, Dávila Garibi consagra un recuerdo a todos los que han escrito sobre nahuatlismos. Justo homenaje a todos los que se han consagrado a una obra tan vinculada a las más puras esencias de nuestra patria.

Por la simple enumeración de las obras del nuevo académico, por la originalidad del tema tratado en su discurso, se apreciará con cuanta justicia la Academia lo ha llamado a su seno. La amistad ha querido que sea yo el que conteste a su discurso de recepción. La amistad, que no la competencia; porque mis actividades han sido otras que las relacionadas con la lingüística, y del idioma náhuatl sólo sé lo que he podido aprender en los libros del autor que ahora viene a nosotros a ilustrarnos con sus luces.

Bienvenido, pues, el ilustre filólogo que viene a ayudarnos en la ingente labor de darle lustre y decoro a nuestro idioma, incorporando, definiendo, fijando la multitud de voces que nuestros antepasados usaron para referirse a todos los objetos del mundo circundante. Si las voces son expresión del espíritu, el espíritu de México está presente en nosotros cada vez que usamos las palabras que desde hace siglos forman parte del verbo de nuestra estirpe. Bien hayan los que, como nuestro excelente amigo y caro colega, saben interpretarlo.

LA EPISTOLA MORAL A FABIO *

Por don MANUEL TOUSSAINT.

SI siempre fue considerado como el supremo galardón a que podía aspirar el escritor obtener un sitial en esta Academia, el agradecimiento tiene que ser tanto mayor cuanto son más escasos los méritos del agraciado, aun atenuada su insuficiencia con la promesa de esfuerzos creadores. Tres "claros varones de las letras": Enrique González Martínez, Alfonso Reyes y Carlos González Peña, tuvieron a bien proponerme; otros académicos, también ilustres, se adhirieron posteriormente a mi candidatura. A ellos y a quienes votaron a favor mío, consagro mi gratitud imperecedera. A Enrique González Martínez, gloria de nuestra poesía, mi inolvidable recuerdo: mientras más tiempo pasa desde su muerte, más intensamente vivo aparece en su obra.

Es difícil encontrar tema adecuado para el discurso de recepción en una Academia como ésta. Claro, cuando se busca algo que reúna calidades y nexos relacionados con España y México dentro de la literatura o del idioma. Porque, si nuestra corporación es ante todo mexicana, su mexicanismo implica una deuda y una descendencia. La mayor deuda, debida a la descendencia y a la autonomía espiritual generosamente concedidas. Es así como nuestro mexicanismo no se explica sin nuestro hispanismo, y todos lo sabemos: por allí hemos pasado: la base de nuestra cultura humanista descansa en el estudio de las letras hispanas, como el primer alimento que se concede a un párvulo.

Pues bien, he sido bastante afortunado en mis búsquedas. Realizando investigaciones relacionadas con nuestra historia del arte, tropecé con algunas referencias acerca del presumible autor de la llamada "Epístola Moral a Fabio", el capitán Andrés Fernández de Andrada, por las que se tiene cono-

* Discurso de recepción pronunciado el 8 de diciembre de 1954.

cimiento de que dicho personaje estuvo en México y se aclaran algunas informaciones acerca del poema.

Nada más a propósito que dar cuenta a los estudiosos de la literatura española de tal hallazgo a través de esta docta corporación, e insistir a la vez en este trabajo en el nexo intelectual constante y estrecho que existió siempre entre la Metrópoli y la Colonia, entre la vieja y la nueva España. Y, permítaseme notar que son ya tres las obras maestras de la poesía española del Siglo de Oro que se relacionan, más o menos directamente, con México: el famoso *Madrigal* de Gutierre de Cetina, quien falleció en Puebla en 1555; el soneto *A Cristo Crucificado: No me mueve mi Dios para quererte,* atribuido a Fr. Miguel de Guevara según descubrimiento de nuestro colega don Alberto María Carreño, y ahora la justamente célebre *Epístola Moral a Fabio.*

Me parece necesario y útil condensar en este trabajo cuanto se sabe acerca del poema que, en fin de cuentas —no se alarmen ustedes—, ni es tanto como lo desearíamos, ni puede afirmarse que se esclarece por completo el asunto. Pero, creo yo, que si se plantea correctamente el problema, con todos los datos que conocemos como ciertos, nos acercamos a la solución del caso al reducir el número de incógnitas por resolver y al enfocarlas en un punto en que su esclarecimiento puede ser más hacedero.

El poema fue dado a conocer por Juan José López de Sedano en el tomo I de su *Parnaso español* (Madrid, 1768) atribuyéndolo a Bartolomé Leonardo de Argensola y bautizándolo, pues en los manuscritos conocidos no se le designa como actualmente se hace. El texto de Sedano, tan torpe como todos los que reprodujo, sirvió de base a los subsecuentes, si bien modificado aún más. Así el del Padre Pedro Estala en sus *Rimas del Dr. Bartolomé Leonardo de Argensola,* de 1786, y pasa a través de nuevas ediciones. Pero, en 1797, el mismo Padre Estala da una nueva versión, acaso por haber conocido algún manuscrito, e incluye el poema en sus *Poesías inéditas de Francisco de Rioja y otros poetas andaluces.* La atribución cambia, pues, de Argensola a Rioja que sigue en pacífica posesión del poema hasta 1875 en que el erudito don Adolfo de Castro descubre en la Biblioteca Colombina de Sevilla un manuscrito que da como nombre del autor el del capitán Andrés Fernández de Andrada.

Manuscritos.—Se conocen seis manuscritos de la Epístola de los que dio noticia desde 1900 Foulche-Delbosc en la *Revue Hispanique.* Los estudia perfectamente P. Blanco Suárez en su *Antología de Poetas de los siglos XVI y XVII* [1]. Los cinco textos que ha podido manejar son copias. Hay uno, el del

[1] *Biblioteca Literaria del Estudiante,* dirigida por D. Ramón Méndez Pidal. T. XIX.

duque de Gor en Granada, que no ha podido ser visto ¿será el original? No se sabe.

El Autor.—Cuatro nombres figuran como el del padre de este poema. Primero Bartolomé Leonardo de Argensola impuesto por Sedano a causa de que el texto figuraba en un manuscrito con otras poesías suyas. La atribución es rechazada por una nota que se encuentra en uno de los manuscritos que da el nombre de otro poeta como presunto autor de la Epístola: "No es esta carta de Bartolomé Leonardo, como él mismo me lo confesó, diciendo que estimara mucho que lo fuera. Según el estilo y materia de que se trata, es de don Francisco de Medrano..." Nadie toma en cuenta por entonces este nombre y la Epístola pasa a ser atribuída a Francisco de Rioja por el Padre Estala a quien siguen todos, hasta que don Adolfo de Castro que la había aceptado en sus *Poetas Líricos de los siglos XVI y XVII* de la colección Rivadeneyra, de 1854, encuentra el manuscrito de la Colombina de Sevilla y publica un artículo: "La Epístola moral a Fabio no es de Rioja, descubrimiento de su autor verdadero", Cádiz, 1875. Su base es el epígrafe del poema que dice: "Copia de la carta que el capitán Andrés Fernández de Andrada escribió desde Sevilla a D. Alonso Tello de Guzmán, pretendiente en Madrid, que fue corregidor de la ciudad de México". Otros dos manuscritos de los seis que se conocen mencionan a Fernández de Andrada como el autor del poema.

Son cuatro pues los que aparecen como presuntos autores de este bello canto moral. Estudiemos sus posiciones y sus posibilidades y demos, si no el galardón, como en justa literaria, siquiera argumentos en pro de quien merezca la palma.

Bartolomé Leonardo de Argensola se descarta por sí mismo, ya que dice que no es autor del poema aunque deseara serlo. El poeta murió en 1631, dato importante para fijar la fecha de la *Epístola,* y en 1634 aparece la primera edición de sus poesías junto con las de su hemano Lupercio. Poseo un ejemplar de este libro y en él no figura el poema, lo que demuestra que Bartolomé Leonardo de Argensola no fue el autor de la *Epístola Moral a Fabio.*

La atribución a Francisco de Rioja se debe, como hemos visto, al padre Estala. "Es sin duda —dice— de Francisco de Rioja como es evidente a cualquiera que la lea con reflexión y tenga conocimiento del estilo y carácter de las poesías de este grande ingenio. Pero sin tener que recurrir al estilo, porque esta es una prueba muy equívoca para muchos, tenemos sobrados fundamentos para restituir a Francisco de Rioja la gloria de esta bella composición". Las semejanzas de estilo son, en efecto, más que dudosas y los "sobrados fundamentos" del padre Estala no fueron conocidos sino por él mismo. A pesar de eso, la Epístola pasó como obra de Rioja por largos años, a causa de la pereza característica de los compiladores de antologías, bien explicable por otras muchas razones.

Francisco de Medrano aparece como presunto autor del poema en la nota del curioso que rechazó a Argensola, por indicación del mismo poeta, de la paternidad buscada. Y, ciertamente, es Medrano el que más se acerca, el que más afinidad de espíritu estoico, de añoranza horaciana, de señorío, a la vez noble y decoroso, ofrece en su poesía con la poesía de la Epístola. Mas, a pesar de estas semejanzas, Medrano no fue el autor de la Epístola. Sin tomar en cuenta los datos históricos que después extenderemos, basta comparar la obra de Medrano con este poema para negar la atribución. Dámaso Alonso, en su extraordinario libro acerca de la *Vida y Obra de Medrano,* la rechaza. No ha aparecido el segundo tomo en que da sus observaciones pero, es casi seguro que se funda en diferencias de estilo. En efecto, Medrano es conciso como un latino. Es Horacio, si a veces traducido, siempre interpretado, entreverado con las cálidas vides andaluzas, con la muelle dulzura de la Bética en su finca deleitosa, aquella que no en balde se llama "Mirar Bueno". Pero su verso no tiene la fluidez ni la suavidad de la *Epístola,* ese deslizarse insensible de los tercetos, que se van encadenando, como las olas del océano, en un ritmo incontenible e incontenido para llegar a la conclusión de la obra, previsoramente planeada, "antes que el tiempo muera en nuestros brazos".

Andrés Fernández de Andrada es el cuarto y último presumible autor del poema, primero según mi sentir. El epígrafe del manuscrito de la Biblioteca Colombina encontrado por Adolfo de Castro, es bastante explícito y no existe motivo para dudar de sus afirmaciones. Es la copia de una carta escrita desde Sevilla por el Capitán Andrés Fernández de Andrada a su amigo, don Alonso Tello de Guzmán, que había sido Corregidor de México, y que entonces pretendía obtener empleo en la corte de Madrid. Nadie, que yo sepa, ha procurado esclarecer los datos históricos de ese encabezado. Tello de Guzmán fue Corregidor en el Ayuntamiento de México de 1613 a 1618, cinco años justos, que es lo que al parecer duraba este encargo. Su antecesor fue don Garci López del Espinar y entregó su mandato a don Jerónimo de Montealegre. Relacionando estas informaciones tenemos ya un dato positivo acerca de nuestra Epístola: la fecha en que fue escrita: si Bartolomé Leonardo de Argensola la conoció, ya existía antes de 1631 en que falleció el poeta; pero, si fue dirigida a don Alonso Tello de Guzmán, que había sido corregidor de México hasta 1618, entre esos dos años, 1618-1631, tuvo que ser redactada. Yo creo que debemos acercarnos a la fecha más temprana de 1618; cuando el tema inspirador se encontraba en mayor efervescencia, más en caliente, como decimos en México [2].

Hasta aquí, no habría más relación del poema con México que el hecho

[2] Las fechas del corregimiento de Tello de Guzmán se encuentran en las Actas de Cabildo de la Ciudad de México.

de haber sido dedicado a un funcionario español que ocupó un puesto relativamente importante en la capital de Nueva España. Mis investigaciones me llevaron más adelante. En efecto, consta que en 1646, el 14 de octubre, el capitán Andrés Fernández de Andrada vecino de la ciudad de México por sí y por doña Antonia de Velasco, vecina de la provincia de Cuautitlán, estante en su hacienda de labor llamada Santa Inés, su legítima mujer, tiró escritura ante el notario Francisco Olalde en obligación de un mil pesos a favor de Juan González. Dos días antes, es decir, el 12 de octubre, la señora Velasco había dado poder a su marido para extender la escritura y en él se lee que Fernández de Andrada era vecino de Güegüetoca (sic) [3]. Poco después Fernández de Andrada, Alcalde Mayor por S. M. del partido de Ixmiquilpan da poder a don José de la Mota y Portugal, vecino de México para todos sus asuntos.

La interpretación correcta de estos tres documentos es, a mi modo de ver, como sigue: Andrés Fernández de Andrada fue vecino de Huehuetoca hasta el 12 de octubre de 1646 en que pidió poder a su esposa, doña Antonia de Velasco, señora rica, dueña de la hacienda llamada Santa Inés en la jurisdicción de Cuautitlán, para poder extender la escritura que al día siguiente tiró ante el notario Francisco Olalde, por mil pesos que recibió en calidad de préstamo de Juan González. Esta suma sería para arreglos de su viaje e instalación en Ixmiquilpan de donde había sido nombrado Alcalde Mayor. Antes de emprender la cabalgata a su destino, extendió poder a don José de la Mota y Portugal para que entendiese en todos sus asuntos en la capital del virreinato. El hecho de que se le llame Capitán no implica necesariamente que fuese militar. Muchas veces he visto que se da ese dictado en Nueva España a hombres de empresa, aunque fueran comerciantes o mineros. Ignoro si en la Metrópoli se siguió igual uso y el dato encierra bastante importancia, pues vendría a radicar a nuestro presunto autor, por lo menos durante cierto tiempo, en la Colonia, antes de su estancia en 1646, es decir antes de cuando compuso la *Epístola*.

Ahora bien, ¿por qué, con esta información precisa, de la que no cabe dudar, pues llegaríamos a un caso de extraordinaria superchería literaria, se niega, se duda de que el Capitán Andrés Fernández de Andrada haya sido el autor de la *Epístola Moral a Fabio?* Los mismos que se inclinan a aceptar la atribución, le cuelgan el sambenito de la duda, de la interrogación inexorable, como si prefirieran escudarse bajo la cómoda capa del incógnito. Hasta don Marcelino Menéndez y Pelayo, que siempre procuró ser justiciero no se

[3] Los documentos citados se encuentran en el protocolo del Notario Francisco Olalde No. 294 (1646-1648) Fol. 199.

declara abiertamente: juzga al autor del poema como "Anónimo sevillano —y entre paréntesis—: (Probablemente Fernández de Andrada)" [4].

Es que nos encontramos ante uno de esos casos en que la atribución se formula siguiendo un criterio extralógico, que parece fundarse en un prejuicio, muy natural por cierto, pero sin fundamento probatorio. Podría enunciarse así: "Cuando aparece una obra literaria de gran mérito, cuyo autor es desconocido, es natural atribuirla a un escritor famoso más o menos contemporáneo de la obra, que en sus escritos muestre alguna semejanza con esa creación". Puedo aducir dos ejemplos bien conocidos. El primero es el del célebre *Soneto a Cristo Crucificado*. ¿Quién, entre todos los mortales, pudo expresar tales sentimientos de misticismo, tantos afectos de amor contrito? Sólo aquellos espíritus dilectos que supieron elevarse hasta la altura atrevida en que el pecador conversa con Dios mismo. Sólo San Ignacio, San Francisco Javier o Santa Teresa son dignos de aparecer como autores de tanto movimiento y no movimiento espiritual. Es absurdo que se pretenda que un obscuro fraile agustino de la Nueva España haya concebido tales expresiones y expresándolas en forma tan concisa y lapidaria. Los mismos eruditos y críticos tratan afanosamente de encontrar una mención del soneto anterior a la fecha en que Fr. Miguel de Guevara escribió su texto, para derrocar por completo la atribución al humilde agustino. Y yo pienso, sin negarles su derecho a la investigación, que su actitud es incomprensible, dentro de una lógica generosamente humana. En este caso ¿no es posible que un espíritu sencillo, despojado de las grandezas de la fama, sienta y exprese emociones místicas tan profundas como las de los más sublimados ingenios?

El segundo caso se contrae a la excepcional *Canción a las ruinas de Itálica*. Atribuída sempiternamente a Rioja, que fue, sin quererlo, el *comodín* de los poemas más o menos contemporáneos suyos, llegó a su propio autor, Rodrigo Caro, pero gracias a los esfuerzos de una descendienta del poeta que buscó y encontró en los archivos olvidados de su casa, en Carmona, donde Rioja vivía, el manuscrito que da la versión definitiva y el nombre de su autor, indubitable.

Ahora bien, lo mismo se produce por sí sólo con la *Epístola Moral a Fabio*. Bien está que tres manuscritos consignen que el autor fue el Capitán Andrés Fernández de Andrada. Pero, ¿es posible que este hombre, desconocido del todo, que se llama vulgarmente, como un soldadón cualquiera, sea el autor de estas reflexiones morales tan acendradamente cantadas en tercetos cuya música repercute, sin quererlo, en nuestra memoria? Nunca. Pero es necesario volver a pensar y a situarnos en un plan justiciero. Lo que en buena crí-

[4] Me figuro que fue un caso de premura: había escrito "Anónimo sevillano" y después se enteró de la existencia de Fernández y lo agregó como probable autor, olvidando borrar lo que antes había escrito.

tica podemos afirmar es que, teniendo en cuenta los datos existentes y mientras no aparezca prueba documental en contrario, Fernández de Andrada, sea quien haya sido, poeta de un solo poema a lo que conocemos, fue el autor de esta carta que muchos años después fue bautizada como Epístola [5].

La imaginación, fuente perenne de la crítica, se despierta encendida con sólo el hecho de que Fernández de Andrada haya vivido en México y así surgen semejanzas y coincidencias al suponer que muchas de sus alusiones se refieren a Nueva España. Algunas evidentemente llegaron a ser lugares comunes en la literatura española posterior al descubrimiento de América, pero otras parecen ceñirse más, ahuecarse como para reproducir el recuerdo del mundo exótico o, en cierto sentido, funesto. Así en aquel terceto en que dice:

Triste de aquel que vive destinado
a esa antigua colonia de los vicios,
augur de los semblantes del privado,

me parece una grave remembranza de la Nueva España desde el mundo complejo de los aspirantes a empleos, pero expresado ya con experiencia vivida: el semblante del privado, todo poderoso, augura al pretendiente lo peor: destinarlo a la vieja colonia en que todo es vicio.

Cese el ansia y la sed de los oficios;
que acepta el don y burla del intento
el ídolo a quien hace sacrificios.

El poderoso es contigo como los ídolos con los miserables indios que les ofrecen sacrificios: los aceptan burlándose, porque nada pueden dar en recompensa, ya que son falsos dioses.

Alusión inequívoca de la travesía del Atlántico es este terceto en que aparece una bella metáfora: viajar por los climas:

¡Mísero aquél que corre y se dilata
por cuantos son los climas y los mares,
perseguidor del oro y de la plata!

---

[5] Existe un escritor Pedro Fernández de Andrada de quien es el *Libro de la Gineta* y a quien Ernesto Merimée en sus "Precis d'histoire de la Literature Espagnole" atribuye la *Epístola*. Naturalmente, Foulché-Delbosc lo vapulea, pero resulta que se trata de padre e hijo según Fitzmaurice Kelly. Tenemos pues un antecedente literario, por lo menos en la familia de nuestro presunto autor.

Y nótese que el poeta usa de un mexicanismo, casi bárbaro: *dilatarse* por *tardarse, demorarse.* Y lo hace a sabiendas, pues antes ha usado el vocablo correctamente: el Betis.

dilata hasta los montes la ribera...

Cuando dice:

¡Oh muerte! Ven callada,
como sueles venir en la saeta;
no en la tonante máquina preñada
de fuego...

¿No parece un vivo recuerdo de las flechas indígenas, en contraste con los cañones y mosquetes de los castellanos?

Podrán ser exactas estas alusiones, o rechazadas como fantasías imaginativas; pero me dan pie para formular mi hipótesis, aprovechando los datos históricos que he consignado, acerca del poeta y de su estancia en México que contribuyen, en algo, a esclarecer el problema y a fortificar su atribución a Fernández de Andrada.

El poeta estuvo en Nueva España antes de escribirlo en Sevilla el año de 1618. Probablemente conoció o se relacionó aquí con don Alonso Tello de Guzmán quien regresó a Madrid y siguió su empeño de solicitante en la corte. La estancia en México fue funesta para ambos y de esa desilución de la vida surge esta carta. Viene a ser, pues, un poema de juventud, aunque parezca lo contrario. Pero es que no se halla en él ninguna alusión a la vejez del autor, es un caso de juventud filosóficamente melancólica de esos casos que nunca han faltado y que en la época del Romanticismo formaron epidemia. Es estoico fundamentalmente, mas el estoicismo no es sinónimo de senectud; no es resignación simple. Siempre revela energía en potencia, fuerza para resistir al mal, para erigirse en una actitud, severa, si se quiere adusta, pero no claudicante: la postura estatuaria, casi olímpica del estoico.

Pasan los años, Fernández de Andrada aparece de nuevo en México en 1646. Los tiempos han cambiado; ha contraído matrimonio con una señora rica: doña Antonia de Velasco, emparentada acaso con los Velasco virreyes de Nueva España. Ha obtenido la Alcaldía Mayor de Ixmiquilpan. La vida ha cambiado: la *Epístola* melancólica yace abandonada en manos de los copistas que la modifican a su antojo.

No existe un estudio crítico que abarque en integridad este poema. Co-

nozco dos excelentes ensayos: uno de Luis Cernuda y otro de Arnold H. Weiss [6].

La crítica subjetiva de Cernuda nos da una interpretación suya de la *Epístola.* Muchos espíritus resonarán con el crítico en este comentario. Yo no. Me parece que su argumentación se basa en un prejuicio fundamental que le da la tónica en sus disquisiciones y que aparece desde su primer párrafo: "Hay en el poeta anónimo de la 'Epístola Moral a Fabio' un cansancio vital evidente..." No encuentro tal cansancio vital, ni lo encontrará quienquiera que crea que el poema es de un estoico. Bastan, para probarlo, los dos primeros tercetos de la *Epístola:*

Fabio, las esperanzas cortesanas
prisiones son do el ambicioso muere
y donde al más activo nacen canas.

Quien no pone su afán y esfuerzo en obtener la liberación de esa cárcel, no merece el dictado de hombre, ni siquiera digno de obtener el galardón que pretende:

El que no las limare o las rompiere,
ni el nombre de varón ha merecido
ni subir al honor que pretendiere.

Esta dualidad antagónica entre el decaimiento, la humillación, la lisonja y el erguirse en seguida como protesta digna, es la característica de esta primera parte del poema:

que el corazón entero y generoso
al caso adverso inclinará la frente
antes que la rodilla al poderoso.

¿Dónde está el cansancio vital en esta reconcentración de energías?

El artículo del señor Weiss es de suma importancia para fijar la ascendencia de muchas ideas y muchas imágenes de Fernández de Andrada [7]. Desgraciadamente no enfoca su comentario en forma integral para darnos el estudio de la estructura del poema.

---

[6] *Tres poetas metafísicos* por Luis Cernuda en "Insula" No. 36. 15 de Dic. 1948. Los otros dos poetas metafísicos son Jorge Manrique en sus conocidas coplas y Francisco de Aldana. Metáfora e imagen en la "Epístola Moral a Fabio" por Arnold H. Weiss, en "Clavileño" No. 13. Enero-febrero de 1952.

[7] Véase también C. C. Cherpack. *Some Senecan Analogies in the Anonymous* "Epístola Moral a Fabio" "Modern Language Notes". LXVIII —3— March, 1953.

Por eso, y sin pretender realizar el trabajo completo que anhelamos, terminaré éste con mis observaciones acerca de la composición de la Epístola en plan un tanto musical —ya Weiss había notado reminiscencias de técnica musical: un pasaje construido como en Beethoven nada menos— y la interpretación de algunas metáforas.

Como buen poema sinfónico, la *Epístola* está forjada en tres tiempos y un final. El principio se ciñe apretadamente a su asunto: desde el principio: "Las esperanzas cortesanas prisiones son...", hasta el terceto 19 en que repite el tema en son admonitivo: "Cese el ansia y la sed de los oficios". Los defectos de la corte a causa del todopoderoso Privado, que entonces lo era el Duque de Lerma. Un rogar, un adular constante, ya que valía más la amistad o el compromiso que el mérito, y la reacción inmediata de la dignidad humana. Recuerda a Quevedo, por semejanzas, o, más bien, Quevedo recordará a la *Epístola,* pues es posterior a su gran poema al Conde Duque que es donde más similitudes aparecen. Esta primera parte la podríamos designar como política.

El segundo tiempo comienza con el pasaje más citado del poema que no siempre ha sido bien interpretado:

Iguala con la vida el pensamiento.

Se le toma como una frase aislada, bello troquel del que surgen chispazos, los comentarios más exaltados y se olvidan los otros dos versos del terceto que completan la idea:

y no le pasarás de hoy a mañana
ni aún quizá de un momento a otro momento.

Es decir, que el hombre debe ser siempre fiel a sus ideas y no variable ni inconstante. La técnica del poeta, de contraponer en un mismo verso dos palabras cargadas de gran fuerza poética: Pensamiento —Vida; Muerte— Tiempo, origina esa enorme posibilidad de interpretaciones fantásticas que vuelan en forma irresistible más allá de lo que el escritor quiso expresar. En el fondo es uno de los secretos de toda la poesía. Todo este segundo tiempo resuena alrededor de una idea: la inestabilidad de lo que existe, lo fugaz de la vida, lo deleznable del ser. Y, así surge Itálica —de moda entonces entre los poetas ya que sus ruinas acababan de ser descubiertas— y los ríos-vidas de Jorge Manrique:

Como los ríos que en veloz corrida
se llevan a la mar, tal soy llevado.

Esta segunda parte, impregnada de sabor filosófico, de estoicismo, termina en dos tercetos admirables (34 y 35):

¿Piensas acaso tú que fue criado
el varón para el rayo de la guerra,
para sulcar el piélago salado,

para medir el orbe de la tierra
o el cerco por do el sol siempre camina?
¡Oh, quien así lo piensa, cuánto yerra!

El tono cambia inmediatamente: se vuelve religioso y ese es el matiz del poema a partir del terceto 36:

Esta nuestra porción alta y divina
a mayores acciones es llamada
y en más nobles objetos se termina.

Dentro de su espíritu de religiosa conformidad es profundamente horaciano y la huella de Fray Luis de León bien visible:

Un ángulo me basta entre mis lares
un libro y un amigo, un sueño breve
que no perturben deudas ni pesares.

Y el *aurea mediocritas:*

Una mediana vida yo posea,
un estilo común y moderado
que no le note nadie que lo vea.

Y termina diciendo que ha encontrado la suprema verdad:

Así, Fabio, me enseña descubierta
su esencia la verdad, y mi albedrío
con ella se compone y se concierta (Terc. 63).

El final comprende cuatro tercetos y una cuarteta. Un gracejo con el amigo que se burla de su exaltación poética, este Fabio —el personaje más conspicuo de la poesía en lengua española, cuya historia nadie ha intentado que yo sepa— y llega la cuarteta final, preñada de suposiciones y sugerencias:

Ya, dulce amigo, hoyo y me retiro,
de cuanto simple amé: rompí los lazos:
ven y sabrás al grande fin que aspiro...

Esa retirada del mundo y de cuanto en él amó, ese grande fin a que aspira, ¿indican su resolución de tomar órdenes? ¿Es simplemente una reclusión apartada de lo mundano? Por lo que sabemos no era sino una simple figura literaria. El último verso que, como nota Weiss, es de una modernidad desconcertante —igual que los que Dámaso ha señalado en Quevedo— se presta a interpretaciones fantásticas: el poeta no ha querido decir sino lo siguiente: "ven a conocer mis proyectos antes que sea demasiado tarde". Mas emplea dos palabras: *tiempo* y *muerte* de enorme trascendencia poética. Y luego la construcción inversa: en vez de morir nosotros en los brazos del tiempo, es el tiempo el que morirá entre nuestros brazos. Y así la idea tiempo-eternidad, choca con la idea finalista de la muerte y nos convierte de testigos o víctimas, en actores básicos, protagonistas. Nos sitúa en el centro del Cosmos, dotados de más potencia que la que hayan podido robar los sabios nucleares y transmitirla a sus armas diabólicas. La formidable energía de la institución poética ha logrado el milagro: la magia del verbo creador, la metáfora, el sueño. He aquí que estamos en medio del infinito...

"Hasta que el tiempo muera en nuestros brazos".

CONTESTACION AL ANTERIOR DISCURSO

Por don ALEJANDRO QUIJANO.

ENTRA hoy oficialmente en nuestra Academia un hombre de prosapia en las letras mexicanas, don Manuel Toussaint y Ritter.

Don Manuel Toussaint nació en esta ciudad de México, hijo de un médico ilustre, don Manuel Toussaint, de ascendencia francesa, y de la señora doña María del Carmen Ritter, de ascendencia alemana. No obstante esas corrientes internacionales en su nacimiento, él ha sido siempre mexicano, amante de su patria, pues a más de que hizo sus estudios en distintas escuelas o facultades mexicanas —la Normal para Profesores, la Nacional Preparatoria, la de Bellas Artes y la de Altos Estudios—, su mira constante fue dedicarse a los estudios de arte, en México, y se ha entregado totalmente a estas cuestiones de cultura mexicana.

Fundó, en sus primeros tiempos, con nuestro don Enrique González Martínez y con don Agustín Loera y Chávez, la Editorial México-Moderno, que fue, durante varios años, una verdadera institución.

Poco más tarde, el Lic. don José Vasconcelos, Rector de la Universidad Nacional, lo designó su Secretario; y breve tiempo después fue enviado a hacer una visita a Europa; estuvo en España, Italia, Francia y Bélgica, y publicó a su regreso sus famosos *Viajes Alucinados* respecto a su estancia en España.

Más tarde principió a escribir ya sólo sobre asuntos artísticos mexicanos, habiendo fundado aquí un Laboratorio de Arte, siguiendo las líneas del laboratorio de Arte Sevillano, institución que poco después se transformó en el Instituto de Investigaciones Estéticas, que él ha presidido desde su fundación hasta hoy. Los Anales del Instituto, veintidós, pues acaba de entregársenos el que corresponde a este número en la colección, son una almáciga de magníficos estudios sobre pintura, sobre arte, sobre cultura. Un grupo selecto de investigadores lo acompaña en esta misión; tenemos con nosotros, en la Academia, a uno de los de enjundia, don Manuel Romero de Terreros.

Hizo más adelante viajes a Sudamérica, para asistir al Segundo Congreso

de Historia celebrado en Buenos Aires el año 1937; esto en compañía de nuestro colega don Alfonso Reyes. En tal visita a la América del Sur, recorrió diversas ciudades coloniales argentinas, Bolivia y el Perú, donde sustentó conferencias, algunas de las cuales amplió más tarde, en México, en estudios ya cabales. Dentro de ese terreno de sus viajes, debemos señalar también el que hizo a los Estados Unidos, invitado por su Gobierno; allí sustentó siempre conferencias o lecturas sobre arte de México.

Por oposición ganó un puesto de Historiador en el Instituto Nacional de Antropología e Historia, el año 1945, y en 1946 la Universidad Nacional le dio el grado de Maestro ex officio en Historia, habiendo sido honrado, ese mismo año, con el nombramiento de miembro de El Colegio Nacional. El año de 1953 recibió el grado de Miembro Honorario del Club Universitario de México, y con este motivo se le hizo una serie de atenciones significadas; y, finalmente, nuestra Universidad Nacional le otorgó, también en el año anterior, el grado de Doctor "honoris causa".

Todos esos puntos de su vida acusan ya en él un estudio constante sobre asuntos de crítica, de historia crítica, mejor dicho. Es, desde luego, un crítico de primera línea, esto es, que tiene inteligencia y doctrina para entender toda obra de arte, y luego modo de decir sus ideas, de fijarlas en un castellano preciso y elegante. De este espíritu crítico, y de su estilo ceñido y galano, dan prueba treinta libros que le han abierto puertas, tras de las cuales la acogida ha sido siempre llena de aplauso, intérprete seguro de un espíritu comprensivo, que se ha adentrado, como ocurre con todos los de los buenos lectores, en lo que se le da en las páginas del libro, y lo hace suyo, como si él, el lector, lo hubiese pensado y escrito. . . .

Crítico, pues, don Manuel Toussaint, y especializado en puntos, especialmente artísticos, relativos al México colonial —aunque tenga varias obras ajenas a este campo—, es en ello una verdadera autoridad.

Su obra toda, como se ha dicho, se ha adentrado, más que en otras materias, en cuestiones históricas de México, pudiendo citarse desde luego su obra *La Catedral de México,* manifestación insuperable de nuestro arte, publicada en 1917; varios estudios dedicados a esta propia nuestra gran iglesia, aparecidos el año 1924, y, por último, otra, excelente por su cabal desarrollo, *La Catedral de México,* publicada el año 1948, en una edición monumental y soberbia. Luego, a más de sobre nuestra Catedral, ha hecho estudios sobre Oaxaca, sobre Tasco, sobre Acolman, sobre Pátzcuaro todos dedicados especialmente a dar a conocer esas magníficas reliquias de la vida de la Colonia en México. Además de esto tiene don Manuel Toussaint obras monográficas sobre el Grabado en Madera en México, en el siglo XVI; sobre la Litografía en México, en el siglo XIX; sobre *Veinte Siglos de Arte Mexicano,* obra en la que tomó una parte importante, y en la cual colaboraron

otros competentes críticos o escritores mexicanos, como don Alfonso Caso, don Miguel Covarrubias y don Roberto Montenegro. Es autor nuestro huésped de otras muchas obras que no he de citar aquí por la extensa lista que habría de anotarse, pero entre las que no puedo dejar de mencionar, por notables, *La Pintura en México en el siglo XVI; El Periodismo Mexicano en los albores de la Independencia; Las Pinturas murales del siglo XVI,* hasta llegar al *Arte Colonial en México,* publicada en 1948, que es una maravillosa historia de todas las artes, arquitectura, escultura, pintura, en nuestro país, hasta el comienzo de nuestra vida independiente, en 1821.

Todos los libros señalados, y los puestos que ha desempeñado, de los que ya hice igualmente una cita breve, le han valido el respeto de todos los que se preocupan por esta clase de estudios, en el extranjero y en México; y es así, el señor Toussaint, uno de los valores positivos en la crítica mexicana.

Habéis escuchado el ponderoso discurso de don Manuel Toussaint y, sin duda, no se os ha escapado el método ceñido y la lógica severa con que ha tratado su tema. No anduvo errado nuestro nuevo colega al elegir para su estudio la dilucidación acerca del autor del poema grave y magnífico que es la *Epístola Moral a Fabio;* y para nosotros, hijos de México, avalorado aún más por la circunstancia de que su presumible autor haya residido en nuestras tierras.

Habla el señor Toussaint de Fernández de Andrada, como el casi seguro autor de la *Epístola,* con la "ciencia" —el filósofo agrega la "benevolencia" y la "osadía"— que pedía Platón para examinar la vida y el alma de un hombre. Con autoridad y con argumentación certera concluye con que el poeta de la *Epístola* fue, salvo nuevos hallazgos que lo nieguen, Andrés Fernández de Andrada, y que no hay en ella "el cansancio vital" que halló algún crítico, sino que fue escrita en juventud. Y yo pienso que, si efectivamente es obra de un joven, fue la suya una juventud que supo de decepción y de amargura, que la maduraron precozmente, cosa que, por otra parte, suele ocurrir cuando se trata de seres superiores, aunque no sepan aún de dolor.

Por supuesto que, como bien lo habréis advertido, no sólo hay en el ensayo de don Manuel Toussaint una exposición rigurosa y una erudición de primer orden; se halla en él la clara huella del pensador, y tiene ciertamente belleza, lindos toques de escritor-artista, que lo es cabalmente nuestro recipiendario. Halla su fina sensibilidad que la *Epístola* está forjada como un poema sinfónico; y esto nos da margen para pensar que tal vez haya una especie de ecuación entre todos los grandes movimientos del alma de donde nacen las grandes obras del arte, de las diversas artes, hijas no del pensamiento ponderado y frío, sino de un pensamiento emocionado y fervoroso, que espontáneamente adquiere, por quién sabe qué operación misteriosa, el ritmo, el número, la claridad, esencia de la belleza. Ya Fitz Maurice Kelly

había hallado en la *Elegía* de Jorge Manrique, a quien llama "maestro de la orquestación lírica", los elementos sinfónicos de que nos habla el señor Toussaint. Y nuestro inovildable Antonio Caso sintió el alma musical de la Oda a Salinas, de Fray Luis de León.

La entrada en nuestra corporación, de gente de valía, es fiesta para ella. Por eso hoy, que ingresa en la Academia una persona de tal significación, ésta se viste de gala, para celebrarlo, para solazarse con el hecho de que un crítico de tan subida calidad venga a su seno. La Academia necesita que hombres de altura en todos sentidos, honren sus sillas: el filólogo, el escritor, el novelista, el poeta, el ensayista, el orador, el crítico, el nahuatlato en México —o naguatlato, según dice la Academia—; y yendo más lejos, el versado en disciplinas aparentemente poco académicas: el ingeniero, el militar, el médico, cuantos puedan esclarecer y fijar los términos específicos de sus respectivas profesiones, y contribuyan con ello a la obra de la Academia, y de su Matriz, especialmente en la del Diccionario.

Que el tino de los que eligen a los nuevos señores académicos, acierte siempre, como hoy, y traiga a nuestro cuerpo personas con los merecimientos que enaltecen a nuestro flamante colega el señor Toussaint.

A nombre de la Academia, recibo cordial a don Manuel Toussaint, y le digo, como es de estilo en los buenos casos: Pase Ud., don Manuel, ocupe su sitial, y trabaje. La Academia lo espera de Ud., y lo acoge con honda simpatía.

REVISION DE GUTIERREZ NAJERA *

Por don Francisco González Guerrero.

POCAS veces, como ahora, habrá que reconocer la gran benevolencia ejercida por esta Academia en la elección de uno de sus miembros. Y tal afirmación vale por confesión paladina y en ninguna manera como frase retórica, ya que nunca paré mientes en la eficacia de los exordios, porque jamás presentí que llegaría, alguna vez, la necesidad de comunicarme de viva voz con un auditorio de tanta prestancia intelectual como el presente. Confesada mi insolvencia oratoria, ruego a la Academia acepte, en su significación más elocuente, la expresión de mi gratitud por la honra que me da trayéndome a su seno, tanto más cuanto que reconozco no tener méritos incuestionables. Quise ser poeta y sigo con este anhelo, pero nunca he pertenecido a ninguna secta literaria. He escrito muchas prosas, pero sólo ha llegado al público mi labor apresurada de cronista de libros. Como se ve, obra deleznable e insuficiente para sustentar una reputación académica; empero, si escasa de valor artístico, obra sincera, estimulante, respetuosa del esfuerzo realizado con inteligencia y decoro. Quizá por esto —quiero presumirlo— se me juzgó digno de alternar con los miembros de esta corporación de hombres laboriosos, unidos por el ideal del idioma que vincula a nuestra patria con otros países hispánicos. Y como tengo mucho que aprender y mis afanes son idénticos, no he titubeado en aceptar el puesto de trabajo que ocupo desde ahora.

Y bien; si mi modesta labor, ostensiblemente periodística, me ha servido para alcanzar la distinción académica, es justo que dedique mi discurso reglamentario a un escritor mexicano que consagró su vida al periodismo y que dentro de él murió, porque —la frase es suya— "de una herida se sana o se muere, mas del trabajo intelectual forzado, ¡siempre, siempre se muere!" Claro está que me refiero a Manuel Gutiérrez Nájera, a quien elijo, además, por un imperativo sentimental: sus prosas, junto con las de Bécquer, me

* Discurso de recepción, leído el 16 de febrero de 1955 por su autor.

introdujeron en el mundo de los libros. No ha faltado aprendiz de poeta que niegue su alta jerarquía en la literatura moderna; para mí, cobra mayor importancia a medida que releo sus escritos, en porción considerable todavía dispersos. "Su prosa de artista resplandece y perfuma hasta en medio de las abominaciones del oficio periodístico... Sus versos, sus melodías, resuenan en el alma de los que lo amamos". Son palabras de un noble y altísimo poeta: las escribió Rubén Darío.

A seis décadas de la muerte de Manuel Gutiérrez Nájera, nadie ha intentado volver los ojos a su obra para estudiarla con amor y conocimiento, ni mucho menos para hacer una revisión de los juicios que emitieron sus contemporáneos o sus más próximos juzgadores. Y, tanto como el estudio de su obra, se ha descuidado la investigación pertinente a su biografía. Se señala, sí, la fecha de su nacimiento y la de su muerte. Se nombran algunos de los periódicos que le sirvieron de ergástulo. Se repiten hasta algunos rasgos de su fisonomía, tomados de la imagen recordada por Urbina, y hacen hincapié en su semejanza con "un joven japonés en terracota", verso de Jesús E. Valenzuela que ha pasado al inglés y luego, revertido al español por un escritor peninsular, se ha transformado en "joven japonesa de barro cocido".

Estas tenuidades ya las había expresado él mismo —es decir, el travieso Puck— y desde luego con más donaire, cuando escribió su propia semblanza, adelantándose a la moda autobiográfica que apareció en España a principios de este siglo y gracias a la cual nos quedan retratos líricos de los Machados, de Valle-Inclán, de Amado Nervo y de otros poetas de menor fama. Puck —es decir, Gutiérrez Nájera— alude a su fealdad, pero se endulza esta pena con el recuerdo de una apreciación familiar:

Dicen que era muy bonito
de muchacho... yo lo creo:
todo aquel que de chiquito
es muy guapo, muy gordito,
siempre de grande es muy feo.

Aquí me parece oportuno repetir lo que él expresó del gran actor Coquelin: "No extrañaría a nadie que yo asiente esta verdad: Coquelin es feo. Pero tampoco ha de causar extrañeza a ninguno que digamos muchos: ¡Oh, qué hermoso es Coquelin!".

Más que la anécdota de este Cyrano sentimental, juguetón y bondadoso, interesa el estudio de su obra sin los extremos de negación o proselitismo a

que conduce, casi siempre, la crítica contemporánea de un autor. Conviene releer sus páginas mejores y, también, examinar sus páginas efímeras, porque éstas pueden revelarnos no pocas de las angustias del trabajador urgido por los rigores de una labor irrenunciable. Buenos frutos podrá cosechar el investigador que se guíe menos por el azar que por el impulso de una disciplina.

Manuel Gutiérrez Nájera es considerado, principalmente, como precursor del modernismo, ese movimiento literario nacido en América y que tanto influyó en la renovación de los módulos expresivos de la literatura castellana. ¿Por qué tuvo en México su más pronta y espontánea aparición, y por qué precisamente por el rumbo donde brillaba el espíritu de Francia? Ya se ha repetido lo suficiente que sufrimos una intervención política fracasada en sus fines, pero que dejó un sedimento cultural preñado de futuro.

No es necesario enumerar todas las peripecias de su acción de combatiente en las escaramuzas precursoras del modernismo. Fue un gran lector de los clásicos españoles y grecolatinos desde sus primeros años y, después, apasionado devorador de libros y periódicos franceses. Leyó a los poetas del Sena cuando la poesía de España había perdido su eficacia cautivadora.

"La decadencia actual de la poesía española —escribió entonces— es innegable, y así lo reconocen y confiesan todos los críticos serios de la península. La ingeniosa frase de Leopoldo Alas: tenemos dos poetas y medio, Campoamor, Núñez de Arce y Manuel del Palacio, me parecería exacta si no estuviera redactada así, sino en esta forma: tenemos dos poetas, pocos medios poetas y muchos centavos de poetas". Más tarde, en una charla literaria de 1891, insistió Gutiérrez Nájera en señalar la penuria de la poesía española, y hacía estas discutibles pero oportunas apreciaciones: "Me atrevería a sostener que el *Madrid Cómico* es el mejor periódico literario de la península ibérica... Sinceramente confieso que me parecen más poetas Sinesio Delgado, Vital Aza, Jackson Veyán, Juan Pérez Zúñiga, etc., que Velarde, Grilo y Fernández Shaw. En el género truhanesco de aquéllos se ve pasar la sombra de Quevedo, se oye la risa frescachona de Tirso. En el de esos poetas (o canarios) de salón no se ve nada. Son unas señoritas bien educadas que tocan nocturnos en el piano".

Varios años después (1905), Rubén Darío vino a decir algo muy semejante en el prefacio de *Cantos de vida y esperanza*. Consideró a la España de su época como "el país en donde la expresión poética está anquilosada a punto de que la momificación del ritmo ha llegado a ser un artículo de fe"; y se interrogaba: "¿no es verdaderamente singular que en esta tierra de Quevedos y de Góngoras los únicos innovadores del instrumento lírico, los únicos libertadores del ritmo, hayan sido los poetas del *Madrid Cómico* y los libretistas del género chico?".

Poco podían influir, pues, los poetas españoles, en la poesía que comen-

zaba a renovarse en México y en otros países americanos. Gutiérrez Nájera había olvidado las recetas de Campoamor para escribir "pequeños poemas", inteligentemente aplicadas ya en *Pecar en sueños* y *Jugar con la ceniza;* y miraba aún con respeto a Núñez de Arce, pero había refrenado la admiración que a los veinte años le impulsó a prologar la edición mexicana de *La última lamentación de Lord Byron.* Sólo subsistía en sus nuevas creaciones algo del indefinible espíritu becqueriano.

Este romántico esencial no era de los que se dejan encasillar fácilmente en una denominación conformista. Floreció su mocedad en el romanticismo, pero su instinto de lector insaciable condujo sus afanes a la busca de otros derroteros. Todavía, en su derredor, muchos gritan o se desesperan. "Sólo Gutiérrez Najera —dice Ventura García Calderón— inicia una melancolía de buen gusto, una queja mesurada y recóndita cuyo lejano acorde parece prolongarse a veces en el budismo de Nervo y en la resignación sideral de González Martínez".

Llegó a su expresión personal por el camino de las influencias extrañas. No podía ser de otro modo, porque sólo el que no lee ni tiene trato con sus semejantes podrá encontrar la originalidad absoluta, si es que todavía hay algo nuevo bajo el sol. Gutiérrez Nájera, personalidad comunicativa y simpática en extremo, tenía que recibir inevitablemente estímulos afines con su temperamento. La lista de los autores leídos es incalculable, sobre los que destacan notablemente los poetas franceses, de todas las tendencias. Es innecesario repetir sus nombres.

Tantas influencias recibidas, y tan diversas y simultáneas, no significan desorientación estética ni blandura para recibirlas con menoscabo de la propia personalidad. Todo lo contrario, pues de ellas sale siempre airoso y más dueño de sí mismo, como si supiera la alquimia de la abeja que liba en una diversidad de flores para producir su miel purísima y original. ¿Qué ejemplo más persuasivo que el de sus versos titulados *Para un menú?* Sobre un poema del parnasiano Bouilhet, al que despoja de sus dos versos finales, Gutiérrez Nájera levanta su fina copa de cristal plena de gracia y donosura, que con la levedad de sus dodecasílabos, sin renunciar al acento clásico, pone en olvido la lentitud de los alejandrinos inspiradores. Para Gutiérrez Nájera, las influencias nunca fueron nocivas, antes bien sirvieron para robustecer su empeño renovador, que le llevó a la dignificación del verso castellano, en su tiempo muy desgarbado y ripioso, cuando no rebelde a la prosodia.

Sus versos pueden resistir la prueba del cotejo con la fuente de inspiración, sin desdoro de su originalidad. Así en *De blanco* se adivina la intención parnasiana de *Esmaltes y Camafeos,* y en *La misa de las flores* se aprecia la lección de *Canciones de las calles y de los bosques,* y en otros muchos pasa

la sombra de Musset, el bohemio de las marquesas andaluzas; pero pronto se olvida la apariencia para quedar solamente la fascinación poética lograda por el arte singular de Gutiérrez Nájera. Lo mismo se observa en algunas traducciones, como en *La abuelita,* que por mucho tiempo se ignoró que procedía de las *Odelettes* de Gerardo de Nerval, pues a tal grado se encontraban en esa composición las características de nuestro poeta, a despecho de la literalidad del traslado. Acaso el sortilegio se deba principalmente al empleo de ritmos sobre los que llegó a tener completo señorío. Dámaso Alonso cita un caso análogo: "Un poeta que imita repetidas veces; imita a poetas famosos, a oscuros escritores y, sin embargo, este poeta lo es por entero, es un gran poeta original, es el más fino poeta lírico español del siglo último: Gustavo Adolfo Bécquer".

El don asimilativo de Gutiérrez Nájera le permitía, en todo caso, hacer suya la substancia de sus lecturas, ya modernas, ya de acrisolado clasicismo, como puede apreciarse en su *Non omnis moriar,* tan horaciano y tan de su dominio al propio tiempo. Una autoridad en estas literaturas del pasado, el humanista Gabriel Méndez Plancarte, dice: "Genuinamente clásicas y de horaciano sabor son casi todas sus *Odas breves,* breves ánforas cinceladas por las manos de las Gracias y henchidas del añejo Mássico que deleitaba los ocios tiburtinos del cantor de Ofanto y adorador de *Venus, reina de Gnido y de Paphos*".

Ahora veamos, ¿sólo influencias extranjeras sufrió nuestro poeta? Eso se había creído, con exageración desde luego, pero tal cosa sería como admitir que el valor de su poesía era debido a la importancia del estímulo recibido y no a la fuerza creadora de su estro. Para Gutiérrez Nájera, cualesquiera ideas consonantes con su espíritu curioso, resultaban con validez incitadora para el propósito de recreación a su manera, muchas veces coronado con aciertos perdurables. Para ello no necesitaba dirigir la mirada a Francia ni a la antigüedad clásica: en su torno descubría fuentes de inspiración y sus propios compañeros le brindaban motivos para las justas de la belleza. Quiero, con esta ocasión, revelar a mi paciente auditorio las circunstancias que rodearon el nacimiento de uno de los poemas que más influyeron en la madurez del modernismo: estoy aludiendo al poema *Pax animae,* escrito después de leer a dos poetas. ¿Alguien se ha preguntado a cuáles poetas se refiere?

La explicación del caso es ésta: entre los amigos de Manuel Gutiérrez Nájera se encuentran dos jaliscienses, Manuel Puga y Acal y Antonio Zaragoza. Puga y Acal, más conocido como crítico y en sus últimos años como historiador y ensayista, comenzó su vida literaria escribiendo versos; primero en francés —había estudiado en Francia—, y después en español; de lo que produjo en su propio idioma hizo en 1923 una selección —mínima por cierto— a la que puso el título de *Lirismos de antaño.* En cuanto a su otro

amigo, Antonio Zaragoza —"un exquisito olvidado" le llamó Amado Nervo—, produjo en su mocedad las más bellas becquerianas que se han escrito en México y las cuales, junto con lo publicado hasta 1889, fueron reunidas en un volumen al año siguiente con el título de *Versos;* en fechas posteriores todavía dispersó rimas acendradas por el dolor y la melancolía.

Y bien; sucedió que Manuel Puga y Acal dedicó a Zaragoza, residente en Tepic, un poema compuesto de doce cuartetos serventesios y al que puso el título de *Pax animae.* Antonio Zaragoza le dio la respuesta en igual número de estrofas y análoga intención filosófica, y bajo el amparo, también de *Pax animae.* Ambas composiciones vieron la luz en *El Universal* (el de Rafael Reyes Spíndola), el domingo 11 de mayo de 1890. Constituyen, en verdad, sendas meditaciones rimadas sobre la vida y el dolor, endulzadas por la piedad, cuando el árbol de la juventud comienza a despojarse de sus hojas. Dice Puga y Acal:

Ya el árbol de la vida nos ha dado
sus flores y sus frutos más hermosos;
pasó la primavera, y han quedado
flores marchitas, frutos venenosos.

Pero no huyamos de él; es cobardía
huir del tirano que dolor se nombra:
el árbol de la vida todavía
para dormir ofrécenos su sombra.

Descansemos; la noche no es tan larga
y la aurora a la postre centellea;
para arrojar la abrumadora carga
esperemos el pre de la tarea.

Aspirando el perfume de las flores
llegamos a la cúspide temida,
desde donde, sin penas ni rencores,
se mira el panorama de la vida.

En inútiles luchas de pigmeos
los hombres, allá abajo, se desvelan;
aquí ya no hay ni sueños ni deseos;
hasta aquí sólo suben los que vuelan.

Ya conocemos la verdad; la muda
esfinge su secreto a nuestro oído

dijo al fin, y el fantasma de la duda
para siempre se ha desvanecido.

Si no es la humanidad cual la soñamos,
¿por qué, necios, sufrir? ¿Por qué culparla?
Ya que su espeso velo desgarramos,
sepamos comprenderla y perdonarla.

¿Es un sueño la vida? Por los sueños
sólo un alma ruin se siente herida;
su pequeñez perdona a los pequeños;
perdona, a los que ruedan, su caída.

Aunque, cuando la calma al cabo acude,
a veces, reavivando nuestras penas,
el rencor, como un cíclope, sacude
en el fondo del alma sus cadenas.

Que no haya en nuestros ojos fatigados
el llanto del despecho, que los quema;
por el mismo dolor purificados,
llene nuestra alma la piedad suprema.

Que no haya en nuestros labios un gemido;
nuestro amargo dolor la lira calle,
el corazón ahogue su latido
y altivo el pecho silencioso estalle.

En el fondo del alma sepultemos
tu desencanto y la tristeza mía;
rompamos el laúd; mas no ceguemos
la fuente de la eterna poesía.

El poema de Puga y Acal está, sin duda, sembrado de asperezas en la forma; en el fondo, su serenidad es una postura del momento; no ha logrado desprenderse del resabio de la rebeldía. La serenidad que se refleja en la contestación de Antonio Zaragoza es más sincera, no hace más que mostrar una de las flores que aquí y allá habían adornado su poesía anterior y seguirán perfumando en su jardín escondido hasta el crepúsculo de su vida. Hay que conocer el poema de Zaragoza.

Con su cortejo de gentil belleza
pasó la primavera. Ya el invierno
avanza con su nieve y su tristeza...
¡Hay que esperar: el mal nunca es eterno!

La ventura, la gloria apetecida
tal vez han de lucir en lontananza.
A la sombra del árbol de la vida
tendámonos, henchidos de esperanza.

Cuando viene la noche soñadora,
las sombras interrumpen la tarea;
mas tornaremos, al brillar la aurora,
a la ruda emoción de la pelea.

Nos quedan en el alma, ya sombría,
limpia conciencia y ánimo sereno.
El árbol de la vida todavía
de gérmenes hermosos está lleno.

Vivir es padecer. El alma fuerte
no necesita arrobos delirantes.
Sólo el sueño infinito de la muerte
será digno de espíritus gigantes.

La vida no es un sueño, es una adusta
y formidable realidad. Pequeño
es el que, al ver la realidad, se asusta
y se esconde en los éxtasis del sueño.

El triunfo es siempre del que más se apiada;
el bien es una fuerza. El alma esplende,
si sabe combatir en la jornada
y perdonar: el que perdona, asciende.

La compasión es celestial anhelo
y al mezquino rencor siempre destierra.
¿Qué importa al ave, cuando cruza el cielo,
que se arrastre la víbora en la tierra?

Dios da a las almas buenas la infinita
clemencia, que al espíritu engrandece;

¡sobre el rencor inmundo, que se irrita,
la suprema piedad, que compadece!

El eterno anhelar, la irrealizable
felicidad, el luminoso empeño,
la negra realidad: ¡qué inagotable
fuente de luz, de inspiración, de ensueño!

Cuando suspire el corazón doliente,
no entreguemos al vulgo nuestra queja;
mas resonar hagamos dulcemente
el eco de una dicha que se aleja.

Si se rompe el laúd cuando cantemos
tu desencanto y la tristeza mía,
¡mientras dure el dolor, siempre hallaremos
la fuente de la eterna poesía!

El domingo siguiente, 18 de mayo de 1890, apareció en el mismo periódico, bajo igual título de *Pax animae* y con el subtítulo explicativo *Después de leer a dos poetas,* el inolvidable poema de Manuel Gutiérrez Nájera que, sobre los pasos de los dos anteriores, con igual forma y tema, pero con doble número de estrofas, logra encerrar lo más noble de su pensamiento maduro. He aquí este poema inmarcesible.

¡Ni una palabra de dolor blasfemo!
Sé altivo, sé gallardo en la caída,
¡y ve, poeta, con desdén supremo
todas las injusticias de la vida!

No busques la constancia en los amores,
no pidas nada eterno a los mortales,
y haz, artista, con todos tus dolores,
excelsos monumentos sepulcrales.

En mármol blanco tus estatuas labra,
castas en la actitud, aunque desnudas,
y que duerma en sus labios la palabra,
y se muestren muy tristes... ¡pero mudas!

¡El nombre!... ¡Débil vibración sonora
que dura apenas un instante! ¡El nombre!...

¡Idolo torpe que el iluso adora!
¡Ultima y triste vanidad del hombre!

¿A qué pedir justicia ni clemencia
—si la niegan los propios compañeros—
a la glacial y muda indiferencia
de los desconocidos venideros?

¿A qué pedir la compasión tardía
de los extraños que la sombra esconde?
¡Duermen los ecos en la selva umbría
y nadie, nadie a nuestra voz responde!

En esta vida el único consuelo
es acordarse de las horas bellas,
y alzar los ojos para ver el cielo...
cuando el cielo está azul o tiene estrellas.

Huir del mar y en el dormido lago
disfrutar de las ondas el reposo...
Dormir... soñar... El Sueño, nuestro mago,
¡es un sublime y santo mentiroso!

...¡Ay! Es verdad que en el honrado pecho
pide venganza la reciente herida...
pero... ¡perdona el mal que te hayan hecho!
¡Todos están enfermos de la vida!

Los mismos que de flores se coronan,
para el dolor, para la muerte nacen.
Si los que tú más amas te traicionan
¡perdónalos, no saben lo que hacen!

Acaso esos instintos heredaron,
y son los inconscientes vengadores
de razas o de estirpes que pasaron
acumulando todos los rencores.

¿Eres acaso el juez? ¿El impecable?
¿Tú la justicia y la piedad reúnes?
¿Quién no es el fugitivo responsable
de alguno o muchos crímenes impunes?

¿Quién no ha mentido amor y profanado
de un alma virgen el sagrario augusto?
¿Quién está cierto de no haber matado?
¿Quién puede ser el justiciero, el justo?

¡Lástimas y perdón para los vivos!
Y así, de amor y mansedumbre llenos,
seremos cariñosos, compasivos...
¡y alguna vez, acaso, acaso buenos!

¿Padeces? Busca a la gentil amante,
a la impasible e inmortal belleza,
y ve apoyado, como Lear errante,
en tu joven Cordelia: la tristeza.

Mira: se aleja perezoso el día...
¡Qué bueno es descansar! El bosque obscuro
nos arrulla con lánguida armonía...
El agua es virgen. El ambiente es puro.

La luz, cansada, sus pupilas cierra;
se escuchan melancólicos rumores,
y la noche, al bajar, dice a la tierra:
—¡Vamos... ya está... ya duérmete... no llores!

Recordar... Perdonar... Haber amado...
Ser dichoso un instante, haber creído...
y luego... reclinarse fatigado
en el hombro de nieve del olvido.

Sentir eternamente la ternura
que en nuestros pechos jóvenes palpita,
y recibir, si llega, la ventura,
como a hermosa que viene de visita.

Siempre escondido lo que más amamos:
siempre en los labios el perdón risueño;
hasta que al fin, ¡oh tierra!, a ti vayamos
con la invencible laxitud del sueño.

Esa ha de ser la vida del que piensa
en lo fugaz de todo lo que mira,

y se detiene, sabio, ante la inmensa
extensión de tus mares, ¡oh Mentira!

Corta las flores, mientras haya flores,
perdona las espinas a las rosas...
¡También se van y vuelan los dolores
como turbas de negras mariposas!

Ama y perdona. Con valor resiste
lo injusto, lo villano, lo cobarde...
¡Hermosamente pensativa y triste
está al caer la silenciosa tarde!

Cuando el dolor mi espíritu sombrea
busco en las cimas claridad y calma,
¡y una infinita compasión albea
en las heladas cumbres de mi alma!

Pax animae es una de las creaciones de Gutiérrez Nájera en que más se aproxima a la perfección y en que se siente más honda la resignación de su espíritu, tan combatido siempre por el dolor y las tristezas, ¡las enlutadas de su elegía! Tiene el tono de los dos poemas incitadores, pero sus raíces llegan hasta la entraña de los clásicos, hasta la fuente serena de la *Epístola moral,* y levanta sus ramas hasta trenzarse con la poesía de Amado Nervo y de Enrique González Martínez, en algunas de sus líricas meditaciones. Es justo recordar los versos de Puga y Acal y Antonio Zaragoza porque, independientemente de su belleza propia, tienen el mérito de haber provocado la creación de una obra maestra, así como se recuerda que *Tristissima nox* fue el manantial que dio vida al *Himno de los bosques* y la *Noche rústica de Walpurgis,* de Manuel José Othón, y logró despertar un eco en *Umbra,* el bello nocturno que le dedicó Díaz Mirón.

La acción renovadora de Manuel Gutiérrez Nájera no quedó encerrada en la torre de marfil de la poesía. Salió a la calle elegantemente ataviada y en compañía, también, de sus amigos de Francia: Julio Janin, Pablo de Saint Victor, Ernesto Renan, y otros de igual eficacia en el estilo. Su prosa no fue la de su tiempo: prosa de período largo, de cláusulas férreamente encadenadas, de tono fríamente razonador cuando no vacuamente tribunicio, engolado y resonante. La nueva prosa, iniciada por el Duque Job, tenía también por base la musicalidad, pero con ritmos ágiles y suge-

rentes, adaptables a todos los movimientos de las ideas y de la fantasía. Era un instrumento inmejorable para la versatilidad del periodismo literario, y nadie como él supo aprovecharlo con tanta fortuna en crónicas y cuentos, en divagaciones y raptos de humorismo. Esta prosa esbelta y saltarina, rápidamente se propagó por todo el Continente en virtud de sus cualidades expresivas.

Si Gutiérrez Nájera no pudo realizar proyectos ambiciosos porque tenía su tiempo hipotecado al periodismo, en cambio su extraordinaria capacidad de trabajo y su despierta sensibilidad le salvaron de las consecuencias de la premura, enemiga de los arabescos del arte calculado.

Escondido bajo las alas de la prosa se descubre siempre al poeta. Dio carta de naturaleza a la crónica y con ella deleitó a su público durante muchos años y tuvo seguidores inteligentes. Uno de ellos, Luis G. Urbina, formuló esta definición, que me place repetir: "La crónica era sólo un pretexto para batir cualquier acontecimiento insignificante y hacer un poco de espuma retórica, sahumada de algunos granitos de gracia y elegancia. Se soplaba en el cañuto del idioma, y la pompa de jabón subía, matizada por la luz del momento". ¡Y qué bien supo aprovechar el Duque Job los recursos del idioma, ya rejuvenecido por el milagro de su pluma! En su modo ligero, lírico, voluble, con frecuencia sentimental y en ocasiones impregnado de humorismo, ¡qué derroches de fantasía, de emoción poética y de ternura comunicativa! Y cuando quería dar pábulo a la gracia, ¡qué maravillas de ingenio y de malicia juguetona, como la que llegó a culminar en sus sermones de Cuaresma!

¿Y sus cuentos? ¿Son en realidad cuentos como ahora se entiende este subgénero literario? El cuento breve y nervioso basado sobre la relatividad de la observación, vino también de Francia traído por otros escritores, uno de ellos Manuel Alvarez del Castillo, el llorado amigo de Gutiérrez Nájera. El cuento del Duque Job no fue así, porque sólo quiso ser una modalidad de su poesía, la juvenil y romántica. Son páginas musicales, más cercanas a la divagación poemática que a la sobriedad narrativa.

De su crítica literaria cabría decir otro tanto. Sus juicios se conforman al influjo de impresiones recientes, muy personales. Este crítico no es un juez que haga ostentación de sabiduría. No le importa equivocarse. Cumple generosamente con decir a los demás dónde se encuentra la belleza. "No soy un crítico; soy un vagabundo —dijo una vez—. ¿Queréis seguir al vagabundo, que de muchas cosas se enamora y mucho olvida?" No podía definirse mejor la actitud de su pensamiento cuando se ve en el caso de opinar sobre la labor ajena. Es un excelente compañero de viaje, cuya conversación tiene la virtud de hacer corto y agradable el camino. Y tenía razón al comparar su postura de crítico con la aparente despreocupación del vagabundo. Así discurre

a través de la crónica, y de igual modo examina los libros: como quien describe las bellezas del paisaje, como quien se emboba viendo pasar las nubes, como quien saluda a la aparición de las estrellas. Los libros tienen siempre algo que decirle, y su fértil imaginación transforma las impresiones recibidas en cautivadores relatos que son otras tantas muestras de creación literaria.

Su pasión por el teatro tenía raíces lejanas. Lo frecuentaba desde su juventud y conocía la complejidad de su técnica. Asistía a las funciones como experto y soñaba como poeta. Pero si soñaba cuando escribía sus notas teatrales, sabía ver la realidad, con la claridad de un sociólogo, cuando hacía crítica social. Tenía los pies en la tierra y el pensamiento en los altos destinos de México. Sus interpretaciones del suceso cotidiano son certeras, y el modo de expresarlas tiene las cualidades conquistadas por su artesanía periodística: agilidad y transparencia. La opulenta cantera de su prosa no ha sido explorada debidamente. Cuentos, novelas inconclusas, charlas rebosantes de gracia, comentarios sobre autores y libros, todo lo escrito para la *Revista Azul,* espera la mano diligente que lo recoja y estudie.

Y vuelvo a mi punto de partida. Manuel Gutiérrez Nájera fue un poeta, un renovador de los medios de expresión literaria, pero siempre estuvo sujeto a las condiciones del periodismo. Supo de su relativo esplendor y de sus múltiples miserias. Vivió el ambiente de las redacciones de *El Federalista, La Libertad, El Partido Liberal, El Universal,* la *Revista Nacional de Letras y Ciencias,* innumerables periódicos más de vida corta o vida larga. Y en ellos firmó muchas secciones: *Humoradas dominicales, Platos del día, Crónicas de la semana, Pláticas doctrinales,* etc., suscritas por seudónimos entre los cuales se hizo célebre El Duque Job. Algunas de sus crónicas sociales merecieron la edición especial en folletos, como *Un baile en la Legación Inglesa,* mencionado por Genaro Estrada, o el más curioso todavía, y que se intitula *Crónica de la representación de La hija del tambor mayor".* ¡Cuántos millares de artículos sumados sin interrupción durante todos los días del año y de todos los años de su vida! En ocasión de una disputa con Francisco G. Cosmes, lo recordaba: "Crónicas de ocho y diez columnas, revistas de ópera, cabos sueltos, artículos políticos... ¡Qué Mar Negro formaría toda la tinta que he gastado!"

Cuando alguien le reprochaba algún plagio —porque también conoció la picaresca del periodismo— pudo graciosamente examinar su conciencia: "Tú plagias con descaro, porque quieres escribir más de lo que humanamente puedes, porque vas a todos los bailes, a todos los teatros, a todos los paseos, sin que te quede tiempo para nada, y porque tienes en muy poco a tus lectores". Y a continuación hacía el resumen de sus plagios: "Dos artículos más o menos robados a Zola, un cuento de Mendès, una estrofa de Fernández y González y una crítica enorme de Leal, son cinco. De los trescientos sesenta y cinco artículos anuales te quedan todavía trescientos sesenta. Y advierte que

te cargo a la cuenta de este año, lo que escribías el año de 77, cuando pensabas en hacer poesías y usabas un saco de terciopelo negro". El artículo que contiene esta confesión lleva por título *Restituciones y casos de conciencia.* Por lo que se observa, el plagio es un pecado muy viejo pero que no ha perdido su frescura.

La labor periodística de Manuel Gutiérrez Nájera se coronó con la fundación de la *Revista Azul,* nombre que recordaba el de una revista francesa y el de un libro de Rubén Darío, pero que en realidad nació del sortilegio de Jane Hading, cuando repetía en una pieza teatral esa palabra: azul, azul, azul, con voz llena de insinuaciones aladas. Fue una bandera de las nuevas tendencias literarias y ganó prestigio continental debido al influjo magnético de Gutiérrez Nájera y a la calidad de su elenco de colaboradores. Murió el fundador antes de cumplir un año de vida el semanario, y acaso con el dolor de "sentir lo incompleto de sus creaciones".

Ahora quiero agregar unas palabras para tranquilizar a aquellos que juzgan inconveniente que se hable —con elogio— de un autor adicto a las literaturas exóticas, en el seno de una institución respetable que tiene a gala defender nuestro idioma de contaminaciones que lo alteren, o que lo dañen en su esplendor y limpieza.

Es necesario desvanecer este error que sólo por inercia viene perpetuándose. No puede considerarse corruptor del idioma a quien trata de inyectarle savia nueva y tiene, para su intento, fundada competencia. Gutiérrez Nájera, a quien pudo reprochársele el galicismo mental antes que a Rubén Darío, nunca predicó la adopción de características idiomáticas incompatibles con la índole del castellano. Sólo aconsejó el cruzamiento con otras literaturas a fin de vigorizar la nuestra, lo cual mereció la aprobación del maestro Altamirano, tan apasionado de lo nacional y del habla que poseemos. A pesar del influjo francés que le llevó al empleo de la frase corta, Gutiérrez Nájera siguió aprovechando la rica sintaxis castellana, que tantas posibilidades brindaba al movimiento de su estilo. Obsérvese, además, que no todo en él ha sido reflejo de lecturas: en su obra predominan sus propias vivencias y con la ostensible impronta de su tierra.

Por otra parte, no hay que olvidar que recomendaba a sus discípulos el estudio de los clásicos. Tampoco debemos olvidar estas palabras: "Jovellanos, en mi juicio, es el médico mejor que hay para curarnos de las enfermedades gramaticales que por contagio contraemos los devotos de la literatura francesa". Y por último, en memorable autocrítica, dijo: "Yo tengo muchos pecados en mi conciencia y he pensado elegir por confesor a Fray Luis de Granada".

CONTESTACION AL ANTERIOR DISCURSO

Por don ALFONSO MÉNDEZ PLANCARTE.

EL que con tan hermosa timidez llega a la Academia debe entrar por la puerta grande. Honroso y jubiloso privilegio, éste de saludarlo a su entrada. Y como él califica su labor de "modesta", y de "ostensiblemente periodística", más que nada, bien será lo desmienta su áurea ley de poeta y crítico, tras una breve suma de sus días y de sus trabajos, y antes de comentar su fino discurso.

I

Don Francisco González Guerrero vio la luz el 4 de junio de 1887 en San Sebastián (hoy, prosaicamente, Gómez Farías), pueblito de la región meridional del Mar Chapálico —al decir de nuestros antiguos—, y en el cantón de Zapotlán el Grande, o sea, el del grande Clemente Orozco. Así —ya lo apuntó don Pedro de Alba—, es uno de los tres González, y de los dos Franciscos González, que dan a su Jalisco alta presencia en la Poesía Moderna de Méjico: Don Francisco González León, el ermitaño suspiroso de Lagos; este don Francisco González Guerrero, nuestro ilustre tema de hoy; y el magno Enrique González Martínez, que desde la canora Guadalajara alzó su vuelo caudal hasta las cumbres de la Lírica Hispana de cualquier tiempo.

Rústica fue la infancia de nuestro amigo, en la fresca y dura égloga de los surcos paternos y al virgiliano amor de los ganados y de las mieses. Junto a su misma fuente bautismal, amaneció a las primeras letras, que le completará el *Liceo de Varones* en la capital de su Estado. Y helo ya en su odisea de venirse a Méjico, en total desamparo: anhela ser Médico. Háblale cara a cara a don Justo Sierra; y aquel glorioso viejo paternal no puede darle sino una beca en su flamante Escuela Normal, para el curso próximo. Ha de sudar, en tanto, su exiguo pan, como humilde mocito en la Secretaría de Instrucción; y sufre hambres y fríos, y un doble y largo camino a pie entre nuestro Centro y Mixcoac, donde ha encontrado un gratuito lecho. Años después y viviendo

ya con su madre allá por San Lázaro, continúa las terribles caminatas que le imponen a una sus estrecheces y la lejanía de su Escuela, entonces por Santa Julia, donde hoy surge el Colegio Militar. Días hay en que se priva de comer para comprar algún libro amado, como *Los motivos de Proteo,* de Rodó. Y sin embargo, en uno de aquellos días, el 14 de julio de 1912, le estalló en alma y boca esta *Flor de Vida,* precioso liminar de su obra poética:

Abro a la vida el alma temblorosa, cual rosa
plena de mieles claras, clara de plena luz.
La abro para que beba la misericordiosa
linfa, perennemente constelada y azul...

La dejo abierta a sol y abeja y mariposa,
y al beso de los cuatro vientos de la inquietud:
al Poniente, al Oriente —rico en mirra olorosa—,
y a los dardos del Norte y a los fuegos del Sur.

Y —¡oh supremo milagro de la ilusión!—, en una
casta noche sin velos y ubérrima de luna,
me embriagaré de ensueño junto al dormido mar.

Y la Bien Olvidada —que es dulce, y reverencio—
deshojará mi vida sobre el vasto silencio
cual ramo de azahares en la noche nupcial.

Un texto lírico —y un contexto biográfico— que iluminan a fondo la perfecta alegría, la innata selección y la nobleza suprema, de aquella juventud heroica y prometedora.

La Normal, en que no se graduará —por tan ajena a sus dilecciones—, le da, en providencial compensación, encuentros para él vitales: el del gran Rafael López, maestro de Literatura, poeta fúlgido y animador cordialísimo; y el de sus dos gemelos en la lírica iniciación: el delicado y triste Rodrigo Torres Hernández, que a poco moriría en la Revolución, dejando un libro augural: *Por la Senda Sonora;* y el robusto Gregorio López y Fuentes, que tañó *La siringa de cristal* y que pintó sus *Claros de selva,* en las mocedades, antes de revelarse como el fuerte novelista de la *Tierra* y *El indio.*

En esa trilogía de "poetas jóvenes", dados a conocer por Rafael López con el "espaldarazo" de sus encomios, ya Núñez y Domínguez diagnosticaba: "González Guerrero es el de más saliente personalidad y el de mayor cultura, que acrecienta cada día gracias a su loable perseverancia y a su hurañía"... "Un poeta cabal —dijo poco después Fernández Ledesma—. Un gran poeta

silencioso, que acecha con mansa pupila el mejor oriente de sus perlas... Es grave, contenido, sobrio..., con una probidad de arte sólo comparable a su aristocracia de emoción..., y con un impulso limpio, recto y justo, sin el desequilibrio de la vena tumultuosa o del preciosismo verbal..." "Un pastor de azucenas, un jardinero de silencios", definía su maestro Rafael López desde en 1913.

Y eso que González Guerrero, en contraste con Gregorio y Rodrigo, se impuso una muy larga y sabia paciencia: atesoró en la sombra las creaciones de sus dos más pródigos lustros (1912 a 22), las depuró con una encarnizada autocrítica, y las siguió puliendo y afinando con lima insomne, literalmente dócil al Horacio que aconsejaba "aprisionar lo escrito hasta el año nono"... Sólo en la Navidad de 1930 echó al azul su libro de cantos —el primero y único hasta hoy—, en singular sazón de fresca madurez.

Mas ya en la propia Escuela descubría sus otras vocaciones complementarias, de catador de ingenios, alentador de ajenas inspiraciones y enamorado del papel impreso que pone alas a los Pegasos. En diciembre de 1912 nació *Nosotros,* "revista de arte y educación" que duró hasta junio de 1914, donde su director —González Guerrero— tuvo por redactores a sus dos amigos poetas, y a Antonio Castro Leal, Manuel Toussaint, Alberto Vázquez del Mercado y Rafael Heliodoro Valle, y se atraía las colaboraciones de Amado Nervo, Tablada, Urbina, María Enriqueta, Rafael López, Argüelles Bringas, Manuel de la Parra y González Martínez, o bien de Antonio Caso, Ezequiel A. Chávez, Luis González Obregón, los dos Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y Julio Torri...

Abrió luego la vida, para nuestro franciscano Francisco, un bravo paréntesis paradójico, haciéndolo "bajar al circo de los leones", y llegar —tras de nómades fortunas de periodismo, entre el fragor revolucionario— hasta ser Director de Educación Pública de Jalisco en 1922, y desde ese año al de 24, nada menos que Diputado al Congreso de la Unión, en la Trigésima Legislatura. Más tarde, y ya en tareas menos inarmónicas con su espíritu, labora por los días de Genaro Estrada en la Secretaría de Relaciones, donde ascendió desde modesto Oficial Tercero hasta Jefe de Tratados y Convenciones, y pasando al Servicio Exterior de Méjico, desde 1936, ensancha y enriquece su alma —y sus tesoros de "pequeño bibliófilo"—, al par que representa noblemente a la Patria, como Secretario y muchas veces Encargado de Negocios, en nuestras Legaciones de España, Cuba, Panamá, Colombia, Italia, Portugal y Guatemala, donde la enfermedad tajó su carrera.

Y desde entonces —reintegrado al terruño—, honra durante ocho años a nuestro diario *El Universal* con su sabatina crítica de "Autores y Libros" —siempre justa, atinada, ágil y bella—; sirve valiosamente a la Universidad Nacional, como secretario de su Rector, y luego —hoy todavía— como di-

rector del Servicio Técnico Editorial; toma primaria participación en la revista cultural *Occidente* que en esta capital publica en 1944 y 45 un destacado grupo de jaliscienses —Salvador Gálvez, Agustín Yáñez, Emmanuel Palacios...— e inserta allí además de algunos poemas nuevos, su exacta y afectuosa "Mascarilla de Rodrigo Torres Hernández", completada con una antología del bien recordado; y sigue derramando, de mil modos, algo de su profundo manantial de sabio y de artista.

Así, en sus personales "Ediciones Chapultepec", ha dado un magistral volumen de ensayos críticos: *Los libros de los otros* (1947); una armoniosa y docta selección de *Sonetos mejicanos* (1945); y —con un lindo prólogo sonriente—, una reimpresión de las *Cuaresmas del Duque Job* (1946). Ha compilado y prologado también, con gran competencia, para los "Escritores Mejicanos" de la Editorial Porrúa, las *Poesías completas* del propio Gutiérrez Nájera (2 vols., 1953). Y en torno a Amado Nervo, en especial, ha consumado toda una hazaña.

Cuando la editorial madrileña de Aguilar me confió preparar la sección lírica de las *Obras completas* de Nervo, yo mismo sugerí a González Guerrero para que completara y dirigiera la compilación de sus prosas, por su conocimiento excepcional de nuestro periodismo literario de fines del siglo XIX y de las intimidades bibliográficas del Modernismo, y por sus cualidades de trabajo y lucidez. Fruto de su entusiasta dedicación, y premio a sus sagaces exploraciones, fue —amén de muchos otros viejos tesoros— la exhumación magnífica de varias series, tan ignotas como valiosas, de trabajos literarios del tepiqueño, que él mismo editó ya, separadamente, acompañadas de condignos prefacios, en dos íntegros libros nuevos: *Fuegos fatuos y Pimientos dulces* (1951), y *Semblanzas y Crítica literaria* (1952). Y cuando con todo ello —y mucho más— enriqueció (posiblemente, en un tercio) el caudal ya antes recogido del Nervo pensador, humorista y crítico, tuve el gusto de ver mi nombre enlazado al suyo —como compiladores y prologuistas de su *Prosa* y de su *Poesía,* respectivamente— en la portada de esos dos espléndidos tomos de las "Obras Eternas" de Aguilar (1951-1952), que así han hecho justicia al creador de *Elevación* y de *Plenitud,* ya en la máxima jerarquía editorial que hoy por hoy existe en el Orbe Hispano.

Ahora, tiene González Guerrero en el yunque una amplia historia íntima y crítica de nuestro Modernismo; y creemos que también, a ratos perdidos —y tan ganados—, ha de avanzar, en la operosa sombra de su taller de orífice florentino, cincelando el joyel poético de su obra posterior a 1922.

Ya "es suya el alba de oro" sin embargo, con sólo su volumen singular *Ad Altare Dei,* que le ganó a partir de 1930, la estimación unánime y profunda de los más delicados gustadores y sabedores de lírica en nuestra tierra. De él, pues, nos cumple hablar más concretamente.

II

González Guerrero —sentenció Rafael López— "bajo la triple alquitara de los años, la soledad y el estudio, ha logrado... las preciosas esencias, selladas en vasos de oro, que... deposita con gesto sacerdotal en los altares de Dios..." Este título mismo, *Ad Altare Dei,* es "un símbolo de la reverencia" con que ha ejercido el oficio sacro de la poesía... Y el propio Rafael López, en una linda dedicatoria, no sólo reincidió juguetonamente en esa afinidad de lo poético y lo litúrgico, sino captó en esbozo alado, no poco de su espíritu y su inspiración:

Al nuevo diácono Francisco
González Guerrero, el pastor
de alma dulce y humor arisco,
que en estas horas de temor

lleva su luminoso aprisco
de cándido vellón en flor
tras el toronjil y el lentisco
de las praderas del Señor...

Don Pedro de Alba, a su vez, tras evocar oportunamente "su sangre campesina..., su infancia católica... y su mocedad de lucha y de pobreza", así lo define: "Poeta de íntimo recato, de sencillez ejemplar, de alta dignidad artística..., dibujante de paisajes, troquelador de medallas, gambusino de las profundidades del alma..." Un "huraño minero de una Guanajuato abscóndita", sugería igualmente Rafael Heliodoro Valle. Y Manuel Maples Arce ha subrayado: "Una rara probidad de trabajador que conoce y ama su arte".

Con evidente autoridad —máxima sobre todo, desde su maravillosa *Muerte sin fin*—, proclamó ese maestro del lirismo y verbo perfectos que es nuestro compañero José Gorostiza: "Una poesía madura, ganada ya a la forma, que ni desfallece ni yerra..." Y después: "De una corrección suma, que llega por momentos a la excelencia, lleno de una antigua ternura y acendrado en larga meditación, *Ad Altare Dei* aparece como un alegre retoño en la encina poderosa de nuestro Modernismo".

Ni holgará, en esta fiesta de la Academia, recalcarle otra dote excepcional: su limpidez lingüística no común. Joaquín Cacho García, otro poeta nuestro, la comentaba: "Un castellano puro sirve al superior propósito del poeta... Suntuoso a ratos, con el olvidado clasicismo de los viejos clásicos..., su modernismo honesto y bello... no se ha olvidado de Cervantes", aunque "prefiere el modo de Darío..." Y un egregio maestro peninsular, don José María Salaverría, en su conferencia sobre el "Examen y Defensa del Idioma"

—pronunciada el 25 de enero de 1931 en nuestra Universidad Nacional—, afirmando que "Méjico es uno de los países de América donde se habla mejor español" y "se cultiva y se cuida la pureza del lenguaje", daba "ejemplo reciente" en la para él tan "grata sorpresa" del entonces novísimo volumen de González Guerrero, "que tiene —dijo— versos de un lenguaje impecable", y algunos —que leyó— muy ponderables como "dignos del propio Góngora..."

Mas nosotros destacaremos por sobre todo, esa gracia inefable de un alma cristalina —así de nítida, melodiosa y vibrátil—, y aquella discretísima elegancia espiritual y técnica, para cuyos regalos de poesía no hallamos más adjetivos que estos —malgastados y desgastados pero que en él querríamos estrenar— de encantadores y deliciosos.

La impresión dominante de aquel libro —su hálito príncipe—, nos parece la de esa limpidez mañanera, ese inédito frescor de primicia que cumple cada día aquel cándido —y tan arduo— "Hoy he nacido", de Amado Nervo, y que el propio González Guerrero festeja suavemente así:

Hoy, por saludo de la madrugada,
viene a mi corazón esta alegría...
¡Gloria de descubrir un viejo mundo
con inédito encanto de primicia!
Minuto para hacer el primer verso.
Antes de esta mañana, yo ¿existía?...

Sus ojos niños, en hallazgo perenne, gozan y nos trasuntan la maravilla del mirar infantil que descubre el Cosmos a cada aurora:

cosas de siempre como nunca vistas...

Y es el propio *Milagro matinal* de su fresco soneto, claro y profundo:

El hada trenzas de oro —azucenas la frente—
envía su mensaje de rocío y de luz.
Despierta cada cosa con un alma reciente.
Brilla como un relámpago la vara de virtud...

...Se ha abierto ante mis ojos la sonrisa del mundo.
La hora suena —¡alegría!— su llamado profundo,
y me mueve un deseo de caminar. Y ciño
las rosas frescas —loco de las sagradas rosas—,
y como un niño paso cantando, y como un niño
pregunto, y en la senda quiero hablar con las cosas.

¡Qué viva "alma reciente", qué vibración espiritual de tierno esplendor, la que para él adquieren las cosas todas! Y tal vivificación poética, en ocasiones, disfrútala uno de esos seres opacamente envueltos en el rutinario prejuicio de su estética nulidad, y que aguardan pacientes a su revelador que nos convierta en visible lo invisible, y nos haga aflorar, de entre su hondón prosaico, esa hermosura allí trémulamente escondida. ¿No recordáis, en el familiar y altísimo *Sermón de la Paz,* del gran Zorrilla de San Martín, aquella loa del "Sapo", ni más ni menos? "Criatura también buena, y amable y musical", con su enigmática figura de ídolo suplicante..., los ojos resignados y pacientes, y cuya "voz de oboe, coreada por las castañuelas de plata de las ranas..., es una de las voces respetables" en la "magna orquesta" de la creación... Pues bien: no es inferior González Guerrero —y aun quizá lo supera en luminosa síntesis cósmica—, cuando, en un solo verso, funde y confunde ranas y luceros —el batracio y la estrella—, tal como lo hace el cielo al reflejarse en el más lodoso espejito de agua:

las estrellas croaban en los charcos...

Y he aquí —más elevado y hondo, hacia Dios y el alma—, este breve "Milagro" del árbol desdeñado, lamentable y decrépito:

Hemos pasado al pie del árbol
deforme del camino,
como se pasa junto a un leproso.
¿Quién ha tenido
ojos clementes y palabras buenas
para el árbol enfermo del camino?

Hoy lo he visto cubierto de belleza.
Hoy lo he visto
(con piedra blanca señalo este día)
llorando silenciosas lágrimas de rocío.

Estaba con los brazos en alto;
parecía en un éxtasis divino,
y vi la llama mística en su enorme
corazón encendido.

Pero con tales seres preteridos —que así "salva" el poeta—, comparten esa dádiva las cosas más hermosas à flor de piel: ésas que, de tan festejadas desde siempre, ya se diría imposible cantarlas hoy. Así, tiene el valor Gon-

zález Guerrero —porque es valor—, de recantar aquella "Fuente serena" —aquel "ojito alegre de agua pura", de nuestro zamorano fray Manuel Navarrete—; y lo hace, modernísimo, con una refinada ingenuidad y un sabio candor, que nos recrean y devuelven, "recién nacida", toda la "inmemorial" y eglógica gracia de su canto.

"Quiero hablar con las cosas", decía el poeta, bajo el llamado profundo de la alegría, en la mañana azul... Mas también son las cosas las que le hablan: el templo todo de vivientes columnas, la "floresta de símbolos", que dejan en su oído esas "confusas palabras", que él clarifica, y "lo observan con miradas familiares" —como en las "Correspondencias" de Baudelaire.

¡Qué graciosamente original, en sus nítidos símiles y su vívido trazo —que nos saben a esencia de los más dichosos "haikáis"—, ese "Regreso" al caserío natal, con su reminiscente corazón y bajo el signo de Pascoli, para quien "el recuerdo es poesía, y la poesía no es sino recuerdo..."!

Las casitas, de faz con enjalbiego,
estaban sin crecer un solo palmo...
...En el jardín, la banda del silencio.
Pero bajaba el cielo a dar sus ramos
como siempre en las varas de los plúmbagos,
y los naranjos
—antes pura la frente de azahares—
tenían frutos nuevos en los brazos...

...Tras el roído portalón del huerto,
cantaba, haciendo azúcar, el verano.

Al beber su refresco de arrayanes,
el aire verde levantaba el vaso.
Dentro del corazón de las guayabas,
un pájaro tenaz con su piqueta
buscaba los tesoros de Eldorado...

...A la altura del beso...
las estrellas croaban en los charcos...
...Y Dios llegó en disfraz de peregrino,
con su nombre: Pasado...

...La vocecita tenue de las cosas,
¡cómo se entraba al corazón cerrado!...
...Quedo en los labios el pueril lenguaje,
cada cosa me habló: ¿te acuerdas cuando...?

¿Cómo no citar íntegras, además —en ese mismo tierno diapasón, pero aún más perfectas—, las "Voces mudas" de su viejo solar paterno: "la casa que el olvido está alquilando..."? Penetremos con él por esa senda olvidada, que "se ha cruzado de ramas" (como si dijéramos que "se ha cruzado de brazos", por tan ociosa):

La casita —¿es un sueño?— al pie de la montaña,
con el fresno de sombra familiar... ¿Qué ha quedado?
Cuatro muros con hierba en el tejado.
Y el mal silencio. Polvo. La urdimbre de la araña.

Portalón carcomido. Pedazos de madera
del puente. (¡Pobre puente que llevó la crecida!)
Ya el jardín olvidó la podadera.
Se ha cruzado de ramas la senda preferida.

Y estas ruinas, los árboles, el río,
me ven con sus miradas hondas. Están de acuerdo
en su tristeza; y en la pompa del estío,
tienen a flor de labio palabras de recuerdo.

Varios cármenes hay en que el lirismo de González Guerrero cobra una dimensión mucho más honda que la sencillamente sensorial, fantástica o emotiva, cuando arroja sus voces a los eternos abismos del hombre y de Dios. O cuando al menos —allende lo epidérmico—, le consiente al lector, "colaborar" con nuevos trasluces, íntimas "variaciones", glosas fraternas, dejándonos vaciar en su troquel nuestro oro más esencial.

Tal ocurre con un poemita, diminuto y sumo, que a la vez constituye acaso el mayor trofeo de perfección formal de nuestro artífice, y el cual se nos ahonda y enriquece, hasta la sublimidad, si nuestra alma lo sabe traducir en clave de símbolo. Es el poema intitulado *Cita,* que tan dichosamente aduna la modernidad de su elipsis, rauda y sugeridora, a la contención y selección de su impecable aticismo. Prestemos a su música un oído atento y devoto:

El alma espera, insomne Sulamita.
Ansiosa del amor o de la muerte,
el alma espera, puntual a la cita.

Lloro de viento, risa de agua, vuelo
de hojas... Ninguna voz, pasos de nadie.
Sobre las ascuas vivas, el anhelo.

¡Y esta sorda avidez de los oídos!
¡Y el tiempo, el tiempo que se quiere ir!
¡Y el corazón, ya loco de latidos!

Dimos ya a esos tercetos —lo suponemos— la lectura despierta y concentrada que exigen y que merecen. Pues bien: tras paladear su encanto más obvio, muy mal nos avendremos a sentir esa maravilla como un simple episodio amoroso humano, y no —siquiera en adivinación y presentimiento— como un destello de la celeste alegoría del *Cantar de los Cantares* y de la *Noche obscura* y centelleante de San Juan de la Cruz... O a lo menos, diremos que en tal expectación insomne y ávida de esa "Cita" —bajo de esa ansia viva de amor o muerte—, se enmascara la sed de plenitud, la necesidad urgente de Dios, a quien todos decimos —no importa que en voz baja, o quizá callados, o aun sin saberlo— la confesión diamantina y ardiente de San Agustín: "Nos hiciste, Señor, para Ti; inquieto está nuestro corazón, hasta que no halle sosiego en Ti".

Imposible agotar —en tan breve esbozo— los perfiles siquiera más ilustres de ese libro *Ad Altare Dei.* En su predominante clima poético —el del Modernismo más depurado—, baste añadir *El barco,* un leve sonetino eneasílabo, exquisito en su asordinada efusión romántica, con el velado timbre mexicanísimo de la *Balada de la vuelta del juglar,* del aquí inolvidable Urbina, y primoroso en su estructura dócil a la inmanente ley del soneto:

Partía el barco a la fortuna
de una bella comarca en flor,
donde en las playas hay alguna
diosa nacida entre blancor.

Fantástico, bajo la luna,
partía el barco tentador;
y las sirenas, una a una,
eran suave canción y amor.

Encerrado en el viejo muro,
de mi torre, perdí el cantar,
por miedo al naufragio seguro.

...Y el barco se alejó en el mar.
(Dadme el silencio más obscuro
para llorar... para llorar...)

Por los mejores rumbos post-modernistas, ya el *Regreso* y *Fuente serena* nos mostraron su dichosa ventura en esa imaginería de cándida levedad, un poco al modo ingrávido del Tablada niponizante, del *Marinero en tierra* de Alberti, y del último o penúltimo Juan Ramón Jiménez, en el aire más delgado y cimero de las nuevas poéticas. Y por ahí le abundan otras joyuelas, como el "haikái" del "Alamo".

El loco no se cansa
de echar al río
sus monedas de plata...

Varios de estos poemas dicen ya su ágil poderío de aprisionar esencias inextinguibles en minúsculos vasos de melodía y de fulgor. Dicho se está, por ende, su maestría en el Soneto, del que vimos *El barco,* en versos de nueve, y donde, en los alejandrinos descuella a nuestro gusto aquel *Milagro matinal,* tan bellamente "loco de las sagradas rosas..." Ni de sonetos clásicos le falta un medallón insigne, *Mujer,* intencionalmente arcaico en sus "lilios" (como en latín y en Góngora, y más suaves que los "lirios" comunes), y todo él cintilante en su afiligranado esplendor gongorino:

La ojiverde doncella Melibea
—plata en la risa, en las palabras oro...,
pies como lilios de claror febea—,
danza al ritmo profundo de mi lloro...;

Y allí mismo refulge, aun sin continuarse, el sapiente primor del verso "heterotónico" diazmironiano, o sea, aquel que varía todas sus vocales tónicas ("dánza al rítmo profúndo de mi llóro"), tal como en estos otros versos preclaros:

No derrumban espiras de sahumerio
vigilante virtud de esquiva diosa...,

dignos también de *Lascas* por el brioso decoro y la "vigilante" aristocracia idiomática y expresiva.

También sonetos clásicos, justamente, son tres de entre las cinco únicas muestras hoy conocidas de su lírica posterior. Más que ellos, sin embargo, plácenos recordar las otras dos de tales canciones, ya por vía de áureo colofón. La una, es esta *Poética,* grande y mínima, que lapidariamente nos promulga el *Cantarás en voz baja,* que fue también la ley de Gutiérrez Nájera, Nervo, Urbina y tantos de los líricos más nuestros, en sus cúspides más genuinas.

El grito no. No hay que decirlo a voces.
¿Le vas a hablar al mar, a la montaña?
¿Acaso a las estrellas?

Entre el mucho y el poco,
está lo necesario.

La rosa ni la estrella
devolverán señales a tu grito,
pero —infaliblemente—
sonreirán si les hablas con los ojos.

Y de la otra canción —*Los versos olvidados,* en metro libre—, sólo desprenderemos una duda, entre noble orgullo y dulce humildad, y su intrépido "credo" en la resurrección de la forma diáfana, por sobre siempre pasajeros caos de turbias estéticas:

¿Quién sabe si mis versos esconden la esencia sencilla de la rosa?
¿Quién sabe si enfunden el hechizo del surtidor en la noche estrellada?...

...El reloj que cuenta las horas claras marcará un signo de renacimiento, porque el rocío mañana en el mundo volverá a llamarse rocío.

III

Mas aludamos ya a la hermosa lección de historia y crítica literarias con que el nuevo Académico nos hizo memorable esta noche. Ciertamente no cabe sino aplaudir ese cumplido espejo de su obra crítica: la recóndita documentación y la discretísima sobriedad; la alerta observación y el comentario ahondador; la frase transparente y espontánea, pero pulcra y besada por una vaga luz y un fresco aroma poético... Y siendo tradición de estos paliques de bienvenida el dialogar un poco en torno al tema recepcional, pondré los ojos en su ilustre hallazgo de esos dos ignorados precedentes del maravilloso *Pax animae* del Duque Job.

Recordaré que Puga y Acal —pese a su actitud semivalbuenesca frente a *Los Poetas Mejicanos Contemporáneos* (claro que los de aquel 1888)—, gozó un alto renombre, aunque tan fugaz, entre los Modernistas de la alborada. Díaz Mirón, atisbando en aquel año "la cumbre" de nuestro "Parnaso nacional", veía "brillar" sobre ella "a Zaragoza..., Gutiérrez Nájera, Puga y Acal, y algunos otros iguales en esplendor..." Y el propio Rubén Darío, ya entonces autor de *Azul...*, en su "Fotograbado" de "Ricardo Palma"

(Guatemala, 1890) —describiendo aquel "pequeño pero triunfante y soberbio grupo de escritores y poetas de la América Española", al que denominaba ya "el Modernismo"—, no sólo lo encabeza con Díaz Mirón y Gutiérrez Nájera, sino que cuenta en él "a Puga y Acal", no menos que "al chileno Tondreau y al salvadoreño Gavidia", entre pocos más...

De Antonio Zaragoza —nacido en Guadalajara en 1855 y muerto en 1910 en Tepic—, ya escribía Nervo, como nos lo insinuó González Guerrero: "Ese exquisito olvidado... fue un hondo e íntimo poeta" ...Y González Martínez agregó que, de sus poesías, "algunas alcanzaron envidiable popularidad"; y que él, "con mejor ambiente y con más estímulo interior", bien "pudo figurar entre nuestros grandes líricos..." Y yo mismo —perdón por "el *yo* odioso"—, apunté no hace mucho la riqueza de Antonio Zaragoza en gérmenes esenciales que perduran con pleno desarrollo en la gloria de Amado Nervo y de Díaz Mirón. Oigámosle un suspiro, honradamente evocado entre los epígrafes de *La amada inmóvil*:

Cuando Dios, que al que llora recompensa,
se apiade al fin de lo que yo he sufrido,
en silencio me iré, como he venido...
Quiero en la sombra entrar. Tengo una inmensa
necesidad de olvido...

¿No tiembla en estos versos por Nervo citados, la más íntima voz del propio Nervo?

Y en cuanto a Díaz Mirón, baste aducir unas empolvadas estrofas de Zaragoza, cuando así apostrofaba a *Shakespeare,* desde en 1882:

...En la extensión del Océano pienso
al contemplar tu genio omnipotente,
profundo como el mar, como él inmenso
y como él imponente.

Como él, tienes tormentas desatadas
y arrullos musicales;
en él bullen las olas agitadas,
en ti los pensamientos colosales.

Terribles o risueños,
palpitan en tus obras prodigiosas,
fosfóricos destellos, las ideas;
los ensueños, espumas vagarosas.

La luz esplendorosa de la altura,
como en el mar, en tu alma se refleja;
como él alzas tu voz majestuosa
que sabe ser cadencia misteriosa,
canto, murmullo, queja.

El mar, en sus regiones,
produce monstruos como perlas cría;
así horribles o hermosas creaciones
engendra tu gigante poesía...

Leamos, ahora, la fúlgida culminación de la oda *A Byron,* del veracruzano, escrita un lustro después:

...Igual al mar por tu doblez extraña,
reflejabas el cielo a que tendías;
y audaz y tronador y hecho montaña
te alzabas hasta él y le escupías.

No envidiabas al piélago sus dones:
¡Tú tenías también ímpetus, brumas,
trombas, brillos, honduras, explosiones,
monstruos, perlas, vorágines y espumas!...

Flagrante identidad de la alegoría, aun en casi todos los pormenores: "honduras, tempestades, brillos, espumas...", el "reflejo del cielo" en el espíritu del vate...; y muy peculiarmente, esos literales "monstruos" y "perlas", reunidos por entrambos en sólo un verso, que rebasa ya todo posible azar... Pero pasmosa transfiguración, de rápida energía, con la que Díaz Mirón cristalizó en tan sólo ocho versos, y elevó a una presión de insospechadas atmósferas de hermosura, lo que su antecesor había explicado y diluído plácidamente en casi un espacio triple.

Pues bien: el peregrino descubrimiento de González Guerrero sobre la evidente causalidad ocasional y ejemplar de Puga y de Zaragoza en el *Pax animae* de Gutiérrez Nájera, muestra por modo idéntico al Duque Job como otro prodigioso sublimador de sus estímulos y precedentes; y al par, nos ilumina piadosamente a aquellos líricos secundarios con un justo reflejo del poema definitivo, en el que tanta parte les cupo.

En todo su conjunto, finalmente, son tan finas y ricas las sugestiones de nuestro nuevo colega, que no le quedará ya otro remedio que consumar él mismo esa cabal "Revisión de Gutiérrez Nájera", para la cual se viene po-

tenciando hace tantos años, con la "plenitud de amor y conocimiento" que, una vez más, nos ha traslucido. Bella deuda de honor, que no le perdonaremos.

Hoy por hoy, nos llevamos la alegría de que, gracias a él, hemos pasado una hora en la intimidad de aquel tan grande y tan querido poeta, del que no nos sabríamos despedir sino diciéndole con Shakespeare y con Don Justo: "Buenas noches, dulce Príncipe mío; que los Angeles arrullen tu sueño..."

Y sólo otra palabra a Don Francisco González Guerrero: "Noble amigo y señor: ésta es su casa; ha entrado usted por la puerta grande".

MISION DE LA ACADEMIA *

NOTAS SOBRE POESIA

Por don José Gorostiza.

ME presento ante vosotros, si he de decir verdad, lleno de confusión y temor. La Academia Mexicana de la Lengua es institución meritísima a la que dieron fama, en el pasado, muchos de los mayores nombres de nuestra historia literaria y que alberga en su seno, en el presente, a todo cuanto de vivo y valioso milita al servicio de las letras patrias.

Durante mis años mozos —recuerdo— mirábamos a la Academia con incredulidad. La confianza que en sí misma tiene la juventud y, más todavía, la seguridad de estar predestinada a provocar cambios y reformas trascendentales es —y ojalá sea siempre así— cualidad eminente que a menudo se paga a costa del rigor o de la exactitud del juicio.

Vista la Academia de la Lengua, hace treinta años, a la luz de los ímpetus de mi generación, aparecía a nuestros ojos como un frío y severo, aunque mudo censor de nuestras apresuradas innovaciones. El objeto de su actividad era conservar el idioma; el de la nuestra —así lo creíamos nosotros, cuando menos— era enriquecerlo con nuestros posibles hallazgos. La Academia nos merecía respeto y, en menor grado, admiración. Estaban en ella muchos de los grandes maestros que guiaron nuestros pasos por las aulas en los mil novecientos veintes, no sólo con un profundo sentido didáctico, sino con un espíritu de solidaridad en la cultura que nunca podremos agradecerles en todo su valor. Algunos de ellos, pocos, que no he de mencionar en obsequio a su modestia, están aquí todavía. Esto no obstante, sentíamos como si algo esencialmente incompatible se interpusiera entre la Academia y la juventud.

Hoy día, treinta años después, advierto que esa sensación, por más que

---

* Discurso de recepción como Miembro de Número de la Academia Mexicana de la Lengua, pronunciado por el autor el día 22 de marzo de 1955.

en aquel tiempo —es decir, a su tiempo— fue profunda y sincera, pero también útil, porque pudo servir a indefinibles propósitos vitales, se ha disipado en nosotros con el transcurso del tiempo, a la vez que ha resurgido en el espíritu de la nueva juventud.

Entre generaciones sucesivas, lo mismo que entre escuelas contemporáneas de pensamiento o de acción, o entre hombres consagrados a disciplinas diferentes, existen campos muertos, zonas impermeables, en donde la comunicación intelectual se dificulta mucho, cuando no se interrumpe del todo. No deja de ser esto una gran desgracia, porque la cultura, considerada como mensaje, depende singularmente de la celeridad con que pueda penetrar en todas las zonas de incomprensión y reducirlas. El problema tiene raíces profundas en ese como sagrado aislamiento e inviolabilidad natural del alma. No se le conoce solución expedita, y el hombre está condenado, tal vez, a no alcanzar la sabiduría sino a lo largo de un angustioso proceso de maduración interior.

La misión de la Academia se dibuja en mi pensamiento, ahora, con nitidez que no pudo advertir años atrás una atención absorbida totalmente por la conquista juvenil de la personalidad. Esta misión es la cultura y, dentro de ella, el cuidado del idioma como fuente y espejo de toda cultura.

El conocimiento y el gusto del idioma no se adquieren temprano en la vida y su completo dominio es cosa de la que nadie puede jactarse sin caer en vanidad. De mí sé decir que cada página de mi pluma ha sido una batalla perdida en su favor. Tras largos años de lucha, en los que el escritor persigue hasta el insomnio la palabra precisa, la frase dura y transparente como cristal, se llega al conocimiento de que el idioma es substancia viva, sensible, delicada. El descuido lo marchita, el uso lo gasta y la vulgaridad lo corrompe; pero —y he aquí que entramos en el terreno de lo maravilloso— el amor lo enaltece y de sus esencias escondidas extrae las más inesperadas revelaciones de belleza.

En la busca de estilo propio, el deseo de originalidad y el gusto del "hallazgo" (cuando no se raya en la extravagancia) reconocemos manifestaciones legítimas del impulso creador. Existe, sin embargo, una diferencia capital entre originalidad y extrañeza, porque extrañeza es la que resulta de violar el carácter o las leyes del idioma y originalidad la que el escritor descubre en él, atesorada en su capacidad infinita de expresión.

Frente a frente de la lengua española, la misión de la Academia consiste en mantenerla viva y cambiante y apta para las tareas de la invención literaria. Esta labor requiere el empleo de técnicas apropiadas de investigación, estudio y registro; pero precisa no confundir estas técnicas con el fin que están destinadas a propiciar.

No se trata de paralizar o "congelar" como se dice ahora el desarrollo

de la lengua, sino de favorecerlo. Los análisis y las radiografías que el médico acumula en sus expedientes no son una imagen de la enfermedad, ni mucho menos la enfermedad misma, sino datos, documentos, que pueden señalar el camino de la salud. En consonancia con este concepto no sería sensato —por ejemplo— asomarse al diccionario de la lengua como a un museo de historia natural, en cuyas herméticas vitrinas yaciesen las palabras prendidas con alfileres a la cruz de su somera descripción. No, para el escritor el diccionario es un catálogo de las mariposas que caza al aire libre, en pleno vuelo, en el día de fiesta de la inspiración.

La misión de la Academia —dije antes— está en el idioma pero no en el idioma como tal, como mero instrumento del habla corriente, sino por cuanto significa como expresión de la cultura de un pueblo o una raza. Quiero insistir en esta idea porque me ayuda a poner de relieve el mérito de la institución. Tomad en las manos una nómina de sus miembros, traducid sus nombres a los títulos de sus obras, y habréis reunido un índice completo de la moderna cultura literaria de México. Novela, teatro, historia, crítica, poesía, ensayo, lingüística, periodismo, todas las disciplinas literarias están dignamente representadas aquí. Y la visión del conjunto es tonificante, porque muestra la pujanza intelectual de un país que, en la sumisión y en la libertad, en la necesidad y en la opulencia, en la guerra y en la paz, ha sabido mantener en alto sus tradiciones culturales.

Esto explica por qué ingreso en la Academia con humildad que es natural en mí y propia de mi carácter circunspecto, pero que en esta ocasión se excede a sí misma ante la solemnidad de las circunstancias. Nunca fui un escritor profesional que consagrase su vida a las letras. Hubiese querido serlo —¡quién lo duda!— pero como tantos otros compañeros de letras, hube de poner mayor parte de mi esfuerzo, ya que no la mejor, al servicio del Estado. No me duelo de ello, me enorgullezco. He creído siempre y creo que no es perjudicial para México el que no exista todavía en el país un profesionalismo literario propiamente tal, porque así el escritor, —que obtiene el sustento en otras fuentes— no se siente obligado a obsequiar las preferencias del gran público y produce a su sabor, en un clima de perfecta libertad.

Mas, como me habéis invitado a ocupar un sitial junto a vosotros, considero mi deber de lealtad advertir que mi contribución a las letras mexicanas, —acaso tan bien cuidada como puede cuidarla— ha sido más bien ocasional y es, cuando menos por ahora, ostensiblemente pequeña. Si Dios me da vida y la vida oportunidad, habré de mejorar el porte y la valía de mi obra para merecer en conciencia el alto honor de que vuestra generosidad me hace objeto.

La poesía ha sido para mí, durante muchos años, el motivo (ya que el

fruto no) de mis meditaciones y desvelos. Como trabajo de mi ingreso en la Academia preparé y voy a leer a continuación un manojo de apuntes sobre poesía. Un ir y venir de gente, un incesante repicar de teléfonos, un responder sin tregua a urgencias sucesivas, han interrumpido muchas veces la frágil continuidad de estas notas; pero me atrevo a presentarlas así, mal hilvanadas, porque estoy seguro de que en vuestra indulgencia les prestaréis no tanto el rigor del oído como la simpatía del corazón.

A los ilustres amigos que auspiciaron mi candidatura de miembro correspondiente de la Academia Mexicana de la Lengua, su Presidente don Alejandro Quijano y su Tesorero don Genaro Fernández MacGregor, ambos queridos maestros de mi juventud, así como a don José María González de Mendoza, caballeroso compañero en muchas comunes tribulaciones; a usted, Alfonso Reyes, que tan amablemente se ha prestado a participar en mi recepción; a ellos y a todos vosotros, señores académicos, va el tributo de mi sentida gratitud.

Notas sobre Poesía

Prólogo

El poeta tiene ideas acerca de la poesía en las que manifiesta la relación que existe entre él, como inteligencia, y la misteriosa substancia que elabora. Estas ideas —hasta donde he podido observar— son tan precisas, cada una en su aislamiento, como las que se forma el artesano sobre la calidad de sus materiales o la eficacia de sus herramientas; pero, faltas de articulación y de método, no sería posible ensartarlas en un cuerpo de doctrina sino, nada más, ofrecerlas en estado de naturaleza, como impresiones personales que no alcanzan a penetrar en el enigma de la poesía, aunque sí, cuando menos, proporcionan una imagen de la personalidad del poeta.

El poeta no puede, sin ceder su puesto al filósofo, aplicar todo el rigor del pensamiento al análisis de la poesía. El simplemente la conoce y la ama. Sabe en dónde está y de dónde se ha ausentado. En un como andar a ciegas, la persigue. La reconoce en cada una de sus fugaces apariciones y la captura por fin, a veces, en una red de palabras luminosas, exactas, palpitantes.

La poesía no es diferente, en esencia, a un juego de "a escondidas" en que el poeta la descubre y la denuncia, y entre ella y él, como en amor, todo lo que existe es la alegría de este juego.

Substancia poética

Me gusta pensar en la poesía no como en un suceso que ocurre dentro del hombre y es inherente a él, a su naturaleza humana, sino más bien como

en algo que tuviese una existencia propia en el mundo exterior. De este modo la contemplo a mis anchas fuera de mí, como se mira mejor el cielo desde la falsa pero admirable hipótesis de que la tierra está suspendida en él, en medio de la alta noche. La verdad, para los ojos, está en el universo que gira en derredor. Para el poeta, la poesía existe por su sola virtud y está ahí, en todas partes, al alcance de todas las miradas que la quieran ver.

Imagino así una substancia poética, semejante a la luz en el comportamiento, que revela matices sorprendentes en todo cuanto baña. La poesía no es esencial al sonido, al color o la forma, así como la luz no lo es a los objetos que ilumina; sin embargo, cuando incide en una obra de arte —en el cuadro o la escultura, en la música o el poema— en seguida se advierte su presencia por la nitidez y como sobrenatural transparencia que les infunde.

Hay recias obras del arte de los hombres en las que la poesía no intervino. El Partenón en su majestad empequeñece y abate. La arquitectura está sola en él, grandiosa y escueta. El Taj Mahal, en cambio, aparece frente a los espejos de agua en que se mira, como anegado por una inconfundible inspiración poética.

La substancia poética, según ésta mi fantasía, que derivo tal vez de nociones teológicas aprendidas en la temprana juventud, sería omnipresente, y podría encontrarse en cualquier rincón del tiempo y del espacio, porque se halla más bien oculta que manifiesta en el objeto que habita. La reconocemos por la emoción singular que su descubrimiento produce y que señala, como en el encuentro de Orestes y Electra, la conjunción de poeta y poesía.

Definiciones

Sucede, aunque no a menudo, que el artista individual —digamos un pintor o un músico— se sirve de los recursos de un arte no poética para hacer poesía. La ocurrencia es casi siempre involuntaria y, cuando la asociación se produce como consecuencia de un movimiento natural de la inspiración creadora, el efecto es de completa plenitud.

Me viene a la memoria la pintura del Beato Angélico. La unidad de su emoción religiosa y su sentido poético se traduce en pequeños cuadros comparables, cada uno, a las estrofas del *Cántico Espiritual* de San Juan de la Cruz.

La palabra es, con todo, terreno propio de la poesía e instrumento necesario para su cabal expresión. Desearía saber, si alguien pudiere explicármelo, por qué, pero lo ignoro; y en mi ignorancia me digo —¡suprema evasión la de las uvas verdes!— que el interés del poeta no está en el *por qué*, sino en el *cómo* se consuma el paso de la poesía a la palabra, ya que ésta, prisionera de las denotaciones que el uso general le acuña, no parece poder facilitar el medio más apto para una operación tan delicada.

Desde mi puesto de observación, así en mi propia poesía como en la ajena, he creído sentir (permitidme que me apoye otra vez en el aire) que la poesía, al penetrar en la palabra, la descompone, la abre como un capullo a todos los matices de la significación. Bajo el conjuro poético la palabra se transparenta y deja entrever, más allá de sus paredes así adelgazadas, ya no lo que dice, sino lo que calla. Notamos que tiene puertas y ventanas hacia los cuatro horizontes del entendimiento y que, entre palabra y palabra, hay corredores secretos y puentes levadizos. Transitamos entonces dentro de nosotros mismos, hacia inmundos calabozos y elevadas aéreas galerías que no conocíamos en nuestro propio castillo. La poesía ha sacado a la luz la inmensidad de los mundos que encierra nuestro mundo.

Un buen amigo me preguntó: ¿qué es la poesía? Quedé perplejo. No sé lo que la poesía es. Nunca lo supe y acaso nunca lo sabré. Leí en un tiempo mucho de lo que se ha dicho de ella, de Platón a Valéry, pero me temo que lo he olvidado todo. Esto no obstante, contesté que la poesía, para mí, es una investigación de ciertas esencias —el amor, la vida, la muerte, Dios— que se produce en un esfuerzo por quebrantar el lenguaje de tal manera que, haciéndolo más transparente, se pueda ver a través de él dentro de esas esencias.

Frente a semejantes conceptos, tan vagos que nada encierran de substantivo como no sea frustración y desaliento —¡así es de inasible la materia que se quiere capturar!— me sentiría inclinado a corregirme ahora, diciendo que la poesía es una especulación, un juego de espejos, en el que las palabras, puestas unas frente a otras, se reflejan unas en otras hasta lo infinito y se recomponen en un mundo de puras imágenes donde el poeta se adueña de los poderes escondidos del hombre y establece contacto con aquel o aquello que está más allá.

Mas, como ya lo habréis advertido, esta segunda definición es, aunque en otros términos, la misma que la primera. Tampoco ésta se sostiene en pie ni podría, en su dolorosa invalidez, servir a ningún propósito sensato.

El viaje inmóvil

Decía Lao-Tsé: "Sin traspasar uno sus puertas, se puede conocer el mundo todo; sin mirar afuera de la ventana, se puede ver el camino del cielo. Mientras más se viaja, puede saberse menos. Pues sucede que sin moverte, conocerás; sin mirar, verás; sin hacer, crearás".

He aquí descrita, en unas cuantas prudentes palabras, la fuerza del espíritu humano que, inmóvil, crucificado a su profundo aislamiento, puede amasar tesoros de sabiduría y trazarse caminos de salvación. Uno de estos caminos es la poesía. Gracias a ella, podemos crear sin hacer; permanecer en casa y, sin embargo, viajar.

Paréntesis

En mis días he oído hablar a menudo sobre cierta pretendida impopularidad de la poesía. Tal impopularidad suele atribuírse a diversas causas y, sobre todo, a una especie de enrarecimiento de la composición moderna, que la haría difícil de entender a personas desprovistas de fortuna literaria. Dudo si la poesía fue popular en otros tiempos, cuando el aeda cantaba las hazañas de los héroes en el banquete y Ulises se conmovía hasta las lágrimas oyendo relatar sus propios infortunios. La gente que se reunía en torno a la mesa —casi siempre la bien surtida mesa de la casa real— era sin lugar a duda gente de abolengo, que debió tener una responsabilidad principal en el culto de la poesía, puesto que ésta era, a un tiempo mismo, compendio de las tradiciones históricas y religiosas del pueblo y almáciga de todo humano saber.

En nuestro idioma, desde los días en que, fruto de una intensa búsqueda en los papeles de la antigüedad clásica, el "mester de clerecía" se cuela en el arte poético, la poesía se convierte en cosa de adiestramiento. El poeta nace, es verdad, pero una vez nacido, se hace. De esta manera, la poesía, como por lo demás todas las disciplinas artísticas o científicas de nuestro tiempo, pasa a ser objeto de los afanes de una minoría que la crea o que, simplemente, posee preparación para disfrutar de sus placeres.

Nada de anormal encontramos en esto; pero en el caso especial de la poesía sucede que su vehículo, el lenguaje, es también el instrumento corriente de comunicación entre los hombres, y mientras cualquier persona sensata estaría dispuesta a reconocer que no pinta, le sería difícil admitir o siquiera pensar (si puede hacerlo) que no habla. Hay quienes, dueños de una cultura general respetable, que dicen gustar del último Strawinsky o preferir al primer Dalí o, aún mejor, que confiesan no interesarse en entenderlos, cuando se les coloca frente a una obra maestra de la poesía —si no la entienden— sienten su propia deficiencia como un insulto personal del autor. ¡Superchería! ¿Cómo se puede engañarlos, a ellos, con palabras ?

Poesía - canto

Si la poesía no fuese un arte sui géneris y hubiese necesidad de establecer su parentesco respecto de otras disciplinas, yo me atrevería a decir aún (en estos tiempos) que la poesía es música y, de un modo más preciso, canto. En esto no me aparto un ápice de la noción corriente. La historia muestra a la poesía hermanada en su cuna al arte del cantor; y más tarde, cuando ya pueda andar por su propio pie, sin el sostén directo de la música, esto se debe a que el poeta, a fuerza de trabajar el idioma, lo ha adaptado ya a la condición musical de la poesía, sometiéndolo a medida, acentuación, periodicidad, correspondencias.

Los poetas de mi grupo —el "grupo sin grupo" que dijera Xavier Villaurrutia— nos complacíamos en reconocernos individualmente distintos de cada uno de los demás y, en conjunto, algo así como extraños a la generación que nos había precedido. Las cosas no andaban precisamente así. Hacia 1920-25 el modernismo, y en primer término la voz estentórea de Darío, llenaba aún el ambiente de poderosas resonancias y, en verdad, fueren cuales hubiesen sido nuestros modelos más cercanos —Nervo, González Martínez o López Velarde— el grupo había nacido para la poesía bajo el signo gigante del modernismo. ¿Y éste que fue, en su idolatría de la forma, sino una verdadera orgía de musicalidad?

Un movimiento de reacción, en el sentido opuesto, se inicia entonces. Mi generación marcó, como actitud de principio, un cierto desdén hacia los recursos de la prosodia, que estimaba sacrílegos; pero no fue ella, imbuída como estaba en el gusto de las bellas formas, quien pudo llevar aquel desdén demasiado lejos. En donde mejor se advierte esta reacción es en la poesía actual, aunque no tanto aquí en México como en otras provincias del idioma, ya que el modo en que se trasegó la poesía española al vaso indígena, en pleno siglo XVI, parece haber impreso para siempre en nuestra literatura el sello inconfundible de la herencia clásica.

Estamos por consiguiente —y este es el hecho que deseo subrayar— frente a una postura contemporánea que desea, si no librarse de la musicalidad, sí apagarla, resistirse a servirla. La poesía de los jóvenes no quiere que la música se apodere de ella y la esclavice; huye de lo declamatorio y lo operático y se refugia en una especie de balbuceo vagamente rítmico, en el que se introduce, aquí y allá, un endecasílabo perfecto o una rima involuntaria. Tal parece como si en el esplendor de las formas cristalizadas, el poeta se sintiera rodeado de una fragancia excesiva que le impidiese respirar a pleno pulmón. De este modo se llega a ver como pura superfluidad todo cuanto la poesía elaboró en el idioma para poder realizarse.

Sabemos cuánta sinceridad y cuánta honradez se encierran en esta actitud que nos ofrece una poesía despojada de afeites innecesarios, pero no sólo esto, sino que apenas dotada de un tímido hilillo de voz. La poesía saldrá seguramente rejuvenecida de esta experiencia. Conviene recordar, sin embargo, que nada existe semejante a una libertad irrestricta. Todo está sujeto a medida, y la libertad puede no consistir en otra cosa que en el sentimiento de la propia posesión dentro de un orden establecido. Las reglas del ajedrez no oprimen al jugador, le trazan una zona de libertad en donde su ingenio se puede desenvolver hasta lo infinito.

La afinidad entre poesía y canto es una afinidad congénita. En un momento dado podrá relajarse o en otro hacerse más íntima, pero habrá de durar para siempre, porque no radica en el lenguaje —en el austero arsenal

de la retórica, que caduca y se renueva sin cesar— sino en la voz humana misma, que el hombre presta a la poesía para que, al ser hablada, se realice en la totalidad de su perfección.

La diferencia entre prosa y poesía consiste en que, mientras una no pide al lector sino que le preste sus ojos, la otra necesita de toda necesidad que le entregue la voz. Cada poeta tiene un estilo personal (a veces indicador de su postura estética) para "decir" sus poesías. Este las canta, aquél las reza, otro las musita, uno más las solloza. Nadie se confina solamente a leer. Encomendad a quien queráis que diga un poema. En el acto impostará la voz a la tesitura del canto y a continuación el verso saldrá vibrando de su garganta, con un temblor de vida que sólo la voz le puede infundir; porque ocurre —mis amigos queridos— que así como Venus nace de la espuma, la poesía nace de la voz.

El desarrollo poético

En años no remotos, estimulado por la lectura de Valéry, me preocupaba —como a él— descubrir las leyes que gobiernan el crecimiento y la terminación de un poema, a partir de su simiente. El poema, así se trate nada más que de un soneto, ni nada menos, viene a ser como la unidad de medida de la poesía. La dificultad no está en saber cómo empieza el poema. Todo poeta tiene siempre a la mano su primera línea, pero ¿cómo se desarrolla? ¿cómo acaba? He aquí el caso. Hay indudablemente una variedad de procedimientos que no es fácil reconocer, pero dos o tres de ellos —los más comunes— saltan desde luego a la vista.

En el primero, que se podría llamar desarrollo plástico, el poema crece como un cuadro en el sentido de la superficie que ha de llenar. Tiene un plano interior, luminoso e incisivo, y tiene un fondo de escalonadas perspectivas en donde se esfuman los motivos accesorios. El desarrollo plástico resulta limitado en cuanto a que el poema debe confinarse al espacio que el autor le concede; y es finito, porque ahí, dentro de ese espacio, el poema se agota y acaba, de suerte que el autor mismo podría retocarlo, si quisiera, pero nunca proseguirlo. Dotado de un sistema de vida interior, estático, el poema queda frente a nosotros, como el cuadro, abierto a nuestra capacidad de contemplación.

El poema suele tener también un desarrollo dinámico. Puesto en marcha, avanza o asciende en un continuo progreso, estalla en un clímax y se precipita rápidamente hacia su terminación. El poeta ha de medir de antemano la parábola que corresponde a la potencia del proyectil; pero en este método, las posibilidades de crecimiento resultan inagotables y el poema puede prolongarse indefinidamente, ya sea por acumulación o porque se

establece un círculo vicioso, como en los cuentos de nunca acabar. Es el poeta quien, con su sentido de las proporciones, le pone un hasta aquí.

Tenemos, por último, un poema en que no se nota el crecimiento. De la primera a la última línea crece y va tomando cuerpo insensiblemente como en el desarrollo de un ser vivo, de un fruto o de una flor, hasta que alcanza sin esfuerzo, naturalmente, el tamaño, la estatura, la proporción que le dicta su propio aliento vital. El madrigal de Cetina debió producirse de este modo. No podía haber sido ni más sucinto ni más explícito y hubo de quedarse así, dentro de ese cuerpecito de poema niño, rebosante de su preciosa niñez.

La construcción en poesía

En su *Defensa de la Poesía* observa Shelley que "las partes de una composición pueden ser poéticas sin que la composición, como un todo, sea un poema". Nada más cierto ni, cuando así pasa, menos afortunado; pues ¿qué se diría de una casa en la que cada una de las habitaciones fuese admirable, pero todas juntas no pudieran integrar la unidad en que consiste justamente una casa? No es cuestión ésta que suscite ninguna duda: si un poema se os muestra en la condición que señala el poeta inglés, estáis frente a una obra fallida; y el error no debe atribuírse a otra causa que a negligencia de lo que el poema significa como unidad arquitectónica. La poesía y la arquitectura, al igual que la poesía y el canto, se amamantaron en los mismos pechos.

En la actualidad, el poeta no suele proponerse problemas de construcción. De vez en cuando —cada día menos— utiliza ciertos elementos del arte poética tradicional y levanta con ellos, cuarteta sobre cuarteta o lira sobre lira, como con dados, un somero edificio que se sostiene, si la unidad interior es profunda, gracias a ella y no a la solidez de los materiales empleados. El soneto proporciona ocasión de construir de veras, conforme a un modelo feliz. El caso de la construcción en grande, como en los vastos poemas de otros tiempos, no se plantea ya. Quiero decir, no puedo callar, que lo siento como una enorme pérdida para la poesía.

Estamos bajo el imperio de la lírica. La poesía ha abandonado una gran parte del territorio que dominó en otros tiempos como suyo. El diálogo, la descripción, el relato, así como otras muchas maneras de poesía, que con tan notoria eficacia se combinaron en libros como —por ejemplo— el del *Buen Amor* del Arcipreste de Hita, se han ido a engrosar los recursos del teatro y de la novela.

Dentro de la lírica, cuando menos como la concebimos en la actualidad, parece que la única causa capaz de desatar un poema es el dato autobiográfico. La conmoción que un acontecimiento produce en el poeta al incidir

sobre su vida personal, se traduce, convertida en imágenes, en una emanación o efluvio poético; pero no en un poema, porque esta palabra "poema", implica organización inteligente de la materia poética. Treinta o cuarenta composiciones (en las cuales se puede reconocer siempre el contenido de pura, auténtica poesía) suelen formar, unas tras otras, lo que el público llama "un libro de versos". (¡Qué horrible expresión: un libro de versos!). Y en el libro podrá haber cierta uniformidad de emoción y de estilo, y de un poema a otro, tales o cuales eslabones que dan la sensación de una continuidad invisible; pero el libro no mostrará, a su vez, la unidad de construcción que nos agrada encontrar en un libro. La suma de treinta momentos musicales no hará nunca el total de una sinfonía.

La historia marcha cada día hacia el futuro ajena a toda noción de misericordia; no sería nada insensato, así pues, que en lugar de pedir que la poesía sea como fue en el pasado, tratásemos de comprender que puede ser ya tarde para aceptarla como es hoy. Tampoco sería absurdo pensar, en este amanecer de la edad atómica, en un mundo sin poesía, un mundo habitado únicamente por "expertos", de donde la poesía fuese desterrada como una escandalosa manifestación del pensamiento primitivo del hombre. Mas, mientras tanto, ¿sería mucho exigir que las partes de una composición sean todas poéticas y que la composición, en su conjunto, resulte un poema?

La cuestión del ambiente

Cuando pensamos en la poesía como revelación de belleza no se dificulta concluir, a poco que se profundice en las ideas, que así es ciertamente; sólo que la belleza manifestada por la poesía no la toma ésta del mundo exterior, como prestada, no es la belleza natural de la nube o de la flor, sino la belleza artificial, poética, que la poesía presta transitoriamente, para sus propios fines, a la rosa y a la nube.

Esto no se entendió así siempre ni se entiende así todavía, no obstante la diafanidad de tan justa distinción entre la belleza de la poesía y la de los seres y las cosas. Para el lector común —y aun para muchos poetas— la poesía es como un túnel secreto que nos permite escapar de nuestras prisiones, de la fealdad y el horror circundantes, hacia infinitas llanuras iluminadas por el esplendor de lo bello. La razón les asiste hasta aquí, pero me temo que les falte cuando deducen, como consecuencia necesaria, que la poesía no tiene otro objeto que el de captar y exhibir la magnificencia del orbe.

De ahí que la poesía se haya asociado en el curso de su historia —y por contraste con el concepto corriente de prosa— con el uso de un lenguaje suntuario en el que sólo ciertas materias preciosas (sedas, oro, diamantes) parecen poder ofrecer a la imaginación sus puntos de apoyo terrenales. De

ahí también, de este error que desconoce el poder de la poesía como fuente de belleza, resulta el hábito de situar el suceso poético dentro de un ambiente especial, en el escenario que el gusto del momento considera apropiado. Ha habido así muchos "ambientes poéticos", como el pastoril que la Edad de Oro importó de la bucólica clásica o el ambiente oriental, de salón turco, que tanto amaban los poetas románticos. Todos falsos, como de papel, todos aparato escénico y utilería ineficaz. El ambiente así concebido nunca añadió nada a la belleza esencial de la poesía.

Pese a todo, la tendencia a elaborar un "ambiente poético" perdura en nuestros días y no faltan quienes estén sinceramente convencidos de que la poesía gana —cuando menos en actualidad— si se presenta (o se representa) en medio de los signos exteriores de la época. Tal vez, quienes tal creen, no se dan cuenta de que una apariencia de actualidad es, como cualquiera otra apariencia, extraña a la naturaleza misma de la poesía que está hecha toda de esencia e interioridad.

Debemos admitir, no obstante, por elemental confianza en la sinceridad de los empeños humanos, que nadie busca el error por el error, sino que caemos en él accidentalmente en nuestra prisa por llegar a lo cierto. Tal vez el hombre de hoy, apiñado a centenares de miles, a millones, en la estrechez de las grandes ciudades, no es ya como el hombre de otros tiempos. El hombre no vive, como solía, en la frecuentación de la naturaleza. El cielo no entra ahora a grandes pedazos azules, a paletadas, en la composición de la ciudad. Prisionero de un cuarto, ahito de silencio y hambriento de comunicación, se ha convertido —hombre isla— en una soledad rodeada de gente por todas partes. Su jardín está en las flores desteñidas de la alfombra, sus pájaros en la garganta del receptor de radio, su primavera en las aspas del abanico eléctrico, su amor en el llanto de la mujer que zurce su ropa en un rincón. La poesía no necesita de este hombre para enriquecer su belleza. En rigor, si fuese cierto que la poesía no es sino un reflector de belleza, debería huir de él y de su fealdad y de sus miserias. Pero este hombre necesita, él sí, de la poesía; que sople sobre su vida y la embellezca; que la salve de los tremendos infortunios que la amenazan y la haga digna de ser llevada con orgullo sobre los hombros.

Un hombre de Dios

Se trabaja en común para la poesía, aunque cada poeta se encierre en su torre de marfil. El poema no resulta de un encuentro repentino con la poesía. Hubo poetas que, a través de toda su obra, no buscaron sino perfeccionar un poema; y hay poemas que, en el dilatado proceso de su maduración, debieron consumir los afanes de muchos poetas. La historia de la poesía —como la historia en general— sugiere la imagen de una corriente, un río cuyas on-

das emergen al empuje de la masa de agua que las hunde, en seguida, en la disolución.

Porque la poesía —no la increada, no, la que ya se contaminó de vida— ha de morir también. La matan los instrumentos mismos que le dieron forma: la palabra, el estilo, el gusto, la escuela. Nada envejece tan pronto, salvo una flor, como puede envejecer una poesía. El poeta la hará durar un día más o un día menos, según su habilidad para sustraerla a la acción del tiempo. Su destino está trazado, a pesar de todo, e irá a dispersarse en el fondo de la sabiduría popular —yo he oído a gente humilde, carente de toda cultura, repetir pensamientos de Shakespeare como propios— o bien, regalada a los anaqueles de las bibliotecas como un objeto arqueológico, quedará allí para curiosidad de los estudiosos y la inspiración de otros poetas.

Todas estas cosas, el poeta no tiene por qué saberlas y, si las sabe, no tiene para qué recordarlas. La conciencia histórica asesinaría a la musa dentro de él. El poeta no ha de proceder como el operario que, junto con otros mil, explota una misma cantera. Ha de sentirse el único, en un mundo desierto, a quien se concedió por vez primera la dicha de dar nombres a todas las cosas. Debe estar seguro de poseer un mensaje que sólo él sabrá traducir, en el momento preciso, a la palabra justa e imperecedera.

La misión del poeta es infinitamente delicada. Dejemos que la escude tras su inocente soberbia; que la defienda, si fuere necesario, con el látigo de su infantil vanidad. Después de todo, ni la individualidad ni la duración de una obra deben montar a mucho en los cuidados del espectador. En poesía, como sucede con el milagro, lo que importa es la intensidad. Nadie sino el Ser Unico más allá de nosotros, a quien no conocemos, podría sostener en el aire, por pocos segundos, el perfume de una violeta. El poeta puede —a semejanza suya— sostener por un instante mínimo el milagro de la poesía. Entre todos los hombres, él es uno de los pocos elegidos a quien se puede llamar con justicia un hombre de Dios.

CONTESTACION AL ANTERIOR DISCURSO

Por don ALFONSO REYES.

EXIGENTE para consigo mismo, según ha sido cortés con los demás, José Gorostiza pudo conformarse —y no lo hizo— con seguir practicando la dulce música de sus *Canciones para cantar en las barcas:* melodías al contrapunto de los trovadores galaicos, aquellos hijos de los provenzales que hoy resultan nietos de los árabes españoles. Pudo conformarse con los compases paralelísticos, las rimas *de amigo*: fruta, aura, trino, mar y amor, coqueteos del agua en la orilla. Junto a esto, unas diminutas acuarelas: la cachimba del anciano, la melancolía del enfermo (¡qué Rodenbach, el de *Les malades aux fenêtres!*), el pescador de luna, la nocturna soledad misteriosa, las mujeres de la provincia, Córdoba aromática, la borrasca o la mansa luz, la sal de la elegía, el otoño. Todo esto —que en manera alguna es ingenuo, sino transparente a fuerza de sabiduría inmediata— le hubiera bastado (pero él no lo quiso) para asegurarle un fácil renombre. Todo esto le daba ya un sitio estable en las antologías de la lengua... Si fuera por esa inquietud de transfiguración que ardía ya debajo de sus imágenes, de sus objetos poéticos, de su audaz dicción: augurios de un crecimiento interior, si vale decirlo, que ya se dejaba presentir. Pero, si hablamos de evolución o transformación, midamos antes las palabras, pues tales conceptos resultan groseros para interpretar la "atemporalidad" de este poeta, esa su postura "fuera del tiempo" que ha comentado Octavio Paz. La negativa fotográfica, al ser revelada, deja ver más claramente su contenido, pero su contenido y no otro, el que ya se encerraba en sí misma.

Y así, tras la jornada de tres lustros, llegamos a la maravilla de la *Muerte sin fin* —nuestro *Cementerio aldeano* o, mejor, nuestro *Cementerio marino*—, diamante en la corona de la poesía mexicana. Aquí, como una coagulación y una evaporación, las inspiraciones bajan y suben entre el cielo y la tierra. El rocío se lleva consigo algo como los espectros de las corolas, y las corolas se beben otra vez el rocío. Retorno eterno. El espíritu se materializa. La materia

quiere "eterealizarse", como hoy se dice. Y allende la magia y la poesía, se va configurando una segunda naturaleza, tejida de interrogaciones y respuestas, de respuestas e interrogaciones, que se muerden la cola como la serpiente del símbolo. No se la palpa, no se la contempla a través del barro, de las manos o los ojos mortales. Ultima apuración de las especies platónicas, sólo cede al rayo de la inteligencia —segura, cruel y hermosa. Gira sobre sí misma la rueda del suceder, que ya fascinó a los presocráticos: del fuego al agua, del agua al fuego; y el hombre —haz de temblorosos sentidos— se levanta y quema como una callada llamarada inmortal. Ah, pero para merecer el premio definitivo, convertido en algo como una estatua de cristal de roca, cuya luminosidad misma ciega y perturba por instantes. La vida se hace muerte sin fin. La sustancia, sutilizada, se asfixia y perece en la eternidad de la Forma.

Un ejemplo:

Pero en las zonas íntimas del ojo,
no ocurre nada, no, sólo esta luz
—ay, hermano Francisco,
esta alegría,
única, riente claridad del alma.
Un disfrutar en corro de presencias,
de todos los pronombres —antes turbios
por la gruesa efusión de su egoísmo—
de mí y de El y de nosotros tres
¡siempre tres!
mientras nos recreamos hondamente
en este buen candor que todo ignora,
en esta aguda ingenuidad del ánimo
que se pone a soñar a pleno sol
y sueña los pretéritos del moho,
la antigua rosa ausente
y el prometido fruto de la mañana,
como un espejo del revés, opaco,
que al consultar la hondura de la imagen
le arrancara otro espejo por respuesta.
Mirad con qué pueril austeridad graciosa
distribuye los mundos en el caos,
los echa a andar acordes como autómatas;
al impulso didáctico del índice
oscuramente
¡HOP!
los apostrofa

y saca de ellos cintas de sorpresas
que en un juego sinfónico articula,
mezclando en la insistencia de los ritmos
¡planta-semilla-planta!
¡planta-semilla-planta!
su tierna brisa, sus follajes tiernos,
su luna azul, descalza, entre la nieve,
sus mares plácidos de cobre
y mil y un encantadores gorgoritos.
Después, en un crescendo insostenible,
mirad cómo dispara cielo arriba,
desde el mar,
el tiro prodigioso de la carne
que aún a la alta nube menoscaba
con el vuelo del pájaro,
estalla en él como un cohete herido
y en sonoras estrellas precipita
su desbandada pólvora de plumas.

Así sabe construir su torre de luces este poeta para quien, como lo ha confesado él mismo, el idioma es presencia viva, sensible, delicada: hilozoísmo que lo hace penetrar en el reino de las voces articuladas "temblando de deseo y de fiebre santa", como quien pisara el seno de una diosa dormida. El escritor persigue hasta la exasperación la palabra precisa, y en la misma creación poética hay un acecho, una pugna como de combate o de cacería. Por mi parte, dije alguna vez que es una lucha de Jacob con el Angel esta guerra para "crear un lenguaje dentro del lenguaje", duelo en que el poema nos mata o nosotros lo sometemos, —"le damos mate"—: y en metáfora más humilde, como se ha escrito, un cortar hilo por hilo todas las amarras del aeróstato, para que el poema se eleve solo, y solo se defienda entre los acosos del viento.

Nos ha dicho con razón José Gorostiza que el poeta no debe usurpar el puesto del filósofo, y que algo de ceguera divina conviene a sus exploraciones en el campo de la teoría. En este punto yo lo acompaño, y creo que Sócrates —furibundo racionalista— exageró un poco cuando pidió a los poetas que explicaran sus versos. Si alguno, en nuestros días, ha sido dotado de un instrumental poderoso para la teoría poética es sin duda Paul Valéry. Y considérese, sin embargo, la diferencia que va del análisis que él hizo respecto a su máximo poema y el que le ofrecieron sus exegetas; ante los cuales él se detenía asombrado y como preguntándose con rubor: "¿De suerte que yo he dicho todo esto? ¿De suerte que yo, la gallina, empollé ese pato?" Y esto no se entienda contra los exegetas, porque la virtud de la poesía también está

en ese equívoco fecundo mediante el cual provoca otra flor distinta en cada suelo.

Respecto a la noción "gorostiana" —y pido licencia, oh Academia de mis recuerdos, para el neologismo que se me ha escapado de repente—, respecto a la "gorostiana" noción de la poesía como atmósfera, cosa que vive por sí y exteriormente, ya sabemos bien los discípulos de Platón —todavía los hay, por suerte— que no es desatentado soñar con algo como un paraíso de versos perfectos, los cuales, una que otra vez, llegan como brisa y orean la frente del poeta. "Anagnórisis de Oreste y Electra", viene a decir José Gorostiza. Feliz encuentro sin el cual el sandio de Tínico nunca hubiera podido escribir el himno que mereció la admiración de su tiempo.

Más adelante, discurre José Gorostiza sobre la poesía-emoción y la poesía-palabra, y nada se puede objetar contra su sentimiento de que la palabra llama a la palabra, alarga tentáculos y fabrica, así, una nueva estructura de la realidad —discúlpeseme la cita—, "hija pura y radiosa del humano deseo".

Seguramente que José Gorostiza toca un punto sensible cuando nos habla de las relaciones entre la poesía y la música. (El habla más precisamente del canto. Yo conservo el término general, música, para recordar los orígenes). "¡Música ante todo!", decía Verlaine. Y Gutiérrez Nájera, oyendo la *Serenata* de Schubert: "Así hablara mi alma, si pudiera". Ha habido, y desde los tiempos clásicos, la funesta tendencia a emparentar la poesía con la pintura. Las consecuencias nunca fueron felices. Ahora bien, si dentro de la música misma hay niveles, y una es la calidad elemental y bailable, y otra la música profunda, propia expresión de la conciencia cuando se despoja de todo lo anecdótico y discursivo, así también lo que se ha llamado musicalidad en la poesía no ha de entenderse necesariamente como un juego fonético, aunque esto tampoco sea necesariamente desdeñable, dada la íntima trabazón de los reflejos. Y cuando la nueva poesía reacciona contra los fáciles recursos de rimas, aliteraciones y otras sonajas de a centavo —*articles de París,* dijo un contemporáneo—, no por eso deja de ser música. Pero en las comparaciones de la poesía y las bellas artes hay que irse siempre con cautela. La poesía, hecha de palabras, lleva y conlleva a pesar suyo un sentido intelectual directo que le es exclusivo, y que la poesía nunca podrá abandonar, a riesgo de despeñarse en los balbuceos o en las travesuras de la jitanjáfora. Precisamente el esfuerzo del poeta consiste en pasar de ese primer plano intelectual, que ha sido ya modelado por las aplicaciones prácticas del lenguaje, por la operación de las manos, al otro plano de realidades donde ya no se pide nada que nos pueda ser proporcionado más que por las palabras mismas, (y su contenido, claro está). Porque si en la expresión discursiva, por mucho que valga la expresión, ésta es una mera referencia a significados que están fuera de ella, en la expresión poética el significante y el significado se confunden, como dirían hoy los semánticos.

¿Que la prosa sólo pide los ojos, y la poesía, además, la voz? Temo que sea una declaración algo sumaria y por sumaria, un poco equívoca. ¡Oh, no! Ambas piden, en primer término, la voz y el oído; y la mano y los ojos en segundo término, puesto que la notación gráfica es un accidente, y escribir —como decía Goethe— un abuso de la palabra. La prosa existe también virtualmente, antes que la escritura y, en todo caso, el valor acústico de la prosa es reconocido desde los orígenes del arte y ciertamente desde Gorgias, en el siglo V a. C., para sólo hablar de las culturas occidentales. Ya se queja un historiador griego de los que escriben sus relatos "para el oído", sin verificar sus afirmaciones. La prosa, como género solitario, dista mucho de ser el simple coloquio en que hablaba Monsieur Jourdain. Y en tal sentido, no hay peor consejo que aquel "escribo como hablo", declaración del maestro Valdés en su *Diálogo de la lengua,* declaración que él mismo rectificaba con su ejemplo y que ha causado por ahí algunos estragos. Porque el escribir como se habla apenas vale (y ya es mucho conceder) para el monólogo o diálogo de imitación costumbrista, grado elemental de primaria en materia de creación verbal, y para el teatro que provisionalmente podemos llamar realista. La tradición secular de todas las literaturas y de todas las teorías literarias confirma lo que vengo diciendo. La frontera entre la poesía y la prosa es una investigación de mucho más difícil acceso, e impropia de este sitio. Dejémoslo así por ahora.

He escuchado con vivo interés lo que nos dice José Gorostiza sobre el crecimiento y tamaño del poema. La intención es la norma única, y el secreto está en saber cumplir con ella plenamente. Por cuanto a la reducción creciente de la poesía total a la sola lírica (y hasta de estímulo autobiográfico), —espectáculo que ciertamente estamos presenciando—, la historia literaria nos dice que éstos son fenómenos de vaivén, y nada es más peligroso que considerar todos los procesos anteriores como caminos destinados a rematar definitivamente en este punto, en esta casualidad que nosotros representamos. ¿Sabemos, acaso, lo que puede suceder mañana?

Es muy profundo y muy cierto cuanto acabamos de escuchar respecto a los ambientes poéticos que la poesía engendra artificialmente, como escenarios mágicos donde desarrollar sus evoluciones y sus danzas: la fingida Arcadia pastoril, el salón turco lleno de aromas orientales, etc. Es cierto también que hoy se buscan otros escenarios: a una parte, el social, el político (para usar la ruda palabra); a otra parte —poeta amigo— el neumático, el del alma en su soledad, soledad tan absurda que ya ni se deja escuchar el grito del Señor nombrando a Abraham. La poesía no es nada de eso, no. Tampoco el hombre está en los pies. Pero está en dos pies, sin los cuales no podría andar ni sostenerse. Igualmente la poesía necesita de recursos que le son ajenos: fatalidades inherentes a la flaqueza de las realidades que palpamos, imperfectas

copias del arquetipo, según cierta metafísica que nos es ya muy conocida. "Nadie busca el error por el error —dice Gorostiza con impecable frase—, ...caemos en él accidentalmente, en nuestra prisa por llegar a lo cierto". Yo diría más: no sólo *prisa,* palabra descriptiva pero no interpretativa: *afán.* Y no sólo *afán,* interpretación, pero no disculpa: *imposibilidad* filosófica de abarcar nunca el absoluto. Esto sea dicho para la poesía como idea. Que, en cuanto a la poesía como función de palabra, como poema, puede estar casi en todas partes, y en alguna tiene que estar. No es un delito poético tener asunto, ¡no faltaría más! Se tiene asunto aunque no se quiera.

Y ¿por qué llorar si la poesía está destinada a absorberse en la vida como uno de sus alimentos naturales, y si un día el hombre más humilde repite como cosa propia, la sentencia de Shakespeare; y si "los narradores de historias buscan el arte poética en los labios de la nodriza", según se ha dicho por ahí? La poesía acompañará al hombre mientras el hombre exista, y mejor aún mientras más de cerca lo acompañe. Entre la vida y la poesía se establece una circulación constante, como en el ciclo del ázoe.

Permítanos José Gorostiza —aunque ello lastime un poco su elegancia— que hablemos de él directamente. Pocas veces se habrá dado entre nosotros un caso de mayor autenticidad, de mayor seriedad. El diplomático, el servidor del Estado, cuya exactitud, cuya lucidez, diligencia y abnegación llegan al sacrificio, nada ha pedido para sí. No se ostenta, se transparenta. A fuerza de nitidez en sus actos y en su conducta, logra que la mirada no tropiece nunca con él, y él deja correr por sus brazos la masa de las labores públicas sin que se le oiga jadear. Se despersonaliza en la acción, se entrega entero, mata el obstáculo del yo, del odioso yo que dijo el filósofo. ¿Y el poeta? El poeta es un solitario: *Deus et anima mea.* Sin propaganda y sin tertulia, desnudo y sin armas. No hay postizos, no hay siquiera fraude sentimental. Se arroja entre sus fantasmas resuelto a vencer o morir. Se sumerge, como el buzo, sin darnos cuenta de sus fatigas subacuáticas, para resurgir trayendo la perla en la palma de la mano. Prescinde de todo lo inútil, aprieta la esencia. De aquí que su obra sea tan pequeña como tan grande. Hasta se nos ocurre que no le importa ser oído. Su poesía parece una oración. Diré más: una oración en silencio y al silencio.

Hace años, hallándome en el Brasil, revolvía con mi colega francés unos papeles de su embajada. Dimos inesperadamente con ciertos informes comerciales, secos y justos. Las cifras, exactas; la lengua, neutra. Y —"Vea usted —me dijo mi colega—, ¿quién se figuraría que estos documentos están firmados por Paul Claudel? ¿Puede darse una expresión más corriente y maliente, más administrativa, más ceñida a su objeto práctico? ¿Y no prueba esto que toda esa poesía recóndita es una gran falsificación?" —"Al contrario —le contesté—: esto prueba la asepsia mental del poeta, que no se deja enturbiar

por el funcionario, y la honradez del funcionario que cumple sus menesteres oficiales con perfecta humildad, sin falsearlos un punto bajo el pretexto de ser poeta. ¡No me dé usted 'literato-diplomatoides' como alguno que, para comunicarme en nota oficial el haberse hecho cargo de su embajada en Río, acaba de ponerme una nota hablándome de 'las vencedoras carabelas que antaño surcaron el Océano llevando por mascarón de proa el rostro de Jesucristo!' " Verdad es que aquí no había literatura, sino mala literatura. En todo caso, lamentable confusión entre las especies. —Medítese en esta sencilla lección, y luego, aplíquesela por contraste a la persona de nuestro José Gorostiza.

Pero ¿será lícito consumir a este hombre y dejarlo que se consuma entre los despachos oficiales? ¿Para cuándo reservamos, entonces, el premio que se debe al espíritu? ¡Ay, la burocracia! ¡Ay, los papeles del Gobierno! (Todos en ellos pusimos nuestras manos). Ayer fue conquista lo que ha comenzado a ser estorbo. "Hoy la luz nos viene del Norte", cantaba Voltaire —exagerando un poco— cuando Federico el Grande comprometía su voluntad por escrito y sujetaba así —según quieren ciertos tratadistas, también exagerando un poco— sus caprichos de soberano al pacto y a la promesa de su firma. Pero hoy suspiramos ya por las administraciones orales, y ojalá entre radiodifusión y dictáfono acaben de emancipar la pluma y la dejen sólo consagrada a su alto oficio literario. En todo hay su más y su menos. Tiene razón José Gorostiza al hablarnos de las enfermedades del "profesionalismo literario" y la conveniencia de que el escritor cree en libertad, sin tener que someterse a los antojos del público. Es, pues, deseable que de veras se le ponga en condiciones de libertad y que no se le someta a otras cadenas acaso más pesadas, si es que algo saben de ellas mis hombros. Además, en nuestro medio, la verdad sea dicha, esa tal demanda del público es tan leve y escasa que yo no sé si se la siente. Casi me atrevo a decir que no existe, no hay razón alguna para temerla. Pero si de veras la vulgaridad de las masas ahogara necesariamente la producción de calidad, entonces, sencillamente, no habría grandes escritores en el mundo, o habría muchísimos menos, puesto que, en su inmensa mayoría, ellos proceden de la clase profesional de las letras. No, poeta y amigo, no nos resignemos tan fácilmente, no aceptemos engañosos consuelos.

Nuestra Academia se honra hoy en recibir a un noble poeta mexicano. Yo no he pretendido levantar la reseña de sus libros, sus datos. Me parecía impropio de la ocasión. ¿O queríais que hablara del poeta contando sus pasos por metros, midiendo por kilos sus palabras, fijando —otra vez— la fecha en que nació, asegurando que no habrá de morir del todo? ¡Pero esto último ya lo sabemos de sobra! Yo no he querido más que alargarle la mano en público y ofrecerle, no sólo mi cordialidad, nunca escatimada, pero mi admiración también, que no suele brindarse a ciegas. Sea muy bienvenido entre nosotros José Gorostiza, el poeta y el hombre.

EL ESCRITOR Y EL PUBLICO DE HISPANO AMERICA *

Por don Rodolfo Grosmann.

TODO estudio crítico de literatura, cuando pretenda ser completo, no perderá de vista tres elementos: los autores, las obras y el arraigo de éstas en el público. Cada obra es una revelación de la vida interior del que, muchas veces, dio la sangre de sus venas por producirla. Ya hace mucho tiempo que se descubrió esta íntima relación entre el creador y lo creado, y apenas habrá una obra de historia literaria que no la tenga en cuenta. Pero lo creado no llega a cobrar vida mientras no tope con un ambiente que lo acoja, que le dé resonancia y, al dársela, lo incorpore como elemento integrante a la vida espiritual de una nación. Esta resonancia puede ser mucha o poca, objetiva o injusta, de aprobación o de rechace, puede revestir caracteres de ruidosa exhibición en público o limitarse sencillamente a la silenciosa pero profunda simpatía de unos pocos adeptos. Lo esencial es que ella llegue a producirse y sea el vínculo entre el artista creador y el público, el individuo y la colectividad humana. Esta relación viene a ser, pues, función eminentemente sociológica, que hasta ahora no se ha estudiado tan a fondo como las de orden más o menos psicológico que median entre el autor y su obra. Se me permitirá, por lo tanto, que en esta ocasión haga algunas observaciones generales sobre el particular, a lo cual me animan, en primer lugar, los notables ensayos que a este tema ha aportado precisamente la historia literaria de mi patria argentina.

Aún no hace mucho tiempo que nuestra crítica literaria, incluso la europea, se orientaba en un sentido meramente positivista, lo cual correspondía a la actitud realista de la segunda mitad del siglo XIX, época que en primer lugar aspiraba al dominio técnico de la materia.

Aquella ciencia literaria daba por cumplida su misión con levantar un inventario exacto de la literatura de una nación, estableciendo una limpia clasi-

---

* Conferencia leída en la Academia Mexicana, correspondiente de la Española, el día 19 de marzo de 1955.

ficación de datos y, dentro de ellos, un análisis sistemático de los hechos. En cuanto a los autores, se procuraba reunir, sin hacer caso de la inspiración que en cada momento guiara la concepción de la obra, el mayor acopio de fechas biográficas, para lo cual se recurría, en lo posible, al documento oficial, la partida de bautismo, el certificado de defunción o el acta judicial, documentos todos ellos de tipo burocrático y sin vida. Más tarde se empezaron a aprovechar también documentos de carácter personal, cartas y otras cosas por el estilo. Es cierto que de esta forma se obtenía un material biográfico absolutamente fidedigno, el cual, con todo, no nos brinda información alguna o, a lo sumo, un par de conceptos estereotipados, acerca de la verdadera esencia de la vida de un autor, sus obras y la repercusión que éstas tuvieron sobre el público a que iban dirigidas.

Este método primitivo de la ciencia literaria fue substituído luego por el de la interpretación estética, que no tenía por objeto la descripción exterior sino la interpretación de la obra de arte sobre la base de su estructuración intrínseca. De este modo, la investigación vino a concentrarse por primera vez en el hombre, no en la técnica y mecanismo de los procesos, sino en el individuo de carne y hueso, que con sus vivencias y sus visiones logra plasmar todo un mundo en una obra de arte, llegando a producir sobre sus coetáneos una serie de efectos que en los grandes maestros de la literatura universal llega a ser de un poder de penetración casi místico. Con el fin de alcanzar la más íntima compenetración posible con el acto de la creación artística, se empleó un método que el positivismo no había aplicado sino muy rara vez, o sea la crítica estilística. Se partía del concepto fundamental de que la lengua era, en primer lugar, algo afectivo, y no una función lógica del intelecto como pretendían los positivistas, y, por lo tanto, se dio la máxima importancia a la fijación de aquellas particularidades estilísticas, que por una parte permitieran sacar conclusiones relativas a la mentalidad del autor y, por otra, sobre la época en que se produjeron sus obras. Se había encontrado un instrumento que nos ponía en condiciones, y algunas veces con método científico altamente fructífero, de asignar al autor individual su puesto dentro del origen general y la ideología común de los hombres de su época.

Después de lograr esta aproximación intuitiva, en un principio psicológica, ya no hacía falta más que recurrir a otros métodos más antiguos, ideados en parte por la ciencia historiográfica del romanticismo, y extender el análisis a las formas concretas de la vida cultural, política y económica de la época, para tender el puente que uniese al autor y sus obras con la inmensa y complicada realidad de la vida. Así, el microcosmo de la obra de arte individual quedó encuadrado en el macrocosmo de la nación en un punto determinado de su desarrollo. Cada autor y cada obra aislada, es decir, el ele-

mento individual, se nos revela entonces con toda claridad como función de la sociedad, que imprime su sello particular a dicho desarrollo haciendo resaltar al individuo como elemento integrante del dinamismo evolutivo.

Es curioso ver cuántos problemas de la historia literaria cobran un aspecto muy peculiar cuando se les enfoca desde un punto de vista sociológico.

Escogeré aquí algunos que me parecen de particular interés para los sudamericanos como, por ejemplo, el antagonismo entre literatos "eruditos" y "populares"; el papel que como escritora y poetisa se concede a la mujer; y el problema de hasta qué punto se puede ser literato, es decir artista productivo, sin necesitar ejercer una profesión más lucrativa para poder existir.

Abordemos el primer problema.

Como es sabido, existían en la época colonial de América dos planos sociológicos completamente separados uno de otro: la raza blanca que "eo ipso" era la privilegiada y que dominaba y daba el tono en lo cultural, mientras que la de color, integrada por indios y negros, como raza inferior tenía que servir fatalmente al hombre blanco. El negro, incluso oficialmente, vivía en la esclavitud. Mientras que en las metrópolis europeas, pese a todas las barreras que oponían el origen, la reputación profesional y la situación económica del individuo, los patricios y los plebeyos se hallaban unidos al menos por el vínculo común de la sangre, constituyendo un pueblo y más tarde una nación, en América se enfrentaban individuos de dos o tres razas, que cuando pertenecían a las de menor prestigio, sólo podían elevarse a la categoría de la raza considerada como superior, en virtud de un acto de tolerancia o de gracia que emanase de esta última. El Estado español y la Iglesia eran bastante prudentes para dar de vez en cuando semejantes pruebas de tolerancia. El ejemplo más famoso que todos Uds. conocen, es el del Inca Garcilaso, el historiador del Perú, cuyo padre fue un conquistador de rancio abolengo español, y cuya madre descendía de una familia india más aristocrática aún, si cabe. A uno de sus parientes españoles le cupo el doble honor de vivir y morir al amparo de la gracia de Carlos V y de ser uno de los mejores líricos renacentistas de España. La madre del Inca Garcilaso se preciaba de ser princesa de la dinastía incaica y de descender del Dios del Sol en línea directa. Si el Inca Garcilaso, autor de los famosos *Comentarios Reales* y de la *Historia General del Perú,* consiguió incorporarse a la clase dominante de los conquistadores blancos, alcanzando fama de literato nada común, parece que esto se debe en primer lugar a la excepcional posición de su madre, pues de otra forma hubiera sido difícil que se produjese cualquier clase de simbiosis. Hasta me parece dudoso que Garcilaso lograra un triunfo social comparable al que obtuvo, si se hubiese quedado en el Perú en lugar de tener la perspicacia de trasladarse a España cuando aún era muy joven, poniendo su espada y su

pluma al servicio exclusivo de Su Majestad Católica y consiguiendo de esta manera que ya no se le considerase como semiindio sino más bien como huésped interesante, un poco exótico, pero de buena familia.

No era sólo la diferencia del color que en aquella época abría un abismo entre los artistas y escritores blancos por un lado, y los de color por otro. Tampoco lo era una imposible inferioridad artística de estos últimos, pues no tenemos motivos para suponer que en los siglos XVI y XVII hubiesen ya degenerado considerablemente en comparación con la época en que el rey mexicano Netzahualcóyotl y sus amigos entonaron sus himnos al amor y la muerte o cuando en el Perú ocurrió algo parecido con la legendaria figura de Manco Capac y del Inca Pachacútec.

Más importante me parece que los poetas blancos de la América colonial eran, como todos los occidentales a partir del Renacimiento, unos individualistas decididos, mientras que los escritores indios, hasta los más instruídos, se sentían miembros de una comunidad trascendental preestablecida, y que en el fondo se explica por la mágica vinculación que la América precolombiana suponía entre el individuo y el universo. Al intervenir activamente en la conquista, el español blanco que vio fortalecidos por tan magna empresa sus sentimientos de superioridad, pudo vivir en América una vida completamente libre y sin sentirse vinculado interiormente a ninguna comunidad intelectual. Un auténtico movimiento poético de tipo colectivo como, por ejemplo, el de los maestros cantores alemanes del mismo siglo, —movimiento que traía su origen de los gremios de artesanos— no lo hubo entre los españoles de América. Aun en las ocasiones que atraían a los poetas en masa, como los certámenes organizados en México en 1585 o los panegíricos a que las universidades invitaban a sus catedráticos para festejar la llegada de un nuevo virrey, no le interesaba al poeta español destacar lo común a todos, sino que, muy al contrario, cada uno aprovechaba la oportunidad para dar mayor realce a su propia persona y hacer que ésta descollase entre los demás. Lo que hubo fue, en el mejor de los casos, más bien una respetable acumulación de realizaciones individuales que la confluencia emocional de muchas almas.

Tan altivo aislamiento alcanzaba un singular desarrollo en los medios de la burguesía universitaria. Por no haber clase media de tipo burgués en las colonias americanas, menos todavía que en la metrópoli española de los siglos XVI y XVII, todo poeta burgués, al conferírsele un grado universitario se veía elevado sobre la masa anónima imaginándose haber alcanzado algo así como un título de nobleza. Si las dos cortes virreinales de Lima y de México desempeñaban en el Nuevo Mundo el papel de la corte de Madrid, las universidades de ambas capitales eran para el Nuevo Mundo lo que para España las de Salamanca y de Alcalá. Sólo llamábase literatura

lo producido dentro del ámbito de las aulas y casi sólo podía contar con el aplauso del público y con la resonancia social el literato que se mantenía dentro de los límites de este ambiente.

Así se explica que durante la época colonial no hubo manera de tender un puente entre los poetas europeizantes y los autóctonos. Es cierto que ocasionalmente y, sobre todo, entre la descendencia americana de padres españoles, se registran los primeros síntomas de una orientación nativista, que en ciertos momentos, como por ejemplo en la lírica brasileña, puede llegar hasta una muy pronunciada anticipación de un pensamiento que ya merecería calificarse de nacional. Pero estas manifestaciones nunca se salieron de los límites de un orden y preceptos rigurosamente europeos, para los cuales seguía siendo "terra incognita" la poesía genuinamente popular de los mestizos y de los americanos amantes del terruño.

No fue sino la era de las guerras de la emancipación que hizo que estos dos mundos se aproximaran el uno al otro, cuando el hijo del patricio porteño o limeño y el gaucho semiindio de la Pampa se sentaban juntos en torno a la lumbre del mismo vivac. Sin embargo, tampoco en aquella época se hizo efectiva la compenetración. Las actividades literarias, sobre todo de la ciudad, seguían siendo el dominio casi exclusivo de la "gran literatura", con sus representantes muy "sui géneris". Por otra parte es cierto que cuando el romanticismo europeo de Chateaubriand y su variante norteamericana representada por James Fenimore Cooper vinieron a admitir al indio como presentable en la buena sociedad, entre la gente culta de las ciudades fueron cada vez más los que no se conformaban ya con dejar a la ingenuidad de los poetas campesinos el cultivo exclusivo de los tipos, formas, figuras y motivos de la literatura popular, sino que trataron de incluir todos estos elementos en la literatura de alto vuelo. Esto tuvo por consecuencia que los elementos conservadores e intransigentes entre los literatos urbanos de América exagerasen más que antes la nota exclusivista, clasicista y amanerada, mientras que, viceversa, los rústicos literatos populares iban siguiendo, cada vez más de cerca, a los románticos urbanos aficionados a lo rústico, para, en algunos casos, identificarse con ellos. Entre los primeros, es decir, los intransigentes, predominaba la tendencia a atenerse, deliberadamente, a las reglas de la literatura occidental en la forma que se venían transmitiendo desde Europa, mientras que la producción del otro grupo es mucho más espontánea, descuidada en sus formas y su falta de propósitos, de manera que por lo menos cuando se la observa superficialmente, el grupo romántico popular parece reflejar el modo de ser americano mucho más fielmente que las creaciones de los poetas urbanos que tantos alardes hacen de su cultura.

Cuando estudiamos la América del Sud en el siglo XIX, saltan a la vista determinados fenómenos sociales, que la distinguen tanto de la época

colonial como de las antiguas metrópolis. El más significativo de ellos consiste en que los criollos, hasta entonces postergados en todos sentidos, se hacen cargo del papel que antes desempeñara la nobleza española, la jerarquía de funcionarios y el clero, de manera que son criollos los que ahora constituyen la nueva clase privilegiada de los patricios. Entre los que antes gozaban de prerrogativas, es sobre todo el clero que se ve relegado a segundo plano, siendo ya un caso excepcional el del clérigo poeta y escritor, que durante la época colonial había sido lo normal al menos en determinados dominios de la literatura. Por otra parte, se crean, por primera vez, y debido sobre todo a la inmigración europea que afluye a las capitales, las condiciones previas para la formación de una clase media en el sentido europeo, la cual goza de mucha estimación social y se viene a colocar al lado de los patricios criollos, sobre todo cuando sus representantes disponen, o de una sólida y amplia base económica o de una excepcional amplitud de miras en lo intelectual. Tal vez hubiera podido esperarse de estos inmigrantes una influencia sobre la literatura americana más inmediata y más fecunda de lo que en realidad ha sido, si las grandes masas de los inmigrantes hubiesen acudido a estas tierras en un período de orientación menos materialista que la segunda mitad del siglo XX. Al principio son pocos los autores independientes que descuellan entre los inmigrantes, primero en la prosa y mucho más tarde también en la poesía lírica, lo cual parece demostrar que los escritos y poesías de estos europeos fueron antes obra del intelecto que del corazón.

Los escritores representativos de la América del siglo XIX en un principio se han de buscar, por lo tanto, entre los patricios y los círculos a ellos allegados de las capitales. Se trata de gente que a pesar del apasionamiento con que declama contra España desde el punto de vista político, en lo formal sigue ateniéndose, por mucho tiempo, a los modelos que le brinda la Madre Patria. Los que entre estos autores fueron clásicos tardíos o prerrománticos, solían escribir himnos a la libertad del individuo y de los pueblos en los metros de un Quintana, de un Espronceda o de un Duque de Rivas. Hasta los realistas entre ellos se preocuparon muy poco por dar relieve a la realidad política y social de una nueva nación argentina, chilena o uruguaya en formación sino que consideraban cumplida su misión de escritor postromántico al consentir en una cierta despersonalización del yo en beneficio de la colectividad. Sin embargo, fueron insignificantes estas concesiones que el individuo hizo a la colectividad, porque no significaban, ni muchísimo menos, la renuncia definitiva al individualismo propio, sino, a lo Sumo, el encuadramiento de este "sacro individualismo" en el conjunto de problemas sociales de la época. Esto se manifiesta, por ejemplo, en el hecho de que en distintas zonas del parnaso americano se tratan los mismos temas, como por ejemplo el

de los deberes del ciudadano frente a la nación o aquel de las naturales relaciones entre el hombre, su familia y el prójimo, pero que todo esto no llega a tomar cuerpo en una consolidación de escuelas literarias homogéneas y de bien definida personalidad. No se puede hablar, por lo tanto, de un romanticismo americano, sino sólo de un movimiento romántico en México, Colombia, Chile o la Argentina, y hasta me viene la sospecha que cada uno de estos romanticismos no fuera más que una suma de románticos individuales o que serían románticos encubiertos muchos de los pretendidos realistas, según y como fuesen los afectos predominantes en cada uno de ellos. En el fondo, todo el siglo XIX hispanoamericano lo domina el poeta que se acerca a la colectividad con un criterio personal y cuya producción se caracteriza por un muy marcado individualismo del concepto poético.

Tal fenómeno no carece de razones históricas. El intelectual de primera fila de aquellos tiempos de la liberación latinoamericana y de las luchas intestinas que la siguieron era un tipo eminentemente heroico. Era el literato artista (y he aquí un notabilísimo fenómeno de paralelismo entre el siglo XIX y la época de la Conquista) que manejaba con igual destreza la pluma y la espada. Estos personajes, impulsados por su genio y por un extraordinario subjetivismo (subjetivismo de las ideas, pero no de la forma, como ya se dijo) siempre están listos para la acción y siempre tratan de dar salida, por el verbo, a cuanto les ahoga el alma. Sus anhelos de libertad democrática los llevan a alzarse tanto contra los "realistas" (o sean los españoles) como después en contra de los "criollos" y de los "tiranos" de sus tierras. Una parte de ellos se sacrifica en los campos de batalla, otros mueren en el destierro y hasta en aquellas personalidades de vida menos azarosa y de espíritu más equilibrado, como los clasicistas Olmedo y Bello, sería peligroso separar al artista del político vinculado a la "res pública", pues ellos mismos consideraban sus actividades artísticas y literarias como una elevada misión representativa. Por lo tanto, el público no esperaba de ellos creaciones exclusivamente artísticas sino más bien la manifestación de sus creencias y de su actitud personal respecto a los acontecimientos de la época, y el mismo público les perdonaba que el ciudadano fuera superior al poeta.

Esta situación no la vemos superada sino por los modernistas en los umbrales y en el primer decenio de nuestra centuria. Es la ambición de ellos ser poetas antes que ciudadanos y, más que eso, poetas puros sin consideración a que al mismo tiempo también son ciudadanos. Pero esto también significa que seguían siendo individualistas y que en ellos suele haber una discrepancia marcada entre la obra y la vida, o entre la vida y el medio ambiente, discrepancia que muchas veces llega a ser mucho mayor que en cualquier romántico. Como ya los describió Francisco García Calderón en su conocido libro sobre las democracias latinoamericanas, publicado hace 40 años, son ambiciosos,

sienten el prurito de alcanzar fama rápidamente y además andan desorientados por el cosmopolitismo o por su vanidad individualista. Los modernistas no se preocupaban en lo más mínimo por ejercer una influencia inmediata sobre extensos sectores de la sociedad, que la mayoría de ellos rechazaba de plano. Tanto más satisfechos se sentían cuando después de encerrarse en su "torre de marfil" les fue dado brindar a unos pocos adeptos las exquisiteces de un arte que sólo era asequible a una minoría selecta.

Tanto más profundo fue el cambio, que en la era presente de la literatura sudamericana por fin ha logrado tender un auténtico puente literario entre el autor y la colectividad. Es sobre todo la novela, género cuyos autores han demostrado casi todos tener una tan profunda visión del desarrollo económico, social y cultural que entre tanto se ha alcanzado en Sudamérica, que ya no se nos presenta, como en la Europa de la época realista, tan sólo como un reflejo de las realidades de la vida y de la nación (es decir como consecuencia secundaria de una serie de hechos de carácter fundamental) sino que, al revés, la obra artística del escritor muchas veces viene a determinar, casi bajo la forma de programa, el futuro desarrollo de las cosas. Es la obra misma la que adquiere el carácter fundamental y creador. A este respecto el comportamiento de los escritores americanos se puede comparar al del ingeniero ferroviario o de caminos. Mientras que en la vieja Europa un ferrocarril o una autopista sólo se trazan cuando responden a una perentoria necesidad de tal o cual región, en la moderna América se las construye antes de existir habitantes en la comarca en cuestión porque se espera que así se llegará a poblar. En la misma forma se crea la literatura nueva, con la esperanza de que llegue a atraerse a los hombres que la consideren luego como algo esencial para su existencia. Es, por decirlo así, la literatura del empresismo espiritual, cuyo desarrollo estamos presenciando ahora.

Todas estas fases de las relaciones entre el escritor y el público que acabo de esbozar, son fases de la literatura urbana, o, por lo menos, se desarrollan en el medio intelectual de las grandes ciudades. Marcha paralelamente a ella el gran conjunto de la poesía popular y sus humildes representantes. En el siglo XIX ya no resulta tan fácil determinar los límites entre uno y otro género de ficción, los cuales, como ya queda dicho, en las fases iniciales del coloniaje aún se hallaban separados por una barrera infranqueable, tanto que para los literatos cultos ni siquiera existían sus colegas populares. Desde las guerras de la Independencia en adelante se establecieron los primeros contactos entre los representantes de ambos géneros y hacia el año 70 empieza a ser efectivo el intercambio entre ellos. Para distinguir con facilidad al literato genuinamente popular del representante de la "gran literatura", diremos que la diferencia estriba esencialmente en el hecho de que al autor de obras populares no se le conoce o no se le conoce ya, es decir, que al público no le interesa el nombre

de quien, como individuo, ha desaparecido entre la masa. Considerando la obra, y no a la persona, esto quiere decir que la literatura popular lejos de reflejar conceptos meramente subjetivos, se funda primordialmente en la típica conciencia colectiva de amplios sectores del público. Las dos categorías de la "gran literatura" y de la "literatura popular" se hallan, por lo tanto, menos ligadas a las ideas de una mayor o menor diferencia de castas, a un mayor o menor grado de cultura intelectual y menos que nada a una mayor o menor fuerza creadora del artista, sino más bien al contraste entre un concepto individualista del mundo y una ideología colectivista.

Veamos, para mayor claridad, un ejemplo antiguo de la literatura de habla española fuera de América. ¿Por qué será que conceptuemos como expresión de suprema y docta poesía las redondillas del gran lírico español Diego Hurtado de Mendoza y de otros muchos poetas españoles allá por el 1550, a pesar de ser la redondilla la forma métrica más popular de la España de entonces? Será porque en las redondillas de Mendoza y de los poetas de su escuela no vibra un alma colectiva sino el estro de una "élite". De Hurtado de Mendoza sabemos que era un gran señor, cuyo estilo de vida le permitía sentirse como en su casa en todos los centros de la actividad política, intelectual y social de la Europa de Carlos V y del Concilio de Trento. Ahora, a pesar de ello, vemos más o menos generalizada la opinión de que este mismo Mendoza es también autor de la célebre novela picaresca del *Lazarillo de Tormes.* A nadie le chocó que un representante de la más rancia nobleza española escribiera esta novela francamente plebeyista del siglo XVI. ¿Por qué será? Porque en el *Lazarillo* vemos expresada efectivamente la idiosincrasia del pueblo español en toda su profundidad y envergadura, de manera que la obra da la impresión de ser creación colectiva del alma española. Así se explica que a un poeta se le pueda apreciar, en determinados momentos de su vida, como poeta erudito y, en otros, como vate popular. También ocurre algo de esto en Sudamérica, y sirva de ejemplo aquel famoso pasaje del *Facundo,* donde Sarmiento habla del cantor argentino citando una anécdota que se refiere a Echeverría, seguramente uno de nuestros "poetas cultos" por antonomasia, cuya significación programática para la gran literatura argentina es conocida al último de los escolares de nuestro país. Dice Sarmiento: "El joven Echeverría residió algunos meses en la campaña en 1840, y la fama de sus versos sobre la Pampa le había precedido ya; los gauchos lo rodeaban con respeto y afición y cuando un recién venido mostraba señales de desdén hacia el 'cajetilla', alguno le insinuaba al oído: Es poeta, y toda prevención hostil cesaba al oír este título privilegiado". "Poeta" quiere decir, por lo visto, poeta vinculado al numen de la tierra y capaz de expresarlo, no tan sólo en virtud de su cultura literaria, sino en la misma forma en que le diera expresión cualquier hijo ingenuo del

pueblo. La misteriosa y primitiva vinculación del ser colectivo humano al ambiente del suelo patrio, el hombre telúrico: he aquí lo que en el fondo caracteriza al poeta genuinamente popular, al que nuestra literatura argentina puso en aquel entonces la denominación colectiva de "payador". Como esta característica nunca se dará en ningún poeta inmigrado desde Europa, no encontramos "payadores" entre los colonos que nos vinieron de allende el Atlántico, aun cuando su idioma materno fuese el mismo castellano.

El ejemplo más interesante de identificación de un literato culto con el colectivismo de la idiosincrasia nacional no lo ofrece por cierto, Echeverría, sino José Hernández en *Martín Fierro*. Como militar, estanciero, político, jurisconsulto, doctor en Derecho y fundador de la importantísima *Revista del Río de la Plata* fue seguramente Hernández lo que ya se diría un "letrado" en la América colonial y en la España del siglo XVII, es decir, aquella clase de personaje culto que llevaba en el bolsillo la garantía de la estima general y nunca dejaba de llegar a lo más alto de la jerarquía social cuando así se le antojaba. Que uno de estos letrados y su poema salieran en defensa del gaucho matrero de la Pampa que hacía frente a la civilización, —y esto querrá decir en defensa del hombre telúrico y del numen de la tierra— le granjeó a Hernández, muy pronto, una gran popularidad entre los lectores de gustos menos refinados. Sólo mucho después, lo trascendental de tal actitud también se reconoció entre la gente culta, siendo uno de los primeros en aplaudirla el español Unamuno. El *Martín Fierro* no significaba, en efecto, ni más ni menos que una curiosa reconciliación entre las poesías europea y payadoresca, pues es el único poema épico de la América latina escrito por un hombre culto en el cual no se advierten influencias de modelos europeos, y que, por lo tanto, representa un nuevo tipo épico "sui géneris". En el *Martín Fierro,* el indianismo romántico meramente descriptivo y en el mejor de los casos tomado de Fenimore Cooper y de Chateaubriand, así como el indigenismo del año 60, caracterizado por la interpretación psicológica del hombre autóctono, han llegado a la etapa del gauchismo, en el cual el que constituye el objeto primordial del interés no es el indio sino el mestizo indio-español, ya casi autóctono, que se ve observado con la fina sonrisa, algo desdeñosa, del realismo ingenuo y estudiado por un vate que en un principio no pertenece al ambiente de que nos habla. Puede ser que dentro de algunos siglos el nombre de José Hernández se considere de tan escasa importancia como el del casi anónimo Thuroldus, autor de la canción de Roldán francesa o el del juglar, más desconocido todavía, que compuso el cantar de Mio Cid, pero la obra persistirá y se la ensalzará como origen de la epopeya popular sudamericana, igual que la Chanson de Roland, el cantar de Mio Cid y la gesta de los Nibelungos, primeras grandes manifestaciones de las literaturas nacionales de Francia, España y Alemania res-

pectivamente. Y es porque en estas obras, por fin, pudo encontrar una sociedad en vías de formación la adecuada expresión poética de su modo de ser, en forma tal vez algo tosca aún, pero que no por eso deja de señalar nuevos rumbos. Fue una realización eminentemente social, que puede considerarse como colocación de una primera piedra en el dominio de la literatura, y tuvo por consecuencia una modificación radical de las relaciones entre la gran literatura y la literatura popular.

Otro problema literario, que a mi entender sólo se podrá aclarar al enfocarlo con un criterio sociológico, lo constituye el de la escritora femenina dentro del ciclo cultural hispano-portugués del Viejo y Nuevo Mundo. A mi auditorio no le es desconocido el numéricamente más que modesto papel que en este ciclo cultural ha desempeñado la mujer literaria hasta los umbrales de nuestros días. No se trataba seguramente, para explicarlo, de una menor capacidad intelectual del sexo, lo cual queda demostrado por los dos casos, casi únicos, que se salen de la antigua regla del "mulier taceat in ecclesia": Santa Teresa en la España renacentista y Sor Juana Inés de la Cruz en el México de la época barroca. Pero las dos no eran sencillamente mujeres, eran monjas. La monja y la maestra, he aquí las únicas profesiones que desde antiguo también se vieron asequibles a la mujer en los países latinos.

Sor Juana Inés de la Cruz ya demostró tener plena conciencia de que su propósito de desempeñar un papel en la vida literaria e intelectual de su país constituían una inaudita infracción de las convenciones sociales de su época, pues antes de asistir a las clases de la Universidad de México pensaba tomar la precaución de vestirse de hombre esa mujer tan delicada y tan bella, a cuyo natural era totalmente ajena toda nota de masculinidad y que ha dejado algunas poesías en las cuales late, según hace poco demostró Ludwig Pfandl, un erotismo a veces explosivo.

Cabe afirmar algo análogo con respecto a otra gran poetisa, que tras 150 años de silencio de la inspiración femenina en la literatura americana viene a elevarse a la altura de Sor Juana. Me refiero a la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda, que se crio en España, dónde por fin quedó enraizada para siempre. Su poesía también se distingue por lo apasionado de la expresión y la develación, sin miramientos de ninguna clase, del yo, pero, a pesar de ello, o precisamente por ello, los coetáneos consideraban a la Avellaneda como prototipo de la emancipación femenina. Se tomaba, por lo visto, por un acto varonil en el mundo hispánico el que una mujer manifestase públicamente los más íntimos sentimientos de su corazón, manifestaciones que la sociedad de entonces acogió con una sonrisa entre burlona y compasiva.

En el fondo es lo mismo que todavía acontece en los primeros decenios del 1900 cuando hacen su aparición en el firmamento literario de América los tres astros Delmira Agustini, Juana de Ibarbourou y Alfonsina Storni. Delmira Agustini se calificó a sí misma de "bacante del amor", pero seguramente se hubiera mantenido más reservada si su decidida posición de defensa, el grito de combate lanzado por ella en contra de una sociedad de orientación exclusivamente masculina, no la hubiesen llevado a exagerar la nota de sus anhelos de gozar de la vida como mujer, pues no tenemos ni siquiera la seguridad de si hasta muy antes de su trágico fin se le ofreciera la oportunidad de una auténtica vivencia amorosa.

En la persona de Gabriela Mistral, que en sus comienzos, como Uds. saben, fue maestra rural, es decir, ejercía una de las profesiones femeninas desde antiguo admitidas por la sociedad, la mujer escritora por fin ha logrado verse reconocida por esta misma sociedad sin reservas de ninguna clase. Gabriela consiguió ocupar cargos hasta entonces vedados a la mujer, como el de Cónsul honorífico de Chile en Madrid, moviéndose además, en el Instituto de Cooperación Intelectual, con una notabilísima y no por eso menos natural superioridad entre los estadistas de la Sociedad de Naciones, sin hacer por ello violencia a los instintos profundamente femeninos de sus poesías, sus anhelos de maternidad y el amor que desinteresadamente dispensa su protección a la criatura indefensa.

El mar sus millares de olas
mece divino.
Oyendo a los mares amantes
mezo a mi niño.

El viento errabundo en la noche
mece los trigos.
Oyendo a los vientos amantes
mezo a mi niño.

Dios Padre sus miles de mundos
mece sin ruido.
Sintiendo su mano en la sombra
mezo a mi niño.

Esto no lo supo escribir sino una mujer. Pero no puede menos de asombrarnos profundamente que fuese la misma mujer cuya palabra tenía peso en los labios de Ginebra y de París y que rodeada de un grupo de colegas varones recibió de manos del Rey de Suecia el Premio Nóbel de Literatura.

Gabriela Mistral es la primera escritora americana desde los tiempos del coloniaje que nos da la sensación de no haber rebasado los naturales límites de su sexo y de haber alcanzado, a pesar de ello, la plena igualdad de estima con los hombres, mejor dicho, la natural aceptación de una mujer por parte de una sociedad de orientación preferentemente masculina. Una magnífica actitud espiritual, artística y humana por una parte ha dado lugar a una modificación de la actitud social en la otra. Valdría la pena averiguar detalladamente si aquí estamos en presencia de un cambio auténtico y duradero o si se trata de un caso aislado como el de Juana Inés de la Cruz hace 300 años. Paréceme, sin embargo, que el gran número de mujeres que dentro del ciclo cultural hispánico ejercen actividades intelectuales en cargos de destaque, ya es lo suficientemente demostrativo de que nos hallamos en los comienzos de una valoración absolutamente nueva, por parte de la sociedad, de las potencias creadoras del sexo femenino.

Pocas palabras, señoras y señores, quisiera dedicar, por fin, si la benevolencia de Uds. me lo concede, a la cuestión de hasta qué punto el ser poeta y escritor se considera, en opinión de la sociedad sudamericana, como una misión que se ejerce por amor a la misma o como una ocupación que para quien se dedica a ella supone alguna ayuda material, distinciones ante el público o un mero recreo después de la diaria labor. Es cierto que los manuales corrientes de Historia Literaria por regla general indican las profesiones de los poetas y escritores, sin sacar de estos datos más que muy escasas conclusiones. Si recordamos que el típico escritor renacentista fue en nuestra América el conquistador, es decir el hombre de acción; el del Barroco un erudito para el cual, sea que llevase la sotana del sacerdote, sea que ostentase la espada del aristócrata, las actividades de poetas y escritores representaban una actitud científica; si tenemos en cuenta, por fin, que el poeta y escritor ilustrado de las postrimerías del siglo XVIII ya era abogado, naturalista, periodista u otra persona perteneciente a una clase media que recién se estaba constituyendo, o a veces también un bohemio pintoresco que vivía a expensas de uno o varios mecenas o sólo raras veces, fraile o cura, pero nunca un gran señor mundano o eclesiástico, entonces comprendemos que en esta transformación sociológica ya apunta el programa literario y artístico de las democracias latinas del siglo XIX, antes de que éste llegase a tomar cuerpo en las formas y contenidos de la poesía como tal.

En lo sucesivo, el siglo XIX se caracteriza por la progresiva democratización y propagación del laicismo. El monopolio universitario de los letrados, entre los cuales predominaron los sacerdotes hasta bien entrado el siglo XVIII, lo van conquistando los abogados en un momento en que ya han desapare-

cido o han sido relegadas a segundo plano las Facultades de Teología. La nobleza española que gobernaba las colonias se ve reemplazada por la clase de los políticos y el lugar del conquistador lo ha ocupado el militar. Toda esta gente, cuando se dedica a la literatura, la considera como un recurso ocasional dentro del margen de su preocupación principal. Es el tipo de hombre que en su forma más acabada y refinada se encuentra representado por Sarmiento y por Mitre. Lo interesante es que en la vida de no pocos de estos hombres hay una época más o menos larga en la cual ya se dedican, como periodistas, a la actividad literaria. Quisiera recordar a Uds. que Juan Bautista Alberdi, por ejemplo, había fundado en Buenos Aires y en Montevideo, entre 1837 y 1840, nada menos que siete diarios y revistas literarias, antes de que llegara a ejercer, en Chile, la profesión de abogado, carrera que había estudiado, sin que por ello dejase de seguir su vocación de periodista y entrar de redactor en el *Mercurio*. Alberdi ha de considerarse pues como el primer profesor de Derecho Político en Sudamérica, que al mismo tiempo fue uno de los ases del periodismo en cierto período de su vida. Y escribiendo para la prensa, se ganó la vida, durante muchos años, otro insigne autor, el portorriqueño Eugenio María de Hostos, a pesar de haber concluido la carrera de Derecho y sin perjuicio de llegar a ser luego el gran reformador de la enseñanza en la República Dominicana y más tarde, en los dominios del Derecho Administrativo, uno de los más preclaros continuadores de la obra de Andrés Bello en la Universidad de Chile. El mismo Juan Montalvo, uno de los grandes autodidactas entre los literatos sudamericanos de la segunda mitad del siglo XIX hizo, cuando joven, algunos estudios de Derecho, pensando, tal vez, en crearse una posición de jurisconsulto antes de dedicar su vida al periodismo militante. El uruguayo Carlos Reyles, autor de *Beba* y *La Raza de Caín,* con el cual ya nos vamos aproximando a las postrimerías del siglo, vivió una vida algo más moderna, pero en el fondo encuadrada en el antiguo plan de "vía doble" y dedicada, por igual, a la explotación de su estancia y las actividades de novelista. Son éstos unos pocos ejemplos que nos demostrarán lo poco frecuentes que son, incluso entre los grandes escritores y poetas de la América del Sur, anterior al 1900, los tipos del escritor y del poeta que no se consagran más que a la poesía lírica, a la novela o al ensayo. Con el modernismo, por fin, hace su aparición el poeta lírico que es poeta y nada más, y el auge inaudito de la novela a partir del 1900 nos trae al novelista que pudiéramos llamar profesional. El punto de partida de estas actividades y, al mismo tiempo, el puerto de salvación donde resguardarse del naufragio financiero en tiempos de crisis, ha sido siempre, fuera de la carrera de profesor, de abogado o de empleado público, y en algunos casos afortunados, de diplomático, el periodismo, como lo vemos en Gutiérrez Nájera, Rubén Darío, Amado Nervo y, hasta cierto punto, también en Leopoldo Lugones. Esto vale

para los poetas; entre los novelistas podrían servirnos de ejemplo el venezolano Manuel Díaz Rodríguez, autor de *Idolos Rotos* y *Sangre Patricia* y casi todos los autores de vanguardia de allá por el 1910. Sólo en los casos en que algunos autores llegaron, por decirlo así, a industrializar la producción hasta lanzarla en serie, las actividades de los novelistas daban resultados financieros que les permitían vivir sin la necesidad de ganarse su pan como periodistas o de verse amarrados a la cátedra o a la mesa del oficinista.

Resulta, pues, que hace muy poco tiempo que en la América Latina hemos llegado a tener escritores netamente profesionales, al lado de quienes ejercen sus actividades literarias como una ocupación accesoria. Pero, aún no hemos llegado en todas partes a una situación en que el literato, fuera del ámbito estrictamente periodístico, tenga derecho a percibir por sus actividades una remuneración que corresponda a las tarifas que amparan al trabajador manual. En el fondo se sigue sosteniendo el criterio del siglo XIX según el cual la literatura y la poesía no son profesiones sino que constituyen ocupaciones accesorias como cualquier otro trabajo accidental. Se dedica uno a estas cosas en la juventud, hasta hacerse médico, abogado o político y ganar lo suficiente para vivir. Esto puede significar que el autor se vea tal vez obligado a publicar sus obras en una fecha en la cual no es más que un cualquiera y a ningún editor se le antojaría apoyarle. A muchos, si pretenden que el público por lo menos llegue a conocerlos, no les queda más remedio que costear la edición con sus propios recursos y divulgarla distribuyendo gratuitamente una buena parte de los ejemplares.

Por motivos financieros la tirada de los libros publicados en estas condiciones no podrá ser muy elevada y hasta en países relativamente bien poblados no pasará de cifras que en Europa serían absorbidas por la clientela de un solo librero. Es evidente que en este caso la eficiencia de la literatura se halla estrechamente ligada al factor económico social. A este respecto también se podrán esperar nuevas orientaciones literarias de gran envergadura de las nuevas formas de ordenación social y de una intensificación de la responsabilidad colectiva frente al individuo creador.

Señoras, señores. No ha sido propósito de esta conferencia establecer una tabla de valores relativa a los poetas y escritores latinoamericanos, pues no he querido más que demostrar a ustedes que la literatura, como todas las creaciones del arte y del espíritu, se halla encuadrada, en la misma forma que la vida material del hombre, en el orden sociológico determinado de una época y de una nación. Por lo tanto, no nos ceñiremos ya a aplicar al estudio de la literatura un criterio estético que se limita a considerar al autor como mero individuo. La vida de una nación es algo más que una suma de individualidades conforme al antiguo axioma filosófico según el cual el todo es

más que sus partes. Lo que importa es precisamente este "más", a cuya definición y delimitación podrá contribuir la sociología literaria, cuando esté más desarrollada que ahora, con una eficiencia superior a la de cualquiera de los otros métodos que hasta ahora se han utilizado en nuestra ciencia.

ALGUNOS TRABAJOS EN PRO DE LA ENSEÑANZA DE NUESTRO IDIOMA*

Por don DANIEL HUACUJA.

UNCIOSAMENTE llego al seno de este Cuerpo, respetable por su tradición, eminente por la majestad con que lo han investido tantos varones eximios, y me cabe tal honra merced a la generosidad de los ilustres académicos que se dignaron proponerme y gracias a la complacencia de quienes benévolamente me aceptaron.

Sin fingida modestia declaro reconocer la flaqueza de mis méritos y cuando me detengo a buscarlos los miro tan escasos que pienso en que son otros los motivos que justifican mi recepción. Quizás respondan a la circunstancia de que hayáis querido honrar en mí a la falange de esforzados que dedican sus poderes —escasos o vigorosos— a acrecentar sus conocimientos para difundirlos con esmero en beneficio de nuestra habla.

Si fuera ese el cardinal pensamiento vuestro, pienso que aun cuando ostenta el sello de una airosa nobleza de intenciones, también se encuentra amparado por los dictados de la justicia.

Es alentador que la presencia de los maestros sea admitida en este Concilio porque, además de acudir ayunos de presunciones, estarán siempre dispuestos a aprovechar las enseñanzas que aquí brotan en copioso caudal, para utilizarlas en la obra saludable de conservar y pulir el idioma, tarea en la que ellos se sienten factores cooperantes y a la que gustosamente han dedicado atención, entusiasmo y constancia.

La tarea de los mentores es encomiable porque propende a levantar el nivel cultural de los grupos populares y porque, a trueque de sus fatigas, no alientan esperanzas de recibir ningún resarcimiento.

Las adversidades que a veces los acongojan no tienen fuerza bastante para desalentarlos y no sólo continúan apegados al desempeño de su ejercicio, sino que con frecuencia aducen pruebas de fidelidad inviolable.

---

* Discurso de recepción pronunciado por su autor el día 20 de mayo de 1955.

En cambio, les contenta el halago de las ocasiones, que por fortuna no son raras, en que se persuaden de que sus discípulos robustecen su pensamiento y engalanan su expresión, y su alegría se desborda cuando alguno descuella en el uso gallardo del idioma.

El maestro consciente de su deber multiplica sus afanes por mejorar el lenguaje de los escolares y su esfuerzo se conjuga con el de miles de personas empeñadas en iguales propósitos, de modo que, sumado el empuje, se convierte en impulso grandioso que trasciende en el progreso de la totalidad. La cooperación orientada a los fines que atañen el adelanto de las grandes colectividades sociales, resulta, a mi juicio, más efectiva que los esfuerzos aislados y parciales que se constriñen a procurar la elevación de grupos selectos.

Es, pues, halagador que en esta Academia, atmósfera de grandeza espiritual, hallen asiento quienes, a veces dificultosamente, están ocupados en abrir las cepas donde luego se asentarán los cimientos del edificio majestuoso cuyos encajes y decorados serán cincelados a la postre por artífices consagrados.

Los maestros imprimen el impulso inicial; preparan la urdimbre donde habrá de bordarse después la filigrana de fastuosos ornamentos; reconocen la responsabilidad que les incumbe, la asumen sin limitaciones, y movilizan sus recursos para aproximar a los alumnos, y en no pocas ocasiones a las personas que tienen conexión con ellos, al campo propicio en que mejoren su expresión.

Inmerecidamente vengo, por generosidad vuestra, a ocupar el sitial que dejó vacante el virtuoso patricio Don Agustín Aragón y León, morelense ilustre que llegó al mundo en 1870, de padres inteligentes y bondadosos. Ellos supieron educarlo en el hogar con esmero y eficacia hasta que al cumplir los catorce años le enviaron a la Metrópoli para que ingresara en la Escuela Nacional Preparatoria.

Con talento y dedicación venció, libre de tropiezos, el bachillerato e ingresó como alumno numerario a la Escuela Nacional de Ingenieros en donde el 28 de agosto de 1891, precisamente cuando alcanzaba la ciudadanía, recibió el título de Ingeniero Topógrafo e Hidrógrafo, con el cual no se consideró satisfecho sino que prosiguió estudiando hasta llegar a graduarse como Ingeniero Geógrafo en 1893.

¡Qué dulzura exquisita le embargaba al recordar a su maestro de primaria Don Cándido Díaz y cómo veneraba a los eminentes profesores de cuya sabiduría fue legatario, y entre los cuales descollaba su incomparable mentor don José Ortiz Monasterio!

Don Agustín sentía que su vocación le inclinaba a ser maestro; le seducía enseñar, según categóricamente lo afirma, y todavía adolescente hacía sus escarceos en el Instituto Monasterio o con discípulos particulares. Ya graduado atendió en la Escuela Nacional Preparatoria las clases de Mecánica y

de Cosmografía, así como las Academias de Física; en la Escuela Nacional de Agricultura, las de Historia Natural y Meteorología y Climatología, y en la Facultad de Ingenieros enseñó Matemáticas Superiores.

Por buena suerte, tuve el privilegio de trabajar a su lado como Secretario de la Escuela Nacional de Agricultura, en San Jacinto, cuando dirigió aquel brillante plantel que ha sido almácigo de profesionales sobresalientes en su especialidad y de potente estirpe de hombres útiles que han contribuido al desarrollo cultural y económico del país.

Entonces pude apreciar de cerca sus virtudes eminentes, esencialmente su ejemplar probidad; soy admirador de los variados aspectos de la vida activísima con que forjó su propio renombre; día tras día pude observar la manera paternal y justiciera con que señaló rutas certeras a los jóvenes.

Del modo que actuó allí, así procedió, sin desvíos, a lo largo de su existencia fecunda. Me parece que ahora mismo vosotros lo estáis mirando. Jamás adoptó actitudes aparatosas. Sus disposiciones, dictadas en lenguaje llano y preciso, a veces severo, sirvieron a muchos para hacerles menos vulnerables los asechos de la desgracia; cuantos ocurrieron a él en momentos de desamparo, hallaron lenitivo a sus penas y después de recibir el alivio de su consejo, trocaron en risueño el semblante que en otros momentos hicieron macilento las palpitaciones de su angustia.

D. Vicente Antonio Fernández le escribió en 1921: "Las tardes de los sábados pasados en tu compañía son una delicia, un suave remanso para el que quiere aligerar las cargas de la vida, e inagotable venero de bellas y sabias enseñanzas para quien desea endulzar sus amarguras, ennoblecer su corazón y enriquecer su cerebro".

Entre los años de 1891 y 92 trazó el paralelo 31° 47', como parte de los límites de México con el país del norte y de esa época derivan las buenas relaciones que cultivó y amplió con los hombres de ciencia de aquella nación que pudieron aquilatar sus justos merecimientos.

Fue en 1900 cuando llegó a los escaños de la Cámara de Diputados ungido con la representación de sus paisanos, que de veras lo querían y admiraban, y allí actuó hasta 1910.

En 1909 el ilustre académico Sr. Lic. D. José López Portillo y Rojas, que por entonces ocupaba el alto puesto de Senador de la República, se vio acosado por enredos y trapacerías de sus enemigos políticos, con oleajes y encrespaduras que amenazaban batirlo hasta exterminarlo. Los poderosos adversarios lograron que la Cámara se erigiera en Gran Jurado para juzgarlo y sólo D. Agustín Aragón, obediente a los dictados de su conciencia y al imperativo de su deber, sin temores a las pujantes fuerzas a las cuales se enfrentaba, hizo denodada defensa de la víctima y consiguió vencer y disipar los maleficios.

Era muy joven Don Agustín al principiar sus estudios de carácter filosófico. Tenía 18 años cuando se afilió al Positivismo del que fue perennemente adicto.

En 1901 fundó la *Revista Positiva* y de ella vieron la luz catorce tomos en donde aparecen con frecuencia sus artículos de alta calidad. No sólo allí imprimió las huellas de su sabiduría, también engalanan las páginas de muchas otras revistas científicas del país y del extranjero.

Merced a su perseverante actividad mental, regida por serena disciplina, logró hacer extenso acopio de conocimientos universales que conservaba con singular lozanía, gracias a la prerrogativa de su memoria, para difundirlos sin medida, aunque siempre con amenidad y donaire.

Asegura el culto Ingeniero D. Lorenzo Pérez Castro que la carencia de elementos de distinto orden vedó a D. Agustín Aragón la oportunidad de publicar diversos escritos de carácter filosófico unos, científicos otros y literarios los más, entre los que se cuentan importantes estudios acerca de mexicanos eminentes como D. Ignacio Ramírez, D. Joaquín García Icazbalceta, D. Pablo Macedo y D. Joaquín Arcadio Pagaza.

Se proponía dar término a su libro *Libro de mis recordaciones o Reminiscencias* que iba a concluir seguramente el valioso caudal de las impresiones de su vida juzgadas desde su tranquilo ocaso y en donde recibirían encomio y veneración sus maestros, desde el de primeras letras hasta los de la Facultad, así como las personas que fuera de las aulas le transmitieron algún conocimiento, porque a todas ellas las conservaba incólumes en el relicario de su devoción.

Hizo constantemente el bien, ajeno a toda esperanza de recompensa; experimentó el halago de dar a sus prójimos cuanto tenía y mientras más se donaba, sentía el placer de irse perfeccionando. Dedicó sus energías al servicio de los demás y en toda ocasión procuró actuar en beneficio de la Familia, de la Patria y de la Humanidad.

Consideró con Comte que la libertad espiritual, sin restricciones, es impulso civilizador de innegable eficacia y al redactar su testamento estampó con mano firme: "Qué bello ideal es el de poder respetar los credos de todos", como dice textualmente Genaro Fernández Mac Gregor.

Casi religioso era su culto a la amistad; en ella abrevó como en fuente purísima de alegría y de paz.

"Míos", decía con plenitud de voz, cálido ademán y rostro feliz cuando recordaba a sus amigos, con predilección a los acendrados en los días inciertos o francamente inclementes. Cundía en su alma el halago al hacer memoria del Sr. Dr. D. José Terrés, del Ing. José Cobarrubias, del Ing. D. Jerónimo López de Llergo, del Ing. D. Valentín Gama, de los abogados D. Pablo y D. Miguel Macedo, del Lic. D. Joaquín Casasús, del Lic. D. Alejandro Quijano.

del Ing. D. León Salinas, del Ing. D. Rómulo Ugalde, del Lic. D. Aquiles Elorduy, del Lic. D. Genaro Fernández Mac Gregor y de su muy dilecto confidente, su inseparable compadre, el Sr. Ing. D. Lorenzo Pérez Castro.

La amistad de estos ilustres varones constituía a su juicio preciado tesoro porque perennemente voló su pensamiento a los espíritus constructores y su admiración se encendió en holocausto a los hombres altruistas.

Con la firmeza inmutable de mi predecesor insigne, con la inteligencia que iluminó sus actuaciones sociales, con el entusiasmo que convertíase en fervor en su tendencia noble de levantar al débil, con la voluntad vigorosa con que transmitía sin cortapisas el caudal opimo de su saber, con idénticos impulsos creadores ha luchado bizarra y denodadamente una pléyade de maestros anhelosos de mantener en alto el nivel de la enseñanza de nuestro idioma.

Desde las postrimerías del siglo anterior muchos preclaros varones se dedicaron apostólicamente a la tarea de difundir en las aulas los conocimientos que poseían. Autoridades inmarcesibles que con talento y devoción dirigieron esta docta Academia, no hallaron óbice en impartir personalmente algunas clases de español. Ellos fueron: D. Alejandro Arango y Escandón, poeta exquisito que a la posteridad legó ensayos magistrales; D. José María Vigil, erudito historiador y docto humanista; D. Justo Sierra, educador ilustre, que es baluarte magnífico de la cultura en México; D. José López Portillo y Rojas, poeta y prosista que en forma impecable esculpió personajes reales y figuras sinceras de nuestra vida nacional; D. Federico Gamboa, el caballero cordial que realizó el prodigio de avasallar a cuantos con él trataban; el novelista cuya paleta de colores encendidos solaza y cautiva; y nuestro actual director, que ojalá lo sea por muchos años, D. Alejandro Quijano, alma de esta Academia, que con su ejemplo vivo alentó a sus discípulos y atinadamente les preparó para entrar con paso seguro en el estadio de las letras.

Además de estos maestros consagrados, otros miembros activos de la Academia Mexicana han contribuído con sus aptitudes envidiables a mantener el movimiento ascensional en el cultivo del idioma, a pesar de las convulsiones sociales que desde lo profundo han sacudido a nuestra patria, a través de épocas que no se manifestaban muy propicias por el estrépito de la contienda o por la penuria de los días aciagos.

Permitidme, pues, hacer somera remembranza de algunos de ellos en una referencia que, pese a mi voluntad, habrá de adolecer de graves omisiones, de las cuales me salvará, en primer término, vuestra benevolencia, y después, la premura con que fueron escritos estos apuntes desmañados.

A quienes han dedicado a la docencia sus afanes rindo férvido homenaje, porque a despecho de las ingratitudes que quizás acibararon su tarea, provenientes de autoridades incomprensivas, de discípulos beocios o de gente de

juicio extraviado, ellos continuaron incansablemente su labor en la cátedra y desde esa altura ejercieron su influjo bienhechor.

D. Rafael Angel de la Peña, filólogo eminentísimo, autor de la gramática "que es edificio rico y grandioso, de plan completo y armónico en que se encierra la ciencia gramatical de nuestra lengua", según afirma textualmente D. Rufino José Cuervo; D. Francisco Pimentel, escritor experimentado, investigador de las lenguas indígenas de nuestro país y autor de la "Historia Crítica de la Poesía en México"; D. Francisco de P. Labastida, uno de los primeros profesores de Lengua Castellana de la Escuela Nacional Preparatoria, que escribió una gramática muy interesante; D. Victoriano Salado Alvarez, lingüista, historiador, periodista y escritor diáfano, ameno y elegante; D. Manuel G. Revilla, literato de hondos conocimientos y de pluma ática que muestra la excelencia de su crítica en la obra que tituló "El Arte en México"; D. Manuel Sánchez Mármol, periodista de estilo flúido, costumbrista atildado y novelista de tendencias políticas e históricas; D. Enrique Fernández Granados, el delicado y dulce "Fernangrana", que compuso con plácida finura "Mirtos" y "Margaritas"; D. Luis G. Urbina, castizo y melodioso, cuyo estro sublime nos donó tantos versos magistrales y, además, prosista galano y crítico docto: D. Salvador Cordero, Profesor de la Escuela Nacional Preparatoria y novelista que acertó a dibujar deliciosos cuadros de costumbres populares en sus *Semblanzas Lugareñas;* D. Miguel Salinas, sabio gramático que trazó los senderos precisos y seguros por los cuales discurren, ya sin tropiezos, quienes se dedican a la docencia; D. Amado Nervo, el delicado poeta de la frente amplísima y perfil aquilino cuyos versos contagian de optimismo y confianza; D. Manuel Puga y Acal, notable hombre de letras fue, a más de historiógrafo, crítico sutil y periodista de altos vuelos; D. Antonio de la Peña y Reyes, erudito en asuntos lingüísticos, heredero de la bondad congénita de su padre, destinó gran porción de sus escritos al encomio de nuestros literatos eminentes; D. Salvador Díaz Mirón, el bardo veracruzano de arrebatos líricos, cuyo nombre repercute con fervor en todos los países de habla española; D. Genaro Estrada, prosista diáfano leído por todos con arrobo y delectación; D. Raymundo Sánchez, modesto y afable atesorador de la doctrina lingüística en defensa de la cual se mostraba a toda hora persuasivo y contundente: D. Alberto María Carreño, ensayista sereno y crítico imparcial, infatigable realizador de valiosas e instructivas indagaciones literarias y sociológicas; D. Erasmo Castellanos Quinto, patriarca de la enseñanza, venerable por su sapiencia y múltiples virtudes, modelo de perseverancia y desprendimiento, tiene en cada uno de sus innumerables discípulos un devoto sincero; D. Enrique González Martínez, cultísimo y sustancioso bardo de ternura inefable; D. Carlos González Peña, novelista deleitoso; editorialista limpio, oportuno y veraz, redactó con nutrido acopio de datos el libro que mejor describe el movimiento

literario operado en México; D. Francisco Monterde, cuentista, historiador y dramaturgo, ha proporcionado fuentes de utilidad innegable con las investigaciones que ha llevado al cabo; D. Julio Jiménez Rueda, crítico ecuánime y autor teatral, escribió la "Historia de la Literatura Mexicana", obra de encumbrado relieve; D. José Vasconcelos, polígrafo vivaz y pujante, pensador combativo y fecundo, desde la Rectoría de la Universidad Nacional, primero, y en la Secretaría de Educación más tarde, batalló incansablemente, nosotros fuimos testigos de sus desvelos, por la superación de las letras; D. Julio Torri, literato de sabiduría reconocida, escritor de sensibilidad delicada, tan profundo en el juicio como afable y dulce en el trato; D. Antonio Castro Leal, investigador sagaz que ha explorado con éxito notable períodos obscuros de la literatura colonial; D. Francisco J. Santamaría, personalidad descollante por su inteligencia vigorosa y recia voluntad, enfocadas ambas a la noble causa de cultivar esmeradamente nuestro idioma; D. Alfonso Méndez Plancarte, modesto como todo sabio auténtico, derramó sin tasa el contenido substancioso de sus sesudas observaciones; D. Angel María Garibay K., modelo de austeridad y decoro, sorprende por lo inequívoco y categórico en la amplia vastedad de sus conocimientos; D. Carlos Pellicer, poeta señoril y majestuoso de vibrante expresión; D. Salvador Novo, escritor acerado y prosista sutil que en sus libros y en las columnas periodísticas conquista éxito extraordinario, muy merecido; y D. Ignacio Dávila Garibi, maestro de alcances vastísimos que brinda siempre un conocimiento nuevo y útil a quienes tienen el privilegio de tratarlo.

No sólo los ilustres académicos nombrados han fecundado en las aulas con los dones de su sabiduría la inteligencia de los jóvenes mexicanos; en ellas han oficiado también muchos otros varones que en la tarea de enseñar significan valores primordiales. Concededme licencia para mencionar algunos de los que mayormente han descollado en esta Capital, ya que, para referirme a quienes con resultados sorprendentes en la provincia han destinado esfuerzos y sapiencia, necesitaría muy largas horas.

El maestro de maestros, D. Ignacio Manuel Altamirano, antorcha que iluminó intensamente con su verbo y con sus hechos ejemplares, el horizonte de las generaciones que alentaron en la segunda mitad del siglo pasado y que fue el primer profesor de Lectura Superior en la Escuela Normal de México; D. Juan de Dios Peza, el poeta del hogar que, al decir de Urbina, dedica sus sonrisas a los niños para aliviar los hondos pesares de su vida; D. Manuel Flores, periodista fino, conversador atrayente y educador muy culto; D. Pablo González Casanova, lingüista acrisolado de tan brillantes timbres en el terreno de las letras; D. Esteban Maqueo Castellanos, novelista de costumbres, honró la cátedra en la Escuela Nacional Preparatoria; el cuentista delicioso, D. Angel de Campo, pintor fiel de los tipos

populares nuestros, sugestivo y ameno en sus clases; D. José Gómez Ugarte, el aplaudido escritor "Jorge Useta", arrobó a sus alumnos de la Escuela de Ingenieros Mecánicos y Electricistas con su palabra saturada de humorismo finísimo; D. Rubén M. Campos, celebrado autor del *Folklore Mexicano;* el diplomático y poeta D. Efrén Rebolledo, caballero elegante dominador del ritmo; D. Francisco de P. Herrasti, docto investigador y humanista consagrado, realizador de fecundos trabajos relacionados con los clásicos latinos y griegos; el egregio poeta D. Rafael López, forjador de tantos versos majestuosos pletóricos de luz; D. Mariano Silva Aceves, prosista delicado, humorista terso, siempre ambuló en el estadio de la educación y allí plantó ejemplo de lo que puede un maestro edificar con los procedimientos que él ideó; D. Emilio Azoños y D. Néstor Rubio y Alpuche, profesores eficientes y austeros obtuvieron éxito notable con su acción relevante en la Escuela Nacional Preparatoria; D. Agustín Loera y Chávez, dinámico e infatigable propulsor de cuanto a las letras se refiere y que con la cooperación sesuda y eficaz de D. Julio Torri y D. Manuel Toussaint, consagró talento y esfuerzo en la difusión de los íntimos tesoros de nuestra Lengua; D. Eduardo Colín, cantor magistral, crítico de certera visión y apasionado divulgador de las excelencias del buen decir; D. Rafael Sierra, cultor del lenguaje castizo que en la Escuela de Comercio y Administración, así como durante la efímera existencia del Internado Nacional de Estudios Preparatorios, inspiró a los alumnos de aquel amado instituto el fervor de los libros y los llevó a desentrañar sus halagos; D. Luis J. Jiménez, traído del Estado de Veracruz por el maestro Rébsamen, después de persuadirse de las dotes de poeta y escritor de aquel modesto mentor, que pronto refrendó en México los quilates de su valer con los múltiples triunfos que alcanzó; el diligente investigador D. Marcos E. Becerra, autor de innumerables estudios que por su profundidad contribuyeron a dar lustre a las páginas del Boletín de la Sociedad de Estudios Lingüísticos y a diversos números de *La Enseñanza Normal;* el autor de *Clásicos y Románticos Modernos,* D. Ermilo Abreu Gómez, crítico de sazonados conocimientos, entusiasta y sugestivo, que desde luego se concita el cariño y la admiración de sus discípulos, jóvenes y adultos, a quienes hace paladear con deleite los asuntos que son tema de su clase; el doctor Gilberto Aguilar, "culto autor del palpitante y fuerte idilio *Carne y Alma,* que aprisiona tantos aspectos sustantivos de nuestra vida nacional y de nuestro modo peculiar de ser", conforme al dictamen muy autorizado de D. Julio Torri; el apto maestro y luchador incansable D. Aurelio Fuentes, ha imbuido con eficacia sus conocimientos a muchos jóvenes; los hermanos Cabrera, D. Emilio y D. Ismael, miembros de honorabilísima familia de pedagogos, ennoblecen al magisterio poblano —muy digno de encomio por mil otros motivos— gracias a su labor fecunda siem-

pre desplegada en el ambiente propicio de la cordialidad y la cortesía exquisitas; de Puebla procede también Celerino Cano, severo y mesurado, que empeñosamente dedica a la docencia sus excelentes dotes; de Veracruz, Atenógenes Pérez y Soto, inquieto y sabio, y de Oaxaca, D. José Calvo y D. Efrén Núñez Mata que dignifican la cátedra con su hondo saber y experiencia quintaesenciada, a la manera que en su tiempo lograron hacerlo D. Gregorio López y Fuentes, que inició sus pasos en la lírica con *La Siringa de Cristal* y ha llegado a ser novelista laureado, y D. Xavier Villaurrutia, el malogrado autor teatral que aunque mucho bueno nos dejó, mayores triunfos prometía y quienes dedicaron muchas horas a las clases de Lengua Española sin demérito de la amplia y robusta obra literaria que realizaron.

Quiero librarme del arrepentimiento de callar a sabiendas una verdad que alcanza proporciones magnas: ella compendia el impulso vigoroso recibido por la escuela, en lo concerniente al cultivo del idioma, de parte de las maestras mexicanas a las que devotamente rindo acatamiento y reverencia. Por más que el tiempo apremia no quiero pasar inadvertidos los nombres de quienes mayor veneración merecen por haber coadyuvado al acrecentamiento de los buenos resultados obtenidos.

Tenemos que descubrirnos al paso de Margarita Quijano, delicada y erudita mentora de varias generaciones de maestras en las que indeleblemente imprimió la albura de su corazón a la vez que las proveía de elementos bastantes para cumplir la misión a que aspiraban. Con dotes similares llegan exornadas: Ana María Valverde de Gómez Mayorga, Clotilde Evelia Quirarte, Soledad Anaya Solórzano, que siempre ha puesto a la mesa de la enseñanza los manjares suculentos de su pensamiento y de su virtud; Dionisia Zamora, cuyo talento y experiencia fecunda jugaron papel predominante en la elaboración de los programas vigentes; Josefina Zendejas, Ofelia Garza de del Castillo, María Canales, Ernestina y Margarita Salinas, Esperanza Aguilar, María Vignatti, María y Concepción Caso, Atala Mendoza Garibaldi, Ida Appendini, María del Rosario Gutiérrez Eskildsen, Carmen Norma, María Edmé Alvarez, Carmen Heredia, Eugenia León Puig, Elena Orozco y muchas otras damas envidiables por sus aptitudes y modelos de constancia en la tarea.

A mí me tocó la ventura de haber sido preparado en la Escuela Normal de México, benemérito instituto fundado ya va para setenta años y al que cuando se inauguró dieron prestancia figuras macizas en el mundo de la cultura como D. Miguel Serrano, D. Ignacio M. Altamirano, D. Miguel E. Schultz, D. Alfonso Herrera, D. Manuel María Contreras y otros varones preclaros cuya proyección debería servir de guía a quienes ocupen el sitio que ellos a tan altas cimas encumbraron.

Aquellos iluminados lograron reunir para atender los grupos de la Escuela Primaria Anexa, a maestros cuidadosamente aliñados en el porte, joviales en el trato, consistentes en el conocimiento y devotos de su carrera. Daniel Delgadillo, José Ma. Bonilla, Leopoldo de la Barreda, Ponciano Rodríguez, Lucio Tapia, Julio S. Hernández, Heliodoro Orellana, atraían por su trato, seducían con el sortilegio de su palabra y propagaban el saber entre tantos niños de talento y buena traza que alegremente ocupaban el ex convento de Santa Teresa y que, para lustre de nuestra nación, los años transformaron en hombres de provecho dentro de las diversas actividades que eligieron.

Para hacer más abundosas las linfas de aquellas fuentes, llegó a la Normal de México el hidalgo español don Enrique de Olavarría y Ferrari, nacionalizado mexicano, cuyas obras son valioso exponente de su amor por nuestro país; los *Episodios Históricos Mexicanos,* la importante colaboración que prestó en la formación del cuarto volumen del monumental *México a través de los Siglos* y la *Reseña Histórica del Teatro en México,* entre otras, le habían fijado un sitio prestigioso en nuestra Patria. Sin alarde de virtudes, a pesar de poseerlas en grado descollante, el pulcro hablista y gramático erudito, nos hizo saborear las dulzuras del idioma, además de que, con su actitud caballerosa y gentil, fue siempre lección viva para quienes gozamos la ventura de ser sus alumnos.

Cotidianamente llegaba a la cátedra derramando bondad, sin que mostrara fatiga, a pesar de que ya tenía recorrido gran trecho de su existencia larga, laboriosa y productiva. Su voz afable y acariciadora, el dominio absoluto del idioma, que conocía en sus más recónditos meandros, y el acendrado cariño que sentía por todo lo nuestro, lo situaron en condiciones de excepción para preparar convenientemente a los futuros maestros en el uso del lenguaje y en los medios acertados de que deberían valerse para divulgarlo.

Por su parte, los maestros de enseñanza primaria y secundaria han contribuido tesoneramente para hacer viables los propósitos de conservar el idioma, que inteligencias selectas se afanan en pulir y abrillantar.

La acción que desarrollan honestamente ha sido constante y eficaz. Desde los humildes centros escolares clavados en la alquería o prendidos en los riscos montañosos, hasta los situados en las villas o los establecidos en las capitales de los Estados, o en la Metrópoli, con discreción y perseverancia, los maestros se esfuerzan en cooperar a realizar la tarea de mantener ilesa nuestra lengua.

De los trabajos más destacados que por su buen sentido y mejor organización se han desarrollado, es justo mencionar el que por iniciativa de los Sres. Profesores D. Moisés Sáenz y D. Alfredo E. Uruchurtu se llevó al cabo en marzo de 1928, cuando aquellos dinámicos y cultos maestros que ocupa-

ban la Subsecretaría de Educación Pública y la Oficialía Mayor, respectivamente, convocaron a una asamblea en pro de la Lengua Nacional.

Sensatamente, a nuestro parecer, consideraron que dentro del campo científico experimental habían lográdose adelantos muy significativos que era oportuno promover en las escuelas de México.

Los propósitos perseguidos tenían conexión con el deseo de reconocer la situación que prevalecía en el estudio del idioma, con miras a determinar los fines tras de los cuales vamos, los programas que señalen el mínimo de conocimientos que en cada grado se puede exigir a los escolares; las actividades que en relación con la forma de expresarse deben ejercitar los alumnos; los procedimientos de enseñanza que fueran admisibles, por los resultados que habían rendido; los asuntos que deben ser motivo de enseñanza, su ordenamiento para establecer la manera más expedita de presentarlos con provecho y resolver el modo de computar los resultados que fueren logrados.

Brevemente considerados los ideales y las finalidades que se pretenden alcanzar, cabe afirmar que concurren a conseguir el mejoramiento de la colectividad nacional por medio de un juicioso desenvolvimiento espiritual de los niños, a paso y medida que se procura el desarrollo adecuado de la naturaleza física de éstos y el desenvolvimiento de su personalidad social.

No importa mayormente imbuir preceptos doctrinarios como crear hábitos de pulcritud en las expresiones aun cuando de suyo sean sencillas, de limpieza en la presentación de los escritos; desarrollar la suficiente habilidad para entender a los interlocutores y hacerse entender por los demás; crear confianza en la manera de decir; inculcar el goce por la lectura y el amor por los libros; fortificar el espíritu de ser útiles a los compañeros y despertar los sentimientos de apreciación de la belleza.

Los trabajos desarrollados en defensa del idioma fueron verdaderamente importantes y sin gran publicidad, los destacados maestros que se congregaron para realizar esta labor callada y trascendente lograron alcanzar con éxito sus objetivos.

Fueron varias las comisiones que se integraron con el fin de estudiar el asunto en sus diversos aspectos. Se enfocó la atención en los problemas relativos a Lectura oral, Lectura en silencio, Escritura, Ortografía, Composición y Doctrina Gramatical y los conexos de Elocución, Conversación, Descripción, Recitación, Dramatización, etc.

Alentados por encomiables deseos, los miembros componentes de la comisión respectiva principiaron por hacer una investigación minuciosa respecto a las condiciones que prevalecían en las escuelas del Distrito Federal en lo tocante a lectura oral.

Examinaron diferentes pruebas o "tests" hasta dar con aquella que determinaba los tipos de errores con que tropiezan más frecuentemente los es-

colares y que, además de entrañar las cualidades ideales de un buen "test", presentara las menores dificultades al equipo de experimentadores que para el caso fue designado, sin perder de vista que adecuadamente encajara en las condiciones específicas de nuestro medio social.

Se puntualizó la técnica que los investigadores deberían adoptar y se entregaron por escrito a cada uno de ellos, las instrucciones cuya observancia era imprescindible para llevar al cabo eficazmente su trabajo, después de que durante una semana practicaron con los niños de la escuela "José Enrique Rodó" la aplicación de la prueba.

Las subcomisiones, integradas por dos maestros cada cual, se encargaron de examinar grupos formados por cuarenta niños del mismo sexo y de igual grado escolar y se computaron los resultados obtenidos con cerca de cuatro mil alumnos.

Al elegir los centros de investigación, se procuró que en ellos estuvieran representados tipos de los diferentes medios sociales, por lo cual fueron seleccionadas escuelas de varias municipalidades, de algunos barrios y del centro de la Capital.

Cuando se dispuso de los cuadros de concentración de datos y de las gráficas correspondientes, pudo advertirse un progreso evidente en los niños del primero y segundo años; manifiesto estacionamiento en los escolares del tercero al quinto grados, y en el sexto año, si es cierto que se observaba adelanto en relación con los grados precedentes, no era absolutamente satisfactorio.

Los datos relativos acusaron diferencia poco perceptible entre la forma de leer de los varones y las niñas, excepto en el sexto año en que éstas superaron a aquéllos.

De los cuadros mencionados se indujo que el rendimiento de la lectura oral es semejante entre las diversas escuelas de la Capital y de las municipalidades, aunque en las escuelas foráneas parece existir mayor dedicación de parte de los mentores.

Ante estos resultados, los maestros, que piensan que es natural que en consonancia con los conceptos psicológicos la enseñanza de la lectura debe aceptar congruentes modificaciones, llegaron a fijar algunos puntos esenciales en su afán de avanzar en este campo.

Consideraron que es imprescindible organizar el material que en su trabajo van a emplear de manera que esté de acuerdo efectivamente con los intereses de sus alumnos; que andan descaminados quienes excluyen el pensamiento de que el niño debe ser el centro alrededor del cual se muevan las actividades todas de la escuela y que si ésta tiene alguna razón de ser es porque ha sido creada ex profeso para satisfacer esos intereses que se reputan sagrados. El olvido de este primordial objetivo nos sitúa en circunstancias

de presenciar que los alumnos se encuentran agobiados por un embrollo de asuntos desarticulados que hacen imposible la unidad de pensamiento con lo cual se desperdician tiempo y energías; se atiende a la memoria mecánica con demérito del desarrollo de las potencias mentales y así se llega a convertir la lectura en mero ejercicio de pronunciación de palabras que dista mucho de la comprensión de ideas que es lo que la vida social exige.

La asamblea de 1928 llegó a puntualizar algunas recomendaciones concretas dirigidas a los maestros y entre otras figuraron las siguientes: que procuren que el niño estime la lectura no como un ejercicio formal, sino que llegue a tomar en consideración lo que lee, atendiendo al significado de las oraciones y no se concrete a la escueta pronunciación de las palabras, que sean cortas las frases y oraciones que se empleen, para que resulten fácilmente perceptibles a la vista y adecuadas al grado de desarrollo de sus órganos vocales; que las voces usadas en las lecturas sean variadas y que los asuntos se amplíen gradualmente con el gasto de palabras desconocidas, que se haga la lectura con ayuda de ilustraciones para que más fácilmente respondan a la urgencia de entender el pensamiento escrito y verterlo cuando para ello sean requeridos; que se exalte la necesidad de que los capítulos destinados a ser leídos tengan relación con la vida actual de los educandos, por lo cual es de recomendarse la lectura de revistas, periódicos y cartas que es lo que se muestra acorde con la vida real; que se estimule a los alumnos para que den expresión adecuada a lo que leen, arrimándoles las mayores facilidades para que comprendan y se posesionen del tema tratado.

Interesante en grado extremo resultó el estudio practicado en relación con el estado de la enseñanza de la "Lectura en Silencio" en las escuelas primarias del Distrito Federal. La comisión, de la cual formaban parte el Sr. Prof. D. Marcelino Rentería y la inteligente profesora Dionisia Zamora, paradigma de la maestra mexicana, emprendió entusiásticamente la tarea de reconocer y fijar el estado en que se hallaban los niños de los tres ciclos de la escuela primaria en lo referente a ese aspecto de la lectura. Aquilataron los diversos tipos de pruebas formuladas por algunos de los señores inspectores escolares, de los que a la postre eligieron uno para utilizarlo juntamente con otros "tests" elaborados por profesores de la Escuela Primaria Anexa a la Nacional de Maestros.

La comisión designada estimó procedente, tras de sesudas deliberaciones, practicar las pruebas de Haggerty, Stanford y MacCall, por incidir la ventajosa circunstancia de que el Departamento de Psicopedagogía de la Secretaría de Educación disponía para entonces de algunas escalas logradas con la aplicación del material mencionado. No obstante, con el ambicioso deseo de lograr resultados más efectivos, formuló otras pruebas complementarias e introdujo ciertas modificaciones en las de Haggerty, con idéntico propósito.

El paso siguiente consistió en elegir un experto grupo de investigadores a quienes previamente se dieron instrucciones verbales y escritas para poner en práctica las pruebas en escuelas enclavadas en diversos medios sociales.

El número de casos examinados abarcó a cerca de tres mil niños de catorce escuelas situadas unas en barrios pobres, otras en colonias habitadas por personas de la clase media o de desahogada posición económica y algunas de las zonas suburbanas.

Los resultados obtenidos pueden ser valorizados como buenos en lo relativo a los primeros años, porque el grado de comprensión es aceptable, aunque se nota mayor adelanto en la capacidad para entender palabras que párrafos. En algunos casos las niñas incurrieron en mayores yerros, tal vez porque el asunto les interesaba menos que a los varones. En otros, puede atribuirse la escasa comprensión del párrafo a la calidad de las cuestiones con las cuales están poco familiarizados o al empleo de ciertos términos difíciles.

A lo largo de todo el estudio pudo comprobarse que el vocabulario de comprensión es corto y todavía más reducido el de expresión.

En los debates que se suscitaron en el seno de la comisión surgieron algunas ideas que en el momento actual tienen vigencia plena y cuadran atinadamente con el anhelo de que los maestros lleguen a cumbres más altas en el empeño de mejorar el idioma.

Una de ellas se refiere a la necesidad de que en la serie de ejercicios que utilicen en el transcurso del año concedan particular atención al vocabulario de los alumnos para procurar su deseado enriquecimiento. Para la comprobación de los progresos que lleguen a obtener, será prudente que al principio del año practiquemos una prueba inicial que al final del curso les servirá como testigo de los adelantos del grupo y del progreso que personalmente ha logrado cada discípulo.

La práctica sistemática de los ejercicios de lectura en silencio dará por resultado que los alumnos sean más exactos en la aplicación de los vocablos, que logren mayor alcance en la profundidad de los pensamientos, que adquieran paulatinamente mayor rapidez en la comprensión de cuanto lean y que se habitúen a organizar lógicamente sus ideas.

Otra recomendación sustancial se refiere a que los maestros presenten temas en conexión con los sucesos, actividades y hechos de significación adaptados al nivel intelectual de los escolares, con el objeto de que tomen sabor a la lectura y encuentren gusto en los libros y sin violencias se encaminen a conocer nuevas e interesantes páginas de la literatura infantil y de obras cada vez más avanzadas, porque incurrir en el absurdo de querer situarlos inopinadamente en planos desproporcionados a sus poderes hará que abandonen la empresa, los invada el desaliento y lleguen a tomar aversión por un instrumento de cultura de tan altos quilates.

La escritura ha sido uno de los aspectos de la enseñanza que se ha descuidado en las escuelas después del segundo año de estudios primarios. Se obliga a los niños a escribir, sin plan ni objeto, largas tiradas que les ocupan mucho tiempo y mientras ejecutan la tarea abrumadora e insana, los maestros los dejan al garete. Cuando el preceptor se siente atosigado por el trabajo, así que le invade la murria es frecuente que recurra al sobado expediente de que sus discípulos escriban algo en silencio y en ocasiones emplean estos ejercicios a guisa de castigo.

Si hemos de expresar la verdad, no se emplean ejercicios adecuados, acertada y definidamente graduados, y juiciosamente adaptados a la edad, sexo y grado escolar de los alumnos; lo que con frecuencia se da a copiar a los niños no despierta en ellos ningún interés; los estímulos de que se echa mano, como certámenes y recompensas se usan dislocados y dispersos, lo que a veces produce resultados contraproducentes por cuanto que contribuyen a infatuar y ensoberbecer a los muchachos. Se desaprovecha el deseo instintivo de lograr trazos bellos y, por consecuencia, se les aparta de la caligrafía. Pocos alumnos reciben atención para corregir sus defectos y se les sitúa en condiciones poco higiénicas para quien escribe, en lo relativo a visualidad, movimientos rítmicos de la muñeca y del antebrazo, forma de tomar la pluma, posición del papel, etc.

En contadas escuelas se llevan registros que indiquen el progreso en la escritura y tampoco se aplica lo aprendido en auxilio de las demás materias, siendo raro que se conozca la extensión que debe concederse a los ejercicios relativos.

De este tinte sombrío era el panorama que se extendía a la vista de una competente comisión presidida por el Sr. Prof. D. Antonio Pons, la cual se encargaría de investigar el estado de la enseñanza en lo que atañe a la Escritura.

Desde luego se preocupó ese grupo de maestros por formular una prueba que atendiera como fin principal a medir la velocidad y la calidad de lo escrito y para el objeto ordenó algunas gráficas de rapidez y una escala grafométrica que sirviera de norma para cada uno de los grados escolares, aun cuando no resultara escrupulosamente atinada y sólo atendiera a calificar los trabajos en superiores, inferiores y medianos.

Posteriormente fueron redactadas las explicaciones o indicaciones técnicas con arreglo a las cuales operarían dentro de mayores probabilidades de eficacia los investigadores.

Sobre estas bases se realizó la prueba a la misma hora, en diferentes zonas y recogidos que fueron los trabajos se les clasificó según los distintos grados, sexo de los colegiales y rumbo de la ciudad en que funcionaban las escuelas.

Por lo actuado, llegó a comprobarse que la calidad de la escritura en los

diferentes grupos primarios es deficiente; que la velocidad adquirida por los niños de ninguna manera puede reputarse satisfactoria y que es notoria la discrepancia en los sistemas empleados en esta enseñanza.

Resulta, pues, procedente hacer algunas consideraciones que incumben a los señores profesores para que certeramente enfoquen sus laudables esfuerzos y no se distraiga, ni mucho menos se pierda, el afán que perennemente les anima de cooperar al mejoramiento de la Lengua en nuestra patria.

Ellos de sobra comprenden que cuando enseñan a escribir no persiguen como finalidad suprema el ansia de conseguir hermosos rasgos, sino el propósito superior de capacitar al discípulo para que externe sus propias ideas de manera comprensible y rápida mediante los signos escritos, y que, por consiguiente, deben crear un contenido mental acudiendo a los innumerables medios que les ofrece su iniciativa y su experiencia, aprovechando de preferencia los diarios sucesos de la vida infantil. En síntesis, organizar la práctica de la escritura sobre bases que respondan al deseo del alumno de expresar lo que siente y lo que quiere.

En lo que respecta a los fundamentos fisiológicos, no ignoran los maestros que la práctica de la escritura debe armonizar con el orden natural en que se manifiestan las actividades motoras a fin de llegar a dominar este medio de expresión sin esfuerzos inútiles, de parte del alumno y sin fatigas que le hagan odiosa la actividad y le demoren en adquirir formas correctas.

En cuanto al aspecto social de la escritura, considerado como instrumento de relación entre los individuos y las colectividades humanas, a través del tiempo y de la distancia, los maestros comprenden que vivimos en un época en que lo complicado y heterogéneo de las cuestiones que demandan atención, exige el ahorro de esfuerzos innecesarios y que, en consecuencia, la escritura debe ser sencilla, sin rasgos complicados, sin adornos superfluos, para que, además de ser fácilmente legible, pueda realizarse con rapidez y con gasto mínimo de esfuerzos.

Como coronamiento de los estudios relativos se aceptaron las siguientes resoluciones que continúan teniendo plena vigencia:

Que los maestros se empeñen en preparar las clases de escritura con igual acuciosidad que cuando se trata de las demás asignaturas; que pongan el mayor esmero al escribir en el pizarrón; que preferentemente empleen el sistema llamado muscular; que observen a sus discípulos mientras escriben y les exijan adoptar las posiciones prescritas como higiénicas; que se inclinen a respetar la iniciativa y la espontaneidad de los escolares en lo tocante a los temas que elijan; que, como incentivo que siempre opera provechosamente en la conciencia de los alumnos, revisen sus trabajos y los califiquen; que concretamente hagan las correcciones individuales que sean pertinentes y señalen los errores o deficiencias que perciban; que periódicamente hagan resaltar los

progresos del grupo por medio de cuadros gráficos y que, para sortear los inconvenientes producidos por la fatiga, no alarguen las sesiones destinadas a esta clase, más allá de veinte minutos.

En la ímproba tarea de elevar a más altos planos la enseñanza del idioma, ha ocupado de muchos años atrás un lugar prominente la ilustrada maestra Ofelia Garza. A sus vastos conocimientos, al acendrado amor con que desempeña su función docente, a la sólida experiencia que adquirió tras de incesante lucha, se unió el esfuerzo de algunos otros maestros para llevar a término el estudio respecto a la enseñanza de la composición, particularmente en lo relativo a la expresión escrita.

Emprendieron la obra y luego de examinar más de dos mil trabajos, se persuadieron de la muy elevada cifra de errores ortográficos. Con escrupulosidad los anotaron y clasificaron. Ellos son principalmente: uso indebido de las letras mayúsculas; mal empleo del acento ortográfico; supresión o cambio de letras; mala división de las palabras; desconcierto en el empleo de la diéresis; confusión en la escritura de las sílabas compuestas; desconocimiento del sonido suave de la g; ignorancia en el uso de la h; frecuente equivocación de letras; (usan b por v, c por s, ll por y, m por n, s por z, q por c, g por h, r por rr, etc.).

En un orden más elevado pudieron comprobar que el léxico empleado por los niños es raquítico y vulgar, lo que origina la intolerable repetición de voces toscas; el inadecuado empleo de los tiempos de los verbos, de las variantes pronominales, de las preposiciones y de los plurales; el abuso de los pronombres personales, las concordancias defectuosas, etc.

Los datos compilados sugirieron resoluciones precisas para contrarrestar la influencia de los defectuosos modos de hablar en el hogar y en la calle y el pernicioso efecto que causan las lecturas e impresos espurios y maléficos que rebajan la condición de los niños al corromper su manera de escribir y de hablar.

No se perdió de vista al formular tales conclusiones que para llegar a expresar algo, el niño atraviesa por las siguientes fases: observación de los seres y de los fenómenos situados en el medio que le rodea; elaboración de las ideas que tales seres y hechos le sugieren y expresión, mediante la palabra o la escritura, de los pensamientos elaborados.

De aquí se desprende la conveniencia de aconsejar que se solicite la atención del niño para que observe con curiosidad lo que le rodea, cuanto se suscita en el pequeño mundo en que actúa, a fin de que, después de pensar en ello, exprese sus pensamientos; que para el objeto liguen los maestros estas actividades con sus enseñanzas sobre la Historia, la Geografía, el Civismo, etc.; que a fin de multiplicar los motivos concernientes, promuevan visitas a los centros de diversión, a las fábricas cercanas, a las casas de comercio, etc.; que

organicen excursiones económicas a parajes risueños; que amplíen el horizonte sensible de los escolares acompañándolos a parques botánicos y zoológicos; que les hagan contemplar los variados motivos que presentan los museos; que empleen con oportunidad algunas buenas narraciones y descripciones que provoquen ligeras conversaciones y sencillos debates; que practiquen ejercicios orales y escritos con tendencias a enriquecer y corregir el vocabulario de los discípulos; que los induzcan a emplear conscientemente vocablos nuevos para ellos; que se animen a llegar a fijar cuál es el lenguaje activo del grupo; que utilicen recursos tan eficaces como la recitación y la dramatización de pasajes selectos, en lugar de echar mano a reglas y definiciones, y a la postre observarán placenteramente cómo sus discípulos llegan a expresarse ágil, clara y adecuadamente.

Los maestros han ponderado la necesidad de abarcar en su conjunto los aspectos diferentes que presenta la enseñanza del idioma, por la dependencia innegable que existe entre sus múltiples ramas y comprenden que desdeñar cualquiera de sus fases provoca serios desequilibrios en demérito de los resultados que se anhelan.

Consecuentes con esas ideas abogan por que se promuevan aquellas actividades que son recomendables para estimular la imaginación y que animan a los alumnos a expresarse con despejo y desembarazo.

Sugieren para este fin la recitación, la declamación y la dramatización, como factores eficaces para conseguir la buena elocución y advierten enfáticamente que no propenden a preparar futuros actores teatrales.

Recitar pequeños trozos selectos, con el empleo sobrio de gestos y ademanes, para hacer resaltar el fondo afectivo del tema, no sólo coopera a la progresión creciente del lenguaje, sino también a la adquisición de elementos congruentes que imprimen mayor realce al pensamiento y contribuyen a desenvolver las capacidades mentales del educando.

Por otra parte, la dramatización aumenta el goce de los niños para acudir a su clase; les atrae con alegría su escuela, a la que miran sonrientes; les seduce aplicar sus conocimientos de Historia, de Geografía y de Civismo; les agrada cooperar en la preparación de dibujos, pinturas, cuadros y siluetas que contribuyen a dar realce a la representación.

Ni duda cabe que el temperamento artístico del maestro es la base fundamental para conquistar éxito. La actitud que manifieste al presentar los temas, es substancialmente importante, porque cunde entre los alumnos y los embarga y es factor decisivo en los buenos o deficientes resultados.

Para la dramatización de los asuntos elegidos es prudente permitir a los pequeños coadyuvar con su iniciativa al señalar entre los condiscípulos aquellos que con mayor acierto pueden encarnar los personajes, llevando por delante que son demasiado perspicaces para indicar atinadamente a los actores.

La Comisión de Métodos y Procedimientos para la Enseñanza del Español, fue presidida por el Sr. Prof. Efrén Núñez Mata, dilecto amigo nuestro y cultivador esmerado de cuanto concierne al progreso del idioma; contó con la asesoría del inteligente y experto maestro don Leopoldo Kiel y la integraron personas tan capaces y entusiastas como don Joaquín Roca Zenil, don Feliciano Escudero Cruz y don Fausto Bravo Gómez.

En lo relativo a recitación, trazó el camino más llano digno de aconsejarse y en sus proposiciones sugiere que luego de haber emprendido algunas exploraciones de consonancia con las ideas que incluye el tema, se enuncie éste con claridad y que, acto seguido, el maestro lea artísticamente el trozo literario en forma que atraiga la atención de su auditorio; que los alumnos se compenetren del contexto leyéndolo en silencio; que anoten los vocablos y giros desconocidos, con objeto de que les sean dilucidados a tiempo; que se analice el contenido de la composición y se pongan de resalto los pensamientos primordiales y las figuras literarias que descuellen; que en seguida sea leído íntegramente el pasaje y se determine el tono que es conveniente usar; que posteriormente se proceda a memorizar y se concluya por la recitación en forma individual y colectiva.

Los mismos señores profesores opinaron que, al dramatizar, es necesario que se respete la interpretación que nazca del alumno, así como su mímica natural y espontánea y que se procure siempre huir de los amaneramientos que envician a los pequeños y hacen ridícula y a veces grotesca su actuación.

La recitación será unas veces en prosa y otras en verso y se aprovecharán selecciones de escritores mexicanos y extranjeros, propuestas ya por los alumnos o bien por sus maestros.

Se eligirán asuntos derivados de lecturas, leyendas, narraciones, escenas de la vida nacional y de la de otros países, episodios históricos, peculiaridades geográficas, problemas cívicos o hechos relacionados con algunas de las demás materias que cursen los alumnos.

Considerando que la Gramática es la teoría del lenguaje donde están incluídas las normas que fijan la manera de proceder para expresarnos con propiedad y claridad, y pensando que es preciso imbuir en los alumnos esas doctrinas con exposición de los fundamentos en que se basan, los maestros dictaminaron que así como al asimilar cuanto ocurre en el mundo exterior, la mente procede de los hechos a las relaciones y de éstas a las leyes, es juicioso seguir un orden similar arrancado del uso empírico, para pasar a los ejercicios sistemáticos y provocar generalizaciones, interpolar nociones y llegar por fin a la enunciación de las reglas.

La comisión a la cual se encomendó formular el Programa de Enseñanza de la Lengua estuvo constituída por personas que ofrendaron gustosamente los frutos sazonados de su sabiduría y de su experiencia.

Allí se consagraron las talentosas maestras Soledad Anaya Solórzano, Guadalupe Cejudo y Emilia Balmori; el docto Profesor Manuel Acosta, cuya vida fue donación constante para los caros intereses de la escuela, y los estudiosos señores D. Isidro Castillo, D. Delfino Bazán y D. Ricardo Reyes, entre otros.

Con notable acierto dosificaron, bajo la designación de Práctica e Información Gramatical, la materia que a cada grado de la escuela primaria debe corresponder de esta doctrina y recomendaron que al impartirla se use el procedimiento cíclico, siempre en relación con el poder mental de los alumnos.

En la actualidad se conceptúa la educación como el conjunto de factores encaminados a estructurar en cada sujeto un elemento útil para la vida social, y con la vista hincada en ese trascendente principio, los maestros se empeñan en proveer a sus discípulos de los medios adecuados para que puedan ampliar su cultura y, en consecuencia, promueven el mayor número de actividades en torno de la enseñanza del idioma que justamente encuadran en el propósito de dotar a los escolares de instrumentos eficaces para adquirir y mejorar sus conocimientos.

La tarea es complicada y, por su extensión y hondura, requiere grandes esfuerzos de índole docente y la aportación sin reservas de recursos económicos muy cuantiosos; para continuar una obra de tales alcances urge obtener el auxilio de muchas personas e instituciones altruistas y vigorosas y por ello se demanda la ayuda de los Gobiernos y de los Estados, a fin de que organicen e implanten de manera permanente en sus respectivas escuelas la lucha en favor de la Lengua; que los Ayuntamientos y corporaciones privadas de las cuales depende la vida de algunos colegios primarios, acojan con benevolencia estas ideas y procuren amoldar a ellas sus funciones; que las asociaciones literarias extiendan su radio de acción hasta beneficiar piadosamente a la gran masa del pueblo, procurando despertar el gusto por la lectura en modestas bibliotecas en las cuales se conceda fácil acceso a las mayorías, o enriqueciendo el acervo de las que ya sostienen; que los escritores, de los que por ventura tenemos plétora, vuelvan su mirada magnánima a los niños y compongan algunas piezas teatrales que sirvan de esparcimiento a los pequeños y contribuyan a iniciar o fortalecer su sentimiento estético; que las empresas periodísticas se dignen colaborar con su pujante fuerza propulsora e incluyan alguna sección dedicada a los escolares, en la que se inserten unas veces los artículos redactados por ellos y otras los que sobre temas adecuados les destinen.

En ocasiones diversas han sido elevadas a la Secretaría de Educación Pública valiosas iniciativas tendientes a procurar la coordinación conveniente entre los programas de las escuelas primarias y las secundarias y, en lo que respecta a la Lengua Española, se ha avanzado mucho en el esfuerzo de dar fundamento orgánico a tales propósitos.

Por otra parte, se ha intentado señalar normas concretas respecto a lo

que debe exigirse, como suma mínima de conocimientos en el idioma, a los alumnos que arriban a las escuelas de segunda enseñanza y determinar además, cuáles son aquellos otros que deben poseer los estudiantes para trasponer los límites de la enseñanza secundaria e ingresar con garantía de éxito a los establecimientos de educación superior.

Son dignas de encomio también las exploraciones emprendidas con el ánimo de unificar las escuelas de diferentes tipos que funcionan dentro de la categoría de establecimientos de segunda enseñanza y, en lo relativo al idioma, se encuentra satisfactoriamente resuelto el problema de homogeneizar los procedimientos pedagógicos que más acertadamente conduzcan a vigorizar el idioma, lo que a la postre, contribuye a estrechar los vínculos sociales y a reafirmar la unidad nacional.

La Secretaría de Educación Pública, que aquilata el valor y significación de estos estudios, designó el año de 1939 una comisión encargada de estudiar y proponer el programa de Lengua Española que debería ser desarrollado en las Escuelas Secundarias de la República a partir de 1940.

La designación de los maestros que integraron la mencionada comisión fue acertada en grado extremo, por lo que mira a dos de sus miembros: uno de ellos, el erudito filólogo don Raimundo Sánchez, tan sabio y tan benévolo, el varón impecable que dedicó apasionadamente su vida cordial y austera a la obra de la educación, no siempre exenta de esperanzas, y otro, nuestro colega insigne don Carlos González Peña, a quien tanto debe la causa de la educación en México por su labor perseverante dentro de las aulas y por los conocimientos que la juventud adquiere en sus macizas obras didácticas; el amigo dilecto cuyo acendrado amor por el idioma ha contribuido a producir tantos profesionales eminentes en las letras.

Las autoridades escolares me otorgaron la honra de trabajar una vez más con estas dos ilustres figuras del magisterio a quienes se debe el programa que durante varios períodos lectivos ha regido y que como objetivo principal persigue la intención de proveer a los adolescentes de elementos propicios para emplear con soltura y pulcritud el idioma, de modo que expresen con tino sus deseos, sus sentimientos y sus ideas, oralmente o por escrito.

El programa que delinearon se orienta a los propósitos de regular el criterio de los alumnos; despertar su inclinación por la lectura; capacitarlos para que interpreten con exactitud lo que leen; fortalecer sus hábitos de estudio y de acción; dotarlos de elementos suficientes con ayuda de los que puedan discurrir sin tropiezos por los senderos del vivir; robustecer el espíritu de solidaridad en los problemas de orden colectivo; perfeccionar el lenguaje de los adolescentes, por conceptuar que es fundamento de la cultura y garantía de que quien llega a enriquecerlo se encuentra mejor equipado para cumplir con acierto su función social y las cargas que en el seno de la comunidad le conciernen.

Desde que las escuelas secundarias fueron creadas, en los tres años que abarca el plan de estudios que en ellas rige, se destinaron a la enseñanza del Español cuatro horas semanarias al primer curso y tres al segundo y al tercero respectivamente.

Se estableció un procedimiento cíclico en los dos primeros grados en lo tocante al adiestramiento en el lenguaje y, en el tercero, se emprende el conocimiento inicial de la Literatura Española, sin descuidar los ejercicios adecuados, que reafirmen los conceptos adquiridos en los cursos precedentes.

En el momento actual priva la idea de abandonar la enseñanza escueta de la doctrina gramatical porque no significa la meta a que ansiamos llegar, y sólo se la estima como el medio que al lado de otros, también importantes, debe emplearse para alcanzar las finalidades a que aspiramos.

Se aconseja que invariablemente se adune la teoría a la práctica, que se suscite la actividad de todos los alumnos, aprovechando el interés que en ellos provoca cuanto ocurre a su alrededor y sus ansias de mejorar; que a paso y medida que se les infunden preceptos formales, se luche por que consoliden los hábitos necesarios para que cuando por circunstancias fortuitas abandonen las aulas, puedan proseguir por sí solos su desenvolvimiento cultural.

La comisión declara que en la imposibilidad de puntualizar los ejercicios del lenguaje que pudieran ser preconizados, en primer término porque siempre es prudente respetar la iniciativa personal del maestro y, después, porque son innumerables los que pueden rendir frutos opimos, se constriñe a recomendar los de lectura comentada, con la explicación clara de vocablos, modismos, refranes y peculiaridades de nuestra Lengua.

Para consumar estas aspiraciones en los amplios límites deseados, aboga por el empleo de composiciones cortas completas, si ello fuere posible, y en caso contrario, por fragmentos de obras; pero en un caso como en el otro, de producciones de autores consagrados como modelos de buen decir; que, además, se abra campo a los temas conexos con la vida social y que se parta de lo situado dentro del horizonte de percepción de los alumnos, para llegar menudamente y por sus pasos a lo más alejado de su vista y de su época.

Aboga por los frecuentes ejercicios de expresión oral sobre temas relacionados con la lectura de periódicos, de revistas, de documentos, de los textos y apuntamientos de las demás asignaturas que el alumno curse.

Al proceder así se satisfará otro de los ideales que persigue la escuela moderna y que estriba en procurar que la función docente se realice sin desarticulaciones ni mutilaciones, antes bien, apoyando y fortaleciendo la dependencia de unas materias con las demás.

Promueve que se susciten pláticas entre los discípulos, y debates en los que intervenga el mayor contingente posible a fin de estimularlos en el propósito de ampliar sus conocimientos y expresar su opinión propia. En conexión

con estas actividades, se les brindará la oportunidad de recitar, declamar, narrar anécdotas y sucedidos, dramatizar, etc.

Reclama que los ejercicios de expresión escrita y de composición sean igualmente frecuentes y que para motivarlos se aprovechen los temas que sugieren los paseos, las excursiones, las diversiones, los paisajes, los monumentos, las personas y los fenómenos; que se haga permanente la costumbre de redactar mensajes, recados, cartas familiares y de negocios, recibos, actas, ocursos e instancias de uso privado y de importancia oficial y comercial.

Establece que es ingente la necesidad de fomentar el hábito de concurrir asiduamente a la biblioteca de la escuela, y que sin desmayar se luche por que los jóvenes formen pequeñas bibliotecas circulantes, pues el esfuerzo que despliegan en la integración y en el sostenimiento de ellas, que en ocasiones toca los linderos del sacrificio por las escasas posibilidades económicas de que disponen, les obliga a conservarlas en orden, a mejorarlas con esmero y les ofrece la oportunidad de afianzar sus intereses colectivos, favorece el fortalecimiento del espíritu solidario y contribuye a instituir la disciplina orgánica de los planteles a los que pertenecen.

Inspirados en estas ideas, muchos han sido los maestros que han cifrado su empeño en establecerlas. Llega a mi recuerdo el vigoroso influjo del Sr. Prof. D. Salvador Romero Sologuren cuando congregó a los alumnos de su clase de Español, de la Escuela Secundaria No. 3, en una agrupación que bajo el lema de "Amigos del Libro" se amañó por hacer acopio de buenas obras para ponerlas al alcance de sus compañeros. El Sr. Romero Sologuren ponderaba que en las naciones de cultura avanzada el establecimiento de bibliotecas se equipara con la fundación de centros de enseñanza; que la biblioteca es consubstancial con la escuela y que puede ser conceptuada como la escuela misma.

Como este dinámico maestro hay multitud de educadores mexicanos que conceden al cultivo estético de la juventud el lugar preferente que debe ocupar en la cima de los diversos planos de la educación y consideran injusto abandonar a los jóvenes después de haberles imbuído alguna dosis de instrucción de la cual no podrá derivar la educación de sus sentimientos.

Quizás por nuestras inveteradas deficiencias económicas, hemos resbalado por la pendiente que apenas deja campo llano a la educación intelectual y queda la cultura estética al arbitrio de la iniciativa particular que no siempre va por caminos adecuados. A diario miramos en manos de nuestros jóvenes publicaciones periódicas que degeneran y prostituyen su buen gusto; les oímos canturrear sones con letra detestable, sobre temas apartados de la delicadeza y de la gracia; sinfonolas y "tragadieces" por doquiera anegan sus oídos con tonadil'as, estruendos y vociferaciones que les atolondran y hacen estólidos; las bufonadas de actores mediocres no podrán infundir jamás buenos sentimientos;

el cine, con frecuencia, es toscamente desviado de la función importantísima que ningún otro arte es susceptible de rendir; en las transmisiones radiofónicas, naturalmente, las empresas persiguen como objetivo principal el aumento de sus ganancias, y, rodeada de esta atmósfera, la escuela pugna por salvar un aspecto tan interesante de la educación y considerándolo medio eficaz, lucha por atraer las simpatías de los jóvenes hacia las obras literarias selectas que promueven, en parte, su cultura estética.

En el plan que vengo examinando la comisión incluyó los ejercicios de investigación por el influjo que ejercen en la enseñanza del idioma en cuanto incumbe a los antecedentes históricos del país y del idioma que hablamos, bien los conectados con asuntos científicos y artísticos, en consonancia con los poderes de los alumnos o ya los que protegen las relaciones sociales o los que reseñan fenómenos económicos.

Entre la pluralidad de temas abarcados figuran los que tienen por objeto proveer a los escolares de una suma definida de conocimientos formales. Por ejemplo, en los ejercicios lexicológicos, el estudio de las palabras desde el punto de vista de su significación; arcaísmos y neologismos; tecnicismos que guardan relación con la terminología propia de las materias que cursa el alumno; difusión de las voces empleadas por los diferentes grupos sociales dentro de sus variadas actividades, etc.

Para que usen con idéntica propiedad las letras, los acentos y los signos de puntuación, se preconizan los ejercicios ortográficos en forma sistemática y graduada, y, en relación con las informaciones gramaticales, la comisión adelantó su parecer de que no se ejerza coacción para inclinar a los maestros en favor de determinada doctrina, aunque si se atiende a la naturaleza de las escuelas de Segunda Enseñanza y a la conveniencia de unificar los procedimientos, aconseja que debe adoptarse la terminología de don Andrés Bello.

Desde su creación, ha sido permanente el propósito de apartar a las escuelas de Segunda Enseñanza de los derroteros que en épocas pretéritas siguieron los estudios de iniciación literaria. Notorio ha sido el empeño de sujetarlos a una forma que resulte más acorde con las exigencias actuales.

Ya don Salvador Novo, el culto escritor y magnífico maestro, que desde sus años mozos ha puesto erudición y talento al servicio de esta causa, al redactar el programa de Literatura Castellana que la Secretaría de Educación Pública declaró en vigor el año de 1928, hacía hincapié en que esta fase de los estudios deberá servir para ensanchar los horizontes de la existencia inmediata al poner en contacto a los jóvenes con la experiencia y la conducta de los demás hombres y para relacionarlos, asimismo, con las costumbres de la colectividad presente y las tradiciones que arrancan de otras épocas motivo por el cual puede ser considerada como una fase de las ciencias sociales, reservando su as-

pecto formal y carácter vocacional para darles asiento en instituciones docentes de índole superior.

El estudio inicial de la Literatura Española es, primordialmente por influjo del maestro, materia que atrae la atención de los jóvenes, seduce su voluntad y disciplina su inteligencia, cuando se pone al alcance de manera sencilla y viva, ajena a disquisiciones históricas y a la escueta enumeración de preceptos y de fechas que nada dicen a su comprensión.

No obstante que el trozo literario sea ligero, provocará reacciones mentales importantes, las cuales variarán de uno a otro sujeto, naturalmente; pero cada quien irá plasmando sus formas personales, conocerá nuevos caminos, descubrirá senderos por donde jamás había transitado, aliviará dificultades, profundizará conocimientos, se familiarizará con los bellos giros y las galas del lenguaje y, por el influjo imitativo, que es descollante en los adolescentes, se irá adentrando poco a poco en el arrobo de los buenos libros.

Tenemos absoluta confianza en las aptitudes y en el decoro de nuestros maestros de Lengua Española; conocemos a muchos en quienes envidiablemente se enlazan los ideales altísimos de su apostolado con los tesoros intelectuales propios; que con lucidez valorizan el poder social que ejercen; que desde mucho tiempo atrás se alistaron en las brigadas acrecentadoras del idioma para realizar un empuje que mantenga enhiesto el estandarte que congrega a los defensores de los fueros de nuestro idioma.

A pesar de que no siempre podrán librarse de la sátira y de la maledicencia de tantos incomprensivos que todavía osan desdeñar su ministerio, no obstante las injustas murmuraciones de quienes menosprecian su función, garantizaríamos que esas contrariedades no llegarán a amordazarlos impidiéndoles proseguir su tarea desde los modestos bancos de la escuela que, si en lo material y en lo económico padece deficiencias y en ocasiones sufre graves penurias, brinda un ambiente espiritual cálido, propicio para las máximas conquistas. Ellos continuarán luchando por enaltecer la Lengua, ayudarán a purgarla de las frases bárbaras y de las voces ilegítimas que con frecuencia la maculan, con denuedo combatirán las causas que pervierten la expresión, se empeñarán en aliñar el vocabulario y perseverarán sin laxitud en el propósito de conseguir que los alumnos alcancen la meta de explicar atinadamente sus pensamientos, razonar sin tropiezos y expresarse con sencillez, con propiedad y gentileza.

RESPUESTA AL ANTERIOR DISCURSO

Por don Carlos González Peña.

CURIOSAS y dignas de observarse son las avenencias o desavenencias que ocurren entre la vocación y el destino. Este, que pudo ser un buen médico, resultó un mal político. Aquél, que iba para barítono, se quedó en farmacéutico. Otro más, campesino de pura cepa, encanece redactando alegatos en un despacho de abogado. En tales circunstancias vocación y destino se opusieron. Pero en ocasiones se advierte precisamente lo contrario, o sea una armonía, una conformidad dichosa entre lo que el hombre quiso ser y lo que ha sido.

El señor profesor don Daniel Huacuja, a quien ahora recibe la Academia como Individuo de Número, hállase indudablemente en este último caso. Nació maestro y ha sido y sigue siendo maestro; su vida entera se ha consagrado y continúa consagrándose al estudio y a la enseñanza de la Lengua.

Aún algo más singular y curioso de advertirse cabría señalar; es a saber: que el propio sendero por donde echó a andar en su más tierna infancia Daniel Huacuja, es el mismo por donde ahora encamina sus pasos. Diríase su existencia un río tranquilo que nada ni nadie alcanzó a desviar, y que calladamente se deslizará hasta ir a dar a la mar de que habla Jorge Manrique.

Mexicano de México, un auténtico metropolitano es Daniel Huacuja. Hizo sus estudios en la Escuela Normal de esta ciudad, desde el primer año de la enseñanza primaria, hasta graduarse como Profesor de Enseñanza Elemental y Superior, en mayo de 1904. El que había ingresado en aquel plantel para recibir la enseñanza de los maestros, terminaba por ser a su vez maestro. Luego la dura lucha en las primarias, y, bien pronto, el asomar de la especialización. En 1905, desígnasele Profesor de Lengua Castellana en el Liceo de Chiapas, establecido en San Cristóbal Las Casas. Breve ausencia de la capital; en 1908 ya está de vuelta. Desde ese año hasta el de 1914, profesa la cátedra de Lengua Castellana en la Escuela Nacional de Agricultura y Veterinaria, de la que es Secretario. La propia asignatura se le encomienda en 1916 en la

Escuela Normal de México, su antigua Escuela, de la que salió y a la que volvía. De 1916 a 1925 enseña Lectura Superior en la Escuela Normal Nocturna. En 1918 es profesor de Lengua Castellana en el internado nacional de Estudios Preparatorios y Mercantiles. A la Escuela Nacional Preparatoria llega en 1920 coronando su cara vocación: la enseñanza del castellano. Esa misma materia, su predilecta, le ocupará a partir de allí hasta la fecha: en 1923 conquista por oposición la clase de Lengua Castellana en la Facultad de Medicina Veterinaria; en 1938 nómbrasele Jefe de Clases de Español en las Escuelas de Segunda Enseñanza, donde ya de años atrás venía ejerciendo dicha asignatura; en 1945, 46 y 47 es profesor del Seminario de Lengua Española para profesores de Español de los Estados Unidos de América. Desde 1947 desempeña el cargo de profesor de Lengua Española en el Colegio Alemán "Alejandro von Humboldt" y a partir de 1948 da la clase de Español Superior en los cursos de la Escuela de Verano dependiente de la Universidad Nacional Autónoma de México.

El género de enseñanza al cual le ha llevado su vocación le conducirá a diversos cargos de carácter técnico. En 1920 es Jefe de la Sección Técnica de la Dirección de Educación Pública. Al año siguiente, Secretario General de la propia Dirección. En 1925 desempeña la Secretaría de la Escuela Nacional de Maestros. En 1927, la Subjefatura y Dirección Técnica de las Escuelas Primarias en los Estados de la República. Y aquí llega una fecha que conviene, por su alto significado, señalar: en 1928 es Huacuja Director de la Escuela Nacional de Maestros, la institución, ya amplificada en la que, de niño, había ingresado para cursar primeras letras. Su elevada capacidad llévale en 1930 a la Subjefatura del Departamento de Escuelas Rurales de la Secretaría de Educación Pública; es en 1931 Inspector General de Enseñanza Primaria Rural. Dirige en 1934 los Cursos de Mejoramiento para Maestros de las Escuelas Secundarias Foráneas. En 1941 desígnasele Jefe del Departamento de Escuelas Secundarias; llega, en fin, en 1942, a Subdirector General de Segunda Enseñanza.

En diversas épocas ha desempeñado varias comisiones como las de estudio y dictamen respecto a la conveniencia de adoptar libros de texto para las clases de Lengua y Literatura Españolas. En 1946 se le dieron las gracias por la valiosa cooperación que prestó, especialmente en la redacción de programas educativos para los centros de enseñanza, dentro de la Comisión Revisora y Coordinadora de Planes y Programas de Estudio.

Más limpia, armoniosa y, sobre todo, honrada carrera, no podría darse. He aquí —pensamos— un hombre que ha sido y sigue siendo lo que quiso ser: un maestro.

Devoción y amor reclama la enseñanza, así pródiga en amables satisfacciones, como no hay una de sinsabores. Huacuja —vedlo, alto, moreno, fornido— ha permanecido sonriente, sereno, acogedor, en la plataforma de la cátedra. Su pleno dominio, su sabiduría en la materia que enseña le confieren el respeto, la simpatía, el amor de sus discípulos. Los ha enseñado a expresarse con propiedad en su lengua, y los ha imbuído en las bellezas literarias de que la misma es rica. Firme, diríase que juvenil, ve pasar los años sin rendirse a la fatiga. Mantiene en su pie su ilusión; nunca ha sido un escéptico y, por esto, venturosamente jamás será un desilusionado.

Sus estudios, constantes y fecundos, del idioma; su dilatada práctica en la enseñanza y en la dirección técnica de las escuelas, mueven a presumir cuán grande será su capacidad para orientar, para señalar caminos, para guiar aun a aquellos que no se creerían necesitados de guía. Se ha expresado con razón que nada hay como profesarla para ahondar en una materia. En la clase, el maestro es el primer discípulo, el más justamente obligado a saber, y de esta gran verdad da fe el desenvolvimiento de la carrera magisterial de Daniel Huacuja.

En el discurso que acabáis de oír, él ha trazado el cuadro del desarrollo seguido en los últimos años por lo que se refiere a la enseñanza de nuestra lengua. Presentó, por así decirlo, la historia de las vicisitudes que al través de planes y programas de estudio ha seguido la enseñanza del habla, y todo ello con una minuciosidad, con una acuciosidad ejemplares. Son notables sus observaciones acerca del arte de leer: la lectura en silencio y la lectura oral; pónese de relieve su amor por la cultura; propugna la necesidad que a su juicio reviste el encarrilar al alumno hacia el cultivo del espíritu, merced a reiterada consagración a los libros y al afán nunca saciado de acrecentar el conocimiento del idioma y descubrir las galas y magnificencias que nos han legado en páginas inmortales sus mejores artífices. Pero ocioso sería que yo ponderase aquí siquiera fuesen los rasgos salientes de esa espléndida pieza oratoria que habéis escuchado; sin necesidad de yo hacerlo, ya en lo secreto de vuestra mente vosotros lo habéis hecho.

¡Cuántos trabajos en la discusión y renovación de los programas! ¡Cuántas divergencias conciliadas! ¡Cuánto debatir sin otro propósito que el de ser útiles y el de encaminar por seguros senderos! Sin embargo, osaríamos reparar en lo que de irrealidad, de inaplicabilidad, acaso haya en algunos programas, los cuales, a las veces, lejos de facilitarla entorpecen la labor del maestro. Creeríamos advertir, por ejemplo, un cierto desdén, un mal embozado horror por la gramática. ¿Pero cómo, sin la gramática, puede aprenderse ningún idioma? La gramática no es un fin, sino un medio utilísimo del que hemos de valernos con sagacidad. Abiertamente se condena —pongamos también por ejemplo— el aprendizaje de memoria. ¿Mas cómo, sin la memoria, podría retenerse y

aplicarse el aprendizaje gramatical? De la memoria habremos de servirnos para retener, verbigracia, las reglas ortográficas; de memoria aprendemos —y no hay otra manera de aprenderlas— la conjugación y la declinación. No se trata, claro está, de atiborrar de definiciones y clasificaciones la mente del alumno; pero sí de erigir una teoría sólida y fuerte que nos permita enderezar nuestros pasos por segura ruta. Tal vez se abusa de la ejemplificación, o mejor dicho, se piensa que ella baste no para llegar a lo que la teoría enseña, que es lo conducente, sino para excluir la teoría misma.

Mas no sería ésta la ocasión ni el momento de entrar en menudos análisis. Encomiemos lo que de noble y bien encaminado encierran los programas, y concentremos nuestra efusión en el hecho que ahora aquí nos reúne: el ingreso del señor profesor don Daniel Huacuja en este ilustre Cuerpo que es la Academia Mexicana Correspondiente de la Española. Constituye tal acto el reconocimiento de incuestionables méritos del recipiendario, y, a la vez, augura la decisión de aprovecharlos en no pocos de los trabajos que la Academia lleva a cabo en su propio instituto. El saber, la recta conciencia, la laboriosidad y la nobleza intelectual harto probadas del profesor Huacuja, son garantía de buenos servicios dentro de la órbita académica. Mas, si a los merecimientos intelectuales que resaltan en el nuevo académico, sumamos los que en el orden moral, en el personal, en el afectivo reúne Daniel Huacuja, varón de clara conciencia, cultivador celoso de los bienes del espíritu, amigo fiel, ello nos moverá a decirle: que sea bienvenido, y que por muchos años el sitio que ahora viene a ocupar siga en posesión suya para enaltecimiento de la lengua, orgullo de sus colegas y satisfacción profunda de esta misma Academia.

FILOSOFIA Y LENGUAJE *

Por don ANTONIO GÓMEZ ROBLEDO

Elogio de ALFONSO MÉNDEZ PLANCARTE

BELLA y alta misión es por cierto, por cualquier lado que se mire y en todos los sentidos del término, el ministerio de la palabra. Esta es puntualmente la misión de la Academia, y ésta fue también la misión y la vida entera de Alfonso Méndez Plancarte, servidor de la palabra en toda la significación que esta voz tiene en la infinita escala de su analogía entitativa, y que se extiende desde la palabra increada, consustancial al Padre, hasta la última palabra, siempre accidental y fugitiva, alumbrada en la mente y proferida en cualquier tiempo y ocasión por labios humanos. Esta es la razón por la cual, hablando con toda propiedad, puede decirse que en Alfonso Méndez Plancarte no hubo disociación alguna entre su vocación sacerdotal y su vocación literaria. Enseñar la palabra divina e inquirir, hasta donde le fue posible, en los últimos secretos de la palabra humana, fue la doble misión, radicalmente una, de aquel varón cumplido cuya temprana muerte han llorado sus deudos, sus amigos y cuantos en la patria mexicana representan de algún modo, en lo trascendente o en lo inmanente, el orden del espíritu.

Si en este orden puede y debe darse —y por ventura con mayor excelencia que en otros órdenes— la dimensión de lo heroico, debe ser sin duda patente a cuantos le conocieron cuán alto rayó el heroísmo de Alfonso Méndez Plancarte en el desempeño de la doble misión que he dicho. Pues en lo que toca a su primer aspecto, fue por el esfuerzo extenuante que puso en su cátedra de Teología por expresar lo que es últimamente inefable, por lo que el Padre Alfonso perdió, sin haber podido recobrarla jamás, la soltura del habla. Esta es la hipótesis propuesta por quien le conoció tan de cerca como el P. Octa-

* Discurso de recepción como individuo de número, pronunciado en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, el día 14 de diciembre de 1955.

viano Valdés, y que por mi parte creo tan plausible por lo menos como las que haya podido avanzar, con relación a su caso, la ciencia médica. En el servicio de la más alta Palabra perdió, o poco menos, la palabra propia. En la declaración de una ciencia que viene formalmente de la Luz inaccesible, y cuya participación compromete por ello, en una constante y trágica aventura, todas las energías humanas, se le quebró la voz.

Fue entonces cuando el Padre Alfonso hubo de emplearse sin intermisión, y hasta el último día de su vida terrestre, en el otro heroísmo de la palabra escrita. Crucificado a su pluma, como de sí propio decía Lacordaire, clavado en su modesto escritorio, leyendo y escribiendo día y noche, y ambas cosas con una exactitud tan inaudita cuyo paralelo apenas si podrá encontrarse en nuestras letras patrias, así le vimos siempre todos los que pudimos disfrutar de su trato.

Hasta donde los hombres podemos interpretar ciertos sucesos, diríase haber sido en él providencial la obstrucción de la fluencia verbal, a fin de que, teniendo entero y forzoso solaz en la expresión gráfica, pudiera darnos la obra literaria densa, acendrada, opima, que con su memoria no pasará jamás. En ella asimismo fue esta vez exegeta prodigioso de la más alta palabra humana que, a par de la filosofía, es la palabra poética. Como buen horaciano, tuvo por la poesía tal veneración, que apenas si cultivó directamente un género en el que, por su misma alteza, no se puede ser sino rey o miserable; pero en cambio prestó a la patria el servicio imperecedero de hacernos comprender y sentir los valores poéticos de nuestra tradición novohispánica, y sobre todo los de nuestra poetisa máxima. Obras como el *Sueño* de Sor Juana, que parecía de tan impenetrable hermetismo, nos las tornó de tal modo transparentes como sólo pudo hacerlo quien, como él, estuvo también en posesión perfecta de aquel mundo de intuiciones y conceptos de todo género: teológicos, filosóficos, mitológicos y de la más variada erudición, que forman el trasfondo y sustrato del poema. Otro tanto podríamos decir, y por los mismos motivos, de sus maravillosas traducciones de Horacio. Sólo el conocimiento por comprensión, en el sentido que Dilthey ha dado a esta palabra, un poder de re-vivir vivencias ajenas, y sobre esto pretéritas, es capaz de tamañas empresas; sólo un espíritu como el de Alfonso Méndez Plancarte, que, con haber sido tan moderno, supo vivir tan intensa y originariamente épocas como la del clasicismo latino o del barroco hispanoamericano; épocas en que, aunque por diverso modo, campeó tan alto el esplendor formal del verbo, el culto apasionado de la palabra.

De nuestro medio está desapareciendo paulatinamente esta comprensión vivencial, este *Nacherleben* de la antigüedad clásica; y así no fuese sino por esta consideración, sería un duelo imborrable la muerte en el verdor de su vida de Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte.

Los requerimientos de este acto, juntamente con sus obvias limitaciones temporales, no dan lugar desgraciadamente a que pueda extenderme más en el comentario de la obra de mi ilustre antecesor en la Academia. Si hubiera de cifrar mi elogio en una sentencia, diría nada más que encarnó cumplidamente el tipo humano más amable para mí, el del humanista cristiano. No podría, empero, rematar este sucinto memento sin expresar la gratitud que yo y tantos otros le debemos por la amistad tan generosa que en todo momento nos dispensó; por el estímulo constante que de él recibimos para ser fieles sin desmayos, cada cual en su propia esfera, a la ardua y deslumbrante vocación de escribir. Aquí también, en su siempre dispuesto y apacible coloquio, en esta otra experiencia apenas comunicable, la voz del Padre Alfonso, aunque sin el volumen orquestal que demandaría la cátedra, se nos volvió por ello mismo más llana y más íntima, acaso más preñada de esos temas que sólo puede comunicar la música de cámara. Fue el último don de su palabra; don escondido, don carismático. Yo por lo menos no puedo recordar de otro modo aquellas tardes inolvidables pasadas en la vieja casona del Fresno, en compañía de un espíritu que era todo él luz y caridad.

Descanse en paz y en gloria el sacerdote fiel, el amigo dilecto, el ministro incomparable de la palabra. Con temor y temblor vengo ahora a sucederle en esta silla que he de ocupar, más que por méritos propios, por el voto generoso de los miembros de esta docta corporación, a quienes públicamente expreso mi gratitud, y señaladamente a los señores académicos don Alfonso Reyes, don Alfonso Junco y don Antonio Castro Leal, patronos de mi candidatura; y por último, aunque no en último lugar, al mismo Padre Méndez Plancarte, quien el primero de todos concibió la idea de traerme a este esclarecido senado, y cuyo voto póstumo, si puedo decirlo así, tengo razones para creer que fue de no poco momento en el sufragio final en mi favor.

Queriendo pues corresponder lo menos indignamente posible al subido honor que se me dispensa, y apremiado a la vez por la grave responsabilidad que lleva consigo el recibir herencia tan egregia, determiné traer a vuestra ilustrada consideración un tema consonante a la vez (como entiendo que debe hacerlo todo orador en estas circunstancias) con el más entrañable y vital de mis afanes, y por otra parte con lo que constituye la esencia propia y causa formal de esta corporación, y que es, en suma, el celo del lenguaje, la liturgia de la palabra.

Filosofía y lenguaje es un tema cuyas dificultades no han dejado por cierto de arredrarme, y de antemano sé que estaré muy por debajo de sus requerimientos. No obstante, he sido siempre de opinión que es mejor hurgar un poco siquiera en lo profundo que describir satisfactoriamente lo superficial, y que el solo hecho de suscitar y encuadrar aporías esenciales, cuestiones en que nos va de tal modo nuestro ser más hondo, es recompensa cumplida de

cualquier esfuerzo. En las grandes empresas, dice Propercio, es ya bastante de por sí el haber puesto en ellas toda nuestra voluntad: *In magnis voluisse sat est.*

Filosofía del lenguaje y lenguaje de la filosofía

La expresión filosófica puede por supuesto estudiarse bajo muchos aspectos y en estratos de mayor o menor profundidad, aunque me atrevo a creer que los criterios parciales en cada uno de ellos dependerán siempre en última instancia del que se tenga en lo que atañe al último estrato, a la problemática más radical. A título de simple enumeración, que de ningún modo pretende ser exhaustiva, podría enumerar los siguientes problemas, a saber: los géneros literarios en que puede o debe expresarse la filosofía; la relativa capacidad de las lenguas, clásicas o vulgares, para servir de órgano de expresión en esta materia; las condiciones generales del estilo filosófico, con la debatida cuestión sobre los dos lenguajes, el esotérico y el exotérico, de tan interesante alternancia histórica, y las condiciones particulares en fin, de orden preponderantemente lógico-gramatical, que serían algo así como las categorías normativas de dicho estilo. Bajo toda esta problemática, sin embargo, late el problema último de saber si el lenguaje humano como tal es capaz o no, y en qué medida, de traducir el pensamiento filosófico, y este problema latente es el que me propongo hacer patente en estas reflexiones. A ellas añadiré apenas algunas consideraciones sobre el estilo filosófico, en contraste sobre todo con el estilo poético.

Es obvio, sin otra consideración, que la solución del problema depende en buena parte del concepto que se tenga del lenguaje en general, de sus virtualidades no menos que de sus límites, por lo cual esta cuestión del lenguaje de la filosofía supone a su vez la otra correlativa de la filosofía del lenguaje. En la imposibilidad de entrar aquí a fondo en tema tan vasto, y hasta en incesante revisión, me limitaré apenas a enunciar sucintamente las convicciones fundamentales que tengo sobre el asunto.

Por los dos caminos principales que conoce y transita todo filósofo, *a priori* y *a posteriori,* antes o después de la experiencia concreta, es posible alcanzar una filosofía del lenguaje y concebirlo —así lo concibió la sabiduría antigua y lo ha confirmado la ciencia moderna—, como un fenómeno típicamente humano de comunicación del pensamiento.

Por el primer camino, partiendo de una metafísica y de una antropología filosófica que de momento me es imposible fundamentar más ampliamente, es obvio que si el hombre es entre los entes finitos, y según dijo Aristóteles, el único viviente racional, el animal dotado de *logos,* y que por esta sola nota hay entre él y el resto de la creación un abismo evolutivamente insalvable, el

lenguaje humano tendrá que ser entonces un atributo incomunicable de la especie, y cuya función más excelente consiste en ser vehículo de transmisión de lo que el rendimiento sea capaz de aprehender en el acto ideatorio. Es lo que enuncia la célebre definición de Guillermo de Humboldt al decir que el lenguaje es "la tarea siempre repetida del espíritu de utilizar sonidos articulados para expresar pensamientos".

Mas *a posteriori* también, con los datos aportados por ciencias tan rigurosamente empíricas como la etnología, la antropología, la lingüística comparada y demás disciplinas auxiliares, puede llegarse a la misma conclusión. La época darwiniana, en que nuestro lenguaje pareció no ser otra cosa, en palabras de Anatole France, sino "gritos de la selva corrompidos y complicados por monos antropoides" [1], o con mayor eufemismo, pero con idéntico sentido denigratorio, un mero método de adaptación al medio, y totalmente incapaz, por ende, de aprehender y expresar nada que no fueran entidades físicas, esta época, digo, la creo con toda sinceridad definitivamente superada. Para no citar sino los nombres de mayores prestigios en este campo, baste decir que un antropólogo tan distinguido como Köhler resumió sus prolijas observaciones de tantos años en la tesis de que la expresión fonética de los animales irracionales, aun de los monos superiores, no tiene sino una función emotiva, y carece por completo —y no en razón de limitaciones secundarias glotolabiales— de las funciones indicativa y representativa. En la expresión humana, por el contrario, la mayoría de los lingüistas reconocen hoy, después de la saludable reacción antinaturalista promovida por Charles Bally, extraída de funciones significativas: emotiva, indicativa y representativa; y esta última, según lo ha hecho ver Cassirer, se extiende de la mera representación literal, imitativa, a la analogía y al símbolo.

De este modo, las conclusiones a que Köhler llegó por los métodos de las ciencias naturales han sido en todo verificadas también en la otra gran rama de las ciencias del espíritu. En el juicio sereno y documentado de Cassirer, las observaciones de la más reciente psicología animal "parecen ensanchar más bien que estrechar el abismo entre la comunicación natural y el lenguaje humano" [2]. Y reflejando el estado actual de las investigaciones en esta materia, un lingüista y filósofo tan destacado como Urban ha podido decir en conclusión que el lenguaje humano "no es una parte de la naturaleza, sino más bien una expresión o encarnación del espíritu; no producto de evolución mecánica, sino de actividad creadora" [3].

Es así como hemos vuelto venturosamente, después del intento baldío por hacer del hombre simplemente el único de los vertebrados superiores, a

---

[1] *Le jardin d'Epicure, Ariste et Polyphile ou le langage métaphysique.*
[2] *La filosofía de las formas simbólicas,* vol. I, cap. III.
[3] *Lenguaje y realidad,* México, 1952, pág. 73.

la antigua confianza en la palabra que nos enseñaron los griegos, por lo menos sus filósofos máximos. La palabra es mensajero del entendimiento, dice con Aristóteles toda la edad media: *Sermo intellectus est nuntius.* Y Platón por su parte, en aquel diálogo del *Sofista* entre el extranjero y Teetetes, hace tan íntimamente la correspondencia entre ambos términos que llega prácticamente a la identidad, a tal punto que la palabra está ya en la mente antes de pasar a los labios, y como se dirá en la edad media, verbo mental y concepto son en realidad una y la misma cosa. "—¿Pues no es verdad —pregunta el extranjero— que pensamiento y palabra *(diánoia y logos)* son lo mismo, salvo que el pensamiento es el diálogo interior y silencioso del alma consigo misma, en tanto que el flujo que emana del alma y pasa por la boca con sonido lo llamamos palabra? —Es verdad" [4], responde Teetetes, y yo por mi parte lo creo también así con convicción inquebrantable.

El problema del lenguaje filosófico

Henos aquí, no obstante, apenas en los pródromos de nuestra reflexión, y lo más arduo nos queda aún por correr. Una cosa es, en efecto, la adecuación, así en general, entre pensamiento y lenguaje, y otra muy distinta es la de saber: primero: si el entendimiento es capaz de alcanzar lo que tradicionalmente se ha propuesto alcanzar la filosofía; y segundo, si suponiendo posible lo anterior, puede el fonema articulado producir, y hasta qué punto, esa última experiencia ideatoria. Para decidir sobre ambos extremos, no nos basta ya una antropología científica o filosófica, *a priori* o *a posteriori* o como nos plazca imaginarla, sino que es menester inquirir en las últimas raíces del ser y del pensar. Siento mucho en verdad, señores, obligarlos a este esfuerzo, pero aquí y ahora habéis de pensar fuertemente conmigo.

Si la filosofía no fuese, como lo es para muchos (y no dejo en ocasiones de envidiar postura tan cómoda) sino la articulación metódica de las ciencias particulares, o la formulación de hipótesis categoriales que hacen posible *a priori* la ciencia misma, la ciencia ya constituida por otros que nos han ahorrado este trabajo, el problema sería en estas condiciones mucho menos difícil de resolver, ya que sólo entraría entonces en cuestión la legalidad del conocimiento científico y su consiguiente vocabulario. Este filosofar, en efecto, que convierte a la antigua doncella de la Teología en esclava de la ciencia, se cifra cabalmente en declarar imposible la metafísica. Para mí sin embargo (y no reivindico por supuesto originalidad alguna en un aserto que respaldan veinticinco siglos de filosofar) la filosofía es nada o bien poca cosa sin la que Aristóteles llamó "primera filosofía", filosofía por excelencia, filosofía

[4] *Sofista,* 263 e.

por antonomasia; filosofía que andando los años y por un azar de inventario bibliográfico que tan maravillosamente le impuso sin querer su nombre insustituible, fue llamada metafísica. Ella, en efecto, tiene como correlato la entidad y entidades que están más allá de la *physis,* más allá de esta naturaleza visible y palpable, es decir los supremos principios y causas del ente en general, y los entes más positivamente inmateriales (positivamente digo, y no sólo negativamente como las quididades captadas en la abstracción ideatoria) como Dios y el espíritu.

No ha habido un solo gran filósofo que fuese antimetafísico. Heidegger llama a la metafísica el acontecimiento fundamental de la existencia humana [5]. El mismo Kant, que por limitaciones en la comprensión histórica de su tiempo no pudo, muy contra su deseo íntimo, fundamentar la metafísica especulativa, tuvo por ella la mayor reverencia, y así la llama unas veces "la corona y la consumación", y otras "el desarrollo pleno y completo de la razón humana".

¿Es capaz la inteligencia humana de llegar hasta allá, de penetrar de algún modo en la *omnitudo realitatis,* una inteligencia cuyo objeto propio es sin duda el ser sin limitación alguna, pero cuyo objeto adecuado en esta vida, y en tanto que inteligencia encarnada, es el ente implicado en la sustancia sensible: *ens concretum quidditati sensibili?* Y dado que lo fuese ¿es capaz de traducir intuiciones de tal género un lenguaje cuyo vocabulario ha sido forjado primariamente para dominar el medio ambiente, para tornar manuales las cosas, como lo entiende Heidegger, o para responder, dice por su parte Bergson, a los usos prácticos de la vida? En esto, en el aspecto puramente genético del lenguaje, estoy en completo acuerdo con estas corrientes filosóficas, y aun si se quiere con el llamado *behaviourismo,* aunque no lo estoy, claro está, cuando sus portavoces, atendiendo a este solo aspecto, niegan la posibilidad del lenguaje metafísico, o admiten a lo más, como para la poesía, la posibilidad de una predicación metafórica. La metafísica no sería entonces, como lo dicen ellos mismos, otra cosa que una "poesía adulterada" (Montaigne) o una "poesía justificable" (Lange) o una "triste forma de poesía" (France) [6].

Analogía del verbo y analogía del ente

Mas dejemos esas ironías fáciles en que se muestra, como dijo Kant, lo que pueden hacer pequeños espíritus con grandes problemas, y tratemos

---

[5] "Die Metaphysik ist das Grundgeschechen im Dasein" *(Was ist Metaphysik,* 5a. ed., pág. 38).

[6] "Tristes poètes... ils font de la mythologie blanche" *(Le jardin d'Epicure).*

en serio de lo serio y lo grande. Creo, señores, que el problema no recibirá jamás una solución satisfactoria mientras no volvamos sinceramente (y no a medias o vergonzantemente, como lo hacen por lo común los filósofos del simbolismo) a la fecunda noción que, entrevista por Platón y formulada con toda precisión por Aristóteles, recibió todo su maravilloso desarrollo en la patrística y escolástica medieval para hacer posible, como su mayor proeza, la construcción de la teología especulativa; la noción, en una palabra, de la analogía del ser. Es sin lugar a duda uno de los mayores descubrimientos del espíritu humano; una de esas intuiciones que tiene en cuenta al propio tiempo la diferencia de abismo entre los diferentes grados de la escala óntica, y que, con todo ello, es capaz de tender sobre el puente que sustenta las dos operaciones correlativas del concepto y la predicación.

En la primera página del *Corpus Aristotelicum,* al empezar el tratado de los Predicamentos o Categorías, está la analogía, como está también en el remate de la Metafísica, en la más alta intuición que de Dios tuvo la antigüedad clásica, Acto Puro del que, como dirá más tarde Dante traduciendo literariamente a Aristóteles, *dipende il cielo e tutta la natura* [7]. Sin la analogía no habría podido Aristóteles dar un paso, y para ello empieza por decir que así como hay términos cuya razón significativa *(ratio per nomen significata)* se da en toda su plenitud en todos los sujetos y predicados a que se aplica, y que así como por el contrario hay otros cuya significación es totalmente distinta bajo idéntico fonema, así también hay otros aún en que la razón significada por el nombre es en parte la misma y en parte diversa en los distintos entes comprendidos bajo dichos términos o conceptos. Pues de estos últimos términos llamados análogos, y no de los unívocos o equívocos, es el ser; y por esto podemos predicar el ser tanto del Ser por sí como del ser por otro (Dios y sus criaturas) y tanto del ser en sí como del ser en otro (sustancia y accidente) y no vernos obligados o bien a encerrar el ser en la congelada esfera parmenídica, o por el contrario a enmudecer, como los representantes de la teología negativa, ante lo otro en absoluto inconcebible e incomunicable.

No es de esta ocasión entrar más a fondo en el tecnicismo de la Escuela para determinar, por ejemplo, a qué clase de analogía pertenece la analogía del ser, cuestión que, por lo demás, se debate vivamente hasta hoy en el seno de la escolástica, una filosofía mucho menos dogmática de lo que la gente cree. Básteme aquí decir que cualquiera que sea el nombre que reciba y cualesquiera que sean las diferencias en su conceptuación, lo decisivo es que, al establecer toda comparación, la razón significativa debe darse verdadera e intrínsecamente, sea por atribución, sea sólo por igualdad proporcional, en

[7] *Paradiso,* XXVIII, 42.

ambos analogados *(vere et intrinsece in utroque analogato)* pues de otro modo sería imposible la predicación por analogía en el discurso metafísico [8].

No es tanto de tecnicismos de lo que debemos curarnos, cuanto de la intuición vivencial que animó a Aristóteles y a los grandes doctores patrísticos y medievales de la analogía, y que no es otra que la intuición metafísico-religiosa del Ente que es el Ser mismo, el Ser subsistente (*ipsum Esse subsistens*) y cuyas imitaciones, siempre deficientes, son todas las demás cosas, todo lo que de alguna manera cae bajo la razón de ente. Para ellos era el universo como un espejo en que se refracta en infinitas imágenes la Luz simplicísima, en la cual están a su vez todas las cosas, como dijo también Dante, *nella profonda e chiara sussistenza dell'alto lume* [9].

La analogía, esta analogía intrínseca de que estoy hablando (la extrínseca es apenas asunto de retórica y literatura) no sería sino un modo de hablar, una predicción metafórica, sin el fundamento teológico que la sustenta [10]. Si ha de ser la analogía algo más que una "discreta dosificación de lo unívoco y lo equívoco" [11], dosificación verbal en fin de cuentas; si ha de tener verdadera fuerza entitativa y hacer posible el discurso metafísico, un discurso que, salvando el anatema de Kant, no se mueva en el vacío, no podrá desentenderse de su fuente original. "De su origen primera esclarecida" es como puede únicamente entenderse la creación entera. Según lo explica Przywara [12], uno de los grandes teóricos modernos de la analogía, ésta no es en el fondo, como lo está diciendo el prefijo adverbial de la palabra *(aná-logos)* sino un

---

[8] En esto es en lo único que convienen, a mi modo de ver, las dos escuelas, la tomista y la suareziana, que hasta hoy se disputan encarnizadamente, y con buena copia de argumentos por ambas partes, la interpretación de la analogía del ser. En todo lo demás, empero, la diferencia es profunda, pues en tanto que para Santo Tomás (por lo menos en la exégesis de Cayetano) aquella analogía sería apenas de proporcionalidad intrínseca (Dios es a su ser como la criatura lo es al suyo), para Suárez, en cambio, sería de atribución intrínseca, y habría entonces un concepto o razón común a todo ente, con dependencia por supuesto del primer analogado (Dios). Una y otra solución tienen, como bien se ve, ventajas e inconvenientes. La solución tomista salva más perfectamente la trascendencia divina, pero la analogía queda reducida a una razón proporcional. La solución suareziana, por su parte, postula una forma común, pero se aproxima peligrosamente al univocismo. Me abstengo de entrar más a fondo en el problema, tanto por no ser de este lugar, cuanto por la convicción que tengo de que se trata de uno de esos problemas con respecto a los cuales la inteligencia humana tropezará siempre con un residuo de ininteligibilidad *(quoad nos* por supuesto) que en esta vida por lo menos parece ser irreductible.

[9] *Paradiso,* XXXIII, 115.

[10] "Ipsa analogia entis recte declarata supponit emanationem et dependentiam entium a Deo" (Suárez, *Disp. Met.,* 29, III, 7).

[11] José Bellín, S. I. *La analogía del ser y el conocimiento de Dios en Suárez,* Madrid, 1947, pág. 64.

[12] Erich Przywara, S. I., *Analogia entis.* München, 1933, págs. 68-69.

remontar de la inteligencia por toda la corriente del ser y en ordenada sucesión (pues *aná* quiere decir tanto "hacia arriba" como "en serie") hasta su primer origen y manantial, bien así como Herodoto, expresándose en la misma lengua, hablaba de remontar la corriente del río: *aná potamón plein.* El discurso metafísico es así de esta suerte la osada y ardua navegación de la inteligencia por la corriente y contra la corriente y sobre la corriente del ser y del pensar, hasta apresar y vivir, en cuanto nos es posible, la vida de la fuente. Esta es la condición de la filosofía en quienes verdaderamente la han vivido en grande, porque ésta es asimismo la condición del ser en general, en cuya entraña está, larvado o plenamente consciente, el impulso de superar su finitud óntica, así sea por lo menos en la esfera de la intencionalidad. Aristóteles dio forma suprema a este pensamiento al concebir todo el proceso cósmico como un movimiento de amor hacia el Acto Puro, y otro tanto dijo, en una de las páginas más altas escritas en nuestro idioma, fray Luis de León, cuando habló de cómo ese conato irremitente del ser hacia su Causa primera es "el pío general de todas las cosas, y el fin y como el blanco adonde envían sus deseos todas las criaturas" [13].

Pues por esto mismo, por ser análogo, por haber en todos los entes una razón común o por lo menos una proporcionalidad, es el ser sin limitación, la *plenitudo entis,* concebible y expresable por el hombre. Si "en el principio era la Palabra", quiérese decir con esto (como lo vieron también los griegos, aunque sin esta clarividencia fulgurante) que en el fin también, y en el fondo de todas las cosas, está asimismo la palabra: una estructura inteligible, un *logos* que la inteligencia —*logos* también por su parte— ha de develar en la abstracción ideatoria, intuyendo de este modo la verdad y profiriéndola. Ha sido Heidegger quien nos ha restituido este sentido prístino de la verdad con sólo llamar nuestra atención a la hermosa palabra con que en griego se dice verdad: *alétheia,* que denota una operación que consiste en salvar del olvido o en descubrir lo que estaba oculto *(a-lethos, lanthano)* o de otro modo aún, en ir quitando velos, esos velos que entre nuestra percepción y la realidad inteligible interponen las inevitables deformaciones de la vida práctica. La realidad pues, la realidad humana y extrahumana, decantación abisal de la primera Palabra, es toda ella, de derecho por lo menos, radicalmente inteligible; toda ella develable, toda ella racional, como imagen o vestigio que es de la Razón primera. Hemos de remar rudamente, una vez más, en la corriente y contra la corriente; pero esta corriente no es el flujo heraclitano o bergsoniano de constitutiva irracionalidad, sino que en el espejo de sus aguas, por muy revueltas que a veces puedan parecernos, está el destello y proyección de las razones eternas.

---

[13] *De los nombres de Cristo, de los nombres en general.*

Nadie como San Agustín tuvo la vivencia del curso agitado y vertiginoso del devenir; un torrente —dijo él también— que no bien se represa cuando sale de madre, y luego se despeña con estruendo y pasa raudo en su carrera *(torrens... colligitur, redundat, perstrepit, currit et currendo decurrit)* [14]; torrente en que las cosas no bien llegan a ser cuando ya no son (*antequam sint, non sunt)* [15] pero en el cual, sin embargo, es perceptible la hermosura y armonía del conjunto, bien así como en un poema cuyos versos y sílabas han de fenecer sucesivamente para hacer de esta suerte comprensible la belleza del todo [16]. Y es así —concluye este gran filósofo que lo es juntamente del devenir y de la analogía—, porque todas las cosas tienen su ser más auténtico y su vida inconmutable en el repositorio eterno de las Ideas increadas [17].

Cuando quiera que nos sea dable contemplar su refracción; cuando quiera que en la corriente inquieta podamos percibir un claror sin sombra de turbiedad, o dicho en términos filosóficos, una perfección de positividad absoluta, podemos entonces sin temor alguno trasladarla y predicarla de la simplicidad purísima del manantial, aunque potenciando al infinito el resplandor finito que una vez hirió nuestros ojos. No me es posible declararlo más, pero en estas imágenes los entendidos habrán visto de cierto eso que Santo Tomás y la teología católica con él, llaman la *via eminentiae, per modum excellentiae et remotionis,* y que constituye el camino natural de acceso a lo divino [18]. Removiendo velos, apartando impurezas, desbrozando la maleza sensible, con mano diestra y con mirada limpia (con ésta sobre todo) el teólogo y el metafísico nos abren el reino de las Formas y nos introducen en el misterio del ser. Digo el teólogo y el metafísico porque ambos consuman, en lo que hace a la formalidad conceptual, una operación que se diría idéntica, pues metafísica y teológica difieren apenas en tener la una por objeto a Dios *sub ratione entis,* y la otra, con el hábito sobreañadido de la fe, *sub ra-*

---

[14] *In Ps.* 109, 20.

[15] *de lib. arb.,* III, 7, 12.

[16] *de vera rel.,* XXII, 42-43.

[17] No es pues la esencia inmutable de las cosas la "identidad de reacción" ni "la costumbre, remontando del campo de la acción al del pensamiento", ni los "cortes" arbitrarios de la duración real, ni las otras fantasías bergsonianas (*La pensée et le mouvant,* pp. 67, 68 *et passim)* sino la expresión del Logos inmanente al mundo. Esto es la "forma" aristotélica, y no ningún *découpage* geométrico en la movilidad universal.

[18] Para connotar, bien entendido, sus perfecciones, pero jamás la naturaleza divina en sí misma, totalmente inefable. Santo Tomás fue como nadie consciente de los límites de la predicación analógica, como puede verse en mil lugares semejantes a los siguientes: "Deus est super illud quod de ipso intellectui repraesentatur" (*de Ver. q. 8 a. 1 ad 8);* "Hoc est ultimum cognitionis humanae de Deo quod sciat se Deum nescire" *(de pot. q.7, a.5. ad 14);* "Ita quod intellectus noster secundum nullam formam intelligibilem Deo assimiletur" *(de pot. 8. 7, a. 5 ad 13)* etc., etc.

tione Deitatis. La teología, dice Przywara en una bella expresión, es la entelequia de la metafísica [19].

Es una de las mayores proezas de la inteligencia humana la de haber hecho de este nuestro pobre lenguaje humano un instrumento capaz de expresar con sentido esas realidades supremas y arcanas [20]. Decir, como Bergson, que por haber sido el lenguaje plasmado primariamente para los usos del mundo cotidiano, no puede trascender esta esfera, es una objeción inoperante. La traslación significativa no tiene por qué estar encadenada a la significación de origen, pues como enseña Santo Tomás [21], una cosa es el *a quo* de la invención del nombre, y otra muy distinta el *ad quod* de la significación ulterior, operación que tiene su fundamento en la función analógica del lenguaje, y fundada ésta a su vez en la analogía del ser. Con palabras del uso diario, del uso más trivial y más práctico (no hay sino que recordar el trillado ejemplo de la *ousía*) forjaron Platón y Aristóteles el mundo maravilloso de lo intemporal y de lo eternamente válido, como diría Windelband, o por mejor decir no lo forjaron (no eran, en efecto, filósofos del sujeto trascendental o la conciencia en general) sino que con ese maravilloso instrumental verbal nos dieron apenas la llave para franquearnos el acceso a ese orbe en cuya contemplación está (es también lugar de Aristóteles) la felicidad más propia del hombre. Lo hicieron así porque para Platón el mundo fáctico era una réplica del mundo eidético, el fenómeno del noúmeno; o como lo dice más claramente aún en el *Timeo,* este mundo es una imagen del ejemplar divino; pensamiento que, integrado y potenciado por San Agustín en la teología del Verbo, es el surtidor inexhausto e inexhaurible de la analogía y el símbolo. En aquellos sumos filósofos estaba, *avant la lettre,* el sentimiento, humilde y osado al propio tiempo, de confianza en el verbo, en el verbo finito y en el Verbo infinito "por quien todas las cosas fueron hechas", y por el cual tienen, por ende, voz y sentido; este sentimiento que, bajo la deslumbrante luz del Evangelio joánico, obtiene incomparable expresión en la rotunda voz de Víctor Hugo:

Car le mot c'est le verbe, et le Verbe c'est Dieu.

---

[19] *op. cit.,* pág. 48.

[20] Hay, en cambio, filósofos ciegos a la metafísica, como William James por ejemplo, quien cree que los atributos que la razón humana puede predicar de Dios no constituyen sino un "metaphysical monster... an absolutely worthless invention of the scholarly mind" *(The varieties of religious experience,* LONGMANS, 1923, pág. 447). A estas apreciaciones adhieren por supuesto entusiastamente Ogden y Richards, "filósofos" de *Drug-Store,* cuya popularidad en medios como el nuestro, de auténtica tradición metafísica, es sencillamente inexplicable.

[21] *Sum. theol.,* I. q. 13, a. 2.

Y con todo, señores, he aquí que me es preciso aún, a esta altura de mi discurso, pedir de nuevo y encarecidamente vuestra benevolencia, porque después de haberme extendido en ponderar sus grandezas, debo hacer otro tanto con las miserias del lenguaje filosófico, es a saber de su inadecuación vital (por muy adecuado que pueda ser en otros respectos) para darnos por su sola virtud este saber, el más alto en el orden natural, que llamamos filosofía.

La filosofía es la obra perfecta de la razón *(opus perfectum rationis)* de esto no hay duda; pero justamente por esto, por ser ella una operación tan eminentemente vital y que demanda tan sin reservas, en fuerza de la unidad indiscernible del hombre, el concurso no sólo de su razón, sino de todas sus potencias, y por estar en fin su objeto, a despecho de la escala analógica, tan allende del comercio habitual de este intelecto humano inmerso en la materia, por todo ello, digo, cabe preguntar hasta qué punto o con qué condiciones podrá el lenguaje filosófico hacernos patentes —como reclamaba aún Husserl, dando voz a la aspiración de todos los grandes filósofos— las cosas mismas. Las palabras solas, dice Paul Valéry, no pueden consumar el acto de la posesión espiritual [22]. La filosofía no es una logomaquia, sino, como dice Platón literalmente, una gigantomaquia, una "lucha de gigantes por el ser".

No han sido precisamente los filósofos del devenir y la irracionalidad, sino los mismos altos campeones del poder del intelecto y del verbo quienes antes que todos se plantearon valientemente el problema del valor notificativo del lenguaje filosófico. Aquellos viajes azarosos de Platón a Sicilia, a donde fue con la ilusión falaz de hacer en dicha isla el experimento de su gran ambición: el filósofo-rey, nos han dejado entre otras cosas, como recompensa cumplida del fracaso del objetivo próximo, la más concluyente demostración de la inanidad de la filosofía cuando ésta no pasa de ser una logomaquia, un conjunto de *philosophemata,* un acervo de enunciados verbales, por mucha que pueda ser su verdad literal. Porque he aquí que este Dionisio el Joven, tirano de Siracusa, en quien Platón fincaba tan altas esperanzas, se sabía muy de coro los dichos de los filósofos, y aun había escrito un tratadillo, algo de lo que hoy llamaríamos Introducción a la Filosofía; pero de la cosa misma *(peri tou prágmatos)* dice Platón [23], no sabía nada en absoluto. Nada sabía, sigue diciendo el filósofo, porque, al contrario de lo que ocurre en las otras ciencias (nótese bien el contraste) la intuición filosófica "no es posible reducirla a una fórmula, sino que sólo después de un comercio asiduo y de una larga convivencia con estos problemas, y no de otro modo que como cuando salta la chispa, la verdad se alumbra de repente en el fondo del alma, y cre-

[22] *Leonardo y los filósofos.*

[23] *Ep. VII,* 340 c.

ce luego por sí misma" [24]. Y prosiguiendo en esta bienhadada digresión de su Séptima Carta, enumera Platón los cinco elementos que, como otros tantos velos o barreras, ha de aprehender y trasponer el filósofo hasta llegar propiamente a la conquista de la verdad, a saber: el nombre, la definición, la imagen, el concepto y el objeto mismo en fin, es decir el ente verdaderamente inteligible y real.

No hacía falta pues que Hegel y Bergson vinieran a desgarrar sus vestiduras y hablar con tanta indignación, por lo demás muy justa, contra los novicios, escribas y fariseos de la filosofía que se contentan, según dice el último, con "coleccionar pensamientos ya listos y frases hechas" [25]. Platón había compartido un *pathos* idéntico, aunque sin desesperar por ello, a diferencia de Bergson, del poder de la inteligencia, pues aun allí mismo, en esa epístola siciliana donde llega a decir, en un momento de desaliento, que la filosofía es incapaz de toda expresión gráfica, afirma una vez más que los objetos metafísicos son de suyo accesibles al entendimiento en fuerza del "parentesco y semejanza" que con ellos tiene aquél, o sea el argumento capital que, a mi modo de ver, esgrime Platón, en el diálogo de la muerte de Sócrates, para demostrar la inmortalidad del alma.

No se trata empero aquí tan sólo, como pudiera parecer a primera vista, de un parentesco y semejanza puramente naturales, dados para todos y de una vez por todas, sino de una proporción o analogía (henos aquí de nuevo con el término clave) que entre el alma y su objeto más alto y más propio llega a darse sólo y como resultado de un ejercicio continuo y diuturno de reflexión y purificación; un ejercicio en que tanta parte tiene, o por ventura más, la virtud como la dialéctica. Trátase, en suma, de una segunda analogía, de una analogía existencial entre sujeto y objeto que Santo Tomás llamará connaturalidad, y que el mismo Santo tiene por camino más cierto de conocimiento que el propio discurso racional, a tal punto que la perfecta connaturalidad con la sabiduría es propiamente, según él, don del Espíritu Santo [26]. Pues de este sentido místico está transido también el pensamiento de estos filósofos de quien estoy hablando, y por esto tuvieron la sabiduría como una posesión divina y no humana, como dice Aristóteles [27]; y la filosofía —este amor de la sabiduría, como aún hoy decimos, mas sin saber ya lo que decimos—, fue para ellos una forma de vida, la más alta de todas, ejercida en el seno de una comunidad erótica y mística que pretende participar en lo que es propiamente divino, y en la cual, merced a un diálogo incesante (no se desplaza en modo alguno, como se ve, el poder de la palabra) entre almas

---

[24] *Ep. VII*, 341 c.
[25] *La pensée et le mouvant*, pág. 42.
[26] *Sum. theol. IIa IIae*, q. 45, a. 2.
[27] *Met.* I 2, 982 b.

del mismo subido temple, viene alguna vez, dice aún Platón "a brillar la sabiduría y la inteligencia con toda la intensidad que pueden soportar las fuerzas humanas" [28]. Por algo compara Sócrates (si el real o el ficticio, poco importa) a la filosofía con los misterios e iniciaciones órficas, y de sí propio dice haber sido durante toda su vida sacerdote de Apolo, dios de la luz y de la inteligencia, en cuyo honor, como los cisnes, prefiere en el momento de morir el canto de la inmortalidad [29].

Este sentido corporativo y orgánico de la sabiduría, estas hermosas formas comunitarias de vida, estos cenobios laicos u hogares de sabiduría, cuya postrera manifestación pienso haber sido Port-Royal, parecen haber pasado para siempre y apenas si queda un resto de ellos en las universidades. Esta triste civilización en que vivimos impone inexorablemente la elección entre otros tipos de comunidad, que si difieren en tantos respectos, convienen todas en ser institucionalmente coactivas e incompatibles hasta cierto punto con el diálogo libre y ensimismado, que es el ambiente y el instrumento propio del filosofar. El filósofo hoy, no pudiendo ser ya cenobita, ha de ser más o menos anacoreta, en lo cual aparece, por este nuevo modo, el requerimiento heroico que es y ha sido siempre consustancial a su oficio. La filosofía es, como dice Heidegger, una oblación, "el adiós a los entes" para entregarse al ser [30]. Lo que importa en definitiva es que, aunque caducas irremediablemente aquellas formas sociales, se conserve indemne el impulso que las animó, es decir la resolución de conquistar a todo trance esa analogía existencial entre el espíritu y las supremas realidades espirituales, a fin de que, mediante ella, pueda la mirada interior abrirse al piélago infinito de la analogía del ser [31].

Del estilo filosófico

Llegados a este extremo, es hasta cierto punto secundaria la cuestión del género, estilo o forma de expresión en general que haya de emplear el filósofo escritor; término que no es, ni con mucho, un juicio analítico. Aparte de que aquí, como en todo lo demás, conserva toda su validez el apotegma de nuestro poeta: "La forma esclava, la razón señora", o sea la indiferencia dominadora del espíritu sobre sus medios expresivos, lo verdaderamente importante y decisivo es fecundar el alma del oyente o del lector, a fin de que

---

[28] *Ep. VII,* 344 b.

[29] *Fedón,* 85 b.

[30] *Was ist Metaphysik,* 5a. ed. *Nachwort,* pág. 45.

[31] Ningún gran filósofo es ajeno a esta participación en lo divino que lleva consigo la filosofía. Así, Bergson ha podido escribir: "Il y a déjà quelque chose de quasi divin dans l'effort, si humble soit-il, d'un esprit que se réinsere dans l'élan vital" (*op. cit.,* pág. 76).

trascienda, como quiere Platón, el nombre, la definición y el concepto, y pueda por sí mismo alumbrar y decir su verbo interior, sin lo cual no hay fecundidad espiritual alguna ni en los cielos ni en la tierra. A esta operación pueden indiferentemente coadyuvar el diálogo, el ensayo o el tratado, o cualquiera de las especies inclusas en estos tres géneros principales, con tal que (y sería éste el único requerimiento común a todos ellos) el estilo filosófico sea siempre directo y dramático, de un dramatismo, entiéndase bien, intrínseco, de fondo, es decir que haya ideas vivas y contrapuestas entre sí, en tensión a la par antagónica y complementaria. La filosofía, en efecto, la filosofía auténtica, ha sido siempre, como lo dijo Platón, dialéctica, porque dialéctica y dramática es a su vez la analogía del ser, misterio de semejanza y desemejanza (*tanta similitudo et maior dissimilitudo,* como dijo el IV Concilio Lateranense) y el entendimiento, por tanto, no puede progresar sino cancelando, conservando y superando, en una *Aufhebung* propia asimismo de toda filosofía profunda, los contrastes y oposiciones de que está transida la participación del ser. En este sentido, tan dramático es un diálogo platónico como las antinomias de la Razón Pura y como un artículo cualquiera de la Suma Teológica, contrapunto vivo de voces opuestas, cuyas objeciones y respuestas integran con el cuerpo del artículo una unidad, cada vez más simple y más rica, de superación dialéctica. La única diferencia entre las llamadas por antonomasia filosofías dialécticas y las otras, está en que para estas últimas llega un punto en que, como dijo Aristóteles, hay que detenerse; el punto en que todo *Werden* rebota y fenece, como el oleaje en el acantilado, en el *Esse* subsistente del Acto Puro.

Faltando lo anterior, ni la filosofía misma escapará al modo de la existencia inauténtica que Heidegger llama "habladurías" o "escribidurías", pues lo propio de las habladurías o las hablillas no es precisamente la maledicencia, sino el haber perdido el contacto con las cosas; el hablar lo que otros hablan sin verificarlo personalmente; el hacer de las palabras cosas o quisicosas; el repetir filosofemas ajenos, eviscerados ya de la intuición original. Lo que define el filósofo, según dice Alloys Müller [32], es el don de la visión (*die Gabe des Schauens*); y quien no lo sienta en lo profundo de su alma, mejor será que piense en otra cosa.

Con el mismo criterio, a la par liberal e inflexible, podemos absolver la otra cuestión conexa, y que tanto suele agitarse hoy en día, de si la filosofía ha de expresarse en conceptos o en metáforas. Sobre esto he de decir apenas que la metáfora, cuyo fundamento filosófico no es otro que la analogía de proporcionalidad extrínseca, no puede despreciarse en un terreno en el cual, según muy respetables opiniones, la analogía del ser sería apenas de propor-

[32] *Einleitung in die Philosophie,* pág. 29.

cionalidad intrínseca. Buen número de conceptos filosóficos además, de los que hoy parecen más seguramente ser tales, fueron en su origen conceptos metafóricos; piénsese de nuevo en *ousía,* en *persona,* y en tantos más. Si hemos de creer a Leibniz, la "influencia" (*in-fluere*) de la causa en el efecto pareció una metáfora audaz a los contemporáneos de Suárez. Nadie llamaría hoy metafórico al vocabulario escolástico, y sin embargo, al mismo Leibniz le parecía aun ser un estilo pululante en metáforas: *eorum oratio tropis scatet* [33].

Veamos pues sin animosidad alguna, antes todo lo contrario, el enriquecimiento progresivo del lenguaje filosófico merced a la introducción de nuevos términos y conceptos que en su primer momento, en su estado nativo, parecerán metáforas osadas, y esto por la inevitable necesidad de traducir intuiciones inéditas en vocablos dispuestos originariamente para otros usos. Sostener, sin embargo, como lo hizo Bergson y parece hacerlo últimamente Heidegger, que la metáfora (hemos de entender, me parece, la metáfora en su estado virgen) es el medio exclusivo, o por lo menos el más adecuado de expresión filosófica, no es posible sino cuando se mira el ser, en su fondo último, como algo irracional. Semejante pretensión tiene pues que rechazarse cuando se considera que el concepto, no obstante todas sus imperfecciones, es con todo la vía normal de acceso a la intuición intelectual del ente radicalmente verdadero e inteligible [34]. La filosofía es o debe ser un saber universalmente válido, y "únicamente el concepto —dice Hegel— puede producir la universalidad del saber" [35]. Aún son vivas y actuales las tremendas invectivas de la *Fenomenología del Espíritu* contra la invasión del *Sturm und Drang* en la filosofía, "fantasmagorías que no son ni carne ni pescado, ni poesía ni filosofía" [36].

Si la filosofía no ha de acabar siendo poesía (que sería comúnmente, pienso yo, poesía de la mala) no puede dejar de reivindicar el concepto como su instrumento más idóneo. Nadie como Platón hizo más largamente uso de la metáfora, la alegoría y el mito, y con todo tiene buen cuidado de advertir que el poeta y el filósofo difieren justamente en que el uno se sirve de *mythoi* y el otro de *logoi* [37]. El filósofo, después de todo, no es un mistagogo, ni menos un misólogo, sino que su misión consiste, por el contrario, en derramar hasta donde le sea posible, y por conceptos adecuados, la claridad racional.

¿Habrá que decir que no hay en estas apreciaciones el más ligero menos-

---

[33] *De stilo philosophico Nizolii, XVIII.*

[34] El mismo Bergson lo reconoce así al decir: "L'intuition ne se communiquera d'ailleurs que par l'intelligence. Elle est plus qu'idée; elle devra toutefois, pour se transmettre, chevaucher sur des idées" (*op. cit.,* pág. 52).

[35] *Phénomenologie de l'esprit,* trad. Hyppolite, t. I, pág. 60.

[36] *Op. cit.,* t. I, pág. 38.

[37] *Fedón,* 61 b.

precio de la poesía, sino antes bien el deseo de asegurar la legalidad propia y la autonomía de lo que nos merece, junto con la filosofía, la mayor reverencia? La poesía, también, vive de la analogía, de *l'universelle analogie,* como dice Baudelaire [38], quien agrega en otra parte que "la naturaleza es un verbo, una alegoría" [39], y que "la tierra es una correspondencia del cielo" [40], con cuyas palabras nos da, en llana prosa e irrebatiblemente, el fundamento ontológico de aquellas maravillosas "Correspondencias" poéticas, en que "el hombre pasa por florestas de símbolos". Abrevándose en la misma fuente, la poesía nos da así la vivencia profunda, la impresión afectiva, el contacto directo con aquello mismo que el concepto no alcanza a representar sino abstractiva y esquemáticamente. Es, podríamos decir, el Eros informando el Logos, o por ventura otro Logos que a falta de palabras, y por aludir él mismo a lo directamente innombrable, tendríamos simplemente que designar como Espíritu. Por ello mismo, sin embargo, el espíritu finito no podría conjugar en una operación lo que aun por encima de él, sin dejar de ser uno, es distinto. Si me es permitido dar a entender lo que sobre esto pienso con una de esas analogías trinitarias a que induce irresistiblemente la lectura de San Agustín, yo diría que el espíritu humano, produciendo muchos productos: ciencia, técnica, política, etcétera, produce sólo dos frutos: filosofía y poesía, en los cuales únicamente comunica plenariamente su naturaleza, y que por ello son como sus dos procesiones, ni menos ni más, por inteligencia y por amor, igualmente perfectas entrambas y de la misma sustancia, pero realmente distintas y opuestas entre sí [41]. El poeta y el filósofo "habitan uno cerca del otro en montañas que separan abismos" [42].

Con la poesía comparte la filosofía la suprema aristocracia del espíritu, y es el fruto último, más tardío históricamente que la poesía, de una cultura en su perfecta madurez. Que en México lleguemos a tenerlo, y lo antes posible, es mi voto más sincero y más cordial. Y conforme nuestra filosofía vaya aflorando a las riberas de la luz, nuestra Academia habrá de estar allí, vigilante y comprensiva, para sancionar la bienhechora renovación del

---

[38] *Art romantique, Victor Hugo.*

[39] *Baudelaire a Alphonse Toussenel.*

[40] *Art romantique, Théophile Gautier.*

[41] "Podemos concluir, pues, con Paul Valéry, que la metafísica es un género literario particular, caracterizado por ciertos temas, y por la recurrencia de ciertos términos y formas, que la separan claramente de los tipos que conocemos como poesía y ciencia. Subsumir su lenguaje, que tiene términos tales como ideas, esencias, noúmenos, etc., bajo la poesía, es entender de modo equivocado tanto la poesía como la metafísica" (URBAN, *Lenguaje y realidad,* pág. 534).

[42] Del *Patmos* de Hölderlin, aplicado por Heidegger a las relaciones entre el pensador y el poeta (*Was ist Metaphysik, Nachwort, in fine*).

léxico filosófico en consonancia con la índole y módulos propios del idioma español, pues si el lenguaje es el alma colectiva, la filosofía es la perfecta generación del alma fecundada por el ser. Este es, según creo, un hermoso aspecto del deber general que incumbe a la Academia, a esta comunidad de varones confederados en el amor de la palabra.

CONTESTACION AL ANTERIOR DISCURSO

Por don AGUSTÍN YÁÑEZ.

DICHOSA edad y siglo dichoso aquel a donde queriendo quebrar albores, bajo el regazo de nuestra natal Guadalajara, la dialéctica precoz de Antonio Gómez Robledo, pese a que atravesaba los años propicios a efusiones románticas, anteponía la excelencia de la amistad a la del amor, en polémica pública, con aire socrático, que alzó revuelo sobre la resonancia de la clara ciudad. Hacíamos la primera salida por antiguo, ansioso campo de la inteligencia, sin desaprovechar ocasión de aventuras y salvas: lo mismo las hazañas, a solas, de sueños ambiciosos, que las irrupciones a la prensa y la tribuna, las lecturas comunes comentadas a grandes voces en atropello por jardines y calles, la mutua emulación de tareas libremente acogidas, los estímulos externos magnificados por la sensibilidad apenas púber.

Invocada en el voto de Antonio, la amistad fue nuestra Minerva; su égida cubrió nuestra formación. (Bien que a la vez, como en las *Confesiones* del gran Padre latino, nuestra vida rompía en frondosidad de amores). Hemos perseverado fieles a la amistad: ni la empañaron las procelas del tiempo, ni la muerte de amigos esenciales, a lo largo del camino, la relajó; antes le añadieron esplendores y fuerza. Entre nosotros, a diferencia de otras promociones jaliscienses que alcanzaron significación, la discordia no tuvo parte, ni fisura la unidad.

Esta constancia es el crédito al que la Academia Mexicana fue sensible para investirme corifeo en la recepción de quien ha sido fiel operario del espíritu, desde la primera hora de su vocación.

Por mi voz habla el beneplácito de los doctos colegas, que celebran el advenimiento del humanista esclarecido, mas también habla el recuerdo de cuantos acometimos jornadas —oscuras o brillantes— junto a Gómez Robledo, entramos de su periplo; y no sólo amigos de nuestro *curriculum* inicial, en el escenario de la provincia, sino el concierto de compañeros en profusas latitudes. Con el gozo, el doloroso sentir al escuchar en el metal

de mis palabras el coro de presencias, algunas para siempre invisibles: la comunión, la resurrección de los muertos, y la perduración de los vivientes olvidados, de los dispersos en lontanas tierras. Corifeo por unos y otros, en el peán agonal, en el epinicio a la victoria del amigo.

Es digno y justo, equitativo y saludable. Pues el vínculo del individuo con su generación es indisoluble: imprime carácter. Escuela lo propio que taller, la generación hace de los amigos los primeros, directos, decisivos maestros, cuya eficiencia estriba en las afinidades electivas, que son el género próximo de las diferencias personales, constituyentes de la generación; maestría profunda por la naturalidad, por la espontaneidad oportuna de su ejercicio, por lo inesperado de sus aprovechamientos; enseña con sugerencias e íntimas comparaciones, por contagios, bajo especie de juego: exalta, deprime, anonada, para luego recomenzar la vigilia, la larga paciencia.

Nuestra generación fue maestra cordial, plena de alegría y gravedad; nosotros, mutuos alumnos de amigos en quienes temprano se acompasaban emoción y razón, atentos a la voz del destino, predispuestos a la responsabilidad, enriquecidos con vasta vida interior, en donde su entusiasmo, su templanza, su longanimidad hallaban repuesto cotidiano. Memorable teoría, desde aquellas reuniones sabatinas, en algún lugar de Guadalajara, luego anudadas a tertulias dominicales, desde que vinimos a la región más transparente del aire. Allá como acá, el mismo signo libérrimo en los amigos electos; igual independencia, idéntico respeto en el concurso de opiniones; la franca, leal, amistosa vehemencia de las discrepancias; la proscripción de formulismos; el imperio de austera, limpia confianza; la brújula de la simpatía en perpetua inquietud hacia todo lo humano. Transcurrido el mediodía, cientos de almas pueblan con serenos rostros la bitácora de nuestra navegación. Cada una nos dio algo para venir aquí; en diversa medida, fueron instrumentos de vuelo. Por eso es digno y justo rendirles homenaje.

Suma de rasgos individuales, en un personaje imaginario: Mónico Delgadillo, he querido representar el tipo de la evocada generación; sus vías y preferencias, las aportaciones de sus ocurrentes al patrimonio colectivo, sus ímpetus y sus esperanzas. El desdoblamiento de la imagen ofrece resistencias inextricables o dificulta la restitución original; por ejemplo, el apóstrofe de Valéry: *¡oh Zenón, cruel Zenón!* —al describir nuestro incipiente asedio a la Filosofía— confunde bajo la memoria el tono de Alfonso Gutiérrez Hermosillo, primer poeta del grupo, con el acento de Antonio Gómez Robledo, que solían competir en la recitación y hermenéutica del *Cementerio Marino;* así, cuántas ideas textualmente atribuídas a Mónico Delgadillo, compañero apócrifo, colectivamente autobiográfico, provienen de aquellos u otros amigos.

La etopeya generacional contiene, sin embargo, datos inconfundibles. A Gómez Robledo debe —y es deuda común del amigable coro— el sentido crítico, la disciplina inveterada, el afán por ir al fondo de las cosas. Con admirar en él esas virtudes, envidiándoselas, tratando de igualarlas, Antonio ejercía lo que antes llamé magisterio de la generación. Su influencia en mí comenzó por la lectura de artículos que con puntualidad le publicaba semanariamente un periódico tapatío, del que por largo tiempo fue colaborador gratuito. La riqueza de temas de información, tanto como la madurez de juicio, pero sobre todo la traza enérgica, reveladora del estilo, movían la curiosidad hacia el autor, aludido familiarmente por amigos a quienes extrañaba que yo no lo conociera; mas el mundo de nuestras relaciones era diverso: estábamos y habíamos estado en escuelas distintas; menesteres y esparcimientos diferían de órbita. Empeñado ahora en recordarlo, no guardo memoria ninguna del primer encuentro: cuándo, cómo, ni dónde; tampoco rastros de impresión mental ni física o de las circunstancias que lo rodearon; efecto, sin duda, de las múltiples coincidencias que allanaron la desde un principio asidua camaradería.

En aquel tiempo Minerva era vista por Gómez Robledo en figura de la Jurisprudencia; entre los compañeros que la cursaban, sobresalía la firme adhesión de Antonio al orden jurídico, dentro del cual buscaba más que una profesión a ejercer, los elementos conceptuales para fundamentar el sistema de sus ideas: afán que cada vez con mayor fuerza lo indujo a la Filosofía; el Derecho le interesaba menos como codificación y procedimiento, que como principio normativo, derivado eidéticamente, lo cual explica su temprana preferencia por el Derecho Internacional, campo donde pronto fue maestro y autoridad; ni habría podido practicar la Jurisprudencia sino como consultor; punto menos que imposible resulta imaginarlo enredado en litigios, inventando argucias, interponiendo recursos, propiciando a jueces, forzando textos y términos. Más a fondo, el culto a la Jurisprudencia conciliaba el desiderátum de hacer una carrera y su innata vocación humanista, de la que había dado brillantes muestras en el ciclo preparatorio. Ultimadamente, la Jurisprudencia era Roma, *alma parens* de la cultura latina; el Derecho, la suma del augusto piélago, la vigente aportación que los descendientes de Eneas hicieron al patrimonio infungible del hombre.

Antonio llegó a la Escuela de Leyes con la ventaja de saber latín y hallarse familiarizado con sus clásicos; gustaba recitar trozos extensos de la *Eneida,* Cicerón y César; disciplina que luego enriquecida con la Jurisprudencia, explica la precisión de conceptos, la concisa elegancia, el vigor de la prosa, que se advierte ya en los primeros escritos, cuyo temple contrastaba con el carácter

bisoño del autor: propenso al asombro candoroso, sumiso a veces en absurdas credulidades o en incertidumbres y desalientos; a veces arrebatado por la violencia. Sus antinomias de ideas y sentimientos, de comportamientos —pasto de bromas amigables—, hacían pensar que tratara de burlarnos. La lucidez apolínea súbitamente se trocaba en angustia, en atormentamiento dionisíaco; el airoso al trasponer alturas conceptuales, difíciles, no hallaba qué hacer a ras de tierra; convertía lo trivial en laberinto sin salida, cuando acabábamos de admirarlo por alguno de sus razonamientos. A la par complejo y simple, su viviente paradoja excitaba e incitaba el ánimo de cuantos lo trataban. Quien lo leía, no más imaginara en él el *homo sapiens,* pervadido de sofrosine, inmune a flaquezas; resultaba inconcebible que padeciera crisis el que revelaba tal imperio sobre la letra y el espíritu. Sus "genialidades", que fueron haciéndose legendarias, concurrían a destacarlo, como a infundir notas fisonómicas al naciente grupo, algunas de las cuales figuran en el supuesto retrato de Mónico Delgadillo.

La ciudad y el campo, en doble juego hereditario, puedan explicitar la lucha y coexistencia de opuestos principios en el que, tras viajes y preeminencias, continúa siendo niño y grande, como cuando vistió la toga pretexta. De los rumbos maternos galopan fuerzas rurales: gente de los Altos de Jalisco: mujeres intrépidas, hombres de a caballo, aguerridos, hazañosos, empecinados en batalla constante sobre tierras áridas, expuestos a la inconstancia de los temporales, los riesgos hacen cautelosas a esas gentes; honor y libertad componen, más que un lema, el código de su vida; fidelísimos por naturaleza, la palabra rige sus actos y hace inquebrantables los vínculos contraídos; desde luego el de amistad; pero son implacables ante la traición y el engaño; creyentes a macha martillo, nacen dentro de una jerarquía de valores a los que aferran la existencia, por donde su arraigo local se satura de universalidad. Flor de aquella estirpe, doña Mercedes Robledo esplendió a principios del siglo en Guadalajara, mujer llena de dones, embargada de nobles inquietudes, concentró la reciedumbre de su carácter alteño en acrecentar el campo de las actividades a que una dama se hallaba confiada por prejuicios de sociedad; se lanzó a cultivarse intelectualmente, desafiando críticas, metodizando lecturas, frecuentando círculos ilustrados; pronto su cultura le dio notoriedad, tanto más cuanto exenta de bachillerías o especie alguna de presunción, conservaba la frescura de su femineidad, ágil para saltar del comentario agudo a los menesteres domésticos, que dirigió con virtuoso señorío; supervivientes del "Centro Bohemio" nos han transmitido el recuerdo respetuoso, lleno de admiración, hacia la gran señora que alternaba con pintores, poetas y músicos, llevada por su hermano Juan de Dios, miembro del grupo, que supo siempre combinar el amor a las cosas del campo con el gusto por las letras, particularmente por la historia, disciplina en la que destacó; y quien cuando

sus compañeros acometieron azares políticos, llegó al gobierno de Jalisco y al Senado de la República, doña Mercedes contrajo nupcias con don Antonio Gómez Palomar, brazo de linajuda familia tapatía, por donde la ascendencia del nuevo académico se acompasa con la tónica urbana e inveterados hábitos de cortesía y don de gentes; hombre de gran tacto, de reposadas maneras es don Antonio, caballero a carta cabal.

Con la genealogía, el ambiente de Guadalajara —conservadora y liberal, zahareña y locuaz, grave y luminosa—, en donde Antonio Gómez Robledo moró hasta los veinte años, y que, según confesión reiterada, sigue siendo su centro de gravedad espiritual, aclara los contrastes del temperamento, tanto como confirma, en espléndida forma, la disposición ecuménica del tapatío.

No es hora de repasar las premisas, ante la evidencia de la conclusión, ejecutoriada solemnemente hoy por la Academia.

El espíritu ecuménico asiste la vida y la obra de Antonio Gómez Robledo, desde sus mocedades, en la clausura de la provincia; ecuménica comenzó a ser allí su biblioteca, índice cierto de sus prematuras aficiones; ecuménica fue la influencia que sobre sus primeros compañeros ejerció con la palabra y el ejemplo, ya por expresión de simpatías y diferencias, por textos y pretextos, por alusiones constantes, por temas preferentes de conversación, ya por noticias, comentarios, recomendaciones y préstamos de libros que leía; condujo el gusto de sus amigos a la belleza clásica; una y otra vez, a diario, les repetía notas eternas traídas de la humana universalidad: reminiscencias de Roma, de Grecia, de Francia, de la España renacentista; suyos eran los místicos y los anacreónticos, los más viejos escriturarios y los ensayistas más recientes. Con el alma abierta a todos los rumbos, leía sin descanso, escribía con tesón. Y el cielo de Guadalajara le era propicio.

Comenzó a viajar. Primera estadía en la capital del país, desde donde colabora en *Bandera de Provincias,* primer órgano del grupo a cuya formación había concurrido. Regresó a la tierra, para presentar su examen profesional de Jurisprudencia con la tesis promisoria: *México en Ginebra.* Escribe para las nuevas revistas del grupo: *Campo y Temas.* Funda las revistas *Proa* y *Forma,* que dirige. Perfecciona su conocimiento de la lengua francesa y desarrolla intenso programa de cultura gala. Primer viaje a Europa, del que restan algunos artículos magistrales, no recogidos en volumen. Tras una estancia en Jalisco, se instala en México. Ingresa a la docencia universitaria y al servicio exterior. Asiste a la Tercera Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores, como secretario particular del de México, en Río de Janeiro. Cada vez consagraba mayor tiempo a los estudios filosóficos. Vuelto

a México, presenta el examen de maestro en Filosofía, con la tesis *Cristianismo y Filosofía en la experiencia agustiniana.* Emprende con ahínco el aprendizaje del griego, persuadido de que sin él es trivial cualquier intento filosófico. Desde 1943 ha venido alternando prolongadas estancias en el extranjero con residencias en la República; una de éstas en Monterrey, como fundador y jefe del Departamento de Humanidades del Instituto Tecnológico. Obtuvo el doctorado en Filosofía con la tesis: *La filosofía en el Brasil.* En la Universidad de San Marcos, de Lima, sustentó conferencias sobre *La Filosofía en México.* Al celebrarse el cuarto centenario de la Universidad Mexicana, pronunció la *Oratio Athenagorica in laudem Mexicanae Universitatis.*

Tan variados como su odisea son sus libros y el nutrido conjunto de sus artículos, dispersos en revistas y periódicos, a lo cual debe añadirse copiosa correspondencia, género que, acaso sin pensarlo, Gómez Robledo maneja con singular maestría.

Lo mismo en la exposición de doctrinas, como en la obra *Los tratados de Bucareli ante el Derecho Internacional,* o en la violencia polémica de libros como *Política de Vitoria* y *Etopeya del Monroísmo;* en páginas donde lo literario goza mayor margen, como el artículo *Tres catedrales;* o en sus cartas más familiares y en sus trabajos de traductor, como en la monumental versión de la *Etica Nicomaquea,* sin exceptuar las colaboraciones periodísticas escritas para gran público, en condiciones y plazos perentorios, no hay pasaje ni línea de Gómez Robledo en que no se hallen presentes un entendimiento de pasmosa transparencia y una rígida voluntad de forma, en equilibrio uno y otro dato. Pensador y artista, el caso de Gómez Robledo demuestra lo quimérico de la separación entre fondo y forma, contenido y estilo.

Acabamos de oírlo disertar sobre temas que algunos tendrán por abstrusos, en una prosa sugestiva cuyos órdenes responden a los de la inteligencia que los compuso; inteligencia con sentido esencial del número, hecho ritmo en la armonía del estilo, sin resquicio que divida lo uno de lo otro; discurso de solidez arquitectónica, porque consuma la identificación del verbo como pensamiento y palabra. De ninguna otra manera puede concebirse al escritor: su drama es el de la consubstancialidad entre idioma e idea. Consiguiéndolo, y por modo tan ejemplar, Gómez Robledo ha conseguido el sitio en que hoy se le consagra.

Me complace hacer público el voto con que me adherí a la presentación de su candidatura: "su cuantiosa obra escrita, su espléndida prosa castellana, su dominio de la filología clásica —que lo hacen ser el más apropiado para

sustituir al doctor Alfonso Méndez Plancarte—, y su autoridad filosófica, serán honra y prez de nuestra institución".

Alcanzado el sufragio libérrimo, la lección de ingreso añade prueba plena, por si algo faltase a la justificación del acierto con que los electores procedieron.

Bien ha hecho el recipiendario en escoger asunto que, si finalmente referido atañe a la Filosofía, "constituye la esencia propia y causa formal de esta corporación", a la que, por otra parte, de ningún modo la Filosofía le es ajena, ni en el más riguroso término de agencia específica de la razón. Filosofía es filología, según el apotegma de Vico, que a mi entender, Gómez Robledo ha explayado esta noche, rotundamente, deduciendo nociones que no sólo a los filósofos importan, sino a cualquier hombre, y muy en particular a los escritores, que con frecuencia olvidan los deberes de su potestad.

En efecto, lo escuchado acerca de si el lenguaje puede traducir el pensamiento filosófico, tiene aplicación al pensamiento en general, y no es otro el problema primario de la literatura, especialmente de la poesía: "expresión de lo inefable". Lo dicho por Gómez Robledo vale, con parejas vías, para traducir en palabras la intuición emocional, don originario del poeta, cualquiera sea el género que cultive, pues el idioma humano es "encarnación del espíritu: no producto de evolución mecánica, sino de actividad creadora", por donde advierto su analogía con el arte y con la significación etimológica, radical, del término "poesía".

Escuchando a Gómez Robledo, he comprendido por qué la genuina Teoría literaria, que no es ni la Retórica ni la Preceptiva, causa impresión de una metafísica. Y es que al indagar los principios irreductibles del fenómeno literario, tiende al *eidos* del verbo, en reducción esencial.

Es el momento de la analogía del ser con el logos, magníficamente descrito por el nuevo académico, del cual, sin embargo, difiero cuando insinúa que la literatura es asunto de analogía extrínseca, pues entiendo, desde mi punto de vista, que es intrínsecamente como la creación literaria, y ésta lo es cuando con mayor pureza se acerca más al foco de la poesía, identifica el verbo con el ser, aprehendiéndolo no sólo como razón, sino emoción, y aun me atrevo a pensar: como realidad trasmutada en palabras que dicta la intuición creadora, claro que sin transgredir lo sobrenatural, que no es campo ni de la literatura ni de la filosofía. Quede amigablemente trazado un tema para repetir aquellas discusiones de nuestra primera juventud. Por este camino ha visto Maritain la diferencia entre la creación divina y la humana. Por este camino queda explicada la poesía como expresión de lo inefable. Aun llego a pensar que la conclusión puede derivarse de las premisas expuestas en el discurso que contesto, cuando acepta la capacidad del lenguaje humano para "expresar con sentido esas realidades supremas y arcanas",

descubiertas —añado de mi cuenta— por el poder de la intuición racional y emocional, poder que los románticos llamaron inspiración, asignándolo a dádiva de los dioses.

Otro principio ingente se ha sustentado: la fidelidad al mensaje recibido en la analogía esencial; vale decir: el afán rigorista del escritor hacia la precisión; o sea, la perfecta adecuación del verbo, hecho vocablo expresivo de lo intuído; la transmutación del idioma vulgar en lenguaje poético, llévese a la lírica o al teatro, a la novela o al ensayo. "Lo verdaderamente importante y decisivo es fecundar el alma del oyente o del lector". Sin aquella fidelidad, sin ese afán de precisión, filosofía y literatura dejarán de serlo, para caer en triste habladuría o escribiduría. El pecado contra la palabra se llama verborrea: fonema sin analogía con el espíritu; lo contrario, la visión plasmada en forma.

Bienvenido sea quien desde dichosa edad profesa tan altas disciplinas y llega con ellas a enriquecer el elenco académico.

Cumplida la salutación, desempeñado el coral amistoso, tornaré "a brega altiva tras camino luengo", como en memorable noche de la Academia dijo la gran voz trashumante de Manuel José Othón.

Y con las palabras postreras de nuestro maestro: Antonio, debemos un gallo a Minerva, nuestra señora.

LA ACADEMIA PUERTORRIQUEÑA DE LA LENGUA ESPAÑOLA *

Por don Alberto María Carreño.

DIA de gloria fue para la Lengua Española aquel en que un grupo de académicos amantes suyos, encabezados por el Marqués de Molins, concibió la idea de crear en el Nuevo Mundo corporaciones que junto con la Real Academia Española se encargaran de cuidar aquélla a fin de mantenerla vigorosa y sin mancilla.

Esa lengua había llegado a nuestros pueblos a través del fragor de la conquista; y la simiente había germinado en un suelo impregnado de amor y de dolor; de dolor, porque toda conquista lleva consigo sufrimientos, angustias, desolación, muerte; de amor, porque conquistadores y conquistados acaban en los opuestos sexos por experimentar la irresistible atracción de la naturaleza; de esa atracción surge un nuevo ser, y siempre casi, comienza a balbucir palabras en la lengua del vencedor. Esta aurora vital de un individuo anuncia entonces la aparición de otro elemento para fomentar la lengua conquistadora.

No de otro modo que por la conquista, había nacido muchos siglos antes la lengua de Castilla. España había sido subyugada especialmente por dos pueblos: el romano y el árabe; cada uno de ellos había marcado profunda huella lingüística y de las dos resultó el modo de hablar que, tras de larga e indispensable evolución, nos envió España.

Pero si aquella evolución había producido una lengua vigorosa, enérgica, vibrante, y al mismo tiempo dulce, armoniosa, musical, era indispensable vigilar su transformación futura, ya que ésta de manera forzosa había

---

* Discurso pronunciado en San Juan, Puerto Rico, el día 1o. de abril de 1955, al inaugurarse las labores de la Academia Puertorriqueña fundada por el autor en 3 de mayo de 1952, como representante de la Comisión Permanente de la Asociación de Academias.

de venir; porque no ha existido, no existe, no existirá lengua que no se transforme para bien o para mal.

La que llevaron a España los soldados de Roma era impura, imperfecta; mas los escritores en verso y en prosa en la tierra conquistada la fueron limando para destruir sus asperezas, para corregir sus imperfecciones y trocarlas en belleza; y lo que el moro, hombre de guerra, llevó, a su vez, para enriquecer con numerosos vocablos la lengua que nació del Latín, el filósofo, el artista lo llenaron de suaves entonaciones.

Nuestros países también recibieron la lengua descuidada del hombre de armas, pero al mismo tiempo la pulimentada del de letras; y de esas dos corrientes surgió la que nosotros hablamos, con una peculiaridad tan marcada, que dentro de un mismo país se nota el sello regional por la entonación que recibe, por las modalidades que adquiere.

Ahora bien: si feliz fue el día en que el Marqués de Molins ideó la creación de las Academias Correspondientes de la Española para que fueran guardianes de la herencia común, dichoso fue México el día en que, por iniciativa de su Presidente, el Doctor Miguel Alemán, reunió a todos esos núcleos a fin de que apretándose en un haz de esfuerzos comunes, se consagraran a estudiar los problemas que consigo trae el mantenimiento de nuestra lengua.

Fruto de aquel Primer Congreso fue el acercamiento espiritual de quienes a lo largo y a lo ancho del Nuevo Mundo resultan orfebres de la palabra, ora sean gramáticos o filósofos, ora poetas o novelistas o dramaturgos; en suma: cultivadores del lenguaje en sus múltiples aspectos.

Allí estuvieron también los alejados filipinos a quienes Miguel López de Legaspi y Fr. Andrés de Urdaneta llevaron desde México la Lengua Española, puesto que si antes que éstos, arribaron a sus playas Magallanes, Elcano y el mismo Urdaneta, sólo fueron transeúntes, aunque Magallanes dejó allá sus mortales despojos por desear, caballeroso, defender al cacique o rey de una de las numerosísimas islas.

Faltó, sin embargo, Puerto Rico, el campeón denodado y tenaz, que a través de las vicisitudes inherentes a su vida, ha conservado la lengua que el buscador de la fuente de donde manara la eterna juventud, Juan Ponce de León, hizo florecer en la muy hermosa isla donde posó sus plantas.

Y entonces fue unánime el anhelo: debía existir la Academia Puertorriqueña, que asociada a las que se habían agrupado en la que fue capital de la Nueva España; asociada igualmente a la Real Academia Española, generadora de la primera idea de asociación, se encargara, como las demás, de velar por la pureza de la Lengua Española de que Puerto Rico ha cuidado con amor tan peculiar no solamente en valiosísimas obras literarias que son preciadas joyas de nuestra Literatura, sino en el hablar diario del hombre

culto y del iletrado. De manera muy brillante lo patentizó el Vicedirector de la Academia Cubana, Doctor Juan J. Remos, al pedir la creación de la Puertorriqueña; y cosa similar hicieron la delegación dominicana y quien hoy se encuentra entre vosotros.

El Congreso de Academias llegó a su término, mas antes de que sus miembros regresaran a sus hogares respectivos, constituyó una Comisión Permanente a fin de que transformara en realidad sus acuerdos; uno de preferencia a todos los demás: cuidar de que se realizara felizmente el nacer del nuevo miembro de la familia académica.

Me cupo en suerte ser el encargado de atender y cuidar ese nacimiento; de ver libre a la recién nacida de los peligros que pudieran amenazarla e impidieran el desarrollo de su vida. Quédame una satisfacción que nadie podrá arrebatarme: ni un momento, desde que la nueva Academia tuvo existencia, dejé de luchar contra las amenazas de muerte que pudieran cercarla apenas nacida. Sobre todo me satisface, que este batallar que he realizado ha sido ajeno a bastardos intereses, basado únicamente en un alto, muy alto ideal de cultura.

Y la recompensa excede hoy a cuanto podía esperar; la criatura ha salvado definitivamente su existir; está dando ya con vigor sus primeros pasos a fin de incorporarse en el núcleo espiritual que forman la Real Academia Española y sus asociadas en el Nuevo Mundo, y ello hace esperar que le aguardan largos años de fructífera existencia.

Por su parte la Comisión Permanente del Congreso de Academias de la Lengua Española se siente regocijada de poder anunciar al próximo Congreso y a la que fue madre amorosa de todas las de este hemisferio: "he podido cumplir y he cumplido con el más importante de los encargos que se me hicieron; se me pidió que en Puerto Rico hiciera surgir una Academia que cerrara el diamantino círculo de cultivadores de la Lengua Española; y la Academia está allí, formada por los más ilustres y respetados escritores de la Isla; ha sido gratamente concluída la tarea".

¿De mí qué podré decir? Que veo mi ensueño convertido en realidad: y que esta realidad constituye el mejor halago, la satisfacción mayor que podía esperar en mi octogésimo año de vida intensa y por mil causas —lo he dicho ya en alguna otra oportuna vez— emocionante y emocionada.

Pero me aguardaba en este nuevo viaje a la antigua Borinquén una gratísima e insospechada sorpresa: el Jefe de Estado, el señor Luis Muñoz Marín está realizando aquí lo que la Comisión Permanente del Congreso de Academias ha venido propugnando desde su fundación: acabar con los *Agapitos* que, por desgracia, no faltan en nuestros países:

Permítame, no el Gobernador, sino el escritor, el hombre de letras, que ya que la ocasión es tan propicia, yo entre un poco a saco, en su "Discurso

Pronunciado en la Asamblea General de la Asociación de Maestros, el martes 29 de diciembre de 1953". Repetirlo a los puertorriqueños es innecesario, darlo a conocer, como lo haré, a todas las Academias asociadas, será una admirable comprobación de mis juicios laudatorios de Puerto Rico en su carácter de notable defensor de nuestra lengua.

Habla el señor Muñoz Marín de cierto peligro de que al puertorriqueño "se le enrede infelizmente su personalidad", y escribe:

"Un ejemplo es el uso fantástico, irracional, de nombres en inglés en todos los innumerables casos en que no hay razón práctica para ello en un pueblo cuyo vernáculo es el español. Así vemos los 'Auto Supplies', los 'Beauty Parlors', los 'Drugs', y los 'Barber Shops', los nombres de urbanizaciones y teatros, el galimatías parte inglés y parte español en que se publican bastantes anuncios, el que corrientemente se le diga 'drink' a lo que en buen español se le llama 'trago' o 'copa', y en buen puertorriqueño se le da nombres tan expresivos como 'palo', 'matracazo', 'juanetazo'. Desde luego, como se le llame a cosas como éstas no tiene gran importancia intrínseca, no tiene gran importancia de por sí. Lo importante es la actitud de cultura recesiva, de inercia cultural que parece indicar su uso exageradamente repetido. En un pueblo de la Isla vi un establecimiento rotulado *'Agapito's Bar'* ".

Y viene en seguida esta sesuda pregunta y estas más sesudas observaciones: "¿Por qué tú hiciste eso, Agapito? ¡Si por aquella calle de aquel pueblito no pasa un cliente cuyo vernáculo sea el inglés ni una vez al año! ¿Es que te sientes mejor diciéndolo en idioma que no es el tuyo? Y si desprecias tu lengua, ¿no te estás hasta cierto punto despreciando a ti mismo? Y si esa actitud se riega entre miles y miles, así inconscientemente como en el caso de Agapito, ¿de dónde va a sacar vigor de espíritu este pueblo para continuar contribuyéndose a sí mismo y contribuyéndole a Estados Unidos y a América, y al mundo occidental, una cultura respetable?"

"En la escuela misma —'of all places' o 'nada menos', como diríamos en español con una palabra menos— ¿no persiste la costumbre de llamar Mister y Miss y Missis a los maestros cuyo vernáculo es el español? Y el hecho de que también se tienda a llamarle así a jefes, a mayordomos, a personas que ejercen alguna autoridad ¿no indica un sentido colonialmente absurdo de que eso de mandar y enseñar es atributo especial de personas cuyo idioma materno no es el español?"

"Generalmente a pesar de que los nombres sean en inglés en rótulos y anuncios, el mensaje que se quiere comunicar al viandante, al vecino, al lector viene en español. Es decir, se reconoce la conveniencia lógica de hablar para que se entienda; pero al poner el nombre, entonces el establecimiento

'se las echa' de superior llamándose en el idioma que no es ni el de su dueño, ni el de su clientela" *.

¡Qué manera de amar, y qué manera de hacer amar nuestra bellísima Lengua Castellana!

Permítaseme, para concluir, hacer públicos otra vez mis sentimientos de admiración hacia todo el pueblo de Puerto Rico que no está formado por Agapitos, por la manera espontánea, y por espontánea admirable, con que ha conservado hasta aquí la Lengua que heredó del glorioso visionario que buscaba la fuente de eterna juventud; en ella parecen haber bebido los puertorriqueños en materia de lenguaje.

¡Que esa fuente mane por siglos y siglos toda ventura para Puerto Rico!

---

* Luis Muñoz Marín, *La Personalidad Puertorriqueña en el Estado Libre Asociado de Puerto Rico,* pp. 10-12.

EL DOCTOR FRANCISCO CASTILLO NAJERA

Por don JULIO JIMÉNEZ RUEDA.

LA Academia Mexicana correspondiente de la Española expresa, por mi voz, la profunda pena que la embarga al perder a uno de sus más ilustres miembros, don Francisco Castillo Nájera. Ocupaba la silla número XXII. Había ingresado como correspondiente el 27 de septiembre de 1946 y ascendido a socio de número en 1952. Hombre de cultura acendrada en la vida, en los viajes y en los libros se había forjado una personalidad indiscutible en su profesión de médico que ejerció después de titulado en la Escuela Nacional de Medicina de nuestra Universidad Nacional. Espíritu inquieto, poseído de ansias renovadoras desde su juventud, formó parte del Congreso de Estudiantes reunido en 1910 que ocupó lugar señalado en el capítulo de movimientos precursores de la Revolución a la que sirvió después como Médico en los campos de batalla y como diplomático cuando se busca la consolidación de las conquistas obtenidas en el terreno político y social. Como representante de México en China, Holanda, Bélgica y Francia, supo conquistar para su país simpatía e interés. No se redujeron sus funciones al desempeño meramente protocolar del cargo que le había sido conferido por nuestro país. Era un alerta exponente de la cultura mexicana, porque sabía que si algo hemos de inferir en el extranjero es por haber poseído una cultura varias veces secular, que si en el pasado es una de las principales del mundo, en el presente continúa con decoro la tradición que le ha dado un lugar en la historia del Mundo. Pero también procuraba adentrarse en el espíritu del país de su residencia, como lo comprueba el libro *Un siglo de poesía belga* en el que reunió la obra de los mejores poetas del siglo pasado y del presente, traducidos en buena parte por él. El prólogo es un brillante panorama de la literatura de la Bélgica contemporánea.

Le tocó representar a México en uno de los momentos más difíciles de

---

* Palabras pronunciadas ante la tumba del Dr. don FRANCISCO CASTILLO NÁJERA el día 21 de diciembre de 1954.

las relaciones de nuestra República con la de los Estados Unidos y salió de esta empresa como salía de todas las que emprendía, con decoro y con aplauso. Su prudencia en el manejo de las cuestiones internacionales lo llevó al desempeño de comisiones espinosas como la que le fuera encomendada por la O.N.U., para estudiar las reclamaciones de precio presentadas contra Yugoeslavia, Bulgaria y Albania en el año de 1947. En su carrera diplomática alcanzó el máximo puesto a que puede aspirar un miembro del servicio, el de Secretario de Relaciones Exteriores, al que dio lustre por su inteligencia y su cultura, en uno de los momentos más difíciles para México y para el Mundo, el de la Segunda Gran Guerra Mundial.

Como poeta se destacó por su interés en darle un lugar destacado en nuestras letras al corrido popular. Le preocuparon las cuestiones filológicas como lo acredita su ensayo *Algunas consideraciones sobre el español que se habla en México.*

Hombre de una pieza, amigo incomparable supo siempre poner el corazón en todas sus acciones. A los que tuvimos el privilegio de ser sus amigos, y lo fueron todos los que se acercaron a él, su muerte nos conturba y nos llena de tristeza. Sus deudos encontrarán el consuelo al pensar que el desaparecido físicamente ha dejado honda huella en el corazón de todos los que lo trataron y el alma del poeta encontrará refugio en alguna de las estrellas que con tanto brillo esplenden en el firmamento de estas noches cercanas a la Navidad.

LA CRIMINOLOGIA EN LA OBRA DE CERVANTES *

Por don Luis Garrido.

VUESTRA liberalidad me ha traído al seno de esta prestigiosa institución y corresponde a mi honradez proclamar, que mis escasos merecimientos me hacen aparecer osado para velar por la pureza, propiedad y esplendor de la Lengua Castellana, que según reza el artículo primero del reglamento de la Academia, constituye una de sus principales finalidades. ¿Cómo alcanzar entonces a cumplir aunque sea con mesura y discreción mi cometido? Acudiendo a vuestro generoso llamamiento para alistarme como un simple soldado, junto a vosotros que habéis obtenido las más altas jerarquías en el mundo de las letras, ya con las notas de inefable dulzura de la poesía, ya con la fina, honda, subyugadora crítica de los clásicos, o con el esplendor de vuestros análisis literarios y las búsquedas históricas, o con las prosas maravillosas que han dado tersura y elegancia al lenguaje.

Sois celosos custodios del tesoro maravilloso que desde lejanos siglos, viene ganando como el mosto sus mejores calidades: el idioma, cuya guarda os ha sido encomendada como a honrados caballeros que saben de este goce en el escribir, que investigan los orígenes de la lengua castellana, fijan sus principios gramaticales y trabajan por su desarrollo. Bajo vuestra sombra —espléndida floración literaria— he de servir, más que con aptitud, sí con cimero entusiasmo, en tan altos menesteres.

Y para que mi desconcierto sea mayor, vengo a ocupar el sitial de una figura señera, que supo dejar sentada fama de buen escritor, leal amigo y servidor de la patria en puestos de alta responsabilidad: don *Francisco Castillo Nájera.* De origen durangués, cursó los primeros estudios en su ciudad natal, viniendo posteriormente a México donde el 6 de marzo de 1913 obtuvo el grado de médico en la Escuela Nacional de Medicina. Desde aquella lejana fecha la vida de Castillo Nájera se consagró al servicio de la República,

* Discurso de recepción leído por su autor, ante la Academia Mexicana de la Lengua, el 11 de junio de 1956.

hasta culminar su carrera como nuestro Embajador en Washington y Secretario de Relaciones Exteriores después. Sus gestas en el servicio médico de la Revolución, y su vasta experiencia diplomática, le dieron un elegante señorío sobre sus conciudadanos. Amante ejemplar de las artes y las letras, lo veíamos discurrir por las academias, afable, con eminencia personal, prodigando comentarios alrededor de los temas que se abordaban en las conferencias.

Fue uno de esos hombres que dejan marcada su memoria en el corazón de sus amigos por sus grandes cualidades, y que en las evoluciones del pensamiento y en la procelosa inquietud de la vida nacional, supo utilizar su clara mentalidad en provecho y exaltación de la patria. Desde muy joven sintió el amor por la poesía. Tenía veinte años cuando publicó su primer libro, *Albores,* gratísima y limpia revelación de un espíritu bañado en horas de amor y contemplación interior. Estas pequeñas creaciones de goce pleno para el poeta, le permitirían más tarde explorar la lírica belga de un vasto período. Conocedor del alma flamenca, admiró el delicado paisaje de los Países Bajos. Agua, cielo, flores, que se funden en el confín. Prados sedeños, paz y sosiego que sólo turba el crujido de las blancas aspas que mueven los molinos. Supo así conocer la evocación misteriosa, las bellas alucinaciones, la tristeza de las cosas, o el admirable poder descriptivo, en suma, la sensibilidad maravillosa de los bardos de la Bélgica inolvidable.

Cultivador distinguidísimo de esos poemitas episódicos que han sido uno de los medios líricos de expresión popular, Castillo Nájera nos dejó entre otros su corrido sobre *El Gavilán,* descripción de temas individuales que ligados nos dan un panorama de la gran familia mexicana. Es en este género donde el académico desaparecido puso más de relieve su espíritu, su perceptibilidad, su amor de mexicano. El intuyó con agudeza que en esas narraciones tradicionales, es donde el alma del pueblo se refleja con mayor nitidez, en donde el sentimiento poético alcanza su mayor difusión, y en donde los sucesos adquieren una maravillosa concisión expositiva.

Médico Militar, Castillo Nájera cabalgó por los desiertos ardientes del Norte, prestando sus servicios a los ejércitos de la Revolución. Frente a las luces mortecinas de los vivaques, bajo las noches tachonadas de estrellas, admiró en labios de los cancioneros del campamento los corridos de la toma de Zacatecas:

Adiós cerro de la Bufa
Con tus lucidos crestones,
Cómo te fueron tomando
Teniendo tantos pelones.

O a bordo de los trenes militares, entre el rasguear de las guitarras, admiró los versos sobre la güera Chabela y Jesús Cadenas que "echó mano de su pistola para darle de balazos".

Y estas impresiones perdurarían en su temperamento literario. Triunfante el movimiento insurreccional, el doctor vistió la casaca diplomática, pero debajo de la pechera almidonada latía un corazón amante de lo popular. Por eso su estro elige el corrido para expresarse. Han transcurrido cinco siglos desde que el marqués de Santillana estimaba el romance como "obra de la gente de baja y servil condición". Castillo Nájera y otros intelectuales valoraron de distinta manera estas creaciones artísticas. Deseaban servir a la sensibilidad y género de vida popular, escribiendo los relatos de aquellos asuntos que siempre han conmovido el alma de las multitudes: los amores trágicos, la muerte de un torero famoso, las calamidades públicas o la vida de gentes aventureras y equívocas.

Su amor por lo mexicano se manifestó en conservar las excelencias de nuestro carácter en el campo de las letras. Su afán tendía a fijar el perfil de los tipos que encarnan las virtudes y defectos nacionales. Su conciencia artística era la del ambiente de nuestro pueblo; las viejas ciudades provincianas, los panoramas ásperos de su tierra natal, las gestas de la Revolución.

Y en su vida diplomática —que alguna vez tuve el honor de compartir—, su amor reflexivo a México. El estilo y la filosofía de Castillo Nájera lo llevaban a triunfar en las negociaciones de sus embajadas, por medio de conversaciones de pasillo o aprovechando las cenas palaciegas, y no por el papeleo de rutina. ¡Con cuánta inteligencia, destreza, tacto y conocimiento del alma humana, ganó batallas en las cancillerías y asambleas internacionales!

Comprenderéis ahora, señores académicos, con qué pesadumbre vengo a suceder a esta superior figura no sólo de la república de las letras, sino del servicio diplomático. Algún día habrá que consagrar a su memoria un elogio cabal, que haga justicia completa a su obra, a su nobleza de amigo, y a sus desvelos por los negocios de la patria.

Y ahora permitidme que aborde el tema central de este discurso: *La Criminología en la obra de Cervantes.* El asunto me lo sugirió mi antigua inclinación por el estudio de las ideas penales, y el deseo de presentar aunque fuera un bosquejo de aquellos aspectos criminológicos que ofrece la prodigiosa obra cervantina. Perdonad mi audacia si no alcanzo a realizar cumplidamente lo que una empresa de tal envergadura supone, pero sólo puedo pagar con empeño y gratitud el honor que me habéis hecho al llamarme a vuestro lado.

¿La España católica de las postrimerías del siglo XVI y albores del XVII, qué panorama ofrecía a Cervantes sobre la justicia y las leyes penales?

Comienza a generarse la decadencia, las múltiples guerras van empobreciendo el país, lo cual se confirma por los campos llecos, el olvido del trabajo productivo y el paupérrimo funcionamiento de los tribunales perturbados por la diversidad de ordenamientos jurídicos.

Fascinadas por el oro de América, las juventudes abandonan los arados, telares y herramientas del viejo taller familiar, para empuñar la espada y vestir el uniforme de acuchillados rojos.

Se buscaba el esplendor de España por la fortuna de las armas y por el Nuevo Mundo recién descubierto, pero no por el fomento de la agricultura y de la industria, ni menos por el adelanto de la justicia. Varias leyes medievales se aplicaban, imprimiéndole a la práctica penal un sello de dureza por los suplicios que se infligían a reos y procesados. Los jueces trabajaban con lentitud y procedimientos inquisitoriales.

El nacimiento de Cervantes se registra en la misma época en que se manifiesta la ciencia penal hispana, con la obra de Alfonso de Castro. Y durante la existencia del gran escritor aparecen teólogos, filósofos y letrados, que elaboran interesantes doctrinas sobre filosofía punitiva. Un año antes de que Cervantes viera la primera luz, había muerto en Salamanca —la de las piedras doradas— el ilustre Francisco de Vitoria, que fundó el derecho de penar en la conservación de la sociedad. Pero en la tradición científica del siglo XVI, se destaca la obra de los penitenciaristas que trataron de crear una tendencia generosa y humanitaria en favor de los presos, y la de los prácticos que, como el obispo Diego Covarrubias y Leiva y el catedrático de la Universidad de Salamanca don Antonio Gómez, se ocuparon de varios problemas penales en forma esclarecida, señalando que la costumbre y la práctica de los tribunales constituía en gran parte el derecho criminal de la época, pues las leyes escritas tenían una relativa observancia.

No es probable que Cervantes conociera bien estas ideas y doctrinas sobre el delito y el tratamiento de los reos, ya que la escasez de recursos de sus padres no le permitió recibir una educación liberal. Repetidas veces se ha quejado de ello en sus libros. Pero él aprendió o intuyó estas cosas en la calle, en las cárceles, en el amplio trato que tuvo con sus semejantes, más que en su paso por las aulas. El que estaba destinado a legar lecciones de profunda sabiduría, captó con certeza el problema penal de su época porque lo vio en la vida humana.

La estancia que tuvo en Italia como soldado de los tercios, iluminó su intelecto con las mejores luces, ya que en dicha época ese bello país era un semillero de ideas nuevas. Empezaban a vislumbrarse, sobre el nuevo paganismo estético, otras inquietudes y ambiciones. Bolonia irradia las luces del

derecho. Roma medita mientras en Flandes y Alemania se pelea por cuestiones religiosas. El Alto Renacimiento se afirma con el culto al genio, y "a la alegría vital del Ariosto se sucede la incurable melancolía del Tasso".

Cervantes, en el ambiente de libertad de las ciudades italianas, donde se topaba "cada día con cosas nuevas y gustosas", lejos de los temores que inspiraba la Inquisición, pudo aquilatar las novedades ideológicas y enriquecer su conocimiento sobre las personas y las cosas. Como soldado y amigo del pueblo le interesó, en su afán de novelista, estudiar a los malvivientes, y así con clara y perspicaz inteligencia nos exhibe en el *Quijote* una galería completa de gente pervertida: bellacos, follones, malandrines y demás elementos indeseables.

Sus andanzas fuera de España contribuyeron a su formación y a que discurriera posteriormente con sapiencia acerca de importantes asuntos, entre ellos los de carácter criminológico, a lo cual no fueron ajenas sus vicisitudes con la justicia penal. Preso con su hermano Rodrigo por los piratas berberiscos, supo de las torturas de las cárceles de Argel, y al intentar escapar de una de ellas con quince compañeros de reclusión, fue capturado, internándosele en la inmunda prisión que tenía Azán Bajá. Rescatado por la orden de la Santísima Trinidad, sufrió una persecución penal al ser acusado por el clérigo Blanco de Paz. Y posteriormente, habiendo recibido la encomienda de rocoger víveres en Ecija, volvió a ser objeto de una denuncia calumniosa por una avena requisada, teniendo que sufrir las tretas de una burocracia complicada y vil.

Pero el hombre que con arte supremo creó una obra que es fuente inagotable de comentarios; que supo de la pobreza cotidiana y silenciosa, y cuya fina sensibilidad le permitió escribir —lejos ya de los días de Lepanto— capítulos de honda humanidad y de momentos ideales incomparables, tuvo que comparecer ante la justicia como víctima de una estafa que perpetró el banquero Simón Freire.

Y este trato con los tribunales se acrecentaría después con la prisión preventiva que sufrió en Vélez Málaga, a causa de no haber rendido cuentas oportunas al Fisco; por su detención en Sevilla ordenada por el Tribunal de Contaduría, y por el proceso en que se vio envuelto, injustificadamente, con motivo de la muerte de don Gaspar de Ezpeleta.

La vida del insigne escritor tuvo, pues, las más variadas aventuras penales como cautivo, acusado y víctima de un fraude. Conoció las viejas cárceles de contención en que se olvidaba al delincuente, y las rémoras de la justicia de folillas y corchetes. Sintió en carne propia los sufrimientos que imponía aquel sistema punitivo, fulminando en forma implacable al infractor con penas corporales o pecuniarias. De aquí que sus observaciones y comentarios penológicos revistan singular importancia, ya que no son el

fruto de divagaciones más o menos felices, sino el resultado de propios episodios.

Sobre Cervantes se han escrito páginas admirables, pero, como ha dicho Américo Castro, "salvo contadísimas y recientes excepciones, esas páginas proceden más del ejercicio de la sensibilidad que de la meditada reflexión". El ilustre escritor fue un pensador auténtico, tuvo la visión superior sobre el promedio corriente para el entendimiento del destino heroico. Su juventud transcurrida en la Italia seductora del siglo XVI, se bañó en aquel ambiente luminoso, de belleza profunda, de divagar de ideas, que le dieron un sello de modernidad y una ilustración que más tarde se reflejaría en su obra, que es una auténtica enciclopedia de humanismo, por lo que no es de extrañar que haya percibido parte de la teoría causal y explicativa del delito, y que lo haya conquistado la libertad de la expresión estética, que como un perfume de la antigüedad clásica, empezaba a derramarse sobre la península Itálica, en donde brillaba el genio de artistas perdurables.

Autor más moralista y moderado que Lope, dio muestras de poseer un fondo ético indiscutible, no obstante que a veces su gran humorismo lo llevaba a burlarse de la víctima del delito. Tal sucede con el cornudo de *El viejo celoso,* el conocido entremés. En otras ocasiones, su concepción de la vida lo inclinaba a descubrirnos los más variados problemas de ella, para demostrarnos sus fallas y exponer el anhelo de que fueran subsanadas, lo cual acontece, por ejemplo, en la aventura de Don Quijote con los galeotes.

Al libertar estos reos, Cervantes, a través de su héroe, enjuicia la justicia penal: "Parece duro caso hacer esclavos a los que Dios y la naturaleza hizo libres —exclama el Caballero de la Triste Figura—, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros; allá se lo haya cada uno con su pecado; Dios hay en el cielo, que no se descuida de castigar al malo ni de premiar al bueno". En lo anterior advertimos la reflexión filosófica del autor, planteando el problema entre los que delinquen y el resto de la sociedad, y entre los presos y sus custodios. Y es que gusta de presentarnos el conflicto de personas, y de todas aquellas cuestiones relacionadas con la dignidad y elevación del hombre. Por ello se anticipa a las ideas humanitarias del siglo XVII preconizadas por Beccaria y Howard, no viendo en el reo una cosa, sino un ser humano. Probablemente recordaba también la sentencia de San Agustín: "Odia el delito, pero ama al delincuente".

Los críticos del gran escritor se han esforzado en analizar todas las manifestaciones de su arte, pero aún no se ha explorado suficientemente la frondosidad de la obra que creó, y el área de su vida tan llena de vicisitudes y tan consagrada a la meditación de los grandes problemas que desafían la inteligencia del hombre. Uno de esos aspectos es, sin duda, la humanización

del derecho penal, que él entrevió gracias a su posición realista frente a la justicia.

En el mundo cervantino se advierte un anhelo de atemperar la severidad, por lo que nos enseña a no obrar en forma cruel con los reos, sino de manera cristiana. Nos muestra también que la privación de la libertad implica un padecimiento, por lo que conviene examinar si no ha sido aplicada injustamente, y en su caso establecer que los custodios de los reos no deben maltratar a éstos, ya que "no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres no yéndoles nada en ello". Este fervoroso pensamiento señala a Cervantes como un precursor del sentido moderno de la pena. El conoció la cárcel que no tenía más fin que la seguridad colectiva alcanzada por la coerción personal, y en donde el delincuente aguardaba la muerte, o los castigos corporales, como refiere en *La tía fingida.* Gracias a él, en la *Historia del cautivo,* tenemos los datos de una prisión o casa de las que los turcos llamaban "baños". De su espíritu atormentado en ellos, surgió el grito de protesta para eliminar las sevicias morales y físicas que envilecían al reo, y que volvería a condenar muchos años más tarde Silvio Pellico en patéticas misivas sobre sus prisiones.

En la historia de la privación de la libertad como pena, aparece ésta para contener al delincuente, más tarde para castigarlo, y rara vez para lograr su reforma. Y es que el régimen penitenciario sólo se refiere a la libertad de movimientos físicos, pero no a los vuelos del espíritu. Por ello, como justamente asentaba mi inolvidable amigo Ruiz Funez, cobra actualidad la lección de Sancho "cuando con pensamiento ligero trata de reducir a prisión a un disconforme, por el hecho de pensar libremente; con más o menos respeto y convencido de que las ideas no duermen en la cárcel, le dice con un gesto ejemplar de comprensión: 'Aprende a respetar a la justicia y vete a dormir a tu casa' ".

El penalista tiene mucho que aprender en la obra de Cervantes. Las palabras de Don Quijote ordenando la libertad de los galeotes, son un anatema a la justicia española de aquellos días, y como observa el granadino Ganivet, lo hace inspirado en un ideal de justicia trascendental, porque cuando la pena no es una consecuencia del acto punible y no recae sobre todos los infractores, se convierte en algo odioso. Pero las justas imprecaciones del caballero, se motivaron también por los guardias y frailes que llevaban a los galeotes, fríamente, cumpliendo una misión obligada, sin el humano interés que tal encargo supone, en lo cual se vislumbra ya el afán contemporáneo de substituir al viejo cabo de varas por celadores con sentido moral y técnico.

El caso criminológico que Cervantes nos presenta sin rodeo, magistralmente, con verdadera profundidad, está en su libro máximo, ya que Don

Quijote en su perturbación mental golpea a las personas y daña la propiedad. Se trata de una alucinación en que el caballero de La Mancha toma a los molinos de viento y a los pellejos de vino por gigantes, y a pobres lavanderas por encarnaciones de su señora Dulcinea. Pero su locura tiene intervalos lúcidos, ya que el héroe de la novela se porta normalmente siempre que los sucesos no atañan a los libros de caballería. Su inteligencia parece intacta fuera del tema que caracteriza su enfermedad, porque sólo cuando la sensación real le despierta alguna idea ligada con su ensueño dominante, de que es un caballero en busca de aventuras, se incorpora a su desvelo y aparecen todos sus delirios.

La locura de Don Quijote es por ello de forma obsesiva. Admite como verdaderas las hazañas de los caballeros andantes, y quiere imitarlas. Su mente se halla poblada de las imágenes que describen los libros de su biblioteca: gigantes, castillos encantados y damas seductoras, todo lo cual se le aparece más intensamente que la realidad que lo rodea. Esta paranoia que los criminalistas explican en ciertos aspectos de la delincuencia, Cervantes la consigna en páginas inmortales, haciendo un admirable estudio psiquiátrico como el de un verdadero investigador del hombre en sus aspectos más íntimos y en su desadaptación social, al igual que lo hizo en la historia del enajenado que se creía de vidrio, por lo cual evitaba los encontronazos y dormía en los pajares, por temor de verse reducido a añicos.

Asimismo otro suceso criminológico de que el ilustre escritor se ha ocupado sin veladura, es el de la cuadrilla criminal, en aquel amanecer campirano cuando rodearon a Don Quijote junto con su fiel escudero, cuarenta bandoleros catalanes al mando de Roque Guinart —el personaje histórico— montado en poderoso caballo, vestido de acerada cota y con cuatro pistoletes.

La emocionante aventura le brinda la oportunidad para darnos sus certeras observaciones sobre la criminalidad asociada. El grupo debe su cohesión a la disciplina casi de carácter militar que impone el jefe. Y así Guinart, ante la actitud levantisca de un bandido y para mantener su autoridad, le abre "la cabeza casi en dos partes diciéndoles (a los demás): de esta manera castigo yo a los deslenguados. Pasmáronse todos y ninguno le osó decir palabra, tanta era la obediencia que le tenían".

El encuentro de Don Quijote con la cuadrilla de Guinart en el camino a Barcelona, y la captura de un bergantín de corsarios cuando el insigne caballero fue a visitar las galeras, da ocasión a Cervantes para referir la existencia de bandas organizadas, fenómeno que ha sido característico de los países mediterráneos. Con razón se asienta que las aguas azules y bruñidas de ese mar no han sido surcadas sólo por los bajeles de la civilización, sino también por los piratas norafricanos que sembraban la desolación y la muerte.

La obra cervantina es rica en personajes cuya vida se desvía de la norma-

lidad elaborada socialmente. Es en las ventas y en los caminos polvorientos abrasados por el sol, donde el ilustre escritor suele presentarnos a la gente de la mala vida. Recordemos a este respecto las andanzas de Don Quijote. Por la seca y desolada ruta manchega, se yergue solitaria y blanca la venta para dar alivio al caminante en sus fatigas. Allí el enamorado de la señora Dulcinea encuentra a los malvivientes y a la gente alegre y juguetona, que coloca al buen Sancho en el centro de una manta de cama, y en un corral lo levantan en alto como un pelele. Igualmente es en una hostería donde Maritornes durante la noche se tropieza con el hidalgo de la Mancha, cuando buscaba al arriero para acostarse con él, y en donde el autor coloca a las mozas de partido, que ríen con la locura de Don Quijote o le curan de las golpizas que recibe.

En las ventas cervantinas vemos palpitar el alma picaresca de la época con sus truhanes, sus pasajeros aprovechados y sus criadas fáciles. Por allí desfilan gentes de toda condición, pero en particular aquellas que son objeto de estudio para el criminólogo por su forma de vida. Eran estos lugares de hospedaje el cruce de todas las vidas trajinantes. Soldados de fortuna, frailes sudorosos, damas de alcurnia, caballeros de ricas ropas, convivían más íntimamente que en un hotel moderno por la disposición del albergue, la inseguridad de los caminos, y el espíritu de aventura que privaba en los viajeros.

A causa de su vida azarosa, Cervantes conocía bien estos sitios por la Mancha y Sierra Morena, los cuales aprovechó en sus obras como escenario de pleitos y escándalos, con acompañamiento de palos y de voces. En paradores y tabernas ha copiado en líneas vigorosas de un gran humanismo, a esos individuos del pueblo campesino: vagabundos, mendigos, prostitutas, arrieros y mozos de mulas. En los lances de las ventas del Abadejo y de Juan Palomeque el Zurdo, el escritor se recreó especialmente en la acción y carácter de los personajes que intervenían, debido a la predilección que lo animaba por el pueblo venteril.

¿Pero con qué mirada aprecia Cervantes a estos aventureros? No los enjuicia; son en algunos episodios las figuras secundarias o el marco que sirve al suceso. Los presenta en su aspecto chusco, no pone en ellos las tintas dramáticas, las luces vívidas de un Goya. Sentado frente a la mesa de tinelo, con un jarrón de vino y un buen queso manchego, gustó más de una vez de ver las trapasiestas y meterse en belenes. Y al describir a la gente de mal vivir, no ejerce ninguna acción crítica; la coloca en el cuadro de su narración, como si aún resonaran en sus oídos las carcajadas jocosas de las mozas de partido o la ruidosa alegría popular.

Ya avizoraba el problema de los malvivientes, que la moderna legislación penal resuelve con fuerte castigo para los que no se dedican a un trabajo

honesto, sin causa justificada y con malos antecedentes. Y así Sancho, al rondar por su ínsula, piensa limpiarla no sólo de la basura e inmundicia, sino también de la gente vagabunda, holgazana y mal entretenida, porque "la gente baldía y perezosa es en la república —exclama el escudero de Don Quijote— lo mismo que los zánganos en las colmenas, que se comen la miel que las trabajadoras abejas hacen".

Y continuando su admirable pintura sobre los vagabundos y mendigos, que se persiguen por nocivos a la sociedad, nos ofrece esta pintoresca enumeración de ellos: "...pobres fingidos, tullidos falsos, cicateruelos de Zocodover y de la plaza de Madrid, vistosos oracionarios, esportilleros de Sevilla, mandilejos de la hampa, con toda la caterva innumerable que se encierra debajo deste nombre pícaro".

Un individuo como Cervantes que andaba por los caminos, pobre, acosado por la necesidad, enfrentándose a las duras realidades de la existencia, no podía menos que reseñar la vida picaresca, y lo hace con pluma maestra en las páginas del *Coloquio de los perros Cipión y Berganza.* Este último refiere sus variadas aventuras y las de los amos a quienes sirvió. Narra algunas de carácter penal, como los robos de vituallas y carneros, la asociación punible de alguaciles y mancebas, y hasta una tentativa de envenenamiento. Y en la interesante plática perruna se menciona el célebre proceso de Logroño por hechicería, que en el fondo no era sino un caso de mitomanía erótica y además se refieren las hazañas de gitanos rateros, de moriscos avaros, de poetas hambrientos, de cómicos y autores de comedias, de hermanos de la capacha... Toda una serie de personajes que retratan una época y su ambiente descarado y travieso.

Y en esta novela, Cervantes se refiere todavía al gitanismo, o sea un estado de parásitos sociales acompañado de hurtos y estafas. Es grande su interés literario por tales sujetos que rechazan el trabajo, el cual lo lleva a referir las aventuras de la gentil Preciosa —la gitanilla— criada por una vieja de estas tribus errantes. Corresponde así al autor del *Quijote,* el haber sido uno de los precursores en el estudio criminológico del gitanismo, anticipándose al exagerado pensamiento lombrosiano de que era "la viva imagen de una raza entera de delincuentes". Recordemos sus palabras: "Parece que gitanos y gitanas solamente nacieron en el mundo para ser ladrones; nacen de padres ladrones, críanse con ladrones, estudian para ladrones, y, finalmente, salen con ser ladrones corrientes y molientes a todo ruedo".

La conducta antisocial suministra a Cervantes abundante material para sus novelas. Reseña en *El casamiento engañoso* un caso de contagio venéreo y robo entre cónyuges. Glosa en *La española inglesa* un conato de envenamiento; los delitos de rapto y estupro en *La fuerza de la sangre,* y el de abandono de infante en los *Trabajos de Persiles y Segismunda.* Teje la trama con

delitos sexuales en *Las dos doncellas,* y en el *Quijote* se ocupa de otras infracciones que se originan en la liviandad femenina, como el de la provinciana practicante de adulterio, y el de las dos rameras que encuentran el caballero en su primera salida. También utiliza la codicia de los hombres, como en el asunto de las caperuzas y de los jugadores fulleros.

Pero es al comentar la piratería donde nos deja sentir con amplitud y en forma reiterada el alcance de la conducta criminal, debido a las dolorosas experiencias que vivió en su cautiverio de Argel, al ser aprehendido por los ladrones marítimos de las costas africanas, donde este bandidaje bélico encontró sus refugios para escapar de persecuciones.

Cervantes soportando en las tabernas el ruido de los dados y la algarabía de los parroquianos; sufriendo pobreza, miseria, en la prisión; respirando el aire acre de los combates o deleitándose por los blancos caminos con el delicioso encanto primaveral de los días soleados, enriqueció su fina sensibilidad dotándola de los más variados matices, no sólo de melancolía, de belleza profunda, de realidad dolorosa, sino de todos aquellos momentos que, en la urdimbre de la vida, registran actos que traen consigo una sanción penal, los que suele mencionar en sus obras, aludiendo bélicamente en el discurso de las armas y las letras a la coacción que ejerce el Estado sobre ellos; o ya en forma concreta al describirnos las penas que se aplicaban entonces: la de galeras, en que el cómitre, en mitad de la crujía —al decir de Cervantes—, con el corbacho o rebenque, mosqueaba las espaldas de la chusma para que la embarcación se largase poco a poco a la mar. La de azotes, que se imponía al reo de pie, sujeto a la aldabilla, como lo describe Cervantes en una de sus *Novelas ejemplares,* y que Don Quijote vio aplicar en la espesura de un bosque a Juan Haldudo.

Las penas que más se prodigaban entonces eran la de flagelación y la de galeras, pero además existía la de mutilaciones, la cual se menciona en *Rinconete y Cortadillo* al explicar el nombre de Maniferro, que se daba a un sujeto a causa de que "traía una mano de hierro, en lugar de la otra que le habían quitado por justicia".

Entre las sanciones corporales de importancia que reseña el gran escritor, está la de muerte. Recuérdese el episodio acaecido cerca de Barcelona, en que al levantar la vista Don Quijote y su fiel escudero, vieron los cuerpos de varios bandoleros que pendían de los árboles como racimos.

Al presentar Cervantes la barbarie del sistema penal de la época, endereza en su contra, sin necesidad de ningún alegato, una de las críticas más severas. En esto se revela una vez más otro trazo de su genio, como aquel de saber darnos en el Quijote una impresión cabal del paisaje, sin hablarnos directamente de él.

Esta referencia a los castigos lo determinó a recordar una de las penas me-

dievales, que era exhibir públicamente a los delincuentes en jaulas de hierro, a veces privándolos de alimento. El héroe de Cervantes es objeto de un encierro semejante por el cura y el barbero, que tratan de llevarlo de esta guisa en una carreta de bueyes, con destino a su aldea, para que recupere la salud.

El autor nos habla también de la forma en que se trataba a los reos, esposándolos como en el caso de los galeotes, o ciñéndolos de cadenas sobre un macho y con guardamigo, como le aconteció al pobre Andrés de *La gitanilla.*

Mirando hacia el porvenir, presiente la necesidad de indemnizar a las víctimas del delito. Es en el episodio de Maese Pedro donde sustenta esta doctrina. Se representaba con títeres la historia de Don Gaiferos, el que acompañado de su esposa Melisendra se ve perseguido por la caballería mora, escena que impele a Don Quijote a desenvainar la espada y "con acelerada y nunca vista furia" hace "llover cuchilladas sobre la titerera morisma". Al recobrar la razón el causante de aquellos daños, acepta repararlos, haciendo caso omiso de que Maese Pedro tratara de obtener ventajas indebidas. Y así paga cuatro reales y medio por el rey Marsilio de Zaragoza, y cinco y cuartillo por Carlomagno.

Pero hay otros episodios en el *Quijote* que confirman la tesis de la indemnización del daño causado por un incapaz: el resarcimiento de la barca encantada y destruída, de la cual se salvan el caballero y Sancho; el de la bacía del barbero al que se le paga por ella, y la aventura de los pellejos de vino, los que Don Quijote atraviesa a estocadas por creerlos gigantes peligrosos, y cuyo importe cobra el ventero después. En todos estos casos, Cervantes ha vislumbrado también la doctrina moderna de que no se debe castigar al que obra sin voluntad ni inteligencia, pero sí debe cubrir la reparación del daño.

Un espíritu tan vigoroso como el de Cervantes, al que la cárcel no logró disminuir en su fe, a pesar del tormento de su carne y de su espíritu, al salir de ella se afirma como un iluminado, criticando la penología de la época, y no oculta sus censuras sobre las represiones, como cuando se refiere a la expulsión de los moros por boca de Rinconete, que propugna la libertad de conciencia.

De modo acendrado y profundo narra Cervantes la vida del pueblo en sus más diversos aspectos. En *Rinconete y Cortadillo* fluyen, por ejemplo, sus impresiones sobre la psicología de los pilluelos y de sus modos de asociarse, dándonos un verdadero curso de juvenil delincuencia y sociedad delictuosa, y mostrándonos, además, la influencia de los bajos fondos sevillanos en la peculiar condición de aquellos pícaros.

Y a propósito de estos sucesos, Ortega y Gasset, examinándolos con prejuicio filosófico, asienta que "andan tan lejos de ser insólitos e increíbles que ni siquiera llegan a ser interesantes". No lo serán para quien los somete a un

cuadro predeterminado de ideas estéticas, pero no para quien hace la cabal pintura de ellas, exhibiendo la relación causal de ciertas infracciones con propósito de terapéutica social.

Llegó el pensamiento cervantino a vitales reflexiones sobre los castigos, los que visualizaba como el sufrimiento que se imponía a los que violaban lo establecido por la ley o la costumbre. Por eso el célebre caballero golpeó a los arrieros que fueron a tocar sus armas cuando las velaba, y arremetió a los mercaderes toledanos porque los oyó blasfemar contra Dulcinea. Igualmente sancionó a Sancho por sus alegatos en pro de la Micomicoma, y a los Yangüeses porque habían maltratado a Rocinante.

Su justicia "era rápida y ejecutiva", pero con miras al perdón posterior, por lo que no se ensañaba con el culpable al grado de reducirlo a la triste condición de esclavo "porque parece duro hacerlo con los que Dios y la naturaleza hizo libres". La naturaleza y Don Quijote —afirma Unamuno— "castigan para perdonar. Castigo que no va seguido del perdón, ni se endereza a otorgarlo al cabo, no es castigo, sino odioso ensañamiento".

Entendida así la pena tiene el valor de una expiación, y el ofendido al aplicarla no cumple una venganza, sino que desea una reacción benéfica. A veces el héroe de Cervantes pierde la fe en la acción salvadora, como en el caso de los galeotes a los que liberta para recibir en pago una lluvia de piedras, lo que le hace exclamar: "El hacer bien a villanos es echar agua en el mar".

Pero el temple de su ánimo sobre asuntos criminales, no se limita sólo a la pena, sino que abarca a la persona misma del juzgador, que en materia criminal debe tener a su juicio un gran fondo de humanidad, ya que asienta por conducto de Sancho: "...los jueces son de carne y hueso, y han de dar a la naturaleza lo que naturalmente les pide".

El que juzga a los hombres debe ser psicólogo, saber leer en el fondo de las almas, para que su sentencia se ajuste a la esencia del acto y a la personalidad del sujeto que lo llevó a cabo, tal y como lo hizo Sancho al juzgar el pleito sobre los diez escudos de oro, y más todavía en el caso de la supuesta violación de la dueña por un ganadero, cuyo fallo no lo hubiera podido mejorar el más consumado psicoanalista. Cervantes, en estos episodios, se nos muestra en su fase de esteta cabal, y asimismo como un hombre de pensamiento maduro, provisto de una transparente visión de la realidad, y poseedor de la clave más íntima y decisiva de la conducta humana, por lo que reunía en su persona al hombre de letras y al pensador.

Con frecuencia los relatos de su pluma ostentaban el colofón de una sátira, de modo que Sancho comenta en el asunto de la bolsa del ganadero: "Hermana mía, si el mismo aliento y valor que habéis mostrado para defender esta

bolsa le mostrárades, y aun la mitad menos para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no os hicieran fuerza".

Arte grande y comprensivo el de Cervantes, originado en el sufrimiento de cautiverios, cárceles y procesamientos, lo que le permitió crear personajes a los que amenaza la espada de la ley por sus hurtos, estupros, adulterios y demás actos delictuosos. Arte de pensamiento y de expresión el suyo, de fino humanismo, múltiple, pero también de realidad del alma, de tono sensorio e intelectivo.

Sus puntos de vista sobre el derecho son admirables. La jurisprudencia de Sancho al gobernar la Insula Barataria se cimenta en la verdad de la justicia, en una tarea humilde y diaria de gran porosidad, para absorber por encima de los intereses el sentido popular de acercarse a la humana criatura a fin de comprender y percibir todas sus cuitas. Procuraba humanizar las disposiciones de la ley con ideas de justicia y equidad, o suplir con astucia su falta de ciencia. Por eso se ha dicho, justamente, que a Sancho se le puede presentar como espejo de jueces, puesto que siempre obró con la independencia y dignidad del que sirve a la causa de dar a cada quien lo que le corresponde, y no del que sentencia por amor propio o vanidad personal.

Cervantes sintió el apremio de que se reformara el poder jurisdiccional. Por eso dijo en *Rinconete y Cortadillo:* "Cuán descuidada justicia había en aquella tan famosa ciudad de Sevilla, pues casi al descubierto vivía en ella gente tan perniciosa y tan contraria a la misma naturaleza".

Y tan agudamente abarcó el tema de la justicia, que lo aborda también en la forma en que se procuraba eludirla. Se buscaba refugio en las colonias. El novelista lo apunta: "...se acogió al remedio a que otros muchos perdidos en aquella ciudad (la de Sevilla) se acogen, que es el de pasarse a las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores, añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos".

Entre la multitud de datos criminológicos que contiene la obra del lisiado de Lepanto, figura el modo especial de hablar que emplean los malhechores: su jerga, o sea el medio de comunicación secreta entre ellos, o, como quiere Salillas, la fórmula íntima y profunda para expresar sus pensamientos. A este lenguaje de los maleantes se le llamó en España "germanía". Cervantes, de igual guisa que lo hizo Quevedo, emplea palabras de esta lengua, que Fernando de Rojas tuvo reparo de usar en su *Celestina,* no obstante que en la trama intervienen rufianes y mozas de mancebía.

Pero los malhechores no únicamente se comunican por medios orales, sino también por claves o signos de reconocimiento. Según el maestro Bernaldo de Quirós, en el *Quijote* vemos que el emblema del estudiante vagabundo son las dos espadas negras cruzadas, mismas que llavaban la víspera de las bodas de

Camacho los escolares viajeros por el camino del hidalgo manchego, con el que discutieron sobre la superioridad de la fuerza o la destreza.

Y en esta propia y maravillosa historia, encontramos algunas curiosidades criminológicas que revelan cuán profundamente el insigne novelista penetraba en la conciencia de sus personajes, y en las supersticiones criminales y creencias populares. De estas últimas menciona el caso del estilicidio de sangre, o sea la convicción que se abrigaba antaño de que las heridas del occiso, manan el crúor en presencia del asesino, cuando el pastor Ambrosio impreca a la esquiva y áspera Marcela, en el momento de cavar la sepultura de su enamorado: "¿Vienes a ver por ventura, ¡oh fiero basilisco de estas montañas!, si con tu presencia vierten sangre las heridas de este miserable a quien tu crueldad quitó la vida?"

La sutilidad, la rica contextura espiritual de Cervantes, lo llevó al conocimiento de los nervios más íntimos que gobiernan el obrar humano. Pero su labor fina y escrutadora, no se detuvo en el aspecto subjetivo, sino que analizó la presencia física, particularmente la de los maleantes, como siglos después lo hizo César Lombroso, el fundador de la antropología criminal, creando el tipo delincuente como base fundamental de la nueva ciencia.

En *Rinconete y Cortadillo* nos ha dejado este retrato maestro de Monipodio, que parece tomado de un archivo penal: "Alto de cuerpo, moreno de rostro, cejijunto, barbinegro y muy espeso, los ojos hundidos..., las manos eran cortas y pelosas, los dedos gordos y las uñas hembras y remachadas, las piernas no se le parecían, pero los pies eran descomunales de anchos y juanetudos. En efecto, él representaba el más rústico y disforme bárbaro del mundo".

Entre los primitivos partidarios de la psicología criminal, se sustentó la opinión de que los procesos anímicos del delincuente tienen una expresión corporal. Cervantes se adelanta a estas ideas, sosteniendo que las cualidades del alma se conocen por el aspecto del rostro. En *La gitanilla,* el padre don Juanico exclama: "No os enojéis, Preciosa, que a lo menos de vos imagino que no se puede presumir cosa mala, que vuestro buen rostro os acredita y sale fiador de vuestras buenas obras".

Cervantes percibió por otra parte la influencia del medio social sobre los infractores, y así, al discurrir sobre su época tan poco propicia al trabajo productivo por considerarlo indigno de la nobleza heredada, señala dicho factor como causa del aumento de vagabundos y ladrones. "Esto de ganar de comer holgando —decía en *El casamiento engañoso*— tiene muchos aficionados y golosos; por eso hay tantos titiriteros en España, tantos que muestran retablos, tantos que venden alfileres y coplas, que todo su caudal, aunque lo vendiesen todo, no llega a poder sustentar un día".

Su pluma también nos describe a los delincuentes por antonomasia. En

aquella página del *Coloquio de los perros* donde habla del matadero de Sevilla, nos ofrece esta magnífica estampa de ambiente malvado: "Primera has de presuponer que todos cuantos en él trabajan, desde el menor hasta el mayor es gente ancha de conciencia, desalmada, sin temor al Rey ni a su justicia, los más amancebados; son aves de rapiña carniceras, mantiénense ellos y sus amigas de lo que hurtan... Pero ninguna cosa me admiraba más ni me parecía peor, que el ver que estos jiferos con la misma facilidad matan a un hombre que a una vaca".

Las preocupaciones criminológicas de Cervantes, se jaspean con el problema de la herencia. En *La gitanilla* nos asegura que la protagonista, hija de padres nobles y robada cuando era niña por una gitana vieja, no conoció más que esa gente nacida sólo para hurtar, y sin embargo se sobrepuso en ella el buen linaje, por lo que afirma de la heroína: "Siempre se había estimado en mucho más de lo que de ser gitana se esperaba".

En la obra de Cervantes se confirma, otra vez, que el delito ha sido fuente de inspiración literaria. Tuvo anticipos geniales, que ratificarían al correr de los años los especialistas, sobre el hombre delincuente y su medio, y acerca del delito y de su prevención y represión. En sus novelas se muestra constantemente como un pintor de la dura realidad penal de su tiempo, mas para brindarnos el consejo de cultivar el ideal, a fin de lograr en los tiempos venideros mejores cosas e instituciones. Nos enseña a vencer las dificultades, y a no desmayar en la empresa de obtener la victoria que aniquile las fuerzas ocultas que perjudican al hombre.

Respetuoso de los bienes de la Iglesia, del Rey y de la sociedad en que vive, defiende siempre estos valores. Busca la solución educativa para resolver las cuestiones más difíciles. Su concepto de la infracción criminal y de los malhechores se basa en la realidad. En consecuencia aprecia el hecho y a su autor desde un punto de vista humano, y su reacción frente al delito no es de odio ni de venganza, porque como dice Don Quijote: "Mis intenciones siempre las enderezo a buenos fines, que son de hacer bien a todos y mal a ninguno".

Ve el acto delictuoso como una de tantas adversidades de la vida, como un fenómeno natural, pero no lo estudia con la mirada fría y escrutadora del investigador. Tampoco lo desdeña como algo innoble que debe ocultarse. Cervantes lo considera, preferentemente, desde el ángulo estético. Américo Castro ha dicho con exactitud, que toda su visión de la realidad y de la idealidad responde a una sola fórmula, a una fórmula de artista.

Mas la exigencia del autor del *Quijote,* tiene a veces mayor alcance que honrar sólo las bellas letras, o, como creyeron la mayoría de sus contemporáneos, el haber trazado historias graciosas, ya que persigue introducir a través de sus narraciones algunas enseñanzas de gran provecho, fruto de su trato con soldados, rábulas, labradores, mesoneros, curas, bachilleres y desocu-

pados. Por ello hay que buscar el nexo vital entre lo que escribe y lo que espera fructifique después. En tratándose de hechos delictuosos, postuló, como lo hacen las modernas escuelas, que es mejor prevenir el delito que aguardar la manifestación de sus dañosos resultados. Sintió honda y permanentemente la convivencia de combatir los cantares lascivos y los juegos de azar para evitar males de gran entidad, por lo que Sancho hubo de señalar la cuestión, prohibiendo los dichos juegos durante el gobierno de su ínsula: "Ahora yo podré poco —afirmaba— o quitaré estas casas de juego que a mí se me trasluce que son muy perjudiciales".

Pero quien tan varia comprensión tenía sobre todas las cosas importantes de la vida, no pudo menos que reflexionar sobre el problema de la moral que guarda relaciones con el derecho punitivo, y al efecto creó en el *Quijote* el personaje del Caballero del Verde Gabán, don Diego Miranda, que encarna la moral de discreción, diseñada en aquella sentida viñeta de Azorín: "Hombre sencillo, honesto, discreto. Simboliza la tranquilidad del alma en armonía con el mundo externo, y a él se dirige el Caballero de la Triste Figura para condenar los vicios y exaltar la virtud". Cervantes vio la esencia de las relaciones sociales, en que cada uno se abstuviera de vulnerar los valores de otros miembros de la comunidad, porque como le dijo a Sancho para tranquilizarlo por haber dejado el gobierno, "sólo importa la paz de conciencia", la cual se pierde cuando se ataca injustamente a los demás.

Esta moral sencilla, que se traducía para don Diego en leer buenos libros profanos, sin perjuicio de oír misa a diario; en mantener todas las cosas arregladas en el mismo lugar, viviendo apegado al orden social, cumpliendo como ciudadano afable y sensato, es la ética que años más tarde inspiraría a Garófalo para explicar su desahuciada doctrina del delito natural. Se advierte pues con explicitud que Cervantes plantea el tema, que al correr del tiempo sería materia de múltiples estudios, de las relaciones entre la moral y el derecho punitivo.

Claro que el pensar cervantino acerca de temas criminológicos no discurre en un plan técnico o metódico, o estando a la mira de una disección científica. En sus libros se hallan muchas ideas que glosan la actividad criminal, pero que brotan a veces en una atmósfera humorística que provoca un esguince de burla, y no siempre un sentimiento de cordial simpatía por la víctima del delito. La ironía del hombre de letras se afirma de esta manera, desvaneciendo los efectos serios de una situación, para producir alegres sonrisas o ruidosas carcajadas en sus lectores.

El pensamiento criminológico de Cervantes no lo encontramos en máximas o discursos. Está en sus novelas y comedias, en los actos de sus personajes construídos merced a sus observaciones de la vida real. Ya lo dijo en el *Viaje del Parnaso:*

Que a las cosas que tienen de imposible,
siempre mi pluma se ha mostrado esquiva;
las que tienen vislumbre de posibles,
de dulces, de suaves y de ciertas,
explican mis borrones apacibles.

De aquí que su percepción del criminal sea humana. El no tiene aprietos para concebirlo. El delincuente es un hombre dotado de pasiones y deseos como cualquiera de nosotros. No se trata de un sujeto esotérico. Por lo mismo hay que estimarlo sólo como un ser que ha perturbado la tranquilidad colectiva, lo que obliga al Estado a restablecer por medio de la pena la paz violada: "Porque cuanto se obra en esta vida —dice Cervantes— por los que vivimos en ella, y cuanto se desea y afana, es por conseguir este bien de la paz, y este es el blanco adonde enderezan su intento y el bien a que aspiran todas las cosas".

Sobre la filosofía del genial escritor se han escrito páginas magníficas. En este trabajo sólo he aspirado a formular modestas reflexiones, que glosan uno de los aspectos de su obra menos concurridos por la crítica y los eruditos.

Contemplando sintéticamente la enseñanza que nos brinda esta pequena exploración, podemos afirmar que la doctrina cervantina está transida de humanidad porque se engendró en el dolor. De aquí que se adelantara a cuanto luego traería el progreso penal. La generosidad de sus ideales para forjar el destino de los hombres, alcanza con el pasar del tiempo su más alto valor, debido a que si veía la realidad con su cortejo de sufrimientos y miserias, era para fijar la vista en una maravillosa lejanía, ambición de tranquilidad y de amor como venero de esperanza.

La mente de Cervantes abarcó las situaciones extremas de la vida humana. Su fuerte sensibilidad lo llevó a expresar como viejo soldado, en aguzado y vivo razonamiento, su doctrina sobre la guerra en casos de excepción justificada, proclamando la preferencia por la paz, y adelantándose a los que hoy piden la creación de normas punitivas de carácter internacional para castigar al agresor y al que usa armas prohibidas. El extinto jurista e ilustre escritor don Niceto Alcalá-Zamora, decía a este respecto que "Cervantes se expresa con grandeza de idea y sentimiento contra las armas de fuego y los medios de combate a distancia, por destructores y por alevosos, llegando en su indignación a suponer que en el infierno estarán los inventores de la artillería". Han sufrido sin duda los ejércitos, y aun los no combatientes, los daños terribles de cañones y fusiles, pero esas crueldades resultan inferiores a las que los instrumentos atómicos deparan a la humanidad.

Debe cobrar vigencia el espíritu de Don Quijote, si el mundo quiere salvarse de la catástrofe que lo amenaza con las nuevas armas nucleares. La dé-

bil lanza del Caballero de la Triste Figura puede amparar al mundo por el vigoroso empeño que inspiran las grandes causas, y porque, esgrimida para proteger los bienes más caros del hombre, lleva la fuerza del ideal y la de las mejores energías humanas, para salir victoriosa de las pruebas más adversas.

En las páginas que anteceden y que habéis escuchado con benevolencia cortés —que mucho os agradezco—, he tratado de explayarme sobre los comentarios de valor criminológico que encontramos en la obra cervantina. En estas breves apostillas, más que erudición, he querido mostraros cómo la experiencia del mundo sentida y andariega, dio al glorioso novelista una dirección psicológica para comprender el delito, y cómo se anticipó a muchas observaciones de alcance universal que cimentarían las modernas ciencias penales.

Sólo un genio pudo haber escrito una obra que es fuente inagotable de lecciones para la posteridad, más que lo fuera para sus coetáneos. Pero la vida maravillosa de esa tierra española, el uso de la lengua castellana tan rica en matices de espontaneidad, tan inefable y sonora, pusieron en el espíritu de Cervantes esa ligereza y sutilidad que han dado a sus páginas un valor perdurable, expresión literaria inconfundible y gallarda, llamarada gloriosa de la grandeza de una raza.

Me he acercado a esta estupenda realización del poder creador del hombre, una de las más incomparables y bellas, animado por un propósito de penalistas y he podido comprobar, temblando de ansiedad, su mensaje pleno de lucidez acerca de que aun en el corazón más empedernido hay lugar para la azucena de la esperanza, porque, como dijo sabiamente Cervantes: "Siempre deja la ventura una puerta abierta en las desdichas, para dar remedio a ellas".

Y nada más.

CONTESTACION AL ANTERIOR DISCURSO

Por don ISIDRO FABELA.

POR de fuera el doctor don Luis Garrido es un recio varón, de estatura prócer, alba testa, faz serena, parco el gesto, movimientos pausados y habla concisa. La cual no traspasa las lindes de la parsimonia ni en los tonos menores de su voz clara y mate, ni cuando el fuego interno calienta sus palabras que siempre surgen medidas y adecuadas. Su dicción es lenta y su conversación fácil, natural e incisiva, manteniéndola siempre en los planos de la pulcritud formal y del interés ideológico. A las veces maneja la ironía más bien para sonreír que para lastimar, porque su fino espíritu no está forjado para la diatriba y el encono sino para la justicia y el bien.

La personalidad del doctor Garrido difunde una luz suave que pareciera surgir de un discreto transparente. Ese transparente es su modestia, que en él es característica fundamental.

El hombre mediocre que es modesto, aconsonanta su poquedad con su insignificancia y pasa inadvertido. Pero el hombre de valía que contiene sus virtudes en los discretos límites del recato, ése, se hace ver, porque utiliza el relieve de su persona agregándole la grata cualidad que consiste, no en ostentar los propios méritos, sino en dejarlos ver al trasluz de la modestia. Como es el caso de don Luis Garrido.

Por de dentro nuestro flamante académico es un hombre bueno, de íntegra bondad; un justo militante; un probo integérrimo, un hidalgo en su caballerosidad. En mis figuraciones sobre su persona, ahora que lo he estudiado en sus libros —que es como hay que estudiar a los escritores—, pienso que mi dilecto amigo va repitiendo cotidianamente para sí la frase de Azorín:

"Sólo la bondad, la bondad para todos, la bondad en todas ocasiones puede salvarnos... Antes que llegue el naufragio ineluctable, abramos nuestro pecho a la bondad".

Pero aclaremos bien las cosas atañederas a su bondad. Cuando oímos decir que un hombre es bondadoso y todos están conformes en que lo es, y el cali-

ficativo se repite con sinceridad y encomio, debemos suponer, no que se trata de un bueno como hay muchos, sino del que es poseedor de una bondad selecta, que abarca otras virtudes humanas sin las cuales aquélla sería estéril e inoperante.

La bondad que sólo consiste "en no hacer mal a nadie", máxima de Don Quijote, debe completarse con la otra mitad del apotegma cervantino: "hacer bien a todos".

La mansa bondad de muchas almas de Dios que van por este mundo pecador, sumisamente, cumpliendo sus deberes cristianos sin rellenar sus actos de talento, no es la de aquellos que puedan considerarse como buenos y útiles; la bondad para ser edificante debe tener eje de otros méritos. Como en el doctor Garrido, que es al par justo y activo, afable y moderado en su energía, alerta y sagaz como jefe, inmejorable como amigo, de voluntad escondida pero acerada, y de mente diáfana para el Derecho, el arte y la cultura.

Además, nuestro ilustre compañero en la Academia se me figura un hombre de recogimiento y estudio más que de parladurías; sosegado y contemplativo, no amante de la exibición sino viviendo consigo mismo su vida, atento a sus emociones e ideas.

Lleva en su corazón levadura de muchos quereres que lo guían por los caminos apacibles del amor al pobre, de la amistad y de la incomparable dicha hogareña. De aquéllos dice: "Celebro que la vida me haya permitido el trato de los humildes. Sólo confundiéndose con ellos se aprende a ser un hombre entero". Y acerca de la amistad dejó sembrada esta semilla: "Más que el poder y la riqueza, lo que vale es el don de tener amigos".

Por último, Garrido es un esclavo de la cultura a la que se entrega apasionadamente; respetando la justicia y predicándola; estudiando su ciencia y enseñándola; amando el arte y haciéndolo con su fina pluma de artista siempre laborante.

El penalista.

El mal de las repúblicas, decía Platón, viene de que no hace cada cual lo suyo. El jurisconsulto que hoy tenemos el grato honor de recibir en el seno de nuestra Academia, siguiendo el consejo platónico, se dedicó a lo suyo: las ciencias penales, en las que es un maestro no sólo por sabihondo en su materia, sino porque la enseña con eminente amor y paciencia magistral. Por eso afirma con franqueza conmovedora: "He tenido una inclinación perdurable: la de enseñar. Desde mis años mozos serví en escuelas humildes", hasta ascender a nuestra Universidad y dictar en ella las cátedras de Derecho Penal, durante

treinta años, y además las de Práctica Forense, Historia de las Doctrinas Económicas y Economía Industrial.

"Su vocación de maestro —dice su concienzudo y certero biógrafo González Alpuche— lo ha llevado a explorar el Derecho... El Derecho Penal es la disciplina jurídica en la que la vida humana desempeña un papel fundamental, pues es ella la que protege los valores esenciales para el individuo y la sociedad. Esta rama la ha cultivado... habiendo nacido de su pluma las siguientes obras: *La Ley Penal mexicana, La delincuencia infantil en México, La doctrina mexicana de nuestro Derecho Penal, Notas de un penalista, La reforma penal mexicana* y *Ensayos penales*".

El mismo doctor Garrido dice: "Si alguna enseñanza pude haber dejado en el camino de mi vida, es la de haber defendido la ciencia penal y la ciencia económica conforme a mis escasas fuerzas, de acuerdo con mi criterio severo e imparcial, lejos de cualquier apasionamiento filosófico o de dependencia política, pues siempre he creído que las luchas por el poder público entre nosotros prostituyen frecuentemente a los hombres".

El doctor Garrido, con su perseverancia, celo y respeto, dio amorosamente sus dilectas horas al estudio y aplicación del Derecho Penal, entregándose a esa ciencia con enfervorecida vocación, leal apasionamiento y entera fe. Por eso triunfó en ella ante sí mismo y ante los intelectuales que han seguido sus pasos.

Su carrera es digna de la más alta consideración. Ha sido delegado de México a la Conferencia de la Paz de Buenos Aires (1935), jefe del Departamento Diplomático de la Secretaría de Relaciones Exteriores, y embajador extraordinario en Chile con motivo del Centenario de don José Toribio Medina. En la judicatura ha ocupado altos puestos de responsabilidad, como magistrado y procurador de justicia del Estado de Michoacán, agente del Ministerio Público, auxiliar de la Procuraduría de Justicia, y juez penal durante diez años en esta ciudad.

Con tan larga experiencia y sus profundos conocimientos en la técnica y práctica jurídica, era lógico que fuera solicitado para la formación de nuestra legislación punitiva. Fue así como intervino en la redacción del Código Penal que nos rige y en el anteproyecto del nuevo ordenamiento que, eventualmente, sustituirá al actual; debiendo decir que tal estudio, según el criterio de su inteligente biógrafo don Juan González Alpuche, "ha sido calificado por la crítica universal como uno de los proyectos de Código Penal que están más de acuerdo con los adelantos del Derecho".

Por otra parte el doctor Garrido fue autor del anteproyecto de la Ley técnica del Ministerio Público del fuero común, que estuvo vigente más de vein-

te años, siendo de remarcar que "la estructura que las agencias del Ministerio Público tienen hoy día, es obra de esta ley", o dicho sea sin eufemismos, es obra de Luis Garrido.

Los largos lustros que el distinguido jurista dedicara al estudio del Derecho Penal lo llevaron a la convicción de que "hay un abismo entre la Ley y la práctica". La Comisión redactora de las leyes penales —de la cual él formaba parte—, al entregar al Ejecutivo los trabajos que había elaborado, claramente le manifestó —estas son sus palabras—: "que era más importante la realidad penal que las teorías. Que se podía contar con excelentes leyes, pero que si las cárceles eran malas en nada se remediaría la situación; que lo importante son las instituciones penales; tener bien integrada la judicatura; contar con buena policía y expertos en los laboratorios de biología criminal y en las cárceles; que era preferible tener una ley penal mala pero buenas penitenciarías".

Lacerante verdad que yo sentí en carne viva hace 45 años, cuando, siendo jefe de Defensores de Oficio del Distrito Federal, llamé al corazón magnánimo del presidente Madero para decirle que mi primer deber en el cargo que me había descernido, era el de suplicarle que visitara lo antes posible la cárcel de Belén, pues se encontraba en condiciones imperdonables de incuria verdaderamente criminal; que la intervención del Ejecutivo se imponía con urgencia, no para reformar la prisión sino para derrumbarla no dejando ni rastro de ella. El presidente Madero me ofreció en su respuesta que acudiría a mi llamado, pero no tuvo tiempo. La traición y el crimen lo transformaron en el santo laico de la Revolución.

Pero si la realidad de nuestro sistema carcelario es deplorable, la de nuestra administración de justicia es denigrante, porque, salvo excepciones, la honestidad no es planta que florezca en la magistratura capitalina; de tal suerte que la justicia, entre nosotros, en muchas ocasiones resulta negativa. Y en un país donde la justicia no existe o se retarda, la paz se aleja de las conciencias; la propiedad pierde sus garantías y de consiguiente la economía sufre menoscabos enormes, porque la capital se restringe a sus escondites antieconómicos pero más seguros que el tenerlo a la disposición de la delincuencia de las autoridades, que es la peor de las delincuencias.

Por tal causa en sus *Ensayos penales* el doctor Garrido se refiere a "La crisis de la probidad", diciendo: "Uno de nuestros universitarios más limpios, el licenciado Salvador Azuela, expresa sin ambages que la existencia de México necesita más fuertes reactivos de moralidad, y que, en consecuencia, la Universidad tiene el deber de formar las nuevas generaciones en el crisol de

la probidad". Y comentando esta certera sentencia del licenciado Azuela, escribe nuestro recipiendario: "México ha sido el país de las crisis. Las hemos padecido de distinta índole... pero la crisis más importante porque afecta la entraña misma de la nacionalidad y nos impide formar una nación sana y poderosa, es la crisis de la probidad. Sin tal virtud la sociedad pierde uno de sus valores fundamentales".

"La historia de México enseña que hemos tenido muy pocos gobernantes para hacer el bien —sigue diciendo—, y que gran parte de ellos han usado de su potestad para el logro de sus ambiciones y de sus egoísmos... Los actos de violencia y de pillaje propios de todo movimiento armado, de cuyas filas salieron varios de nuestros hombres públicos, trajeron un criterio realista para el rápido enriquecimiento individual con desdén para la moral y el derecho..." "Empezaron a multiplicarse los hombres que al amparo de los negocios públicos amasaron fortunas considerables, y a pesar de que el sentimiento moral del pueblo languidecía, no dejaron de oírse voces de protesta que formaron una corriente de opiniones para la purificación del Estado y de la sociedad".

Voces de protesta de las que todavía se escuchan los airados ecos, porque clamaron contra un delito de lesa patria que no tuvo más sanción que esos ecos y los de la historia.

Por eso afirma con sereno apremio: "Debemos volver los ojos al Derecho, pues sólo en una comunidad internacional en que la ley sea universalmente observada podrá el hombre cumplir su libre destino". ¡Y salvarse!, agregamos nosotros, porque la humanidad está al borde de un cataclismo apocalíptico del que sólo puede librarla un régimen de justicia y honestidad.

Para contribuir a esa liberación universal comencemos nosotros mismos por adecentar nuestra vida. Vivimos al margen del Derecho. Salvo excepciones, no tenemos justicia si no es comprada. La administración pública, ¡hasta ahora!, después de luengos años, está tomando, dentro del actual régimen, los carriles de la rectitud.

"Esa falta de probidad —exclama el doctor Garrido— nos impide formar una nación sana y poderosa". Lo cual es cierto, porque donde la administración pública y la justicia caen del lado del deshonor, todo al cabo se traduce en detrimento de nuestra dignidad y de nuestra economía. "Sin valores morales —agrega— un pueblo no puede progresar. La moral es la dinámica de toda cultura".

Por tales causas, sentencia Garrido, "debe cobrar vigencia el espíritu de Don Quijote si el mundo quiere salvarse de la catástrofe que lo amenaza con las nuevas armas nucleares. La débil lanza del Caballero de la Triste Figura puede amparar al mundo por el vigoroso empeño que inspiran las

grandes causas, y porque esgrimida para proteger los bienes más caros del hombre, lleva la fuerza del ideal y de las mejores energías humanas, para salir victoriosa de las pruebas más adversas".

Sí, necesitamos volver los ojos a Don Quijote y ser nosotros mismos quijotes de nuestro propio ser y de nuestra propia patria.

Defendamos nuestra nacionalidad amándola con pureza, sin olvidar que la óptima manera de quererla es levantar nuestra conducta de los bajos fondos en que ha caído y en donde puede sucumbir. ¿Cómo? Con la lanza en ristre de nuestro mexicanismo. Para tal fin luchemos contra los políticos "realistas", que consideran que es fatal que tengamos que caer en las manos extranjeras que codician nuestras riquezas, nada más porque no tienen el valor de defendernos con ánimo de vencer a los que quisieran herir nuestra libertad a cambio de pingües riquezas eventuales. ¿Y de qué nos servirían riquezas humillantes que quemarían nuestras conciencias, si con ellas enajenamos la independencia económica y la soberanía interior e internacional de México?

No; los veteranos que fuimos a la Revolución en 1910 y 1913 con el más pulcro amor a la libertad martirizada por la traición y el crimen, no podemos transigir con los políticos de componendas que dan por perdido lo que no está perdido; que se consideran vencidos sin combatir; que olvidan que el pueblo mexicano no tiene más tesoro que su independencia de todo poder extraño, y que ese tesoro lo debemos defender con el quijotismo que heredamos de nuestros mayores de allende el mar y el valor inconmovible de nuestro heroico abuelo indio, Cuauhtémoc.

Recordemos al inmortal castellano de la Triste Figura, y defendamos nuestra libertad enfrentándonos a todos los mercaderes que quieren menoscabarla o venderla.

"La libertad, decía el caballero andante a su escudero, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida..."

Que la lanza de Don Quijote nos sirva de palanca para que nuestra ética individual y la colectiva sean nuestra profesión de fe.

El Caballero de los Leones se imponía no por sus armas misérrimas ni por su fuerza física, que era menos que precaria, sino por "su valor de orden moral", por su nobleza, por su conducta irreprochable hacia sí mismo y hacia los demás; por su hidalga condición de respetuoso de sí mismo como de los derechos ajenos. Así nosotros, que somos débiles, que casi no tenemos más armas que nos valgan contra cualquier atentado exterior que nuestro

derecho, démosle vigencia y enjundia en todo momento a ese derecho que contiene en sí mismo una fuerza que, por sí sola, infunde respeto.

Don Quijote lucha por su ideal, más que con otra cosa, con su corazón que inyecta a sus actos una confianza inmarcesible y una fe propulsora que lo hace admirable.

Así también nosotros, luchemos con nuestro corazón. En nuestra campaña, que nos anime el espíritu, como al ilustre manchego, pero no un espíritu derrotista sino optimista, que ponga a su espada de combate empuñadura de heroísmo civil y acero espiritual que jamás se quiebre.

Levantemos nuestras almas a la altura que las circunstancias exijan para darle jerarquía y estilo señorial a nuestra personalidad como Estado. Para lo cual, cada hombre y cada mujer del solar mexicano deben pensar todos los días que la patria reclama de ellos su atención y su empeño de contribuir al resurgimiento de un México diferente, que pida justicia pero que también la aplique; que exija el establecimiento de un régimen de derecho, pero comenzando cada quien por no transgredir ningún derecho ajeno.

Y que sea Don Quijote "quien dirija nuestra batalla"; él, que ama la justicia, que nos enseña a predicarla y a ejecutarla, de tal manera que cada compatriota se sienta caballero andante de la santa justicia y de la santa equidad.

El doctor Garrido, atento al progreso constante del Derecho Penal, y a su deseo patriótico de que la juventud mexicana dedicada al estudio de esta disciplina ponga al servicio de ella su espíritu siempre alerta, ha hecho resaltar en artículos y menciones críticas a los más destacados técnicos en la materia, glosando y recomendando sus obras. Así ha procedido con los ilustres maestros españoles don Luis Jiménez de Asúa —quien dice de él en su *Tratado de Derecho Penal*: "Luis Garrido, profesor de Derecho Penal en la Universidad Nacional de México, es uno de los que mejor escriben y cuyo espíritu es sobremanera generoso..."—, don Bernaldo de Quirós, Medina Echeverría, Cuello Calón; el sentidísimo Ruiz Funes; y luego Von Liszt, Pessina, Garçon, Donnedieu de Vabres, sin contar a los maestros de doctos, Beccaria, Lombroso, Ferri y Garófalo. Y tal hace también mencionando con encomios pertinentes y justicieros a la brillante falange de penalistas nacionales que para honra de México contamos, como los ministros de la Corte Luis Chico Goerne, Franco Carreño, José Ortiz Tirado y Juan José González Bustamante; así como a los eminentes especialistas Raúl Carrancá y Trujillo, José Angel Ceniceros, Carlos Franco Sodi, Francisco González de la

Vega, Celestino Porte Petit, Alfonso Teja Zabre, Rafael Matos Escobedo, Javier Piña y Palacios, Francisco Argüelles, y el prematuramente fallecido licenciado don José Almaraz.

El rector.

Don Luis Garrido conquistó el más alto honor que un maestro puede tener en la vida: el de dirigir la educación superior en su patria, porque el Consejo, la Junta de Gobierno y los estudiantes universitarios le reconocieron la autoridad necesaria para llegar a la Rectoría. Y esa autoridad la alcanzó el maestro Garrido no sólo por reunir en su persona las cualidades intrínsecas de prestigio intelectual, tacto, cultura, personería moral, inteligencia y carácter, sino porque fue subiendo peldaño a peldaño la escala del magisterio, desde profesor de una humilde escuela de Xochimilco, hasta catedrático de Derecho Penal y otras disciplinas en la propia Universidad durante los treinta años mejores de su existencia. Por eso logró atraerse no sólo la estimación de la juventud estudiosa y del magisterio, sino también su corazón, pues es bien sabido que al dejar el rector Garrido su amada Universidad, salió de ella como Jesucristo entró a Jerusalén, entre palmas.

¿Por qué? Porque como dijera de él el sabio doctor Castro Villagrana, Garrido fue en la Universidad "estudioso, perseverante, convencido, tenaz y realizador", y porque fue ambicioso "en el sentir y pensar humano", pues llevó a cabo "la función del hombre útil capaz de gobernar, de dirigir y de orientar".

En sus funciones rectorales dejó un ideario que no debe olvidarse:

"La Universidad no es ni debe ser un órgano de lucha política. La Universidad es el más alto centro de investigación y enseñanza presidida por el principio de la libertad espiritual. Este principio implica ante todo que cada uno de los universitarios tiene derecho a profesar, expresar y mantener sus ideas..."

"La Universidad puede estudiar todos los credos políticos desde el punto de vista filosófico y científico, pero nunca le estará permitido actuar en defensa de ninguno. Sencillamente porque la Universidad no es una institución política".

Enemigo de la demagogia, declaró: "No deseo gobernar a nuestra Casa de Estudios sin la fuerza moral que deriva del consentimiento de quienes la constituyen, pero nunca usaré procedimientos de carácter demagógico"... "desprecio a los partidarios que quieren hacer imposible la vida de la Universidad, y destruirla".

Como legalista decía: "Permanezco dentro de la legalidad; nada ni nadie me alejará de ella".

Como defensor de la libertad de cátedra, proclamó un día: "La libertad de cátedra es valor inalienable de nuestra Universidad. La libertad es el fundamento de la investigación científica; no puede invocarse la libertad cuando se quiere atacar a la libertad".

"Las instituciones particulares —declaró— son libres para organizar sus enseñanzas de acuerdo con los idearios que cada una de ellas profese. Pero la Universidad Nacional, precisamente por ser panorama universal de ideas, y precisamente por ser nacional, esto es, para toda la nación mexicana sin diferencias, no puede ni debe ejercer separaciones por causa de ideas políticas, que es una de las formas más odiosas de discriminación".

Todo esto lo aseveraba convencido de la alteza de sus procedimientos, fundados en este hermoso pensamiento suyo:

"He de continuar en esa línea de ideas que busca la educación como medio de lograr la libertad del hombre, pues el que ha obtenido su emancipación intelectual vigorizando su propio espíritu, es el que está en aptitud de contribuir eficazmente al bienestar humano".

La Criminología en la obra de Cervantes es su ensayo, en que el jurisconsulto y el artista se acoplan para presentar al ilustre alcalaíno como un criminólogo intuitivo que, no sabiendo nada de achaques curialescos ni de leyes, demuestra que es un justo y un magnánimo que aplica la justicia a la manera de lo que él es, un hijodalgo.

Todas las cosas son del color del cristal con que se miran. Garrido leyó y releyó el *Quijote* con lentes bifocales que le mostraron el gran libro en los dos aspectos en que quiso verlo: como penalista y como literato. Como maestro de Derecho Penal le cautivó el instintivo precursor de la Criminología moderna, que adelantándose varios siglos a la ciencia actual, piensa y procede en sus juicios y en su vida como lo hiciera un juez de ogaño. Y como artista que es también, se deleita con el divino loco que tenía, como Leonardo da Vinci tuviera —según Walter Pater—, un poder de encantamiento que traspasaría los siglos.

El juez penal que durante décadas estudió el ambiente de nuestros malhechores, auscultando sus almas turbias y sus hechos delictuosos, se engolfa y fascina ante el cuadro que envolvió a Cervantes, el pobre bueno que tuvo el pérfido destino de vivir y sufrir entre pícaros.

Porque así fue: Cervantes conoció como el que más la edad de oro de la picaresca; está saturado de ella, que se constituyó e impregnó de homicidas, fulleros, truhanes, perdonavidas; de miserables de cuerpo y de ánima;

de magistrados dignos del hampa que usan de sus malas artes para juzgar; de hurtadores de cosas y de honras; de bellacos cínicos, de empedernidos rijosos, de pordioseros fingidos y de lisiados falsos. Y viviendo en ese medio de inmoralidad andante, él tan bueno, él tan justo, él tan honesto, se encuentra atrapado en las redes irreductibles de la calumnia; y al contemplarse —siendo incapaz de todo mal— befado en la cárcel infamante, y al sentir en su noble espíritu el dardo emponzoñado de la injusticia que lo llama asesino, después de llamarlo estafador, no reacciona como un hombre, sino como un santo; no protesta enfurruñado, ni increpa con la cólera en los labios, sino calla y escribe, sufre y escribe, y en su creadora amargura empapa su péñola en mojado dolor, para describir lo que sus propios ojos vieron y escucharon sus oídos.

La realidad fue ésa: la mejor escuela de Cervantes; la que lo hizo sufrir despiadadamente inspirándole el libro que ha sido "el de un pueblo y de todos los pueblos"; la que conoció en las cárceles, las de Sevilla, Argel, Madrid y otras. Sus personajes secundarios, como Ginés de Pasamonte, la gitanilla, Guinart, los cuadrilleros, surgen pintiparados del núcleo maleante hacia el que un sino cruel empujara al manco de Lepanto. Y le interesa con atractivo irresistible ese medio de podredumbre moral, de incuria, de sangre y vicio, de impudicicia y dolo, porque en él observó y llegó a conocer hasta sus fondos lóbregos la psicología de los tipos de aguafuerte goyesca que lo harían inmortal y glorioso. Porque Cervantes se amaba hasta el grado de querer la gloria para su nombre. La gloria fue, dice Unamuno, el resorte de acción de Miguel de Cervantes.

Nadie con más derecho que él para auparse a esa nube divina de la gloria que es sólo de los elegidos, los muy pocos que tienen derecho a estar a la vera de Dios, para colaborar con El en la redención de la humanidad. Así lo creemos porque nos imaginamos a Don Quijote, es decir a Cervantes, como lo contemplara Paul de Saint Victor, como a Su Majestad "Don Alfonso el Sabio recorriendo Castilla —y ahora el cielo—, reformando las leyes y pronunciando sentencias".

Sorprende el doctor Garrido con su discurso académico al demostrarnos, en sus bellas páginas, su erudición y penetración espiritual que da puntualmente, en las obras de Cervantes, con aquellos pasajes que tienen relación con cuestiones criminológicas, analizándolas con certero juicio técnico.

Y así, yuxtapuestos el esteta y el maestro, gozan con sus hallazgos que nosotros encontramos dignos de la mayor consideración intelectiva y estética. Gozan, pues, como dijera de Garrido el doctor don Adrián Correa, "ha sabido encontrar la belleza que existe en la realización de la obra científica".

Yo comprendo la predilección de Garrido por el *Quijote,* explicándome perfectamente por qué escogió el tema que nos ha expuesto con fácil y sugestiva elegancia: porque antes que criminólogo es poeta, un poeta que no escribe versos, pero que los siente en la poesía de la vida y de las letras.

En su libro *Apólogos de mi breviario,* se revela su imaginación poética, creadora de irrealidades. Sus diálogos fantásticos entre el divino Jesús de Nazaret y un fiel de su culto; entre Mefisto y el Angel; entre *La Crónica del Rey Don Rodrigo* y los *Diálogos de Platón,* "cerrados con las elegantes líneas de un rojo colofón", son esencia poética que dio a su vida de escritor un sabor romántico al que se abandona con placentera fruición.

Leyendo su pequeño breviario *Meditaciones de un idealista,* paréceme verlo con sus manos tendidas al amor y diciendo lo que Michelet decía refiriéndose a compañeros suyos que, como él, habían amado mucho: "J'aime davantage".

Es poeta inconfesado que busca, no la emoción de los demás, sino la propia, al discurrir con el otro yo que todos llevamos dentro cuando nos ensimismamos, para alejarnos del mundo que nos rodea y remontarnos a ese reino del ensueño donde somos dueños de un imperio, el de nuestra fantasía y nuestro universo sentimental, en el que no hay más soberano que nuestro corazón.

Así me explico la actitud del juez escritor, porque el juez escritor es un amante de la justicia a la que se ha entregado con vocación irresistible y encendida; y porque Don Quijote es un poeta de la justicia que lo ha encantado con la magia de su justicia. He ahí el secreto.

Y es que, como dijera el exquisito artífice de la palabra escrita y hablada, Manuel Azaña, "el *Quijote* atesora el caudal de un torrente poético"... en cada una de sus páginas "se deja sentir el rumor de esa corriente profunda".

Sí, Don Quijote es un poeta de la justicia porque la ama y quisiera hacerla bella y respetable; bella por resplandeciente de equidad, prudencia y decoro; respetable por sí misma y por su aplicación, es decir, por llevar en sus entrañas la corrección más que el castigo; que no es ese el fin de toda pena, sino la enmienda del criminal en beneficio de él mismo y de la sociedad que lo circunda. Poeta de la justicia, porque quiere con todas las excelencias de su alma que "todos los males que llaman de daño" y "que vienen de la mano del Altísimo y de su voluntad permitente —y que por eso no tienen remedio— se soporten con paciencia". Poeta de la justicia; por eso deja a la posteridad estas sentencias de imponderable nobleza:

"Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea por el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia".

"No es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo".

"No es bueno que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello".

Y por eso cuando acude a libertar a los galeotes, lo hace por advertir la angustia que sufren, pues "a los caballeros andantes, sólo les toca ayudarlos como a menesterosos poniendo los ojos en sus penas y no en sus bellaquerías".

Otro rasgo de Cervantes que obsede a nuestro grande y buen amigo, el nuevo académico, es su dolor. El dolor de su pobreza pertinaz, de su cautiverio en mazmorras que no son para "describillas"; el dolor de la impotencia para defenderse de la calumnia que lo tilda de ladrón y asesino; el dolor de su distanciamiento hogareño que no le da ni la paz que tanto anhela ni el amor que tanto ansía; ese dolor que sólo puede compararse al de su hijo espiritual que también sufre por otros motivos.

"Hay dolencias habituales en mi profesión caballeresca —dice Don Quijote—, y de ellas una es la que me domina, la más bella, la más forzosa: la romántica de ir por el mundo ansiando ilimitadas y fuertes aventuras que alimenten el corazón, presintiendo todos los otros grandes menesteres y colosales sucesos efecto de la maldad y el bien, luchando siempre, y que hanse fomentado por la Providencia para quicios de hombres bien nacidos y hartos de valor".

Pero yo no encuentro una tristeza más punzante en la vida dolorida del caballero andante que cuando deja de serlo, cuando despejada su mente enferma de la obsesión que le aquejaba volvió a la realidad para morir de pena. Esta desventura la pintaba bellamente el "vate" García Naranjo, allá en nuestros años mozos, en esta estrofa que nos recitaba con su énfasis peculiar, y que me aprendí de memoria:

Nada he visto jamás tan doloroso,
cual Quijote volviendo a ser Quijano;
después de ser divino, ser humano.
Ser celaje que se alza de asqueroso pantano,
y tras cruzar el cielo hermoso,
volver otra vez hacia el pantano...

Señor doctor don Luis Garrido, ex presidente de la Unión Latinoamericana de Universidades, consejero honorario de la Asociación Internacional de Universidades; ex rector de la Universidad Nacional Autónoma de México; profesor universitario; ex procurador de Justicia; ex juez, autor

de los libros siguientes: *Los apólogos de mi breviario, El amor inglosable, Meditaciones de un idealista, La Reforma de nuestra Constitución Política, El Plan Sexenal ante la doctrina administrativa, Asexualización de enfermos mentales y delincuentes, La Ley Penal mexicana, La delincuencia infantil en México, En torno a la paradoja, Itinerario de amor, La doctrina mexicana de nuestro Derecho Penal, El valor doctrinario de la Revolución Mexicana, Notas de un penalista, Trasuntos de Egipto, Palabras universitarias, Discursos y mensajes,* a los que hay que agregar *El espíritu de Francia,* un canto de atildadas prosas a la adorada madre espiritual del mundo latino, un entusiasta breviario sobre Alfonso Reyes, nuestro magnífico sabio de la belleza escrita, y, entre otros prólogos, uno compacto de ideas y justo, dedicado al abuelo del hispanoamericanismo, el polígrafo doctor don Rafael Altamira, muerto en México e inmortal en nuestro recuerdo:

Por todo eso que habéis sido y escrito; por vuestra vida callada y limpia, de meditación y estudio, que ha sido útil a la patria, llegasteis a esta docta corporación por derecho propio.

La Academia Mexicana de la Lengua os recibe en su seno, honrada y complacida, con sus brazos simbólicos bien abiertos y cordiales. ¡Que vuestra estancia entre nosotros sea por muchos años!

EL BARROCO, ESPIRITU Y FORMA DEL ARTE DE MEXICO *

Por don Octaviano Valdés.

Es fortuna, de las más codiciables, la cosecha de luz y calor humano que se puede obtener al contacto de algunos varones elegidos, quienes con el refinamiento de su espíritu contribuyen a desbastarnos el alma y a templarnos el corazón. Yo no tuve la suerte de usufructuar la convivencia del maestro don Manuel Toussaint; pero sé, por el testimonio de sus amigos, que perteneció a la estirpe de esos pocos cuyo paso por la tierra basta para justificar la existencia de nuestra pobre humanidad.

Se cuenta que en alguna vieja catedral había una lápida, sin huesos ningunos que guardar, con la siguiente inscripción: *Aspice monumentum, hic iacet architectus: Contempla el monumento, en él yace el arquitecto.* Así don Manuel Toussaint: basta mirar sus obras para admirar su estatura. Fue un sabio; pero antes que sabio, supo ser varón cabal, que amó y cultivó el decoro de su propia vida, fundándola en los altos valores del espíritu y en la honradez de las convicciones, que extendieron su lógica solidez a todas las circunstancias.

Sería un desacato a su memoria el pretender exhibir su obra, vasta y maciza, en un espacio que no nos permite siquiera enumerarlas. Rápidos atisbos nos darán mejor una idea de su significación.

Entendimiento curioso y versátil, sabemos que no se contentó con ver el mundo por una sola rendija. Amó al mismo tiempo —y es hecho no frecuente— la severidad metódica del buen investigador y el *otium* fecundo del artista creador. Su dedicación a la literatura en su primera época le ganó renombre como crítico, y estilo de buen escritor; de modo que sus libros, si temibles por su erudición, son amables por su sensibilidad. Más aún: sus capacidades estéticas se desahogaron brillantemente en sus relaciones de viajes y, sobre todo, olvidando su erudición, en su bella obra *Las Aventuras de Pipiolo en Chapul-*

---

* Discurso de recepción en la Academia Mexicana Correspondiente de la Española, el 22 de agosto de 1956.

tepec. Pero investigador nato, desde esa época agregó a la obra de Sor Juana varios poemas por él descubiertos.

Mas don Manuel Toussaint tiene especialmente derecho a nuestra admiración y gratitud como investigador de nuestras artes plásticas, de la Colonia principalmente. Aunque por tiempo no fue el primero en este campo —Couto, Baxter, Revilla, Díez Barroso, Romero de Terreros y otros le habían precedido—, él vino a rectificar inexactitudes, a precisar datos, devolviendo títulos y méritos a sus legítimos dueños, y desvaneciendo leyendas que sin reparo habían pasado de mano en mano en nuestro débil medio intelectual. Pero además, por considerable aportación personal, ensanchó a nuestro conocimiento el patrimonio artístico de la Colonia, como lo atestiguan —para citar algo— sus monografías de *Pátzcuaro, La Catedral de Puebla, El Grabado en México del siglo XVI, La Litografía durante el Siglo XIX,* etcétera. Y sus *Paseos Coloniales,* en donde se exhiben por primera vez ejemplares arquitectónicos interesantísimos, perdidos en rincones de difícil acceso, hasta hace poco; su monumental monografía de la Catedral de México, lo mejor que de ella se ha escrito; *El Arte de la Colonia,* conspicuo volumen en que reduce a sistema el trabajo de toda su vida...

Si quisiéramos resumir los títulos que don Manuel Toussaint tiene a nuestro agradecimiento, señalaríamos primeramente la saludable lección de honradez científica que nos legó como auténtico sabio, fatigándose espiritual y corporalmente para corroborar y descubrir nuevos datos, hurgando archivos y viejas páginas y sometiéndose a fatigosas peregrinaciones, para rescatar del olvido jirones de nuestro patrimonio artístico.

No perteneció al número de los fáciles prestigios que edifican su fama de una hora, saqueando al disimulo el campo ajeno y aceptando, por incapacidad o por pereza intelectual, las falsificaciones junto al oro de ley.

Si como erudito merece nuestra admiración, como reconstructor de nuestro pretérito es acreedor a nuestra gratitud de mexicanos. Pues don Manuel Toussaint se cuenta entre los operarios tenaces que, en las últimas décadas, han reconstruído el puente por donde nuestro ser nacional ha vuelto a reincorporarse a su pasado, cuyas arterias, también las fecundas, habían quedado rotas en las luchas por la libertad.

Finalmente, tenemos que agradecerle el mensaje de optimismo que nos legó en su vida y en su obra, tan valiosos en estos tiempos amargados y rencorosos que nos ha tocado vivir. Cuando pensamos en un erudito nos lo imaginamos encarcelado en su mundo, desconectado de su medio, seco de espíritu. Pero él amó la convivencia cordial, que iluminaba, como nos dice José Rojas Garcidueñas, con su "risa franca y alegre, que le sacudía el cuerpo y le encendía el rostro". En sus libros, donde junto con la sabiduría resplandece la belleza, aletea además la transparencia de la alegría, acentuadamente en sus re-

laciones de viajes y peregrinaciones de estudioso; pero sobre todo en la que fue, si no me equivoco, su última obra: *Las Aventuras de Pipiolo en el Bosque de Chapultepec,* que quizá por respeto al erudito, firmó con el seudónimo de Santos Caballero. Libro delicioso para chicos y grandes y claro testimonio de su alma saludable.

Consciente de haber llegado a esta ilustre corporación, señores académicos, más que por mérito, por la benevolencia de vuestro voto, os lo agradezco doblemente y, en especial, a los señores académicos que patrocinaron mi candidatura: el Lic. don Genaro Fernández Mac Grégor, don Artemio de Valle Arizpe y el Dr. don Antonio Gómez Robledo.

Si por una parte hubiera preferido iniciarme entre vosotros sin tener genealogía para no padecer el peso de sus méritos, por otra me felicito de suceder a don Manuel Toussaint, esperando me asista su sombra tutelar como ejemplo y estímulo. Y váleme ya desde ahora, inspirándome el tema de este discurso; pues pensé que él, apasionado del barroco y además excelente literato, hubiera acogido con agrado este tema de nuestra plástica relacionada con nuestra literatura, bajo el signo del barroco.

Agradeciéndoos por anticipado vuestra generosa atención, así lo concreto: *El barroco, espíritu y forma del arte de México.*

Pienso que todos, en nuestra experiencia intelectual, en el orden científico o en el orden estético, hemos logrado algún momento traspasado por el relámpago de una intuición, equivalente a una revelación.

Hace ya muchos años, cuando todavía se llegaba a Tasco despertando, sobre la antigua carretera de Borda, ecos de las diligencias desaparecidas, y, cuando intacto aún el aroma secular de ese ensimismado rincón, había sitio y quietud para el monólogo, alcancé frente a Santa Prisca el primer vislumbre de la belleza de nuestro barroco, gracias a la exquisita sensibilidad y alta inteligencia del que fuera más tarde Arzobispo de Monterrey, don Guillermo Tritschler y Córdova, quien, dueño de muchas sabidurías, poseía el arte de comunicarlas llanamente, sin hacer profesión de sabio.

—Mira —me dijo señalando la base de una columna— la inquietud de la línea. Apenas se arranca del suelo, sube de sorpresa en sorpresa en continua aventura.

Esta observación, pronunciada sin énfasis, fijó mis ojos de turista superficial, en la belleza de nuestro barroco. Recuerdo que hasta la naturaleza vino en auxilio de mis sentidos. Por la noche, una tempestad verdaderamente barroca —contemplada desde el balcón de la posada, hoy hotel de lujo—, con sus rayos fastuosos, arrancaba de la oscuridad las líneas de Santa Prisca, sacudidas de claridad. Y oíase el "trueno de nuestras nubes... que

enloquece a la montaña... y al fin derrumba las madererías de Dios sobre las tierras labrantías".

Cualquiera medianamente enterado de la historia del arte, sabe que el barroco es el resultado de la metamorfosis que hicieron sufrir a las formas grecorromanas, los grandes arquitectos como Miguel Angel, Bernini, Borromini, Churriguera y otros, incapaces de atar su genio a la esclavitud de cánones inmóviles.

El arte clásico, interpretado libérrimamente, dio por resultado las formas barrocas o *barocas,* según la denominación portuguesa dada a las perlas de cara irregular.

Esta definición genérica abarca indudablemente a nuestro barroco mexicano en su manifestación exterior, pero no expresa su contenido esencial, que lo hace ser precisamente mexicano. Distinto del italiano, por ejemplo, el cual, a mi entender, es un arte extravertido, alegría de vivir que se prodiga en policromía de mármoles y en elegancias decorativas; arte preponderantemente exterior, creado para servir de marco y glorificación al cuerpo humano; arte, para nuestra sensibilidad, quizá demasiado vecino a los sentidos. Dicho sea esto sin intención de menoscabar los reconocidos méritos del barroco europeo; sólo quiero marcar diferencias.

El barroco mexicano es la inquietud de la línea; línea sin reposo en perpetuo devenir, como persiguiendo la expresión de algo que no acaba nunca de manifestar. Ignora los perfiles estrictos; en constante aventura, se lanza hacia arriba por veredas inesperadas, tejiendo inverosímiles laberintos y, cuando tropieza con los términos arquitectónicos, se escapa de las limitaciones, derramando en el espacio jardines increíbles.

Al hablar de nuestro barroco del siglo XVIII, señalado con el nombre de churrigueresco, suele llamársele "ultrabarroco". Denominación ésta, por cierto, no del agrado de don Manuel Toussaint. Sin embargo, si esta voz como clasificación técnica es quizá discutible, la hallo afortunada como vocablo interpretativo de nuestro barroco más característicamente mexicano. Pues "ultrabarroco" connota un significado que, saliéndose de la paralela europea, toca otra orilla más allá.

Así siento nuestro barroco: impulsado por un anhelo interior, intensamente dinámico, que más poderoso que los medios de representación, los violenta, traduciéndose en formas complicadas, exuberantes, inquietas, efusivas. Pero "la forma en sí misma no se cumple", como dirá el poeta de *Muerte sin fin;* de tal manera que al llegar a sus términos, parece quedarse en gloriosa frustración, suspensa en la frontera de la realidad y el sueño, oteando esencias que apenas comenzara a formular.

Me he atrevido a pensar que ese espíritu barroco de nuestro siglo XVIII, anima como fuerza inspiradora, más o menos oculta, pero persistente, todo

el arte de México, desde los tiempos precortesianos, para hallar en la etapa técnicamente barroca su expresión más elocuente. Dando por descontado que mi interpretación pueda parecer arbitraria a vuestro inteligente juicio, abrigo la ambición de que, al menos, la califiquéis conforme al refrán italiano: "Se non è vero è ben trovato".

Si consideramos simplemente lo exterior de las formas, es obvio que la denominación de barroco conviene propiamente a la etapa colonial ya señalada. Pero si nos esforzamos por penetrar el íntimo sentido que le confiere carácter de mexicanidad, concluiremos que su nota específica es el ser persistentemente, no barroco, sino ultrabarroco. Y, si me permitís el barbarismo, diré que es *metabarroco,* pues en él domina una preocupación metafísica, que trasciende de las formas sensibles a la significación de las grandes realidades que constituyen el eje del hombre en cuanto tal: la vida que lleva en sí misma el tacto de la muerte; el ser contingente que palpa el drama de su devenir frente al sumo Ser permanente, y el intelecto su debilidad ante la luz abrumadora de la Inteligencia perfecta. Tal experiencia engendra, como en el sediento ante la fuente inalcanzable, un apetito, un impulso casi místico de poseer la plenitud del ser, junto con una conciencia dolorosa de nuestra limitación ontológica y de la desproporción de los medios para lograrla, ya sea por el pensamiento o por la expresión sensible.

No me es posible, dados los límites razonables que pide este discurso, para corroborar mi intento, un análisis detenido del arte precortesiano. Solamente notemos que una de sus más justas diferencias en relación con el arte de otros pueblos, es la complejidad de sus formas y su alejamiento de la representación naturalista, que le confieren un aire de misterio. El arte escultórico griego, por ejemplo, busca ante todo la belleza del cuerpo humano, a la cual supedita un sentido como agregado; llámese éste Apolo, Minerva o el Discóbolo. Nuestro arte autóctono, al contrario, es sólo medio de expresión de un contenido suprasensible, por medio de la deformación de la realidad sensible.

Quiero señalar especialmente, entre los muchos ejemplos que pudieran traerse, el que, a mi modo de ver, resume más dramáticamente esta idea de la trascendencia del ser finito: la escultura de la deidad azteca Coatlicue, "la de la falda de serpientes", "la obra maestra de la escultura americana" y "la más alucinante que concibiera la mentalidad indígena", según Salvador Toscano. "La diosa representa al monstruo terrestre dispensador de la vida, pero al cual retornamos para ser descarnados". "El sayal de la diosa lo es una trama de serpientes, cuyas cabezas caen formando la orla de la falda; sus pies, como símbolo de un ser que todo lo devora, lo son dos ga-

rras de águila; la diosa aparece, además, como decapitada, surgiendo de su cuello un chorro de sangre que afecta la forma de dos cabezas de serpiente; más aún, como pendiente lleva en el pecho un cráneo, signo de que al recogernos en su seno habrá de descarnarnos". Hasta aquí, la descripción hecha por el ilustre desaparecido.

Conforme a ella, deducimos de esta representación el significado de una conciencia lúcida de la contingencia del ser transitorio, frente al Ser permanente; de la criatura finita en su devenir ineludible, hacia la plenitud del que todo lo devora, y una conciencia dolorosa que salta en pedazos, como vaso de alfarero, bajo el poder del monstruo omnipotente.

Que mueran en la tierra
porque ciertamente para esto los enviaste al mundo:
para que con su carne y con su sangre
den de comer al Sol y a la Tierra...

Es una conciencia dolorosa, también, de la frustración de las formas en su esfuerzo de expresar realidades que escapan a la experiencia de los sentidos. De aquí brota la necesidad de complicar dichas formas y de alejarlas de la expresión naturalista. Por esto, el arte precortesiano no es, por lo general, anecdótico ni descriptivo, sino, como se diría hoy, arte abstracto, denso de significado por acumulación de símbolos; representativo de valores humanos en su función teológica y teleológica. Y, por la misma razón, no es un arte individualista, sino interpretativo de estados de conciencia de la comunidad.

¿No acontece algo análogo en nuestros retablos ultrabarrocos, con sus esculturas despersonalizadas, así se llamen San Juan, San Pedro o San Luis Rey? Tan semejantes en sus fisonomías, con la mirada absorta, vuelta hacia lo alto, como si al artista anónimo le hubiera interesado, sobre todo, crear una abstracta corte de Dios en paraísos dorados, símbolo de la aspiración ultraterrena de aquella sociedad, y no un objeto que fuera el término, principalmente, de su individual aspiración estética. Quizás en este anhelo de arte más bien comunitario, se halle la razón de por qué esa época ultrabarroca esté más lejos que nunca de producir estatuas, con la profunda individualidad de un Montañés o un Pedro de Mena.

Una transferencia impresionante de la mentalidad indígena que creó a Coatlicue, puede descubrirse en las cruces primitivas de algunos atrios de nuestras iglesias. Complicada y amorosamente labradas, hay en ellas el mismo anhelo de apretada síntesis representativa, por acumulación de símbolos relativos a la Redención. Pero lo más conmovedor es la cabeza de Cristo, esculpida, acaso por reminiscencia subconsciente, al centro de la cruz, como

el cráneo que lleva Coatlicue en el pecho. Son cabezas talladas con la rudeza inocente del espíritu que, preocupado sólo de lograr el signo más poderoso de su idea, se olvida de complacencias narcicistas. Su profunda fuerza religiosa halla parangón únicamente en la escultura de la época románica.

Análoga transferencia se observa a primera vista, en las fachadas de iglesias y capillas abiertas del siglo dieciséis. En ellas la mentalidad indígena, subyugando al estilo plateresco, se expresa en ese mismo lenguaje ultrabarroco, cuya caprichosa complicación y exuberancia de formas parece ocultar el latido de una idea que no acabó de revelarse.

Lamentando no particularizar, me refiero únicamente a un gracioso relieve de ángel que se encuentra en la fachada de la capilla abierta de la parroquia de Tequixquiac: es mitad hombre y mitad planta. Como si la mano indígena que lo esculpió, hallando demasiado pobres y terrestres las extremidades humanas para un espíritu puro, hubiera preferido difundir la figura en la pureza de líneas vegetales.

Me limito a señalar someramente algunos de los abundantes testimonios favorables a mi punto de vista, en la poesía indígena, que nos ha sido dado conocer por las muy autorizadas versiones de nuestro colega el Dr. D. Angel Ma. Garibay.

No hace falta demostrar el evidente barroquismo de forma, el cual aparece, si no en intrincamientos sintácticos ni conceptuales, sí muy frecuentemente en las metáforas y sobre todo en la riqueza decorativa y en el tono casi constante de sentido figurado. Por ejemplo:

En primavera nos vivifica la dorada mazorca en ciernes;
es una luz para nosotros la rubia mazorca tierna,
y nos pone un collar de joyas al cuello el saber
que nos son fieles los corazones de nuestros amigos. (pág. 167).

En medio del esplendor de plumajes, danzas rituales, lujo de piedras preciosas, se erige la enconada tristeza de la criatura que, ante la hermosura de las cosas, señales armoniosas del "ser por quien todos viven", palpa la fuga incontenible de su propio ser. Así hablan los poetas anónimos:

Pero ¿qué cosa verdadera puedo decir aquí,
oh tú por quien todos viven?
Sólo estamos soñando, como quien de la cama salta adormilado. (pág. 78).

¿Conque he de irme, cual flores que fenecen?
¿Nada será mi nombre alguna vez?
¿Nada dejaré en pos de mí en la tierra?
¡Al menos flores, al menos cantos! (pág. 166).

¿Acaso es verdad que se vive en la tierra?
¿Acaso para siempre en la tierra? ¡Sólo un instante aquí!
Hasta las piedras finas se resquebrajan,
hasta el oro se destroza, hasta las plumas preciosas se desgarran. (pág. 168).

No dos veces se viene a la tierra:
¡oh príncipes chichimecas, gocémonos!
No pueden ser llevadas las flores a la región de la muerte:
sólo se han dado en préstamo. ¡Es verdad, es verdad que nos iremos! (p. 132).

Como se ve por estos pasajes, el éxtasis de los sentidos, roto a las primeras libaciones de la belleza circundante por la inquietud metafísica, se trueca en flor amarga de canto.

Con el fin de no dispersarme en puras vaguedades al aplicar mi tesis a nuestra literatura poscortesiana, me ceñiré a unos cuantos ejemplos que resumen con más intensidad el espíritu ultrabarroco y mejor ilustran mi pensamiento. En la etapa colonial, el primero entre todos es *El Sueño* de Sor Juana Inés de la Cruz.

Cuando el gran Cordobés, respondiendo a un crítico que le aconsejaba renunciar a la forma de Silva que usó en *Las Soledades,* para que los muchachos no pervirtieran su gusto con tan mal ejemplo, decíale: "Caso que fuere error, me holgara de haber dado principio a algo", no se imaginó alcanzar la razón más cumplida en *El Sueño* de Juana Inés. La ilustre monja emplea la forma de *Las Soledades,* logrando una de las más altas creaciones de la literatura castellana.

No se crea, sin embargo, que *El Sueño* es una mera imitación de *Las Soledades;* pues coincidiendo en el procedimiento formal, el poema de Sor Juana supera al de Góngora en complejidad, "resultando más inaccesible que su modelo" —como afirma despectivamente Menéndez y Pelayo. Por otra parte, la preocupación de Góngora es la belleza plástica. Maravilloso tallador de piedras preciosas, crea un mundo alucinante de metáforas y resonante de inesperadas músicas, que brotan de las gargantas rejuvenecidas de los vocablos.

La preocupación de Sor Juana en *El Sueño* es su propio pensamiento; la angustia de saberse un ser pensante, traducida al lenguaje de la belleza gongorina. Entre ambos poemas existe una diferencia semejante a la que podemos descubrir en un retablo de iglesia española, que guarda cierta contención dentro de las libertades del barroco, y los retablos de Tepotzotlán, o los Reyes de la catedral de México, o Sta. Rosa de Querétaro, o la capilla

del Rosario de Santo Domingo de Puebla, con sus líneas agitadas, sus volúmenes derramados y la riqueza de sus luces doradas, como flora nacida de una tierra irreal, a la que sobraran savias que traducir en ulteriores follajes.

"Sencillísimo el núcleo germinal", dice Alfonso Méndez Plancarte siguiendo al P. Calleja, quien así sintetiza *El Sueño:* "Siendo de noche, me dormí. Soñé que de una vez quería comprender todas las cosas de que el Universo se compone. No pude, ni aun divisar sus categorías, ni aun sólo un individuo. Desengañada, amaneció y desperté".

El alma de Sor Juana, libre de su carga corporal, en alas del sueño, gana la altura como "la ambiciosa llama ardiente":

así la humana mente
su figura trasunta,
y a la Causa Primera siempre aspira.

Elevada en la pirámide de su propia mente, más alta que ninguna otra cumbre terrestre:

gozosa mas suspensa,
suspensa, pero ufana,
y atónita aunque ufana...
la vista perspicaz, libre de anteojos,
de sus intelectuales bellos ojos,
libre tendió por todo lo criado.

Pero entonces el entendimiento, "en un mar de asombros", "por mirarlo todo, nada vía". Tras de la experiencia de su fracaso, la mente más juiciosa, "recogidas las velas" que fio "al viento ventilante", busca suplir con el arte su incapacidad de conocer con una sola intuición todo lo creado. Valiéndose de la escala de las categorías aristotélicas, escruta el ser de las cosas, en ascenso, desde los seres ínfimos hasta el compuesto humano que, ángel y animal, es "bisagra engarzadora", y a quien "para ser señora" de las demás naturalezas inferiores,

la adornó Sabia Poderosa Mano:
fin de sus obras, círculo que cierra
la Esfera con la tierra,
última perfección de lo criado.

O sea, compendio maravilloso de toda la naturaleza. ¿Por qué? —pregunta Sor Juana, y se responde:

¿Por qué? Quizá porque más venturosa
que todas, encumbrada
a merced de amorosa
Unión sería...

Es decir, porque la naturaleza humana fue encumbrada a la Unión Hipostática, por la Encarnación del Verbo Divino. Pensamiento éste tan parecido al de Dante, refiriéndose a la naturaleza humana ennoblecida en la Virgen María:

Tu se'coeli che l'humana natura
nobilitasti si, che il suo Fattore
non disdegno di farsi sua fattura (Par. XXXIII).

Sin embargo, aun este empeño de la inteligencia de discurrir por grados resulta inútil. Porque ¿cómo podría comprender la máquina imponente de la naturaleza, quien no entiende ni la razón de las mínimas cosas?

Quien de la fuente no alcanzó risueña
el ignorado modo
con que el curso dirige cristalino
deteniendo en ambages su camino.

Quien de la breve flor aun no sabía
por qué ebúrnea figura
circunscribe su frágil hermosura.

No es mi intento juzgar de los altos méritos de *El Sueño* de Sor Juana, ya valorizados, entre otros, por Vossler, Ezequiel Chávez, Alfonso Reyes y, tan exhaustivamente, por Alfonso Méndez Plancarte. Sólo quiero señalar la trascendencia metafísica del pensamiento de Sor Juana, como elemento esencial del ultrabarroquismo de que venimos hablando, y que lo coloca más allá de *Las Soledades* de Góngora.

La inteligencia de Sor Juana, esclarecida por las luces misteriosas del sueño, como un espejo clarividente refleja la belleza del ser creado, hasta su último y más alto vértice. Pero, al mismo tiempo, toda ella luce taladrada por la conciencia de su propia invalidez, al percatarse de que la escala del ser finito es apenas un pálido anuncio del misterio del Ser, que desde la suprema cúspide comunica a cada cosa, hasta la más humilde, un reflejo de su perfección. La inteligencia, desnuda de su lastre corporal, desde lo más alto de sí misma, se duele de no alcanzar a descubrir la última clave del ser,

sumido en un palpable misterio: "Con sus intelectuales bellos ojos", "por mirarlo todo, nada vía": deslumbrada por la arcana presencia de la Sabiduría Suma, que desde arriba hasta abajo trasciende todos los seres pero sin confundirse con ellos, y queda a la vez inaccesible a la mente humana en cuanto a su contenido intrínseco, como en el formidable verso de *Muerte sin fin:* "¡Oh inteligencia, soledad en llamas!"

Este sueño de una sola noche es el trasunto del drama espiritual que vivió Sor Juana toda su vida. Avida de saber, alcanzó la cima de la montaña de volúmenes que acumulaban la sabiduría de su tiempo, para interrogar la última razón de las cosas; pero su inteligencia —esfera de cristal— se quebró al contacto de las llamas.

"No me acuerdo haber escrito por mi gusto, si no es un papelillo que llaman *El Sueño*". Esta espontaneidad con que fue escrito, hace de este poema, no un mero virtuosismo literario, sino la cabal imagen ideológica y psicológica de Sor Juana; la más fiel traducción del sueño que vivió toda su vida, bajo el estímulo de su apetito de sabiduría, cada vez más insatisfecho cuanto más alimentado. Su codicia de saber hubiera querido hallar de una sola mirada la fórmula única que abarcara la completa dimensión del ser. Y, no habiéndola conseguido, recurre a la complejidad del raciocinio. Pero, juez infalible su sensibilidad, que palpa la adorable belleza de la rosa, le dice que no ha traspasado más allá de la epidermis de la flor. Y si la inteligencia es incapaz de atinar con el verbo revelador del arcano, lo es incomparablemente más la palabra. Por eso, el complejo y hondo motivo del poema halla su cauce natural en el laberinto de la metáfora y en el intrincamiento de la sintaxis y del hipérbaton, más audaces que la complicación de *Las Soledades* de Góngora. Con justa razón dice Vossler que la complicación de su forma "viene de una necesidad psíquica ineludible". Y don Ezequiel Chávez, que "corresponde con el más atinado acierto al estado mental aparentemente caótico que representa, y contribuye a traducirlo".

De aquí que este *Sueño,* por su forma y contenido, sea, no barroco, sino ultrabarroco. Dentro de ese clima onírico, Sor Juana dibuja, en gloriosa frustración, los perfiles huidizos de las esencias inasibles. Pero el malogrado sueño de toda su vida se acerca a la realidad, tres años antes de la muerte, no ya por los ambages perdidizos del razonamiento, sino, el paso más ágil, por el del amor.

Tras de la afirmación de su independencia, México, adolescente que estrena su libertad, se equivoca queriendo asegurarla por el camino de las negociaciones. Así es como, perdida la noción de su propia esencia, se dedica a borrar indiscriminadamente la memoria de su pasado. Por eso, nues-

tro siglo diecinueve, en alianza con modas europeas de las que contradictoriamente quería librarse, es el menos barroco. Las mentes más iluminadas en asuntos de estética plástica, como Tolsá, Tres Guerras y otros, creen redimir el sentido artístico de México poniendo el hacha en nuestros retablos coloniales, para sustituirlos por la insipidez del arte académico; o ridiculizándolos, como lo hace Fernández Lizardi al hablar de los de la catedral de México; o tratando de guillotinar a nuestra máxima Musa, como El Nigromante, quien en frase relumbrona dice que "a igual altura se encuentran nuestros casimires y Sor Juana Inés de la Cruz". El mismo Ramírez se burla del conato loable, aunque fallido, de Pesado, quien con sus pseudoversiones dejó al menos la sospecha de una literatura precortesiana.

No quiero ser injusto, sin embargo, con estas generaciones; pues comprendo que cuando las energías se encuentran totalmente empeñadas en la conquista de objetivos inmediatos, no hay lugar para la percepción serena de los valores más profundos. Pero quizá por eso mismo, el siglo XIX, sus fuerzas disminuidas, fue incapaz de soportar las grandes arquitecturas y de crear algo comparable a *El Sueño* o a la *Rusticatio Mexicana*. Los méritos de los poemas de esta época, hablando en general, están en relación inversa con su longitud, de modo que las joyas —que las hay valiosas— se encuentran frecuentemente entre las miniaturas.

Mas aun cuando la lírica del XIX se vació casi totalmente de aquel impulso metafísico, no desapareció éste del todo, yéndose a refugiar en escondidos rincones que no es dable ahora señalar, y que es posible entrever, por ejemplo, aunque aparezca contradictorio, aun entre los versos materialistas de Ramírez, como intenso motivo de su fervor antimetafísico; pero, sobre todo, en ese "mexicanismo espiritual", tan persistente en nuestra lírica, ya señalado por Henríquez Ureña, en el "sentimiento discreto, el tono velado, el matiz crepuscular", todo eso presente también en la lírica de nuestro XIX, como una nostalgia de su verdadero espíritu.

Pido un esfuerzo más a vuestra generosa atención, para que me sigáis hasta la última etapa de nuestra lírica. Señalo sólo de paso, entre otros, a los más ilustres nombres de Amado Nervo y González Martínez. No hay para qué demostrar el barroquismo de su forma poética, tan propia de la escuela modernista a la cual pertenecen. Recordemos que en su tiempo fueron condenados por complicados y abstrusos. Si ahora nos parecen transparentes, se debe a la gimnasia de intelección que nos ha impuesto otra poesía más ardua, desde los tiempos de Paul Valéry. Por otra parte, recuérdese que a la generación del modernismo corresponde la gloria de la reivindicación de la poesía gongorina.

Es fácil descubrir en Nervo, abajo de su misticismo retórico, una indudable inquietud que supera lo simplemente decorativo, a que fueron afectos los modernistas, y que brota de una honda y auténtica conciencia de la finitud del propio ser, exasperada por la presencia de la perfección y plenitud que se asoma para el poeta, sobre todo en los contrastes de la vida y la muerte, el amor y el dolor, la angustia y el placer. No importa que fácilmente le acontezca lo que en el verso de Gabriela Mistral:

Porque una alondra erige su canto,
nos olvidamos que es duro morir.

Pasajes como los que siguen llenan muchas páginas de sus obras:

¡Oh muerte!,... Tú... das sabor a nuestras horas...
(¡Oh muerte).

La vida móvil, la vida divina
por dondequiera su paso encamina;
...Canta su salterio
de infinitos modos,
y por sobre todo y por sobre todos,
misterio, misterio...
(La Vida Móvil).

Oh lóbrego misterio, ¡dime cómo me llamo!
Dime quién soy, qué velo tupido de ilusión
oculta al verdadero ser que me rige, al amo
imperioso y radiante de quien mis horas son.
(La Venda).

Yo no he sido sino para ser.
Fui antes para poder decir: ¡Soy!
Encontraste incompleto mi ayer;
pero ya en él estaba mi hoy.
Yo no soy más que un gran devenir...

En González Martínez, aunque llegó al final sin haber alcanzado la clara definición de esta misma inquietud, sí es muy perceptible; de tal modo que si se prescindiera de ella, faltaría poco para que quedara sólo un frágil preciosismo exterior. Un algo trascendente, vago e impreciso, flota en su poesía como un demiurgo sin nombre y sin rostro.

Es digno de advertirse que entre nuestros más notables modernistas no hubo un parnasiano, cultor de brillos plásticos, como un Guillermo Valencia. Propensos al soliloquio interior, están más cerca de Baudelaire y de Verlaine, que de Gautier y de Heredia.

Ramón López Velarde es uno de los documentos de más apoyo para mi punto de vista, dentro de la etapa que comentamos. Séame lícito, antes, rendir a su memoria un modesto laurel; que si no le hace falta, bien se lo merece. Su gloria, que a raíz de su muerte subió al círculo más alto, ahora desciende al Purgatorio. Se le acusa de falta de originalidad y de cursilería. Los que vendrán, con la ventaja de una más ancha perspectiva, calificarán si quienes lo hemos admirado nos equivocamos. Por mi parte, sigo creyendo que tiene derecho de hacer suyo el dicho del Venusino: *Non omnis moriar!* (...) *Exegi monumentum aere perennius.*

En cuanto a que es un imitador de Luis Carlos López, de Herrera Reissig o de Lugones, "sería más exacto —comenta Villaurrutia en el agudo y bello prólogo a la antología— señalar afinidades superficiales y de un orden puramente temático"; y, añado, aun reminiscencias. Pero ¿no sucede lo mismo con Sor Juana y tantos otros grandes poetas, que injertaron en su sangre flúidos ajenos? ¿No es cierto, también, que no hay artista que se haya inventado totalmente a sí mismo?

Se le tacha de pisar un camino descubierto por otros. Admitiendo, conforme a lo antes aclarado, lo que esta afirmación pueda tener de verdad, y concediendo que el descubrir un nuevo rumbo es un mérito de alto precio, sin embargo, el genio de muchos, indiscutibles ya, no se finca en eso, sino en haber madurado y cosechado la semilla que otros sembraron. El troyano Eneas se cubre de su máxima gloria, no al son de los bronces homéricos, sino capitaneando las romanas legiones de hexámetros virgilianos.

Por otra parte, creo que lo menos discutible en la obra de López Velarde, es su originalidad. Pues por lo que toca a su forma, tenía horror a lo gastado: "Habría creado —comenta Villaurrutia— un lenguaje para su uso personal, como dicen que parece haber sido el propósito de Góngora, a quien amaba con pasión". Fue "inventor de expresiones, de flores inauditas". Y si miramos su poesía en sí misma, la encontramos situada en un ángulo nuevo, y tan personal que es inconfundible. Un ejemplo entre los abundantes que pudieran traerse, corrobora nuestro dicho. Antes de él, nuestra patria poética era romántica y grandilocuente, entre desfiles y fanfarrias. Después de él, conocimos su "íntimo decoro", en "épica sordina": "la patria es impecable y diamantina". López Velarde supo espiarle, a través de luces virginales, las íntimas actitudes que la hacen ser precisamente mexicana.

En cuanto a la cursilería, apuntemos sólo que se cae en ella, habitualmente, por debilidad; o, de vez en cuando, por robustez. Los más audaces

refinamientos se alcanzan a precio de caminar al borde del despeñadero. Por eso es explicable que los más refinados se caigan alguna vez, como es el caso de López Velarde. Pero, por lo mismo, es injusto juzgar a través de sus esporádicas falsificaciones, el oro de su totalidad.

Por lo que respecta directamente a nuestro asunto, López Velarde, situado en la etapa media entre el modernismo y la poesía nueva, es prototipo de ultrabarroquismo. Su admiración por el Cordobés ya es un buen indicio de ello.

López Velarde se halla en este camino por obra de los modernistas. Sin embargo, no los sigue en su afición casi sensual de complacerse en buscar nuevos sonidos a las palabras por lo que tienen de decorativo; ni tampoco su gongorismo reside en complicaciones sintácticas o de hipérbaton; más bien se esmera en hallar nuevas relaciones entre los conceptos y las palabras, sin rehuir aparentes prosaísmos. Digo aparentes, porque no lo son en realidad, las más de las veces; pues esmeradamente calculados, con frecuencia contienen lo mejor y más original de su poesía. De este modo consigue un lenguaje profundamente personal, hecho de palabras que nos son familiares, pero que parecen haber sido predestinadas a unirse por el costado más sensible y más rico de connotaciones inesperadas.

Es fácil admitir su barroquismo de forma. Pero ¿cómo es posible que su poesía, en que pululan las flores del mal de los sentidos, contenga sobre de ellos un sentido de trascendencia? Pero así es. A semejanza de Horacio el latino, es partidario del "carpe diem", aprovecha el día, no te fíes del mañana, ante el fantasma de la muerte final y de la muerte anticipada por la pérdida de la virilidad; pero con la diferencia de que aquél, pagano cabal, se libra fácilmente de sus sobresaltos, con el goce del placer inmediato. En cambio, al paganismo de López Velarde lo llaga constantemente la presencia de los Novísimos. No lo abandona la obsesión, casi masoquista, de amargar su sensualidad, encarándola con los eternos valores:

Mi corazón olvida
que engendrará al gusano
mayor, en una asfixia corrompida.

Siempre que inicio un vuelo
por encima de todo,
un demonio sarcástico maúlla
y me devuelve al lodo.

(Un lacónico grito).

Mi ángel guardián y mi demonio estrafalario.

(Anima adoratriz).

Porque la tierra traga todo pulcro amuleto
y tus dientes de ídolo han de quedarse mondos
en la mueca erizada del hostil esqueleto.

(Tus dientes).

La edad de Cristo azul se me acongoja
porque Mahoma me sigue tiñendo
verde el espíritu y la carne roja.

Me asfixia en una dualidad funesta,
Ligia, la mártir de pestaña enhiesta
y de Zoraida la grupa bisiesta.

(Treinta y tres).

Y en consecuencia, comenta él mismo el drama surgido de esta dualidad:

voy bebiendo una copa de espanto.

(En mi pecho feliz).

Estoy colgado en la infinita
agilidad del éter, como
un hilo escuálido de seda.

(La última odalisca).

Mas hoy es un vinagre
mi alma, y mi ecuménico dolor un holocausto
que en el desierto humea.
Mi Cristo ante la esponja de las hieles, jadea
con la árida agonía de un corazón exhausto.

(Como en la Salve).

Su mismo concepto de patria, no es el de quien exclusivamente navega por "las ondas civiles". La patria velardeana se nutre

en el que cuida Roma en la Mesa Central,

(Todo)

tiene que ver con el diablo y con el Niño Dios; pide "un higo a San Felipe de Jesús"; y al señalarle la clave de su dicha, no halla otra mejor que el que se reconozca a sí misma, en sus más íntimas esencias, mirándose en el espejo del *Ave María*:

Sé siempre igual, fiel a tu espejo diario;
cincuenta veces es igual el Ave
taladrada en el hilo del rosario,
y es más feliz que tú, Patria süave.

(La suave Patria).

La conciencia, acuciada por el erotismo y las realidades ultraterrestres, siempre despiertas en él, producen el apasionado dinamismo de su poesía. Sin éste, sólo le quedaría el pintoresquismo y la lubricidad, bajo el disfraz incitante de la belleza formal. El sentimiento agudo de su ser, disputado por una dualidad, es el puente por donde la conciencia trasciende, "con la árida agonía de un corazón exhausto", hasta la atmósfera del alma.

Finalmente, después de la época del modernismo, *Muerte sin fin,* de don José Gorostiza es el exponente ultrabarroco de más significación y, al mismo tiempo, una de las creaciones de mayor precio no sólo de la lírica mexicana, sino de toda la lírica castellana moderna, por la generosa concepción de su arquitectura, por su profundidad y por su belleza. No ignoro que también se comienza a ponerle reparos, como a la obra de López Velarde, aunque menos acentuados. Pero me asalta la sospecha de que un buen número de sus lectores, quedándose con la alucinación superficial de las imágenes, deja escapar el núcleo generador de su solidez y verdadera hermosura.

Muerte sin fin podría titularse *El Sueño;* y el poema de Sor Juana, *Muerte sin fin.* Pues siendo tan distintos, son ambos coincidentes en el motivo generador y semejantes en el procedimiento de su desarrollo. Y es tan sueño el de Gorostiza como el de Sor Juana. Pero con la diferencia de que ésta cierra los ojos corporales para soñar, y Gorostiza, con ellos bien abiertos, resbala en cada verso de la realidad a la irrealidad. A ambos los mueve la preocupación del ser esencial que todo lo trasciende. Mas este ser, que para Sor Juana es realidad ontológica, para Gorostiza es entidad puramente lógica. Aquélla, de la mano de Aristóteles y Santo Tomás, sirviéndose de la escala de los seres creados, asciende hasta la Primera Causa creadora. Gorostiza, por el camino del idealismo hegeliano, recorre la misma escala desmintiendo su realidad, para concluir en una única inteligencia, "soledad en llamas, que todo lo concibe sin crearlo"; las cosas, vivientes e inanimadas,

no son más que apariencias, que apenas comienzan a ser dejan de ser, resumiéndose en aquella inteligencia solitaria, formidable y cruel que destruye sus concepciones antes de crearlas realmente, a fin de hallar la plenitud de su propia simplicidad.

Las diversas posturas filosóficas de uno y otro autor producen el clima respectivo de sus poemas. La inteligencia de Sor Juana, dentro del suyo, transida de desilusión por incapaz de encararse a la luz cegadora del Sumo Ser, que se trasluce a través de sus creaciones como el sol entre la niebla, adquiere una aguda conciencia de su inútil audacia y se resigna a la espera humilde, sabiendo que habrá de aplazar temporalmente la hora de la perfecta intuición. Al poema *Muerte sin fin* lo atraviesa el grito de Heráclito, el padre de los hegelianos, a quien dolía, hasta las lágrimas, el saberse forma mentida, sin propia individualidad, y cuya muerte ya está incubada en su propio empezar a ser. Una conciencia desolada, que apenas alcanza a presentir la dulzura y belleza del ser, se desmorona en rencores en contra de la Inteligencia que se complace en destruir sus propias concepciones antes de crearlas como seres individuales: "que arrasa sin cesar su bella fábrica", como dice el poeta.

El que yo no comparta la posición filosófico-idealista del poema, no debilita mi entusiasta admiración por la profunda belleza con que está interpretada y sentida. No sé de otro caso, dentro de la poesía moderna castellana, en que, como en *Muerte sin fin,* una idea tan abstracta muerda tan sutilmente en nuestra sensibilidad. Y ¡qué barroquismo de forma, tan deslumbrante al ojo, que éste apenas tiene tiempo de aprehender el continuo reventar de metáforas nuevas, como llegadas de otras constelaciones, y que desfilan coruscantes, apretadas y urgidas por alumbrar el fugaz momento de los seres en su eterno devenir!

Después de la comparación establecida con *El Sueño* de Sor Juana, no hace falta demostrar el impulso metafísico de *Muerte sin fin,* que, según hemos expuesto, es alma de nuestro barroco; ni tampoco el barroquismo de su forma, cuya esplendidez, lejos de ser sobrada y viciosa, habiendo antes pasado por muchos filtros, corresponde, exacta y medida, como en *El Sueño,* a una exigencia sicológica, creada por la complejidad y profundidad de la idea generatriz, y por el encarnizamiento con que el poeta persigue la belleza en la expresión más sintética e inusitada.

Sor Juana Inés de la Cruz, de haber sido de nuestra hora, habría soñado su *Sueño,* muy a sus anchas, aunque siempre de la mano de Aristóteles, en el cosmos de *Muerte sin fin,* que es:

> *. . .Por arte*
> *de estas limpias metáforas cruzadas,*
> *un encendido vaso de figuras.*

Como documento curioso, porque es una diminuta *Muerte sin fin* anticipada casi tres siglos, y, a la vez, corroboración de lo afirmado ya, dentro de la época colonial, cito un soneto del más clásico gongorismo y preciosamente trabajado, que nos dio a conocer Alfonso Méndez Plancarte. Su autor es don Luis de Sandoval y Zapata y se titula *A la Materia Prima*. Dice así:

Materia que de vida te informaste,
¿en cuántas metamórfosis viviste?
Ampo oloroso en el jazmín te viste,
y en la ceniza pálida duraste.

Después que tanto horror te desnudaste,
rey de las flores púrpura vestiste.
En tantas muertas formas, no moriste:
tu ser junto a la muerte eternizaste.

¿Que discursiva luz nunca despiertes,
y no mueras al ímpetu invisible
de las aladas horas, homicida?

¿Qué, no eres sabia junto a tantas muertes?
¿Qué eres, naturaleza incorruptible,
habiendo estado viuda a tanta vida?

Así como en *Muerte sin fin* la Inteligencia solitaria enciende y apaga el radioso espejismo de los seres, absorbiendo luego su individualidad, para ser ella misma otra vez; en el soneto de Sandoval y Zapata, el sentimiento de la contingencia del ser brota del contraste que ofrecen las formas de las cosas en relación con la materia prima, de la cual y en la cual se generan y se corrompen, conforme al concepto aristotélico, mientras ella permanece inmutable. El ser de las cosas resplandece un instante: jazmín, rosa, estrella: angélico pestañeo de la belleza. Pero la materia prima permanece misteriosamente inmutable, bajo tantas muertes.

De todo lo dicho quiero sentar una conclusión:

Si nuestra lírica y nuestro arte en general, no ha pronunciado su grito más alto; si ha de lograrlo algún día, no será por el fácil contagio de la literatura cínica, amargada y negativa, aunque diabólicamente refinada, que nos viene de la Europa de la posguerra. Si allá tiene su explicación, en donde la tragedia parece haber atrofiado los oídos a la esperanza, no aquí, en donde los indicios acusan ímpetus de altura. Si México ha de dar algún día el canto universal, será el que brote de sus íntimas raíces, que desde muy lejos

se hincan en los valores trascendentes del espíritu. Sin excluir las brisas fecundantes que nos lleguen, seamos fieles a la estirpe de nuestro arte, conforme al voto del poeta:

Patria, te doy de tu dicha la clave:
sé siempre igual, fiel a tu espejo diario.

CONTESTACION AL ANTERIOR DISCURSO

Por don Antonio Gómez Robledo.

Octaviano Valdés en la Academia

UNA melodía clara y profunda, cuya doble fuente han sido la liturgia y el arte, tal se me representa, en este momento de advenir él a nuestro gremio, la vida del Padre Octaviano Valdés.

La liturgia es, desde los tiempos de Grecia, servicio, y más señaladamente aún, servicio divino; y esto había que decirlo en primer término, sin velos ni circunloquios, porque en el Padre Valdés es con mucho lo primero y principal. Es la forma espontánea y natural de su vida; y lo es de tal modo que bien puede no asomar, en este señor de discreción tan cumplida, en tal o cual situación de la convivencia social, justamente por ser la forma sustancial que no hiere el sentido, pero sin la cual sería inexplicable todo lo demás.

Entre nosotros viene, señores, un varón uno, armonioso, indiviso, como diría San Pablo; un varón que irradia de sí —puedo decirlo después de un trato asiduo y diuturno— un aura de fortaleza y libertad interior. Y de este cabal concierto de su persona y de sus actos no pueden dar razón suficiente prendas ni disciplinas naturales, por muchas que sean las que en él concurren, sino su vinculación, su religación al origen primero de toda unidad, armonía y fortaleza. Religión es religación; y cuando se da con respecto a la primera Causa y Principio con la totalidad que se da en estos hombres, redunda en la libertad espléndida que muestran ellos frente a todo lo que a los demás nos trae solícitos y desgarrados. Este es, me parece, el último secreto de la imperturbable alegría, tanto más profunda cuanto se reviste, como en él, de formas graves y de fino señorío, que emana de Octaviano Valdés.

De su vida podemos hablar, según dije al principio, como de una secuencia melódica, porque ha fluído serenamente por los cauces de una voca-

ción abrazada gozosamente desde la adolescencia. Nace Octaviano Valdés en Cacalomacán, Estado de México; y subrayo la circunstancia de que, como Mauriac lo ha dicho con orgullo de sí mismo, "tiene provincia", es decir un centro de hondura, de fuerza telúrica que con dificultad tiene el nativo de la urbe, y que, en este caso preciso, ha influído no poco en la mexicanidad y reciedumbre de su obra literaria. Después de haber cursado humanidades en el Seminario Conciliar de México, pasa a Roma, donde estudia filosofía y teología en la ilustre Universidad Gregoriana. El año de 1924 obtiene en dicha ciudad el doctorado de filosofía; en 1927 recibe la ordenación sacerdotal, y en 1928 el doctorado de teología. Consumado en letras divinas y humanas, y templado su espíritu en el mejor ambiente imaginable para su futura misión artística y apostólica, regresa a la patria.

Dice Santo Tomás que la vida mejor es la que se emplea simultáneamente en la acción y la contemplación, y de modo tal que la primera redunde naturalmente de la segunda, o más concretamente, como dice el santo, que consista en entregar a los demás el fruto de nuestra meditación: *contemplata tradere.* Esta es la vida del maestro cuando verdaderamente es acreedor a nombre tan alto, y ésta fue por largos años, no bien hubo regresado a su tierra, la vida del Padre Valdés, profesor de filosofía y teología en el Seminario Conciliar de México desde el año de 1930. Y no habría habido, podemos conjeturarlo, mayor mudanza, si otras excelencias suyas, como su fino sentido artístico y su acrisolada prudencia, esta virtud por ventura más rara aún que el vigor intelectual, hubieran podido pasar inadvertidas de sus superiores. Como esto no podía ser, hubo de abrirse para el Padre Valdés el *cursus honorum* congruente con su estado y notorias virtudes, y que brillantemente ha recorrido, ya como Asistente de la Acción Católica, como Presidente de la Comisión Diocesana de Arte Religioso, o ya, en fin, Canónigo de la Catedral de México, como Secretario de la Curia Arzobispal. En el canto de alabanza y en el despacho de los graves negocios a que tiene que ocurrir la ciudad del espíritu, militante en la ciudad terrestre, pasan ahora sus días. Estas son las elevadas funciones que desempeña actualmente, con aplauso de todos, el Muy Ilustre Señor don Octaviano Valdés. Nosotros sus amigos del brazo secular, sin embargo, no hemos podido avenirnos a llamarle de otro modo que con el nombre indeleble que llevará por la eternidad y que denota, mejor que otro alguno, su fecundidad sobrenatural, por el agua y el Espíritu Santo. Para nosotros sigue siendo, sin mengua del respeto debido a su alta investidura, nuestro invariable y querido Padre Valdés.

Nosotros sus amigos... Siento en verdad que me sería imposible pasar en silencio este aspecto particularmente amable y cautivador en la personalidad del Padre Valdés, quiero decir su amistad, su hospitalidad, que nos ha dispensado a tantos y por tantos años con una efusión sin alardes, con una

llaneza que es el correlato sensible de su tranquila profundidad. Será tal vez por su estado, que le deja libre así de las ataduras de la carne y la sangre como de las concupiscencias hostiles que con la edad ahondan fatalmente la división entre quienes somos hijos de este siglo; será quizás por su espíritu clásico, ello es que el Padre Valdés cultiva la amistad con el noble fervor con que se practicó en la ciudad antigua, cuando se la tenía, como dice Aristóteles, por la cosa más necesaria en la vida. La buena conversación, el libre comercio de ideas y vivencias, el diálogo espiritual como medio el más propicio al desarrollo de la personalidad intelectual y moral, todos estos bellos valores cuya vigencia es menor de día en día, hallan aún su hogar y su santuario en casa del Padre Valdés, en esas luminosas tertulias dominicales de Tacubaya, por donde pasan, poniendo en ellas el único toque de tristeza, las grandes sombras de Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte. Todo esto pasa por allí, como pasa de mano en mano "el mate de los recuerdos y las esperanzas", como diría don Angel María Garibay. Gran arte es la amistad, el arte de la vida humana sin ulterior calificación. En él es maestro también quien en todo cuanto hace y cuanto escribe ha sabido aplicar lo que los antiguos llamaban la virtud del arte.

Arte y liturgia he dicho ser la doble fuente de que se alimenta la personalidad y la obra del Padre Valdés, aunque no sé si más bien no debería hablar de un doble surtidor procedente de un solo manantial. De su vasta obra, en efecto, que se extiende a los más diversos géneros: poesía, crítica, biografía, ensayo, no están ausentes jamás los valores de lo sagrado, de lo trascendente y numinoso, con mayor o menor expresión formal en consonancia con el tema, pero haciendo sentir en todo momento —¿o es que no lo hemos comprobado hace apenas unos minutos?— su presencia inexorable. Y de otra parte, a la vez, no creo estar en un error al pensar que el Padre Valdés no ha encontrado camino mejor para la expresión de esos valores, inviscerados en su ser más íntimo, que la forma artística. Dominando por cierto las más altas disciplinas conceptuales, y habiendo incluso escrito ensayos meritísimos en este terreno, se diría, sin embargo, que es la belleza, el esplendor de la forma en la materia sensible, la categoría vitalmente necesaria para su expresión. Sacerdote de Dios y de las musas le llamaría yo, enmendando levemente el verso horaciano: *Dei musarumque sacerdos,* aunque también aquí, como en lo de la doble fuente, no hay por ventura sino una *hendíadys* conceptual, pues se trata en realidad de la Musa que es la Gracia, como diría Claudel.

Bien claro se ve así en su primer libro de versos: *El pozo de Jacob,* colección de poemas de la más temprana juventud, escritos todos o la mayor parte bajo el cielo de Italia, y en los cuales el seminarista y el joven sacer-

dote expresa líricamente la emoción de su ser al verse ungido ministro de Cristo.

Sopló el Eterno Espíritu en mi alma,
y en ella, como sol, se abrió el carisma
de indeleble poder.

Como lo indica el título del poema que es también el del libro mismo, al poeta le plugo contemplar a su Señor en el ambiente y sitio del suave episodio de la Samaritana, en el lugar donde Jesús, cansado de buscar a cada uno de nosotros —¿no lo dice así el terceto del *Dies irae?*— sentóse a descansar. Es el Cristo expectante, entonces y hasta la consumación de los siglos, el que evoca su poeta y ministro en los años mozos, cuando se dispone a llenar él también la parte que le toca en la continuación de la vigilia.

Veinte años después o poco menos, en 1952, Octaviano Valdés publica *Bajo el ala del ángel,* una de las grandes obras de la poesía mexicana contemporánea. Está ahora en el perfecto dominio de su arte. Los temas son en el fondo los mismos: la vocación sacerdotal arranca ahora desde la evocación de la madre muerta, "el sol que se me pudre bajo tierra"; pero personas y cosas han perdido su resistencia, su opacidad categorial, para dejar pasar libremente la música interior. "Creo que la poesía —dijo en alguna ocasión nuestro poeta, resumiendo su estética— es la expresión en palabras de lo que hay de musicalidad en el universo; es el arte de descubrir y expresar esa musicalidad". Bien pudo decirlo un espíritu esencialmente musical como el suyo: un espíritu que es, todo él, ritmo y medida.

Bajo la tutela simbólica del ángel, forma pura, ajena a limitaciones tempo-espaciales, cerrada dentro de sí, como brillante esfera, con su patrimonio de especies recibidas directamente de la luz irradiante del Verbo, sin la ganga de fantasmas corpóreos, con todos estos caracteres pues, trasladados analógicamente y hasta donde ello es posible a la intuición poética y a la palabra humana, desfilan estos poemas ingrávidos, etéreos, transparentes como el "espejo puro y transparente" que es la inteligencia separada, como dice el autor *De coelesti hierarchia.* En el espejo del tiempo, pero de un tiempo que, como el evo angélico, escapa a la sucesión irreversible, contempla el poeta su infancia:

Espejo mío,
enciende las estrellas olvidadas
cuando sombra mi cuerpo no tenía,
a la orilla del alba,
anterior a la muerte de los lirios,
en un tiempo de alondras, las palabras.

Con este clima de inviolada pureza poética, suscitado por voces como éstas: estrella, lirio, alba, alondra, se concilia muy bien la maestría técnica del instrumento verbal, como lo dan a entender estos versos, que por sí solos podrían definir una estética:

Idioma apasionado,
mas sin romper el coro de las flores
ni el arrobo feliz de las doncellas...

No es ésta, por otra parte, ni poesía hermética ni poesía deshumanizada. Las vivencias humanas del poeta están aquí con todo su calor vital, sólo que elevadas al plano de lo que en estética —punto en que concuerdan casi literalmente Aristóteles y Kant— se llama el universal poético. Así, verbigracia, en esta apelación dirigida a la que goza ya de la visión beatífica:

Tú me dirás del sol con que te alumbras
sin quemarte la cara.
Del Sol, Amor, tú ¡la encendida!
entre el coro de rosas extasiadas.

Una delectación morosa, que he de superar a pesar mío, me haría continuar entresacando, sin otro fin que el de complacerme en su centelleo, diamantes como éstos. Nuesto tiempo, con todo, no es la duración angélica, y me es preciso pasar —de otro modo no cumpliría con mi más apremiante deber en este acto, que es la justicia— a la obra en prosa, no menos admirable que la otra, del Padre Valdés.

El humanismo mexicano, y pudiera decir el humanismo universal, le es deudor de dos grandes contribuciones, la primera de las cuales es *El Prisma de Horacio,* publicado en 1937, con ocasión del bimilenario del excelso poeta venusino. Es, si se quiere, un libro de crítica, oficio que no desdeña nuestro poeta, pues, como dice atinadamente, "no es más interesante atisbar las estrellas que sorprender los caminos del espíritu". Pero es algo más. Es no sólo la crítica artística, la que deja otra obra de arte al lado de la enjuiciada, sino una reconstrucción vívida del alma y el paisaje espiritual de Horacio y de su tiempo; un libro, en suma, como esos libros cordiales y penetrantes que se escribían sobre la antigüedad clásica cuando aún la filología no asumía el ceño adusto, hipertécnico e hipercrítico, que hoy ostenta; libros aquellos, para decirlo con unos cuantos nombres, como los que escribieron Wilamowitz, Gomperz, Gaston Boissier o Fustel de Coulanges.

Pues en esta línea de amables espíritus podría yo situar el homenaje a Horacio, rendido desde México por Octaviano Valdés. Una vez más, en aque-

lla memorable ocasión, un hombre de iglesia supo corroborar la actitud de generosa acogida que la Iglesia Católica, defensora de la vida y la naturaleza, ha mostrado siempre para el pensamiento y las letras gentiles, con tal que, cualesquiera que sean sus deficiencias en otros aspectos, ostenten aquellas obras caracteres eternos de la vida y la naturaleza humana. Y en lo que hace concretamente en este caso al asunto y al autor, yo diría que el encanto más sutil de este *Prisma* le viene de la afinidad electiva que sin esfuerzo puede comprobarse entre el espíritu de Horacio y el de Octaviano Valdés. En uno y otro, el mismo sentido de proporción y de medida: *ne quid nimis, aurea mediocritas:* en ambos por igual, aunque en el Padre Valdés de raíz más profunda, el desasimiento de los bienes terrenos y la existencia vivida como tránsito; en éste y en aquél, la misma comunión vital con lo grande y lo profundo, con el campo y con la patria. He ahí por qué puede nuestro humanista repasar con tanta penetración y comunicar tan viva emoción de modernidad a los grandes temas horacianos que por esta obra desfilan: la libertad, la muerte, la romanidad, el desprecio al dinero, la medida en las pasiones y los actos, la comunión con la naturaleza. Como en un fresco suntuoso pasan todos estos temas, ilustrados y henchidos con los lugares más oportunos de la poesía horaciana; temas y valores comunes al cristiano y al gentil, y cuya síntesis encarna el ideal de la vida mejor en el orden natural. Este es el alto mensaje que dejó aquí, en nuestro México, el bimilenario de Horacio.

La otra gran contribución del Padre Valdés a nuestra cultura humanística es su espléndida traducción en prosa castellana de la *Rusticatio Mexicana* de Landívar, a quien su traductor llama con razón "el más grande de los poetas hispanoamericanos descriptivos, incluyendo a Balbuena, a Bello y a Heredia". Siéndome imposible ponderar en estos momentos las excelencias de esta versión, he de decir apenas que con ella vino a llenarse muy satisfactoriamente un vacío que existía en nuestra literatura nacional, cuando no poseíamos una traducción fiel, en nuestro idioma, de un poema tan nuestro por el asunto. De las dos que se habían hecho, en efecto, la traducción en prosa abunda en lamentables inexactitudes, algunas de las cuales señala sin réplica posible el mismo Padre Valdés en el prólogo a su propia versión. En cuanto a la traducción en verso, obra de otro ilustre humanista mexicano, el Padre Federico Escobedo, es igualmente el Padre Valdés el primero en encarecer sus logros; pero como advierte con toda razón, las limitaciones consiguientes a toda versión métrica hacen humanamente imposible guardar en todo momento una fidelidad perfecta al original.

Por los campos de México intituló con toda propiedad el Padre Valdés su traducción de la *Rusticatio,* ya que, en efecto, este caudaloso poema se extiende a todo lo que es, promueve o alimenta el agro: paisaje, lagos, mon-

tañas, fauna, flora, agricultura e industria; esta opulenta naturaleza americana, en fin, trasladada por Landívar en soberbios hexámetros latinos, con cuya proeza probó bien ser el latín, como dice el Padre Valdés, lengua señora de pueblos, *domina gentium.*

Pensaba sin otra dilación seguir adelante con mi cometido; pero no resisto al deseo de leer para vuestro deleite esta página del canto consagrado a los lagos, otrora tan claros y gloriosos, del valle de México; página tan emotiva para todos nosotros, y tan demostrativa de las virtudes de autor y traductor:

"Hubo, lejos de aquí, en tierras occidentales, ilustre, la ciudad de México, espaciosa y poblada; por sus hombres y riquezas, magnífica... La circunda el claro cristal de varias lagunas, cuya onda indolente incita el resbalar de las piraguas. No intento, sin embargo, celebrarlas a todas, pues las que a distancia miran la ciudad, no se hinchan de tanto caudal que merezcan la fama. Ni sus aguas alimentan el pez de escama reluciente, ni floridas alfombras flotantes, ni bandadas de ánades. Pero la que quiebra los purpúreos rayos del sol que emerge de las sombras, y la que se desvía hacia el sur (un río sinuoso entre ambas, de aguas desbordantes, facilita el tráfico), baten las espumosas orillas, para el solaz de los pobladores y gracia del campo florecido".

Vengo, por último, a la que Jacobo Dalevuelta, y no fue el único, llamó justicieramente gema de la literatura mexicana, que es la vida del Padre Tembleque. De las viejas crónicas franciscanas del siglo XVI supo el Padre Valdés extraer y comunicar movimiento y vida a una portentosa figura: la de aquel humilde religioso, a quien no se tenía, entre sus mismos cofrades, sino por "frailecillo cosa de nada", y que con todo fue capaz por sí solo de acometer a realizar la obra ciclópea de construir, en gallarda arquería, el acueducto de doce largas leguas, para llevar el agua de Zempoala a Otumba. Todo ello, pues: aquel alarde de heroísmo humano y evangélico; el júbilo de nuestro paisaje, "campos de Otumba y Zempoala, por donde el hilo de agua va cantando la loa de la alegría y desparramando salud por alcantarillas y fontanas", y espectáculo más sublime aún, el alma seráfica de fray Francisco de Tembleque, todo ello vibra y alienta en estas páginas trabajadas amorosamente en una prosa que por su fulgor y pureza ha sido con razón comparada a la prosa coruscante de Gabriel Miró.

Y también aquí, para explicarnos el íntimo secreto de esta biografía, cabe hablar, como en el caso de Horacio, de afinidades electivas, y más hondas aún. Si tanto el Padre Landívar como el Padre Tembleque han podido encontrar en el Padre Valdés el más fiel intérprete de su obra y de su espíritu, es porque en todos ellos han sido la liturgia y el arte, con la unidad que dije en un principio, el motor de su vida. De los tres puede decirse lo

que dice Valdés a propósito de Landívar, que "teniendo por tarea primaria el bien de su prójimo, no estimaba pérdida de tiempo hacer arte".

Por si todo lo que hasta aquí he dicho, señores académicos, no abonara sobradamente la sabiduría de vuestro sufragio en favor de nuestro nuevo colega, acabamos aún de escuchar su espléndido discurso sobre el barroco mexicano en toda su latitud material y temporal, así en la poesía como en las artes plásticas, y desde las raíces que cree él haber encontrado en la época precortesiana, hasta sus más recientes manifestaciones.

No siendo mi fuerte, como suele decirse, la crítica de arte, me abstendré de entrar en mayores comentarios, y apenas me limitaré, con la venia del recipiendario, a expresar el deseo que me hostiga de que algún día pueda el Padre Valdés, con la magnífica preparación que ha demostrado tener para ello, darnos un ensayo comparativo entre el clásico y el barroco y sus valores respectivos, desde el punto de vista filosófico; *trahit sua quemque voluptas.* Pues la aporía en que ahora me encuentro —¿o no nos llena de aporías, desde los diálogos platónicos, todo buen discurso?— es la de saber cómo puede llegarse a distintas valoraciones estéticas partiendo de una misma filosofía.

La mía, pues de mí sólo puedo responder, es una filosofía de la forma y del acto, de su primacía absoluta en todos los órdenes; y siendo así, tengo que preferir la obra de arte en que "la forma en sí misma *sí* se cumple"; aquella en que, como en los cuerpos celestes de la física antigua, la forma ha reducido totalmente la materia a su imperio, refrenando todos sus caprichos y divagaciones, y no porque sean éstas precisamente de mala ley, sino porque la forma ha de enseñorearse de ella por entero, como el jinete con el corcel de pura sangre. Este es, en mi concepto, el arte clásico, que por algo ha sido ordinariamente el predilecto de quienes profesan la filosofía de la forma. En el discurso que acabamos de oír, en cambio, y partiendo de una filosofía que presumo ser idéntica, parece atribuirse al arte barroco, con mayor propiedad que al arte clásico, este conato irremitente de la criatura racional por aproximarse en cuanto pueda, lo mismo en la actividad inmanente del conocimiento que en la productiva del arte, a la Forma simplicísima y al Acto puro.

No es este, por supuesto, el momento de formalizar ninguna controversia, que por lo demás no sería entre nosotros sino una de las formas de la amistad; y no ha sido mi propósito sino el de proponer respetuosamente a la consideración del Padre Valdés, y de todos vosotros en general, este punto que estimo ser de tan subido interés en la filosofía del arte.

Bienvenido sea a esta corporación quien por tantos títulos y en tantos campos ha acreditado su derecho a entrar en ella por la puerta de honor. Y mis parabienes más cordiales a nuestra Academia por contar desde hoy entre sus miembros a este alto y puro valor del pensamiento filosófico y la literatura nacional.

ALGUNAS IDEAS SOCIALES EN DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Por don Jesús Silva Herzog *.

ES grato deber en esta ocasión, para mí solemne, recordar al noble educador cuyo sitial ocupo por vuestra benevolencia. Don Erasmo Castellanos Quinto, como de todos es bien sabido, consagró su larga y laboriosa vida a la enseñanza de las bellas letras, con pasión fervorosa y constancia ejemplar. Varias generaciones de estudiantes le oyeron recitar de memoria con voz emocionada, páginas enteras de Homero, de Virgilio, de Dante, de Cervantes y de otros grandes clásicos de la literatura castellana.

Después de cumplidos los setenta años, todavía se negó a que la Universidad lo designara profesor emérito, distinción bien ganada y justa recompensa a sus afanes; y no obstante su avanzada edad, prefirió continuar ejerciendo su misión magisterial hasta muy poco antes del viaje sin posible regreso.

Castellanos Quinto fue un hombre bondadoso y modesto, tal vez demasiado modesto y bondadoso. Sus restos mortales ha tiempo que reposan en el amor eterno de la tierra; mas el recuerdo de sus lecciones elocuentes y sabias permanece vivo en la mente de sus numerosos discípulos. Honremos esta noche al viejo maestro cargado de virtudes, que supo dar su vida con desinterés y generosidad sin límites a la juventud de nuestra patria.

Sería ofender a mi ilustre auditorio si diera principio a mi discurso recordando la vida dolorosa de Miguel de Cervantes Saavedra, la vida de ese desposeído genial —como dice Mariano Picón Salas— que tenía la gran luz de su alma, y se libró del resentimiento sonriendo y comprendiendo; trocando en ternura lo que había recibido en rencor.

La vida del valeroso soldado de Lepanto, es uno de los muchos ejem-

* Discurso de recepción leído en el Palacio de Bellas Artes la noche del 17 de octubre de 1956.

plos que demuestran cuán difícil es que los hombres superiores sean comprendidos y aquilatados por su propia generación. Por supuesto que "no es la posteridad —como afirma Marcel Proust— la que descubre, encumbra o sanciona la virtud de una obra; es la obra misma, según sea de fecunda, la que engendra su propia prosperidad". Y el éxito del libro más celebrado de Cervantes, el Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, no tiene paralelo en nuestra lengua. En la obra maestra de Cervantes se encuentran unidos el trascendentalismo de Esquilo, el realismo de Eurípides y el hurismo de Aristófanes, tres formas de comprender y sentir la vida, según opinión de Gutiérrez Noriega. Cabe agregar que esta triple actitud en dosis diferentes se descubre en todo ser humano si se ahonda en el misterio de su personalidad.

En el libro del genio español, se pone frente a nuestros ojos la radiografía de un mundo en lucha, palpitante de vida con la muchedumbre de sus personajes, entre quienes se destacan los dos héroes de la novela. Don Quijote es el loco a menudo cuerdo, y Sancho es el cuerdo a menudo loco. Ese mundo en lucha representa la Edad Media que se esfuma en España, y el comienzo de la Epoca Moderna. Después de la derrota de la Armada Invencible, se advierte la decadencia de España, de la que aún no se repone y no sabemos si algún día se repondrá. Cervantes llega a la vejez en momento de crisis de su patria, cuando los antiguos valores se van desdibujando ante el poder de la riqueza. Se avecina el triunfo del ideal capitalista. "El hombre moderno —escribe el ya citado Picón Salas— no quiere dejar nada al azar y anhela reducir a signos numéricos hasta sus propias emociones. Mientras el caballero nunca alcanzaba su meta final que era el cielo, la sociedad burguesa se contenta con su creciente poderío terrestre". En esa España, ya distante de Lepanto y de los sueños grandiosos de dominio europeo, pobre y desilusionado, escribe Cervantes su *Don Quijote de la Mancha.*

La figura de Don Quijote es profundamente humana, precisamente por su dualismo, por su contradictoria personalidad; es, a mi parecer, la figura más vigorosa de la literatura universal; y, cabe agregar, la más conocida y popular de todas, por lo menos en las naciones en que predomina la cultura de Occidente.

Francisco Ayala, en un ensayo sobre la obra de Cervantes, dice lo siguiente: "Este vivir del personaje literario con independencia del texto donde fuera plasmado, dista mucho de ser cosa excepcional. No sólo Don Quijote y Sancho, sino todas las grandes figuras producidas por la poesía —y, junto a ellas, otras ficciones efímeras, fruto de artes menores— gozan de semejante substantividad, habiendo ingresado en el campo de las representaciones comunes a partir de los textos de origen". Conforme con Ayala, pero con la salvedad de que sólo los personajes creados por el genio logran

traspasar los siglos y alcanzar mayor realidad que sus propios creadores: Aquiles y Odiseo; Otelo y Hamlet; y sobre todo Don Quijote y Sancho.

A mi juicio, únicamente la obra de Shakespeare ha sido tan comentada como la de Cervantes. Los comentaristas se cuentan por millares en Europa y América. La novela del estupendo caballero andante y de su no siempre fiel escudero, ha sido analizada por la crítica desde todos los puntos de vista que es posible imaginar; y es que la riqueza de sus temas y la frondosidad de sus ideas invitan al crítico a la exploración literaria, social o filosófica, según las preferencias y la particular preparación.

Yo, modesto caminante desde largos años por los campos movedizos y un tanto peligrosos de las ciencias sociales, voy a examinar dentro del marco de mi especialidad, algunas de las ideas que en nueva y reciente lectura llamaron más mi atención.

Para mí lo más atrayente en el libro de Cervantes es la inconformidad con el mundo que circunda a los dos principales personajes, y que se manifiesta aquí y allá en el curso del relato. La crítica social se advierte a cada paso en las palabras iluminadas del Caballero. "Crítica sutil e implacable, —como dice Bosch Gimpera— en el envoltorio de una novela sin finalidad trascendental aparente". Y Manuel Azaña, escribe en relación con el mismo tema: "El frenesí antisocial de Don Quijote viene a ser la descarga de la tensión insufrible de un alma dolorida, tierna, amante; su grandeza, su extravío, su vida descomunal, revelan la fuga de un ensueño gigantesco desde la prisión de lo mediocre". Don Quijote expresa en no pocos de sus discursos la inconformidad y la protesta de Miguel de Cervantes. El y sus héroes están eternamente unidos y no pueden separarse como lo intentó, en su hermoso y desconcertante libro, Miguel de Unamuno. La realidad histórica de Don Quijote corre pareja con la de su creador.

Santo Tomás Moro se vale en *La Utopía,* de su viajero imaginario, Rafael Hithlodeo, para criticar la organización social de su tiempo; Erasmo de Rotterdam, con el mismo propósito, escribió su pequeña gran obra titulada *El Elogio de la Locura,* sátira genial del ilustre humanista. Miguel de Cervantes, el mayor humorista de Occidente, utiliza parecido procedimiento en *Don Quijote de la Mancha,* es decir, la ficción, la ironía y lo extraordinario. No es Cervantes, sino su personaje loco, el que dice y hace cosas desorbitadas y absurdas. Sólo así pudo escapar a la severa censura eclesiástica, siempre alerta y celosa para conservar las buenas costumbres y los dogmas de la religión.

Después de lo dicho, es menester entrar de lleno en materia, ocupándome de algunas de las ideas sociales en el Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.

Cervantes, que supo lo que es el dolor del prisionero, nos dice por boca del cautivo, que no hay en la tierra, conforme a su parecer, contento que se iguale a alcanzar la libertad perdida. Y cuando Don Quijote logra escapar de la casa de los duques, le dice a su escudero estas palabras dignas y varoniles: "La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres".

Muy cerca de trescientos cincuenta años han transcurrido desde que Cervantes escribió tan hermosas palabras; muy cerca de tres siglos y medio de lucha sin tregua de los pueblos por conquistar la libertad individual y colectiva; y, después de tanta sangre vertida y sacrificio tanto, la libertad se niega, sufre mengua o es asesinada, lo mismo en los territorios del Oriente que del Occidente. La libertad, suprema aspiración de los pueblos oprimidos, es la meta que debe alcanzarse en el próximo futuro, aun cuando sea necesario hacer los más grandes sacrificios; porque la libertad es la base del honor del ciudadano, y al privarlo de libertad se le quita la honra.

Hay algo más en el libro magistral sobre el mismo problema. En el discurso de Don Quijote a los guardas de los galeotes les dice: "No faltarán otros que sirvan al Rey en mejores ocasiones; porque me parece duro caso hacer esclavos a los que Dios y naturaleza hizo libres. Cuanto más, señores guardas, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros. Allá se lo haya cada uno con su pecado; Dios hay en el cielo, que no se descuida de castigar al malo, ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres no yéndoles nada en ello". Las frases anteriores demuestran una actitud de rebeldía contra el orden social establecido, y a mi entender, reflejan el pensamiento íntimo de Cervantes sobre la justicia en la tierra. En conexión con este asunto quiero citar a Jorge Mañach, quien en un brillante ensayo titulado Filosofía del Quijotismo, dice lo que a continuación me permito insertar: "De ahí le vienen sus deberes a la caballería. No aspira ésta a administrar justicia según el derecho positivo, expresión de los intereses sociales en un momento dado, sino a implantar un derecho natural de equidad, que el Renacimiento había afirmado, sin duda, pero al que nuestro caballero añade un coeficiente de idealismo ético cristiano, esencialmente fundado en la caridad". Recordemos de paso que para Unamuno, Don Quijote fue discípulo de Cristo, un cristiano esencial.

Pero Cervantes, que en ocasiones se pone solemne, no olvida su fino humorismo o la sátira más o menos cruel. En el discurso que Don Quijote endereza a los guardas de los galeotes y a los galeotes mismos, al advertir entre los prisioneros a un anciano de cabellos blancos y rostro venerable, y saber que el castigo es por hechicero y alcahuete, les dice: "A no haberle añadido esas puntas y collar, por solamente el de alcahuete limpio no merecía él ir a bogar en las galeras, sino a mandallas y a ser general dellas. Porque no es así como quiera el oficio de alcahuete; que es oficio de discretos, y necesarísimo en la república bien ordenada y que no le debía ejercer sino gente muy bien nacida; y aún había de haber veedor y examinador de los tales, como le hay en los demás oficios, con número deputado y conocido, como corredores de lonja, y desta manera se excusarían muchos males que se causan por andar este oficio y ejercicio entre gente idiota y de poco entendimiento, como son mujercillas, de poco más o menos, pajecillos y truhanes, de pocos años y de poca experiencia, que a la más necesaria ocasión, y cuando es menester dar una traza que importe, se les yelan las migas entre la boca y la mano, y no saben cuál es su mano derecha. Quisiera pasar adelante y dar las razones porque convenía hacer elección de los que en la república habían de tener tan necesario oficio; pero no es el lugar acomodado para ello: algún día lo diré a quien lo pueda proveer y remediar".

Seguramente Cervantes tenía razón al dar tamaña importancia al oficio del correveidile, puesto que debió haber sido grave y útil menester en la España de la Edad Media en adelante. Díganlo si no Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, Fernando de Rojas y no pocos escritores del siglo de oro español. Pero en nuestros días el tal oficio ha venido a menos, entre otras razones y sucesos, porque a ellos y a ellas les sobra el ánimo para arreglar sus asuntos amorosos sin la intervención de terceros.

En una noche memorable, pródiga en desenlaces novelescos, don Quijote, durante la cena en la Venta y ante escogido auditorio, diserta con rara elocuencia sobre las armas y las letras. Páginas de antología de la prosa universal, por la belleza del estilo y la hondura del pensamiento. En una parte de dicha disertación dijo el caballero: "Hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva y dar a cada uno lo que es suyo, y entender y hacer que las buenas leyes se guarden. Fin, por cierto, generoso y alto, y digno de grande alabanza; pero no de tanta como merece aquel a que las armas atiende, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida. Y así, las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres fueron las que dieron los ángeles la noche que fue nuestro día, cuando can-

taron en los cielos: "Gloria sea en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena volutad"; y la salutación que el mejor maestro de la tierra y del cielo enseñó a sus allegados y favorecidos fue decirles que cuando entrasen en alguna casa dijesen: "Paz en esta casa"; y otras muchas veces dijo: "Mi paz os doy; mi paz os dejo; paz sea con vosotros", bien como joya y prenda dada y dejada de tal mano; joya, que sin ella, en la tierra ni en el cielo puede haber bien alguno".

Nuestro caballero, como ya lo hizo notar Florentino Torner, jamás entró a una iglesia en el curso de sus descomunales aventuras. Parece que no le importaban las ceremonias religiosas con que se contentan muchos modernos fariseos; nuestro caballero es un cristiano auténtico que ama la justicia, la libertad, la paz y la práctica de la virtud. Por defender estos bienes supremos perdió la cordura y se coló en la inmortalidad.

Pero volvamos al tema de la paz, a la palabra paz que tan a menudo se encuentra en los evangelistas, en San Pablo y en los escritos de los primeros padres de la Iglesia; volvamos a la palabra paz, palabra peligrosa, palabra maldita, como dice Benjamín Carrión; maldita en nuestro tiempo de profunda crisis humana en que el hombre ha perdido su centro de gravedad y se encuentra sin rumbo, dominado por la discordia. El mayor peligro en esta hora dramática, no está a mi juicio en las armas atómicas con que se amenazan los grandes estadistas y sus corifeos; no, el mayor peligro está en el menosprecio de los más altos valores, en la tergiversación de los más hermosos vocablos, en la hipocresía, la mentira, la codicia desenfrenada y la maldad de quienes gobiernan las grandes potencias.

Pero precisa defender la paz todos los días y todas las horas, con el cerebro y con el corazón. No importa que por ser pacifistas nos satanicen y calumnien los perversos.

En otro lugar del discurso sobre las armas y las letras, Don Quijote pronuncia estas palabras de protesta contra la invención de máquinas de guerra: "Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, a cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención, con la cual dio causa que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero, y que, sin saber cómo o por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima a los valientes pechos, llega una desmandada bala (disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina), y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos".

Si viviese Cervantes ¿qué pensaría del progreso asombroso de la técnica

guerrera en los últimos lustros, y qué hubiera dicho de lo de Hiroshima y Nagasaki? Claro está que esta interrogación no necesita respuesta.

Uno de los pasajes más celebrados es, seguramente, el discurso de Don Quijote a los cabreros, en el cual les habla de los felices tiempos del comunismo primitivo. De ese discurso admirable voy a tomar lo que conviene a mi propósito para no cansar demasiado vuestra benévola atención.

"Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquélla venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de "tuyo" y "mío". Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes... Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia... No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aun no se había asentado en el entendimiento del juez..."

De suerte que Cervantes —no parece caprichoso pensarlo— descontento del momento histórico en que tan mal le tocó vivir, miraba nostálgicamente la etapa del comunismo primitivo en que no existía la propiedad privada de las cosas. De la leyenda de la edad de oro se habla desde la Antigüedad. Ya Salustio recuerda con melancolía los tiempos bienaventurados en que los hombres ignoraban la codicia, y todos se contentaban con lo que poseían. Virgilio, en una de sus Geórgicas dice: "Antes de Júpiter, ningún labrador había dominado los campos. No estaba permitido marcar sus límites ni reglamentar su reparto. Todo era común, y sin que se solicitara, la tierra prodigaba libremente sus bienes". Y no fueron los dos autores citados los únicos que antes de la composición de *Don Quijote de la Mancha* añoraran en sus escritos aquellos siglos venturosos. El caballero andante, en el mismo discurso a los cabreros, se pronuncia en contra de males que se padecían entonces, y que todavía padece, de seguro agravados, la sociedad contemporánea. El fraude y el engaño mezclados con la verdad; la justicia subordinada al interés económico y la influencia de los poderosos. Cervantes veía cómo iba construyéndose el mundo del mercader.

La política mercantilista, tanto desde el punto de vista teórico como en la práctica, se desenvuelve y florece en el curso del siglo XVII en las naciones europeas más adelantadas: Francia, Inglaterra y Holanda. España no puede, no obstante su lento caminar en la historia, substraerse del todo a los nuevos rumbos de la evolución económica y social. La apetencia de riqueza va siendo cada vez más, norma y estímulo poderoso de la conducta humana,

comienza el antagonismo reductible, la antinomia entre el capitalismo y lo que es sustantivo en la doctrina de Cristo. De un lado los Evangelios, las Epístolas de San Pablo, la Epístola Católica del Apóstol Santiago y la Patrística; del otro, Tomás Mun en Inglaterra; Antonio Serra en Italia; Monthcretien en Francia, y Seckendorff en Alemania, quienes fincan sus más caras aspiraciones en la acumulación de metales preciosos y en el enriquecimiento de las monarquías y de los súbditos.

En la *Ciudad de Dios* de San Agustín, no sólo se condena el paganismo sino también la organización precapitalista romana, en la cual el lucro desempeñaba ya papel preponderante. Lo mismo puede observarse en las epístolas y homilías de otros padres de la Iglesia. Luchan sin descanso contra la avaricia, contra la acumulación de bienes materiales, y defienden con palabras elocuentes la eternidad de los bienes del espíritu. En la baja Edad Media hay una economía sin mercados, como dice Pirenne; el lucro no existe y se asegura que el soldado y el mercader no entrarán al reino de los cielos.

Cervantes, quiero insistir en ello, vivió muy lejos de aquellos siglos. El poder del dinero se pondera en distintos pasajes de su libro. Uno de los galeotes a quien Don Quijote ofrece veinte ducados, le responde: "Eso me parece como quien tiene dineros en mitad del Golfo, y se está muriendo de hambre, sin tener adonde comprar lo que ha menester. Dígolo porque si a su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la péndola del escribano, y avivado el ingenio del procurador, de manera que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover, de Toledo, y no en este camino atraillado como galgo. . ."

Por otra parte, el estudiante que informa al Caballero de la Triste Figura, o de los Leones, acerca de la próxima boda de Camacho el rico y de Quiteria, después de sostener que el linaje de ella aventaja al de él, concluye que ya no se mira en eso: "Que las riquezas son poderosas de soldar muchas quiebras". Y el ladino y entremetido Sancho, al terciar en la conversación, opina que sobre un buen cimiento se puede construir un buen edificio, y que el mejor cimiento del mundo es el dinero. Todavía sería posible multiplicar los ejemplos.

La asombrosa dualidad del héroe de Cervantes, cordura y locura, es, según particulares circunstancias, con diferencia de grado y matices, mucho más frecuente y real de lo que pudo pensarse en siglos pasados. Por esto, la psiquiatría moderna reconoce en Cervantes a un genial precursor, no solamente por la complejidad psicológica de nuestro caballero, sino también por otros personajes que cinceló con mano maestra en otras de sus creaciones literarias. Uno de los más interesantes ejemplos de dualismo es el de

Carlos Fourier, cumplido oficinista y a la vez autor de teorías sorprendentes y organizador imaginario de ciudades utópicas.

Al Caballero del Verde Gabán le causan admiración y contento las buenas maneras y la discreta y amena conversación de Don Quijote. Juntos van sin mucha prisa por uno de los caminos polvorientos de la España del siglo XVI. En el curso de la plática se toca el tema de la educación de los jóvenes. Don Quijote dice a su acompañante: "Los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y así se han de querer, o buenos o malos que sean, como se quieren las almas que nos dan vida: a los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres, para que cuando grandes sean báculo de la vejez de sus padres y gloria de su posteridad; y en lo de forzarles que estudien esta o aquella ciencia no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no será dañoso; y cuando no se ha de estudiar para 'pane lucrando', siendo tan venturoso el estudiante que le dio el cielo padres que se lo dejen, sería yo de parecer que le dejen seguir aquella ciencia a que más le vieren inclinado". Breve, acertada y sencilla lección pedagógica que debieran conocer no pocos padres ayunos de tan elementales conocimientos; aun ahora en que el hombre ha realizado la mayor de sus hazañas, al desintegrar el núcleo y descubrir el secreto de la materia.

Siempre que viene a cuento, Cervantes se muestra defensor apasionado de la verdad histórica. En una parte de su libro escribe: "Cosa mal hecha y peor pensada; habiendo y debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos y no nada apasionados, y que ni el interés ni el miedo, el rencor ni la afición, no les hagan torcer el camino de la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir". Y cuando el endemoniado bachiller Sansón Carrasco cuenta a Don Quijote y a Sancho, que por ahí ya corre impresa la historia de sus hazañas, lo cual halaga pero a la vez preocupa a nuestro caballero, éste afirma enfáticamente: "La historia como cosa sagrada: porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad, está Dios, en cuanto a verdad". Y en otro lugar del mismo pasaje: "Los historiadores que de mentiras se valen habían de ser quemados, como los que hacen monedas falsas". Mas cuando sabe que en la historia de sus famosos hechos no se omite el relato de las palizas por él sufridas, entonces se torna menos exigente y piensa que los historiadores debieran callar por equidad, "pues las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia no hay para qué escribirlas, si han de redundar en menosprecio del señor de la historia". Y haciendo una vez más gala de su conocimiento de las letras clásicas, agrega:

"A fe que no fue tan piadoso Eneas como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulises como le describe Homero". El, Don Quijote, codicioso de gloria, sin darse cabal cuenta, se compara con los héroes de la Odisea y de la Eneida; él quiere ser como ellos, famoso a través de las generaciones y por largos siglos.

Las opiniones de Cervantes y de su personaje sobre la historia son atinadas. A este propósito tiene interés anotar cierta analogía entre unas palabras de Cervantes y otras de Leopoldo Ranke, uno de los fundadores de la moderna ciencia histórica. Cervantes dice: "...Es la historia émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir". Ranke escribe: "Que a la historia se ha asignado la tarea de juzgar al pasado y de instruir al presente en beneficio de las edades futuras".

Ahora bien, en cuanto a la pasión de Don Quijote por la verdad en la historia, no parece inoportuno citar a nuestro contemporáneo Edmundo O'Gorman, cuando en su libro *Crisis y porvenir de la ciencia histórica* expresa lo siguiente: "La ciencia histórica (conocimiento teórico de la historia) sólo será auténtico conocimiento de su objeto, en la medida en que no oculte, antes descubra (operación de la verdad) la estructura de la existencia humana en cuanto que es ella lo primeramente histórico de la historia".

La conclusión que se impone, estriba en afirmar que quienes escriben obras de historia y tergiversan los hechos por ignorancia o mala fe, no son historiógrafos sino impostores que merecen y deben ser repudiados por quienes defienden y aman la verdad.

La mala suerte de Miguel de Cervantes le persiguió toda la vida, no obstante sus grandes méritos intelectuales, su genio creador de obras imperecederas y sus auténticas y claras virtudes. Cervantes fracasa en el teatro mientras triunfa el talento y la fecundidad extraordinaria de Lope de Vega. Todo esto que es bien sabido, lo digo porque viene a cuento y en plan de recordación.

Cervantes se venga de sus afortunados competidores al escribir lo que se incluye en seguida: "Pero lo que más me le quitó de las manos, y aun del pensamiento de acabarle, fue un argumento que hice conmigo mesmo, sacado de las comedias que ahora se representan, diciendo: 'Si éstas que ahora se usan, así las imaginadas como las de historia, todas o las más son conocidos disparates y cosas que no llevan pies ni cabeza, y, con todo eso, el vulgo las oye con gusto, y las tiene y las aprueba por buenas, estando tan lejos de serlo, y los autores que las componen, y los actores que las representan dicen que así han de ser, porque así las quiere el vulgo, y no de otra manera, y que las que llevan traza y siguen la fábula como el arte pide no sirven sino para

cuatro discretos que las entienden, y todos los demás se quedan ayunos de entender su artificio, y que a ellos les está mejor ganar de comer con los muchos, que no opinión con los pocos, deste modo vendrá a ser mi libro, al cabo de haberme quemado las cejas por guardar los preceptos referidos, y vendré a ser el sastre del cantillo' ".

¿Quién puede negar que la crítica de Cervantes es aplicable a la época en que vivimos? y no sólo al teatro sino también al cinematógrafo, a la radio y a la televisión. Todos estos aparatos hubieran sido instrumentos admirables de difusión cultural y medio eficaz para sembrar ideas generosas en el corazón de los pueblos, si no hubieran caído en manos de negociantes de toda laya, que no tienen otro deseo que acumular bienes de fortuna. Por supuesto que hay honrosas excepciones que desgraciadamente confirman la regla. A nuestro autor le indignan de tal manera las malas comedias, que sugiere la censura previa como remedio, y lo hace en estos términos: "Y todos estos inconvenientes cesarían, y aún otros muchos más que no digo, con que hubiese en la Corte una persona inteligente y discreta que examinase todas las comedias antes de que se representasen". En completo desacuerdo con la mentada sugestión, porque toda censura es siempre en menoscabo de la libre expresión del pensamiento, porque mengua la capacidad creadora del artista y la búsqueda de la verdad por el hombre de ciencia o por el filósofo; y también porque es instrumento de dictadores y tiranos que ahogan la protesta de los pueblos que tienen hambre de pan, sed de justicia y ansias de libertad.

Francisco Ayala, arriba citado, escribe: "Si para nosotros Don Quijote y Sancho son entes familiares, las figuras accesorias que los acompañan y se relacionan con ellos, y el escenario donde se mueven, están muy lejos de nuestra propia existencia. Se trata de un mundo histórico casi esfumado, al que sólo la lectura nos presta acceso; de unas figuras pertenecientes a complejos sociales casi por completo disueltos, y cuyos problemas prácticos no son los que ahora nos angustian o preocupan, aunque más de una vez nos salten a la vista analogías". Yo agregaré que las analogías saltan a nuestra vista con suma frecuencia, porque si bien es cierto que el progreso asombroso de la ciencia y el adelanto de la técnica han transformado la organización social en numerosos y dilatados territorios, cierto es también que la personalidad íntima del hombre no parece haber sufrido cambios paralelos a los realizados en el mundo de lo material. Por eso, cuando leemos los viejos libros escritos hace siglos y aún milenios, descubrimos con melancolía cuán poco se ha modificado el alma humana en su recóndita substantividad. Las mismas pasiones, las mismas angustias y los mismos sueños de superación. Por eso los discursos de Don Quijote y los consejos que solía dar a su escudero tienen para nosotros una sorprendente y dramática actualidad.

En uno de los diálogos entre Don Quijote y Sancho, aquél le dice a este: "Y esto me has de decir sin añadir al bien ni quitar al mal cosa alguna; que de los vasallos leales es decir la verdad a sus señores en su ser y figura propia, sin que la adulación la acreciente o otro vano respeto la disminuya; y quiero que sepas, Sancho, que si a los oídos de los príncipes llegase la verdad desnuda, sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrían..." Palabras que debieran tener presente los hombres que ejercen altas funciones públicas, para defenderse del vino que destila la adulación de los lacayos.

Don Quijote y Sancho pasan varios días en la casona de los duques, sufriendo las bromas estúpidas de estos aristócratas holgazanes, quienes en ocasiones hacen pensar que se contagiaron muy luego de la locura del Caballero Andante. Este, en charla con la duquesa sobre el gobierno de Sancho en la Insula prometida, le dice: "Y más que ya por muchas experiencias sabemos que no es menester ni mucha habilidad ni muchas letras para ser uno gobernador, pues hay por ahí ciento que apenas saben leer, y gobiernan como unos gerifaltes..."

Hoy podemos repetir que hay cientos de gobernantes iletrados, lo mismo aquí que allá y acullá; por eso no gobiernan, sino desgobiernan en perjuicio de los gobernados a los que en ocasiones oprimen y acobardan.

En la carta que Sancho envía a su mujer desde los dominios de los tales duques, le escribe: "De aquí a pocos días me partiré al gobierno, adonde voy con grandísimo deseo de hacer dinero, porque me han dicho que todos los gobernadores nuevos van con este mesmo deseo". Pero las malas intenciones del escudero codicioso, su fiebre de lucro y sus pensamientos turbios, desaparecen ante las palabras nobles y transparentes que fluyen del corazón de su amo. La figura de Don Quijote se ilumina y agiganta cuando aconseja a Sancho antes de su partida al gobierno de la Insula Barataria. La cordura del caballero loco resplandece con luz de inspiración. Sus consejos debieran hoy seguirlos los que imparten justicia y los que gobiernan ciudades y naciones. Y aquí es oportuno, indispensable, incluir algunos párrafos de esta parte culminante de la novela. De uno de los libros más fascinantes y que más honran al pensamiento humano.

"Hallen en ti más compasión las lágrimas del pobre, pero no más justicia que las informaciones del rico.

"Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico como por entre los sollozos e importunidades del pobre.

"Cuando pudiera y debiera tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente; que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

"Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

"Cuando te sucediere juzgar algún pleito de algún tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria y ponlas en la verdad del caso.

"No te ciegue la pasión propia en la causa ajena; que los yerros que en ella hicieres, las más veces serán sin remedio; y si le tuvieren, será a costa de tu crédito, y aun de tu hacienda.

"Al culpado que cayere debajo de tu jurisdicción considérale hombre miserable, sujeto a las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio a la contraria, muéstratele piadoso y clemente; porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea a nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia".

Y en la carta que dirige Don Quijote a Sancho cuando ya es gobernador de la Insula:

"Para ganar la voluntad del pueblo que gobiernas, entre otras, has de hacer dos cosas: la una, ser bien criado con todos... y la otra, procurar la abundancia de los mantenimientos; que no hay cosa que más fatigue el corazón de los pobres que la hambre y la carestía.

"No hagas muchas pragmáticas; y si las hicieres, procura que sean buenas, y, sobre todo, que se guarden y cumplan; que las pragmáticas que no se guardan lo mismo es que si no fuesen; antes dan a entender que el príncipe que tuvo discreción y autoridad para hacerlas no tuvo valor para hacer que se guardasen".

El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha es, como antes dije, de tal manera abundante en sucesos y caudaloso en ideas, que puede ser enfocado desde los más diversos ángulos. Después de tantos años el libro permanece pleno de juventud, como los cedros del Líbano, gigantes y copudos, que desafían victoriosos la acción desintegradora y tenaz de los siglos. Ya Ortega y Gasset decía: "No pocas de las satisfacciones que halla en su lectura el lector contemporáneo proceden de lo que hay en el Quijote, común con un género de obras literarias, predilecto de nuestro tiempo. Al resbalar la mirada por las viejas páginas, encuentra un tono de modernidad que aproxima certeramente el libro venerable a nuestros corazones: lo sentimos tan cerca, por lo menos, de nuestra más profunda sensibilidad, como pueden estarlo Balzac, Dickens, Flaubert, Dostoyewsky". Y en este momento histórico de perfiles dantescos —añadimos nosotros—, cuando el hombre atribulado se refugia en la lectura de los grandes libros, lámparas encendidas en medio de la noche, se conforta el espíritu, y de la esperanza muerta nace la nueva esperanza en el destino superior del hombre.

CONTESTACION AL ANTERIOR DISCURSO

Por don Antonio Castro Leal.

ENTRA en la Academia Mexicana de la Lengua, con general beneplácito, el Profesor Jesús Silva Herzog, que ha dedicado su vida a profundas investigaciones en el campo de las ciencias sociales, a generosas tareas de enseñanza y a nobles empresas de cultura. Dentro de las ciencias sociales ocupa un lugar prominente en el terreno de la economía, en la que ha realizado importantes y numerosos estudios, y prestado meritísimos servicios docentes a la Universidad de México y una preciosa colaboración técnica a la patria en momentos de graves preocupaciones nacionales.

Como economista se inicia en el estudio general de esta ciencia, especializándose en la historia de las doctrinas económicas, materia que ha profesado por más de 25 años en la Escuela Nacional de Economía, cuyo funcionamiento y organización consolidó como director de la misma de 1940 a 1942. Me complace sentirme cerca del Profesor Silva Herzog en este caso particular, porque fui yo quien, como Rector de la Universidad Nacional de México, propuso al Consejo Universitario, el año de 1928, la creación de la Escuela Nacional de Economía.

Pero un hombre criado en la época de la Revolución Mexicana, un profesor que siempre ha pensado que las ciencias sociales, y en especial la economía, ni pueden ni deben sustraerse a las influencias que, como en un campo magnético, ejercen sobre ella las condiciones de la sociedad en que nace y del tiempo en que se desarrolla, un espíritu, atento como el suyo, al destino nacional, no podía dejar de aplicar a la realidad mexicana la visión y los conocimientos adquiridos en el estudio de los clásicos de la economía y en la consideración de los grandes fenómenos sociales que, por lo menos desde el descubrimiento de América, han servido para establecer y fundar las reglas, los principios y las leyes económicas.

El Profesor Silva Herzog se vuelve entonces hacia la realidad mexicana. Medita sobre ella y de 1925 a 1927 inaugura en la Escuela de Verano de

nuestra Universidad una clase sobre historia económica de México, y en 1928 crea la de problemas sociales y económicos de México en la Facultad de Filosofía y Letras. A partir de ese momento comienza su producción escrita que abarca diversos temas, generales y monográficos, desde los salarios, el costo de la vida, el problema agrario y el petróleo hasta el amplio cuadro de la Revolución Mexicana.

Las meditaciones del Profesor Silva Herzog han dado preciosos frutos. En primer lugar, sus propios escritos, cuyo largo cortejo bibliográfico va desde los *Apuntes sobre la evolución económica de México* (1927), publicados hace cerca de 30 años, hasta su *Nueve estudios mexicanos,* de 1953. Y, aunque no tenga las imponentes proporciones de sus otros volúmenes, yo agregaría su ensayo salido este mismo año bajo el título de *Homilía para futuros economistas,* en el que resume algunas de sus ideas sobre la estructura de la economía y su aplicación a nuestro medio nacional. En segundo lugar, sus meditaciones han caído como fecundo grano en los sucesivos auditorios de estudiantes que durante un cuarto de siglo han escuchado sus lecciones. El Profesor Silva Herzog es un profesor nato, que siente la alegría y la responsabilidad de la comunión con la juventud, que sabe comunicarle —con palabra sabia y apasionada— las doctrinas que forman el espíritu, y las verdades que orientan y que salvan. Me ha confesado que lo más importante que ha hecho en su vida ha sido influir en la formación intelectual y moral de generaciones de jóvenes economistas.

¿Influir en la formación moral un profesor de economía? Pero ¿no es la economía una ciencia objetiva, que se limita a describir, a informar y a calcular, y que descansa fríamente en las matemáticas y la estadística? No, no es nada más eso—, nos dice el Profesor Silva Herzog. Y desarrollando la concepción que de la economía han tenido otros amplios espíritus, afirma, no sólo que sus leyes están sujetas a mayores contingencias que todas las leyes de la naturaleza, sino que hasta puede pensarse en la existencia de una relatividad permanente y radical. Los principios elaborados cuidadosamente tomando como base la realidad de una época, se agrietan o se derrumban cuando esa realidad cambia. "La economía —nos dice el Profesor Silva Herzog— es una ciencia dinámica que se está haciendo y rehaciendo constantemente, porque constantemente se está haciendo y rehaciendo el mundo económico".

Pero en ese hacer y rehacer aparece, tarde o temprano, como un espectro ineludible que, una vez encontrado, no puede olvidarse nunca, el hombre, el hombre de un país y de una época, con su propio pasado y con su propio destino. Y ese es el último beneficiario de toda la economía. El complicado proceso que va de un descubrimiento científico a su aplicación técnica, y de los cambios producidos por ésta en la estructura económica, a su influen-

cia en la organización social y política, y el resultado de todo ello en el desarrollo del progreso, no puede tener más que una finalidad: hacer más fácil y más llevadera —y por lo tanto más elevada y más noble— la vida del hombre. Siempre que puedo, nos dice el Profesor Silva Herzog, me agrada citar una frase del clásico Adam Smith, y este sería el momento de traerla a colación: "Ninguna sociedad puede florecer ni ser feliz si la mayoría de sus miembros son pobres y miserables".

Y por este camino llega el Profesor Silva Herzog, no sólo a la realidad mexicana, sino a la de Hispanoamérica. ¿Podríamos aplicar las doctrinas de los grandes economistas anglosajones y austríacos, elaboradas sobre las realidades de sus propias avanzadas culturas, al medio hispanoamericano, en el que hay todos los grados de desarrollo, desde los más primitivos? Ante esta realidad, no catalogada en el cuadro de los textos ni en los libros de consulta, el economista tiene que aplicar los principios científicos aprendidos, para acelerar el desarrollo de esas etapas primitivas a fin de superarlas y redimirlas. Por eso nos dice el Profesor Silva Herzog que "el que sólo sabe, no sabe para qué sirve lo que sabe, si no sabe sentir las palpitaciones del mundo circundante". Ha defendido siempre una economía cuyo "objeto no sea la riqueza misma, sino como un medio para mejorar al hombre en todos los aspectos de su existencia individual y colectiva".

Al mismo tiempo que al economista y al maestro habría que recordar aquí al funcionario público. Ha prestado importantes servicios al país como Subsecretario de Educación Pública (1933-1934), como Subsecretario de Hacienda (1945-1946), como Gerente general de Petróleos Mexicanos (1939-1940) y como fundador, director u organizador de departamentos y oficinas de estudios económicos en algunas instituciones oficiales. Fue de especial importancia su participación como técnico en la expropiación de los bienes de las empresas petroleras. Por su saber, su espíritu de iniciativa, su eficiencia y su probidad ha sido un alto ejemplo como servidor de los mejores intereses de la patria. En el servicio exterior ha ocupado los puestos de Embajador ante la Unión Soviética (1929-1930) y de Presidente de la Delegación de México a la Cuarta Conferencia Comercial Panamericana, reunida en Washington (1931).

Entre las importantes actividades culturales en que ha tomado parte hay que mencionar, en primer lugar, a *Cuadernos americanos*. Esta gran revista, cuya fundación y larga vida se debe a él, se publica sin interrupción desde 1942 y tuvo desde un principio un ámbito continental. No sólo presenta un cuadro valioso y representativo de la cultura hispanoamericana de nuestro tiempo, en sus aspectos literarios, sociales e históricos, sino que mantiene un valiente criterio de libertad y de verdadera democracia como una antorcha que ilumina los caminos de salvación de nuestra América. Re-

cordemos asimismo que la intervención del Profesor Silva Herzog fue decisiva en la organización del Congreso Científico Mexicano, reunido en México en 1951, así como en la publicación de su interesante como voluminosa colección de memorias.

En el campo universitario y fuera de las labores docentes, el Profesor Silva Herzog ha sido el jefe de la Delegación mexicana que asistió al Congreso de Universidades Latinoamericanas de Santiago de Chile (1953), así como presidente de la Comisión de Fianzas de la Universidad Nacional Autónoma de México y miembro del Consejo Universitario durante varios períodos. Actualmente es profesor de carrera de la Escuela Nacional de Economía y miembro del Colegio Nacional y de la Junta de Gobierno de la propia Universidad. Me es particularmente grato recordar el interés especial que ha puesto en la organización de los Cursos de Invierno, impartidos en la ciudad de San Luis Potosí como una de las actividades de la Academia Potosina de Ciencias y Artes, de la cual el Profesor Silva Herzog fue, además de uno de sus fundadores, uno de sus más activos presidentes.

Y este varón de obra tan abundante y de tantos merecimientos, ingresa ahora a la Academia Mexicana de la Lengua. Escribió versos desde los 14 años y no le han sido ajenas las inquietudes literarias que revelan un espíritu comprensivo y sensible a la belleza. Pero más que esta labor literaria, escasa y sólo conocida de unos cuantos íntimos, honramos aquí una larga carrera en la que, por medio de la palabra oral y de la palabra escrita, ha tenido que explicar las doctrinas y los pensamientos de los demás y dar expresión a sus propios pensamientos y doctrinas.

Hace siglos el español se hablaba corrientemente en las cortes de París y de Londres, y nuestra lengua influía en las demás lenguas europeas cuando se trataba de actividades en las que España había sido la iniciadora o en las que tenía un lugar prominente: la guerra y la arquitectura militar, la navegación y la arquitectura naval, la geografía y la exploración, la conquista de la tierra y la del cielo. Pero aquellos tiempos gloriosos pasaron. A nosotros, por ejemplo, estudiantes de la Escuela Nacional Preparatoria dentro de su antiguo y perfecto plan positivista, nos tocó aprender casi todas las ciencias del bachillerato en idiomas extranjeros, especialmente el francés. En francés estudiamos aritmética y geometría, botánica y física, mecánica y química; y después, al ingresar a la Escuela Nacional de Jurisprudencia, fuera de los códigos y los ordenamientos nacionales a los que teníamos que ocurrir por obligación, todo tuvimos que estudiarlo en francés: la sociología de Worms, la economía política de Gide, el derecho civil de Planiol, el derecho mercantil de Lyon Coen, el derecho romano de Ortolan, el derecho internacional público de Bonfils y hasta el derecho constitucional de Duguit. Y poco más o menos, pasaba lo mismo a nuestros compañeros

que iban a Medicina e Ingeniería, con la diferencia que en esta última escuela los textos eran principalmente en inglés.

La lengua de un pueblo es el reflejo de la intensidad de sus actividades, de su iniciativa, de su voluntad y de su genio. Un pueblo que trabaja, que piensa y que actúa tiene que crear forzosamente el instrumento de comunicación y de expresión que recoja sus experiencias, que comente su acción y que revele su pensamiento. Y España durante mucho tiempo se quedó atrás en el desarrollo de la técnica y de la industria *. En el siglo XIX los países hispanoamericanos nos debatíamos en graves problemas para pensar en seguir el desarrollo europeo en esos campos. Y sucedió que un buen día la lengua española —tan rica en las relaciones de geógrafos y exploradores, en las historias de sus conquistas, en las instrucciones de capitanes de huestes aguerridas y heroicas, en las guías para la construcción de fortalezas y carabelas, en las discusiones teológicas y los éxtasis místicos, y aun en los manuales de las artes menores y la carpintería de lo blanco— sucedió, decimos, que un buen día la lengua española no tuvo palabras para describir las piezas y la construcción de la nueva maquinaria industrial, de los equipos científicos, ni de las nuevas armas terrestres y marítimas, ni de los nuevos medios de comunicación y transporte. Como España se había quedado atrás en el progreso de la técnica, de la industria y de la economía, su lengua no había tenido oportunidad de adaptar o acuñar palabras y expresiones que dieran una idea útil, precisa y exacta de las nuevas conquistas en el campo de la ciencia y de la tecnología.

Como la gran literatura española había sido la de los Siglos de Oro, esa falta de adaptación a la vida moderna coincidió con un afán de volver a las formas antiguas del lenguaje, al casticismo, al propósito de escribir limitándose a las palabras y los giros de los grandes escritores de la época clásica, cerrando la puerta a todo lo nuevo. Fue el tiempo en que, en ciertas novelas españolas, los personajes —para no afear el estilo con neologismos desconocidos en los Siglos de Oro— no podían tomar un automóvil, ni hacer una llamada por teléfono, ni enviar un telegrama, ni tocar un timbre, ni oír el fonógrafo, ni siquiera ir al cine a ver una película; no podían tampoco, está claro, para no entrar en dificultades lexicográficas, tomar parte en un partido de tenis, ni de golf, ni de futbol. Eran los tiempos en que, en lugar de decir que los valores se cotizan en la Bolsa, los escritores castizos querían que se dijera que los valores "se *acotan* en la *Lonja*", con lo cual había la ventaja de que nadie entendía.

La vida se echaba encima con todos sus inventos, mecanismos, artificios y novedades. Pero todo eso quedaba excluido de la prosa de algunos casticistas

---

* La Academia recuerda que de los escritos de sus miembros son éstos los únicos responsables.

rabiosos por falta de palabras clásicas y autorizadas por los buenos modelos. El español, en manos de algunos de esos escritores, parecía una lengua muerta, incapaz de absorber las expresiones nuevas, un poco como el latín oficial que se escribe y se habla actualmente dentro del Vaticano, en el que, como los espaguetis no se encuentran en Virgilio ni en Cicerón, ni siquiera en Plinio, y es necesario mencionarlos alguna vez en las discusiones administrativas, se les llama con el elegante circunloquio de "alimento farináceo y filiforme". Ese español semimuerto podría compararse también al solemne inglés parlamentario, que, todavía hace unos cuantos años, obligaba al diputado a dirigirse al presidente de la Cámara con la fórmula tradicional de "Ruego a su señoría que tenga a bien ordenar que se traigan velas", a fin de que un criado pudiera encender la luz eléctrica.

Pero el porvenir del español es glorioso. Lo hablan veinte pueblos que todos los días avanzan en todos los campos de la actividad humana. La lengua se enriquece y sirve con aptitud a las nuevas necesidades. Durante más de 30 años el Profesor Silva Herzog ha buscado las expresiones, tradicionales, cuando era posible, y nuevas cuando era necesario, para explicar y exponer las doctrinas económicas, las ciencias sociales y la historia política. La Academia Mexicana de la Lengua sabe muy bien que el idioma, además de la expresión en creaciones y comentarios literarios, tiene la función de servir como medio de comunicación y expresión en la vida en general, y que, para esto, debe de fomentar el desarrollo del léxico que impone la vida moderna, incorporando al lenguaje oficialmente reconocido todas aquellas palabras y expresiones de uso corriente en nuestros pueblos. Bienvenido el Profesor Silva Herzog a los nuevos campos de estudio que nuestra corporación se ha impuesto.

Ha querido el Profesor Silva Herzog darnos, en el magnífico discurso que acabamos de escuchar, una muestra de la admiración y acatamiento que profesa al más grande de los escritores de lengua española: Miguel de Cervantes Saavedra. El más grande, porque no hay ningún otro que abarque tanto del mundo ni que haya sufrido menos con el tiempo transcurrido. La lengua de Cervantes es fresca, noble, generosa, comprensiva, a veces solemne y a veces familiar, pero siempre abundante y fácil. No ha envejecido en tres siglos y medio; es como uno de esos grandes árboles que siguen dando fruto y cuyas ramas cobijan todavía y defienden a los viajeros que buscan su refugio y contentamiento. Y de Cervantes el Profesor Silva Herzog ha escogido nada menos que *El Quijote*, una de las grandes obras de la literatura universal, y que, además, encierra misteriosamente el secreto del espíritu de nuestras razas, de la raza española y de las razas que, con sangre india y española, se formaron en el Continente americano.

Escogió como tema de su discurso "La crítica social en *Don Quijote*

de la Mancha", del que nos dice que es "uno de los libros más fascinantes y que más honran al pensamiento humano". No era difícil adivinar que el mayor atractivo, para el Profesor Silva Herzog, lo constituía "la inconformidad con el mundo que circunda a los dos personajes". Esa inconformidad que es, al mismo tiempo, fuente de la filosofía y del humorismo de la epopeya cervantina. ¿Quién es mejor: el mundo o don Quijote? ¿Qué hay que lamentar más: que el mundo no cuente ya entre sus seres respetables e influyentes a Don Quijote, o que todavía sigan apareciendo, en un mundo definitivamente organizado, inconformes y locos que no creen en esa organización? ¿El ilustre caballero andante significa una condenación del mundo que hay que tomar en serio, o es nada más un tipo curioso de desadaptado para solaz y regocijo de la gente cuerda que actualmente domina el mundo?

"Nuestro caballero —nos dice el Profesor Silva Herzog— es un cristiano auténtico que ama la justicia, la libertad, la paz y la práctica de la virtud. Por defender estos bienes supremos ha perdido la cordura". Y nos deja sentir que la oposición entre don Quijote y el mundo es la raíz de todo apostolado. En efecto, por defender todos esos bienes se pierde la cordura o, por lo menos, hay que salir de ella para buscar un camino que la supere. Pero ¿necesita todavía el mundo apóstoles? A esta pregunta suponemos que el Profesor Silva Herzog contestaría con otra: Pero ¿ha habido otra época en que el mundo necesite más apóstoles que la presente? *El Quijote,* como ha visto tan bien, es "La radiografía de un mundo en lucha", de ese mundo que denuncia Cervantes con la riqueza más genial, con el espíritu más comprensivo y humano.

Esa lucha perdura todavía en nuestro tiempo, en lo que el Profesor Silva Herzog llama, en su *Homilía para futuros economistas,* "la profunda crisis en que impotente se agita el hombre contemporáneo". *El Quijote* es la pintura de un mundo en crisis, de un mundo que se ha perdido sin esperanza. En esa crisis y en esa decadencia vive nuestro tiempo y nadie sabe cuándo saldremos de ella. Es la crisis de un mundo en que el caballero andante conserva los ideales pero ha perdido el poder; en que el poder, rotas las cadenas que lo ataban al ideal, ha multiplicado su fuerza en absolutismo, agregando cuando más, como muestra de inteligencia, a la fuerza brutal del Leviatán de Hobbes, las artes de la malicia y del engaño del Príncipe de Maquiavelo.

La tragedia, más que del caballero, es del mundo. Hemos sido testigos en nuestro tiempo de las consecuencias criminales a que ha llegado Leviatán en sus excesos, a las increíbles y perversas locuras que ha cometido, junto a las cuales son como grato consuelo de un plácido mundo de ensueño los desenfrenos imaginativos y nobles de todos los quijotes. La tragedia del mundo es que Don Quijote sólo hereda de Amadís de Gaula los ensueños

y no el poder. Ese divorcio del ideal y del poder, que siguen caminos distintos y a veces opuestos, es al mismo tiempo, la tragedia de nuestra época y la conmovedora historia que nos cuenta Cervantes en su libro inmortal. De ese divorcio fue testigo él mismo, pues llena casi todo el siglo XVI en la dramática y apasionada historia de la conquista y la colonización de la América española. Por esa época se consolida, además, el poder de todas las grandes monarquías de Europa y de Asia.

¡Cómo habríamos deseado que las dos mitades de los antiguos héroes iluminados de Grecia, de los emperadores filósofos, de los reyes sabios y de los reyes santos; que las dos mitades de los nobles y admirables caballeros Amadís de Gaula, Palmerín de Oliva y Belianís de Grecia hubieran estado reunidas en los cuerpos de Hernán Cortés, de Francisco Pizarro y de Diego de Almagro! Pero éstos, como la mayor parte de los conquistadores, sólo fueron dueños del poder, de la audacia y del arrojo, mientras que las otras mitades de aquellos nobles caballeros llorados por don Quijote, andaban mal encubiertas, pero con luces de caridad cristiana, de conmovedora justicia y de celestial consuelo, en los hábitos y los cuerpos de Bartolomé de las Casas, Fray Toribio de Benavente, del Padre José de Anchieta y de los jesuítas de las misiones de Paraguay y de California.

Decía Platón en su diálogo de *El banquete* que el amor es el buscarse las dos mitades separadas que en otro tiempo formaron un solo cuerpo. Con ese amor tendrá que salvarse la humanidad de nuestro tiempo, cuando pueda volver a reunir en un cuerpo único e indisoluble el poder y la caridad, el santo y el monarca, el conquistador y el misionero, el hombre de ideales elevados y el político de arraigo popular. Esperemos que ese encuentro se realice alguna vez. Por más trágico que sea el actual momento, recojamos la nota optimista con que termina su admirable discurso el Profesor Silva Herzog: "De la esperanza muerta nace la nueva esperanza en el destino superior del hombre".

MARIA ENRIQUETA CAMARILLO Y ROA VIUDA DE PEREYRA

Por don Francisco Monterde *

LA Academia Mexicana, Correspondiente de la Española, ha querido honrar esta noche —y hacerlo es honrarse a sí misma— a la escritora María Enriqueta Camarillo y Roa viuda de Pereyra, a quien se conoce, no sólo en Hispanoamérica y en España, lacónicamente, por "María Enriqueta".

Su pluma se ha movido sin reposo en seis décadas, y ahora recibe, con el homenaje —más que cortés, justiciero— de esta corporación, el diploma de honor que, de modo excepcional, concede a quien usa como ella, con gran decoro, la lengua hispana.

Como poetisa y como prosadora, María Enriqueta lo sigue haciendo al escribir tan limpia y claramente la lengua a cuya difusión ha contribuido con eficacia desde 1895: el año en que apareció publicado su primer cuento, en la *Revista Azul* de Gutiérrez Nájera y Díaz Dufoo; aunque de la prosista precoz existe una página que trazó a los seis años de edad, y la poetisa cantó desde 1894.

En más de medio siglo de actividad literaria, ha producido una veintena de tomos con obras originales y una docena de volúmenes, entre antologías y traducciones. En aquéllos exploró casi todos los campos —a excepción de la épica y la dramática—, en verso y en prosa.

La simple enumeración de sus escritos ocuparía aquí totalmente los contados minutos que, en el programa de esta sesión, la Academia ha destinado a la lectura de estas palabras, las cuales tuvo a bien encomendar —más, por razones afectuosas que por merecimientos especiales— a quien, sin otra justificación para ello, viene a pronunciarlas.

---

* Palabras dichas en el Palacio de Bellas Artes la noche del 17 de octubre de 1956 en la sesión pública en que se entregó un Diploma de Honor a la eminente escritora.

Quizá contribuyó a que le otorgaran tal distinción inmerecida, el hecho de que hace veinte años examinase en conjunto la obra de María Enriqueta, en una ceremonia organizada por la Secretaría de Educación Pública para honrar a la escritora, ausente entonces de México.

No ha querido caer en la tentación de releer las páginas de la conferencia por él sustentada a mediados de 1926; no porque temiese dejar de coincidir con algunos de los juicios —sinceros por entusiastas y entusiastas por juveniles— que expresó entonces, sino porque comprende que tal empresa resultaría aventurada y que su obra, con los títulos agregados después por María Enriqueta, es ya inabarcable en una sola ojeada.

Su bibliografía, copiosa desde hace veinte años, llena más páginas que las destinadas a leerse, sin fatiga para quienes las escuchan, en un acto como éste. Aun el sector de su cosecha lírica: lo reunido hace tiempo en media docena de volúmenes, dará tarea suficiente a quien se proponga estudiarla, si al hacerlo sitúa a María Enriqueta en el lugar que le corresponde, con las poetisas nuestras, entre las del pasado y las del presente.

Sería inútil intento el de pretender reducir ahora a unas cuantas frases lo que sugirió la lectura, y amplió la meditación inmediata a aquélla, al seguirla por los senderos que ha recorrido en la prosa: del cuento —literario, infantil— a la novela y de la estampa al ensayo.

Quien partió de la lírica, dueña de la sencillez desde el principio, en versos que fluyen con facilidad engañadora para el que por ésta los juzga, pasó a la prosa sin abandonar del todo el lirismo; sin acentuar la gravedad excesivamente, en perjuicio del interés que busca el lector, y sin que las visiones pasajeras de un viaje, lo sugerido por algún tema de actualidad o los incidentes del relato eliminaran esta emoción, de hondas raíces románticas —flor de sinceridad—, que María Enriqueta ha puesto en sus escritos.

De igual modo que no es posible detenerse ante el correr de su poesía, fuera injusto hablar sólo de la narradora —que pensó en los hombres al escribir para los niños y no olvidó a éstos al escribir para los hombres—, sin recordar las páginas transparentes de la novelista; sobre todo, aquellas en que, a las reminiscencias de la propia infancia, se unen las observaciones, de sutil educadora, recogidas al guiar infancias que a ella se confiaron.

¿Y qué decir, en este aspecto, de la constante maestra —sin aulas ni alumnos directamente aleccionados por ella— que formó,. para niños y niñas, ese delicado conjunto de libros de lectura, agrupados bajo un título doblemente primaveral, que todos recuerdan? Felices los pequeños que han tenido ante sus ojos ese rosal, florecido año tras año, del que otras infancias carecieron en épocas de eriales ensangrentados y de jardines mustios.

Por toda esa labor, impresionante al abarcarla, aun para quien la contemple en perspectiva, escalonada a lo largo de una existencia ejemplar, María Enriqueta ha recibido, antes en países extraños y después en tierra mexicana, bien conquistados homenajes: agrupaciones y escuelas, calles y plazas, bibliotecas y salones públicos llevan su nombre.

Condecoraciones y recompensas para su obra literaria —en parte ya traducida a otras lenguas— le llegaron a tiempo. Su patria chica, adelantándose a la magna, le dedicó el monumento que recibe periódicamente ofrendas de admiración y gratitud; vivas ambas, porque las alimentan los estudios críticos, las reediciones de sus obras y la divulgación que de sus escritos hacen los diarios y las revistas de la capital, de los Estados de la República y de países unidos por el habla común que ella cultiva con esmero.

Es satisfactorio hablar de los homenajes que ha recibido, aun omitiendo otros muchos, ya que entre nosotros suelen rendirse más bien homenajes póstumos: de aquellos que confirman la afirmación de que "la gloria es el sol de los muertos", cuando de escritores se trata.

María Enriqueta no podrá quejarse de olvido ni desdén: compatriotas y extranjeros la han tenido presente. Se admira a la escritora y a la mujer —hija, esposa—, y por la nobleza de sus propósitos se la recordará en el futuro.

A tan justicieros homenajes viene a unirse con modestia el que esta noche le rendimos los aquí presentes, en el seno de la Academia Mexicana. Es significativo por ser María Enriqueta, si no la única, una de las muy contadas escritoras a quienes se ha consagrado un homenaje como éste.

Algo más agregaría el que habla, en elogio de la excelente amiga de quien recibió, sin conocerla aún, allá por 1920, un cordial parecer que le sirvió de estímulo cuando el narrador se iniciaba. Serían, por ello, frases de gratitud profunda, del escritor novel cuyo primer relato extenso apareció, en una editorial bonaerense, gracias a la generosa intervención de María Enriqueta.

Pero lo que quisiera decir en alta voz, para que todos lo escucharan, sólo podría salir de sus labios si no estuviera presente María Enriqueta, la escritora que ha sabido honrar a su patria, con sus obras y con sus actos, por no lastimar su modestia ni herir una sensibilidad tan delicada como la suya, con un encomio que pudiera parecerle excesivo a quien ha dado siempre —en su poesía, en su prosa— lecciones de mesura y de recato.

EL HOMBRE Y LA LENGUA *

Por don Jesús Guisa y Azevedo.

Es éste, en verdad, un espectáculo. Todo está a la vista y lo que va a suceder aquí, las palabras que se van a decir, las personas de que se va a hablar, las cosas que se van a juzgar son la parte en que, los aquí presentes, tenemos parte. Yo soy el tema de la espectación, del examen, de la mira, de la atención de vosotros, señores académicos; del público que asiste a esta sesión y de las personas que, por una razón u otra, se interesan en lo que hace o deja de hacer la Academia de la Lengua. Hablar de sí mismo no es tarea fácil, ni agradable. Porque el espectáculo consiste en justificarse públicamente ante los propios ojos, y justificarse ante el criterio de los demás, de una elección, aceptada gratamente de antemano, de individuo de número de esta corporación. La obra de los académicos me agobia y abruma. Es ingente. Es toda la lengua castellana, todo lo que se ha pensado y, concretamente en esta Academia Mexicana, la obra de reflexión de quienes, en México, han entendido, vivido la verdad de la nación. Todo se ha dicho y en todos los tonos y yo pregunto: ¿quién es el osado que piensa que pueda decir él lo que no se ha dicho jamás? Con todo, en este sitio y a la sazón de esta solemnidad, no parece sino que uno esté obligado a la originalidad o cuando menos a la novedad.

Tres varones venerables, colegas míos desde ahora, quisieron hacerme su igual. Les agradezco su amistosa solicitud, que por otra parte me honra. Uno representa por su carácter sacerdotal la sabiduría heredada de la Iglesia Católica, que él ha sabido, a causa de sus estudios, de su decisión de razonar y de sus empeños de comunicación con los demás, hacer suya y prestarle los atractivos de una ciencia profana en la que, por varia y profunda, descuella y es autoridad. Este es el Canónigo, Doctor *Honoris Causa*

* Discurso de recepción como individuo de número, pronunciado el día 31 de octubre de 1956.

de la Universidad de México, académico, don Angel María Garibay K. El segundo es el noble, el ilustre, el respetable don Manuel Romero de Terreros, Marqués de San Francisco, *ejemplo, el más puro,* dechado por esto, *de esa humanidad, gentileza, reciedumbre moral, ingenuidad o pureza de alma, virtudes de la Nueva España,* que, injertadas y trabadas en la civilización de los indios, civilización que exalta justamente el Canónigo Garibay, constituyen el patrimonio común de los mexicanos. El tercero es, él solo, todo el México moderno, la afirmación y negación de todo, el afán de construir y la necesidad de destruir, la sed de novedades y el amor de lo tradicional, la originalidad de que es capaz el genio de la raza, la inquietud de México, la conciencia de Hispanoamérica, la defensa de nuestro ser, el custodio, vigilante siempre, de nuestro acervo hereditario, la afirmación más constante y lúcida de nuestro destino, *el más joven de nuestros escritores,* el hombre de la prontitud y de la premura, del ansia y de la urgencia, de la alegría y del alborozo, de ir, para adueñarse de ella, a la verdad. Me refiero a don José Vasconcelos. ¿El haber sido escogido por el México eterno de estos tres varones ilustres no es una honra que da contento y es venturosa al alma? Y puesto que es lícito, en esta ocasión, hablar de sí mismo no puedo dejar de señalar otra honra, que me viene esta vez de dos recios escritores, que se sumaron sin titubeos y sin distingos a mi candidatura, Martín Luis Guzmán y Antonio Castro Leal. Este trabaja, desde hace muchos años con una dedicación, que es ejemplar, en la noble materia literaria, à la que le infunde la bella forma de su buen gusto, de su juicio, de su conocimiento, de su simpatía. Lo que más le interesa, claro está, es la literatura mexicana, que él, informado de las literaturas extranjeras, coloca certeramente en la cultura general. Martín Luis es ya un *valor permanente de la literatura mexicana.* Ha de escribir todavía muchas cosas en ese estilo suyo, suave, persuasivo, de escritor nato, que, por otra parte y debido a su constancia, ha alcanzado rara y singular perfección. Pero lo que ya ha escrito, sus evocaciones de tipos de la Revolución y las reflexiones que este acontecimiento le suscitan, será siempre lectura de deleite y provecho para propios y extraños. Podemos decir, sin temor de equivocarnos, que los libros de Martín Luis tendrán muy larga vida. Pero no es eso todo. De Martín Luis pude ser objeto de singular distinción si él responde, como fue en un momento dado mi deseo, cálidamente compartido por el prócer guanajuatense don Agustín Arroyo Ch., mi admirado paisano, amigo de ambos a dos, deseo que el mismo Martín Luis quiso obsequiar con una buena voluntad de la que queda un acercamiento amistoso entre él y yo.

El Canónigo Garibay, que ha aceptado gustoso, cosa que me satisface y me honra, dialogar conmigo en esta noche, no es, y hay que afirmarlo,

proclamarlo y recalcarlo, por aquello de que a falta de pan buenas son tortas, suplente, sustituto, trasmano o segundo. Es un ciudadano egregio, y no sólo en la república de las letras, sino ante la amplia faz de la nación. Anda él la tierra de México en ancho y largo, y da ocasión, tanta es la gravedad de sus observaciones, tanta la claridad de su pensamiento y tan dilatada la vastedad de su ciencia, a que, por lo que escribe y dice, tengamos una interpretación de lo que somos los mexicanos. Dador de presentes literarios es por el consiguiente hombre munífico; erudito en las disciplinas de las humanidades es hombre que puede enseñar y que, además, enseña; eminente orador sagrado su palabra es la palabra de un maestro de la verdad; sincero, crecido, alto por tanto, genuino, sin variación, puro, interesado sólo en las cosas del espíritu, constituye un adorno de la ciudad, nos congratulamos de verlo flor del pueblo y lo tenemos como patricio esclarecido. Quiso Martín Luis al negarse a responderme que este acto estuviese exento de controversias ideológicas, que no cuadran, por otra parte, con la tradición de la Academia. Con él quizás las hubiera habido y no las habrá con el Canónigo Garibay porque entre éste y yo no puede haber sino las relaciones de maestro a discípulo. El Canónigo Garibay es un maestro de lo mexicano y de los mexicanos. Nos da a conocer muchas cosas, pero la principal, como es el caso de los verdaderos escritores, es su ejemplo, su dedicación, su conducta ante los requerimientos de la verdad. El escritor en México no deja de tener en la práctica de su oficio de escritor algunos modos de heroísmo. Y lo heroico es lo que más lo liga con el pueblo y lo que establece la afinidad más profunda entre uno y otro.

El mexicano vacila porque casi siempre no acierta a hallar sus vías. Quiere ser una cosa. Sobrevienen los obstáculos y se ve forzado a intentar ser otra. Llenamos nuestras vidas de cosas provisionales, de cosas que hacemos, no improvisadamente, no precipitadamente, no con premura, sino sólo en espera de lo futuro, de algo, pues, que ha de venir preparado en lo provisional y solicitado por él. Los mexicanos somos una frustración porque las cosas provisionales se suceden y se multiplican, y, sin tener voluntad de fijarnos en ellas, ellas acaban por contenernos, por limitarnos, estrecharnos y angustiarnos. Esperamos, avizoramos, forzamos lo porvenir, que queremos cierto y seguro, cercano y casi asequible, y no salimos de lo provisional, de esa tarea de estar preparando nuestro destino. El mexicano auténtico, devorado por el tiempo y como aniquilado por lo provisional, cansado de moverse en un círculo vicioso, toma venganza de las frustraciones por medio de un acto de hombría. El pueblo habla, no en vano, de *machismo*. Y entonces, frente a la frustración, frente a lo provisional, y al término del callejón sin salida en que estamos colocados, se alza lo mejor, el valor definitivo, el supremo, esto es, la afirmación de ser hombre.

Y el escritor, más todavía que cualquiera otro de los operarios que trabajan en el engrandecimiento de la patria, tiene que ser de la estirpe de los obstinados, de los constantes, de los fieles, de los patriotas, de los varones cabales, de los verdaderos ciudadanos. La literatura es, así pues, un aspecto de la hombría, una obra viril; hazaña, pues, de varón, una modalidad del heroísmo. El Canónigo Garibay es un valor literario de los sólidos y genuinos. Sin él estaría descabalada la literatura mexicana. Es él quien proclama, con acentos de una convicción comunicativa y convincente y con el concierto de ideas de su cabal humanismo, la verdad del indio, la verdad del criollo, la verdad del mestizo, la verdad del cristiano y la verdad de la civilización mexicana. La respuesta suya a este discurso, la reputo yo, llevado del amor de mí mismo, como mi señalada gloria.

Y respecto de los otros señores académicos que votaron por mí, quiero hacer constar mi agradecimiento, lo mismo que a la Academia como Academia.

¡Que el Diccionario, que las gramáticas, que las academias! Y es moda hacerles reproches y críticas, no sin sorna ni mordacidad. Las lenguas vivas, y la lengua castellana es una lengua viva, siempre, pese a que están ya hechas, se están haciendo y se siguen haciendo. Lo clásico no es cosa de lo pasado, sino también de lo presente. Lo que se haga ahora, correcciones, adiciones, contribución de cosas nuevas, sólo prueba una cosa, que se trata de algo viviente. Dicionarios, gramáticas, formas de dicción, desinencias, frases y expresiones constituyen una disciplina que el pueblo, y no por capricho, sino por necesidad de decir algo, de precisar ideas y de expresar nuevas condiciones, modifica. Y ya no toda la Academia, sino sólo una silla, puede ser el índice, el resumen, la explicación y la justificación de la cultura. Esta que vengo a ocupar, la número uno, fue de don Carlos González Peña, mi inmediato predecesor. Sus cincuenta años de escritor, de maestro, de periodista, de crítico literario, de hombre inquieto, atento siempre a lo que se pensaba, ¿son, sí o no, una labor meritoria? El sucedió a Rabasa, y Rabasa es uno de nuestros escritores clásicos. Juntó Rabasa el genio del novelista con el del jurista, lo que constituye una cualidad que lo hará siempre notable. Sus novelas son leídas con agrado en razón de un estilo llano y de que en ellas halla el lector tipos y situaciones de la tierra, y esto último nos prueba que lo mexicano es novelable. En cuanto a su producción jurídica lo menos que puede decirse es que es de lectura y meditación obligadas para cuantos se interesan y se ocupan en estudiar nuestras instituciones políticas. Antes de Rabasa se sentó aquí el abogado don Luis Gutiérrez Otero, hombre de buen discernimiento que se mostró siempre humano en el ejercicio de su profesión, de muy agradable compañía, sagaz investigador y escritor vigoroso. Su antecesor fue el ingenioso, pro-

fundo, vehemente político, periodista de casta, Aguilar y Marocho. El académico anterior a éste fue don Anselmo de la Portilla, escritor español convertido a la ciudadanía mexicana, que fue el obrero diligente de la formación de una conciencia común entre escritores de civilización española. Y el primer ocupante de esta silla fue el primer Director, don José Bassoco, Conde de Bassoco, compañero de García Icazbalceta, de Arango y Escandón, de José Sebastián Segura, de Orozco y Berra, entre otros académicos.

Conocer a estos escritores, situarlos en su época, recoger sus enseñanzas, acercarlos a nuestras preocupaciones de hoy y estudiar en ellos la manifestación de lo que es México, ¿no es, pregunto, una manera eficaz de saber lo que somos? ¿Y no está en la Academia, en todas sus sillas, y no ciertamente inerte, sino activo el pensamiento de los que, dígase lo que se quiera en contrario, podemos válidamente considerar como los mejores mexicanos? ¿Y antes de la Academia, antes de 1875, fecha de su fundación, qué? ¿Y los que no son académicos ya no son, por esto, escritores que debamos estimar? Las academias, de lo que sea, son una conveniencia social, un trato, una convivialidad, un lugar de cita, una conciencia de interés común, una disciplina, un deber. La posteridad dirá. Y nosotros ya juzgamos a los académicos muertos. He mencionado a los que se han sentado en mi silla y más adelante me ocuparé de don Carlos González Peña, a quien sustituyo.

Inter se mortales mutua vivunt
Et quasi cursores, vitae lampada tradunt

LUCRECIO II.

Los hombres no pueden menos que vivir cosas que les interesan y por esto, como los corredores de los Juegos Olímpicos, se trasmiten la antorcha, esta vez la de la vida civilizada. ¿No puede aplicarse con justicia este pensamiento del poeta latino a los académicos, en especial a los de la Lengua?

La lengua es instrumento de perfección humana porque es entendimiento mutuo, efectivo y eficaz, porque es medio adecuado de comunicación, porque es propiedad colectiva. Nuestra lengua castellana en atención al trabajo incorporado a ella, a lo usados que están sus términos, a lo frecuentado de los senderos que nos descubrieron los que pensaron sirviéndose de su caudal, es ya, desde hace siglos, para todos nosotros, doctos e indoctos, letrados e iletrados, el arte de expresarse por la palabra. Para nosotros la palabra de la lengua castellana penetra las reconditeces de la conciencia, vivifica el pensamiento, multiplica la luz interior, exalta el sentimiento, traduce lo que parece intraducible, trasmite a los demás lo que cada quien sabe para sí, ilumina lo abscóndito, conserva la experiencia, hace perdurar las

enseñanzas de los que saben, forma la tradición y, por todo esto, establece una unidad en cada uno de nosotros y unifica a las multitudes.

Es, pues, todo esto la unidad del hombre, del hombre de esta vasta región de la especie que es lo hispánico y esta unidad, inspirada, mantenida, trabajada, impulsada, alzada, nutrida, ennoblecida por el genio de la lengua pide y requiere solicita, insta, incita y estimula la formación y permanencia de un cuerpo de letrados. Estos, al aclarar su propio pensamiento, al volver sobre sí mismos y estarse frente a su propia palabra, señalan, enseñan, despiertan ideas, mueven y agitan a los demás, y, a causa de esto, ejercerán un magisterio y cultivarán las mentes. El derecho, las ciencias, la religión, las artes, las disciplinas varias de la actividad humana, la poesía, los gustos intelectuales y la exaltación de la belleza moral son, no precisamente la creación, pero algo así como la creación de los hombres de letras. Ellos ven, formulan, afinan, hacen racionales las cosas y, en razón de todo esto, las tornan en universales. Llegarse en cada hombre a lo universal, ver este universal y penetrarlo, juzgarlo, por tanto afirmarlo, decir y asegurar que existe y mantenerse en la afirmación es, ni más ni menos, hacer literatura clásica. Y nosotros podemos ser clásicos si con la palabra hablada o escrita hacemos transparente al hombre.

La lengua propende de suyo a ser individual. Primero me comunico conmigo mismo; primero me digo a mí mismo lo que veo, lo que siento, lo que pienso, lo que hago, lo que tengo intención de hacer. Y convertir la palabra propia, la individual, la que sólo entiende el que la pronuncia en instrumento común, en palabra de contenido universal es el oficio y el afán, el desvelo y la solicitud, la ansiedad y el cuidado del letrado, del literato, del pensador. En todas las lenguas existen corrientes dialectales y términos y expresiones de uso solamente local. El escritor tiene que contener la dispersión para lo cual, penetrando el sentido de este individualismo más o menos colectivo, expresa en palabras ya aceptadas, o en las que tome del dialecto, o del lugar, y que él halle de una ingenuidad y de una novedad que satisfagan, lo que quiere expresar el pueblo. Las mismas palabras extranjeras, que son también, una vez que entran en la corriente de la lengua, un aspecto de la dispersión, si son acogidas por un buen escritor, serán parte del acervo común. El individuo, sí; el pueblo también. Pero, como quiera que sea, el literato. Y para la vida y el vigor de las lenguas se hace indispensable el letrado, no el que, engreído de sus conocimientos y erudición pretenda bastarse a sí mismo, sino el que, consciente de lo universal ve al hombre en su propia persona y en el pueblo, y sabe, y además lo dice, que la medida, que el rasero común, que el tono y el valor entre todos los hombres consiste precisamente en la igualdad.

El hombre habla y, al hablar, lo primero que hace es dialogar consigo

mismo. Hablar es una acción, la más señalada e importante, la asidua y permanente, la inseparable. Y lo dramático, lo más intensamente activo por esto es pronunciar una palabra. Y es que el hombre quiere y no puede. No se aviene a ser mudo; no podría serlo. Tiene conciencia de estar frente a un mundo, el mundo de sí mismo donde encuentra y halla todos los mundos. Y siente el apremio de hablarse, de pronunciar una palabra que pugna por salir de su boca. Quiere aclarar, hacerse él mismo, para sí mismo, transparente. El hombre, al hablar, pretende dar un nombre a las cosas y, al dárselo, pretende definirlas. En la literatura estamos ya lejos de este drama en que el hombre, dialogando consigo mismo, vence el silencio y la soledad, la pesadez y espesura con que la inmensidad de la naturaleza parece dominarlo. Las palabras se han ampliado de contenido y, alejadas del caso concreto, de ese momento en que la inteligencia nombró una cosa, se han convertido a lo universal.

Y conviene aquí traer el recuerdo de mi predecesor, don Carlos González Peña. Fue un literato, un profesor de literatura, un crítico y un periodista, pero ante todas cosas quiso él ser gramático, penetrar las reglas de la lengua, asistir al instante en que el hombre, después de balbucear, daba un nombre a las cosas. La actividad intelectual del hombre se reduce al juicio, esto es, a la afirmación o negación de algo, lo que no se concibe sin los dos elementos lógicos, que por el mismo consiguiente son los dos elementos gramaticales, es a saber, el verbo y el sujeto. El verbo es el reflejo, la exteriorización, y, a más de esto y originalmente, la conciencia de nuestra actividad, en sí misma y en relación con el universo. Y gramaticalmente, esto es respecto del lenguaje, el verbo va como al encuentro de las partes de la oración. Es la razón de ser de la frase y lo que hace que ésta signifique algo. Y el nombre representa toda la realidad. Reducir ese nombre, hacer de él nociones más precisas es el oficio del discurso, esto es, del razonamiento, lo que se lleva al cabo por medio de la presencia del verbo. Pero el lenguaje se mantendría obscuro sin el pronombre. Este define, circunscribe a los personajes, al que habla, a quien se le habla y de quien se habla; el yo, el tú, el él; el nosotros, el vosotros y el ellos. Los gramáticos, y sobre todo los que enseñan gramática a los principiantes, merecen bien el respeto y la veneración de la patria. Enseñar gramática es dibujar en la memoria del alumno los rasgos de nuestra civilización. Si la enseñanza es fecunda, estos rasgos serán indelebles.

¿Pero de qué se trata con la gramática y con la literatura? ¿Qué hay en el lenguaje y qué interés se nos sigue con estudiarlo? ¿Para qué queremos hablar y escribir, para qué leemos y releemos a los buenos autores? ¿Qué sentido tiene que procuremos ser clásicos? ¿Qué fin se persigue con la co-

municación o con decirles cosas a los demás? ¿Y qué ganamos con afinar y perfeccionar el instrumento de esa comunicación?

Todas estas preguntas se responden con una sola palabra, con un nombre, el de mayor peso y rigor en las lenguas, el que más nos dice a nosotros, el más claro y al mismo tiempo el más obscuro, conviene a saber: *hombre*. Las literaturas sólo tienen un tema: el hombre. La historia sólo nos habla del hombre, de sus dichos y hechos. La política, como ciencia y como arte, como manifestación de una cultura, como imperio y señorío, como conquista y guerra, se refiere siempre al hombre. Las técnicas son medios seguros, experimentados, mejorados cada vez más con cálculos más precisos, que tienen por fin aliviar al hombre de trabajos y días de fatiga. ¿Pero qué mucho que nos esforcemos por decir con tanta minucia las cosas, si está vívido, insertado por siempre jamás en nuestro propio ser el afán de la felicidad? Las teorías sobre el hombre, las doctrinas que inspiran los actos de los gobiernos, la idea que mueve a la sociedad, los propósitos de las revoluciones, la justificación de los códigos y de las mismas leyes de excepción, lo que hacemos todos los hombres, ya se nos considere como biología, como asiento de la libertad, como miembros de una sociedad intermedia, como dueños de un arte, como ciudadanos, como sostenedores y defensores de la civilización, ¿qué otra cosa es sino el movimiento, el ímpetu, la propensión y tensión, el afán, la urgencia, la fe, la espera, la certidumbre de alcanzar y poseer la felicidad?

Mucha razón tienen los filósofos escolásticos cuando nos afirman que el universo mundo no se entendería ni explicaría sin el hombre. Dios se debe a Sí Mismo el haber creado al hombre porque sin éste, sin una inteligencia que primero conozca las cosas materiales, serían la Naturaleza y todos los mundos, y las galaxias y las estrellas cuya luz aún no nos llega, silencio y soledad, inercia y pesadez, estruendos sin eco, sin consonancia, sin medida, noche inacabable. Hace falta para que haya verdaderamente creación, y para que la creación tenga sentido, la palabra del hombre, esa palabra que en su interior y en el silencio sonoro de su alma se dice a sí mismo y que resume la alegría, la gloria, y también, y muy a menudo, las lágrimas de las cosas, y esa otra palabra, la de los sabios y filósofos, la de los teólogos, la de los artistas, pintores, escultores, arquitectos, la de los escritores y poetas, la de los estadistas que es, la de la gente culta y que es reflexión, pensamiento muchas veces pensado, canto, exultación y júbilo, tristeza a veces, dolor, dolor de parto frecuentemente.

El hombre, el hombre; nosotros mismos; el mexicano. ¿Qué es el hombre? De la respuesta a esta cuestión depende la idea que nos forjemos de su felicidad y de esta idea dependen esos comienzos de acción, la práctica, los

apremios y constancia, los medios en suma que harán, en lo que cabe, feliz al hombre.

Hay un concepto individualista. El individuo es lo concreto, lo que está aparte y separado de los demás, lo indiviso. Con todo, lo individualista nos lleva a la idea de un hombre abstracto. El hombre abstracto es la definición del hombre. Decir que éste es un ser inteligente y libre no es sino tener la expresión verbal de sus notas esenciales. Todos los hombres son, ciertamente, inteligentes y libres. Los individuos, por otra parte, son todos iguales. Difieren en aspectos accidentales y en la escala inferior de los entes esos aspectos son apenas el accidente de la colocación en el espacio. En el hombre, ente superior, el más noble, las diferencias individuales adquieren mayor amplitud, la cual advertimos en las descripciones de los pasaportes. Pero de la definición del hombre, de que sea, pues, inteligente y libre, no se sigue que en todo y todos los hombres manifiesten igualmente su inteligencia y su libertad. Los individuos son iguales, pero no lo son sus inteligencias y sus voluntades porque unas y otras son lo que son como efecto, evento y consecuencia de condiciones biológicas, de medio ambiente, de educación y privativas y propias. El hombre abstracto no existe y la universalidad fundada en lo abstracto es asunto que compete a la lógica.

Hay un concepto social. Que el hombre viva en sociedad, que la sociedad le sea necesaria, y que no se conciba al hombre sin la familia, sin la escuela, sin la patria y sin las relaciones de nación a nación, no quiere decir que la idea de hombre ha de colocar a éste en un grupo, en una clase, en un tipo especial. Nos afirman algunos sabios que hay historias, nunca una historia; que hay ciclos de civilización, nunca una civilización; que hay diferentes hombres, nunca un solo hombre. Si esto fuese verdad, ¿qué razón habría para reprobar y condenar las separaciones humillantes que se hacen de las razas de color y para combatir, y no sólo de palabra sino con la hostilidad de la guerra, el orgullo de los que se creen superiores y destinados a señorear a los demás? Otros sabios pretenden probar que los pueblos, en un momento dado de su evolución, manifiestan lo que plantean, solicitan, concatenan y determinan muchas y variadas causas. Esos pueblos, así considerados, nada tienen de común con los demás. ¿Entonces qué? ¿Hay, sí o no, moral nacional y moral internacional?

Siendo racional y libre por naturaleza el hombre, no está constituido en concreto sólo por las notas esenciales de su definición; siendo social y sociable no está insertado única y exclusivamente en una comunidad, así fuese ésta la amplia y perfecta que es la patria. El concepto individualista y el social son verdad, pero en parte. La verdad cabal, la que comprende a todo el hombre, al todo de cada hombre y a todos los hombres, en todos los tiempos y en todos los lugares, está en el concepto universal del hombre CONCRETO, en la

idea, pues, de una realidad, la cual ha de constituir el fundamento y la inspiración de un orden concreto. Y esto no se puede decir de otra manera más clara y más precisa, más rigurosa y concisa, que diciendo que el hombre es criado a imagen y semejanza de Dios. Esto significa que es en la vida del espíritu donde empieza, se desenvuelve, se ejecuta, se perfecciona y llega a plenitud, y se posee a sí misma, y posee todas las cosas, la naturaleza humana. Y cuando el hombre tiene conciencia de lo que es, cuando se conoce dependiente de la divinidad y en la obligación de establecer en sus pensamientos, en su conducta moral y en las obras que salen de sus manos, el orden y el concierto con el Ser del que procede, puede usar y de hecho usa, de la terrible facultad de ser providente, de arreglar y conducir las cosas imitando a Dios, como sustituyéndose a El. Y al ejercer esta facultad, y justamente para demostrar que en los hechos se porta a imagen y semejanza de su Criador, tiene que patentizar una fundamental armonía con los atributos divinos, con esa justicia, con esa paz, con esa caridad, con ese arte y con esa belleza que, sustanciales y en grado sumo, como son en Dios, constituyen el objeto de nuestra esperanza, la justificación de nuestros actos, el término de nuestras aspiraciones, el fin de nuestros desvelos, el premio de nuestros sacrificios, en una palabra, nuestra felicidad. ¿No buscamos todos la justicia, no queremos la paz, no amamos el Amor y no practicamos el arte?

Y es la lengua el instrumento de lo universal, la luz que va a penetrar las reconditeces del hombre. Tener una lengua es comunicar con los demás, dialogar con ellos, hacerse transparente para ellos, darse y entregarse, tener, por consiguiente, conciencia de lo común, de lo que une a todos, de lo que importa a todos. Tener una lengua es dar nombre a las cosas, designarlas y señalarlas, y advertir en ellas su relación inmanente con el orden. Tener una lengua, y para decirlo todo de una vez, es recrear la Naturaleza porque es seguir en ella, para iluminarlas con nuestra inteligencia, la huella, la presencia, la omnisciencia y la potencia de Dios. La experiencia, la memoria que conserva esa experiencia, la ley científica a que reducimos esa experiencia y, por otra parte la audacia del hombre, su voluntad obstinada en adueñarse, para servirse de ellas, de las fuerzas de los elementos, constituyen la razón de nuestro dominio sobre las cosas. Sí, pero sólo la razón inmediata. La razón humana última, es nuestra palabra. No es creadora, pero halla y encuentra todas las cosas. Y dado caso que queremos definirlas, decir lo que son, pronunciar la palabra sonora, que suene en nuestro interior y que retumbe allí en armonía con todos los tonos de la realidad de cada una de ellas, es el lenguaje el primer contacto, el más penetrante y constante, el más amplio y completo con todas las criaturas, contacto que, al desenvolverse y perfeccionarse, se convierte en ciencias, en técnica, en artes, en política, en civilización en suma.

¿Hablar por hablar? ¿Hablar para no decir nada, para no aprender nada, para no enseñar nada? Nunca, sino para entenderse a sí propio, para entender a los demás, para ser partícipe y participante de los bienes humanos, para tener a todos por iguales, para comunicar en la armonía, para manifestar el orden, para ser públicamente consciente de la alegría, de la gloria, de la tristeza, de las lágrimas, de las cosas, para proclamar nuestra hermandad con la creación, para conformarnos con nuestra filiación divina y para gritar jubilosamente la bondad y la nobleza de lo humano.

Verbo, logos, palabra, sermón, oración, lengua y lenguaje, discurso, razones, frases y cláusulas. La inteligencia reflexiona, vuelve su luz sobre sí misma para poseerse y oye su propia palabra la cual pugna por hacerse exterior y comunicable, por convertirse en sonido. El niño entiende y no puede menos que dar a conocer que entiende. La alegría que advertimos en su rostro y la actividad a que se entrega al moverse agitadamente, proceden de esa palabra que balbucea, que quisiera convertir en sonido articulado y con la que se dice a sí mismo lo que son las cosas. Este es el verbo. El poeta, a causa de su ingenuidad, esto es de su pureza, manifiesta el alborozo del niño, y el verdadero poeta siempre será un niño, alborozo que, al ser comunicado a los demás, hace que poéticamente, que es tanto como decir de la manera más noble, seamos todos como niños. Y es que el poeta da vida a las cosas y es, por otra parte, pero al mismo tiempo, el aleluya de la vida.

El mundo es un misterio. Es la vastedad, la inmensidad, algunos dicen que la infinitud. Para penetrar el mundo no tenemos sino la inteligencia y ésta es, *intus legere,* la facultad de leer en el interior de nosotros mismos. El mundo nos llega a nosotros y nosotros transformamos el mundo, lo hacemos nuestro, lo convertimos por tanto en inteligible. Y lo leemos, lo entendemos, sabemos lo que es en ese *intus,* esto es, en nuestro interior. El hombre es una dualidad, él y el mundo, él y todas las cosas, él y su inteligencia, él y su reflexión, él y la lectura que hace de lo que es él; pero una dualidad que se resuelve en la activa unidad de su espíritu, que, precisamente por ser espíritu, posee la aptitud para convertirse en todas las cosas. Las cosas, que es decir todo lo que existe, todo lo que puede existir, todo lo que está latente, como escondido en la capacidad de ser y de operar de esas mismas cosas. Estas, lógica y gramaticalmente, son el sustantivo, la sustancia que se nos acerca y se nos hace presente, que nos llama la atención, que nos solicita para que, conociéndola, la poseamos y la hagamos nuestra. Y la sustancia es el fondo de las cosas, lo que yace debajo de las apariencias, el ser constante, el que podría decirse que busca, convertido ya en inteligible, dialogar espiritualmente con nosotros y ser conciencia nuestra.

El sustantivo es un modo de constelación de ideas. Es muchos caminos que vamos a iluminar en la medida precisa en que tengamos fuerza, capa-

cidad, aptitud de intelección. Un sustantivo, cuando lo usamos para significar algo, una cosa o parte de la realidad de una cosa, significa una preferencia, una elección, un hábito de pensamiento. Es el sentido práctico de la razón, lo que escoge el hombre, su creencia, su temperamento, su interioridad, la juntura, el contacto, la unión que hace él mismo de su intelicencia con la realidad. Y esto es un misterio. Tomemos un ejemplo: la palabra RES, cosa en latín. ¿Cosa? La palabra cosa viene de causa y causa de CADO, caer. Causa es, pues, un motivo, algo que mueve de arriba, precisamente al descender. Causa es inducción, comunicación, impulso. Causa es razón, lo que explica y da a conocer lo que aclara el porqué de un fenómeno, de algo nuevo que se da.

La palabra *cosa* en castellano forma una constelación de ideas. No sólo es lo que apunta y señala su raíz latina, el verbo caer, sino todo lo que, aun sin decirlo expresamente, está contenido en la palabra RES, de donde viene real y realidad. Tenemos otro *real,* que viene de REX, rey, y por esto decíamos en las guerras civiles de la emancipación de España, *realistas* a los ejércitos que sostenían la autoridad y la jurisdicción reales. La palabra RES viene del griego ῥεω, decir, raíz de *retórica,* que es el arte de bien decir, de retórico, y de rétor, orador. ῥημα, que significa en griego palabra, pasa al latín VERBUM, verbo. De ῥεω viene también REOR que significa pensar, juzgar, calcular, suponer, formarse una opinión y de REOR viene RATIO, razón. Participio de REOR es RATUS, fijo, estable, definido, de donde viene el castellano ratificar.

La palabra castellana república viene de RES PUBLICA, cosa pública. Público viene de pueblo y pueblo de pleno. La república es, pues, el asunto, la ocupación, la realidad, lo que en lo particular y en lo general le importa a cada miembro del pueblo, que es decir a cada ciudadano; la república es también la obra común de todos, lo que llena, esto es lo que satisface a todos, y lo que llenan, esto es, con lo que contribuyen todos, en una palabra y para decirlo todo de una vez, es la plenitud de ciudadanía.

RES PUBLICA, la república, lo es todo: la familia, el bien común, la ciudad, la civilización, el ciudadano, lo civil, lo cívico; pero es todo esto porque la república es ante todas cosas, CAPUT, la cabeza, AUCTOR, el autor AUCTORITAS, la autoridad, PATER, el padre, PASTOR, el pastor, DUX, el conductor. La cabeza justifica su papel de superior y su mandato por las virtudes de la piedad, de la justicia, de la moderación, de la magnanimidad, de la paz, de la reconciliación, de la concordia. El que manda es el componedor de todo, el vigilante eficaz de las cosas, el CUSTOS RERUM, como decían los romanos del César.

Razón y razonar, república, retórica, verbo, realidad, vienen de lo mismo y significan aspectos de una misma cosa. Son los caminos que la inteli-

gencia alumbra. Y una vez más estamos en el misterio de las palabras, misterio que, penetrado y aclarado, y fuerza es que lo penetremos y aclaremos —y no otra cosa nos esforzamos por hacer en toda obra literaria—, nos lleva a ese momento en que entendemos, en que damos un nombre a algo, en que descubrimos un aspecto, una manera de ser de la Naturaleza. Las lenguas son siempre profundas y revelan, por sus palabras y frases, la conciencia de lo que somos y podemos y la toma de posesión que efectuamos dentro de nosotros mismos de toda la creación.

Razón y realidad significan una misma cosa, lo que quiere decir que todas las cosas son racionales. Conocer las cosas es hacerlas nuestras, tocarlas, por tanto, con nuestra inteligencia. Hablar es pronunciar palabras, decir algo para los demás, comunicarnos con todos. Y hablar viene de FARI. Fari da origen a fama, a confesar, a fastos, a facundia, a fábula, a nefasto, a nefando, a fatal, a hado, esto es, *fatum*. El *fatum,* que es lo misterioso, lo divino, lo fatal, lo que no puede por tanto dejar de ser, es lo pronunciado, lo dicho, lo hablado, el verbo o la palabra que no mudan ni padecen variación, lo decretado eternamente. De una parte se juntan, hasta identificarse, la razón y la realidad en lo que decimos de las cosas y, de otra, lo hablado parece tener raíz de eternidad. Lo que bien se habla o lo que bien se dice, la palabra que pronunciamos según la regla racional, a más de ser verdadera, pretende ser fija, como el *fatum,* e inmutable.

Esta preeminencia de la razón, esta grandeza del hombre, esta capacidad divina de crear, esta facultad de constituirse en el centro del universo, esta aptitud de convertirse en todas las cosas, cualidades todas que se dan en quien sabe hablar bien, que es el que sabe usar bien de su lengua, las vemos en los buenos escritores, sobre todo en los grandes poetas. No podría haber instrumento de comunicación, ni perfeccionamiento de la lengua, ni literatura, por lo mismo no podría haber elevación y ennoblecimiento del hombre, sin la poesía. El poeta es el revelador, el alumbrador, el componedor de las cosas. Es el eco de éstas, su resonancia, su consonancia. Por esto es el cantor de ellas, el que las concierta con el ritmo y la armonía de un alma clara, la suya de él. Las cosas son una obra perfecta. Son magníficas. Son gloriosas. Son alegres, a pesar de que a veces lloren. Son un don. Se juntan, se oponen y se contraponen, pero, como quiera que sea, forman un orden. Y el poeta, cuando hay poeta, nos trae las cosas para gozar de ellas. La creación sin el hombre carecería de sentido y no sería. Pero es fuerza y es bien que el hombre sea poeta porque sin él no habría palabra clara, ni descubrimiento de la verdad, ni lumbre de amor en la belleza, ni conciencia de lo humano, ni acercamiento a Dios y asimilación de lo divino. Sin poetas, es como si no existieran las cosas y como si no existiera el hombre. Sin la palabra hablada o escrita, sin la literatura, sin los escritores, sin la poesía, no hay mundo, no hay cosas, no hay hombre. El poeta

es siempre un escritor joven que todo lo ve nuevo y que nos hace asistir a lo reciente. Porque las cosas que ve, más bien que alumbra, las vemos nosotros en la ingenuidad, en la pureza y limpieza, en la donosura y en el júbilo de su ingenio y de su luz. El que bien habla y el que bien escribe remoza, hace fresca, amena, olorosa, reciente, pues, la Naturaleza. El poeta descubre con alborozo la obra que acaba de hacer Dios. Dios crea y el hombre recrea o, lo que es lo mismo, va tras la huella divina para componer para sí las trazas del mundo y de los mundos, la fábrica y figura de las cosas y la profundidad de las almas. Quiere estar presente en el acto de la creación y descubre, atónito y maravillado, la intención, la ley, el orden y concierto del universo. La verdadera poesía participa del *fatum,* y por esto las palabras del poeta son y permanecen porque están escritas para la perennidad.

Dios, ha dicho alguien, y ha dicho bien, tiene siempre cosas que decir por intercesión de los hombres, no por intercesión de los ángeles. El mensaje divino tiene voz humana. Y esta voz humana es la de los buenos escritores. El verdadero escritor nos habla, al hablarnos de cualquier cosa, de la plenitud. Y cuando el verdadero escritor es grande, con la grandeza del poeta, hace desbordar esa plenitud y la convierte en prodigalidad. Las ciencias miden, separan, consideran aparte; se entretienen en las minucias, igualan, cuantifican. Son útiles las ciencias y, a más de útiles, no dejan de tener aspectos de poesía, de palabra bien dicha, que propende a la perennidad.

Pero la bella literatura siempre está en la totalidad. Una hoja seca es, para el poeta, toda la Naturaleza. Esa hoja seca, arrastrada y estrujada por el viento, quizás sea una de esas lágrimas de las cosas que, vista, nos induce a pensar en lo perecedero de la vida. Para el hombre de ciencia esa misma hoja es una complexión de átomos que se disgrega. Una y otra son ciertas, pero la certidumbre de lo poético nos hace sentir la eternidad. Y es, una vez más, la fuerza y el vigor de la palabra, su novedad siempre reciente, la conciencia plena con que la pronunciamos y su participación del *fatum,* por tanto, de la fijeza, de lo que siempre verá. El oficio eminente del poeta consiste en hacernos sentir jóvenes. Renueva las cosas y nos presta ímpetus de juventud para acercarnos a ellas, poseerlas y gozarlas.

Pero sobreviene una cuestión, que es la del uso recto de este instrumento que es la lengua. Decir algo es establecer una conveniencia entre las palabras y las cosas. El que dice algo tiene que ser decente y digno, acomodarse a la realidad, concordar con ella, reflejarla en su integridad. Se ha visto que el hombre, en razón de la palabra, llama y atrae, descubre y concentra todas las cosas. Hablar es juzgar. Y el uso recto de la lengua está en servirse de ella para decir la verdad. ¿Y qué es la verdad? Realidad, la cosa, cualquier cosa, todas las cosas, el trascendental Res se identifican con la razón. La etimología nos hace saber que realidad y razón vienen de la misma palabra. Pero es el

hombre quien pronuncia esta palabra. Y tornamos, pues, al hombre. Y es éste, en última instancia, el que debe ser verdadero, adecuarse en todos sus actos a su naturaleza, ser, por tanto, inteligente y libre. Y no lo es, no podrá serlo sin la literatura, sin las palabras de los buenos escritores, sin la inquietud de los poetas, sin la conciencia del deber, sin esa adecuación de las cosas todas, de nosotros también, que somos cosa pensante, caña, tallo que piensa, nos llama San Juan en su Evangelio, de la Inteligencia divina; sin la intención, por otra parte, de llegarnos al Verbo de Dios, a la Palabra eternamente pronunciada, por la que todas las cosas son.

El hombre, la palabra, el lenguaje, la perennidad, la eternidad. Y no se puede decir más. Contemplativos de estas verdades hemos de ser, con todo, prácticos. Estamos en la Academia MEXICANA y he hecho este discurso para los MEXICANOS. Hay, pues, una palabra, mi palabra, y unos escritores, poetas muchos de ellos, mis colegas desde este momento, y quiero creer que mis amigos y, en general, no ya sólo los literatos mexicanos, sino el habla, la lengua y el lenguaje de México. Y es, entonces, la voz y son las voces de México lo que importa.

Los escritores, periodistas, críticos, dramaturgos, novelistas, filósofos, juristas, teólogos, poetas, hemos de amar prácticamente, esto es, por medio de una obra concreta, en nuestro caso por medio de la literatura, yo, por ejemplo, en el periodismo, a México. Y puesto que la mejor palabra, la más digna, la más verdadera, la más penetrante y luminosa, la más cargada de realidad, la más completa, la más divina es la palabra del poeta, hemos de tener los escritores, y por obra de éstos el pueblo, que es decir todos los mexicanos, un amor poético de la patria. La patria, amor de los escritores; la patria, palabra, verbo, oración y sermón, frase, verso, novela, tratado científico, historia, *fatum* en suma, lo dicho eternamente, lo que siempre será, lo que siempre se renovará por el empeñoso afán de los que decimos, pronunciamos, gritamos MÉXICO, y no sólo con la boca, sino con todo nuestro ser, con la presencia en nosotros de nuestros antepasados y en compañía de los mexicanos que todavía no nacen. Enseñados, guiados, empujados por los poetas, tenemos que ver, sentir, entender, considerar, tocar, mover y modelar la patria mexicana POÉTICAMENTE. Tenemos que verla reciente, fresca, acabada de salir de las manos de quienes la han forjado y la siguen forjando, luminosa, líquida, en una palabra bella. Lo propio del poeta es el amor. Y todos los escritores, aun los que manejan números, estadísticas, datos concretos y los que se dedican a observaciones científicas, participan de la poesía, puesto que aman la verdad, que la buscan y que, una vez alcanzada, nos entregan.

Y para nuestro mundo hispánico y en particular para nosotros los mexicanos, lo universal, lo fijo y firme, lo valioso y lo válido, lo perenne, lo que, en razón de todas estas características, más nos importa, y debe ocuparnos más,

es la lengua castellana. Es mi palabra, tu palabra, la palabra de él o de ella; es nuestra palabra, vuestra palabra, la palabra de ellos o de ellas, palabra muchas veces no dicha; palabra variada y varia, a menudo extraña y peregrina, triste, angustiosa, esperanzada; palabra vivaz, alegre, cantarina. Y se trata de recoger esta palabra, de rectificarla o ratificarla, de llevarla a formar el coro de los que cantan el amor patrio. Que haya producción de bienes y reparto equitativo de ellos; que se sucedan los procesos científicos; que disfrutemos de tranquilidad y que gocemos de la paz. Pero si no hay escritores, si no hay poetas, no habrá conciencia patria, porque no se pronunciará la palabra que nos aclare y haga transparente lo que es México.

Y ya para concluir me será lícito volver a las cosas personales. Hijo, nieto, biznieto y tataranieto de labriegos, adherido a la tierra del Bajío, estuve destinado a los trabajos de la agricultura. Mi hermano mayor descubrió mi vocación literaria. Y pido licencia para hacer de él, en este momento solemne para mí, un recuerdo en que va implicado mi agradecimiento. Mi hermano Francisco perteneció a la generación de Carlos Díaz Dufóo hijo, de Alfonso Reyes, de Emilio Servi, de los Franco Urías, de Martín Luis Guzmán, de Benjamín Elías. Y que desde esta silla, la número uno, en que ahora me siento y de la que tomo posesión, vea a dos compañeros y amigos de Francisco Guisa, a Martín Luis Guzmán en la número trece y en la número diecisiete a Alfonso Reyes, el uno y el otro grandes escritores y poetas por el consiguiente, que han usado tan alada, tan poéticamente el instrumento que es la lengua castellana, colegas míos en la Academia de la Lengua, me hace sentir junto a ellos la plácida figura de mi hermano, que una vez, y ya han pasado más de cuarenta años, me dijo que podría yo llegar a escribir.

Nota

El lenguaje propende de suyo a ser individual.—No se trata de rebatir lo que dice, a propósito de esta expresión, el Sr. Garibay. Lo que dice está bien dicho y tanto la observación somera como la reflexión se manifiestan contestes con él. El lenguaje primero es común y para que sea de alguien tiene ese alguien que aprenderlo. Por esto es que se empieza por balbucir. La expresión dicha puede ser ambigua y aun equívoca. Y sólo por vía de aclaración habrá que decir lo que la motivó. El tema es vasto y se presta por tanto a numerosas precisiones.

El momento o movimiento en que la inteligencia humana juzga es aquel en que pronuncia para sí que una cosa es, que una cosa es esto o no es aquello. El juicio es la afirmación de una identidad o la negación de ésta y en uno y en otro caso, en el de la afirmación como en el de la negación, hay una pre-

sencia consciente de las cosas, de lo exterior, de lo que no somos nosotros; presencia que es consciente porque la inteligencia ilumina y alumbra los objetos, los que, mediante esa iluminación y alumbramiento, los convierte ella en algo suyo, esto es, en algo nuestro. Ya sabemos que conocer es convertirse en el otro, ser las otras cosas. *Et haec est perfectio cognoscentis in quantum est cognoscens, quia secundum hoc a cognoscente aliquid cognoscitur quod ipsum cognitum aliquo modo est apud cognoscentem.* Y más adelante Santo Tomás, de quien son las anteriores palabras, nos dice, De Ved. q. II, art. 2, c. *Et secundum hunc modum possibile est ut in una retotius universi parfectio existat.* La cosa conocida está en el que conoce y es de él, pues, por el mismo consiguiente. Y el que conoce es un ser en el que cabe la perfección de todo el universo.

Ahora bien, la inteligencia reflexiona sobre sí misma y se ve ella —*reditione completa,* volviendo sobre sí misma y adecuándose a sí misma en su totalidad—, conocer su propio acto y la proporción de este acto a la cosa objetiva. Esto quiere decir que no hay distancia, sino inmediatez, entre la inteligencia y lo que se conoce. Estamos, así pues, ante la palabra, ante el verbo de la mente humana, ante el juicio, ante la verdad, ante el proceso de la inteligencia hacia lo exterior, ante ese modo de acción del alma que va a las cosas para iluminarlas. Y éste sería el lenguaje "que propende de suyo a ser individual". Por otra parte es muy cierto que lo más personal es, aunque parezca paradoja, lo más impersonal. Hay un libro de Mandonnet sobre la personalidad de Santo Tomás y la impersonalidad de su doctrina. Los sabios descubren cosas que pasan a ser del dominio público y los artistas, que son los hombres mejores, nos hacen el don de elevarnos hasta la intimidad de su contemplación. Todo esto, claro está, es obra de la inteligencia, que habla el lenguaje personal que sólo ella entiende cuando reflexiona sobre su propia actividad. La voz humana más divina, la que lo sabe todo, y nos convida y arrastra a escuchar sus coloquios consigo mismo, es la de Nuestro Señor. Lo que El sabe del Padre El nos lo revela.

Aprendemos a hablar porque oímos hablar. Y al hablarnos en nuestro interior, al descubrirnos y al descubrir lo que está presente, la perfección de todo el universo, usamos un lenguaje propio que luego, porque el bien es comunicativo y porque somos esencialmente sociables, damos a conocer a los demás.

CONTESTACION AL ANTERIOR DISCURSO

Por don Angel Ma. Garibay K.

EN un remoto poema árabe hallo este pensamiento:

Cada tarde desciendo a mi huerto,
cada tarde en el huerto hallo rosas.
Son las mismas, y son diferentes;
que el rosal sólo en rosas se enjoya.
Son distintas: la rosa que vimos,
en la noche, al sopor, se deshoja,
y una más y otra más, cada día,
del rosal, renovándose, brota.

Este poema viene a mi mente cada vez que asisto a una fiesta del buen decir en esta Academia. Nuevos miembros llegan a sus puertas, nuevos próceres de la palabra se engalanan con el trofeo de las letras. Cada uno nos ofrece las luces de su ingenio, la fecunda vitalidad de sus pensamientos, y, en cada discurso que oímos, hallamos la belleza revestida con galas diferentes. Pero la belleza de la palabra, la hondura del pensamiento, el rico joyel del estilo, los perfumes de la elegancia, brotan del mismo rosal. Son muestras de un mismo espíritu y nacen de una misma fuente. Ese espíritu es el de nuestra cultura mexicana; esa fuente es la vida de este pueblo mexicano, de que nacemos y en el que desplegamos nuestra actividad, grandiosa o mezquina, pero netamente arraigada en la tierra amplia y excelsa de la patria.

Porque en esta Academia, señores, se vienen a unir los arroyos de la sabiduría y la palabra originados en muy diversas montañas. Cada vena de agua en sus cristales copia un jirón de nuestro cielo; cada voz es un arpegio del presente, o un sollozo del pasado, con suavidad de beso materno, o con rugido de racha de huracán. Estamos siendo obreros del México eterno y

del México uno. Y la voz perdida y remota de nuestra raza biforme podría decir, como Nervo en su verso de oro:

Cuando planté rosales, coseché siempre rosas.

I

Vengo esta noche a abrir las puertas de la Institución que vigila por la nobleza de nuestra lengua a un nuevo académico. Viene a sentarse en un sitial que vació la muerte. La memoria de don Carlos González Peña, y su incansable labor literaria de medio siglo quedan guardadas en un doble cofre: el de la nación mexicana, que vio sus empeños, múltiples y fecundos por todo lo nuestro, y el de esta Academia de la Lengua, que gozó por largos años de su actividad. Hoy toma posesión del sillón número uno el doctor don Jesús Guisa y Azevedo. Trae sobre las espaldas la toga del filósofo, y en las manos el capelo del periodista, sangrante de bronquedades, aunado al látigo que muchas veces ha levantado ámpulas. Ampulas que se mudan en rojos capullos que le forman guirnalda.

Habéis oído y saboreado su discurso profundo. En él, si por raras circunstancias no lo conocíais aún, lo habéis conocido. No seré gravoso a vuestra benevolencia. Voy a limitarme a ensayar una semblanza del doctor Guisa, y a hacer leves acotaciones a su magnífica disertación.

Tres momentos en su vida. Los veinte años en la gleba y en las aulas primerizas. Los años en que el cuerpo medra y el alma se forma. Embrión de eternidad, se va desatando de sus ligaduras, como la crisálida que irrumpe su capullo para ser mariposa.

Después, la severa y riente Universidad de Lovaina, donde la púrpura de Mercier flamea, pero donde mejor se respira su espíritu. Tres años de brega y tres años de victoria. Luego, su paso por la España sin límites, la eterna y la indomable.

Al fin, la patria, con sus escaramuzas y sus derrotas. La prensa, cruel y amable; casquivana y valiente. Y su lucha por ediciones de libros que nadie quiere comprar, pero después todos quieren vender.

Tres momentos de eternidad en el tiempo. Tres momentos paradigmáticos de muchas vidas mexicanas. Vayamos a su fugaz espectáculo.

"El estilo es el hombre", dijo hace siglos Buffon y su frase se ha convertido en aforismo. Podemos poner frente a ella otra frase, que pregona una verdad como un monumento: "el hombre es la tierra". Como si el suelo en

que nacimos y crecimos a la vida se infiltrara dentro del alma, anheloso de perpetuarse por medio del espíritu. Guisa nace en el Bajío, entraña de la patria. Tierra fecunda, ancha y generosa. Tierra en que brota la llamarada de la independencia, que al incendiar el suelo de la Nueva España, hace brotar, entre luces y sangre, esta nación que vamos forjando con el ardor y la ternura aunados en fecundo maridaje.

El nos lo acaba de decir: es hijo de labradores. De esos labradores que aprenden en el ritmo de las siembras y las cosechas el eterno fluir de los astros que se proyectan en el alma humana. Fuerza y suavidad; luz y tormentas; lluvias de torrente y crepúsculos del sol, que muere siempre para renacer siempre, sobre las sementeras esmeraldinas, o doradas, de ese maíz que forma "la superficie de la patria", como cantó López Velarde.

En un hogar fecundo en hijos, con un padre vigoroso, fuerte, liberal. Amante del caballo, gallero inigualable. De indómita voluntad y de piedad amable, que se hace caricia para la bestia y ternura para la tierra misma. Un hogar, como es el verdadero de México, con hilos de las dos razas, que con secular inquietud se aman y se combaten, y de cuyo amor y combate sin término va brotando todo lo nuestro: nuestra historia, nuestra cultura, nuestros hombres.

De esa juventud entre las sementeras y el bufido de los corceles, o del canto interminable de los gallos, saca Guisa su estilo, bronco y másculo, duro a veces, retorcido otras, pero jamás oscuro, jamás desleal. Dice lo que quiere y lo dice como lo quiere, aunque haya de caer en muchas mentes como la piedra arrojada por la honda, brutal y cruel.

Ni las ternuras de Virgilio, o su fluir suave de brisas y aletear de mariposas; ni las mieles acendradas y complejas de Horacio pudieron modificar las briosas venas de su pensamiento y de su expresión. La dulce penumbra del Seminario de Morelia misma, no pudieron disciplinar sus ímpetus, pero sus conocimientos clásicos le ayudan a refinar las robustas expresiones de su alma y a hacer más eficaces, con el reflejo del oro grecorromano, las afirmaciones de su hidalga filosofía.

Hoy en su hogar fecundo, donde esplende la luciente corona de sus doce hijos, vivos y alertas a la futura gloria, la voz de su nativa Salvatierra sigue siendo la pauta en que habla y escribe, aunque haya pasado por las universidades europeas. La tierra del Bajío se ha hecho carne y sangre en don Jesús Guisa y Azevedo.

El segundo momento es Lovaina, la renovadora. Es el Instituto fundado por Mercier su segunda cuna. Al regresar a la patria derramará sobre ella algunos de los tesoros que allí logró allegar.

Fuera de tiempo y de lugar sería que yo intentara ahora la alabanza de aquella institución, que se sitúa en el siglo XIX y en el nuestro como uno de los luminares del mundo contemporáneo. La semblanza que nos hizo el mismo doctor Guisa en la celebración del centenario de Mercier ha resumido el tema y me complace citar sus palabras para dar algún adorno a mis reflexiones:

"Ahora ya hay muchos tomistas. Pero habría que ver a Mercier hace 70 años. Empieza por buscar el pensamiento del maestro en textos depurados y asiste a las vacilaciones, a las variaciones, a las conclusiones tímidas, a las visiones audaces y a las fórmulas definitivas.

"¿Pero qué, todo está en Santo Tomás y no nos queda sino conformarnos con su pensamiento, repetirlo, si acaso ilustrarlo con las novedades de la época, que, si son racionales, han de encajar a la fuerza en él, obligándonos nosotros a hacerles, para este efecto, violencia?

"El fue un novador. Está aquí y es de hoy. En el mundo entero, en *todas* las universidades, su pensamiento está presente y, lo que vale más, su espíritu, que es decir, su persona, esas vacilaciones, esa timidez, el respeto al pensamiento ajeno, la investigación tesonera y la inconformidad que busca cordialmente, y por medio de la lógica interna de las ideas, la conformidad. Y a Mercier se le debe el descubrimiento de la modernidad de Santo Tomás. No, no son textos empolvados, ni una resurrección arqueológica. Es una confrontación con la ciencia, con las inquietudes del espíritu humano, con los problemas de la hora y, gracias a Mercier, salió triunfante Santo Tomás porque se convirtió en filósofo moderno y en maestro universal". *(El Cardenal Mercier o la Conciencia Occidental,* 1952, pp. 113 ss.). Hasta aquí el doctor Guisa.

El mundo moderno en los albores del siglo XVIII comenzó a olvidar el pensamiento, para regirse por el instinto y la emoción. Había dicho Aristóteles, —y lo repitieron en coro los hombres—, que el hombre es un animal racional. Pero olvidaron los que lo repetían que el hombre es además corazón y vitalidad. Y, por natural reacción, los modernizadores olvidaron el entendimiento y se entregaron a los brotes de la emoción y el instinto. Era necesario recordar al género humano que hay un reflejo de luz que no brota de las glándulas endocrinas y que tiene destellos de inmortalidad.

La historia tenía que repetirse. Un día un monje, vestido de blanco y negro, con penetrante mirada azul germánica perdida entre las pestañas latinas, sube a la cátedra de la Sorbona y defiende a Aristóteles. Esa defensa fue el principio de una revolución intelectual. Tomás de Aquino, dominico, con la misma sangre de Barbarroja, germano y latino, por inmortal síntesis, logra que el vilipendiado Aristóteles sea luminar de un nuevo conato de sabiduría. Tomás de Aquino forjó la filosofía nueva de la vida intelectual. La primacía del entendimiento fue la piedra cimental de su obra sistemática. Sobre esa piedra fue construyendo con todos los gajos del saber

humano. La ciencia, según su etapa, se unió a la metafísica y voló por mundos no accedidos y acaso inaccesibles. Forjó, así, una síntesis para su época, la mejor. Y la semilla de su pensamiento quedó arrojada al mundo, como lluvia de fecundidad. El mundo, en cambio, envió polvo sobre la lluvia.

A quitar ese polvo contribuye la obra de Mercier. Es un renovador del espíritu, si no siempre de la letra. Y Tomás resucita con aires de vitalidad presente.

El doctor Guisa fue obrero de esta restauración del dominio de la inteligencia sobre la emoción, la fantasía y el instinto. Comenzó por leer a Tomás de Aquino en latín. —¡Quien no puede leer a Tomás en latín y quiera apodarse tomista, debe seguir la sentencia de Rubén Darío al que abomina del romanticismo: colgarse de un pino!

De la lectura del de Aquino y de su asistencia a las cátedras de Lovaina saca el doctor Guisa su viviente filosofía; antigua, como el hombre; moderna, como el viento matinal de hoy. Antigua y moderna, por eterna.

Si en México no ha logrado el tomismo levantar bandera es porque ha faltado lo más importante: los verdaderos tomistas. Quien aprende el tomismo en Maritain deja de ser discípulo del Aquinate. La médula del tomismo nace de la roca del Medievo, pero lanza sus ramas a la eternidad. No es posible abarcarla y menos bajo los ropajes acicalados del neotomismo francés. La armonía integral del pensamiento de la Edad Media cristiana que se hace vital en Tomás de Aquino es el polo opuesto del razonamiento y la lógica galicana. ¡Anch'io so pittore!

Ya desde su discurso en Vich el año de 1924, el doctor Guisa inicia su empeño en su tema de *El Tomismo de Balmes en su Tratado de la Certeza.* Lo sigue en sus diversos estudios parciales; lo corona con su obra *El Cardenal Mercier, o la Conciencia Occidental.* Su *Lovaina de donde vengo,* lo mismo que sus cátedras en la Universidad Autónoma, sirvieron para dar clamores en pos del resurgimiento tomista. Y esperamos que su brega en los efímeros diarios no le quite las alas para emprender una obra de mayores quilates en una empresa necesaria en nuestra patria.

El tercer rasgo de la fisonomía literaria de Guisa y Azevedo es el de "columnista".

Pido perdón a la Academia por usar términos que no se hallan en su diccionario. Como cientos y cientos que ha dejado al margen. Una realidad nueva pide un nombre nuevo. El pensamiento libre sigue sus cauces y la palabra sigue al pensamiento. Los museos son lo último en una cultura y los diccionarios están siempre en peligro de convertirse en museos.

Una realidad nueva, pero de pujanza enormemente vital es la "columna" en los diarios. Un género literario de los más comunes y de los más difíciles. En un medrado espacio de tres cuartillas tiene el escritor que desarrollar su tema. Tema candente del momento, o tema de eternidad. Todo cabe en esa mínima ración de literatura. Desde el análisis de un principio filosófico hasta la volandera nota sobre el libro de unas poesías femeninas. Desde el hecho político de mayor trascendencia hasta el trivial asunto del día anterior. Es un género literario en que se pone a prueba la calidad del escritor. Podrá, a veces, darnos un tema demasiado manido, o muy alquitarado en sus expresiones literarias y en sus arrumacos de acartonado academicismo. Lo hacemos a un lado y no leemos más. Otras veces nos presentará hecho de nula importancia, pero lo sabrá revestir con un aura de oro. En tal caso se clavará su pensamiento en nuestras mentes e imaginaciones como un dardo de oro. Nos servirá de reactivo. ¡Cuántas veces será una breve obra de arte, que con amor leemos y releemos, y llegamos a recortar, para redimirla del volar voluble de los diarios, pasajeros como la hoja de otoño. Pocos son los columnistas que almacenan sus artículos en libros. Ello no es sino un síntoma de narcisismo literario. Nosotros, en general, seguimos el consejo del poeta alemán: "cortá la rosa cuando florece: mañana tiempo no será. . ." O el apotegma del Maestro de los maestros: "¡le basta a cada día su propio afán. . . !"

De los que escriben en diarios y no almacenan en libros es Guisa y Azevedo. Dije "escriben". Me corrijo: debía haber dicho "escribía". Pues tiene una historia —hasta pintoresca—, su errante carrera por las redacciones de algunos diarios.

Llegado a la patria en 1926, comienza a escribir en un diario de esta ciudad. Al año siguiente es desterrado en compañía de dos grandes columnistas y dos grandes académicos: don José Elguero y Salado Alvarez. Primera presea de su gloria periodística.

A su regreso reanuda sus colaboraciones en el mismo diario. Lo echan de él en 1937. Pasa a otro diario de esta ciudad. No me place acordarme del nombre ni del primero, ni del segundo. En éste, donde por largos diecisiete años despliega sus talentos de comentador y combatiente periodístico, es también despedido. Como no es mi oficio presente hacer reflexiones sobre la Ley del Trabajo, no preguntaré si le dan siquiera sus tres meses de indemnización, y el tanto por ciento de sus años emprendidos en la ardua labor. Puedo, sí, preguntarme y responderme por qué se le expulsa. En el caso del destierro, hallo la explicación en la tiranía que amordazaba la libertad de expresión, conquista la más bella de la Constitución, pero también la más vilipendiada a veces.

Los otros dos casos son sintomáticos. Se le inculpa de sus intemperancias

de lenguaje, de sus arrebatos de ideología, de sus acres y vitriólicos comentarios. Pero en el fondo hay una mano que aprieta y a la mano oculta tiene que doblegarse la libertad. ¡Triste razón de la sinrazón que aún tiene valimiento en pueblos democráticos!

Dejaré estos temas marginales y me preguntaré si en este tercer estadio de su actividad literaria ha realizado su tarea de escritor. No llegaré al fondo, casi siempre fundado en la verdad y en la justicia, aunque no esté yo totalmente de acuerdo con su pensamiento. El fondo es lo que vale más siempre. Hablaré de la forma. No es ciertamente de las filigranas de otros escritores; no sabe usar tijeras de jardín inglés para podar y recortar. Su estilo tiene la ventaja de ser vital siempre, rudo a veces, impetuoso y rayano en lo agresivo y molesto. Siempre enérgico y siempre pungente. Pero esas cualidades valen más que los hilos de oro con que tejen su malla los estilistas decantados y alquitarados.

El lector apresurado de los diarios necesita un estilo claro, vivaz, siempre a su alcance. Ya se trate del catedrático que vuela a su Ciudad Universitaria; ya sea el conductor de camiones, que en un alto, de esos largos que ahora padecemos, hace un paréntesis para leer unas cuantas líneas; ya la misma vendedora de tamales, que echa una ojeada al periódico de hoy, con que los envolverá mañana, todos requerimos algo que nos haga sonreír, o pensar con agrado, o sentir el movimiento emocional, de aceptación o de rechazo, pero siempre un estilo que llegue al fondo del alma. El columnista que sabe usar de estos medios es el más leído y el más buscado. El diario mismo gana en aumento de lectores. De esta clase es Guisa.

Resumo. Se criticó a la Academia —porque a la Academia se la critica siempre y la critican todos, aun los que anhelan entrar a ella—, se criticó a la Academia por la elección de Guisa. ¿Qué méritos tiene? ¿Cuál es su obra? Creo haber dado la respuesta en mi exposición. Escritor con estilo y formación humanística, escritor filosófico, escritor muy leído. El que escribe en los grandes diarios de esta ciudad es ciertamente de los más conocidos, aun por el vulgo iliterato, que no tiene muchas veces más medio de adquisición de conocimientos y formación intelectual que el periódico que nace cada mañana para morir, como las rosas, al caer la tarde.

Tales son los títulos del doctor Guisa y Azevedo para llegar a la Academia. Llegue en buena hora, aquilate los valores que lleva consigo, luche por el decoro de la lengua, entraña de nuestra vida nacional, vigor glorioso que la hace la más bella de nuestras riquezas.

II

Ha dicho en su discurso que no cabían conmigo antilogías, como acaso pudieran suscitarse con el ilustre literato a quien había invitado a responderle. Se engañó Guisa y Azevedo. Sí puede haber y hay muchísimos puntos antagónicos.

Tiene mucha boga la leyenda de que los católicos formamos una grey que piensa al compás de una batuta. Nada más falso, nada más injusto. Hay un apotegma que se atribuye a San Agustín, sin ser suyo. Por su espíritu pudiera serlo. Es de Vicente Lerinense: "In veris unitas. In dubiis libertas. In omnibus caritas". Pido excusa a mi cultísimo auditorio por traducir esta sentencia: "En la verdad, unidos. En lo dudoso, libres. En todo, atados por el vínculo de la caridad". Nos mantenemos firmes en la ortodoxia, pero es ella tan vital que corre por muchos caminos, como la vida, y va aun por derroteros opuestos. Dentro del mismo fuego ondulan de muy diferente modo las llamas.

Ha afirmado que "la lengua propende de suyo a ser individual". Creo que no es verdadera su afirmación. La lengua es eminentemente social. Nace por la sociedad y para la sociedad. Si el hombre no tuviera con quien hablar, no hablaría. Podría pensar, podría ver directamente los objetos de su conocimiento; pero la reflexión sobre ellos la hace lucir solamente el trato con los demás. Antes que el monólogo existe el diálogo. Acaso dentro del sistema cartesiano pudiera tener valimiento el aforismo: "pienso, luego existo". Dos conceptos que elaboraría el hombre, sin haber salido de sí mismo. Pero me es sumamente extraño que un discípulo de Santo Tomás llegue a sentar la proposición del individualismo del lenguaje.

La percepción inicial del hombre, en ese sistema, es la de lo que está fuera de mí mismo. Antes de ver qué soy, veo lo que existe fuera de mí. El ser es el principio de partida del conocimiento, pero no mi ser íntimo, sino el ser externo que me llega por los sentidos. Solamente por comparación con lo que hay fuera puedo conocer lo que llevo dentro.

Y estos no son escarceos metafísicos o gnoseológicos, sino que tienen la mayor trascendencia en el dominio precisamente de la lengua, que es el de esta Academia. Si la lengua es individual de suyo, salen sobrando las gramáticas, los diccionarios y las academias. Cada uno puede fabricar su propio lenguaje. Y cuando cada uno forja su propio idioma se repite la historia de Babel: nadie se entiende con su vecino.

Hay algo mucho más misterioso en el origen del lenguaje y en la formación de las lenguas. Aquí, como en Fuente Ovejuna, perpetramos el delito, o forjamos el milagro, todos a una.

Y no vale hablar del paradójico "individualismo colectivo". No digamos ya en la etapa histórica en que nos toca vivir: en la más remota que nos dan los testimonios, hallamos la pintura de una sociedad a través de los restos de su idioma. Esa es la base de las reconstrucciones de la historia de una cultura mediante sus lenguas. Así hemos podido saber cuál fue el mundo de los nebulosos indoeuropeos, inasibles para la arqueología, pero de pueblo hipotético se ha hecho pueblo real, mediante el análisis del contenido de sus lenguas. El sánscrito, el griego, el latín, el zendo, el viejo germano, el paleoesclavo nos han dado en su comparación la visión de un mundo que fue y que no dejó en el polvo de la tierra la huella de su paso, pero sobrevive en las lenguas que de estas fuentes dimanaron, todas ellas brotes de una misma raíz. Cuando hallamos un término que en todas estas lenguas perdura, más o menos sometido al crisol de la fonética, sabemos que aquellos nuestros remotísimos ancestros lingüísticos tuvieron la realidad que tal término significa. El mismo método de investigación podemos aplicar al estudio de nuestra realidad prehispánica. Por no haberlo hecho, hubo historiadores y juristas que negaron a los pueblos de Yucatán o de Anáhuac, la existencia de instituciones y de conceptos netamente jurídicos, cuando les hubiera sido fácil descubrirlos si analizaran los vocablos y descubrieran la neta y precisa noción que su etimología les proporcionaba.

La cultura es obra del grupo, de la sociedad. Como la cultura, la lengua, que es su vehículo natural. Gran verdad es aquella de que en este mundo, "nadie sabe nada: todo lo sabemos entre todos". En este mundo, "nadie hace nada; todo lo hacemos entre todos". El olvido de la necesaria colaboración de los hombres todos ha creado el mefítico individualismo que, a través de sus sistemas políticos, económicos y sociales ha sido y sigue siendo ruina del mundo.

Todos los análisis lingüísticos que nos acaba de hacer el doctor Guisa se fundan en la naturaleza de lenguas como la nuestra, cuya cepa es latina. Hay algo mucho más amplio y universal. La lengua es un fenómeno tan complejo que las llamadas definiciones aristotélicas se evaporan, ante lenguas de otro tipo y ni siquiera son aplicables al sistema indoeuropeo en su totalidad. Cuando dice, por ejemplo, que "el verbo es voz que significa con tiempo", acaso está pensando Aristóteles en las formas más vulgares del griego. Ni siquiera en todas. El aoristo no tiene connotación de tiempo. Los llamados participios de presente en las lenguas indoeuropeas prescinden del tiempo y solamente entrañan la idea de simultaneidad con la acción principal.

¿Qué decir de otras lenguas, como las semíticas, en las cuales propiamente el tiempo verbal no existe sino solamente la naturaleza y etapa de la acción, completa o incompleta? Y eso con mayor énfasis diríamos de algunas lenguas americanas, en las cuales todos los matices del pensamiento caben, dentro de

sistemas totalmente alejados de los moldes indoeuropeos, que en el fondo son los de nuestra lengua.

Precisamente el doble carácter de un idioma, colectividad y propiedad, adaptable a cada grupo, hace que las lenguas vayan mudando. Si, en frase de Nebrija, "la lengua fue siempre compañera del imperio", también la lengua es el índice más seguro de la trasmutación. Y en este campo nos sentimos orgullosos los que hablamos la lengua de Castilla. Leemos el Quijote, la Celestina, viejos de siglos, y sentimos el fluir del mismo dulce lenguaje robusto y viviente, que usamos para hablar con el criado, con el vendedor de periódicos, con el jardinero de nuestros parques. Es una lengua que persiste casi inmutable, cuando vemos a otras ir degenerando en dialectos que mañana serán nuevas lenguas. Indicio maravilloso de una unidad que en vano se busca en la política, en las relaciones económicas, o en cualquier otro medio humano de unión.

De este hecho nace el deber de amar y de cuidar este tesoro. Si la lengua es una riqueza común, a todos incumbe la obligación de vigilar por su incolumidad y, dado que es un tesoro viviente, orgánico, cuidar de que la evolución fatal a que se ajustan todos los vivientes que no poseen la plenitud de la vida, siga normas de inteligencia y de decoro.

En todo deber colectivo, si no hay autoridad que regule su ejercicio, la acción viene a desembocar en anarquía y ruina. Tal es la razón íntima de la existencia y función de las Academias de la Lengua. Su lema es su bandera y su programa. Purificar el idioma, fijar sus rutas y sus adquisiciones, y darle el esplendor de todo lo que lleva la supremacía de la belleza.

Porque esta riqueza de la lengua es también un menester de arte. Y ya sabemos que la vitalidad verdadera de un arte consiste en que brote de las entrañas de un pueblo y se eleve y se sublime en las esferas de los mejores representantes de ese mismo pueblo.

Uno de los caracteres más fascinantes que nos ofrecen las lenguas en la historia es el de ver cómo van creciendo de los gérmenes más rudimentarios hasta la más plena hermosura de realización. Bronca, membruda, rígida de nervio, nace la lengua en las Partidas del Rey Alfonso, o en su Crónica universal: ¡a qué cumbres escala en la diamantina prosa de fray Luis de León!

Y este fenómeno nos estimula y enseña. No solamente crece siguiendo su cauce: crece recibiendo los arroyuelos que le salen al paso, como los grandes ríos. La retozona musa del Arcipreste de Hita nos deja, con el sabor de sus picantes aventuras, la máscula dulzura de su ritmo lingüístico. Ved en Garcilaso esa misma vena de vida hecha viento que suspira "al dulce lamentar de dos pastores. . ."; oidla en los crepusculares versos de Góngora, o de nuestra monja inmortal: ha emulado las nubes en su vaguedad y ha robado a los crepúsculos su encanto. Y, sin salir de casa, ¡qué distancia hay entre la lengua que usan Durán, Sahagún, el encantador Bernal Díaz y la de los conceptuosos

versos de López Velarde, o las aladas y marmóreas joyas de los poemas de José Gorostiza, o Salvador Novo!

El analizador, tan necesario en la lengua, como en el mundo del espíritu moderno, podrá a través de documentos tan variados, tan multiformes, estudiar a la par el correr de una tradición y el pujante espíritu cada día diferente; cada día idéntico a sí mismo, sin embargo, de la lengua castellana que imita al hombre que la crea en sus múltiples empresas, esparcida por medio mundo.

Sobre esa evolución vigilan las Academias. Sacan el limo extraño, que se filtra en el arroyo de sus linfas; detienen la belleza realizada, que busca huir siempre sin esperanza; pulen y abrillantan los tesoros que deben ser perennes en el idioma. Misión social, misión artística.

En sus ochenta años de existencia la Academia Mexicana de la Lengua ha realizado con plenitud esta doble misión en nuestra patria. Para probarlo, en los tiempos presentes, me basta un solo hecho. La serie de sus publicaciones. A la incansable actividad y juvenil entusiasmo de su Secretario Perpetuo el doctor don Alberto María Carreño —a quien por estrictísima justicia me complace loar pública y solemnemente en esta ocasión—, debemos en solo dos años la edición de seis tomos de las Memorias de la Academia. Atesoran en sus tres mil páginas de conjunto los discursos de estos años y, si valen mucho por su mole, valen más por la variadísima riqueza de sus documentos, no solamente en el campo literario, sino también de interés social, histórico y humano. Esas Memorias serán un día la trama en que se teja la historia literaria de estos años. El mismo benemérito Académico nos dio desde 1946, juntamente con la Historia de la Academia, un grueso volumen sobre la Obra personal de los Miembros de ella. Los diez años que han corrido son tan fecundos que podrían darle material para otro volumen de trescientas páginas.

Está cumpliendo su misión la Academia.

Pero hay otro aspecto, más valioso a mi juicio. Es este uno de los pocos institutos en que todas las ideologías, todas las tendencias sociales o políticas, todos los caminos del pensamiento, todos los sistemas de expresión hallan sus representantes. Indicio de esta comprensión fue el hecho que la nación entera pudo presenciar. Frente a frente, en sendos sitiales de la Academia, estuvieron el Presidente de la República y el Arzobispo Primado de México. Y la vivificante sonrisa del licenciado Alemán hacía juego de armonías con el donaire alborozado del doctor Luis Ma. Martínez. Como si un hilo, tejido de estas dos sonrisas, dentro del cuerpo de esta Academia, fuera un símbolo del México nuestro, de este México unido que debe perpetuarse. Es decir, el México único, en que todos nos sentimos unidos en el corazón, si no en la mente, como estamos unidos en el mismo entusiasmo y en el mismo idioma.

Está cumpliendo su misión la Academia.

A ese cuerpo benemérito, en el que de necesidad hay sombras como la mía, para acrecer las luces, llegáis esta noche, doctor Guisa y Azevedo. Entrad seguro. Aquí no se ata el pensamiento, ni se enmordaza la boca. Hay libertad. Esa libertad por la que habéis luchado, libertad que es fruto de la verdad, según la frase eterna. Esa libertad que el mundo hodierno convulso busca sin hallar. En este país de bendición, abrigo de todos los errantes, corazón abierto, como su territorio, a todos los mares y a todas las fronteras, hay un vergel pequeño que en su cumbre crece. Es la Academia. Entrad y cultivad y laborioso luchad por los ideales.

Aquí también se realiza el canto de un viejo poeta náhuatl:

"No cesarán las flores de brotar en México:

Por las muchas que mueren, hay muchas más que nacen.

No cesarán los cantos que de esta ciudad surgen.

La flor y el canto durarán vivientes aun cuando todos vayamos al Reino de la Muerte".

Obreros de una noble empresa, obreros de la grandeza patria, unidos en un esfuerzo todos luchemos por la grandeza de la lengua castellana.

Ponencias e Informes

COOPERACION ENTRE LA REAL ACADEMIA Y SUS CORRESPONDIENTES *

Ponentes: Dr. Alberto María Carreño
y Academia Mexicana.

CON motivo de la proposición hecha por el señor don Eduardo Carranza de la Academia Colombiana durante las Jornadas de Literatura Hispánica celebradas en Santiago de Compostela en La Coruña, en la segunda quincena de julio próximo pasado, para que "la Academia Española en unión de representantes permanentes acreditados por las Academias Hispanoamericanas, con rango idéntico al de los Académicos de la Española asumiera activamente el carácter de supremo consejo legislador de nuestra Lengua...", me permití hacer esta sugestión ante la Academia Mexicana Correspondiente de la Española con fecha 8 de octubre de 1954:

"Que cada vez que se presente algún caso de importancia, como lo ha sido la expedición de las *Nuevas Normas* propuestas por el señor don Julio Casares, Secretario Perpetuo de la Real Academia Española y aprobadas por ésta, se consulte la opinión de todas las Academias Asociadas a fin de que, cuando se dicte una resolución por la misma Real Academia, sea ya fundada en las opiniones dadas por tales Academias, con el propósito de evitar, como ha sucedido ahora, que se hayan emitido diversos pareceres en distintos países americanos a propósito de tales Normas".

La Academia se sirvió aprobar por unanimidad la proposición, y se convino en hacerla conocer tanto a la Comisión Permanente de la Asociación de Academias como a la Real Academia Española. Así lo hizo la Mexicana con fecha 21 de octubre de 1954 al señor Secretario Perpetuo de aquella ilustre Corporación matriz.

Se incorporan en orden cronológico cinco ponencias presentadas al Segundo Congreso de Academias.

* Aprobada primero por la Comisión Cuarta del Segundo Congreso de Academias de Lengua Española, y luego por la Sesión Plenaria del Congreso. Las ponencias se publican en el orden de sus fechas.

Al visitar diversas Academias de las Antillas y de Sudamérica, en representación de la Comisión Permanente y de la Academia Mexicana, les traté el punto, y todas lo acogieron con el mismo interés que la Mexicana.

El señor don Julio Casares, Secretario Perpetuo de la Española, en carta de 4 de junio del presente año se sirvió decirme: "Por lo que hace a la sugestión de usted, ya aprobada por esa Academia Mexicana, para que las 'resoluciones graves' sean comunicadas con antelación a todas las Academias asociadas, pienso que este punto puede tratarse en el próximo Congreso dentro del epígrafe del temario que dice 'Sistema de cooperación entre la Real Academia y sus correspondientes'. Desde ahora le puedo anticipar que nuestra Academia no ve inconveniente en que la sugestión de usted se lleve a la práctica".

Siguiendo, pues, tal indicación, someto la proposición aprobada por la Academia Mexicana al Segundo Congreso de Academias de la Lengua Española.

La proposición, en suma, no entraña una actitud nueva para la Real Academia Española, sino la realización del pensamiento expuesto en 24 de noviembre de 1870 por D. Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins, D. Patricio de la Escosura, Dr. Juan Eugenio Hartzenbuch y D. Fermín de la Fuente y Apezechea, a cuya iniciativa se fundaron las Academias Correspondientes.

Decían en su iniciativa: "...si pronto, muy pronto no se acude al reparo y defensa del idioma castellano en aquellas apartadas regiones, llegará la lengua, en ellas tan patria como en la nuestra, a bastardearse de manera que no se dé para tan grave daño remedio alguno.

"¿Bastarían a impedirlo los esfuerzos de nuestra Academia, hasta hoy felizmente muy estimada y respetada entre las gentes de letras hispanoamericanas, si no contase con otros medios que sus publicaciones dogmáticas, y la colaboración individual y aislada (ya se dijo) de sus muy dignos Correspondientes?

"No lo ha creído así la propia Academia, y he aquí los fundamentos de esta opinión.

"En nuestra época el principio de autoridad, si no ha desaparecido, está por lo menos grandemente debilitado.—"Todo se discute, y a nada se asienta sin previo examen.—"Por desdicha, basta con frecuencia que la autoridad afirme, para que la muchedumbre niegue.—"Cierto que en materia literaria el triunfo es casi siempre de la Academia, porque rara vez pronuncia fallo que muy fundado no sea; *pero cierto también que no son pocas las ocasiones en que ha tenido que rendirse al uso,* y que consagra con su sanción más de un vocablo y de un modismo a que, con razón de sobra, comenzó por oponerse.—"Y si tal sucede dentro de casa, es evidente que más es de temer

a la larga distancia de su esfera de acción y donde no tiene más derecho a que se le escuche, que aquel que la razón lleva a todas partes consigo.

"Verdad es que cada uno de nuestros ilustrados y celosos Correspondientes en América procura y seguirá procurando, sin duda, en el lugar de su residencia, propagar y arraigar las buenas doctrinas de la Academia, respecto de la lengua; pero no cabe tampoco desconocer que los esfuerzos individuales, por grandes y útiles que los supongamos, serán siempre insuficientes al fin deseado.

"Si la Academia Española, corporación oficial y durante más de siglo y medio en posesión del monopolio de la enseñanza pública, en cuanto al idioma, no ha logrado nunca, a pesar de sus constantes y loables esfuerzos, de su indisputable saber y de su nunca desmentido celo, imponer silencio a temerarias teorías y precaver extranjeras invasiones al idioma, ¿qué podría prometerse de Correspondientes aislados, sin más autoridad que la de su personal nombradía y la que el lejano reflejo de nuestra Academia pueda prestarles?

"Hoy, pues, que la Academia nada monopoliza, y acaso nada más que su literaria tradición representa, con estos únicos pero valederos títulos, llamando a todos y oyendo a todos, debe y puede pugnar por que en el suelo americano el idioma español recobre y conserve, hasta donde cabe, su nativa pureza y grandilocuente acento" *.

Naturalmente todas las Academias Hispanoamericanas han procurado con mayor o menor empeño corresponder al noble pensamiento de sus creadores, conociendo que la Real Española constituye no sólo la base y fundamento de los trabajos encaminados a conservar la pureza de nuestra lengua, sino por el convencimiento de que ella posee los más amplios elementos materiales y más ricos para estudiar los mejores medios a fin de alcanzar esa conservación.

Sin embargo, si ella conoce los reparos que fundadamente puedan hacerse a las disposiciones graves que piense dictar, fundados esos reparos en justificadas y bien fundadas formas de expresión, adoptadas en los diversos países que cuentan con Academias, las resoluciones que en definitiva adopte pueden ser más benéficas para lograr lo que todos anhelamos: que haya la mayor unidad posible en la manera de usar nuestra hermosa lengua.

En tal virtud se somete al II Congreso de Academia la siguiente

Resolución.—Cada vez que la Real Academia Española decida expedir resoluciones graves en materia gramatical o de otra naturaleza relacionadas con la Lengua Castellana, se servirá darlas a conocer con antelación

---

* A. M. Carreño. *La Academia Mexicana Correspondiente de la Española,* en *Memorias de la Academia,* Vol. VII, pp. 16-17.

a las Academias asociadas, para que éstas le expongan sus juicios dentro del plazo que les fije; en la inteligencia de que las que no respondan dentro de dicho plazo se tendrán por conformes con las resoluciones que la Real Academia haya sometido a su consideración.

México, noviembre 23 de 1955.

Aceptada por la Academia Mexicana Correspondiente de la Española.

ALEJANDRO QUIJANO,
Director.

ALBERTO MARÍA CARREÑO,
Secretario Perpetuo.

PINOLEADA ACADEMICA *

Ponente: Lic. Francisco Santamaría.

COPIAREMOS del Diccionario de la Lengua Española por la Real Academia, todo lo que se relaciona con el *pinol* o *pinole,* en resumen cuatro voces fundamentales, que son a saber: PINOL, PINOLATE, PINOLE y PINOLILLO.

"Pinol. m. *Costa Rica, Ecuador* y *Guatemala.* Pinole.// 2. *Guatemala* y *Honduras.* Harina de maíz tostado, a la que se añade cidracayote, cacao y azúcar".

"Pinolate. m. *Guatemala.* Bebida de pinole, agua y azúcar".

"Pinole. (Del mexicano *pinolli*). m. Mezcla de polvos de vainilla y otras especies aromáticas, que venía de América y servía para echarla en el chocolate, al cual daba exquisito olor y sabor".

"Pinolillo. m. *México.* Insecto de color rojo y muy pequeño, que parece *polvo de pinole.*// 2. *Honduras.* Pinol con azúcar y cacao, con lo que se hace una bebida refrescante".

Principiaremos por advertir que faltan otras varias palabras de la misma familia lexicográfica y lingüística, como PINOLADA, PINOLEADA, PINOLEAR, PINOLEO, PINOLERA, PINOLERO, RA; PINOLILLAL, PINOLILLADA, PINOLILLAR O PINOLILLEAR, PINOLILLEO, PINOLILLERO, RA, etc. Una deficiencia de doce palabras tan legítimas y aceptables como las cuatro únicas que ha recogido el léxico académico.

Seguiremos por examinar las definiciones del Diccionario apuntadas. Desde luego la de *pinol,* confinada a tres países malamente, excluyendo a México, cuando es la forma de la palabra más usada en todo el sureste del país: Tabasco, Campeche, Yucatán, Chiapas y Quintana Roo. Es decir, en cinco entidades, que suman más de dos millones de habitantes. Puede asegurarse, por tanto, que la palabra es usual en México. Consta, además, que se usa también y con igual acepción, en Cuba (Pichardo, Suárez, Mar-

* Aceptada por la Segunda Comisión, pasó a la de Diccionario.

tínez Moles), en Honduras (Membreño) y en Nicaragua (Valle, Castellón). De una vez también hay que decir que el *pinol* del sureste es primera y fundamentalmente y antes que nada: polvo de maíz tostado. Con cacao, o sin cacao: con pimienta o sin pimienta; con chile o sin chile; con azúcar o sin azúcar, es *pinol.* Los aditamentos o agregados son más bien características puramente locales. Aun dentro de un mismo Estado, hasta de un mismo municipio, o cantón, o distrito, el *pinol* puede hacerse en dos o tres formas distintas, según el mayor o menor número de ingredientes, o por las diversas clases de éstos. Por ejemplo, el *pinol* de Macuspana es distinto del de Tacotalpa, en Tabasco, aun dentro de un mismo distrito geográfico, el que se llama de *"La Sierra".* En uno y otro lugar le agregan pimienta "de la tierra" al maíz tostado. En Tacotalpa, a veces, le ponen "orejuela", en vez de pimienta, porque, en virtud de la proximidad a territorio chiapaneco, aquí es común la orejuela, o más común que en Macuspana.

La 2a. acepción de Guatemala y Honduras. "Harina de maíz tostado, a la que se añade cidracayote, cacao y azúcar", sí es desastrosa. Los dos principales autores de provincialismos de Guatemala son Batres Jáuregui, que dice "harina de maíz con azúcar" y Sandoval, "harina de maíz tostado que se usa como alimento". El hondureño Membreño: *"Pinol. Pinole:* la harina del maíz tostado". Ninguno de estos autores hablan de que "se añada cidracayote ni cacao al pinol", se entiende; y solamente Batres habla de que se le pone azúcar; lo que quiere decir que aquel pinol, como el nuestro, no es más que harina de maíz tostado. ¿De dónde tomó la Academia Española el "añadido" de cidracayote y cacao? ¿Quién le proporcionó el vocablo? ¡Averígüelo Vargas!

Lo del cidracayote tiene también mucha gracia, por otro capítulo de observación. Ya dijo Rubio en *La anarquía del lenguaje...* (t. I, p. 25): "Se empeñan los autores españoles en que CHILACAYOTE es CIDRACAYOTE... También creo que la *cidracayote,* a pesar de que consta en todos los diccionarios, NO EXISTE". Y si no existe, como es la verdad, ¿qué es lo que agregan los guatemaltecos y los hondureños al PINOL? Nada. Que la definición es despropositada por inexacta; que la Academia no supo lo que se dijo ni de qué hablaba y que el PINOL no es más que polvo de maíz tostado. Que se le pueda agregar o mezclar cacao, azúcar u otra cosa para darle olor o sabor, éste es otro cantar; pero el *pinol* es *pinol* como simple polvo y aún sin esos aditamentos.

"PINOLATE. *Guatemala.* Bebida de pinole, agua y azúcar". También se dice en México. Pero expliquemos, para entendernos. Nuestro PINOLATE del sureste es bebida de pinol desleído en agua, mezclado con cacao; pinol, que es polvo de maíz tostado. Como para la Academia, según define, es bebida de pinole, y el pinole, para la misma Academia, no es más que un polvo de

vainilla mezclado con otras especias aromáticas: resulta que la bebida que define por PINOLATE es mezcla de polvo de vainilla con agua y azúcar, bebida que no se conoce ni existe, ni en Guatemala ni en México, ni en parte alguna, porque si en su composición no entra el polvo o harina de maíz, que es el pinol o pinole, no puede ser PINOLATE. No se conoce polvo de vainilla, solo ni "mezclado con otras especias aromáticas", que se use como bebida en ninguna parte.

"PINOLE. (del mexicano *pinolli*). m. Mezcla de polvos de vainilla y otras especias aromáticas, que venía de América y servía para echarla en el chocolate, al cual daba exquisito olor y sabor". Todo es impropio e inexacto. Primero, porque trata de una cosa que ya no existe, si es que alguna vez existió, supuesto que dice "venía de América". Segundo, que esa cosa no era ni fue nunca polvo de vainilla, sino polvo de maíz. Sepa Dios de dónde tomaron los señores académicos de nuestra Real Española, mis amados y respetados colegas, la noticia algo peregrina de los tales "polvos de vainilla", que nunca pueden haber sido más que polvos como *pinole,* pero no el *pinole* típico mexicano que no es más que maíz tostado y molido en harina más o menos gruesa, aunque se le eche chía, como dice Molina, que es el primero que habla de agregados; o pimienta, o cacao, o chile, o lo que fuere.

En nuestro *Diccionario de mexicanismos,* en prensa, proponemos esta definición: "PINOLE. (del azteca *pinolli.* MOLINA). m. Harina o polvo de maíz tostado, propio para beberse batido en agua, en frío o en caliente, solo o mezclado con cacao, azúcar, canela, achiote, etc. Usado como bebida por la gente pobre y campesina". Cuando este polvo es de puro cacao, o mezclado con cacao, se llama *polvillo* o *pinolillo.* 2. La bebida misma, preparada con esta harina. En el sureste (principalmente en Tabasco) y región ístmica se dice más comúnmente *pinol: pinolillo* también, en algunas partes.

Como puede verse, todo esto no tiene nada que ver con lo definido por la Academia, que no ha atendido en su definición a ninguna de las dos acepciones que la voz tiene fundamentalmente en México, de donde procede y donde nació.

Examinando algunos textos, encontramos: MENDOZA: "PINOLE-*Pinolli.* Harina. Dícese solamente de la de maíz tostado". = RAMOS IDUARTE: "PINOLE. (Pr. México), gm. Gofio. Del azteca *pinolli,* harina de maíz". = MOLINA: "*Pinolli.* La harina de maíz y chía, antes que la deslían". = SIMEÓN: "PINOLLI. 3. Farine de graines de mais et de *chia;* bouillié ou boisson faite avec mélange de mais et de cacao (pinole)". Hemos citado en primer lugar a los autores mexicanos y aztequistas para que se vea que el *pinole* es antes que nada y principalmente harina de maíz, no lo que dice la Academia.

Veamos, ahora, por otros países de Centro América, hasta dónde se extiende el uso de la voz, por su comunidad de descendencia azteca con Mé-

xico. = *Guatemala.* Dicen *pinol,* como en Tabasco y todo el sureste de México.—"Harina de maíz con azúcar". BATRES.—"Harina de maíz tostado que se usa como alimento". SANDOVAL. = *Honduras.* MEMBREÑO: "Pinol. Pinolli azteca. Pinole: la harina del maíz tostado". = *Salvador.* BARBERENA: "El *pinol* no es más que harina de maíz tostado". = *Nicaragua.* VALLE: "Harina de maíz tostado y finamente molido". CASTELLÓN: "Maíz tostado y molido". = *Costa Rica.* F. FERRAZ: "Harina de maíz tostado". GAGINI: "Harina de maíz tostado, que mezclado con azúcar, cacao u otros ingredientes constituye una bebida refrescante muy común en México y todo Centro América". = En Panamá llaman a esto *pinolillo* (AGUILERA, 94).

Vamos con la última de las cuatro únicas voces de la familia del *pinol,* que da la Academia, con "PINOLILLO: m. México. Insecto de color rojo y muy pequeño, que parece polvo de pinole.// 2. *Honduras.* Pinol con azúcar y cacao, con lo que se hace una bebida refrescante".

Muy poco afortunada la definición del *pinolillo* de México, aunque sea en realidad un insecto, porque eso de que parezca "polvo de pinole", es una cosa muy chabacana. Ya hemos visto que el pinole es polvo, que no es más que un polvo, como el agua no es más que un líquido; de modo que decir polvo de pinole o pinole de polvo, es como decir polvo de polvo o pinole de pinole, cosa tan espantosa como agua de agua o líquido de líquido. La frase por especiosa es intolerable, ya no digo para académicos, aun para el más indocto. Con haber dicho que "parece pinole", estábamos al cabo de la calle. La segunda acepción es común a México y casi todo Centro América.

Hemos recorrido las cuatro voces, *pinol* y sus familiares, que da la Academia. Propondremos ahora las que nos parecen más aceptables definiciones de ellas y agregaremos otras voces de la misma familia, con las cuales no tiene cuenta ni conocimiento la docta corporación, definidas todas en sus diversas acepciones como americanismos, y que opinamos debiera acoger y prohijar la Real Academia Española.

1.—PINOL. *México* y *Centroamérica.* PINOLE.

2.—PINOLADA. *México.* f. PINOLEADA.

3.—PINOLATE. *México.* m. Bebida especial, de pinol en agua, mezclado con cacao; con dulce o sin él; tomado frío o caliente.

ROBELO. (*Aztequismos,* 634, descompone la voz en pinolli, y *atl,* agua): agua de pinole. (Si no lleva cacao, no es *pinolate,* sino pinole propiamente).

(Ni Batres ni Sandoval la dan en Guatemala. Ignoramos de dónde la tomó la Academia).

4.—PINOLE. (Del azteca *pinolli*). m. *México* y *Centroamérica.* Harina de maíz tostado.

2. Bebida que con esta harina se prepara, agregándole a veces azúcar u otros ingredientes.

Ver: *pinol.*

5.—PINOLEADA. *México.* f. Acción y efecto de pinolear.

Dícese también en Nicaragua (VALLE, 282).

6.—PINOLEAR. *México.* intr. Beber pinole.

2. tr. Hacer una cosa polvo, con pinol o pinole.
3. Por extensión y en estilo festivo, velar, asistir al velatorio de una persona. Comunísimo en el sureste del país.

Usase en Nicaragua (VALLE, 228) en la primera acepción.

7.—PINOLEO. *México.* m. Acción y efecto de tomar pinol, o de hacerlo; o de estar en un velatorio. Dícese también *pinoleada.*

8.—PINOLERA. *México.* f. Vasija para guardar pinole.

9.—PINOLERO, RA. *México.* adj. Relativo al pinole. *Coco* PINOLERO; *día* PINOLERO, es decir, propio para beber pinole.

2. *México.* y *Nicaragua:* afecto a tomar pinole. *Los campesinos por lo común son* PINOLEROS. U. t. c. s.
3. *México* y *Nicaragua.* m. y f. Persona que hace o vende pinole.
4. f. Máquina o molino especial para hacer pinole.
5. Vasija para guardar o envasar pinole.
6. *Nicaragua.* m. y f. Apodo que dan a los nicaragüenses los demás centroamericanos.

10.—PINOLILLADA. *México.* f. Abundancia de pinolillo en un lugar; pinolillal.

11.—PINOLILLAL. *México.* m. PINOLILLADA; pinolillar.

12.—PINOLILLAR. *México.* m. Pinolillal.

13.—PINOLILLERO. *México.* m. Lugar donde abunda el pinolillo.

14.—PINOLILLO. *México* y *Centroamérica.* m. Pinol mezclado con cacao al molerse, o hecho de puro cacao.

2. Bebida hecha con el preparado anterior y que se toma a modo de chocolate de pinol, es decir, con maíz.
3. En México, insecto diminuto, rojo, que se cría en colonias numerosísimas, como polvo a manera de pinol.—Es plaga de tierra caliente. Se adhiere a la ropa y a la piel con mucha facilidad, pro-

duciendo picazón insufrible. Se llama también *mostacilla,* como en Guatemala. Parece que es la larva de un IODEX.

4. En Panamá, el pinol o pinole.

Nuestra Ponencia, pues, consiste en la proposición de estas catorce voces y acepciones numeradas, para que la R. A. E. elija las que crea convenientes incorporar al Diccionario. Nosotros las elegiríamos todas.

EL PRECIO DE LOS LIBROS Y LAS FACILIDADES PARA SU CIRCULACION *

Ponente: Dr. Francisco Monterde.

ENTRE las cuestiones y los problemas que van a discutirse y estudiarse en este Segundo Congreso, figuran los que se refieren a colaboración interacadémica y, en particular, a los medios que pueden emplearse para reducir —o, al menos, mantener a la altura actual— el precio de los libros y facilitar su circulación.

El encarecimiento de maquinaria, refacciones, enseres, materiales y, sobre todo, del papel adecuado para imprimir obras, y el aumento en el costo de los trabajos, como fenómenos mundiales, no permiten esperar en el futuro un espontáneo abaratamiento de los libros que se publican en países de habla española.

Más bien es posible prever lo contrario: la progresiva elevación de los precios, que ya se observa en las ediciones que mantiene la calidad anterior al aumento, y aun en las que se hacen ahora con material de clase inferior a aquella que se elegía en otras épocas.

Al comparar el precio de venta de algunos de esos libros, con el que tenían volúmenes semejantes que aparecieron en años próximos, se comprueba, dentro de las mismas series o colecciones, que ha llegado a duplicarse y aun a triplicarse, durante los últimos años.

Los recursos para lograr el abaratamiento de los libros tienen que hallarse, por consiguiente, en puntos que se sitúan a lo largo de ese recorrido que va de la producción de la materia prima al lugar donde se ponen a la venta, con el precio que de antemano se fije a cada obra, en la que suele aparecer impreso por los mismos editores.

El Segundo Congreso de Academias puede iniciar gestiones que contribuyan, a la vez a impedir que aumente el precio actual de los libros y a facilitar la circulación de éstos más allá de las bibliotecas públicas de Es-

---

* Aprobada por la Sección Cuarta y luego por la Plenaria.

paña, Hispanoamérica y Filipinas. Por eso ambos aspectos se hallan incluidos en la presente ponencia.

I

Medios para reducir el precio de los libros

Para obtener reducciones en el precio de los libros, que no sólo beneficien a los académicos de España y de los países representados en este Congreso, la Comisión Permanente deberá gestionar, ante las diversas instituciones:

1o. La eliminación o, por lo menos, disminución de gravámenes sobre maquinaria, enseres y materiales importados que empleen la industria papelera y las fábricas de aquellos productos de los cuales se carezca, en cada país, para las ediciones (cartón, tinta, tela, hilo, pegamento, etc.).

2o. La rebaja o supresión de contribuciones, dentro de la industria local, para las imprentas y los talleres de encuadernación donde se hagan libros con indudables propósitos de difundir la cultura, y para los expendios de las mismas obras.

3o. La supresión de impuestos sobre ediciones hechas con fines análogos, en los países donde tales impuestos existan actualmente.

4o. Reducciones en las tarifas postales en vigor, fijadas a los envíos de obras impresas o de material para las mismas.

La Academia Española, por lo que se refiere al territorio hispano, y las Academias Correspondientes de aquélla dentro de los respectivos países, prestarán el mayor apoyo a las gestiones iniciadas por la Comisión Permanente del Congreso.

II

Medios para facilitar la circulación de libros.

Además del impulso que cada una de las Academias participantes en este Congreso dé, en su propio país, para que se publiquen obras que deben llegar a las bibliotecas de sociedades literarias, ateneos y planteles de enseñanza, con la recomendación de aquellos libros que lo merezcan, se sugiere:

1o. Que las Academias den a conocer oportunamente, con los medios de que dispongan, aquellos libros de los cuales sean autores los miembros de cada una de las otras Academias representadas en el Segundo Congreso.

2o. Que cada Academia procure mantener, con las demás, un canje regular y efectivo de los boletines, folletos y trabajos de origen lingüístico y literario, publicados por ella y por sus miembros.

3o. Que gestione cada Academia, de los editores locales, descuentos mayores que aquellos que concedan los intermediarios habitualmente, en beneficio de los individuos de la corporación que deseen adquirir alguna de las obras publicadas.

III

Resumen de lo sugerido.

Lo sugerido en la presente ponencia, puede resumirse en los dos puntos siguientes:

1o. Que la Comisión Permanente del Congreso de Academias se dirija a las instituciones de cada país, con apoyo de la respectiva Academia Correspondiente, a fin de que colaboren para que se reduzca, hasta donde sea posible, el precio de los libros o al menos se impida que continúe aumentando en ediciones futuras.

2o. Que se invite a cada una de las Academias representadas en el Segundo Congreso, a activar aquellos trabajos que permitan conocer con oportunidad y obtener a precios reducidos las obras que interesen a sus miembros.

México, D. F., 21 de febrero de 1956.

LA LENGUA ESPAÑOLA EN FILIPINAS *

Por don Alberto María Carreño.

El mayor peligro que existe hoy para nuestra lengua está en las Islas Filipinas.

Durante los comienzos del siglo XVI los habitantes del archipiélago utilizaban el idioma tagalo y múltiples dialectos para llenar las modestas necesidades de su vida. Su primer contacto con los hombres de Occidente lo tuvieron cuando Magallanes circunnavegaba la tierra, comprobando su redondez, de la cual llegó a dudar Colón al descubrir el Nuevo Mundo.

Entonces por la primera vez los aborígenes oyeron el castellano; unos años más tarde, sale de México la expedición de Miguel López de Legazpi, quien lleva como piloto al por mil títulos famoso Cosmógrafo Andrés de Urdaneta, compañero de Magallanes y de Sebastián Elcano en la circunnavegación, convertido ya en fraile agustino; en nombre del Monarca español toman las islas, de acuerdo con las prescripciones del Derecho de Gentes que a ese respecto regían, rigen aún en parte, y se asienta y afirma la lengua que hablan los nuevos ocupantes.

Con ellos y tras ellos van los soldados de la Cruz, que no ciñen espada, ni se cubren con armaduras de acero, sino con toscos hábitos; dominicos unos, agustinos otros, y más tarde diversas Ordenes religiosas, y, como lo hicieron en otras regiones del Nuevo Mundo, se entregaron de lleno a conocer las lenguas y los dialectos indígenas y a enseñar su propia lengua, que definitivamente implantan los nuevos habitantes provenientes de España.

Casi cuatrocientos años nuestra hermosa lengua es el vehículo empleado lo mismo para hablar con Dios, que para llenar todas las necesidades de la vida social.

Poderosa nación entra en guerra con España; la vence y el archipiélago es el botín más rico que adquiere el conquistador; pero durante largos

---

* Aprobada por la Sección 1a. del Congreso y por la Plenaria.

años no logra dominar a los conquistados, a pesar de que derrama el oro para transformar las ciudades y los campos.

Recuerda entonces que no hay conquista completa mientras no se vence la lengua de los conquistados, y pone en juego sus más importantes recursos materiales o intelectuales para vencerla. Vuelve sus ojos a la enseñanza en las escuelas, y desde las primarias hasta las universitarias se desarrolla una tenaz actividad para sustituir la lengua española por la inglesa, como se emplea en los Estados Unidos, nuevos gobernantes del Archipiélago.

El éxito acaba por ser completo. En odio a lo español, o simplemente por halagar al conquistado cuando se le hace libre, se le excita a desarrollar un extremo nacionalismo; se declara que el tagalo será la lengua del país y por completo se excluye la Lengua Española, que pronto se extinguirá allí, si no se acude a su salvación.

Por ello la Comisión Permanente de la Asociación de Academias realizó una serie de gestiones con diversos gobiernos americanos a fin de que otorgaran becas a estudiantes filipinos que pudieran no sólo estudiar y dominar la Lengua Española, sino convertirse en nuevos cruzados para reimplantar y desarrollar ésta en Filipinas.

Y obtuvo éxito favorable por lo que a los gobiernos respecta, pero desgraciadamente la Academia Filipina no respondió al llamado de la Comisión, a pesar de que el Sr. Bocobo, delegado de aquélla al primer Congreso de Academias, con ahinco pidió ayuda para salvar en su país nuestro idioma.

La Comisión tuvo varias entrevistas con el Ministro de Filipinas en México, señor Espeleta, para excitarle a que tales becas no se perdieran y el Ministro ofreció su cooperación, sin que se lograran resultados mejores. Se escribió al Ministro de Educación Pública en Manila, y en inglés simplemente acusó recibo de la nota enviada.

La Universidad, por su lado, publica una interesante revista periódica, pero también redactada en inglés. Apenas pequeños párrafos suelen aparecer en castellano.

¿Debemos dar por perdida la batalla? En manera alguna. Se me ha dicho que a pesar de que el actual Presidente de Filipinas sólo habla inglés, y acaso también tagalo, se ha hecho un primer intento en favor de la Lengua Española, estableciendo una cátedra de ésta en escuelas primarias. Si ello es así, deberá favorecerse tal empeño, y lograr que cosa igual se haga en escuelas secundarias y superiores, oficiales y particulares, así como en las Universidades.

Tomando en cuenta los anteriores hechos, me permito someter al Segundo Congreso de Academias de Lengua Española esta

Resolución.—El Congreso, mediante la Comisión Permanente de la Asociación de Academias, o a través del Organismo que se considere oportuno, pugnará por que en las escuelas primarias, secundarias y superiores, oficiales y particulares, así como en las Universidades de Filipinas se establezcan cursos regulares en Lengua Castellana.

Madrid, abril 6 de 1956.

TERMINOS FILOSOFICOS NO REGISTRADOS EN EL DICCIONARIO *

Antinomia.—(Nueva definición). Contradicción entre dos leyes, juicios o conclusiones, aparentemente por lo menos de igual valor y fuerza probatoria.

Aporía.—Dificultad lógica, real o aparentemente insoluble.

Ataraxia.—Impasibilidad del ánimo, serenidad del alma, concebida por los estoicos como el sumo bien.

Axiología.—Teoría de los valores o estimativa (Véase *valor*).

Antropocéntrico.—Dícese del sistema que tiene como centro de referencia al hombre.

Apercepción.—Conocimiento reflexivo de un estado de conciencia.

Bipolaridad.—Según algunos sistemas filosóficos modernos, la cualidad de la vida humana y de sus aspectos de desenvolverse entre dos polos contrarios, participando en ellos como individualidad y socialidad, soledad y compañía, seguridad y aventura, etc.

Biologismo.—Doctrina psicológica o sociológica que reduce los fenómenos psíquicos y los sociales a meros efectos de hechos biológicos.

Caracterología.—Ciencia que estudia los varios caracteres o tipos de personalidad individual concreta tanto en sus aspectos biológicos como psicológicos.

Categoremático.—Término con significación propia.

Complejo.—En sociología, equivalente a grupo o formación social.

Cosificar.—Convertir una representación, pensamiento o idea en cosa.

Cosificación.—Acción o efecto de cosificar.

Cosmovisión.—Idea general del mundo y de la vida.

Díada.—Unidad de dos elementos.

Discriminación.—Tratamiento diferencial en perjuicio de una persona, por

---

* Presentados a la Academia Mexicana por el Sr. Lic. Eduardo García Máynez y turnados por ella al Segundo Congreso. Turnados, a su vez, por la Segunda Comisión a la de Diccionario.

causa de la pertenencia de ésta a determinado grupo étnico, nacional, religioso, político o de otra clase.

Eidético.—Carácter propio de las esencias puras. Opónese a fáctico.

Endopatía.—Proyección sentimental del yo propio en todo ente o situación ajena. Es característica sobre todo de la emoción estética.

Epifenómeno.—Fenómeno sobreañadido a otro, y cuyo efecto es producir una ilusión sobre la realidad de la cosa.

Epistemología.—Teoría del saber científico.

Etología.—Ciencia descriptiva del carácter moral.

Eudemonía.—En filosofía aristotélica, condición del alma en posesión de la Sabiduría.

Existencial.—Lo que pertenece a la existencia. Aplícase para designar en general las doctrinas filosóficas que rechazan la regulación lógica u ontológica de la realidad por las esencias.

Existenciario.—En la filosofía de Heidegger, categoría aplicable exclusivamente a la existencia humana.

Estimativa.—Teoría de los valores —conjunto de disciplinas teóricas y prácticas sobre los valores. Aplicación del punto de vista valorativo o axiológico.

Estatal.—Lo relativo o perteneciente al Estado.

Fáctico.—Carácter propio de los hechos puros. Opónese a eidético.

Fenomenología.—En sentido lato, descripción de fenómenos. En la filosofía de Husserl, descripción imparcial de lo neutro vivido en la conciencia pura.

Fisicalismo.—Véase fisicismo.

Fisicismo.—Doctrina psicológica y sociológica que quiere explicar todos los fenómenos psíquicos y sociales desde el punto de vista de las categorías y leyes de la física y empleando las medidas de ésta.

Forzosidad.—Necesidad de carácter táctico, físico, biológico o psíquico, a diferencia de necesidad lógica o moral.

Gnoseología.—Teoría del conocimiento.

Geografismo.—Doctrina sociológica que quiere explicar todos los hechos sociales como efecto de los valores geográficos.

Historicidad.—Según algunas doctrinas filosóficas contemporáneas, la calidad esencial de ser histórico que pertenece al hombre, a la sociedad y a la cultura.

Historicismo.—Doctrinas que describen, acentúan o exceden la dimensión histórica del hombre, de la sociedad y de la cultura.

Hipostatización.—Substancialización o conversión de una cualidad o de una relación en una realidad subsistente.

Idiográfico.—Carácter propio de las ciencias discriptivas de lo particular como particular.

Intencionalidad.—Propiedad común a todos los actos psíquicos, de tender a un dato objetivo, llamado correlato.

Juricidad.—Véase juridicidad.

Juridicidad.—Cualidad de estar de acuerdo con las normas jurídicas vigentes.

Jurificar.—Convertir una norma de conducta, antes no jurídica, como un so, en norma jurídica.

Jusnaturalismo.—Doctrina de Derecho natural.

Logística.—Lógica simbólica o matemática que pretende sustituir las palabras por signos para lograr mayor exactitud.

Mayéutica.—Método socrático "consistente en hacer surgir del interlocutor los pensamientos que éste lleva, sin saberlo, dentro de sí mismo" (Ferrater Mora).

Mismidad.—Cualidad de permanecer lo mismo o idéntico a través de los cambios.

Nomotético.—Carácter propio de las ciencias cuyo objeto es inquirir las leyes de la naturaleza.

Normatividad.—Cualidad de lo normativo en oposición a lo enunciativo.

Ontico.—Lo perteneciente al ente concreto en cuanto tal.

Panpsiquismo.—"Doctrina según la cual el fondo de la realidad es de naturaleza psíquica" (Ferrater Mora).

Perspectivismo.—Doctrina filosófica según la cual el conocimiento humano está determinado por la diferente perspectiva que impone al sujeto cognoscente su respectiva situación histórica.

Quididad.—Ser esencial de cada cosa expresado en su definición. Empléase como sinónimo de esencia.

Raciovitalismo.—Metafísica según los principios de la razón vital de José Ortega y Gasset.

Solipsismo.—Doctrina filosófica "que reduce todos los objetos a contenidos de conciencia" (F. M.).

Sincategoremático.—Término carente de significación propia.

Teocéntrico.—Dícese del sistema que tiene a Dios como centro de referencia.

Tríada.—Unidad de tres elementos.

Valor.—(Nueva definición). Entidad o cualidad a que responde necesariamente un acto de estimación o preferencia.

Vivencia.—Experiencia íntima, con mayor o menor intervención del sentimiento.

LA FUNDACION DE LA ACADEMIA PUERTORRIQUEÑA DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Por Alberto María Carreño.

México, abril 18 de 1955.

A la Comisión Permanente del Primer Congreso de Academias de la Lengua Española, y a la Academia Mexicana. Presentes.

RECIBIDO el encargo de la Comisión Permanente para ir a Puerto Rico a fin de dejar constituida la Academia Puertorriqueña, se pensó en la conveniencia de que hiciera una visita a las Academias asociadas que debía tocar en mi camino. Pensé entonces que además de la Cubana y de la Dominicana que había de ver necesariamente, convendría visitar las de Venezuela y Panamá, lo cual podría verificarse en un vuelo "de puerto a puerto", conforme lo designan las compañías de aviación.

El señor delegado de la Academia Colombiana, Dr. Julián Motta Salas, sugirió entonces la conveniencia de hacer un desvío para visitar su Academia en Bogotá, y la Ecuatoriana, e ir de ahí a Panamá.

La Comisión en su sesión de 28 de febrero último, acogió y aprobó esta sugestión; y, por lo mismo, mi visita debía comprender a las Academias: Cubana, en la Ciudad de La Habana; Dominicana, en Ciudad Trujillo; trataría en seguida de instalar la Puertorriqueña mediante sesión pública y solemne y visitar después a la Academia Venezolana, en Caracas; a la Colombiana, en Bogotá; a la Ecuatoriana en Quito, y a la Panameña en Panamá, siguiendo luego directamente el viaje para México.

Salí pues en 23 de marzo con rumbo a La Habana, y en el aeropuerto de Boyeros me esperaban el Director de la Academia, Sr. Dr. Don José María Chacón y Calvo; los Académicos Don José Manuel y Don Miguel Angel Carbonell; el Sr. Dr. José Luciano Franco, uno de los directores de la Sociedad Colombista Panamericana, de que soy miembro; el Sr. Don Carlos

Martínez Castells, Contador General de la misma, y el Sr. Dr. Don Fermín Peraza y Sarausa, director de la Biblioteca Municipal de La Habana.

Al día siguiente de mi llegada se celebró una sesión especial para recibirme y a ella fue invitado el Embajador de México, Sr. Dr. D. Gilberto Bosques, quien se dignó asistir al acto.

Este consistió en la lectura que hizo el Sr. Chacón y Calvo de un cariñoso mensaje de bienvenida al representante de la Comisión Permanente y Secretario de la Academia Mexicana. Le contesté en los mismos términos de cordialidad, agradeciendo también al Embajador de México el honor que hacía al representante de la Comisión y de la Academia con su asistencia.

Informé luego ampliamente de los propósitos de la Comisión, de poner en actividad a la Academia Puertorriqueña, y de estrechar más y más los vínculos que la ligan con todas las Academias Asociadas.

El Sr. Chacón y Calvo y el Sr. Remos recordaron entonces la ponencia de éste presentada al Congreso de Academias, exponiendo la brillante obra literaria realizada por puertorriqueños y la tenacidad del pueblo para mantener como suya la Lengua Española, lo cual hacíanlo acreedor a tener su propia Academia.

Se trataron luego diversos temas de interés para las Academias, entre ellos la celebración del segundo Congreso; y el mismo señor Chacón me dio la mala nueva de que su Academia no ha recibido la subvención que el Gobierno del país le tiene asignada, lo que ha demorado la aparición de un nuevo Boletín.

El Embajador señor Gilberto Bosques tuvo señaladas muestras de buena voluntad para nuestra institución y su representante. Se sirvió luego una copa de champaña y bocadillos y la junta se prolongó por largo tiempo, siempre hablando de cuestiones propias de la Comisión Permanente y de las Academias.

Con el objeto de obtener facilidades en el viaje y de ahorrar a la Comisión Permanente los gastos que implican la expedición de pasaportes generales y la entrada en los países antedichos, obtuve que la Universidad Nacional Autónoma de México me comisionara para llevar un saludo oficial a las Universidades establecidas en los países que había de recorrer y logré que con este motivo solicitara de la Secretaría de Relaciones que me expidiera pasaporte oficial.

Tuve, pues, que hacer una visita a la Universidad Nacional de Cuba; y acompañado por el Dr. Fermín Peraza Sarausa, quien además de Director de la Biblioteca Municipal, es uno de los más distinguidos profesores de la Universidad Cubana, saludé al Sr. Rector, Dr. Clemente Inclán Costa, quien recibió el saludo con manifiesto agrado y agradecimiento para nuestra Casa

de Estudios, a la que se ha dirigido ya, agradeciendo la muestra de atención recibida.

Seguí de allí a Ciudad Trujillo, en la República Dominicana; me aguardaban en el aeropuerto el Sr. Lic. Don Juan Tomás Mejía, Director de la Academia Dominicana, los Académicos señores Fabio A. Mota, Vicedirector, y Gustavo Adolfo Mejía, así como el señor Ingeniero Emil de Boirie Moya, Director General de Bellas Artes, quien desde luego obtuvo para mí todo género de franquicias para ingresar en Ciudad Trujillo, como antes lo había hecho la Sociedad Colombista Panamericana, para mi ingreso en la Ciudad de La Habana.

Al día siguiente, en la sede de la Academia de la Historia, que lo es también de la Academia de la Lengua, el Director Sr. Mejía leyó una afectuosa bienvenida, con muy afectuosas manifestaciones para México y sus personajes más distinguidos, a la que siguió la respuesta apropiada en nombre de la Comisión Permanente y en el mío propio. También allí di cuenta de la misión que me llevaba a Puerto Rico; se recordó la parte activa que la Dominicana tomó en el Congreso celebrado en México para obtener la creación de la Academia Puertorriqueña; y después de un cambio general de impresiones acerca de los trabajos que realiza y debe realizar la Academia Dominicana, sirvieron champaña y bocadillos, para festejar la presencia del delegado de la Comisión Permanente.

La cordialidad del recibimiento me movió para hacer una excitativa a esa Academia a fin de que no obstante la muerte del Académico Sr. Víctor Hernández, que era uno de los más activos miembros de la institución, ésta prosiga normalmente sus tareas, lo cual se ofreció hacer.

El Embajador de México, Sr. Francisco del Río y Cañedo, tuvo grandes manifestaciones de consideración para mí; y después de la sesión, me invitó a comer con él en la Embajada; cosa que no pude hacer con el Sr. Bosques en Cuba, por no haber tenido yo tiempo para aceptar la invitación que bondadosamente me hizo.

Visité al Rector de la Universidad en la importante nueva Ciudad Universitaria y me hizo saber que Fr. Vicente Beltrán de Heredia, una de las mayores glorias actuales de la Orden Dominicana en Salamanca, había encontrado en el Archivo del Vaticano, el registro de la extraviada bula de erección de la Universidad Dominicana, "In Apostolatus culmine"; bula que constituye definitivamente a esa Universidad, en la primera que existió en el Nuevo Mundo desde 1538.

Informé entonces al Rector, al Vicerrector y a los Decanos de las diversas facultades que lo acompañaban, que desde hace no menos de cinco

años, yo, en calidad de miembro del Instituto de Historia, había rendido dictamen a nuestra Universidad, haciendo constar que, a mi juicio, no podía disputarse con justicia la primacía de la Dominicana. El Rector y demás miembros de ésta expresaron gran complacencia por ello; y en el ejemplar del estudio de Fray Vicente Beltrán de Heredia, con que me obsequió el Rector Dr. Pedro Troncoso Sánchez, claramente expresó su reconocimiento.

Y llegué a Puerto Rico; en el aeropuerto, me aguardaban la Alcaldesa, señora Felisa Rincón de Gautier, el Sr. Don Samuel R. Quiñones, Presidente del Senado y Director de la Academia Puertorriqueña; el Secretario de la misma, Sr. Dr. Antonio J. Colorado; los miembros electos durante mi primer viaje, varios de los electos recientemente, y multitud de periodistas, fotógrafos, etc., para darme la bienvenida; con excepción del Dr. Ramón Lavandero, que falleció, y del Sr. Don Generoso Morales Muñoz, quien, por desgracia, se encontraba recluído en el Hospital Municipal en razón de una trombosis; y no pude visitarlo después, porque el médico tenía prohibidas las visitas.

La Alcaldesa y el Sr. Quiñones me alojaron en el más importante hotel que hoy existe en la isla: el "Caribe Hilton", y desde luego nos dimos cita el Sr. Quiñones y yo, para tratar de la constitución definitiva de la Academia y de la manera de hacer pública su existencia.

Nos reunimos al día siguiente en su oficina de la presidencia del Senado y encontré que se había dado gran publicidad a la elección de nuevos miembros de la Academia, a la comisión con que llegaba a Puerto Rico y a la solemnidad con que principiaría la vida pública de la Corporación.

Un hecho al parecer insignificante, me causó muy seria preocupación: en el texto de las invitaciones se me hacía aparecer como invitante en unión de los fundadores y como representante, no sólo de la Comisión Permanente, sino de la Real Academia Española. Llamé desde luego la atención al Sr. Quiñones porque, dados los antecedentes que han existido para la creación de la Academia, tuve y tengo el temor de que en España pudiera creerse, que me había yo asignado sin derecho ese título; desgraciadamente nada pudo hacerse a ese respecto, porque las invitaciones, de las cuales acompaño un ejemplar, habían circulado desde varios días antes.

La ceremonia pública y solemne debía verificarse en el Ateneo Puertorriqueño y el programa consistía: en un discurso mío, otro del Sr. Quiñones, como Director de la Academia, unas poesías leídas por su autor y muy laureado poeta, el nuevo académico Sr. don Luis Palés Matos, un concierto de piano por el artista, muy celebrado también, don Jesús María Sanromá, y un discurso de clausura por el Sr. don Luis Muñoz Marín, Gobernador del Estado Libre Asociado de Puerto Rico.

Me declaró el Sr. Quiñones, que en un cablegrama muy extenso había informado al Sr. D. Julio Casares, que se habían aceptado las proposiciones de la Real Academia Española hechas después de haber promovido la Comisión Permanente los medios para allanar los obstáculos que se habían presentado; que el Sr. Casares había expresado la complacencia de la Academia, y que por correo ordinario enviaba los nombramientos de los primeros académicos correspondientes de la citada Institución.

Como en las invitaciones sólo aparecían los nombres de los primeramente electos, aun el Dr. Ramón Lavandero que falleció ya, hice ver al Sr. Quiñones la conveniencia de que en la sesión pública se dieran a conocer todos los electos con posterioridad a fin de que Puerto Rico, tuviera una noticia exacta de quienes constituyen la nueva Academia, lo cual naturalmente aceptó desde luego.

Mi estancia en Puerto Rico y mis conversaciones con distintas personas, me permitieron conocer a fondo todo lo ocurrido después de mi primer viaje.

La carta del Sr. don Julio Casares, que tanto se ha comentado porque en rigor desconocía cuanto se realizó durante ese mi primer viaje, fue leída en una junta a la que concurrieron los electos, y constituyó un verdadero toque a dispersión, sin preocuparse más por la Academia Puertorriqueña.

Las diversas cartas que a distintas personas dirigí más tarde, al propio Sr. Quiñones, a la Alcaldesa, al Sr. Morales Carrión, al Sr. Balseiro, etc., solicitando nombres de las personalidades más significadas, que pudieran ser nuevamente electas; las solicitudes que en sentido semejante que a sus amigos hicieron los Sres. Julio Jiménez Rueda y Samuel Arguedas, provocaron una reacción favorable al Instituto y en reuniones celebradas entre los que constituían el pie veterano se eligió al Sr. Quiñones como director de la Academia y al Dr. Antonio J. Colorado como Secretario. El Sr. Quiñones ya con esta investidura fue quien convocó a las nuevas juntas en que se hizo la elección de los académicos adicionales, entre los más distinguidos escritores de la Isla.

Por mi parte quise darme cuenta de toda la seriedad que pudiera encerrar este segundo movimiento, y pedí al Sr. Quiñones que reuniera a todos los miembros de la Academia para tener con ellos un cambio de impresiones y señalarles la ruta que mejor podría conducirlos al éxito de la empresa.

Nos reunimos en el Ateneo Puertorriqueño, con excepción de dos o tres personas que se excusaron de asistir por carecer de tiempo para ello; y en una junta que duró más de dos horas les hice ver que no era la sesión pública y solemne que había de verificarse el primero de abril lo que constituía la vida de la Academia; sino el celebrar no menos de una o dos reuniones mensuales, en las que como trabajo principal debía hacerse el estudio del Diccionario de la Real Academia Española, para anotar los vocablos que deban

suprimirse, corregirse o aumentarse; para estudiar las voces y modismos peculiares a la Isla y darlos a conocer a la Real Academia Española; y que para mantener el interés público, podían celebrar una serie de sesiones solemnes en las que los académicos fueran leyendo sus respectivos discursos de recepción a fin de poder ser considerados por la Real Academia Española, como correspondientes suyos.

Alguno de los académicos llamó la atención acerca de que siendo unos veinte los miembros actuales, dilatarían casi dos años para leer tales discursos; y me permití sugerirles, que podían hacer sesiones públicas en las cuales se leyeran dos discursos de introducción y, si fuera indispensable, un mismo orador diera la bienvenida a los dos recipiendarios, haciendo hincapié, naturalmente, en los merecimientos de cada uno de ellos.

Con el fin de animarlos a que cuanto antes comenzaran estos ejercicios literarios, les propuse que desde luego en la sesión que celebrábamos se fijara el orden en que habían de leerse los respectivos discursos; lo cual se hizo, comprometiéndose varios de los asistentes a tener preparadas sus respectivas piezas oratorias en un futuro muy próximo.

Los Académicos habían aprobado los Estatutos de la Academia; pero les entregué los de la Mexicana para que aprovecharan lo que pudiera convenirles.

Al día siguiente en la noche se verificó la sesión solemnísima en el Ateneo Puertorriqueño, con asistencia en el lugar de honor de los Académicos primeramente electos y de algunas personalidades muy distinguidas social y políticamente: todos de rigurosa etiqueta. El Gobernador de Puerto Rico Sr. Luis Muñoz Marín, escribió el discurso de clausura de la sesión, encomendando su lectura al Secretario de Educación Pública.

El salón debe tener capacidad para quinientas personas; pero la afluencia de público fue tal y tan grande, que los asistentes se mantuvieron de pie en los pasillos exteriores que llenaron de una manera absoluta; y sé que multitud de personas se situaron en los salones de lectura del Ateneo con el fin de escuchar desde allí los discursos.

Yo había preparado una breve alocución para celebrar la definitiva constitución de la Academia Puertorriqueña de la Lengua; pero como tuve noticias de algún discurso dicho por el Gobernador ante una asamblea de maestros; discurso que propugna por lo mismo que ha propugnado la Comisión Permanente, solicité con empeño un ejemplar y adicioné mi alocución con algunas interesantísimas observaciones hechas por el señor Muñoz Marín en defensa del empleo del Castellano en Puerto Rico, el cual con toda propiedad y llaneza declara ser la lengua vernácula de la isla.

Tuve la fortuna de que mi discurso a pesar de su absoluta sencillez fuera interrumpido en diversas ocasiones con muy cordiales aplausos, como

lo fue el del Sr. Quiñones; discurso inteligente y discreto en que hizo ver la trascendencia de la labor académica realizada en los diversos lugares del Nuevo Mundo y la trascendencia mayor que para Puerto Rico tiene la creación de su Academia. Como volvió a llamarme representante de la Real Academia Española, le rogué suprimiera ese título.

El poeta y nuevo Académico Sr. Palés Matos, que goza de una gran popularidad en Puerto Rico, fue aplaudido con extraordinario entusiasmo al terminar cada una de las poesías a que dio lectura.

Con no menos entusiasmo, fue acogido el breve concierto de piano por el Sr. Sanromá; y cuando el Secretario de la Academia, Dr. Colorado, fue leyendo los nombres de los académicos, un aplauso vibrante y caluroso acogió a todos y cada uno de los nombres que iba mencionando; y como los designados ocupaban lugar distinguido en la sala, el aplauso los fue obligando a ponerse de pie para recibir el homenaje que se les otorgaba.

Los académicos electos en la memorable sesión del 3 de mayo de 1952, que la Comisión Permanente declaró fecha de constitución de la Academia Puertorriqueña, fueron: Dra. Margot Arce de Vázquez, Dr. Ramón Lavandero, Sr. Generoso Morales Muñoz, Dr. Antonio J. Colorado, Sr. Salvador Tió y Montes de Oca, Sr. Evaristo Ribera Chevremont, Dra. Antonia Saez, Lic. Samuel R. Quiñones, Sr. Augusto Malaret. Muerto el Dr. Lavandero, la Academia lo sustituyó con el Sr. Lic. Epifanio Fernández Vanga, y la Real Academia Española agregó al Sr. D. José A. Balseiro ya correspondiente suyo.

Los electos con posterioridad son: Dra. Concha Meléndez, D. Fernando Sierra Berdecía, D. Gustavo Agrait, D. Jorge Font Saldaña, Lic. Emilio S. Belaval, D. Enrique Laguerre, D. René Marqués, Dr. Arturo Morales Carrión, D. Luis Palés Matos, D. Antonio Pacheco Padró, D. Miguel Meléndez Muñoz, D. Rafael W. Ramírez, D. Rafael Rivera Otero, D. Eugenio Fernández Méndez, D. Lidio Cruz Monclova, Lic. Ernesto Juan Fonfrías, Lic. Washington Llorens, Dra. Nilita Vientós Gastón, D. Luis Antonio Miranda, Lic. José S. Alegría, D. Francisco J. Zeno. Finalmente el Sr. Secretario de Educación Pública, leyó el interesante discurso del Gobernador de la Isla, que fue recibido con el mismo entusiasmo.

Así se llegaba al coronamiento de un esfuerzo que alguien vio aquí con desdén y creyó ser una verdadera irrealidad.

En lo personal debo agradecer a la Administradora de la Ciudad o sea la Alcaldesa, tan querida y estimada en Puerto Rico, y a su hermana la señorita Josefina Rincón Marrero, Secretaria de la Municipalidad, la especialísima ayuda que me proporcionaron desde mi primer intento para la creación de la Academia; y que ahora culminó con la brillantísima recepción que la primera ofreció en honor mío en el Palacio Municipal.

Por su parte, el Sr. Quiñones y su esposa, la señora Clara Luz Vizcarron-

do de Quiñones, dieron otra recepción-concierto en mi honor, en el hermoso salón "Gobernador" del Hotel Condado, al que asistieron las más altas personalidades literarias y político-sociales de la isla. El Sr. Quiñones además, pagó mi estancia en el hotel como lo hizo antes en La Habana la Sociedad Colombista Panamericana, y después la Academia Venezolana en Caracas.

De igual manera que en La Habana y en Ciudad Trujillo, visité al Rector de la Universidad de Puerto Rico, Dr. Jaime Benítez en nombre de la nuestra, acompañado del nuevo académico y muy distinguido escritor, don Rafael W. Ramírez, profesor de la misma Universidad. Asistió a nuestra conferencia el no menos distinguido profesor don Federico de Onís, quien hoy tiene a su cargo el departamento de Español en la citada Universidad. La entrevista fue muy cordial; el Rector hizo que se tomaran diversas fotografías y nos invitó para almorzar con él en su casa a los señores Ramírez, De Onís y a mí. Tanto él como su estimable señora nos acogieron en la casa rectoral con exquisita amabilidad.

Pude darme cuenta de que la Universidad de Puerto Rico ha mejorado notablemente; y entre los nuevos edificios que debo mencionar está el de la gran biblioteca, recientemente edificada.

Terminada la misión mía en Puerto Rico, me trasladé a Caracas, en Venezuela. El señor Dr. Edgard Sanabria y el señor don Rafael Yepes Trujillo —quien con su muy elevado carácter en la Secretaría de Hacienda hizo que desde luego se me despachara la entrada, la cual se verificó sin inconveniente alguno— me trasladaron de la Guaira a Caracas y me instalaron en el céntrico hotel "El Conde"; pero aun antes de instalarme, les supliqué me acompañaran a saludar al director de la Academia y patriarca de las letras venezolanas, don José Manuel Núñez Ponte, quien a pesar de su avanzada edad de alrededor de 85 años, ofreció asistir y asistió a la sesión convocada para recibirme.

La Academia es indiscutiblemente la que está mejor instalada de cuantas he vistó en este viaje y en otros anteriores; disfruta de una parte del Palacio de Academias que es un primoroso edificio ocupado antes por la Universidad Venezolana y que primeramente fue convento de San Francisco. El salón de sesiones, arreglado de manera que hace recordar el salón de trabajo de la Real Academia Española con su gran mesa oval, alrededor de la cual se encuentran las sillas académicas, tiene un notable aspecto de severidad; y un salón anexo, elegantemente amueblado, se destina al Director de la Academia y al Secretario general que en la actualidad es el mencionado Sr. don Rafael Yepes Trujillo.

La sesión resultó muy interesante; asistieron casi todos los académicos y como en las recepciones anteriores, el Director tuvo frases muy laudatorias

para la intensa labor que ha venido desarrollando la Comisión Permanente y muy amables para su representante.

Este dio cuenta de la creación de la Academia de Puerto Rico; a solicitud de los presentes, leyó el discursillo con que se hizo la inauguración, y en seguida se trataron todos los puntos de interés para la Academia y para la Comisión.

Se habló, como era natural, del futuro Congreso por el que hay gran interés, y di cuenta del estado actual de la cuestión y de que se había pedido a España que fijara la fecha; e insistí en la necesidad de preparar ponencias. En estos momentos aquélla estudia algunas reformas a su reglamento y acogieron con mucho interés los estatutos de la Academia Mexicana que llevaba conmigo, pues juzgaron que mucho habrán de servirles para la labor que están realizando.

Terminada la sesión, se pasó al salón de la presidencia, donde como en La Habana y en Ciudad Trujillo, se sirvió champaña a los asistentes, así como bocadillos. La Academia no invitó al Embajador de México, por estar ausente de Venezuela.

Para hacer la visita a la Universidad, bondadosamente se ofreció para acompañarme el Sr. Dr. Sanabria; por desgracia el Rector no se encontraba en la ciudad; pero el Sr. Rubén Piña T., al frente de la Ciudad Universitaria en ausencia del Rector, me hizo conocer los más importantes edificios, entre ellos el Aula Magna con capacidad para tres mil quinientas personas y el Paraninfo de la Facultad de Filosofía y Letras.

La Ciudad Universitaria es grandiosa.

Después el Dr. Sanabria gentilmente me llevó a ver todo lo más importante de la ciudad.

De ahí partí para Bogotá. Probablemente a causa de la delicada situación política que ha prevalecido, la entrada en el país está sujeta a una severa revisión, que me detuvo en el aeropuerto casi una hora, pues tampoco permitieron llegar hasta mí al Sr. Dr. don José Manuel Rivas Sacconi, Secretario Perpetuo de la Academia, a pesar de ser Secretario General de la Universidad Nacional y Director del Instituto Caro y Cuervo, sino hasta el último momento en que se había terminado la revisión de mis papeles.

Me aguardaba también el Sr. don Uladislao González, Secretario General de la Universidad Javeriana, pues en virtud de prohibición médica, el padre Félix Restrepo no pudo subir de Medellín a Bogotá; y él encomendó a dichos caballeros que me atendieran y me ayudaran con la representación suya.

La sesión de la Academia no pudo ser más conmovedora para mí. Despojada ésta de su hermoso edificio por alguno de los gobernantes del país,

se ha refugiado en uno de los salones de la valiosísima biblioteca del ilustre hombre de letras fallecido no ha mucho: el Dr. don Antonio Gómez Restrepo.

La señora viuda del notable escritor, conocedora de la estrecha amistad que existió entre su esposo y yo, me hizo el honor de bajar a saludarme, muy conmovida por cierto, declarándome cuánto habría celebrado su difunto esposo haberme recibido personalmente.

Tras de esta emotiva reunión, pasé al salón de sesiones, debiendo hacer constar que el Director de la Academia, Dr. Luis López de Meza, en unión del Sr. Rivas Sacconi y de otros dos académicos, se sirvió recogerme en mi hotel "San Francisco", para llevarme a la sesión.

Iniciada ésta, el Sr. Dr. López de Meza me manifestó que la mejor manera con que podía recibirme la Academia era que él formulara un resumen de lo que ha sido la cultura en México, desde antes de la llegada de los españoles hasta nuestros días y que celebraría conocer mis puntos de vista acerca de su exposición.

Y disertó con brillo, enumerando las manifestaciones de cultura de los aborígenes, fundamentalmente la de los mayas y de los aztecas, llamando la atención de modo especial hacia sus conocimientos astronómicos. Pasó luego en revista los principales aspectos de la Colonia; se refirió al movimiento de Independencia, y recorrió la vida de México, desde esa época hasta el momento actual, haciendo hincapié en que si es verdad que para ciertas personas resulta desagradable la pintura de algunos de nuestros modernos artistas, no por ello esa obra deja de ser una muy alta exposición cultural.

Dada la invitación del Sr. Director, hice a mi vez un resumen de las culturas aborígenes que acaban de tener una señalada confirmación con el descubrimiento de interesantísima tumba en uno de los templos de Palenque.

Hice ver cómo durante la dominación española se había llegado a la extinción de los sacrificios humanos con lo cual se dio un paso muy avanzado en la cultura; cómo el Obispo Zumárraga había introducido la imprenta en el Nuevo Mundo y había fundado el Colegio de Santa Cruz de Tlaltelolco, que pudiera decirse fue la primera Universidad indígena que existió en este hemisferio, y donde se educaron indios tan ilustres como Francisco Cruz, el celebrado médico autor del *Códice Badiano,* en el cual no sólo dio a conocer las enfermedades predominantes y las medicinas para curarlas —punto al que, en general, se había referido el Sr. López de Meza—, sino que había realizado maravillosa reproducción pictórica de las plantas curativas; obra que otro indio, Juan Badiano, tradujo del náhuatl al latín; cómo el mismo Zumárraga había iniciado la fundación de la Universidad, y hablé luego de lo que ésta significó durante los siglos de su existencia y cómo de ella salieron hombres sobresalientes, no únicamente en la Nueva España, sino

en diversos puntos del Continente Americano, Europa y las Filipinas. Recordé luego el restablecimiento de dicha Universidad, la creación de muy importantes centros educativos, oficiales y particulares, la constitución de Academias y sociedades científicas y todo cuanto hoy tiene a México en un alto nivel cultural.

Se trataron después asuntos de orden interior; el Sr. Académico Luis Flórez leyó un interesante estudio sobre Toponimia Antioqueña, que me dio motivo para hacer notar una serie de coincidencias entre los casos observados por el Sr. Flórez y los de Toponimia Mexicana, del todo semejantes a los citados por el distinguido sustentante, que es miembro del Instituto Caro y Cuervo.

Informé a la Academia de la definitiva creación de la Academia Puertorriqueña, que fue acogida con verdadero agrado; hice el justo elogio de los representantes enviados por la Academia a la Comisión Permanente: el R. P. Félix Restrepo a quien por su actuación tan valiosa ésta lo nombró miembro honorario suyo; y la Academia Mexicana, Académico Correspondiente, y el Sr. Dr. Julián Motta Salas a quien ha confiado importantes comisiones, entre ellas, escribir el prólogo al libro en homenaje a Bello, Caro y Cuervo.

Se trataron después los diversos puntos de controversia con la Real Academia Española, celebrando que hubiera desaparecido todo desacuerdo. Se habló también del Segundo Congreso, e informé cuál era la situación actual sobre este punto. Terminada la sesión, el Sr. López de Meza y los otros tres señores Académicos arriba mencionados se sirvieron acompañarme hasta mi hotel.

Si inmensamente deploré que por su enfermedad el Padre Restrepo no hubiera estado en Bogotá, debo declarar que el Sr. Rivas Sacconi cumplió a maravilla con el encargo que de aquél recibió de atenderme durante mi permanencia en Bogotá. Desde luego, por ser el Secretario General de la Universidad Colombiana, a él hice conocer la credencial que me expidió la Nacional Autónoma de México, y él me llevó a visitar la Ciudad Universitaria, muy digna de aplauso y de estimación. Como es poseedora de una vasta extensión de terreno donde ha levantado los pabellones destinados a diversas facultades y al estadio, sigue todavía construyendo nuevos edificios para acomodar nuevas aulas y nuevas facultades.

El Sr. Rivas Sacconi me llevó luego al Instituto Caro y Cuervo que él dirige, y con profunda emoción pude ver no solamente los originales del ilustre filólogo desaparecido don Rufino José Cuervo, sino la intensísima y notable labor que el Instituto realiza en materia filológica.

Me acompañó a la Universidad Javeriana que ha levantado muy importantes edificios para las facultades que ahí se han creado; entre ellas la

Odontológica con una dotación instrumental verdaderamente notable y el Hospital que está terminándose; y es muy hermoso por cierto el edificio destinado de modo especial a la juventud femenina. En esta visita el Sr. don Uladislao González, Secretario General de la Universidad, multiplicó sus amabilidades para mí y tuvo frases de elogio para nuestra Universidad Nacional.

Pero no conforme con eso el Sr. Rivas Sacconi me llevó a conocer la parte de la ciudad antigua, por la que yo mucho me interesaba; y la última noche que permanecí en Bogotá, tuvo la gentileza de invitarme a comer con él en lugar de aceptar la invitación que yo le había hecho.

El Sr. Académico doctor Roberto Restrepo se dignó invitar al Dr. Rivas Sacconi y a mí para almorzar en unión de su familia en el Castillo Marroquín, hoy de su propiedad, y que para sí construyó en el campo el Presidente de la República, don Lorenzo Marroquín.

En Caracas había recibido noticia de que el señor doctor don Salvador Martínez de Alva está como Embajador en Quito, Ecuador, y como es un antiguo discípulo mío, me propuse, como era natural, hacerle una visita, en caso de que la Academia no lo invitara a nuestra sesión. Con gran sorpresa de mi parte al llegar al aeropuerto, me esperaban él y su señora, Margarita C. de Martínez de Alva, junto con el señor don José Rafael Bustamante, Director de la Academia; don Isaac J. Barrera nuestro excelente colega en la Comisión Permanente, en unión de sus hijas; el Secretario de la Corporación don Julio Tobar Donoso y el Reverendo Padre Aurelio Espinosa Pólit. Se entabló entonces una cordial disputa para resolver quién me convertía en su huésped, si la Academia o el Embajador, y finalmente el último tuvo la generosidad de hospedarme en su casa.

Al día siguiente se verificó la sesión en el local propio de la Academia de la Historia, que es donde se reúne la de la Lengua y tal sesión resultó conjunta de las dos Academias, por ser el Sr. Barrera, Presidente de la de Historia, y miembros los Académicos de la Lengua.

El Director, Sr. Bustamante, con gran cordialidad y en presencia de nuestro Embajador dio la bienvenida al representante de la Comisión Permanente y de la Academia Mexicana. Respondí en iguales términos y al entrar en la discusión de asuntos relacionados con la vida de la Academia Ecuatoriana, me enteré de que había un nuevo académico electo; pregunté entonces qué proceso seguían para que los electos llegaran a ser de número; expuse la costumbre establecida por la Mexicana y, con gran satisfacción mía y complacencia del nuevo electo, se acordó adoptar el procedimiento establecido por nuestra Academia.

Según era de esperarse, con gran interés se habló del Segundo Con-

greso; excité a los académicos a formular ponencias para presentarlas, y desde luego el P. Espinosa Pólit ofreció que no faltará la suya.

Terminada la sesión, se sirvió un espléndido banquete en el mejor hotel que existe en Quito; se siguieron tratando cuestiones académicas; y al fin se pronunciaron brindis en elogio de la Comisión Permanente y de la Academia Mexicana, así como por la prosperidad de la nueva Academia Puertorriqueña y por el representante de la Comisión.

En la noche el Embajador de México gentilmente ofreció en la Embajada una brillante recepción, en la cual estuvieron presentes el ministro de la Gobernación del Ecuador, varias otras muy altas personalidades del Gobierno, así como diversos embajadores y ministros, los miembros de la Academia de la Lengua y los de la Historia, así como los directores de los más importantes periódicos de la ciudad.

Las atenciones del Embajador, de su esposa y del Sr. Barrera finalizaron en el aeropuerto, al verme partir.

Al llegar al aeropuerto de Tocumen en Panamá, me aguardaban el Secretario de la Academia Panameña y miembro de la Comisión Permanente, el Sr. Dr. don Enrique Ruiz Vernacci, y el Sr. don Ernesto J. Castillero R., de la Academia Panameña de la Historia. Me explicó el Sr. Vernacci, que había ido sólo en virtud de la noticia que yo le había dado, pues, habiendo escrito a México solicitando directamente mi *curriculum vitae,* y datos acerca de mi viaje, se le contestó la carta sin darle los informes que había solicitado; por lo cual llegó a creer que había yo aplazado o suspendido mi viaje.

Debo declarar que el Sr. Vernacci verdaderamente se ha excedido en atenciones para mí y que la manera en que organizó la recepción en honor de su colega en el seno de la Comisión Permanente, ha sido por extremo gentil y bondadosa, pues independientemente del aspecto oficial, hubo manifestaciones como el suntuoso banquete que me dio la Academia con asistencia de muy altas personalidades entre ellas el Secretario de Relaciones Exteriores, el Embajador de México Sr. Lic. don Rafael Fuentes y algún otro diplomático; por más que siento también muy profundo agradecimiento para el Sr. Dr. don Ricardo J. Alfaro, Director de la Academia, quien tuvo igualmente muy gentiles y repetidas muestras de buena voluntad para el representante de la Comisión. El Sr. Alfaro, como bien se sabe, es muy alta personalidad científica, literaria, social y política.

La sesión oficial se verificó en la rectoría de la Universidad Panameña y asistieron, entre otros académicos, la distinguida señora María Olimpia de Ovaldía.

Al dar cuenta de la creación definitiva de la Academia Puertorriqueña

y de los tropiezos que habían existido para su establecimiento, la señora con toda cortesía preguntó cuál iba a ser la suerte futura de las diversas damas que han sido electas en las distintas Academias. Le respondí que el asunto estaba directamente resuelto por la Real Academia Española, que había declarado categóricamente que cuando las damas electas fueran cumpliendo el requisito de decir su discurso de introducción, la misma Real Academia reconocería su carácter, por haber sido designadas libremente por las respectivas Academias.

En las diversas reuniones celebradas con las Academias que visité, llamé la atención acerca de la proposición que formulé ante la Mexicana, para que, en lo futuro, antes de que la Real Academia apruebe en definitiva nuevas normas, consulte el parecer de las Academias asociadas y todas estuvieron de acuerdo en que la medida es prudente sin que esto signifique, como en manera alguna he querido que significara, que la Real Academia pierde su autoridad por todos reconocida.

En alguna de las Academias se me consultó si creía que todas las asociadas responderían oportunamente a la Española y les declaré que es posible que no respondan; pero entonces la Española podría hacer lo que en casos de aprobación general ha hecho la Comisión Permanente: fijar un plazo para recibir las respuestas, pasado el cual, el silencio sería considerado como la aprobación de la Academia que no respondiera; y ésta no tendría derecho a decir que tales normas se imponían en forma dictatorial. Esto se consideró del todo apropiado y digno de aprobación por quienes hicieron la consulta.

Se creía que la Comisión nada había intentado en favor de la Lengua Española en Filipinas; y pude informar de las numerosas becas que obtuvo en diversos países para estudiantes filipinos, las cuales oportunamente se hicieron conocer a la Academia Filipina.

La Universidad de Panamá, en vista del saludo que recibió por mi conducto de la Universidad Nacional Autónoma de México, me hizo el honor de invitarme para dar una conferencia en el Paraninfo de la Facultad de Derecho. Aproveché entonces la ocasión para hablar del origen de todas las Universidades, conforme el sentir de las Leyes de Partidas; la manera en que nació la Real y Pontificia Universidad de México; las discusiones habidas acerca de la antigüedad de las de Santo Domingo, Lima y México y cómo habían quedado dilucidadas las antigüedades respectivas en el sentido de ser la primera la de Santo Domingo creada por bula pontificia de 1538, la de México por cédula real de 1547, ratificada en sobrecédula de 1548 —encontradas por mí, desconocidas antes—, anteriores ambas a las cédulas de 1551 dadas en la misma fecha para las Universidades de México y de Lima. Hice ver, finalmente, que desde el día en que la Mexicana inició sus labores, en 1553, no cesó de trabajar y produjo per-

sonalidades que brillaron en las distintas manifestaciones del saber humano, no solamente en la Nueva España, sino en diversos lugares del Nuevo Mundo y en la propia Europa.

Por fortuna la disertación fue acogida con gran benevolencia; y entre los presentes se hallaban el Sr. Dr. D. Ricardo J. Alfaro, Director de las Academias de la Lengua y de la Historia, el Embajador de México, Sr. Lic. Rafael Fuentes, diversos miembros de ambas Academias, otras personas muy distinguidas, entre ellas el Embajador de El Salvador, Dr. Osegueda y su esposa, según me explicó más tarde el Sr. Vernacci, y numeroso público formado en buena cantidad por estudiantes.

El Embajador Sr. Fuentes tuvo la gentileza de invitarme después para comer con él en la Embajada, en unión de su esposa y de sus hijos.

Al día siguiente el Sr. Vernacci dio punto a sus manifestaciones de benevolencia, al llevarme, en unión de su muy estimable señora, hasta el aeropuerto en Tocumen y verme regresar a nuestro país.

Acompaño copias del discurso que pronuncié en Puerto Rico; y espero que la Comisión que resolvió que hiciera este viaje, encuentre que no he defraudado sus propósitos; pues aun cuando al saber por el Sr. Quiñones, que habían desaparecido los tropiezos para que funcionara la Academia Puertorriqueña, claramente manifesté que podía evitarse mi viaje a fin de procurar un ahorro a la Comisión, ella insistió en que lo verificara y en definitiva acordó el itinerario que seguí.

¿El viaje fuera de Puerto Rico resultó infructuoso? No lo creo; porque independientemente de haber conocido la realidad del trabajo de las Academias visitadas, se discutieron diversos temas de los que más han preocupado a la Comisión Permanente; se disiparon las últimas dudas que provocó la circular del Sr. Casares en que se atribuyó a la Comisión actual deseos de perpetuarse y de entrometerse en las funciones de la Real Española; se aclaró que si definitivamente esta última pospone el Congreso, estas Academias están conformes en que se modifique el plazo fijado por el Primero, sin juzgar que la Comisión ha violado la Ley relativa; se logró que se adoptaran normas de trabajo aprobadas por la Comisión; se dio a conocer el empeño de ésta por destruir la mala costumbre de algunas compañías y de algunos comerciantes de sustituir el castellano con el inglés en lugares públicos, y la buena acogida de las autoridades gubernativas para ayudar en esta noble tarea; se pusieron de manifiesto los empeños de la misma en favor del español en las Filipinas, mediante las becas que obtuvo de diversos gobiernos para estudiantes filipinos; se dio a conocer la manera en que ha cumplido los fines para que fue creada, sobresaliendo la creación de la Academia en Puerto Rico, etc., etc.

EL SEGUNDO CONGRESO DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA *

Por ALBERTO MARÍA CARREÑO.

Sr. Lic. don Alejandro Quijano, Director de la Academia Mexicana de la Lengua Correspondiente de la Española.—Presente.

LA Academia me hizo el honor de elegirme miembro de la Comisión Permanente que primero se llamó del Congreso de Academias y más tarde, de la Asociación de Academias. Al morir el señor Académico don José Rubén Romero fui electo Tesorero de la Comisión.

La Comisión tuvo por objeto llevar a efecto las resoluciones del Primer Congreso y preparar el Segundo. Los Anuarios publicados por dicha Comisión dan una amplia información de lo hecho durante el tiempo de su existencia, pero me complace manifestar a usted que fue actuación mía personal, encomendada por la Comisión, el establecimiento de la Academia Puertorriqueña de la Lengua Española y las visitas que en nombre de la Comisión y de la Academia hice a las de Cuba, de Venezuela, del Ecuador y de Panamá, que constituyeron un medio de acercamiento entre aquellas instituciones con la nuestra.

Comisionados especialmente, el señor don Guillermo Hoyos Osores, delegado del Perú, don Enrique Ruiz Vernacci, de Panamá, y yo, formulamos el proyecto de reglamento de la Asociación de Academias que fue constituida por iniciativa de la Comisión Permanente, reglamento que fue aprobado por todas las Academias Asociadas. Posteriormente con el mismo señor Hoyos Osores, formulé el Reglamento que ha servido para mantener ya de manera indefinida la Asociación de Academias de la Lengua Española y las Comisiones Permanentes que habrán de actuar entre uno y otro de los futuros Congresos.

---

* Informe rendido en la Sesión Ordinaria, celebrada el 10 de mayo de 1956.

En 27 de marzo último me trasladé a la ciudad de Madrid en unión del señor Académico don Julio Jiménez Rueda, Secretario de la Comisión Permanente, con el fin de ultimar los preparativos del Segundo Congreso; y me complace decir que desde el momento de mi llegada recibí una serie de manifestaciones de benevolencia, como la recibió el señor Jiménez Rueda, tanto de parte de la Real Academia Española como del Director y altos empleados del Instituto de Cultura Hispánica.

En el aeropuerto estuvieron a recibirnos los señores académicos don Emilio García Gómez y don Joaquín Calvo Sotelo, así como el señor don Ramón Bela Armada, encargado de proporcionar alojamiento y demás atenciones precisas. Y fuimos conducidos al Hotel Palace en donde estuvimos alojados no sólo con toda comodidad y decencia, sino con lujo, pues bien conocida es la categoría de dicho hotel.

Puestos en contacto con el señor don Agustín González de Amezúa, Presidente de la Comisión Permanente, y con el señor don Julio Casares, Secretario Perpetuo de la Academia, ambos caballeros tuvieron para con nosotros y para con los demás delegados miembros de dicha Comisión Permanente, todo linaje de consideraciones.

Se celebró una serie de juntas de la Comisión; estaba previsto que el Presidente del Segundo Congreso y de los futuros sea el Jefe del Estado donde se celebren, pero quedaba por nombrar el resto de la Mesa Directiva del Congreso. Me permití, pues, sugerir que el señor don Julio Casares, por su carácter de Secretario Perpetuo de la Academia organizadora del Segundo Congreso, fuera designado Secretario General, y tomando en consideración la manera en que ha laborado el señor Jiménez Rueda, por una parte, y por otra el señor Hoyos Osores, dentro de la Comisión Permanente, pedí que el primero fuera designado Secretario de Actas y el segundo Relator. Ambos nombramientos fueron acordados, y ratificados después por el Congreso. Me complace hacer constar que ambos cumplieron debidamente con su cometido, haciéndose manifiesta de manera especial la actividad y la habilidad del señor Jiménez Rueda.

La Academia de Colombia insistió una y otra vez, primero, en que no debía haber sino una Vicepresidencia que le correspondería por ser la más antigua de las Academias; y luego, que aun concediendo otras vicepresidencias, se considerara en primer lugar a esa Academia. La Comisión determinó que debía adoptarse el camino seguido en México en el Primer Congreso, es decir, que debía sortearse la precedencia de todas, y, finalmente, así se acordó.

La Real Academia había indicado que invitaría a tres miembros de cada una de las Academias y que los demás que por su cuenta asistieran lo

harían en calidad de observadores. Mientras actuaba la Comisión Permanente, la Real Academia modificó este criterio y resolvió que todos los Académicos de Número que concurrieran tendrían el carácter de delegados de sus respectivas corporaciones. En la primera sesión preparatoria se verificó el sorteo y quiso la suerte otorgar a México el primer lugar y, en consecuencia, al jefe de la delegación mexicana el carácter de primer Vicepresidente.

Dada la circunstancia de que el Director de la Real Academia y Presidente del Congreso, el eminente hombre de letras don Ramón Menéndez Pidal no pudo asistir a la primera sesión plenaria, me cupo el inesperado honor de ser quien presidiera, y, en consecuencia, iniciara las labores del Congreso; lo cual me permitió hacer ver cómo el Destino había querido que aquella sesión pudiera, en rigor, considerarse como una prolongación de la última del Primer Congreso verificado en México.

Se hacía necesario, según se había aprobado previamente, designar un Presidente de honor y dos miembros también con el carácter de honorarios. En ese primer pleno el señor don Víctor Andrés Belaúnde propuso como Presidente de Honor al Jefe del Estado, Generalísimo Francisco Franco, y como miembros honorarios al señor don Alberto Martín Artajo, Ministro de Negocios Extranjeros y al señor don Jesús Rubio, Ministro de Educación Nacional. Alguno de los delegados propuso, a su vez, que entre estos miembros de honor se considerara al señor don Alfredo Sánchez Bella, Director del Instituto de Cultura Hispánica, por la ayuda que tal Instituto había prestado y seguía prestando para la celebración del Congreso. El señor don Miguel Angel Carbonell, delegado de la Academia Cubana, se levantó entonces para pedir que el Doctor don Miguel Alemán, ex Presidente de México, fuera considerado, igualmente, Presidente de Honor, tomando en cuenta que él había iniciado el Primer Congreso, y había hecho posible el crear la Comisión Permanente del Congreso de Academias. El señor don Pedro Lira Urquieta, de la Academia Chilena, apoyó aquella proposición, e igual cosa realizó el señor don José María Pemán, miembro de la Real Academia Española. Sometido el punto a la consideración del Congreso, por aclamación hizo tales nombramientos.

El señor don Agustín González de Amezúa en su carácter de Presidente de la Comisión rindió un interesantísimo informe acerca de las labores de la Permanente, que en México actuó durante cinco años. Sometió ese informe a la crítica de la asamblea y ésta con aplauso y elogio aprobó todo lo hecho por la Comisión.

El Congreso se desarrolló conforme al programa que se acompaña, pero debe decirse que se establecieron seis comisiones con el fin de estudiar de modo más fácil las ochenta y tantas ponencias que fueron presentadas. En la de Lexicografía fue estudiada y aprobada la ponencia del señor Académico

de la Mexicana, licenciado don Francisco J. Santamaría, que intituló "Pinoleada". En la cuarta se estudió y se aprobó la del delegado mexicano, doctor don Francisco Monterde, que trata del interesantísimo problema de buscar el medio de abaratar el libro. En la misma Cuarta Comisión fue leída y aprobada la ponencia del suscrito, que intituló "Cooperación entre la Real Academia y sus Correspondientes".

Se recordará que desde el mes de octubre de 1954 formuló esta ponencia que entraña la conveniencia de que en lo futuro, antes de que la Real Academia dicte resoluciones de carácter grave en materia gramatical o Lexicológica, recabe las opiniones de las diversas academias dándoles un plazo prudente para que expongan su parecer.

Se recordará también, que esta ponencia fue aprobada por nuestra Academia y en esa forma fue presentada; de ello tuvo oportuno conocimiento el Secretario Perpetuo de la Real Academia, don Julio Casares, porque en tal ponencia se hacía mención especial de las *Nuevas Normas* preparadas por él, y respondió que la Real Academia acogería con buena voluntad y sin oposición esta ponencia.

En tal virtud envié copia de ella al P. Félix Restrepo, S. J., Director hoy de la Academia Colombiana, y éste formuló entonces una ponencia siguiendo casi a la letra la mía, y sólo agregando que debía formarse un reglamento para el caso.

Me complace decir que cuando esta ponencia se discutió en el pleno, el señor González de Amezúa categóricamente declaró que lo propuesto por mí y aprobado ya en el seno de la Cuarta Comisión, era el punto más trascendental que se había resuelto por el Congreso, que efectivamente aprobó tal ponencia.

Por sugestión del mismo señor González de Amezúa, ya en Madrid formulé una segunda ponencia para tratar el gravísimo problema que se presenta en las Islas Filipinas: la supresión de la Lengua Española, en que tan interesados se han mostrado los Estados Unidos de Norteamérica.

Persona de altísima representación y muy conocedora del problema, me hizo saber después de aprobada esta ponencia, que el Gobierno de los Estados Unidos compró cuantas escuelas particulares había en Filipinas para clausurarlas y evitar de esta manera que se siguiera hablando en español y enseñando la lengua; y que en las instituciones religiosas en donde había sacerdotes de habla española hizo que los superiores los retiraran a fin de colocar en lugar de ellos, sacerdotes norteamericanos. Tal sucedió de manera especial con la Universidad de Santo Tomás, regida antes por sacerdotes dominicos españoles y de otras nacionalidades, que como los anteriores hablaban español. Esto explica que hoy el Boletín de la Universidad de Santo Tomás aparezca en Inglés.

La circunstancia de estar compenetrado de todos los problemas que podrían surgir en el seno del Congreso me permitió intervenir una y otra vez a fin de que se desecharan proyectos perjudiciales o por lo menos inútiles y debo declarar que la circunstancia, que sólo el azar me dio de ser el primer Vicepresidente, permitió que en cuantos actos públicos se verificaron se me diera un lugar prominente, lo cual sobremanera agradecí, considerando como era natural, que el honor se hacía a México y a la Academia Mexicana y no a mí en lo personal.

En la sesión de clausura fue comisionado el señor don Alfonso Junco para decir el breve discurso alusivo en nombre de nuestro país, y lo dijo con la brillantez que emplea siempre. El señor don Artemio de Valle-Arizpe actuó cumplidamente en la Sección Sexta a la que estuvo adscrito, y el señor don Francisco Monterde fungió con toda eficacia como Secretario de la Sección Cuarta.

Como es costumbre en estos casos, se organizaron visitas a diversos lugares de interés histórico; y el señor Jiménez Rueda y yo nos trasladamos al Monasterio de La Rábida con el propósito de hacer entrega de la bandera y de la tierra mexicana que con tal objeto fueron confiadas a la Academia por los señores Domínguez Soberón y Roberto Rivera. Del acto de entrega hice levantar un acta que fue firmada por el Prior del Convento Fray Serafín Ruiz de Castroviejo y León; y como el señor don Isaac J. Barrera, miembro de la Comisión Permanente y delegado de la Academia Ecuatoriana,. quiso acompañarnos, hice que firmara como testigo del acto, en unión de los religiosos Francisco Azada Riafrecha y Antonio Curto Bermejo.

He de cerrar este brevísimo informe diciendo que la sesión de clausura constituyó una verdadera apoteosis para México y para España.

Debo agradecer, pues, a la Academia Mexicana que mediante la elección que hizo de mí en 1951 haya podido tomar parte en todos esos eventos que han significado honra y gloria para México, y para la Academia.

México, D. F., a 18 de mayo de 1956.

EL EDIFICIO DE LA ACADEMIA *

Por Alberto María Carreño

México, agosto 7 de 1956.

Señores Académicos:

TENGO el honor y la satisfacción inmensa de informar a ustedes que hoy a las seis de la tarde el señor Director licenciado Alejandrò Quijano, el Tesorero señor licenciado don Genaro Fernández Mac Gregor y yo, de conformidad con la autorización que solicité de la Academia y que ésta nos concedió en su sesión extraordinaria celebrada el día 18 de mayo último, firmamos en la notaría del señor licenciado Noé Graham Gurría y ante el notario señor licenciado Francisco Lozano Noriega, la escritura de compra de la casa número sesenta y seis de la calle de Donceles, a fin de que en lo futuro sea la sede y el domicilio de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española.

Aun cuando en una serie de sesiones fui dando cuenta de las gestiones que hice a fin de adquirir este inmueble, creo es preferible concentrar en un informe los datos que constan en las actas de aquellas sesiones para conocimiento de los académicos que estando ausentes aprobaron la operación, y tal es el objeto de este documento.

En dicha sesión, que fue convocada de modo especial de conformidad con lo dispuesto por el artículo 44 de los Estatutos, hice constar que durante más de treinta años, la Academia había tratado de obtener un edificio donde alojarse definitivamente sin que esto hubiera podido lograrse; que la última ocasión en que estuvo a punto de obtenerlo fue cuando el doctor don Miguel Alemán siendo Presidente de la República, le concedió un inmueble que formó parte del cuartel de San José de Gracia en el callejón de Mesones; que visto el edificio, se encontró que, por una parte, era inutilizable pues estaba

* Informe leído en la Sesión celebrada el día 10 de agosto de 1956.

en ruinas y, por otra, el acceso a él era por extremo difícil, toda vez que la entrada estaba en un sitio que hoy sirve para la carga y descarga de grandes camiones con mercancías; que al informar al Presidente de la República aquellas condiciones que seguramente él no había conocido, canceló el decreto que había expedido y sugirió el Secretario de Bienes Nacionales, a la sazón el licenciado Angel Carvajal, que entregara a la Academia la suma de trescientos mil pesos, que fue el valor que el señor Carvajal estimó era el del terreno; que desgraciadamente como esto acontecía en los últimos meses en que el señor Alemán debía ejercer la Presidencia, la Secretaría de Bienes Nacionales no llegó a entregar esa suma a la Academia.

En tal estado las cosas, a mediados del mes de marzo próximo pasado, el señor académico don Artemio de Valle Arizpe me informó que el licenciado Manuel Zubieta ofrecía en venta la casa número sesenta y seis de la calle de Donceles; inmediatamente acudí a ver el inmueble; me pareció que era extraordinariamente bueno para la Academia, y en seguida, me puse en contacto con el mencionado señor Zubieta para conocer el precio.

El señor Zubieta me mostró entonces una carta del señor licenciado Eustaquio Cortina Portilla, apoderado de la Testamentaría de la señora María Goríbar de Zaldívar, en la cual pedían seiscientos mil pesos libres de todo gasto para el comprador, o quinientos sesenta mil pesos libres para el vendedor.

Desde el primer momento, dadas las condiciones del edificio, comprendí que eran extraordinariamente favorables; pero para no obrar por mi sola cuenta, acudí primero al señor Director, licenciado don Alejandro Quijano, para solicitar que me diera facultades absolutas para tratar el negocio en la forma que fuera más favorable para la Academia. El señor Director bondadosamente me otorgó estas facultades; pero para confirmar mejor mi criterio, hice que el señor Tesorero, licenciado Genaro Fernández Mac Gregor, visitara conmigo el inmueble, y aquél, como yo, lo encontró inmejorable.

Con esas facultades y con esta opinión ofrecí en firme al señor Cortina Portilla, la cantidad de quinientos sesenta mil pesos, con la esperanza de que podría obtener las exenciones de impuestos y gastos de escritura que, en números redondos, era la diferencia que pedía el señor Cortina.

¿Cómo atreverme a presentar esta proposición si no tenía en manos cantidad alguna en que basar esta oferta? Dos pensamientos tuve que podían permitirme seguir adelante: por un lado, ver si podía lograr que se le entregaran a la Academia los trescientos mil pesos que había ofrecido el señor Alemán y completar la suma con un préstamo hipotecario que podría obtenerse, con un interés máximo de diez por ciento, o solicitar de la Secretaría de Hacienda que permitiera a la Academia disponer de quinientos mil pesos del fideicomiso que tres años antes había logrado que el mismo Presidente de la República constituyera en favor de la Academia, por la suma de un millón de

pesos. Los otros sesenta mil procuraría obtenerlos de amigos míos y de la Academia en forma de donativos.

Traté primeramente de lograr la entrega de los trescientos mil pesos valiéndome de la excelente voluntad que para la Academia y para la Comisión permanente de la Asociación de Academias, ha mostrado siempre el señor licenciado Benito Coquet, Subsecretario de la Presidencia de la República. Me pidió que le formulara un memorándum del caso para entregarlo al señor Presidente, don Adolfo Ruiz Cortines, que de antemano se había mostrado muy bien dispuesto en favor de la Academia. Mis esperanzas comenzaron a desvanecerse cuando en entrevista posterior el señor Coquet me informó que se tenía el proyecto de buscar un edificio apropiado, en donde establecer a todas las corporaciones científicas y culturales de prestigio; entre ellas la Academia Mexicana.

Le hice ver cómo no tenía confianza en un establecimiento semejante, recordando antecedentes de la Academia, que durante el gobierno del general Porfirio Díaz fue alojada en la Biblioteca Nacional; primero, por el inolvidable académico y Director de la Biblioteca don José María Vigil, concesión confirmada más tarde por el nuevo Director de la citada Biblioteca y académico también, el ilustre biógrafo don Francisco Sosa. Cómo al entrar a gobernar el señor don Francisco I. Madero quitó el puesto de Bibliotecario al señor Sosa para darlo al señor Rogelio Fernández Güel, quien expulsó a la Academia, envió a lugares excusados la excelente biblioteca que nuestra institución poseía, perdiéndose los libros en su totalidad.

Al exponer estos hechos al señor licenciado Coquet me respondió que hoy no haría cosa semejante este gobierno, pero le hice ver que, desgraciadamente, los gobiernos son temporales y que alguno posterior a éste, podría verificar un lanzamiento semejante. Más aún, le hice conocer el hecho de que a la Academia de Historia y Geografía que preside el señor general don Manuel Torrea le había sido retirado hace sólo unos meses el edificio de que disfrutaba, para cederlo a una institución benéfica que proporciona leche a los niños pobres. A pesar de estas advertencias el señor Coquet siguió encariñado en su proyecto, y poco más tarde el señor licenciado Lira, Secretario de Bienes Nacionales, declaró a la Academia que la Secretaría no podía dar los trescientos mil pesos por carecer el presupuesto de partida en la cual cargarlos.

Considerando perdida esta acción, juzgué que la Secretaría de Hacienda y Crédito Público podría variar en parte la naturaleza del depósito constituído en la Nacional Financiera, de un millón de pesos, como ya se dijo, toda vez que medio millón de pesos invertido en la adquisición de la casa podría seguirse considerando como parte del beneficio otorgado a la Academia.

Independientemente de esto, era necesario obtener de la misma Secretaría la condonación del impuesto que hubiera de causar la operación de

compraventa y la traslación de dominio, y pensé también que la Secretaría tenía dos caminos para beneficiar a la Academia Mexicana: conceder lisa y llanamente la exención de impuestos o hacer lo que se hizo, y me consta, cuando la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística adquirió en definitiva por compra, el edificio de la calle de Justo Sierra número diecinueve que había venido usufructuando por más de veinte años, también por intervención personal mía. Tuve la fortuna de encontrar en el señor don Rafael Mancera Ortiz, Subsecretario de Hacienda y Crédito Público, la mejor de las voluntades para ayudar a la Academia y a mí mismo.

Entretanto el señor licenciado Eustaquio Cortina Portilla había aceptado mi oferta de quinientos sesenta mil pesos; pero exigiendo como prueba de seriedad en la operación, el depósito de veinticinco mil pesos como parte del precio de venta que había yo convenido con él habría de verificarse hasta fines de julio por dos razones: porque tanto él como yo teníamos que salir a Europa, y porque detenida así la operación se acrecentarían los intereses causados por el millón de pesos depositados.

El tiempo se había hecho perentorio para que la Secretaría de Hacienda pudiera dar una opinión definitiva; si el depósito no se hacía, se perdía toda oportunidad de asegurar la operación y entonces solicitando del señor Tesorero de la Academia la citada suma, la entregué al vendedor, haciendo constar que todavía aquélla no debía ser considerada precio de compra sino simplemente depósito para dar idea de la seriedad con que se estaba tratando la oferta, mientras se recibía la respuesta oficial de dicha Secretaría de Hacienda.

Debo decir en elogio del señor Cortina Portilla, que cuando nos encontramos en la ciudad de Madrid, me autorizó para que, si lo deseaba, pudiera hacer uso, desde luego, del inmueble. Agradecí, como era natural, tan desusada deferencia, pero le manifesté que me abstenía de hacerlo hasta que al regresar a México, tuviera yo la autorización para retirar del depósito la suma de quinientos mil pesos.

Había obtenido del señor licenciado don Carlos Prieto, Presidente de la Compañía de Fierro y Acero de Monterrey, el ofrecimiento de darnos para la operación la suma de veinticinco mil pesos; del señor don Agustín Legorreta, Director General del Banco Nacional de México, la cantidad de quince mil pesos; del señor Notario licenciado Noé Graham Gurría, que no cobraría honorario alguno por la escritura, y del corredor señor licenciado don Manuel Zubieta que, en lugar de cobrar la comisión usual de dos por ciento, cobraría el uno por ciento únicamente. Posteriormente obtuve del Banco de México, por intervención de su Presidente, Ing. don Evaristo Araiza y de su Director señor don Rodrigo Gómez, la cantidad de veinticinco mil pesos.

Llegó finalmente la autorización para retirar el medio millón de pesos y

el señor Mancera me aclaró que se nos concedería la exención del impuesto del timbre, que era lo que correspondía a la Secretaría de Hacienda, pero que necesitaba yo obtener la exención del impuesto de traslación de dominio del Departamento Central del Distrito Federal; y a fin de manifestarme nuevamente su excelente voluntad para ayudarme, se sirvió escribir una bondadosa carta de presentación para el Tesorero General del Departamento Central, señor licenciado Octavio Calvo.

Desgraciadamente con este señor no tuve tan buen éxito, pues a pesar de la cordial recomendación del señor Mancera, se limitó a enviar mi solicitud escrita al Procurador Fiscal; y ni siquiera haciendo hincapié en mi petición de eximirnos del impuesto de traslación de dominio, sino sólo la de que se nos exima de la contribución predial, en que clara y definitivamene nos favorece la Ley de Hacienda del mismo Distrito.

Recibí entonces, para resolver sobre esta última petición, una nota del Procurador, señor licenciado Fernando Gutiérrez Ortega, ordenando la entrega de una copia de la escritura de compraventa. Acudí personalmente para hacer ver que aún no se había firmado, esperando precisamente que se resolvieran las demandas de exención de impuestos.

Este caballero, que mostró desde luego un gran interés por el asunto, me hizo ver cómo sin los antecedentes que le di se hubiera limitado a conceder la exención del impuesto predial, y si se le hubiera pedido sobre la traslación de dominio habría dado una opinión contraria, en vista de que la ley lo exige del vendedor y no del comprador. Le hice ver entonces, que el vendedor había ya sido exonerado por el comprador, en virtud de que él había pedido seiscientos mil pesos, quedando de su cuenta todos los gastos, inclusive el impuesto, y la Academia había aceptado dar sólo quinientos sesenta mil pesos con la esperanza de obtener por su parte ser exonerada del pago de tales impuestos.

Le hice ver, también, cómo el Gobierno había otorgado una subvención virtual a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística por el monto de los impuestos al adquirir en propiedad la casa en la calle Justo Sierra; y cómo si es verdad que la Sociedad mencionada ha servido grandemente a México, no menos la sirve la Academia que se ocupa en cuidar incólume el mayor tesoro que tiene todo pueblo: su lengua.

Mis argumentos lo impresionaron de tal modo, que con toda gentileza me pidió que por escrito los formulara, llevándole copia auténtica de la doble proposición que había hecho el vendedor, y la oferta que yo había hecho en nombre de la compradora.

Entregado el escrito, rindió informe favorable y llevó el expediente al Tesorero General, quien dijo necesitar llevarlo al Regente del Distrito, señor licenciado Ernesto P. Uruchurtu, y éste al Presidente de la República, a pesar de tratarse de cantidad relativamente pequeña: nueve mil seiscientos

sesenta pesos; pero el Procurador señor Gutiérrez Ortega, autorizó que se tirara desde luego la escritura, convencido de antemano de que en virtud de su dictamen, el acuerdo superior sería favorable, y haciendo sólo un depósito provisional del importe del impuesto.

En tal virtud, el representante de la vendedora y el señor Notario Noé Graham Gurría resolvieron hacerla, y hoy, como queda dicho al principio, fue firmada.

Veamos ahora los beneficios que ha reportado a la Academia, independientemente de tener ya un domicilio de su propiedad, mediante una compra lisa y llana.

En lugar de seiscientos mil pesos pedidos por el vendedor, pagó solamente quinientos sesenta mil pesos. Es verdad que si no se hubiera conseguido la exención de impuestos, casi habría sido igual el desembolso, pero lograda la exención, la diferencia de cuarenta mil pesos resulta efectiva.

Desde el primer momento dije a la Academia que la propiedad valía más de los seiscientos mil pesos, tomando en cuenta el valor del terreno en la calle de Donceles; y así es en efecto, pues considerada la extensión del terreno, o sean setecientos veinticinco metros cuadrados, el valor oficialmente asignado para que se tirara la escritura es de setecientos veinticinco mil pesos.

Los donativos hechos a la Academia importan $ 105,635.00 en esta forma:

Sr. D. Carlos Prieto, Presidente de la Compañía Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey	$ 25,000.00
Sr. D. Agustín Legorreta, Director General del Banco Nacional de México	„ 15,000.00
Impuesto del Timbre sustituido por un subsidio	„ 25,375.00
Impuesto de traslación de dominio	„ 9,660.00
Reducción de comisión por el Sr. Lic. Manuel Zubieta	„ 5,600.00
Donativo del Banco de México	„ 25,000.00
Total: ciento cinco mil, seiscientos treinta y cinco pesos	$105,635.00

Independientemente de esto, el señor licenciado don Eustaquio Cortina Portilla se ha servido ofrecer gratuitamente los servicios del arquitecto que se encargue de transformar las tres piezas del frente, en el salón de sesiones públicas; y el Notario señor licenciado Noé Graham Gurría cedió el importe de sus honorarios.

Para obtener la exención del impuesto predial me fue indispensable que la Secretaría de Educación Pública ratificara que la Academia es un Instituto

de Educación Pública, pero obtuve del Secretario señor licenciado José Angel Ceniceros la ratificación.

Como el impuesto sobre donaciones resulta por extremo elevado, conseguí de la Secretaría de Hacienda que no se cobre por las hechas a la Academia.

Quede consignado aquí mi agradecimiento para cuantos me han ayudado en esta noble empresa.

Bien se sabe el absoluto desinterés con que he servido a la Academia durante treinta y ocho años, y se comprenderá la satisfacción con que una vez más he procurado servirla en este caso.

Protesto a ustedes, señores Académicos, mi respetuosa consideración.

INDICE ONOMASTICO

— A —

Abad, Diego José, 23, 78
Abreu Gómez, Emilio, 214
Aceves, 43
Acosta, Manuel, 226
Adriago, Diego, 112
Agüeros Delgado, Victoriano, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 94
Aguilar, Esperanza, 215
Aguilar, Gilberto, 214
Aguilar Patiño, Luisa, 45
Agrait, Gustavo, 408
Agreda y Sánchez, José María de, 115
Agustini, Delmira, 202
Alas, Leopoldo, 143
Alba, Pedro de, 156, 160
Alberti, 166
Alarcón, Pedro Antonio de, 89
Alcalá Zamora, Niceto, 287
Alcocer, Ignacio, 62, 108
Alfaro, Ricardo J., 59
Alemán, Miguel, 264, 381, 419, 423
Almagro, Diego de, 350
Almaraz, José, 296
Alonso, Amado, 49, 50, 123
Alonso, Dámaso, 128, 135, 145
Alvarez, Edmé, 215
Alvarez del Castillo, Manuel, 153
Altamira, Rafael, 301
Altamirano, Ignacio Manuel, 23, 213, 215
Alvarado, Florencio, 45
Alvarado, Lisandro, 48
Alzate, Antonio, 41, 59
Amadís de Gacela, 350
Amador, 40
Amunátegui, Miguel Luis, 49
Anaya Solórzano, Soledad, 215, 226
Anaya Urquidi, Mercedes de, 51
Anchieta, José de, 350
Appendini, Ida, 215
Apolo, 250
Aquiles, 332
Aragón y León, Agustín, 63, 208, 209, 210
Araiza, Evaristo, 425
Arango y Escandón, Alejandro, 8, 68, 211, 358
Arce de Vázquez, Margot, 408
Arciniegas, Germán, 9
Argensola Leonardo, Bartolomé de, 126, 127, 128
Arguedas, Samuel, 406
Argüelles, Francisco, 296
Argüelles Bringas, 158
Aristóteles, 72, 75, 76, 238, 241, 243, 244, 245, 247, 249, 251, 318, 319, 326, 331, 374, 379
Arroyo Ch., Agustín, 335
Avellaneda, F. Félix, 51
Ayala, Francisco, 331, 340
Aza, Vital, 143
Azada Riafrecha, Francisco, 421
Azaña, Manuel, 299, 332
Azoños, Emilio, 214
Azorín (José Martínez Ruiz), 289
Azuela, Mariano, 23, 39
Azuela, Salvador, 292, 293

— B —

Badiano, Juan, 102, 112, 124, 411
Balbuena, Bernardo de, 7, 327
Balmori, Emilia, 226
Balseiro, José A., 406, 408
Bally, Charles, 240
Balzac, Honorato de, 22, 342
Baudelaire, Carlos, 22, 96, 163, 253, 315
Banville, Teodoro de, 96
Baqueiro Foster, Gerónimo, 56
Baranda, Joaquín, 91
Barberena, Salvador, 390
Barlow, H. Roberto, 82
Barrera, Leopoldo de la, 216
Barrera Vázquez, Alfredo, 42, 43, 44
Bassoco, José, 358
Batres Jáuregui, Antonio, 388, 390
Bautista Alberdi, Juan, 204
Bautista, Juan Fray, 11, 112
Bautista Poquelin, Juan, 22
Baxter, 303
Bayo, Ciro, 51
Bazán, Delfino, 226
Beccaria, 295
Becerra, Marcos C., 40, 41, 43
Becque, 96
Bécquer, Gustavo Adolfo, 141, 145
Bela Armada, Ramón, 418
Belaúnde, Víctor Andrés, 419
Belianís de Grecia, 350
Beltrán de Heredia, Fray Vicente, 404, 405
Bello, Andrés, 49, 50, 51, 53, 204, 327
Benavente, Jacinto, 95, 96
Benavente, Toribio de, 350
Benítez, Jaime, 409
Benvenuto Murrieta, Pedro M., 48
Beristáin y Souza, José María, 112
Bergson, 247, 249, 250, 252
Beyle, Enrique, 22
Bjoernson, 96
Blanco Fombona, Rufino, 11, 14
Blanco Suárez, P., 126
Bolio, Edmundo O., 41, 42
Bonilla, José María, 216
Boch Gimpera, Pedro, 332
Bracco, Roberto, 96
Braga, Teófilo, 25
Bravo Gómez, Fausto, 225
Brioso Vasconcelos, Angel, 57
Brito, Rafael P., 52
Briton, Daniel G., 82
Buelna, Eustaquio, 40
Buffon (Jorge Luis Luclen, Conde de), 26, 372
Bulnes, Francisco, 23
Bustamante, José Rafael, 413
Byron, Lord, 17, 144, 169

— C —

Cabrera, Emilio, 214
Cabrera, Ismael, 214
Cabrera, Luis, 23, 109
Cabrera, Oscar G., 44
Cacho García, Joaquín, 160
Caffarel Peralta, Pedro, 39
Calcaño, 48
Calderón de la Barca, Pedro, 22
Calvo, José, 215
Calvo, Octavio, 426
Calvo Sotelo, Joaquín, 418
Camín, Alfonso, 56
Campo, Angel del, 23, 213
Campos, Rubén M., 60, 61, 82
Canales, María, 215
Cano, Celerino, 215
Carbonell, Miguel Angel, 402, 419
Cárdenas, Alejandro, 48
Cardoso, Joaquín, 68
Caro y Cuervo, Instituto, 410, 412
Caro, Miguel Antonio, 46, 50, 88
Caro, Rodrigo, 130
Caron de Beaumarchais, 22
Carvajal, Angel, 423
Carvallo, Nicanor, 43
Carrancá y Trujillo Raúl, 295
Carranza, Eduardo, 383
Carrasco Puente, Rafael, 61
Carrasco, Sansón, 338
Carreño, Alberto María, 8, 37, 63, 78, 87, 100, 126, 212, 263, 381, 383, 396, 402, 417, 422
Carreño, Franco, 295

Carrión, Benjamín, 335
Carrión Morales, Arturo, 406, 408
Casares, Julio, 383, 384, 406, 416, 418, 420
Casas, Bartolomé de las, 350
Casasús, Joaquín D., 63, 210
Cassirer, 240
Caso, Alfonso, 139
Caso, Antonio, 140, 158
Caso, Concepción, 215
Caso, María, 215
Casal, Julián del, 20
Castañeda, M. Alfonso, 43
Castellanos, Quinto Erasmo, 212, 330
Cartex, Eusebio, 50, 51
Castillo, Isidro, 226
Castillo Ledón, Luis, 82
Castillo, Marroquín, 413
Castillo Nájera, Francisco, 37, 55, 91, 268, 270, 271, 272
Castillón, R. H., 45, 46
Castro, Adolfo de, 126, 127, 128
Castro, Alonso de, 273
Castro, Américo, 285
Castro, Francisco P. de, 7
Castro Leal, Antonio, 12, 64, 158, 213, 238, 343, 355
Castro, Villagrana, 296
Cejudo, Guadalupe, 226
Ceniceros, José Angel, 285, 428
Cernuda, Luis, 133
Cervantes Saavedra, Miguel de, 73, 77, 85, 98, 160, 273, 274, 276, 277, 278, 279, 280, 281, 282, 283, 284, 285, 286, 287, 288, 297, 298, 300, 330, 331, 332, 333, 334, 335, 336, 337, 338, 339, 340, 348, 349, 350
César, Julio, 89
Cevallos, Fermín Pedro, 48
Claudel, Paul, 189
Clavijero, Francisco Javier, 102, 114
Colín, Eduardo, 214
Collado, Casimiro del, 68
Contreras, Manuel María, 215
Cornejo, Justino, 48
Coquet, Benito, 424
Cordero, Salvador, 212
Correa, Adrián, 298
Correa, Alberto, 41
Corryn, J. A., 82
Cortés, Tomás de Aquino, 110, 374, 375
Cortina Portilla, Eustaquio, 423, 425, 427
Conto, 46
Couto Castillo, Bernardo, 303
Covarrubias, José, 210
Covarrubias, Miguel, 139
Covarrubias y Leiva, Diego, 273
Cravioto, Alfonso, 62, 100
Cruz, Martín de la, 112, 113
Cruz Monclova, Lidio M., 408
Cruz, San Juan de la, 7, 20, 22
Cruz, Sor Juana Inés de la, 24, 25, 201, 203, 237, 303, 309, 310, 311, 312, 313, 315, 318, 319
Cuello Calón, 295
Cuevas, B., 42
Cuervo, Rufino José, 45, 46, 48, 50, 53, 212, 214
Curel, François, 96
Curto Bermejo, Antonio, 421

— CH —

Chacón y Calvo, José María, 402, 403
Chavero, Alfredo, 82
Chávez, Ezequiel A., 158, 311, 312
Chejov, 96
Chico Goerne, Luis, 295

— D —

Dalevuelta, Jacobo, 328
Dante, 74, 244
Darío, Rubén, 9, 20, 24, 27, 142, 143, 155, 160, 167, 178, 204, 375
Daudet, Alfonso, 22
Dávila Garibi, José Ignacio, 40, 82, 98, 120, 121, 123, 124, 213
De Campo, Angel, 39
Delgado, Rafael, 39, 59
Delgado, Sinesio, 143
Delgadillo, Daniel, 216
Delgadillo, Mónico, 256, 258
Descartes, René, 22
Díaz, Cándido, 207

Dickens, Carlos, 342
Díaz del Castillo, Bernal, 116, 118, 380
Díaz Dufoo, Carlos, 351, 369
Díaz, Leopoldo, 9, 20
Díaz Mirón, Salvador, 8, 9, 10, 11, 12, 14, 15, 16, 17, 18, 20, 25, 26, 27, 28, 152, 167, 168, 169, 212
Díaz, Gral. Porfirio, 37, 90, 91, 424
Díaz, Rodríguez, Manuel, 205
Dihigo, Juan M., 52
Domínguez, Rafael, 39, 44, 56
Domínguez, Soberón, 421
Donnedieu de Vabres, 295
Dorantes de Carranza, Baltasar, 115
Dostoyewsky, Teodoro, 342
Dumas, Alejandro, 22
Dumont, Santos, 86
Duque Job, 152, 153, 154, 167, 169
Duque de la Rochefoucauld, 22
Duque de Saint Simón Dionisio Dutrot, 22
Durán Gray, Diego, 84, 380

— E —

Eça de Queiroz, José, 25
Echánove Trujillo, A. Carlos, 44
Echeverría Medina, 49, 199, 200, 295
Elcano, Sebastián, 396
Elguero, José, 376
Elías, Benjamín, 369
Elorduy, Aquiles, 211
Emperador, Carlos V, 123, 193, 199
Escobedo, Federico, 7, 327
Escosura, Patricio de la, 384
Escudero Cruz, Feliciano, 2, 225
Estela, Pedro, 126, 127
Estella, Fr. Diego de, 112
Espinosa, Aurelio M., 50
Espinosa Pólit, Aurelio, 413, 414
Esquilo, 80, 86, 331
Estrada, Genaro, 154, 158, 212
Ezpeleta, Gaspar de, 274, 397

— F —

Fabela, Isidro, 63, 289
Fastenrath, Juan, 88
Felipe II, 111, 124
Felipe V, 68
Fenimore Cooper, James, 195, 200
Fernández de Andrada, Andrés, 125, 126, 127, 128, 129, 130, 131, 132, 139
Fernández Granados, Enrique, 212
Fernández Güel, Rogelio, 424
Fernández Ledesma, Enrique, 157
Fernández de Lizardi, José Joaquín, 313
Fernández Mac Gregor, Genaro, 9, 14, 15, 64, 174, 210, 211, 304, 422, 423
Fernández Shaw, Carlos, 143
Fernández Vanga, Epifanio, 408
Fernández, Vicente Antonio, 209
Ferri, Julio, 295
Flaubert, Gustavo, 18, 22, 342
Flores, Hernán, 122
Flores, Luis, 411
Flores, Manuel, 213
Fonfrías, Ernesto Juan, 408
Font Saldaña, Jorge, 408
France, Anatole, 96, 240
Franco, Francisco, 419
Franco, José Luciano, 402
Franco Sodi, Carlos, 295
Fray, Nox, 59
Frazer, 72
Freise, Simón, 274
Freud, Sigmund, 72
Freyre Jaimes, Ricardo, 20
Fourier, Carlos, 338
Fuente, Agustín de la, 111
Fuente y Apezechea, Fermín de la, 384
Fuentes, Aurelio, 214
Fuentes, Rafael, 414, 416
Fuentes y Guzmán, 45

— G —

Gálvez, Salvador, 159
Gallegos, Rómulo, 38, 39
Gama, Valentín, 210
Gamboa, Federico, 211
Gamio, Manuel, 60
Gámez, E., 43
Ganivet, Roque, 276, 277
Gaona, Padre, 112

García Calderón, Francisco, 197
García Calderón, Ventura, 144
García Gómez, Emilio, 418
García Icazbalceta, Joaquín, 8, 31, 36, 45, 46, 48, 51, 53, 55, 59, 60, 61, 68, 88, 92, 94, 108, 210, 358
García Naranjo, Nemesio, 21, 38, 64, 300
García Pimentel, Luis, 31, 108
Garcilazo, Inca, 193, 380
Garibay, Angel María, 40, 66, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 100, 123, 213, 308, 324, 355, 356, 357, 369, 371
Garzán, Tobías, 50
Garcou, 295
Garófalo, 295
Garza del Castillo, Ofelia, 215, 223
Garrido Canabal, Tomás, 57
Garrido, Luis, 46, 270, 289, 290, 291, 292, 293, 295, 296, 297, 298, 299, 300
Gaumer, 42
Gautier, Teófilo, 14, 22, 253, 315
Gavidia, 168
Goethe, Juan Wolfang, 188
Golberg, Isaac, 14
Gómez, Antonio, 273
Gómez de Avellaneda, Gertrudis, 201
Gómez de Orozco, Federico, 111
Gómez Morín, Manuel, 21
Gómez Palomar, Antonio, 259
Gómez Restrepo, Antonio, 411
Gómez Robledo, Antonio, 236, 255, 256, 257, 259, 260, 261, 262, 304, 322
Gómez, Rodrigo, 425
Gómez Ugarte, José, 214
Góngora, Luis de, 7, 15, 17, 18, 20, 161, 166, 309, 311, 312, 315, 380
González Alpuche, Juan, 291
González Bustamante, Juan José, 295
González Casanova, Pablo, 108, 109, 110, 118, 213
González de Amezúa, Agustín, 418, 419, 420
González de Eslava, 7
González de Mendoza, José María, 62, 174
González de la Vega, Francisco, 295
González Guerrero, Francisco, 141, 156, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 164, 168, 169, 170
González, Juan, 129
González León, Francisco, 156
González, Manuel, 90
González Martínez, Enrique, 8, 20, 125, 137, 144, 152, 156, 158, 168, 178, 212, 313, 314
González Obregón, Luis, 158
González Peña, Carlos, 11, 36, 60, 63, 64, 125, 227, 232, 357, 358, 360, 372
González, M. Silvino, 39
González, U. Ladislao, 410, 413
Goríbar de Zaldívar, María, 423
Gorostiza, José, 160, 171, 184, 186, 187, 188, 189, 190, 318, 381
Gracián, Baltasar, 7
Gracosa, 96
Granada, Fray Luis de, 155
Granados, 112
Grande, Federico el, 190
Graham Gurría, Noé, 422, 425, 427
Grilo, 143
Grosmann, Rodolfo, 191
Guerrero de la Rosa, R., 48
Guevara, Fray Miguel de, 126, 130
Guisa, Francisco, 369
Guisa y Azevedo, Jesús, 27, 354, 372, 373, 374, 375, 376, 377, 378, 379, 382
Güiraldes, 39
Gutierre de Cetina, 126
Gutierre Tibón, 109
Gutiérrez Eskildren, María Rosario, 43, 215
Gutiérrez Hermosillo, Alfonso, 256
Gutiérrez Nájera, Manuel, 20, 23, 141, 142, 143, 144, 145, 149, 152, 153, 154, 155, 159, 166, 167, 168, 169, 187 204, 351
Gutiérrez Noriega, 331
Gutiérrez Ortega, Fernando, 426, 427
Gutiérrez Otero, Luis, 357
Guzmán, 45
Guzmán Martín, Luis, 62, 64, 69, 355, 356, 369

— H —

Haggerty, 218
Haldudo, Juan, 280
Hamlet, 332
Hartzenbuch, Juan Eugenio, 384
Haupmann, Mauricio, 96
Hegel, Jorge Guillermo, 249, 252
Heidegger, 242, 245, 251, 253
Henríquez Ureña, Pedro, 43, 50, 52, 158, 313
Heredia, H. Carmen, 43, 215, 315
Heredia, José María, 14, 327
Hernández, Francisco, 102, 113
Hernández, José, 200
Hernández, Julio S., 216
Hernández, F. Vicente, 58
Hernández, Víctor, 404
Herrasti, Francisco de P., 214
Herrera, Alfonso, 215
Herrera y Reissig, 9, 20, 315
Herrero Mayor, Avelino, 50
Hithbodio, Rafael, 332
Homero, 74, 330, 339
Horacio, 326, 327, 328, 373
Hoyos Osores, Guillermo, 417
Huacuja, Daniel, 207, 232, 233, 234, 235
Hugo, Víctor, 247, 253
Huitziméngari Mendoza, Antonio de, III
Humboldt, Guillermo de, 240
Hurtado de Mendoza, Diego, 199

— I —

Icaza, Francisco A. de, 20
Ibarbourou, Juana de, 202
Iduarte, Andrés, 39, 58
Madero, Francisco I., 424
Inclán, G. Luis, 60
Islas Escárcega, Leovigildo, 44
Irarrázabal Larrain, José Miguel, 49
Irvin, A. Leonard, 77
Izaza, Emiliano, 46

— J —

Janín, Julio, 152
Jaramillo, Roberto R. P., 47
Jáuregui, 17
Jiménez de Asúa, Luis, 295
Jiménez, Juan Ramón, 20
Jiménez, Luis J., 214
Jiménez Rueda, Julio, 62, 100, 120, 213, 268, 406, 418, 421
Junco, Alfonso, 8, 25, 30, 31, 36, 62, 63, 238, 421
Junco de la Vega, Celedonio, 30
Jung, 72

— K —

Kant, Manuel, 242, 244, 326
Keats, John, 24
Köhler, 240

— L —

Labastida y Dávalos, Pelagio Antonio, 23
Labastida, Francisco de P., 212
Lafone Quevedo, A. Samuel, 54
Laforque, 96
Laguerra, Enrique, 408
Lanao, E. Manuel, 46
Landívar, 327, 328, 329
Lara, Jesús, 51
Lavandero, Ramón, 405, 406, 408
Leconte de Lisle, Carlos, 14
Legorreta, Agustín, 425, 427
Leibniz, Gottfrieds Guillermo, 252
Lemus, R. Gustavo, 48
Lenz, 49
León, Fray Luis de, 7, 21, 22, 29, 66, 68, 103, 135, 140, 245, 380
León, Luis L., 57
León Mora, Juan, 88
León Puig, Eugenia, 215
Lerdo de Tejada, Sebastián, 68, 69
Lerma, Duque de, 134
Lerinense, Vicente, 378
Lida, Raimundo, 49, 50
Lira Urquieta, Pedro, 419
Lombroso, César, 284
Loera y Chávez, Agustín, 137, 214
López del Espinar, García, 128
López Dóñez, José, 44
López, Héctor F., 43, 44

López y Fuentes, Gregorio, 157, 158, 215
López de Legazpi, Miguel, 264, 396
López Lira, José, 424
López, Luis Carlos, 315
López de Llergo, Jerónimo, 210
López de Meza, Luis, 411, 412
López Portillo y Rojas, José, 39, 43, 209, 211
López, Rafael, 9, 11, 29, 157, 158, 160, 214
López de Sedano, Juan José, 126, 127
Lope de Vega (Carpio, Félix), 7, 22, 80, 95, 339
López Velarde, Ramón, 20, 23, 143, 178, 315, 316, 318, 373, 381
Louche, Luis, 98
Lozano Noriega, Francisco, 422
Lugones, Leopoldo, 20, 204, 315

— LL —

Llamas, Aparicio Luis, 51
Llorens, Washington, 408

— M —

Macedo, Miguel, 210
Macedo, Pablo, 210
Macías, José Natividad, 51
MacHale, F. Carlos, 49
Malaret, Augusto, 41, 52, 53, 59, 109, 408
Mallarmé, Esteban, 22
Mancera Ortiz, Rafael, 425, 426
Manrique, Jorge, 134, 140, 232
Manzoni, Alessandro, 12
Mañach, Jorge, 333
Maples Arce, Manuel, 160
Maqueo Castellanos, Esteban, 213
Margil de Jesús, Fray Antonio, 122
Marof, Tristán, 51
Marqués de Molins, 263, 264, 384
Marqués de Villena, 68
Marqués, René, 408
Marquina, Eduardo, 20
Martín Artajo, Alberto, 419
Martín del Campo, Rafael, 104, 105
Martínez Castells, Carlos, 403
Martínez de Alba, Margarita C. de, 413
Martínez de Alva, Salvador, 413
Martínez Gracida, Manuel, 40
Martínez Hernández, Juan, 42
Martínez, Luis María, 64, 381
Marroquín, Lorenzo, 413
Mateos Escobedo, Rafael, 296
Mateus, Alejandro, 48
Maupassant, Guido de, 22, 23
Medina, José Toribio, 291
Mediz Bolio, Antonio, 42, 63
Medrano, Francisco de, 127, 128
Mejía, Gustavo Adolfo, 404
Mejía, Juan Tomás, 104
Meléndez, Concha, 408
Meléndez Muñoz, Miguel, 408
Membreño, 388, 390
Mena, Juan de, 17, 43
Mendhelsson, 24
Méndez, Eugenio Fernando, 408
Méndez Padilla, Perfecto, 21, 23
Méndez Plancarte, Alfonso, 7, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 29, 64, 156, 213, 236, 237, 238, 261, 310, 311, 320, 324
Méndez Plancarte, Gabriel, 7, 11, 21, 22, 25, 145, 237, 324
Mendizábal, Miguel O. de, 82
Mendoza, Eufemio, 35, 40, 108, 109
Mendoza Garibaldi, Atala, 215
Mendoza, Vicente T., 44
Menéndez, Carlos R., 42
Menéndez, Marcelino, 88
Menéndez, Ramón, 419
Menéndez, Rodolfo, 41
Menéndez y Pelayo, Marcelino, 17, 91, 92, 129, 309
Mercier, 374, 375
Michelet, 299
Michelena, Santiago, 46
Miranda, Diego, 286
Miranda, Luis Antonio, 408
Miró, Gabriel, 328
Mistral, Gabriela, 202, 203
Molina, Fray Alonso de, 112, 389
Montalvo, Juan, 204
Montealegre, Jerónimo de, 128
Monner Sans, Ricardo, 50

Monroy, Atenedoro, 10
Montenegro, Roberto, 139
Monterde, Francisco, 62, 100, 213, 351
Monthcretien, 337
Montes de Oca, Ignacio, 7
Morales, B. Juan, 59
Morales Muñoz, Generoso, 405
Moreno y Jove, (Manuel), 68
Mota, A. Fabio, 404
Mota y Portugal, José de la, 129
Motta Salas, Julián, 402, 412
Mozart, Rafael de, 24
Mum, Tomás, 337
Muñoz Ledo, Manuel, 43
Muñoz Marín, Luis, 265, 266, 405, 408
Musset, Alfredo, 145

— N —

Navarrete, Fray Manuel, 7, 163
Nazareno, Pablo, 111
Nerval, Gerardo de, 145
Nervo, Amado, 8, 11, 20, 24, 27, 142, 144, 146, 152, 158, 159, 161, 166, 168, 178, 204, 212, 213, 314
Nieto, Félix, 44
Norma, Carmen, 215
Novelo Torre, Ernesto, 44
Novo, Salvador, 8, 63, 213, 230, 381
Nuño de Guzmán, 111
Núñez de Arce, Gaspar, 88, 91, 143, 144
Núñez de Arce, José, 88
Núñez y Domínguez, José de Jesús, 63, 157
Núñez Mata, Efrén, 215, 225
Núñez Ponte, José Manuel, 409

— O —

Obligado, Rafael, 88
Ocaranza, Fernando, 103
Ochoa, Arnulfo, 43
Ochoterena, Isaac, 102
Olalde, Francisco, 129
Olmos, Fray Andrés de, 81
Olavarría y Ferrarí, Enrique, 216
Ormaechea, Juan Bautista, 69
Ortega y Gasset, José, 281, 342
Ortiz, Fernando, 52
Ortiz Monasterio, José, 207
Ortiz Tirado, José, 295
Oroz, Rodolfo, 49, 50
Orozco, Clemente, 156
Orozco y Berra, Manuel, 68, 69 358
Orozco, Elena, 215
Ortúzar, Camilo, 49
Osegueda, 416
Osús, Federico, 409
Othón, Manuel José, 8, 10, 20, 152, 262
Ovaldía, María Olimpia de, 414

— P —

Pacheco, Pedro Antonio 408
Pacheco Cruz, Santiago, 42
Padilla, Salvador, 105
Pagaza, Joaquín Arcadio, 7, 17, 210
Palacios, Emmanuel, 159
Palacio, Manuel del, 143
Palés Mateos, Luis, 405, 407, 408
Palma, Ricardo, 38, 167
Palmerín, Olivia, 350
Plancarte, Antonio, 23, 24
Plancarte Navarrete, Francisco, 23
Palomeque el Zurdo, Juan, 278
Platón, 240, 243, 247, 248, 249, 250, 251, 252, 290, 299, 350
Palavicini, F. Felipe, 63
Pardo Valle, Nazario, 51
Parra, Manuel de la, 158
Patrón Peniche, Prudencio, 41
Patín Maceo, A. Manuel, 52
Pascal, Blas, 22
Paso y Troncoso, Francisco del, 82
Payno, Manuel, 59
Paz, Octavio, 184
Pearse, 44
Pelayo, 88
Pellicer, Carlos, 63, 213
Pellico, Silvio, 276
Pemán, José María, 419
Peña, Angel de la, 68

Peñafiel, Antonio, 35, 40
Peña, Rafael Angel de la, 8, 212
Peña y Reyes, Antonio de la, 212
Peón Contreras, José, 92, 93
Peraza y Sarausa, Fermín, 403
Pérez Castro, Lorenzo, 210, 211
Peredo, Manuel, 68
Peral, Isaac, 86
Pérez, Juan Pío, 42
Pérez de la Torre, Diego, 122
Pérez y Soto, Atenógenes, 215
Pérez Zúñiga, Juan, 143
Prescott, H. Guillermo, 82
Pessina, 295
Peza, Juan de Dios, 213
Picón Febrés, Gonzalo, 48
Picón Salas, Mariano, 330, 331
Pichardo, Esteban, 49, 51, 52, 387
Pimentel, Francisco, 68, 212
Piña y Palacios, Javier, 296
Piña, T. Rubén, 410
Pirandello, 96
Pirenne, 337
Prieto, Carlos, 425, 427
Prieto, Guillermo, 23, 59
Pizarro, Francisco, 350
Ponce de León, Juan, 264
Pons, Antonio, 221
Portilla, Anselmo de la, 87, 88, 89, 91, 358
Porte Petit, Celestino, 296
Porto, Riche, 96
Proust, Marcelo, 22, 331
Puga y Acal, Manuel, 9, 145, 146, 147, 152, 167, 169, 212
Pruneda, Alfonso, 113

— Q —

Quevedo, (y Villegas Francisco), 16, 37, 134, 135, 143, 283
Quijano, Alejandro, 38, 64, 100, 137, 174, 210, 211, 417, 422, 423
Quijano, Alonso, 75
Quijano, Margarita, 215
Quirós, Bernaldo de, 283, 295
Quirarte, Clotilde Evelia, 43, 215

— R —

Rabasa, Emilio, 39, 357
Ramírez, Eliseo, 57
Ramírez, Fernando José, 68
Ramírez, Fernando, 82
Ramírez, Ignacio, 23, 210
Ramírez, Rafael W., 408, 409
Ramos, Carlos, 59, 60, 61
Ramos Iduarte, Félix, 60, 61, 108, 389
Ramos, Juan José, 48
Rank, Leopoldo, 339
Rebolledo, Efrén, 214
Rébsamen, Enrique, 41
Remos, Juan J., 265
Renán, Ernesto, 152
Rentería, Marcelino, 218
Restrepo, Félix, 410, 412, 420
Restrepo, José Antonio, 48, 413
Revilla, Manuel G., 212, 303
Revodó, 48
Revollo, Pedro María, 47
Reyles, Carlos, 204
Reyes, Alfonso, 18, 37, 63, 125, 138, 158, 174, 184, 238, 301, 311, 369
Reyes, Ricardo, 296
Reyes Spíndola, Rafael, 90, 146
Rincón de Gautier, Felisa, 405
Rincón, Padre, 116
Rincón Gallardo, Carlos, 44
Rincón Marrero, Josefina, 408
Rioja, Francisco de, 126, 127, 130
Ritter, María del Carmen, 137
Riva Palacio, Vicente, 23, 88
Rivas, Fernando, 112
Rivas Sacconi, José Manuel, 410, 411, 412, 413
Rivera Chevremont, Evaristo, 408
Rivera, José María, 61
Rivera, Luciano, 46
Rivera Otero, Rafael, 408
Rivera, Roberto, 421
Roa Bárcena, José María, 68, 69
Robelo, Cecilio A., 35, 40, 82, 108
Robledo, Emilio, 47
Robledo, Mercedes, 258, 259
Roca de Togores, Mariano, 384
Roca Zenil, Joaquín, 225

Rodó, José Enrique, 218
Rodríguez Beltrán, Enrique, 39
Rodríguez Herrera, Esteban, 52
Rodríguez Marín, Francisco, 25
Rodríguez, Martín, 56
Rodríguez, Ponciano, 216
Roel, Carlos, 57
Rojas Carrasco, Guillermo, 49
Rojas, Fernando de, 283, 334
Rojas Garcidueñas, José, 303
Rojas Jacobo, Mariano, 82
Rojo, José D., 102
Román, Manuel Antonio, 49
Romero, Antonio Manuel, 56
Romero de Terreros, Manuel, 62, 137, 303, 355
Romero, Flores, 40
Romero, José Rubén 36, 417
Romero Solórzano, Salvador, 229
Rosenblat, Angel, 50
Rotterdam, Rafael de, 332
Rousseau, Juan Jacobo, 22
Rubio, Darío, 36, 109
Rubio, Horacio, 43, 60, 61
Rubio, Jesús, 419
Ruiz Cortines, Adolfo, 424
Ruiz Vernacci, Enrique, 414, 416, 417
Rubio y Alpuche Néstor, 214, 388
Rubirosa, 40
Ruiz, Juan, 334
Ruiz de Castroviejo y Lion, Fray Serafín, 421
Ruiz Fúnez, Mariano, 276, 295

— S —

Saez, Antonia, 408
Sáenz, Moisés, 216
Sahagún, Fray Bernardino de, 82, 83, 102, 104, 113, 380
Saint, Víctor Paul de, 298
Saint, Pablo de, 152
Salado Alvarez, Victoriano, 38, 39, 212, 376
Salaverría, José María, 160
Salinas, Ernestina, 215
Salinas, Margarita, 215
Salinas, Miguel, 212
Salinas, León, 211
San Agustín, 246, 247, 253
Sanabria, Edgard, 409, 410
Sánchez Bella, Alfredo, 419
Sánchez, Jesús, 108
Sánchez Mármol, Manuel, 59, 63, 212
Sánchez, Raimundo, 98, 212, 227
Sandoval, Lisandro, 45
Sandoval y Zapata, Luis de, 320, 390
Sanromán, María Jesús, 405, 407
Santa Ana, Justo A., 57
Santamaría, Francisco J., 30, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 100, 105, 108, 123, 213, 387, 420
Santo Tomás, 244, 246, 247, 249, 318
Santos Chocano, José, 9, 20
Sarmiento, Domingo Faustino, 39, 60, 199, 204
Sarmiento, Justino, 38, 39
Sartorio, José Manuel, 7
Schultz, Miguel E., 215
Seckendorff, 337
Segovia, Lisandro, 50
Segura, José Sebastián, 7, 358
Segura P., 68, 69
Selgas, José, 89
Seller, Guillermo Eduardo, 82
Serrano, Francisco R., 57, 58
Serrano, Miguel, 215
Shakespeare, 183, 189, 332
Shelley, Percy Bysshe, 180
Sierra Berdecía, Fernando, 408
Sierra, Justo, 8, 156, 211
Sierra, Rafael, 214
Sigüenza y Góngora, Carlos, 7
Sigenst, Henry, 113
Silva Herzog, Jesús, 330, 343, 344, 345, 346, 348, 349, 350
Silva, B. Juan, 50
Silva, Mariano, 43, 82
Silva y Aceves, Mariano, 122, 214
Sierra, Antonio, 337
Smith, Adams, 345
Standlei, 42, 44
Stanford y Mac Call, 218
Stekel, 72
Stinberg, 96

Storni, Alfonsina, 202
Sócrates, 184, 249, 250
Solís Alcalá, Ernesto, 42
Solís Cámara, Pedro, 43
Sosa, Francisco, 88, 424
Souza Novelo, Narciso, 43
Suárez, Manuel Fidel, 46
Suárez, Víctor M., 42, 46, 387
Suderman, Hermann, 96
Sundheim, Rodolfo, 46, 47

— T —

Tablada, José Juan, 11, 158, 166
Tangoaxán, Rey II, 111
Tamayo y Baus, Manuel, 89
Tapia, Lucio 216
Tascón, Leonardo, 46, 47
Tarracena, Salomé, 59
Teja Zabre, Alfonso, 296
Tello, Fray Antonio, 111
Tello de Guzmán, Alfonso, 127, 128, 132
Tembleque, Fray Francisco de, 328
Terrés, José, 210
Tirso de Molina, 7, 22, 143
Tiscornia, Eleuterio F., 50
Tío y Montes de Oca, Salvador, 408
Tritschler y Córdoba, Guillermo, 304
Tobar, Enrique, 49
Tobar Donoso, Julio, 413
Tobar, Carlos R., 48
Tondreau, 168
Torres Bodet, Jaime, 63, 64
Torner, Florentino, 335
Torres Hernández, Rodrigo, 157, 158, 159
Torquemada, Fray Juan de, 111
Torrea, Manuel, 424
Torri, Julio, 64, 158, 213, 214
Toscano, Carmen, 305
Toussaint, Manuel, 125, 137, 138, 139, 140, 158, 214, 302, 303, 304, 305
Tovar, Juan de, 82

— U —

Urban, 240
Urbina, Luis G., 10, 14, 20, 142, 153, 158, 165, 166, 212, 213
Urdaneta, Fray Andrés de, 264, 396
Ugalde, Rómulo, 211
Unamuno, Miguel, 200, 282, 298, 332, 333
Useta, Jorge, 214
Urías, Franco, 369
Uruchurtu, Alfredo E., 216
Urueta, Jesús, 14

— V —

Valdés, Octaviano, 237, 302, 322, 323, 324, 325, 326, 327, 328, 329
Valencia, Guillermo, 20, 315
Valeriano, Antonio, 111
Valera, Juan, 88, 89, 91, 92
Valery, Paul, 176, 179, 184, 248, 253, 256, 313
Valenzuela, Jesús E., 142
Valle, Alfonso, 45, 46
Valle Arizpe Artemio de, 37, 62, 304, 421, 423
Valle, Castellón, 388, 390, 391
Valle Inclán, Ramón del, 20, 142
Valverde, de Gómez Mayorga, Ana María, 215
Vasconcelos, José, 37, 63, 137, 213, 355
Vázquez, Honorato, 48
Vázquez del Mercado, Alberto, 158
Velasco, Antonia de, 129, 132
Vélez Málaga, 274
Verlaine, Pablo, 187, 315
Verne, Julio, 86
Vetancourt, Fr. Agustín de, 112
Veyán, Jackson, 143
Victoria, Francisco de, 273
Vigil, José María, 211, 424
Vignatte, María, 215
Villacosta, J. Antonio, 45
Villalobos Reyes, Jacobo, 44
Villaespesa, Alfonso, 9
Villaespesa, Francisco, 63
Villegas, Víctor Hugo, 9, 51
Villaurrutia, Xavier, 178, 215, 315
Villard, Luis, 88
Villaseñor Orozco, Juan de, 122
Vinci, Leonardo de, 297
Virgilio, 330, 336, 339, 348, 373

Vientós Gastón, Nilita, 408
Vizconde de Chateaubriand, 23
Vizcarrondo de Quiñones, Clara Luz, 408
V. Clark, Charles, 112
Von, Eckener, 86
Von, Leszt, 295
Vossler, 311

— W —

Walcott Emmart, Emily, 112
Walter, Pater, 297
Wilde, Oscar, 95
Windelband, 247
Wright, Hnos., 86

— X —

Ximénez, Fray Francisco, 102

— Y —

Yáñez, Agustín, 63, 159, 255
Yepes Trujillo, Rafael, 409

— Z —

Zamora, Dionisio, 215, 218
Zaragoza, Antonio, 145, 146, 147, 152, 167, 168, 169
Zaragoza, Justo, 45
Zayas, Alfredo, 52
Zendejas, Josefina, 215
Zeppelin, Conde, 86
Zolá, Emilio, 22, 154
Zubieta, Manuel, 423, 425, 427
Zumárraga, Fray Juan de, 94, 122, 411
Zúñiga, Fray Francisco, 111

INDICE GENERAL

Díaz Mirón, gran poeta y sumo artífice, por Alfonso Méndez Plancarte 7
Contestación al anterior discurso, por Nemesio García Naranjo 21
Novísimo Icazbalceta o diccionario completo de mejicanismos, por Francisco J. Santamaría 30
Contestación al anterior discurso, por Francisco Castillo Nájera 55
Verdad de la ficción —acotaciones a un triálogo—, por Angel Ma. Garibay K. 66
Contestación al anterior discurso, por Alberto María Carreño 78
Victoriano Agüeros, por Alberto María Carreño 87
Don Jacinto Benavente, por Julio Jiménez Rueda 95
Algunas Analogías fonéticas entre el romanceamiento castellano de voces latinas y la castellanización de vocablos nahuas, por José Ignacio Dávila Garibi 98
Respuesta al anterior discurso, por Julio Jiménez Rueda 120
La epístola moral a Fabio, por Manuel Toussaint 125
Contestación al anterior discurso, por Alejandro Quijano 137
Revisión de Gutiérrez Nájera, por Francisco González Guerrero 141
Contestación al anterior, por Alfonso Méndez Plancarte 156
Misión de la academia, por José Gorostiza 171
Contestación al anterior discurso, por Alfonso Reyes 184
El escritor y el público de Hispano América, por Rodolfo Grosmann 191
Algunos trabajos en pro de la enseñanza de nuestro idioma, por Daniel Huacuja 207
Respuesta al anterior discurso, por Carlos González Peña 232
Filosofía y lenguaje, por Antonio Gómez Robledo 236
Contestación al anterior discurso, por Agustín Yáñez 255
El Doctor Francisco Castillo Nájera, por Julio Jiménez Rueda 268
La criminología en la obra de Cervantes, por Luis Garrido 270
Contestación al anterior discurso, por Isidro Fabela 289

El barroco, espíritu y forma del arte de México, por Octaviano Valdez 302
Contestación al anterior discurso, por Antonio Gómez Robledo 322
Algunas ideas sociales en Don Quijote de la Mancha, por Jesús Silva Herzog 330
Contestación al anterior discurso, por Antonio Castro Leal 343
María Enriqueta Camarillo y Roa viuda de Pereyra, por Francisco Monterde 351
El hombre y la lengua, por Jesús Guisa y Azevedo 354
Contestación al anterior discurso, por Angel Ma. Garibay K. 371
Cooperación entre la Real Academia y sus correspondientes, por el Dr. Alberto María Carreño y Academia Mexicana 383
El precio de los libros y las facilidades para su circulación, por Francisco Monterde 393
La lengua Española en Filipinas, por Alberto María Carreño 396
La fundación de la academia puertorriqueña de la lengua española, por Alberto María Carreño 402
El segundo congreso de la academia de la lengua Española, por Alberto María Carreño 417
El edificio de la academia, por Alberto María Carreño 422

Indice Onomástico 429